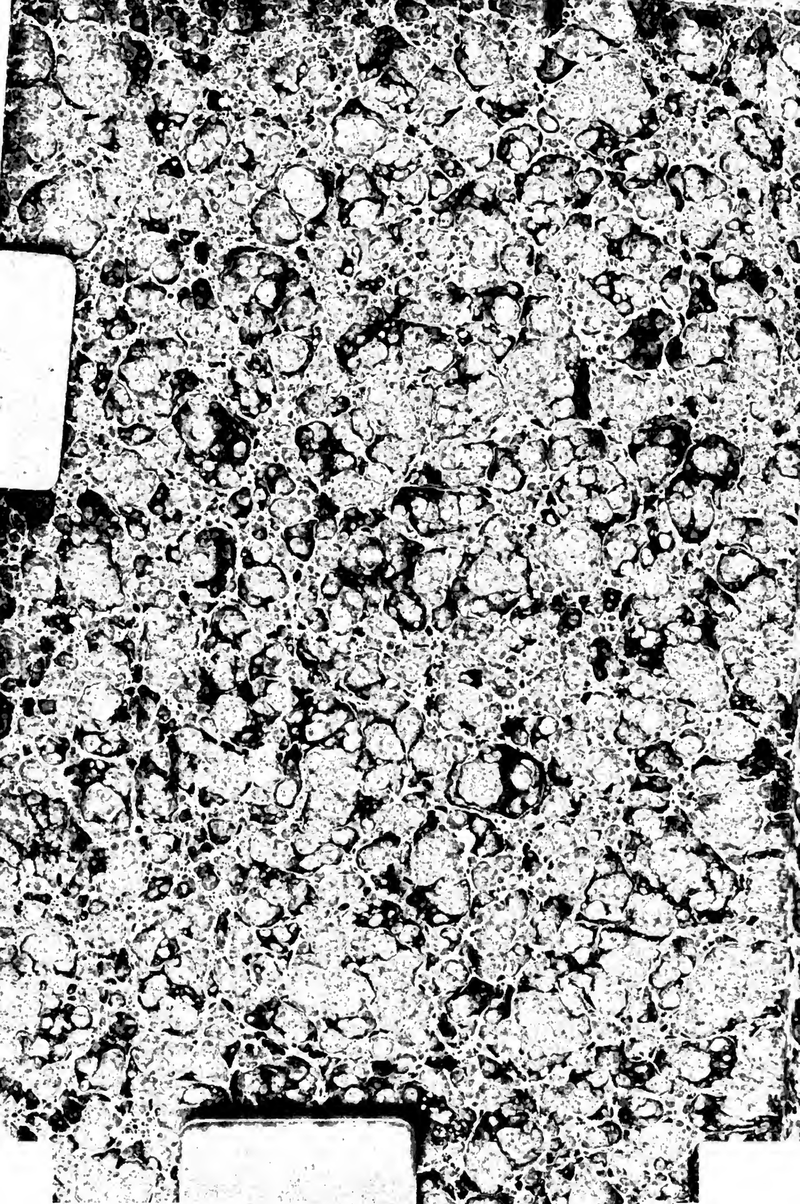






ARMONIAS ECONÓMICAS.

ARMONIAS ECONOMICAS

POR

FEDERICO BASTIAT,

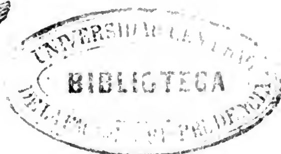
Traducidas

POR

D. FRNCISCO PEREZ ROMERO,

ABOGADO DEL COLEGIO DE MADRID.





MADRID.
IMPRENTA de Doña Francisca Perez, calle del Pizarro, 24.
1858.

AL LECTOR.

La reputacion del eminente economista **FEDERICO BASTIAT** es demasiado conocida para que nos detengamos á hacer estensos elogios de la presente obra con objeto de recomendar su lectura; bastando únicamente á nuestro propósito decir que al desenvolver el autor en ella las teorías económicas, siguiendo la senda abierta por Adam Smith, ha sacado á la Economía política de los estrechos é inciertos límites del empirismo para elevarla á la ancha y luminosa esfera de la ciencia, ofreciendo al mismo tiempo sus doctrinas una confianza consoladora sobre el porvenir de la humanidad. En efecto, estableciendo **BASTIAT** el principio de que *todos los intereses legítimos son armónicos,* confia á la libre actividad del individuo el bienestar general, y seguro de la verdad de su teoría, se presenta cual mensajero de paz en medio de la lucha encarnizada que sostienen las diversas escuelas que se disputan la direccion de los destinos de las sociedades, y les ofrece la realizacion de las buenas aspiraciones que pueda haber en sus impracticables sistemas, sin perturbar la majestuosa y progresiva marcha de la humanidad, estraviándola por senderos llenos de sangre en cuyo término solo se encuentra la desolacion, la miseria y la muerte.

Tal es el grandioso pensamiento del autor que desenvuelve con una claridad, originalidad y elocuencia que cautivan el ánimo del lector, al iniciarlo en los verdaderos principios de la ciencia económica.

PROLOGO DEL AUTOR.

A LA JUVENTUD FRANCESA.

Amor al estudio, necesidad de creencias, alma exenta de prevenciones inveteradas, corazon sin ódio, espíritu de propaganda, simpatías ardientes, desinterés, abnegacion, buena fé, entusiasmo por todo lo bueno, bello, sencillo, grande, honesto, religioso, tales son los preciosos atributos de la juventud. Por eso le dedico este libro. Es una semilla que no contiene en sí el principio de vida, sino germina en el suelo generoso á que la confio.

Hubiera querido ofreceros un cuadro, no os presento mas que un bosquejo; perdonadme: ¿quién puede concluir una obra de alguna importancia en estos tiempos? Hé aquí, pues, mi bosquejo. Ojalá que al verlo pueda esclamar alguno de vosotros como el gran artista: ¡*Anch' io son pittore*! y tomando el pincel arrojar sobre este lienzo informe el color y la carne, la sombra y la luz, el sentimiento y la vida.

Acaso encontraréis, ó jóvenes, demasiado ambicioso el título de este libro. ¡ARMONIAS ECONÓMICAS! ¿Habré tenido la pretension de revelar el plan de la Providencia en el órden social, y el mecanismo de todas las fuerzas de que ha dotado á la humanidad para la realizacion del progreso.

No, seguramente: pero yo queria poneros en el camino de esta verdad: *todos los intereses legítimos son armónicos*; idea dominante de este escrito, cuya importancia no es posible desconocer.

Por algun tiempo ha podido estar de moda el reirse de lo que se llama *problema social*; y es necesario decirlo, algunas de las soluciones propuestas justifican demasiado esta risa. Pero en cuanto al problema en sí mismo, no tiene se-

guramente nada de risible; es la sombra de Banquo en el festin de Macbeth, solo que no es una sombra muda, y con voz formidable grita á la sociedad espantada: ¡Una solucion ó la muerte!

Pero ya comprendereis que esta solucion debe ser muy diversa segun sean los intereses naturalmente armónicos ó antagónicos.

En el primer caso es necesario pedirla á la Libertad; en el segundo á la Coaccion. En el uno, basta no contrariar; en el otro, hay precisamente que contrariar.

Pero la Libertad no tiene mas que una forma. Cuando existe la conviccion de que cada una de las moléculas que contiene un líquido, lleva en sí misma la fuerza de donde resulta el nivel general, se deduce con facilidad que no hay medio mas sencillo ni mas seguro para obtener este nivel que no intervenir en él. Todos aquellos, pues, que adopten este punto de partida: *los intereses son armónicos*, estarán tambien de acuerdo sobre la solucion práctica del problema social: abstenerse de contrariar y de trastornar los intereses.

La Coaccion puede manifestarse por el contrario en formas infinitas. Las escuelas que parten de este principio: *Los intereses son antagónicos*, no han hecho nada todavía para la solucion del problema, sino es el haber suprimido la libertad. Les resta aun que examinar entre las formas infinitas de la Coaccion, cual es la buena, si acaso hay alguna que lo sea. Y luego, por última dificultad les quedará la tarea de hacer que se acepte universalmente por hombres, por agentes libres, la forma preferida de la Coaccion.

Pero, en esta hipótesis, si los intereses humanos son impelidos por su naturaleza hácia un choque fatal, sino puede evitarse este choque como no sea por la invencion contingente de un órden social artificial, es bien azarosa la suerte de la humanidad, y podremos preguntar con espanto:

1.° ¿Habrá un hombre que encuentre una forma satisfactoria de la Coaccion?

2.° ¿Atraerá ese hombre á su idea las innumerables escuelas que hayan concebido formas diferentes?

3.° ¿Se dejará imponer la humanidad esa forma, que segun la hipótesis contrariará todos los intereses individuales?

4.° Admitiendo que la humanidad deje que la disfracen con semejante vestido, ¿qué sucederá si un nuevo inventor se presenta con un vestido mas perfecto? ¿Deberá permanecer en una mala organizacion, sabiendo que es mala; ó resolverse á cambiar todos los dias de organizacion, segun

los caprichos de la moda ó la fecundidad de los inventores?

5.° ¿No se unirán todos los inventores cuyo plan se haya desechado contra el plan preferido, con tanta mas probabilidad de turbar la sociedad cuanto que este plan, por su naturaleza y su objeto, lastima todos los intereses?

6.° Y por último, ¿hay fuerza humana capaz de vencer un antagonismo que se supone ser la esencia misma de las fuerzas humanas?

Podria multiplicar indefinidamente cuestiones de esta naturaleza y proponer por ejemplo esta dificultad.

Si el interés individual es opuesto al interés general, ¿dónde colocareis el principio de accion de la Coaccion? ¿Dónde estará el punto de apoyo? ¿Estará acaso fuera de la humanidad? Seria menester que fuese así, para escapar á las consecuencias de vuestra ley. Pues si confiais lo arbitrario á hombres, probad que esos hombres están formados de otra tierra que nosotros; que no serán movidos tambien por el fatal principio del interés, y que, colocados en una situacion que escluye la idea de todo freno, de toda resistencia eficaz, su espíritu se verá libre de errores, sus manos de rapacidad y su corazon de deseos.

Lo que separa radicalmente las diversas escuelas socialistas (entiendo aquí las que buscan en una organizacion artificial la solucion del problema social) de la escuela Economista, no es tal ó cual punto de detalle, tal ó cual combinacion gubernamental; es el punto de partida, es esta cuestion preliminar y dominante: Los intereses humanos, abandonados á sí mismos, ¿son armónicos ó antagónicos?

Es claro que los socialistas no han podido echarse á buscar una organizacion artificial, sino porque han juzgado que la organizacion natural es mala ó insuficiente, y no han juzgado que esta es insuficiente ó mala, sino porque han creido ver en los intereses un antagonismo radical, pues de otra manera no hubieran recurrido á la Coaccion. No se necesita compeler á la armonía lo que es armónico por sí mismo.

Así ellos han visto antagonismo por todas partes.

Entre el propietario y el proletario.

Entre el capital y el trabajo.

Entre el pueblo y la clase acomodada.

Entre la agricultura y la fábrica.

Entre el campesino y el ciudadano.

Entre el nacional y el estranjero.

Entre el productor y el consumidor.

Entre la civilizacion y la organizacion.

Y por decirlo todo de una vez:

Entre la libertad y la armonía.

Y esto esplica cómo, aun abrigándose en su corazon una especie de filantropía sentimental, destilan ódio sus labios. Cada uno de ellos reserva todo su amor para la sociedad que ha soñado; pero con respecto á aquella en que nos ha sido dado vivir, desearian verla desplomarse cuanto ántes para levantar sobre sus ruinas la nueva Jerusalen.

He dicho que la *escuela economista* partiendo de la natural armonía de los intereses se dirije á la libertad.

Sin embargo debo convenir en que, si los economistas en general se dirigen á la libertad, desgraciadamente no es tan cierto que sus principios establezcan sólidamente el punto de partida: la armonía de los intereses.

Antes de ir mas lejos, y á fin de preveniros contra las inducciones que no dejarán de sacarse de esta confesion, debo decir una palabra de la situacion respectiva del socialismo y de la economía política.

Seria en mí una insensatez asegurar que el socialismo no ha encontrado jamás una verdad; que la economía política jamás ha caido en un error.

Lo que separa profundamente á las dos escuelas es la diferencia de métodos. La una, como la astrología y la alquimia, procede por la imaginacion; la otra, como la astronomía, procede por la observacion.

Dos astrónomos, observando el mismo hecho, pueden no llegar al mismo resultado.

A pesar de esta disidencia pasajera, se hallan unidos por el procedimiento comun, que tarde ó temprano pondrá de acuerdo á los dos sábios. Se reconocen como de la misma comunion. Pero entre el astrónomo que observa y el astrólogo que imagina, hay un abismo insondable, aunque puedan encontrarse alguna vez por casualidad.

Así sucede con la economía política y el socialismo.

Los economistas observan al hombre, las leyes de su organizacion y las relaciones sociales que resultan de estas leyes. Los Socialistas imaginan una sociedad fantástica y en seguida un corazon humano salido de esta sociedad.

Pero si la ciencia no se engaña, los sábios se engañan. No niego, pues, que los Economistas no puedan hacer observaciones falsas, y aun añado que han debido empezar por ahí.

Mas hé aquí lo que acontece. Si los intereses son armónicos, toda observacion mal hecha conducirá lógicamente al antagonismo. ¿Y cuál es la táctica de los Socialistas? Re-

coger en los escristos de los Economistas algunas observaciones mal hechas, sacar de ellas todas las consecuencias, y manifestar que son desastrosas. Hasta aquí están en su derecho. En seguida se levantan contra el observador que supongo se llama Malthus ó Ricardo. Todavía están en su derecho. Pero no se detienen aquí. Se revuelven contra la ciencia, acusándola de ser implacable y de querer el mal. En esto ofenden á la razon y á la justicia, pues la ciencia no es responsable de una observacion mal hecha. Por último, avanzan todavía mas allá. Se revelan contra la sociedad misma y amenazan destruirla para volverla á construir; ¿y por qué? Porque, segun dicen, está probado que la sociedad actual es impelida hácia un abismo. En esto chocan con el buen sentido: porque, ó la ciencia no se engaña, y entonces ¿porqué la atacan? ó se engaña, y en este caso que dejen tranquila á la sociedad, puesto que no está amenazada.

Pero esta táctica, á pesar de su falta de lógica, no es menos funesta á la ciencia económica, sobre todo si los que la cultivan por una benevolencia muy natural tienen el infeliz pensamiento de hacerse solidarios unos de otros y de sus antecesores. La ciencia es una reina cuya marcha debe ser desembarazada y libre. La atmósfera de la bandería la mata.

He dicho ya: en economía política no es posible que deje de encontrarse el antagonismo en toda proposicion errónea. Por otra parte, no es posible que los numerosos escritos de los economistas, aun los mas eminentes, dejen de contener alguna proposicion falsa. A nosotros corresponde señalarlas y rectificarlas por interés de la ciencia y de la sociedad. Obstinarnos en sostenerlas por honor del cuerpo, sería no solamente esponernos, lo que es cosa insignificante, sino esponer la verdad misma, que es mas grave, á los ataques del socialismo.

Esto supuesto, digo: La conclusion de los economistas es la Libertad. Pero para que esta conclusion obtenga el asentimiento de las inteligencias y se atraiga los corazones, és necesario que se funde sólidamente en esta premisa: Los intereses abandonados á sí mismos, tienden á combinaciones armónicas, á la preponderancia progresiva del bien general.

Pero muchos de ellos, entre los cuales los hay que tienen autoridad, han emitido proposiciones que, de consecuencia en consecuencia, conducen lógicamente al *mal absoluto*, á la injusticia necesaria,—á la desigualdad fatal y progresiva,—al pauperismo inevitable, etc.

Asimismo hay muy pocos, al menos que yo sepa, que no hayan atribuido *valor* á los agentes naturales, á los *dones* que Dios habia prodigado *gratuitamente* á su criatura. La palabra *valor* indica que no cedemos la cosa que lo tiene, sino mediante una renumeracion. Vemos pues aquí á hombres y en particular á los propietarios del suelo, vendiendo por trabajo efectivo los beneficios de Dios, y recibiendo una recompensa por utilidades, á cuya creacion no ha concurrido el trabajo de aquellos. Injusticia evidente, pero necesaria, dicen estos escritores.

Viene despues la célebre teoría de Ricardo. Esta se resume de la manera siguiente. El precio de las subsistencias se establece por el trabajo, que exije para producirlas el mas pobre de los terrenos cultivados. El aumento de la poblacion obliga á recurrir á terrenos cada vez mas ingratos: Luego la humanidad entera (menos los propietarios) está obligada á dar una suma de trabajo siempre creciente por una cantidad igual de subsistencias: ó lo que es lo mismo, á recibir una cantidad siempre menor de subsistencias por una suma igual de trabajo; en tanto que los poseedores del suelo ven aumentar sus rentas cada vez que se emprende el cultivo de una tierra de calidad inferior. Conclusion:—Opulencia progresiva de los hombres del reposo; miséria progresiva de los hombres del trabajo,—en otros términos: Desigualdad fatal.

Aparece por último la teoría todavía mas célebre de Malthus. La poblacion tiende á aumentarse con mas rapidez que las subsistencias, y esto á cada momento dado de la vida de la humanidad. Los hombres no pueden ser felices ni vivir en paz, si no tienen con qué alimentarse. No hay mas que dos obstáculos á este escedente siempre amenazador de poblacion: la disminucion de los nacimientos, ó el aumento de la mortalidad en todas las horribles formas que la acompañan y la realizan. La coaccion moral para que fuera eficaz deberia ser universal, y ninguno dispone de ella. No queda, pues, sino el obstáculo represivo, el vicio, la miséria, la guerra, la peste, el hambre y la mortalidad,—en una palabra: Pauperismo inevitable.

No haré mencion de otros sistemas de menos importancia y que dan tambien por resultado un conflicto desconsolador. Por ejemplo, M. de Tocqueville y otros muchos como él dicen: Si se admite el derecho de primogenitura, se llega á la aristocracia mas concentrada; si no se admite, se llega á la pulverizacion y á la improductibilidad del territorio.

Y lo que hay de notable es que estos cuatro desoladores sistemas no se contradicen unos á otros. Si fuese así, podriamos consolarnos pensando que todos ellos eran falsos puesto que se destruian recíprocamente. Pero nó, convienen entre sí, forman parte de una misma teoría general, la cual, apoyada en hechos numerosos y especiales, pareciendo que esplican el estado convulsivo de la sociedad moderna, y reforzada con el asentimiento de muchos maestros de la ciencia, se presenta al espíritu desanimado y confundido con una autoridad espantosa.

Nos resta comprender de qué manera los reveladores de esta triste teoria han podido establecer como principio la *armonia de los intereses* y como conclusion la Libertad.

Porque, ciertamente, si la humanidad es fatalmente impelida por las leyes del valor á la Injusticia—por las de la Renta á la Desigualdad,—por las de la Poblacion á la Miséria,—y por las de la Sucesion á la Esterilidad,—no puede decirse que Dios ha hecho del mundo social, como del mundo material, una obra ármonica; es necesario confesar, doblando la cabeza, que le plugo fundarlo en una disonancia repugnante é irremediable.

No creais, jóvenes, que los socialistas hayan refutado y desechado lo que llamaré, por no ofender á nadie, la teoría de las disonancias. No, digan ellos lo que quieran, la han reconocido como verdadera; y justamente porque la tienen por verdadera es por lo que proponen sustituir la Coaccion á la Libertad, la organizacion artificial á la organizacion natural, la obra de su invencion á la obra de Dios.

Dicen á sus adversarios (y en esto no sé si son mas consecuentes que ellos): Si, como habeis anunciado, los intereses humanos dejados á sí mismos tienden á combinarse armoniosamente, nada mejor podriamos hacer que acojer y glorificar como vosotros, la Libertad.

Pero habeis demostrado de una manera invencible que los intereses, si se les deja desarrollarse libremente, impelen á la humanidad hácia la injusticia, la desigualdad, el pauperismo y la esterilidad. Pues bien, nosotros atacamos vuestra teoría precisamente porque es verdadera; queremos destruir la sociedad actual precisamente porque obedece á las leyes fatales que habeis descrito; queremos ensayar nuestro poder, puesto que el poder de Dios se ha equivocado.

Así convienen en el punto de partida y no se separan sino sobre la conclusion.

Los economistas á quienes he aludido dicen. *Las gran-*



des leyes providenciales precipitan la sociedad hácia el mal; pero es necesario guardarse de turbar su accion, porque esta se halla felizmente contrariada por otras leyes secundarias que retardan la catástrofe final, y toda intervencion arbitraria solo serviria para debilitar el dique sin detener la elevacion fatal de las ondas.

Los Socialistas dicen: *Las grandes leyes providenciales precipitan la sociedad hácia el mal*; es necesario abolirlas y escojer otras en nuestro inagotable arsenal.

Los Católicos dicen: *Las grandes leyes providenciales precipitan la sociedad hácia el mal;* es necesario librarnos de ellas renunciando á los inteseses humanos, refugiándose en la abnegacion, el sacrificio, el ascetismo y la resignacion.

Y en medio de este tumulto, de estos gritos de agonia y de dolor, de estas escitaciones á la subversion ó á la desesperacion resignada, intento yo hacer que se oiga esta palabra ante la cual, si puede justificarse, debe desaparecer toda disidencia: *No es cierto que las grandes leyes providenciales precipiten la sociedad hácia el mal.*

Asi, todas las escuelas se dividen y combaten con motivo de las conclusiones que deben sacarse de su premisa comun. Yo niego la premisa. ¿No es este el medio de que cese la division y el combate?

La idea dominante de este escrito, la armonia de los intereses es *sencilla*. ¿No es la sencillez la piedra de toque de la verdad? Las leyes de la luz, del sonido, del movimiento nos parecen tanto mas verdaderas cuanto mas sencillas son; ¿por qué no ha de ser lo mismo con respecto á la ley de los inteseses?

Es *conciliadora*, ¿Qué mas conciliante que lo que muestra el acuerdo de las industrias, de las clases, de las naciones y de las mismas doctrinas?

Es *consoladora*, puesto que señala lo que hay de falso en los sistemas que dan por conclusion el mal progresivo.

Es *religiosa*, pues nos dice que no es solamente la mecánica celeste, sino tambien la mécanica social, la que nos revela la sabiduria de Dios y nos manifiesta su gloria.

Es *practicable*, y seguramente no se puede concebir nada mas fácilmente practicable que esto: Dejad á los hombres trabajar, cambiar, aprender, asociarse, influir los unos en los otros, puesto que segun los decretos providenciales no puede salir sino órden, armonia, progreso, el bien, lo mejor, lo mejor hasta lo infinito.

—Hé ahi, direis, el optimismo de los economistas. Son

de tal manera esclavos de sus propios sistemas, que cierran los ojos á los hechos por temor de verlos. En presencia de todas las miserias, de todas las injusticias, de todas las opresiones que afligen á la humanidad, niegan imperturbablemente el mal. El olor de la pólvora de las insurrecciones no llegan á sus sentidos embotados; el pavimento de las barricadas no tiene lenguaje para ellos; y se desplomará la sociedad y todavia repetirán: «Todo es por lo mejor en el mejor de los mundos.»

No seguramente, no pensamos que todo sea por lo mejor.

Tengo una completa fé en la sabiduria de las leyes providenciales, y por este motivo tengo fé en la Libertad.

La cuestion es saber si tenemos Libertad.

La cuestion es saber si esas leyes obran en su plenitud; si su accion no está turbada profundamente por la accion opuesta de las instituciones humanas.

¡Negar el mal! ¡negar el dolor! ¿quién podrá hacerlo? Seria necesario olvidar que se habla del hombre. Seria necesario olvidar que tambien es uno hombre. Para que las leyes providenciales se consideren como *armónicas*, no hay necesidad de que escluyan el mal. Basta que este tenga su esplicacion y su mision, que sirva de límite á si mismo, que se destruya por su propia accion, y que cada dolor prevenga un dolor mas grande reprimiendo su propia causa.

La sociedad tiene por elemento al hombre que es una fuerza *libre*. Siendo libre el hombre, puede escojer; si puede escojer, puede engañarse; si puede engañarse puede sufrir.

Digo mas: debe engañarse y sufrir; porque su punto de partida es la ignorancia, y ante la ignorancia se abren vias infinitas y desconocidas que todas, menos una, conducen al error.

Todo error produce sufrimiento. O el sufrimiento recae en el que se ha estraviado, y entonces pone en accion la Responsabilidad, ó va á herir á seres inocentes de la falta, y en este caso, hace obrar el maravilloso aparato reactivo de la Solidaridad.

La accion de estas leyes, combinada con el don que se nos ha concedido de ligar los efectos á las causas, debe conducirnos, por el dolor mismo, al camino del bien y de la verdad.

Asi, no solamente admitimos el Mal, sino que le reconocemos una mision, tanto en el órden social como en el órden material.

Pero para que aquel cumpla su mision, no hay necesidad de estender artificialmente la Solidaridad de manera que destruya la Responsabilidad; en otros términos, es necesario respetar la Libertad.

Pues si las instituciones humanas vienen á contrariar en esto á las leyes divinas, no por eso el Mal deja de seguir al error, solamente que varia de direccion. Ofende al que no debia ofender; pero no advierte; no es tampoco una enseñanza; no tiende á limitarse y á destruirse por su propia accion; persiste, se agraba, como sucederia en el órden fisiológico, si las imprudencias y los escesos cometidos por los hombres de un hemisferio no hiciesen sentir sus tristes efectos sino sobre los hombres del hemisferio opuesto.

Esta es precisamente la tendencia, no solo de la mayor parte de nuestras instituciones gubernamentales, sino tambien y principalmente de aquellas que se procura hacer prevalecer como remedios de los males que nos afligen. Bajo el filantrópico pretesto de desarrollar entre los hombres una solidaridad ficticia, se deja que la Responsabilidad sea cada vez mas inerte é ineficaz. Por una intervencion abusiva de la fuerza pública se altera la relacion entre el trabajo y su recompensa, se perturban las leyes de la industria y del cambio, se violenta el desarrollo natural de la instruccion, se estravian los capitales y los brazos, se falsean las ideas, se inflaman las pretensiones absurdas, se hace concebir esperanzas quiméricas, se ocasiona una pérdida incalculable de fuerzas humanas, se varian los centros de poblacion, se acusa de ineficacia á la misma esperiencia, en una palabra, se dan á todos los intereses bases ficticias, se ponen en oposicion unos con otros, y luego se esclama: Mirad, los intereses son antagónicos. La Libertad es la causa de todo el mal. Maldigámos y aniquilemos la Libertad.

Y sin embargo, como esta palabra sagrada tiene todavia el poder de hacer palpitar los corazones, se despoja á la Libertad de su prestigio arrancándole su nombre; y bajo el nombre de *concurrencia* es como la triste víctima va conducida al altar, en medio de los aplausos de la multitud que tiende sus brazos á las ligaduras de la servidumbre.

No bastaba, pues, esponer en su magestuosa armonia las leyes naturales del órden social, era necesario tambien señalar las causas perturbadoras que paralizan su accion. Esto es lo que he intentado hacer en la segunda parte de este libro.

Me he esforzado en evitar la controversia. Esto era in-

dudablemente perder la ocasion de dar á los principios que yo queria que prevaleciesen la estabilidad que resulta de una discusion profunda. Pero seria distraer la atencion del conjunto con tales digresiones. Si presento el edificio tal cual es ¿qué importa la manera de que los otros lo hayan visto, aun cuando ellos me hayan enseñado á verlo?

Y ahora llamo con confianza á los hombres de todas las escuelas que colocan la justicia, el bien general y la verdad sobre sus sistemas.

Economistas, como vosotros, yo me dirijo á la LIBERTAD; y si destruyo algunas de esas premisas que entristecen vuestros corazones generosos, acaso vereis en esto un motivo mas para amar y servir nuestra santa causa.

Socialistas, teneis fé en la ASOCIACION. Yo os conjuro que digais despues de leer este escrito, si la sociedad actual, fuera de sus abusos y sus trabas, es decir, bajo la condicion de la Libertad, no es la mas bella, la mas completa, la mas durable, la mas universal, la mas equitativa de todas las Asociaciones.

Egalitarios, vosotros no admitís sino un principio, LA MUTUALIDAD DE SERVICIOS. Que las convenciones humanas sean libres, y yo afirmo que no son ni pueden ser otra cosa que un cambio recíproco de servicios, siempre disminuyendo en *valor* y siempre aumentando en *utilidad*.

Comunistas, quereis que los hombres, hechos hermanos, gocen en comun de los bienes que la Providencia les ha prodigado. Yo pretendo demostrar que la sociedad actual no necesita mas que conquistar la libertad, para realizar y esceder á vuestros deseos y esperanzas, pues todo es comun á todos, con la única condicion de que cada uno se tome el trabajo de recojer los dones de Dios, lo que es muy natural, ó restituya libremente este trabajo á los que lo toman por él, lo que es muy justo.

Cristianos de todas las comuniones, á menos que seais los solos que pongais en duda la sabiduría divina, manifestada en la mas magnífica de sus obras, que nos ha sido dado conocer, no encontrareis una espresion en este escrito que ofenda vuestra mas severa moral ni vuestros mas misteriosos dogmas.

Propietarios, sea cualquiera la estension de vuestras posesiones, si pruebo que el derecho que hoy dia se os disputa se limita, como el del mas simple obrero, á recibir servicios por servicios reales, prestados positivamente por vosotros ó por vuestros padres, ese derecho descansará en adelante sobre la base mas indestructible.

Proletarios, tengo el deber de demostraros que obteneis los frutos del campo, que no poseis, con menos esfuerzos y trabajos que si estuviéseis obligados á hacerlos crecer con vuestro trabajo directo, que si se os diere ese campo en su estado primitivo y tal como estaba antes de haber sido preparado por el trabajo para la produccion.

Capitalistas y obreros, creo que puedo establecer esta ley: «A medida que los capitales se acumulan, el interés *absoluto* del capital en el resultado total de la produccion aumenta, y su interés *proporcional* disminuye; el trabajo ve aumentar su parte *relativa* y con mayor razon su parte absoluta. El efecto inverso se produce cuando los capitales se disipan (1)»—Si se establece esta ley, resulta de ella claramente la armonia de los intereses entre los trabajadores y los que los emplean.

Discipulos de Malthus, filántropos sinceros y calumniados, que se os imputa únicamente la falta de preservar á la humanidad de una ley fatal, creyéndola fatal, puedo presentaros otra ley mas consoladora. «Siendo por otra parte las circunstancias iguales, la densidad creciente de poblacion equivale á una facilidad creciente de produccion.»—Y si esto es así, no sereis vosotros seguramente los que os aflijais de ver caer de la frente de vuestra querida ciencia su corona de espinas.

Hombres del despojo, vosotros que, por la fuerza ó por la astucia, y con desprecio de las leyes ó por medio de las leyes, engordais con la sustancia de los pueblos; vosotros que vivís de los errores que propagais, de la ignorancia que manteneis, de las guerras que encendeis, de las trabas que imponeis á las convenciones; vosotros que poneis tasa al trabajo despues de haberlo esterilizado, y le haceis perder mas haces que espigas le arrancais; vosotros que os haceis pagar por crear obstáculos, á fin de tener en seguida la ocasion de que se os pague tambien por levantar una parte de ellos; manifestaciones vivientes del egoismo en su mal

(1) Haré comprensible esta ley con números. Supongamos tres épocas durante las cuales el capital se ha aumentado, siendo el trabajo el mismo. Supongamos la produccion total en las tres épocas de 80—100—120. Su particion se hará de este modo:

	Parte del capital.	Parte del trabajo.	Total.
Primera época. . . .	45	35	80
Segunda época. . . .	50	50	100
Tercera época. . . .	55	65	120

Debe entenderse que estas proporciones no tienen otro objeto sino facilitar mas claridad al pensamiento.

sentido, escrecencias parásitas de la política falsa, preparad la tinta corrosiva de vuestra crítica; vosotros sois les únicos á quienes no puedo llamar, porque este libro tiene por objeto sacrificaros, ó mas bien sacrificar vuestras pretensiones injustas. Aunque deba amarse la conciliacion, hay dos principios que no podrian conciliarse: la Libertad y la Coaccion.

Para que las leyes providenciales sean armónicas, necesitan obrar libremente, sin esto no serian armónicas por sí mismas. Cuando observamos, pues, un defecto de armonía en el mundo, no puede corresponder sino á una falta de libertad, á la ausencia de la justicia. Opresores, despojadores, contradictores de la justicia, vosotros no podeis entrar en la armonía universal, porque sois los que la turbais.

¿Es esto decir que este libro podrá dar por resultado debilitar el poder, destruir su estabilidad, disminuir su autoridad? Me he propuesto el objeto directamente contrario. Pero entendámonos.

La ciencia política consiste en discernir lo que debe estar ó lo que no debe estar en las atribuciones del Estado; y para establecer esta division es necesario no perder de vista que el Estado obra siempre por medio de la Fuerza. Impone á la vez los servicios que presta y los servicios que se hace pagar en cambio con el nombre de contribuciones.

La cuestion debe, pues, reducirse á estos términos: ¿Qué cosas son las que los hombres tienen el derecho de imponerse unos á otros *por la fuerza?*

Yo no sé que haya mas que una en ese caso, que es la *justicia*. No tengo el derecho de *forzar*, sea á quien quiera, á ser religioso, caritativo, instruido, laborioso, pero tengo el derecho de *forzarlo* á ser *justo*; este es el caso de legítima defensa.

Así, pues, no puede existir en la coleccion de los individuos derecho alguno que no preexista en los individuos mismos. Luego si el empleo de la fuerza individual no se justifica sino por la legítima defensa, basta reconocer que la accion gubernamental se manifiesta siempre por la Fuerza, para concluir que está esencialmente limitada á hacer que reine el órden, la seguridad y la justicia.

Toda accion gubernamental fuera de este límite es una usurpacion de la conciencia, de la inteligencia, del trabajo, en una palabra, de la Libertad humana.

Esto supuesto, debemos aplicarnos sin descanso y sin piedad á librar de las invasiones del poder el dominio entero de la actividad privada; con esta condicion solamente

es como podremos conquistar la Libertad ó el libre juego de las leyes armónicas, que Dios ha preparado para el desenvolvimiento y el progreso de la humanidad.

¿Se debilitará por esto el Poder? ¿Perderá alguna parte de su estabilidad porque haya perdido en estension? ¿Tendrá menos autoridad porque tenga menos atribuciones? ¿Inspirará menos respeto, por que se le dirijan menos quejas? ¿Será mas el juguete de las facciones, cuando se disminuyan esos presupuestos enormes y esa influencia tan codiciada, que son el incentivo de las facciones? ¿Correrá mas peligros cuando tenga menos responsabilidad?

Me parece evidente, por el contrario, que encerrar la fuerza pública en su mision única, pero esencial, incontestada, benéfica, deseada, aceptada por todos, es conciliarle el respeto y el concurso universales. No veo de dónde podrian venir las oposiciones sistemáticas, las luchas parlamentarias, las insurrecciones de las calles, las revoluciones, las peripecias, las facciones, las ilusiones, las pretensiones de todos á gobernar con todas las formas, esos sistemas tan peligrosos como absurdos que enseñan al pueblo á esperarlo todo del gobierno, esa diplomacia comprometedora, esas guerras siempre en perspectiva, ó esas paces armadas casi tan funestas, esos impuestos abrumadores é imposibles de repartir con igualdad, esa intervencion absorvente y tan poco natural de la política en todas las cosas, esas grandes mudanzas violentas del capital y del trabajo, fuente de pérdidas inútiles, de fluctuaciones, de crisis y paralizaciones. Todas estas causas y otras mil de perturbaciones, de irritacion, de desafeccion, de codicia y de desórden no tendrian razon de existir; y los depositarios del poder, en vez de turbarla, concurririan á la armonía universal. Armonía que no escluye el mal, pero que le deja solo el espacio, cada vez mas estrecho, que le dan la ignorancia y la perversidad de nuestra débil naturaleza, y cuya mision es precaverlo y castigarlo.

Jóvenes, en este tiempo en que un doloroso Escepticismo parece ser el efecto y el castigo de la anarquía de las ideas, me consideraria feliz si la lectura de este libro hiciese llegar á vuestros labios, en el órden de ideas de que trata, esa palabra tan consoladora, esa palabra de sabor tan perfumado, esa palabra que no es solamente un refugio, sino una fuerza, puesto que ha podido decirse de ella que remueve las montañas, esa palabra que abre el símbolo de los cristianos: Creo.—«Creo, no con una fé sumisa y ciega, pues no se trata del misterioso dominio de la revelacion,

sino con una fé científica y razonada, como conviene en las cosas dejadas á las investigaciones del hombre.— Creo que el que ha ordenado el mundo material no ha querido permanecer estraño al arreglo del mundo social.— Creo que ha sabido combinar y poner en armonioso movimiento los agentes libres así como las moléculas inertes. —Creo que su providencia resplandece al menos tanto, si no es mas, en las leyes á que ha sometido los intereses y las voluntades, como en las que ha impuesto á la gravedad y á la celeridad.—Creo que en la sociedad todo es causa de perfeccionamiento y de progreso, aun lo que daña.— Creo que el Mal conduce al Bien y lo provoca, en tanto que el Bien no puede conducir al mal, de donde se sigue que el Bien debe concluir por dominar.—Creo que la invencible tendencia social es una aproximacion constante de los hombres hácia un comun nivel físico, intelectual y moral, al mismo tiempo que una elevacion progresiva é indefinida de este nivel.—Creo que basta al desenvolvimiento gradual y tranquilo de la humanidad que no sean turbadas sus tendencias y que reconquisten la libertad de sus movimientos.—Creo todo esto, no porque lo deseo y satisface á mi corazon, sino porque mi inteligencia le dá ese asentimiento reflexivo.»

¡Ah! Si alguna vez pronunciáis esta palabra Creo, os sentireis deseosos de propagarla, y el problema social quedará muy pronto resuelto, pues dígase lo que se quiera, es fácil de resolver.—Los intereses son armónicos—luego la solucion completa se halla en esta palabra: Libertad.

ARMONIAS ECONOMICAS.

I

ORGANIZACION NATURAL.

ORGANIZACION ARTIFICIAL (1).

¿Es cierto que el mecanismo social, como el mecanismo celeste, como el mecanismo del cuerpo humano, obedece á leyes generales? ¿Es asimismo cierto que es aquel un conjunto armoniosamente *organizado*? ¿No es la ausencia de toda *organizacion* lo que principalmente se observa en él? ¿No es precisamente una *organizacion* lo que buscan hoy todos los hombres de corazon y porvenir, todos los publicistas avanzados, todos los operarios del pensamiento? ¿Somos por ventura una simple agregacion de individuos que obra sin concierto, entregados á los movimientos de una libertad anárquica? Nuestras innumerables masas, despues de haber recobrado penosamente y una tras otra todas las libertades, ¿aguardan que un gran génio las ordene en un conjunto armonioso? ¿No es necesario fundar despues de haber destruido?

Si estas cuestiones no tuviesen otra trascendencia que esta: ¿puede existir la sociedad sin leyes escritas, sin reglas, y sin medidas represivas? ¿Puede cada hombre hacer un uso ilimitado de sus facultades, aun cuando coartase la libertad de otro ó causase un daño á la comunidad entera? En una

(1) Este artículo se publicó por primera vez en el *Journal des Economistes*, número de Enero de 1848.

(*Nota del editor francés.*)

palabra; ¿puede verse en esta máxima: *Dejad hacer, dejad pasar*, la fórmula absoluta de la economía política? Si fuese esta la cuestion, repito, la solucion no podria ser dudosa para nadie. Los economistas no dicen que un hombre puede matar, saquear, incendiar y que la sociedad debe *dejarlo hacer;* dicen que la resistencia social á tales actos se manifestaría de hecho, aun cuando no existiese código alguno; que por consiguiente esta resistencia es una ley general de la humanidad: dicen que las leyes civiles ó penales deben regularizar y no contrariar la accion de estas leyes generales *que ellas suponen*. Hay una gran distancia de una organizacion social fundada en las leyes generales de la humanidad á una organizacion artificial, imaginada, inventada, que no tiene en cuenta estas leyes, las niega ó las desdeña, tal, por último, como la que parece que quieren imponer muchas escuelas modernas.

Así, pues, si hay leyes generales que obran independientemente de las leyes escritas, y cuya accion no deben estas regularizar, es necesario estudiar esas *leyes generales;* ellas pueden ser el objeto de una ciencia, y la economía política existe. Si, por el contrario, la sociedad es una invencion humana, si los hombres no son mas que materia inerte, á la que un gran génio, como dice Rousseau, debe dar el sentimiento y la voluntad, el movimiento y la vida, entonces no hay economía política; no hay sino un número indefinido de arreglos posibles y contingentes, y la suerte de las naciones depende del *fundador* á quien el azar haya confiado sus destinos.

Para probar que la sociedad está sometida á leyes generales, no entraré en largas disertaciones. Me limitaré á señalar algunos hechos, que por ser algo vulgares no son ménos importantes.

Rousseau ha dicho: «Es menester mucha filosofía para observar los hechos que están demasiado cerca de nosotros.»

Tales son los fenómenos sociales en medio de los cuales vivimos y nos movemos. El hábito nos ha familiarizado de tal manera con estos fenómenos, que no fijamos en ellos nuestra atencion, por decirlo así, á menos que no tengan algo brusco y anormal que los imponga á nuestra observacion.

Observemos á un hombre que pertenezca á una clase modesta de la sociedad, un carpintero de aldea, por ejemplo, y examinemos todos los servicios que presta á la sociedad y todos los que recibe de ella; no tardarémos en admirarnos de la enorme desproporcion aparente.

Este hombre pasa el dia en cepillar tablas y en fabricar mesas y armarios; se queja de su condicion, y sin embargo, ¿qué recibe en realidad de esta sociedad en cambio de su trabajo?

Primeramente, todos los dias al levantarse se viste, y él no ha hecho ninguna de las numerosas piezas de su vestido. Para que estos vestidos, por sencillos que sean, esten á su disposicion, es necesario que se haya realizado una enorme cantidad de trabajo, de industria, de trasportes y de invenciones ingeniosas. Es necesario que Americanos hayan producido el algodon, Indios el añil, Franceses lana y lino, Brasileños el cuero; que todos estos materiales hayan sido trasportados á diversas ciudades, que se hayan elaborado, hilado, tejido, teñido, etc.

Despues almuerza. Para que el pan que come le llegue todas las mañanas, es necesario que se hayan desmontado tierras, que se hayan cercado, beneficiado, labrado y sembrado; es necesario que las cosechas se hayan preservado con cuidado del pillaje; es necesario que haya reinado cierta seguridad en medio de una innumerable multitud; es necesario que el trigo se haya recojido, molido, amasado preparado; es necesario que el hierro, el acero, la madera, la piedra, se hayan convertido por el trabajo en instrumentos de trabajo; que ciertos hombres se hayan apoderado de la fuerza de los animales, otros del peso de una caida de agua, etc.; cosas todas de las cuales tomada una aisladamente supone una masa incalculable de trabajo puesto en juego, no solo en el espacio, sino en el tiempo.

Este hombre no pasará el dia sin emplear un poco de azúcar, un poco de aceite, sin servirse de algunos utensilios.

Enviará á su hijo á la escuela, para recibir en ella una instruccion que, aunque limitada, no supone menos investigaciones, estudios anteriores y conocimientos de que la imaginacion se espanta.

Sale: encuentra una calle empedrada y alumbrada.

Se le disputa una propiedad: encuentra abogados para defender sus derechos, jueces para conservárselos, oficiales de justicia para ejecutar la sentencia; cosas todas que suponen tambien conocimientos adquiridos, por consiguiente luces y medios de existencia.

Vá á la iglesia: encuentra un monumento prodigioso, y el libro que lleva es acaso un monumento todavia mas prodigioso de la inteligencia humana.

Le enseñan la moral, iluminan su espíritu, elevan su

alma, y para que se realice todo esto, es necesario que otro hombre haya podido frecuentar las bibliotecas, los seminarios, beber en todas las fuentes de la tradicion humana; que haya podido vivir sin ocuparse directamente de las necesidades de su cuerpo.

Si nuestro artesano emprende un viaje, encuentra que, para ahorrarle tiempo y disminuirle trabajo, otros hombres han nivelado el suelo, rellenado los barrancos, allanado las montañas, reunido las orillas de los rios, disminuido todos los obstáculos, colocado vehículos de ruedas sobre trozos de piedra ó planchas de hierro, domado caballos, ó el vapor, etc.

Es imposible no admirarse de la desproporcion, verdaderamente inconmensurable, entre las satisfacciones que este hombre saca de la sociedad y las que podria proporcionarse hallándose reducido á sus propias fuerzas. Me atrevo á decir que en un solo dia consume cosas que no podria producir él solo en diez siglos.

Lo que hace al fenómeno mas estraño todavia, es que todos los demás hombres están en el mismo caso que él. Cada uno de los que componen la sociedad ha consumido millones de veces mas de lo que ha podido producir; y sin embargo no se han quitado nada unos á otros. Y si se miran las cosas de cerca, se observa que este carpintero ha pagado en servicios todos los servicios que se le han prestado. Si llevase sus cuentas con una rigurosa exactitud, nos convenceriamos que no ha recibido nada sin pagarlo por medio de su modesta industria; que cualquiera que le ha prestado servicio, en el tiempo ó en el espacio, ha recibido ó recibirá su remuneracion.

Es necesario, pues, que el mecanismo social sea muy ingenioso, muy poderoso, puesto que conduce al singular resultado de que todo hombre, aun aquel á quien la suerte ha colocado en la condicion mas humilde, goce en un dia mas satisfacciones que podria producir en muchos siglos.

No es esto todo, y este mecanismo social parecerá mucho mas ingenioso todavia si el lector quiere volver sus miradas sobre si mismo.

Lo supongo simple estudiante: ¿Qué hace en Paris? ¿Cómo vive? No se puede negar que la sociedad no ponga á su disposicion alimentos, vestidos, una habitacion, diversiones, libros, medios de instruccion, una multitud de cosas, en fin, cuya produccion solamente para esplicarse, exigiria un tiempo considerable, con mayor razon para realizarse. Y en cambio de todas estas cosas que han necesitado tanto

trabajo, sudores, fatigas, esfuerzos físicos ó intelectuales, trasportes, invenciones, convenciones, ¿qué servicios ha prestado este estudiante á la sociedad? Ninguno; solamente se prepara á prestarlos. ¿Cómo han podido, pues, esos millones de hombres que se han entregado á un trabajo positivo, efectivo y productivo, abandonarles sus frutos? Hé aquí la esplicacion: porque el padre de este estudiante, que era abogado, médico ó negociante, habia prestado servicios en otro tiempo, servicios—acaso á la sociedad china—y habia retirado en cambio, no servicios inmediatos, sino *derechos* á servicios que podria reclamar en el tiempo, en el lugar y bajo la forma que le conviniese. Estos servicios lejanos y pasados son los que la sociedad paga hoy; y ¡cosa estraña! si se siguiese con el pensamiento la marcha de las convenciones infinitas que han debido tener lugar para obtener este resultado, se veria que cada uno habia recibido la recompensa de su trabajo; que estos derechos han pasado de mano en mano, ya fraccionándose, ya agrupándose, hasta que por el concurso de este estudiante ha quedado todo equilibrado. ¿No es este un fenómeno bien estraño?

Seria cerrar los ojos á la luz no reconocer que la sociedad no puede presentar combinaciones tan complicadas, en las que tan poca parte toman las leyes civiles ni penales, sin obedecer á un mecanismo prodigiosamente ingenioso. Este mecanismo es el objeto que estudia la *Economía política*.

Otra cosa digna tambien de observacion es, que en ese número verdaderamente incalculable de convenciones, que han dado por resultado mantener por espacio de un dia á un estudiante, no será acaso ni una millonésima parte la que se haya realizado directamente. Las cosas de que ha usado hoy, y que son innumerables, constituyen la obra de hombres, que en su mayor parte han desaparecido hace mucho tiempo de la superficie de la tierra. Y sin embargo han sido remunerados segun su voluntad, aunque el que se aprovecha hoy del producto de su trabajo nada haya hecho por ellos. No los ha conocido ni los conocerá jamás. El que lea esta página, en el momento mismo que la lee, ejerce el poder, aunque no tenga conciencia de ello, de poner en movimiento hombres de todos los paises, de todas las razas, y aun diré de casi todos los tiempos, blancos, negros, rojos, amarillos; hace concurrir á sus satisfacciones actuales á generaciones estinguidas y á generaciones que no han nacido; y este poder estraordinario lo debe á que su padre prestó en otro tiempo servicios á otros hombres que, en la apariencia, no tienen nada de comun con aquellos cuyo trabajo

se utiliza hoy. Sin embargo, se ha operado una balanza tal en el tiempo y en el espacio, que cada uno ha sido retribuido y ha recibido lo que habia calculado deber recibir.

En verdad, ¿ha podido efectuarse todo esto, han podido realizarse fenómenos tan estraordinarios, sin que existiese en la sociedad una *organizacion* natural y sábia que obra, por decirlo asi, sin comprenderlo nosotros?

Se habla mucho en nuestros dias de inventar una nueva *organizacion*. ¿Podrá ser cierto que un pensador, sea cualquiera el génio que se le suponga, la autoridad que se le atribuya, pueda imaginar y hacer que prevalezca una organizacion superior á esta de que acabamos de esponer algunos resultados?

¡Qué no seria si yo describiese tambien sus ruedas, sus resortes y sus móviles!

Estas ruedas son hombres, esto es, seres capaces de aprender, de reflexionar, de raciocinar, de engañarse, de rectificar sus errores, y por consecuencia de obrar sobre el mejoramiento ó sobre el deterioro del mismo mecanismo. Son capaces de satisfaccion y de dolor, y por esto no son solamente ruedas sino resortes del mecanismo. Son tambien sus móviles, porque radica en ellos el principio de la actividad. Son todavia mas que todo esto, son su objeto mismo y su fin, puesto que en definitiva todo se resuelve en satisfacciones y en dolores individuales.

Pero se ha observado, y desgraciadamente no ha sido difícil de observar, que en la accion, en el desarrollo y aun en el progreso (por aquellos que lo admiten) de este poderoso mecanismo, muchas ruedas quedaban inevitable, fatalmente rotas; que para un gran número de seres humanos, la suma de dolores inmerecidos sobrepujaba con mucho á la suma de goces.

A este aspecto, muchos espíritus sinceros, muchos corazones generosos han dudado del mecanismo. Lo han negado, han rehusado estudiarlo, han atacado muchas veces con violencia á aquellos que habian investigado y espuesto sus leyes; se han rebelado contra la naturaleza de las cosas, y por último han propuesto *organizar* la sociedad bajo un plan nuevo, en que no tuvieran entrada la injusticia, el sufrimiento ni el error.

¡No quiera Dios que yo me rebele contra intenciones manifiestamente filantrópicas y puras! Pero haria traicion á mis convicciones, retrocederia ante las amonestaciones de mi propia conciencia, si no dijese que segun mi opinion esos hombres se encuentran en un camino estraviado.

En primer lugar, se ven reducidos, por la naturaleza misma de su propaganda, á la triste necesidad de desconocer el bien que la sociedad desarrolla, de negar sus progresos, de imputarle todos los males, de buscarlos con un cuidado casi ávido y de exagerarlos sin medida.

Cuando se cree haber descubierto una organizacion social diferente de la que resulta de las naturales tendencias de la humanidad, para que se acepte la invencion, es menester describir con los colores mas sombrios los resultados de la organizacion que se quiere abolir. Así, los publicistas á que aludo, despues de haber proclamado con entusiasmo, y acaso exajerado la perfectibilidad humana, caen en la estraña contradiccion de decir que la sociedad se deteriora mas cada dia. Segun ellos, los hombres son mil veces mas desgraciados que eran en los tiempos antiguos, bajo el régimen feudal ó bajo el yugo de la esclavitud; el mundo ha venido á ser un infierno. Si fuese posible evocar al Paris del siglo décimo, me atrevo á creer que semejante tésis seria insostenible.

Despues, pasan á condenar el principio mismo de accion de los hombres, quiero decir, el *interés personal*, puesto que ha producido semejante estado de cosas. Observemos que el hombre está organizado de tal manera, que busca la satisfaccion y evita la pena; yo convengo que de aquí nacen todos los males sociales, la guerra, la esclavitud, el monopolio, el privilegio; pero tambien tienen orígen en el mismo principio todos los bienes, puesto que la satisfaccion de las necesidades y la repugnancia al dolor son los móviles del hombre. La cuestion, pues, es saber si este móvil, que por su universalidad, de individual se hace social, es en sí mismo un principio de progreso.

En todo caso, ¿no ven los inventores de nuevas órganizaciones que este principio, inherente á la naturaleza misma del hombre, los seguirá en sus organizaciones, y que en ellas causará muchos mas estragos que en nuestra organizacion natural, en donde las pretensiones injustas y el interés del uno son al menos contenidos por la resistencia de todos? Estos publicistas suponen siempre dos cosas inadmisibles: la primera, que la sociedad, tal como la conciben, será dirigida por hombres infalibles y libres de este móvil, —el interés; la segunda, que la masa se dejará dirigir por estos hombres.

Por último, los organizadores no parece que se preocupan mucho de los medios de ejecucion. ¿Cómo harán prevalecer su sistema? ¿Cómo decidirán á todos los hombres á re-

nunciar á este móvil que los hace obrar: el atractivo de las satisfacciones y la repugnancia á los dolores? ¿Seria necesario, como decia Rousseau, *cambiar la constitucion moral y física del hombre*?

Para determinar á todos los hombres á la vez, á desechar como un vestido incómodo el órden social actual, en el que la humanidad ha vivido y se ha desarrollado desde su orígen hasta nuestros dias; á adoptar una organizacion de invencion humana, y á reducirse á piezas dóciles de otro mecanismo, me parece que no hay sino dos medios: la Fuerza y el Asentimiento universal.

Es necesario, ó que el organizador disponga de una fuerza capaz de vencer todas las resistencias, de manera que la humanidad no sea entre sus manos sino una cera blanda que se deje amasar y amoldar á su fantasía, ú obtener por la persuasion un asentimiento tan completo, tan esclusivo y aun tan ciego, que haga inútil el empleo de la fuerza.

Desafío á que me citen un tercer medio de hacer que triunfe, que pueda entrar en la práctica humana, un falansterio ó cualquiera otra organizacion artificial.

Así, pues, si no hay mas que estos dos caminos, y si se demuestra que el uno es tan impracticable como el otro, se prueba por esto mismo que los organizadores pierden el tiempo y el trabajo.

En cuanto á disponer de una fuerza material que les someta todos los reyes y todos los pueblos de la tierra, es en lo que los soñadores, por muy soñadores que sean, no han pensado jamás. El rey Alfonso manifestaba un gran orgullo al decir: «Si yo hubiese sido admitido á los consejos de Dios, estaria mejor arreglado el mundo planetario.» Pero si colocaba su sabiduría sobre la del Criador, al menos no tenia la locura de querer luchar de potencia á potencia con Dios; y la historia no refiere que intentase hacer girar las estrellas segun las leyes de su invencion. Descartes tambien se contentó con componer un pequeño mundo de dados y de hilos, convencido de que no era bastante *fuerte* para remover el universo. No conocemos sino á Jerjes que en la embriaguez de su poder se haya atrevido á decir á las olas: «No pasareis de aquí.» Las olas, sin embargo, no retrocedieron delante de Jerjes, pero Jerjes retrocedió ante las olas, y sin esta humillante, pero prudente, precaucion se hubiese sumergido en ellas.

Falta, pues, la Fuerza á los organizadores para someter la humanidad á sus esperimentos. Aun cuando atrajesen á su causa al autócrata ruso, al schah de Persia, al can de

los Tártaros y á todos los jefes de las naciones que ejercen sobre sus súbditos un imperio absoluto, no llegarian todavia á disponer de una fuerza suficiente para distribuir los hombres en grupos y séries, y abolir las leyes generales de la propiedad, del cambio, de la sucesion y de la familia; pues aun en Rusia, aun en Persia y en Tartaria es menester contar mas ó menos con los hombres. Si al emperador de Rusia se le ocurriese querer *alterar la constitucion moral y física* de sus súbditos, es probable que tuviese muy pronto un sucesor, y que este sucesor no intentaria proseguir la esperiencia.

Puesto que la *fuerza* es un medio enteramente fuera del alcance de nuestros numerosos organizadores, no les queda otro recurso que obtener el *asentimiento universal.*

Para esto hay dos medios: la persuasion y la impostura.

¡La persuasion! pero no se ha visto jamás que dos inteligencias se hallen perfectamente de acuerdo sobre todos los puntos de una sola ciencia. ¿Cómo, pues, aceptarán unánimemente todos los hombres de lenguas, de razas, de costumbres diversas, esparcidos sobre la superficie del globo, la mayor parte sin saber leer, destinados á morir sin oir hablar del *reformador*, la ciencia universal? ¿De qué se trata? De cambiar la manera del trabajo, los cambios, las relaciones domésticas, civiles, religiosas; en una palabra, de alterar la constitucion física y moral del hombre, —¡y se esperará atraer á la humanidad entera por la conviccion!

Verdaderamente parece bastante árdua la tarea.

Cuando dice uno á sus semejantes:

«Desde hace cinco mil años ha habido una mala inteligencia entre Dios y la humanidad;

»Desde Adan hasta nosotros, el género humano sigue una senda estraviada, y por poco que se me crea voy á conducirlo al buen camino;

»Dios queria que la humanidad marchase diferentemente, ella no lo ha querido así, y hé aquí por qué el mal se ha introducido en el mundo. Que vuelva toda entera á mi voz para tomar una direccion inversa, y lucirá sobre ella la felicidad universal.»

Cuando se principia así, lo mas con que podria contarse seria con cinco ó seis adeptos; de esto á ser creido por un millar de hombres hay una distancia incalculable.

Y luego, no debe perderse de vista que el número de invenciones sociales es tan ilimitado como el dominio de la imaginacion; que no hay un publicista que, encerrándose

por espacio de algunas horas en su gabinete, no salga de él con un plan de organizacion en la mano; que las invenciones de Furier, Saint Simon, Owen, Cabet, Blanc, etc., no se parecen absolutamente entre sí; que no hay dia que no se vean salir otras todavia; que verdaderamente la humanidad tiene alguna razon de recojerse y vacilar antes de desechar la organizacion social que Dios le ha dado, para hacer entre tantas invenciones sociales una eleccion definitiva é irrevocable. Porque ¿qué sucederia si, cuando hubiese escojido uno de estos planes, se le presentase otro mejor? ¿Puede constituir todos los dias la propiedad, la familia, el trabajo, el cambio en bases diferentes? ¿Debe esponerse á cambiar de organizacion todas las mañanas?

«Asi pues, como dice Rousseau, no pudiendo el legislador emplear ni la fuerza, ni el razonamiento, necesita recurrir á una autoridad de otro órden que pueda obligar sin violencia y persuadir sin convencer.»

¿Cual es esta autoridad? La impostura. Rousseau no se atreve á articular la palabra; pero segun su uso invariable en casos semejantes, la coloca tras el velo trasparente de un trozo de elocuencia.

«Hé aquí, dice, lo que obligó en todos tiempos á los Padres de las naciones á recurrir á la intervencion del Cielo, y á atribuir á los dioses su propia sabiduría, para que los pueblos sometidos á las leyes del Estado, asi como á las *de la naturaleza*, y reconociendo el mismo poder en la formacion del hombre y en la de la ciudad, obedeciesen con *libertad* y llevasen dócilmente el yugo de la felicidad pública. Esta razon *sublime*, que eleva al legislador mas allá del alcance de los hombres vulgares, es la que *pone sus decisiones en boca de los inmortales*, para *arrastrar* por la autoridad divina á los que no podria reducir la prudencia humana. Pero no pertenece á cualquier hombre hacer hablar á *los dioses* etc.»

Y para que no pueda haber engaño, deja á Maquiavelo, citándolo, el cuidado de concluir su pensamiento. *Mai non fú alcuno ordinatore di leggi* STRAORDINARIE *in un popolo che non ricorresse á Dio.*

¿Por qué aconseja Maquiavelo recurrir á *Dios* y Rousseau *á los dioses, á los inmortales*? Dejo al lector la resolucion de la cuestion.

Seguramente no acuso á los modernos *Padres de las naciones* de valerse de estas supercherias indignas. Sin embargo, no debe ocultarse que, cuando nos colocamos bajo su punto de vista, comprendemos que se dejen fácilmente

arrastrar por el deseo de obtener buen éxito. Cuando un hombre sincero y filantrópico está intimamente convencido de que posee un secreto social, por cuyo medio todos sus semejantes gozarian en este mundo una felicidad sin límites; cuando vé claramente que no puede hacer que prevalezca su idea ni por la fuerza ni por el razonamiento, y que la supercheria es su único recurso, debe sentir una tentacion bastante fuerte. Se sabe que aun los ministros de la religion, que profesan en mas alto grado horror á la mentira, no han retrocedido ante *los fraudes piadosos*; y se vé, por el ejemplo de Rousseau, austero escritor que ha inscrito á la cabeza de todas sus obras esta divisa: *Vitam impendere vero*, que hasta la orgullosa filosofía puede dejarse seducir por el atractivo de esta otra máxima muy diferente; *El fin justifica los medios*. ¿Qué tendria de sorprendente el que los Organizadores modernos pensasen tambien en *honrar con su propia sabiduría á los dioses, en poner sus decisiones en boca de los inmortales, en arrastrar sin violencia y persuadir sin convencer?*

Se sabe que á ejemplo de Moisés, Fourier ha hecho preceder un Génesis á su Deutoronomio. Saint Simon y sus discipulos habian ido mas lejos en sus veleidades apostólicas. Otros, mejor aconsejados, se adhieren á la religion mas estendida, modificándola segun sus miras, bajo el nombre de *neo-cristianismo;* y no hay nadie que no pueda admirar el tono de afectacion mística que casi todos los Reformadores modernos introducen en su predicacion.

Pero los esfuerzos que se han ensayado en este sentido no han servido mas que para probar una cosa que ciertamente tiene su importancia, á saber, que en nuestros dias no es profeta todo el que quiere. Y si alguno pretende proclamarse Dios, no es creido por nadie, ni por el público, ni por sus compadres, ni por él mismo.

Puesto que he hablado de Rousseau, me permitiré aqui algunas observaciones sobre este *organizador*, tanto mas cuanto que ellas servirán para hacernos comprender en qué difieren las organizaciones artificiales de la organizacion natural. Esta digresion, por otra parte, no es enteramente intempestiva, por cuanto desde hace algun tiempo se señala el *Contrato social* como el oráculo del porvenir.

Rousseau estaba convencido de que el aislamiento era el *estado de naturaleza* del hombre, y que por consiguiente la *sociedad* era de invencion humana.

«*El órden social*, dice al principiar, *no procede de la naturaleza*; luego está fundado en convenciones.»

Además este filósofo, aunque amaba con pasion la libertad, tenia una triste opinion de los hombres. Los creia absolutamente incapaces de darse una buena institucion. Era por tanto indispensable la intervencion de un fundador, de un legislador, de un padre de las naciones.

«El pueblo sometido á las leyes, dice, debe ser el autor de ellas. Solo corresponde á los que se asocian arreglar las condiciones de la sociedad; ¿pero cómo las arreglarán? ¿Será por comun acuerdo, por una inspiracion súbita? ¿Cómo una multitud ciega, que regularmente no sabe lo que quiere, porque rara vez sabe lo que le conviene, ejecutará por sí misma una empresa tan grande, tan difícil como un sistema de legislacion?... Los particulares ven el bien que desechan: el público quiere el bien que no ve; todos necesitan igualmente de guias..... Hé aquí de dónde nace la necesidad de un legislador.»

Este legislador, ya lo hemos visto, no pudiendo emplear la fuerza ni el razonamiento, se ve en la necesidad de recurrir á una autoridad de otro órden, es decir en buen francés, á la supercheria.

Nada puede dar idea de la inmensa altura en que Rousseau coloca á su legislador sobre los demás hombres.

«Se necesitarian dioses para dar leyes á la humanidad... El que se atreva á dar instituciones á un pueblo debe creerse en estado de cambiar, por decirlo así, la naturaleza humana... de alterar la constitucion del hombre para reforzarla... Es menester que le quite sus propias fuerzas para darle otras que le son estrañas..... El legislador es bajo todos aspectos un hombre estraordinario en el Estado... su empleo es una funcion particular y superior, que no tiene nada de comun con el imperio humano..... Si vemos que un gran príncipe es un hombre raro, ¿qué será un gran legislador? El primero no tiene mas que seguir el modelo que el otro le debe proponer. Este es el mecánico que inventa la máquina; aquel no es sino el obrero que la arma y la pone en movimiento.»

¿Y qué representa la humanidad en todo esto? la vil materia de que se compone la máquina.

¿No es esto, en verdad, el orgullo llevado hasta el delirio? Asi, los hombres son los materiales de una máquina que el príncipe pone en movimiento; el legislador propone su modelo, y el filósofo dirige al legislador, colocándose de este modo á una distancia inconmensurable del vulgo, del príncipe y del mismo legislador: se cierne sobre el género humano, lo mueve, lo trasforma, lo amasa, ó mas bien

enseña á los Padres de las naciones cómo deben conducirse para ello.

Sin embargo, el fundador de un pueblo debe proponerse un objeto. Tiene materia humana para ponerla en movimiento, y es necesario que le ordene un fin. Como los hombres están desposeidos de iniciativa y todo depende del legislador, este decidirá si un pueblo debe ser comerciante ó agricultor, ó bárbaro, ó itcióſago, etc.: pero seria de desear que el legislador no se engañase y no violentase demasiado la naturaleza de las cosas.

Los hombres, al *convenir* en asociarse, ó mas bien asociándose por la voluntad del legislador, tienen pues un objeto muy determinado. «Así es, dice Roussau, que los Hebreos y recientemente los Arabes han tenido por principal objeto la religion; los Atenienses, las letras; Cartago y Tiro, el comercio; Rodas, la marina; Esparta, la guerra, y Roma, la virtud.»

¿Cuál seria el objeto que nos decidiera á nosotros los Franceses á salir del estado del aislamiento ó del *estado de naturaleza* para formar una sociedad? O mas bien (porque nosotros no somos mas que materia inerte, los materiales de la máquina) ¿hácia qué fin nos dirijiria nuestro gran *Instituidor*?

En las ideas de Rousseau, no podia ser ya aquel, ni las letras, ni el comercio, ni la marina. La guerra es un fin mas noble, y la virtud un fin todavia mas noble. Sin embargo, hay otro aun mas superior: «Lo que debe constituir el fin de todo sistema de legislacion, es la *libertad* y la *igualdad*.»

Pero es necesario saber lo que Rousseau entendia por libertad. Gozar de la libertad, segun él, no es ser libre, es *dar el voto*, aunque se fuese arrastrado sin violencia y persuadido sin ser convencido, «pues entónces, se obedece con libertad y se lleva dócilmente el yugo de la felicidad pública.»

«Entre los Griegos, dice, todo lo que tenia que hacer el pueblo, lo hacia por sí mismo; estaba reunido continuamente en la plaza, habitaba un clima suave, no era avaro, esclavos *desempeñaban sus trabajos, su gran ocupacion era la libertad*.»

«El pueblo inglés por otra parte, dice, cree ser libre; se engaña mucho. No lo es sino durante la eleccion de los miembros del parlamento; en el momento en que están elegidos, es esclavo, no es nada.»

El pueblo, pues, debe ejecutar por si mismo todo lo que

es servicio público, si quiere ser libre, porque en esto consiste la libertad. Debe estar nombrando siempre y hallarse reunido constantemente en la plaza pública. ¡Infeliz de él si piensa en trabajar para vivir! en el momento que un solo ciudadano piensa en atender á sus propios negocios (es una locucion de que gusta mucho Rousseau) todo está perdido.

Seguramente que no es pequeña la dificultad. ¿Qué ha de hacerse? Porque al cabo, aun para practicar la virtud, aun para ejercitar la libertad, se necesita vivir.

Hemos visto hace poco bajo qué velo oratorio habia ocultado Rousseau la palabra *impostura*. Ahora lo veremos recurrir á un rasgo de elocuencia para que pase la conclusion de todo su libro, la *esclavitud*.

«Vuestros duros climas os acarrean necesidades; en seis meses del año no se puede estar en la plaza pública, vuestras lenguas sordas no pueden dejarse oir al aire libre, y temeis mucho menos la esclavitud que la miseria.

»Veis claramente que no podeis ser libres.

»¡Qué! ¿no se mantiene la libertad sino con el apoyo de la servidumbre? Puede ser.»

Si Rousseau se hubiera detenido en esta espantosa palabra, el lector se hubiese rebelado. Era necesario recurrir á declamaciones imponentes. Rousseau no deja de hacerlo.

«Todo lo que no está en la naturaleza (de la sociedad es de lo que se trata) tiene sus inconvenientes; y la sociedad civil mas que las demás cosas. Hay posiciones desgraciadas en que no puede conservarse la libertad sino á espensas de la de otros, y en que el ciudadano no puede ser perfectamente libre sin que el esclavo sea estremadamente esclavo. En cuanto á vosotros, pueblos modernos, no teneis esclavos, pero vosotros lo sois; pagais su libertad con la vuestra..... Aunque pondereis esta preferencia, encuentro en ella mas cobardia que humanidad.»

Yo pregunto, si no quiere esto decir: Pueblos modernos, hariais mejor en no ser esclavos y en tenerlos.

Dispénseme el lector esta larga digresion; creo que no ha sido inútil. Desde hace algun tiempo se nos presenta á Rousseau y á sus discipulos de la Convencion como los apóstoles de la fraternidad humana.—Hombres por materiales, un príncipe por mecánico, un padre de las naciones por inventor, un filósofo sobre todo esto, la impostura por medio, la esclavitud por resultado, ¿es esta la fraternidad que nos prometen?

Me ha parecido tambien que este estudio del *Contrato*

social era propio para manifestar lo que caracteriza las organizaciones sociales artificiales. Partir de la idea de que la sociedad es un estado contra la naturaleza, investigar las combinaciones á que se quiere someter la humanidad; perder de vista que ella tiene su móvil en sí misma; considerar á los hombres como viles materiales; aspirar á darles el movimiento y la voluntad, el sentimiento y la vida; colocarse así á una altura inconmensurable sobre el género humano, hé aquí los rasgos comunes á todos los inventores de organizaciones sociales. Las invenciones difieren, los inventores se parecen.

Entre los arreglos nuevos á que son convidados los débiles humanos, hay uno que se presenta en terminos que lo hacen digno de atencion. Su fórmula es: *Asociacion progresiva y voluntaria.*

Pero la *economía política* está fundada precisamente en este principio: que *sociedad* no es otra cosa que *asociacion* (como lo dicen aquellas tres palabras), asociacion muy imperfecta primero, porque el hombre es imperfecto; pero perfeccionándose con él, esto es, *progresiva.* ¿Quiere hablarse de una asociacion mas estrecha entre el trabajo, el capital y el talento, de donde debe resultar para los miembros de la familia humana mas bienes ó un bienestar mejor repartido? Con la condicion de que estas asociaciones sean *voluntarias*; que no intervengan ni la fuerza ni la coaccion; que los asociados no tengan la pretension de que soporten los gastos de su establecimiento los que no quieren entrar en él, ¿en qué repugnan á la economia politica? ¿No está obligada la economia politica, como ciencia, á examinar las formas diversas por las que traten los hombres de unir sus fuerzas y repartirse las ocupaciones, para alcanzar un bienestar mayor y mejor distribuido? No nos da frecuentemente el comercio el ejemplo de dos, tres, cuatro personas formando entre sí asociaciones? ¿No podrá, por ventura, considerarse el contrato de aparceria como una especie de asociacion informe, si se quiere, del capital y del trabajo? ¿No hemos visto en estos últimos tiempos formarse compañías por acciones que dan al capital mas pequeño el poder de tomar parte en las mas grandes empresas? ¿No hay en la superficie del país algunas fábricas en donde se ensaya la asociacion de todos los co-trabajores á los resultados? ¿Condena la economia política estos ensayos y los esfuerzos que hacen los hombres para sacar mejor partido de sus fuerzas? ¿Ha afirmado en alguna parte que la humanidad ha dicho su última palabra? Todo lo con-

trario: y creo que no hay ninguna ciencia que demuestre con mas claridad que la sociedad está en la infancia.

Pero sean cualesquiera las esperanzas que se conciban para el porvenir, y las ideas que se tengan de las formas que la humanidad pueda hallar para el perfeccionamiento de sus relaciones y la difusion del bienestar, de los conocimientos y de la moralidad, es necesario sin embargo reconocer que la sociedad constituye una organizacion, que tiene por elemento un agente moral, dotado de libre albedrio y perfectible. Si le quitais la libertad, queda reducido á un triste y grosero mecanismo.

¡La libertad! parece que no se la quiere en nuestros dias. En esta tierra de Francia, imperio privilegiado de la moda, parece que la libertad va perdiendo simpatías. Y yo digo: El que rechaza la Libertad no tiene fé en la humanidad. Se pretende haber hecho en estos tiempos el descubrimiento desconsolador de que la libertad conduce fatalmente al monopolio (1). No, este encadenamiento mostruoso, este consorcio contra naturaleza no existe: es el fruto imaginario de un error, que se disipa muy pronto á la luz de la antorcha de la economía política. ¡Nacer la opresion naturalmente de la libertad! Afirmar esto es afirmar que las tendencias de la humanidad son radicalmente malas, malas en sí mismas, malas por naturaleza, malas por esencia; es afirmar que la inclinacion natural del hombre se dirige hácia su deterioro, y el atractivo irresistible del espíritu hácia el error. Pero entonces ¿para qué sirven nuestras escuelas, nuestros estudios, nuestras investigaciones, nuestras discusiones, sino para imprimirnos un impulso mas rápido sobre esa pendiente fatal, puesto que para la sociedad aprender á escojer es aprender á suicidarse? Y si las tendencias de la humanidad son esencialmente perversas ¿en dónde buscarán, para cambiarlas, los organizadores su punto de apoyo? Segun las premisas, este punto de apoyo deberia colocarse fuera de la humanidad. ¿Lo buscarán en ellos mismos, en su inteligencia, en su corazon? Pero no son dioses; son hombres tambien; y por consiguiente impelidos con la humanidad entera hácia el fatal abismo. ¿Invocarán la intervencion del Estado? Pero el Estado está compuesto de hombres; seria menester probar que estos hombres forman una clase á parte, para la que no se han hecho las leyes gene-

(1) «Está averiguado que nuestro régimen de libre concurrencia, reclamado por una economía política ignorante y decretado para abolir los monopolios, no conduce sino á la organizacion general de los grandes monopolios en todos los ramos.» (*Principios del socialismo*, por M. Considerant.)

rales de la sociedad, puesto que son ellos los encargados de hacer estas leyes. Sin esta prueba, existe la misma dificultad.

No condemos así á la humanidad antes de haber estudiado sus leyes, sus fuerzas, sus energías y sus tendencias. Desde que Newton reconoció la atraccion, no pronunciaba el nombre de Dios sin descubrirse. A medida que la inteligencia se eleva sobre la materia, el mundo social se eleva sobre el mundo que admiraba Newton; porque la mecánica celeste obedece á leyes de que no tiene conciencia. ¡Cuánta mas razon tendremos nosotros para inclinarnos ante la Sabiduría eterna. al aspecto de la mecánica social, en que vive tambien el pensamiento universal, *mens agitat molem*, pero que presenta además el fenómeno estraordinario de que cada átomo es un ser animado, que piensa, dotado de esa energía maravillosa, de ese principio de toda moralidad, de toda dignidad, de todo progreso, atributo esclusivo del hombre—la Libertad!

II

NECESIDADES, ESFUERZOS,

SATISFACCIONES (1).

¡Qué espectáculo tan aflictivo nos ofrece la Francia!

Seria difícil decir si la anarquía ha pasado de las ideas á los hechos, ó de los hechos á las ideas, pero es lo cierto que lo ha invadido todo.

El pobre se levanta contra el rico; el proletario contra la propiedad; el pueblo contra la clase media; el trabajo contra el capital; la agricultura contra la industria; el campo contra la ciudad; la provincia contra la capital; el nacional contra el estranjero.

Y se presentan teóricos que forman un sistema de este antagonismo. «Es, dicen, el resultado *fatal* de la naturaleza de las cosas, esto es, de la Libertad. El hombre *se ama á sí mismo,* y hé aquí de donde viene todo el mal; porque amándose tiende á su propio bienestar, y no puede encontrarlo sino en la desgracia de sus hermanos. Impidamos pues que obedezca á sus tendencias; sofoquemos su libertad, cambiemos el corazon humano; sustituyamos otro móvil al que Dios se ha servido concederle; inventemos y dirijamos una sociedad artificial»

Cuando se llega á este punto, se abre una carrera sin lí-

(1) Este capítulo y el siguiente se insertaron en setiembre y diciembre de 1848 en el *Journal des Economistes.*

(*Nota del Editor francés*).

mites á la lógica ó á la imaginacion. Si el teórico está dotado de un espíritu dialéctico combinado con una naturaleza mal humorada, profundiza en el análisis del mal: lo examina minuciosamente, lo pone en el crisol, le exige su última palabra, se remonta á sus causas, lo persigue en sus consecuencias; y como á causa de nuestra imperfeccion nativa, el mal no es estraño á nada, no hay nada que no se denigre. No se manifiesta la Propiedad, la Familia, el Capital, la Industria, la Concurrencia, la Libertad, el Interés personal, sino por uno de sus aspectos, por el lado que destruye ó que hiere; se intenta, por decirlo así, contener la historia natural del hombre en la clínica. Se dirige á Dios el reto de conciliar lo que se dice de su bondad infinita con la existencia del mal. Se mancha todo, se desdeña todo, se niega todo; y sin embargo, no deja de obtenerse un triste y peligroso éxito en esas clases que el sufrimiento inclina demasiado hácia la desesperacion.

Si por el contrario, el inventor posee un corazon abierto á la benevolencia, un espíritu que se complazca en ilusiones, se lanza á la region de las quimeras. Se sueñan Oceanas, Atlantidas, Salentos, Espensonias, Icarias, Utopias, ó Falansterios; se pueblan de séres dóciles, amantes, abnegados, que no intentan jamás poner obstáculos á la fantasia del soñador. Este se instala complacientemente para desempeñar allí su papel de Providencia. Arregla, dispone, forma hombres á su gusto; nada lo detiene, jamás encuentra decepciones; se parece á aquel predicador romano, que despues de haber trasformado su bonete cuadrado en Rousseau, refutaba calorosamente el *Contrato Social*, y triunfaba reduciendo á su contrario al silencio. Asimismo nuestro reformador presenta á los ojos de los que sufren esos cuadros seductores de una felicidad ideal, muy á propósito para disgustarse de las rudas necesidades de la vida real.

Sin embargo, el utopista rara vez se detiene en estas inocentes quimeras. Desde que se propone arrastrar hácia ellas á la humanidad, conoce que esta no se deja fácilmente reformar. Resiste, y el reformador se incomoda. Para determinarla, no le habla solamente de la felicidad, que se niega á aceptar; le habla tambien de los males, de que pretende libertarla. Para ello, hace la mas horrorosa pintura de estos males. Se habitua á cargar su paleta y á reforzar sus colores. Busca el mal en la sociedad actual con tanta pasion, como otro manifestaria por descubrir el bien. No ve mas que sufrimientos, harapos, demacracion, inanicion, dolores, opresion. Se admira, se irrita de que la

6

sociedad no tenga un sentimiento bastante vivo de su miseria. No escasea nada para obligarla á perder su insensibilidad, y despues de haber empezado por la benevolencia, él tambien concluye por la misantropia (1).

Lejos de mi la idea de poner aqui en duda la sinceridad de nadie. Pero en verdad, no acierto á esplicarme cómo estos publicistas, que ven un antagonismo tan radical en el fondo del órden natural de las sociedades, pueden gozar un instante de calma ni de reposo. Me parece que debe ser su triste herencia el desaliento y la desesperacion. Porque al fin, si la naturaleza se ha engañado, haciendo al *interés personal* el gran resorte de las sociedades humanas (y su error es evidente, desde el momento que se admite que los intereses son fatalmente antagónicos), ¿cómo no conocen que el mal es irremediable? No pudiendo recurrir sino á los hombres, hombres tambien nosotros, ¿á dónde iremos á buscar nuestro punto de apoyo para cambiar las tendencias de la humanidad? ¿Invocaremos á la Policía, á la Magistratura, al Estado, al Legislador? ¿Pero no es tambien recurrir á hombres, esto es, á séres sujetos á la enfermedad comun? ¿Nos dirigiremos al sufragio universal? Eso seria dar mas libre curso á la tendencia general.

No queda, pues, mas que un recurso á estos publicistas: que es presentarse como reveladores, como profetas, formados de otra sustancia, y recibiendo sus inspiraciones de fuentes diversas de las del resto de sus semejantes; y por esta razon, sin duda, se les ve con tanta frecuencia envolver sus sistemas y sus consejos en una fraseologia mística. Pero si son enviados de Dios, que prueben su mision. En definitiva, lo que piden es el poder soberano, es el despotismo mas absoluto que jamás ha habido. No solamente quieren gobernar nuestros actos, sino que pretenden alterar hasta la esencia misma de nuestros sentimientos. No es, pues, exigir mucho el desear que nos presenten sus títulos. ¿Esperan que la humanidad los crea bajo su palabra, cuando ellos mismos no convienen entre si?

Pero antes de examinar sus proyectos de sociedades artificiales, ¿no hay una cosa de que necesitamos asegurarnos, á saber, sino se engañan desde el punto de partida? ¿Es completamente cierto QUE LOS INTERESES SON NATURALMENTE

(1) **Nuestro regimen industrial, formado sobre la concurrencia sin garantia ni organizacion, no es mas que un infierno social, una vasta realizacion de todos los tormentos y de todos los suplicios del antiguo Tenaro. Hay una diferencia, sin embargo: las victimas.**

(V. CONSIDERANT).

ANTAGÓNICOS, que una causa irremediable de desigualdad se desarrolla fatalmente en el órden natural de las sociedades humanas bajo la influencia del interés personal, y que desde luego Dios se ha engañado manifiestamente, cuando ha ordenado que el hombre tendiese hácia su bienestar?

Esto es lo que me propongo investigar.

Considerando al hombre, tal como plugo á Dios formarlo, susceptible de prevision y de esperiencia, perfectible, amándose á sí mismo, seguramente, pero con una afeccion templada por el principio simpático, y en todo caso, contenida, equilibrada por la esperiencia de un sentimiento análogo, repartido universalmente en el medio en que se mueve, yo pregunto, ¿qué órden social debe necesariamente resultar de la combinacion y de las libres tendencias de estos elementos?

Si vemos que este resultado no es otra cosa, sino una marcha progresiva hácia el bienestar, el perfeccionamiento y la igualdad; una aproximacion sostenida de todas las clases á un nivel físico, intelectual y moral, al mismo tiempo que una constante elevacion de este nivel; queda ya justificada la obra de Dios. Aprendamos con júbilo que no hay lagunas en la creacion, y que el órden social, como todos los demás, demuestra la existencia de esas *leyes armónicas*, ante las cuales se inclinaba Newton, y que arrancaba al Salmista esta esclamacion: *Cœli enarrant gloriam Dei*.

Rousseau decia: «Si fuese príncipe ó legislador, no perderia el tiempo en decir lo que debia hacerse: lo haria, ó me callaria.»

Yo no soy *príncipe*, pero la confianza de mis conciudadanos me ha hecho *legislador*. Acaso se me dirá que ha llegado para mí el tiempo de obrar y no de escribir.

Suplico que me perdonen; sea la verdad misma la que me impele, ó sea que me engañe una ilusion, de todos modos es cierto que siento la necesidad de concentrar en un punto ideas que no he podido conseguir que se acepten hasta ahora, por haberlas presentado aisladas y á retazos. Me parece que descubro, en el juego de las leyes naturales de la sociedad, sublimes y consoladoras *armonías*. ¿No debo intentar el mostrar á los demas lo que veo, ó creo ver, á fin de reunir así en un pensamiento de concordia y fraternidad á muchas inteligencias estraviadas y muchos corazones disgustados? Si cuando se halla combatido por la tempestad el bagel adorado de la patria, parece que me alejo algunas veces, para meditar, del puesto que se me

ha confiado, es porque mis débiles manos son inútiles para la maniobra. Y por otra parte, ¿no corresponderé á mi encargo reflexionando sobre las causas de la tempestad misma, y esforzándome en obrar sobre estas causas? Y además, ¿quién sabe si lo que dejase de hacer hoy, podria realizarlo mañana?

Empezaré por establecer algunas nociones económicas. Aprovechándome de los trabajos de mis antecesores, me esforzaré en resumir la Ciencia en un principio verdadero, sencillo y fecundo, que ella vislumbró desde el origen; á cuyo principio se ha aproximado constantemente, y acaso haya llegado ya el momento de fijar su fórmula. Despues, á la claridad de esta luz, procuraré resolver algunos de los problemas controvertidos todavia, concurrencia, máquinas, comercio esterior, lujo, capital, renta, etc. Señalaré algunas de las relaciones, ó mas bien de las armonías de la economía política con las demás ciencias morales y sociales, echando una ojeada sobre los graves asuntos espresados por estas palabras: Interés personal, Propiedad, Comunidad, Libertad, Igualdad, Responsabilidad, Solidaridad, Fraternidad, Unidad. Por último, llamaré la atencion del lector sobre los obstáculos artificiales, que encuentra el desarrollo pacífico, regular y progresivo de las sociedades humanas. De estas dos ideas: Leyes naturales armónicas, Causas artificiales perturbadoras, se deducirá la solucion del Problema social.

Seria difícil no descubrir el doble escollo que ofrece esta empresa. En medio del torbellino que nos arrastra, si este libro es abstracto, no se leerá; si logra ser leido, puede creerse que no se tocan sino someramente las cuestiones. ¿Cómo conciliar los derechos de la ciencia con las exigencias del lector? Para satisfacer á todas las condiciones de fondo y de forma, habria que pesar cada palabra y estudiar el lugar que le conviene. Asi es como el cristal se elabora gota á gota en el silencio y la oscuridad. Silencio, oscuridad, tiempo, libertad de espíritu, todo me falta á la vez; me veo reducido á confiarme á la sagacidad del público, invocando su indulgencia.

La economía política tiene por objeto al hombre.

Pero no abraza todo el hombre. Sentimiento religioso, ternura paternal y maternal, piedad filial, amor, amistad, patriotismo, caridad, urbanidad, la moral ha invadido todo lo que corresponde á las interesantes regiones de la simpatía. No ha dejado á su hermana, la Economía política, mas que el frio dominio del Interés personal. Hé aquí lo que

se olvida injustamente, cuando se censura á esta ciencia por carecer del encanto y de la uncion de la moral. ¿Podrá decirse esto? Negadle el derecho de ser, pero no la obligueis á desfigurarse. Si las convenciones humanas, que tienen por objeto la riqueza, son bastante estensas, bastante complicadas, para dar lugar á una ciencia especial, dejémosle la marcha que le conviene y no la reduzcamos á hablar de los Intereses en el lenguage de los sentimientos. No creo, pues, que se le haya prestado servicio en estos últimos tiempos, exigiendo de ella un tono de sentimentalismo entusiasta, que en su boca no puede ser sino declamacion.

¿De qué se trata? De convenciones realizadas entre personas que no se conocen, que no se deben mas que Justicia, que defienden y procuran hacer que prevalezcan intereses. Se trata de pretensiones que se limitan las unas por las otras, en las que no tienen participacion alguna la abnegacion ni el sacrificio. Tomad una lira para hablar de estas cosas. Seria lo mismo que si Lamartine consultase la tabla de logaritmos para cantar sus odas (1).

No es esto decir que la economía política no tenga tambien su poesía. La hay en todo donde se encuentra órden y armonía. Pero está en los resultados, no en la demostracion. Ella se revela, pero nadie la crea. Keppler no está considerado como poeta, y las leyes que ha descubierto son seguramente la verdadera poesía de la inteligencia.

Asi la economía política no observa al hombre mas que por un lado, y nuestra primera tarea debe ser estudiar al hombre bajo este punto de vista. Por eso no podemos dispensarnos de ascender hasta los fenómenos primordiales de la *Sensibilidad* y de la *Actividad* humanas. Tranquilícese el lector, sin embargo. No será larga nuestra mansion en las nebulosas regiones de la metafísica, y no tomaremos de esta ciencia sino nociones sencillas, claras, y, si puede ser, incontestables.

El alma (ó para no meternos en la cuestion de espiritualidad), el hombre está dotado de *Sensibilidad*. Resida la sensibilidad en el alma ó en el cuerpo, siempre resultará que el hombre, como ser *pasivo*, esperimenta *sensaciones* penosas ó agradables. Como ser *activo*, hace esfuerzos para alejar las unas y multiplicar las otras. El resultado que le afecta tambien, como ser *pasivo*, puede llamarse *Satisfaccion*.

(1) V. el cap. II, de la segunda série de *Sofismas*.
(Nota del Editor francés).

De la idea general de *Sensibilidad* nacen las ideas mas concretas de penas, necesidades, deseos, gustos, apetitos, por una parte; y por la otra, las de placeres, goces, consumo, bienestar.

Entre estos dos estremos se interpone el medio; y de la idea general de *Actividad* nacen las ideas mas concretas de pena, esfuerzo, fatiga, trabajo, produccion.

Descomponiendo ia *Sensibilidad* y la *Actividad*, encontramos una palabra comun á las dos esferas, la palabra *Pena*. Es una *pena* esperimentar ciertas sensaciones, y no podemos hacer que cese sino por uh esfuerzo, que es tambien una pena. Esto nos advierte que no poseemos aqui abajo mas que la eleccion de los males.

Todo es *personal* en este conjunto de fenómenos, tanto la sensacion que precede al esfuerzo, como la Satisfaccion que le sigue.

No podemos, pues, dudar de que el *Interés personal* no sea el gran resorte de la humanidad. Debe tenerse entendido que esta palabra es aqui la espresion de un hecho universal, incontestable, que resulta de la organizacion del hombre, y no un juicio critico, como seria la palabra *egoismo*. No podrian existir las ciencias morales, si se pervirtiesen de antemano los términos de que han de servirse.

El esfuerzo humano no viene á colocarse siempre y necesariamente entre la sensacion y la satisfaccion. Algunas veces se realiza la satisfaccion por si misma. Otras muchas el esfuerzo se ejerce sobre *materiales*, por medio de *fuerzas*, que la naturaleza ha puesto gratuitamente á disposicion de los hombres.

Si se da el nombre de *Utilidad* á todo lo que realiza la satisfaccion de necesidades, hay utilidades de dos especies. Las unas han sido concedidas gratuitamente por la Providencia; las otras quieren ser compradas, por decirlo así, con un *esfuerzo*.

La evolucion completa abraza ó puede abrazar estas cuatro ideas.

Necesidad.	Utilidad gratuita.	Satisfaccion.
	Utilidad onerosa.	

El hombre está dotado de facultades progresivas. Compara, prevé, aprende, se reforma por la esperiencia. Siendo la necesidad una *pena*, y el esfuerzo una *pena* tambien, no hay razon para que el hombre no trate de disminuir esta, cuando puede hacerlo sin perjudicar la satisfaccion

que se propone obtener. Consigue esto, cuando logra sustituir la *utilidad onerosa* por la *utilidad gratuita*, lo cual constituye el objeto perpétuo de sus investigaciones.

De la naturaleza *interesada* de nuestro corazon, resulta que procuramos constantemente aumentar la relacion de nuestras satisfacciones á nuestros Esfuerzos; y resulta de la naturaleza inteligente de nuestro espíritu que lo conseguimos, en cada resultado determinado, aumentando la relacion de la Utilidad gratuita con la Utilidad onerosa.

Cada vez que se realiza un progreso de este género, deja á nuestra disposicion una parte de nuestros esfuerzos, y tenemos la opcion, ó de abandonarnos á un reposo mas largo, ó de trabajar para la satisfaccion de nuevos deseos, si se forman en nuestro corazon bastante poderosos para estimular nuestra actividad.

Tal es el principio de todo progreso en el órden económico; tambien es, como se comprende fácilmente, el principio de toda decepcion, pues progresos y decepciones tienen su raiz en ese don maravilloso y especial, que Dios ha concedido á los hombres: *el libre albedrio*.

Estamos dotados de la facultad de comparar, de juzgar, de escojer y obrar en consecuencia; lo que supone que podemos hacer un büen ó mal juicio, una buena ó mala eleccion. Nunca es inútil recordar esto á los hombres, cuando se les habla de Libertad.

Es cierto que no nos engañamos sobre la naturaleza íntima de nuestras sensaciones, y discernimos con un instinto infalible, si son penosas ó agradables. Pero ¡cuan diversas formas pueden tomar nuestros errores! Podemos equivocarnos sobre la causa, y seguir con ardor lo que debe causarnos una pena, cuando creiamos que nos produciría una satisfaccion; ó bien sobre el enlace de los efectos, é ignorar que una satisfaccion inmediata será seguida de una pena ulterior mayor; y tambien sobre la importancia relativa de nuestras necesidades y nuestros deseos.

Podemos pues dar una direccion falsa á nuestros esfuerzos, no solamente por ignorancia, sino por perversion de voluntad. «El hombre, dice M. Bonald, es una inteligencia servida por órganos.» ¡Qué! ¿no hay otra cosa en nosotros? ¿no hay pasiones?

Por eso, cuando hablamos de armonia, no queremos decir que el arreglo natural del mundo social sea tal, que se hayan escluido de él el error y el vicio; sostener esta tesis en presencia de los hechos sería llevar hasta la locura la mania de sistema. Para que la armonia estuviese exenta

de disonancia, era necesario, ó que el hombre no tuviese libre albedrio, ó que fuese infalible. Nosotros decimos solamente: las grandes tendencias sociales son armónicas, en cuanto á que, conduciéndo todo error á una decepcion y todo vicio á un castigo, las disonancias tienden constantemente á desaparecer.

De estas premisas se deduce, aunque vagamente, una primera nocion de la propiedad. Puesto que es el individuo quien esperimenta la sensacion, el deseo, la necesidad; puesto que es él quien hace el *Esfuerzo*, deberá tambien la satisfaccion corresponderle, sin lo cual el esfuerzo no tendria razon de ser.

Lo mismo puede decirse de la *Sucesion*. Ninguna teoria, ninguna declamacion, podrá impedir que los padres amen á sus hijos. Los que se entretienen en arreglar sociedades imaginarias pueden creer que esto se halla fuera de su lugar, pero es asi. Un padre hace tantos *Esfuerzos*, acaso mas, para la *satisfaccion* de sus hijos que para la suya propia. Luego si una ley contra naturaleza prohibiese la transmision de la propiedad, no solamente la violaria por este mismo hecho, sino que impediria su formacion, inutilizando la mitad al menos de los *Esfuerzos* humanos.

Interés personal, Propiedad, Sucesion, ya tendremos ocasion de ocuparnos otra vez de estos asuntos. Ante todo, procuremos determinar la estension de la ciencia que nos ocupa.

Yo no soy de los que piensan que una ciencia tiene *por sí misma* fronteras naturales é invariables. En el dominio de las ideas, así como en el de los hechos, todo se enlaza, todo se encadena, todas las verdades se unen entre si, y no hay ciencia, que para ser completa, no debiese abrazarlas todas. Se ha dicho con razon que, para una inteligencia infinita, no habria sino una sola verdad. Nuestra debilidad es, pues, la que nos reduce á estudiar aisladamente cierto órden de fenómenos, y las clasificaciones, que resultan de aqui. no pueden librarse de cierta arbitrariedad.

El verdadero mérito está en esponer con exactitud los hechos, sus causas y sus consecuencias. Es tambien un mérito, aunque mucho menor y puramente relativo, determinar de una manera, no exacta porque esto es imposible, sino racional, el órden de hechos que nos proponemos estudiar.

Digo esto, para que no se suponga que quiero hacer la crítica de mis antecesores, si intento dar á la *economia po-*

lítica límites algo diferentes de los que se les han designado.

En estos últimos tiempos, se ha criticado mucho á los economistas el haberse aplicado demasiado á estudiar la *Riqueza*. Se hubiera querido que diesen entrada en la ciencia á todo lo que de cerca ó de lejos, contribuye á la felicidad ó á los sufrimientos de la humanidad: y se ha avanzado hasta suponer que negaban todo aquello de que no se ocupaban, por ejemplo los fenómenos del principio simpático, tan natural al corazon del hombre como el principio del interés personal. Lo que equivaldria á acusar al mineralogista de negar la existencia del reino animal. ¡Y qué! la Riqueza, las leyes de su produccion, de su distribucion y de su consumo, ¿no son un asunto bastante estenso, bastante importante, para formar el objeto de una ciencia especial? Si las conclusiones del economista estuviesen en contradiccion con las de la política ó de la moral, se concebiria la acusacion. Se le podria decir: «Reduciendo vuestros límites, os habeis estraviado, porque no es posible que dos verdades choquen entre sí.» Acaso resulte del trabajo que someto al público, que la ciencia de la riqueza está en perfecta armonía con todas las demás.

De los tres términos que encierran el destino de la humanidad: Sensacion, Esfuerzo, Satisfaccion, el primero y el último se confunden siempre y necesariamente en la misma individualidad. Es imposible concebirlos separados. Se puede concebir una sensacion no satisfecha; una necesidad no cubierta; pero jamas comprenderá nadie la *necesidad* en un hombre, y su *satisfaccion* en otro.

Si fuese lo mismo con respecto al término medio, el *Esfuerzo*, el hombre podria considerarse como un ser completamente solitario. El fenómeno económico se realizaría integralmente en el individuo aislado. Podria haber una agregacion de personas, pero no habria sociedad. Podria haber una Economía *personal*, pero no existiría la Economía *política*.

Pero no sucede así. Es muy posible y muy frecuente que la *Necesidad* de uno deba su *Satisfaccion* al *Esfuerzo* de otro. Esto no admite duda. Si cada uno de nosotros quiere pasar revista á todas las satisfacciones que experimenta, reconocerá que en su mayor parte las debe á esfuerzos que no ha hecho; así mismo el trabajo, que realizamos cada uno en su profesion, va casi siempre á satisfacer deseos que no están en nosotros.

Esto nos advierte que no es en las necesidades ni en las

satisfacciones, fenómenos esencialmente personales é intrasmisibles, sino en la naturaleza del término medio de los *Esfverzos humanos* en donde debe buscarse el principio *social*, el orígen de la economía política.

En efecto, esa facultad concedida á los hombres, y solamente á los hombres, entre todas las criaturas, de *trabajar los unos para los otros*; esa trasmision de esfuerzos, ese cambio de servicios, con todas las combinaciones complicadas é infinitas á que da lugar al través del tiempo y del espacio, es precisamente la que constituye la ciencia económica, muestra su origen y determina sus límites.

Digo pues:

Forma el dominio de la economía política todo esfuerzo susceptible de satisfacer, con cargo de remuneracion, las necesidades de una persona diferente de la que lo ha realizado, y por consecuencia las necesidades y satisfacciones relativas á esta naturaleza de esfuerzos.

Así, por citar un ejemplo, la accion de respirar, aunque contiene los tres términos que constituyen el fenómeno económico, no corresponde sin embargo á esta ciencia, y vease la razon: porque aquí se trata de un conjunto de hechos en el que no solamente los dos estremos: necesidad, satisfaccion, son intrasmisibles (lo son siempre) sino que ademas el término medio, el *Esfuerzo*, es tambien intrasmisible. No invocamos la asistencia de nadie para respirar; aquí no hay servicio que recibir, ni servicio que prestar; hay un hecho individual por naturaleza, y no *social*, que por consiguiente no puede entrar en una ciencia toda de relacion, como lo indica su mismo nombre.

Pero, si por circunstancias particulares los hombres tienen que ausiliarse para respirar, como cuando un obrero desciende en una campana de buzo, ó cuando un médico obra en el aparato pulmonar, ó cuando la policia toma medidas para purificar el aire; entonces hay una necesidad satisfecha por el esfuerzo de otra persona, diferente de la que la esperimenta; hay servicio prestado, y la misma respiracion entra, al menos bajo el aspecto de la asistencia y de la remuneracion, en el círculo de la economía política.

No se necesita que se efectue la convencion, basta su posibilidad, para que el trabajo sea de naturaleza económica. El labrador que cultiva trigo para su uso, realiza un hecho económico, solo por la razon de que el trigo es susceptible de cambiarse.

Realizar un esfuerzo para satisfacer la necesidad de al-

guno, es prestarle un *servicio*. Si se estipula otro servicio en remuneracion, hay cambio de *servicios*; y como este es el caso mas frecuente, la economía política puede definirse: la *teoría del cambio*.

Sea cualquiera para una de las partes contratantes la vivacidad de la necesidad, y para la otra la intensidad del esfuerzo, si el cambio es libre, los dos servicios cambiados *tienen igual valor*. El valor consiste, pues, en la apreciacion comparativa de los *servicios* recíprocos, y puede decirse tambien que la economia política es la *teoría del valor*.

He definido la economia política, y determinado su dominio, sin hablar de un elemento esencial: la *utilidad gratuita*.

Todos los autores han observado que tomamos una multitud de satisfacciones de esta fuente. Han llamado á estas utilidades, tales como el aire, el agua, la luz del sol, etc, *riquezas naturales*, por oposicion á las *riquezas sociales*, no ocupándose despues de ellas; y en efecto, parece que, no dando lugar á ningun esfuerzo, á ningun cambio, á ningun servicio, ni figurando en ningun inventario, como desprovistas de valor, no deben entrar en el círculo del estudio de la economía política.

Esta esclusion seria racional, si la utilidad *gratuita* fuese una cantidad fija, invariable, siempre separada de la utilidad *onerosa*; pero las dos se mezclan constantemente y en proporciones inversas. La aplicacion sostenida del hombre es sustituir una á otra, es decir, obtener por medio de los agentes naturales y gratuitos los mismos resultados con menos esfuerzos. Realiza con ayuda del viento, de la gravitacion, del calórico, de la elasticidad del gas, lo que no haria en un principio sino con su fuerza muscular.

Así ¿qué sucede? Aunque el efecto útil sea igual, el esfuerzo es menor. Menor esfuerzo supone menor servicio, y menor servicio supone menos valor. Luego cada progreso destruye valor, ¿pero cómo? No suprimiendo el efecto útil, sino sustituyendo utilidad gratuita á utilidad onerosa, riqueza natural á riqueza social. Bajo un punto de vista, esta porcion de valor así destruida sale del dominio de la economia política, por quedar escluida de nuestros inventarios; pues ya no se cambia, no se vende ni se compra, y la humanidad goza de ella sin esfuerzos, casi sin tener conciencia de este goce; no figura ya en la riqueza relativa, y se coloca entre los dones de Dios. Pero por otra parte, si la ciencia no se ocupase de esta clase de

riqueza, se estraviaria de seguro, porque perderia de vista justamente lo esencial, lo principal en todas las cosas: el resultado, el *efecto útil*; desconoceria las mas fuertes tendencias comunistas y egalitarias; lo veria todo en el órden social, menos la armonía. Y si este libro está destinado á hacer que dé un paso la economía política, es principalmente porque procurará mantener la vista del lector siempre fija en esta porcion de *valor* sucesivamente destrudo y recojido bajo la forma de *utilidad gratuita* por la humanidad entera.

Haré aqui una observacion que probará cuanto se acercan las ciencias unas á otras y cuan próximas están á estrecharse entre sí.

He definido el *servicio*. Es el *esfuerzo* en un hombre, en tanto que la *necesidad* y la satisfaccion estan en otro. Algunas veces se presta el servicio gratuitamente, sin que se exija servicio alguno en cambio. Entonces parte del principio simpático mas bien que del principio del interés personal. Constituye el don, no el cambio. En su consecuencia, parece que no corresponde á la economía política (que es la teoria del cambio), sino á la moral. En efecto los actos de esta naturaleza por causa de su móvil son mas bien morales que económicos. Veremos, sin embargo, que sus efectos interesan á la ciencia que nos ocupa. Por otra parte los servicios prestados á título oneroso, con condicion de remuneracion, y por este motivo esencialmente económicos, no son por esto, en cuanto á sus efectos, estraños á la moral.

Así, estas dos ramas de conocimiento tienen puntos de contacto infinitos; y como dos verdades no podrian ser antagónicas, cuando el economista asigna á un fenómeno consecuencias funestas, al mismo tiempo que el moralista le atribuye efectos felices, puede afirmarse que uno ú otro se estravia. De este modo se comprueban las ciencias entre sí.

III

DE LAS NECESIDADES DEL HOMBRE.

Tal vez sea imposible, y en todo caso no ofreceria gran utilidad. presentar una nomenclatura completa y metódica de las necesidades del hombre. Casi todas las que tienen una importancia efectiva estan comprendidas en la enumeracion siguiente:

Respiracion (coloco aquí esta necesidad como la que señala el límite donde empieza la trasmision del trabajo ó el cambio de servicios). — Alimentacion. — Vestido. — Habitacion.—Conservacion y restablecimiento de la salud.— Locomocion. — Seguridad. — Instruccion. — Diversion. — Sensacion de lo bello.

Las necesidades existen. Esto no admite duda. Seria pueril investigar si hubiera sido mejor que no existiesen, y porqué Dios nos ha sujetado á ellas.

Es cierto que el hombre *sufre* y aun muere, cuando no puede satisfacer las necesidades hijas de su organizacion. Es cierto que *sufre* y aun puede morir, cuando satisface con esceso algunas de ellas.

No podemos satisfacer la mayor parte de nuestras necesidades sino con la condicion de ejecutar algun trabajo, el cual puede considerarse como un *sufrimiento*. Lo mismo puede decirse del acto por el que, ejerciendo un noble imperio sobre nuestros apetitos, nos imponemos una privacion.

Asi el *sufrimiento* es para nosotros inevitable, y solo nos queda la eleccion de los males. Ademas, el sufrimiento es lo que hay en el mundo mas intimo, mas personal; de donde se sigue que el *interés personal*, ese sentimiento que se infama en nuestros dias con el nombre de egoismo, de individualismo, es indestructible. La naturaleza ha colocado la *sensibilidad* al estremo de nuestros nervios, en todas las avenidas del corazon y de la inteligencia, como un centinela avanzado, para advertirnos cuando hay defecto, cuando hay esceso de satisfaccion. El dolor tiene por tanto un destino, una mision. Se ha preguntado muchas veces si la existencia del mal podia conciliarse con la bondad infinita del Criador; temible problema que ocupará siempre á la filosofía, y que probablemente jamás llegará á resolver. En cuanto á la economía política, debe tomar al hombre tal como es, tanto mas cuanto que ni la imaginacion puede figurarse,—ni menos la razon concebir—un ser animado y mortal exento de dolor. Todos nuestros esfuerzos serian ineficaces para comprender la sensibilidad sin dolor, ó al hombre sin sensibilidad.

En nuestros dias, algunas escuelas sentimentalistas rechazan como falsa toda ciencia social, que no haya llegado á una combinacion por cuyo medio desaparezca el dolor de este mundo. Estas mismas juzgan severamente á la economía política, porque admite lo que no puede negarse: el sufrimiento. Van mas lejos todavía, la hacen responsable de este mal. Lo cual seria lo mismo que atribuir la fragilidad de nuestros órganos al fisiólogo que los estudia.

Indudablemente puede hacerse cualquiera popular, puede atraerse á los hombres que sufren, é irritarlos contra el órden natural de las sociedades, anunciando que tiene en la cabeza un plan de arreglo social artificial en el que no puede penetrar el dolor bajo ninguna forma. Aun se puede pretender haber sorprendido el secreto de Dios é interpretado su voluntad presunta, desterrando el mal de la tierra. Y se califica de *impia* á la ciencia que no publica semejante pretension, acusándola de desconocer ó de negar la providencia y el poder del autor de todas las cosas.

Al mismo tiempo estas escuelas hacen una pintura espantosa de las sociedades actuales y no ven que, si hay *impiedad* en prever el sufrimiento para el porvenir, no la hay menos en probar su presencia en el pasado ó en el presente. Porque lo infinito no admite límites; y si desde la creacion ha sufrido un solo hombre en el mundo, basta esto

para que se pueda admitir *sin impiedad*, que el dolor ha entrado en el plan providencial.

Es seguramente mas científico y mas viril reconocer la existencia de los grandes hechos naturales que no solo existen, sino que sin ellos no podria concebirse la humanidad.

Así, el hombre está sujeto al sufrimiento y por consiguiente la sociedad tambien.

El estudio de las leyes sociales nos revelará que la mision del sufrimiento es destruir progresivamente sus propias causas, circunscribirse á límites cada vez mas estrechos y finalmente asegurar, haciéndonosla comprar y merecer, la preponderancia del Bien y de lo Bello.

La nomenclatura que precede coloca en primera línea las necesidades materiales.

Vivimos en un tiempo, que me veo obligado á prevenir tambien aqui al lector contra una especie de afectacion sentimental muy de moda.

Hay personas que miran con desprecio lo que desdeñosamente llaman *necesidades materiales*, *satisfacciones materiales*. Me diran sin duda como Belisa á Crisalo:

Tanto importa el cuerpo miserable,
Asqueroso ropage, que merezca
Ocupar la atencion un solo instante?

Y aunque en general bien provistos de todo, por lo que yo los felicito sinceramente, me reprobarán haber indicado como una de nuestras primeras necesidades, la de la *alimentacion* por ejemplo.

Reconozco desde luego que el perfeccionamiento moral es de un órden mas elevado que la conservacion física. Pero al cabo, ¿nos ha invadido de tal manera esa mania de afectacion declamatoria, que no podemos decir que aun para perfeccionarse es menester vivir? Preservémonos de estas puerilidades, que no hacen sino poner obstaculos á la ciencia. A fuerza de querer pasar por filántropos se hacen falsos; pues es una cosa contraria tanto al razonamiento como á los hechos, que el desarrollo moral, el celo por la dignidad, la cultura de los sentimientos delicados puedan preceder á las exigencias de la simple conservacion. Esta especie de gazmoñeria es muy moderna, Rousseau, el panegirista entusiasta del *estado de naturaleza* se habia preservado de ella; y un hombre dotado de una delicadeza esquisita, de una ternura llena de uncion, espiritualista hasta el quietismo, y estóico por sí mismo, Fenelon decia: «Despues de todo, la solidez del espíritu consiste en querer instruirse exactamente sobre la manera de

realizarse las cosas que constituyen el fundamento de la vida humana. Todos los grandes negocios se hallan por debajo de esto.»

Sin pretender clasificar las necesidades en un órden rigorosamente metódico, podemos decir que el hombre no podrá dirijir sus esfuerzos hácia la satisfaccion de las necesidades morales del órden mas noble y mas elevado, sino despues de haber asegurado la de las relativas á la conservacion y mantenimiento de la vida. De donde podemos ya concluir que toda medida legislativa, que hace difícil la vida material, perjudica á la vida moral de las naciones, *armonía*, que señalo al paso á la atencion del lector.

Y puesto que se presenta la ocasion, espondré otra á su observacion.

Siendo las necesidades irremisibles de la vida material un obstáculo para la cultura intelectual y moral, deben encontrarse mas virtudes en las naciones y entre las clases acomodadas que en las naciones y entre las clases pobres. ¡Dios mio! ¡qué he dicho! ¡y qué clamores se levantan contra mi! Es una verdadera mania en nuestros dias atribuir á las clases pobres el monopolio de todos los sacrificios, de todas las abnegaciones, de todo lo que constituye en el hombre la grandeza y la belleza moral; y esta mania se ha desarrollado recientemente mas todavia bajo la influencia de una revolucion que elevando estas clases á la superficie de la sociedad, no podia dejar de agitar alrededor de ellas la turba de aduladores.

No niego que la riqueza y principalmente la opulencia, sobre todo cuando está repartida con gran desigualdad, no tienda á desarrollar ciertos vicios especiales.

Pero ¿podrá admitirse de una manera general que la virtud sea el privilegio de la miseria, y el vicio el triste y fiel compañero de la riqueza? Esto equivaldria á afirmar que la cultura intelectual y moral, que no es compatible sino con cierto grado de descanso y bienestar, daña á la inteligencia y á la moralidad.

Y aquí apelo á la sinceridad de las mismas clases que sufren. ¡A qué horribles *disonancias* no conduciria semejante paradoja!

Habria que decir que la humanidad se halla colocada en esta espantosa alternativa: ó permanecer eternamente miserable, ó avanzar hácia la inmoralidad progresiva. Desde luego, todas las fuerzas que conducen á la riqueza, tales como la actividad, la economía, el órden, la habili-

dad, la buena fé serian las semillas del vicio; entanto que las que nos retienen en la pobreza, como la imprevision, la pereza, la intemperancia, la incuria, serian los preciosos gérmenes de la virtud. ¿Se podrá concebir en el mundo moral una disonancia mas desconsoladora? y si fuera así ¿quien se atreveria á hablar al pueblo, y formular á su presencia un consejo? Te quejas de tus sufrimientos, deberia decirsele, y deseas verlos cesar. Gimes por estar bajo el yugo de las necesidades materiales mas imperiosas, y suspiras por la hora de tu libertad; porque querias tambien algunos ratos de descanso para desarrollar tus facultades intelectuales y afectivas. Por eso tratas de que se oiga tu voz en la region política para defender allí tus intereses. Pues debes saber que la realizacion de tus deseos te será fatal. El bienestar, la comodidad, la riqueza desarrollan el vicio. Guarda cuidadosamente tu miseria y tu virtud.

Los aduladores del pueblo caen, pues, en una contradiccion manifiesta cuando presentan la region de la riqueza como una impura centina de egoismo y de vicio, y al mismo tiempo lo impelen, — y frecuentemente en su entusiasmo por los medios mas ilegítimos — hácia esta nefanda region.

No, semejante desacuerdo no puede encontrarse en el órden natural de las sociedades. No es posible que todos los hombres aspiren al bienestar, que el camino natural para llegar á él sea el ejercicio de las virtudes mas rudas, y que no logren sin embargo alcanzarlo sino para caer bajo el yugo del vicio. Tales declamaciones solo sirven para encender y mantener el ódio de las clases. Siendo verdaderas, colocarian á la humanidad entre la miseria ó la inmoralidad; siendo falsas, promoverian con la mentira el desórden, y pondrian en pugna, engañándolas, á las clases que deberian amarse y ausiliarse mútuamente.

Si, la dignidad facticia, la desigualdad que la ley realiza turbando el órden natural del desarrollo de las diversas clases de la sociedad, esta desigualdad es para todos una fuente fecunda de irritacion, de rivalidad y de vicios. Por eso debemos examinar si este órden natural no conduce en efecto hácia la igualdad y mejoramiento progresivo de todas las clases; y nos detendriamos de seguro en nuestra investigacion, si este doble progreso produjese fatalmente una doble degradacion moral.

Debo hacer sobre las necesidades humanas una observacion importante, aun fundamental, en economía politica: las necesidades no son una cantidad fija, inmutable. No

permanecen tampoco estacionarias, son progresivas por naturaleza.

Este carácter se nota aun en nuestras necesidades mas materiales; se hace mas sensible á medida que nos elevamos á esos deseos y á esos gustos intelectuales que distinguen al hombre del bruto.

Si hay algo en que los hombres deban parecerse, es sin duda en la necesidad de alimentacion, porque, escepto en los casos anormales, los estómagos son con corta diferencia iguales.

Sin embargo los alimentos que serian buscados en una época, se han hecho vulgares en otra, y el régimen que basta á un lazzarone someteria á un Holandés al tormento. Así esta necesidad, la mas inmediata, la mas ordinaria, y por consiguiente la mas uniforme de todas, varia tambien segun la edad, el sexo, el temperamento, el clima y el hábito.

Lo mismo sucede con todas las demas. No bien se halla el hombre al abrigo de la intemperie, cuando ya quiere una habitacion cómoda; no bien se encuentra vestido, cuando quiere adornarse; no bien ha satisfecho las exigencias de su cuerpo, cuando el estudio, la ciencia, el arte, abren á sus deseos un campo sin límites.

Es un fenómeno muy digno de observacion la prontitud con que, por la continuidad de la satisfaccion, lo que era primero un vago deseo se convierte en un gusto, y lo que era un gusto se transforma en necesidad y aun en necesidad imperiosa.

Mirad ese rudo y laborioso artesano. Habituado á una alimentacion grosera, á humildes vestidos, á una habitacion mediana, cree que seria el mas feliz de los hombres, que no formaria mas deseos, si pudiese llegar al grado de la escala que descubre inmediatamente sobre él. Se admira de que aquellos que han llegado ya se atormenten todavia. En efecto, llega la modesta fortuna que ha soñado, y hélo ya feliz; feliz ¡ay! por algunos dias.

Porque muy pronto se familiariza con su nueva posicion, y poco á poco cesa de esperimentar su pretendida felicidad. Mira con indiferencia el vestido, por cuya posesion habia suspirado. Se forma otro medio, frecuenta otras personas, lleva de tiempo en tiempo sus lábios á otra copa, aspira á subir otro grado, y por poco que quiera observarse á sí mismo, conocerá que si su fortuna ha cambiado, su alma ha seguido siendo lo que era, una fuente inagotable de deseos.

Parece que la naturaleza ha dado este poder singular al *hábito*, á fin de que fuese en nosotros lo que la rueda catalina en mecánica, y para que la humanidad, siempre impelida hácia regiones cada vez mas elevadas, no pudiese detenerse en ningun grado de la civilizacion.

El *sentimiento de la dignidad* obra acaso con mas fuerza en el mismo sentido. La filosofía estóica ha censurado frecuentemente al hombre por preferir *parecer* á *ser*. Pero considerando las cosas de una manera general ¿no se ve que el *parecer* es para el hombre uno de los modos de *ser*?

Cuando por el trabajo, el órden y la economia se eleva una familia de grado en grado á esas regiones sociales, en que los gustos son cada vez mas delicados, las relaciones mas cultas, los sentimientos mas depurados, la inteligencia mas cultivada ¿quien no sabe los agudos dolores que acompañan á un cambio de fortuna que la obligue á descender? Porque entonces el cuerpo no sufre solo. Este descenso de fortuna rompe hábitos que han llegado á ser, como suele decirse, una segunda naturaleza: aja el sentimiento de la dignidad, y con él todas las potencias del alma. Asi en casos semejantes no es raro ver á la víctima, sucumbiendo á la desesperacion, caer sin transicion en un degradante embrutecimiento. Sucede lo mismo en el medio social que en la atmósfera. El montañés, habituado á un aire puro, perece muy pronto en las calles estrechas de nuestras ciudades.

Oigo que me gritan: Economista, que te estravias. Habias anunciado que tu ciencia estaba de acuerdo con la moral, y ya estas justificando el sibaritismo.— Filósofo, diré yo á mi vez, despójate de tus vestidos que no fueron nunca los del hombre primitivo, rompe tus muebles, quema tus libros, aliméntate con la carne cruda de los animales, y responderé entonces á tu objecion. Es muy cómodo negar este poder del hábito, del cual consentimos sin dificultad ser la prueba viviente.

Se puede criticar esta disposicion que la naturaleza ha dado á nuestros órganos; pero la crítica no conseguirá que deje de ser universal. Se encuentra en todos los pueblos, antiguos y modernos, salvages y civilizados, así en los antípodas como en Francia. Sin ella no podria esplicarse la civilizacion. Y cuando una disposicion del corazon humano es universal é indestructible ¿podrá prescindir de ella la ciencia?

Tal vez se haga esta objecion por publicistas que se honran con ser discípulos de Rousseau. Pero Rousseau no

ha negado jamás el fenómeno de que hablo. Reconoce positivamente tanto la elasticidad indefinida de las necesidades como el poder del hábito, y aun el papel que le asigno, el de prevenir en la humanidad un movimiento retrógrado. Solamente que yo admiro lo que él deplora, y debia ser asi. Rousseau supone que ha habido un tiempo en que los hombres no tenian ni derechos, ni deberes, ni relaciones, ni afecciones, ni lenguaje, y entonces era cuando, segun él, se consideraban felices y perfectos. Debia pues suprimir esa rueda del mecanismo social, que aleja sin cesar á la humanidad de la perfeccion ideal. Los que piensan que la perfeccion, por el contrario, no está al principio sino al fin de la evolucion humana, admiran el resorte que nos empuja hacia adelante. Pero estamos de acuerdo en cuanto á la existencia y á la funcion del mismo resorte.

«Gozando los hombres, dice, de un gran descanso, lo emplearán en procurarse muchas especies de comodidades, desconocidas para sus padres, y este fué el primer yugo que se impusieron, sin conocerlo, y la primera fuente de los males que prepararon á sus descendientes; pues ademas de que continuaron asi debilitando su cuerpo y su espíritu, habiendo perdido por el hábito estas comodidades casi todo su atractivo, y habiendo degenerado al mismo tiempo en *verdaderas necesidades*, la privacion de ellas se hizo mucho mas cruel que dulce era la posesion, creyéndose cualquiera desgraciado con perderlas, sin considerarse feliz por poseerlas.»

Rousseau estaba convencido de que Dios, la naturaleza y la humanidad habian hecho mal. Sé que esta opinion domina todavia en muchos espíritus, pero no es la mia.

Despues de todo, lejos de mi la idea de rebelarme contra el mas noble patrimonio, la virtud mas hermosa del hombre, el imperio sobre sí mismo, la dominacion de sus pasiones, la moderacion de sus deseos, el desprecio de los goces fastuosos. No digo que deba hacerse esclavo de tal ó cual necesidad facticia. Digo que la necesidad, considerada de una manera general y tal como resulta de la naturaleza corporal é inmaterial á la vez del hombre, combinada con el poder del hábito y el sentimiento de la dignidad, es indefinidamente espansible, porque nace de una fuente inagotable, el deseo. ¿Quien vituperará al hombre opulento, si es sobrio, poco escrupuloso en sus vestidos, si huye del fausto y la molicie? ¿Pero no hay deseos mas elevados que le esté permitido realizar? ¿Tiene límites la necesidad de la instruccion? ¿Son incompatibles con el uso bien entendido de las riquezas los esfuerzos para

prestar un servicio á su pais, para estimular las artes y para socorrer á hermanos desgraciados?

De todos modos, considérelo la filosofía bueno ó malo, la necesidad humana no constituye una cantidad fija é inmutable. Este es un hecho cierto, irrecusable, universal. En cuanto á la alimentacion, la habitacion y la instruccion, las necesidades del siglo décimo cuarto no eran las del nuestro, y se puede afirmar que las nuestras no igualan á las que sentirán nuestros descendientes.

Esta observacion se estiende, por lo demas, á todos los elementos que entran en la economía política: riquezas trabajo, valores, servicios, etc., cosas todas que participan de la estrema movilidad del sujeto principal, el hombre.

La economía política no tiene, como la geometría ó la física, la ventaja de especular sobre objetos que se pueden pesar ó medir, y esta es una de las dificultades primero, y despues una causa perpétua de errores; porque cuando el espíritu humano se aplica á un órden de fenómenos, se inclina naturalmente á buscar un *criterio*, una medida comun á la que pueda referirlo todo, á fin de dar á la rama de conocimientos de que se ocupa el carácter de *ciencia exacta*. Asi vemos á la mayor parte de los autores buscar la fijeza, los unos en el *valor*, los otros en la *moneda*, estos en el *trigo*, aquellos en el *trabajo*, es decir, en la movilidad misma.

Muchos errores económicos provienen de que se consideran las necesidades humanas como una cantidad determinada; y por esta razon he creido deber estenderme sobre este punto. No me parece inútil manifestar aquí de qué manera se discurre. Cuentan todas las satisfacciones generales del tiempo en que se hallan, y suponen que la humanidad no admite otras. Luego, si la liberalidad de la naturaleza, ó el poder de las máquinas, ó hábitos de templanza y de moderacion vienen á dejar disponible por cierto tiempo una porcion de trabajo humano, se inquietan con este progreso, lo consideran como un desastre, y lo presentan bajo fórmulas absurdas, pero especiosas, tales como: *La produccion es escesiva, perecemos de plétora, el poder de producir ha sobrepujado al poder de consumir*, etc.

No es posible hallar una buena solucion á la cuestion de *máquinas*, á la de la *concurrencia exterior*, á la del *lujo*, cuando se considera la necesidad como una cantidad invariable, cuando no nos hacemos cargo de su espansibilidad indefinida.

Pero si la necesidad es en el hombre indefinida, progresiva, capaz de *crecimiento* como el deseo, fuente inagotable donde bebe sin cesar; so pena de discordancia y contradiccion en las leyes económicas de la sociedad, debe admitirse que la naturaleza ha colocado en el hombre y á su alrededor medios indefinidos y progresivos de *satisfaccion*, siendo el equilibrio entre los medios y el fin la primera condicion de toda armonía. Hé aquí lo que vamos á examinar.

Al empezar este escrito he dicho que la economía política tenia por objeto al *hombre*, considerado bajo el punto de vista de sus necesidades y de los medios de que dispone para satisfacerlas.

Es pues natural empezar por estudiar al hombre y su organizacion.

Pero hemos visto tambien que no es un ser solitario; si sus *necesidades* y sus *satisfacciones* se hallan íntimamente unidas á su ser en virtud de la naturaleza de la sensibilidad, no sucede lo mismo con los *esfuerzos* que nacen del principio activo. Estos son susceptibles de trasmision. En una palabra, los hombres trabajan los unos para los otros.

Asi, sucede una cosa muy singular.

Cuando se considera de una manera general y por decirlo asi, abstracta, al hombre, sus necesidades, sus esfuerzos, sus satisfacciones, su constitucion, sus inclinaciones, sus tendencias, se obtiene una serie de observaciones, que parecen fuera de toda duda, y se manifiestan con todo el esplendor de la evidencia, encontrando cada uno la prueba en sí mismo, hasta el punto que el escritor no sabe como gobernarse para someter al público verdades tan palpables y tan vulgares; teme provocar la sonrisa del desden. Le parece con alguna razon que el lector colérico va á tirar el libro esclamando: «No perderé el tiempo en aprender tribialidades semejantes.»

Y sin embargo estas verdades, consideradas como incontestables cuando se presentan de una manera general, hasta el punto de que casi no podemos sufrir que se nos recuerden, no pasan sino como errores ridículos, como teorías absurdas, desde el momento en que se observa al hombre en el medio social. ¿Quién al considerar al hombre aislado pensará en decir: *La produccion es escesiva; la facultad de consumir no puede seguir á la facultad de producir; el lujo y los gustos facticios son la fuente de la riqueza; la invencion de las máquinas mata el trabajo;* y otros apotegmas de la misma fuerza, que, aplicados

á aglomeraciones humanas, pasan sin embargo por axiomas tan bien establecidos que se forma con ellos la base de nuestras leyes industriales? El *cambio* pruduce bajo este aspecto una ilusion de la que no pueden preservarse los espiritus mas ilustrados, y yo afirmo que la *economía política* habrá conseguido su objeto y cumplido su mision, cuando haya demostrado definitivamente que lo que es cierto del hombre, es cierto de la sociedad. El hombre aislado se considera productor y consumidor á la vez, inventor y empresario, capitalista y obrero; todos los fenómenos económicos se realizan en él, y viene á ser un resúmen de la sociedad. Asi como la humanidad, vista en su conjunto, es un hombre inmenso, colectivo, múltiple, al que se aplican exactamente las verdades observadas sobre la misma individualidad.

Tenia necesidad de hacer esta observacion, que espero quedará completamente comprobada en el curso de la obra, antes de continuar los estudios sobre el hombre. Sin lo cual, temería que el lector desechase como supérfluos, los desarrollos, los verdaderos *truismos* (1) que van á seguir.

He hablado de las necesidades del hombre, y despues de haber presentado una enumeracion aproximada, he observado que no eran de una naturaleza estacionaria, sino progresiva; esto es cierto, ya se considere cada una en sí misma, ya se abracen principalmente en su conjunto, en el órden físico, intelectual y moral. ¿Cómo podria ser de otra manera? Hay necesidades cuya satisfaccion exije, so pena de muerte, nuestra organizacion, y hasta cierto punto se podria sostener que estas componen cantidades fijas, aunque á la verdad no de una manera rigorosamente exacta; pues no queriendose desentender de un elemento esencial, *el poder del hábito*, y examinándose uno á si mismo con buena fé, habrá de convenir en que las necesidades aun las mas groseras, como la de comer, sufren incontestables trasformaciones bajo la influencia del hábito; y el que declame aqui contra esta observacion, calificándola de materialismo y de epicurismo, se creeria muy desgraciado si, cojiéndosele la palabra, se le redujese á la salsa negra de los Espartanos ó á la racion de un anacoreta. Pero en todo caso, cuando las necesidades de este órden se hallan satisfechas de una manera segura y permanente, hay otras que tienen su origen en la mas espansible de todas nuestras facultades, el deseo. ¿Puede concebirse un

(1) *Truismo.* Asi hemos traducido la palabra *truisme*, de que usa el autor, formada de la voz inglesa *truism* que significa *verdad indubitada.*

momento en que el hombre no forme ya deseos, aun razonables? No olvidemos que un deseo irrazonable en cierto grado de civilizacion, en una época en que todas las facultades humanas son absorvidas por la satisfaccion de las necesidades inferiores, cesa de ser tal, cuando el perfeccionamiento de estas facultades le abre un campo mas estenso. Asi, no hubiera sido razonable hace dos siglos, y lo será hoy, aspirar á andar diez leguas por hora. Pretender que las necesidades y los deseos del hombre son cantidades fijas y estacionarias, es desconocer la naturaleza del alma, es negar los hechos, es hacer inesplicable la civilizacion.

Seria inesplicable tambien, si al lado del desarrollo indefinido de las necesidades no se colocase, como posible, el desarrollo indefinible de los medios de satisfacerlas. ¿Qué importaría para la realizacion del progreso la naturaleza espansible de las necesidades, si nuestras facultades no pudieran pasar de cierto límite?

Así, á menos que la naturaleza, la Providencia, sea cualquiera el poder que preside á nuestros destinos, no haya caido en la mas chocante, las mas cruel contradiccion, siendo indefinidos nuestros deseos, hay una presuncion de que nuestros medios de satisfacerlos lo sean tambien.

Digo indefinidos y no infinitos, porque nada de lo que corresponde al hombre es infinito. Precisamente porque nuestros deseos y nuestras facultades se desarrollan en lo infinito es por lo que no tienen límites determinados, aunque tengan límites absolutos. Pueden citarse una multitud de puntos, fuera de la humanidad, á los cuales no llegará jamás, sin que haya de decirse por esto que venga un instante en que cese de acercarse á ellos (1).

No quiero decir tampoco que el *deseo* y el *medio* marchen paralelamente y con paso igual. El *deseo* corre y el *medio* le sigue cojeando.

Esta naturaleza pronta y aventurera del deseo, comparada á la lentitud de nuestras facultades, nos advierte que en todos los grados de la civilizacion, en todos los escalones del progreso, el sufrimiento, en cierta medida, es y será siempre el patrimonio de la humanidad. Pero ella nos enseña tambien que este sufrimiento tiene una mision, puesto que seria imposible comprender que el deseo fuese el aguijon de nuestras facultades, si siguiese en pos de

(1) Ley matemática muy frecuente y muy desconocida en economía política.

ellas en vez de precederlas. Sin embargo, no acusemos á la naturaleza de haber obrado con crueldad al formar este mecanismo, porque debe observarse que el deseo no se trasforma en verdadera necesidad, es decir, en *deseo doloroso*, hasta que se ha hecho tal por el *hábito* de una satisfaccion permanente, ó en otros términos, cuando se ha encontrado el *medio*, y se ha colocado irrevocablemente á nuestro alcance (1).

Tenemos que examinar hoy esta cuestion: ¿Cuáles son los medios de que disponemos para proveer á nuestras necesidades?

Me parece evidente que hay dos medios: la naturaleza y el trabajo, los dones de Dios y los frutos de nuestros esfuerzos, ó si se quiere, la aplicacion de nuestras facultades á las cosas que la natnraleza ha puesto á nuestro servicio.

Ninguna escuela, que yo sepa, ha atribuido á la naturaleza *sola* la satisfaccion de nuestras necesidades. Semejante asercion está demasiado desmentida por la esperiencia, y no tenemos que estudiar economía política para conocer que es indispensable la intervencion de nuestras *facultades*.

Pero hay muchos que han atribuido al trabajo solo este privilegio. Su axioma es: *Toda riqueza viene del trabajo; el trabajo es la riqueza*.

No puedo dejar de prevenir que estas fórmulas, tomadas al pié de la letra, han conducido á errores de doctrina enormes y por consiguiente á medidas legislativas deplorables. Hablaremos de esto en otra parte.

Aquí me limito á establecer como una verdad indudable que la *naturaleza* y el *trabajo* cooperan á la satisfaccion de nuestras necesidades y de nuestros deseos.

Examinémos los hechos.

La primera necesidad que hemos colocado á la cabeza de nuestra nomenclatura es la de *respirar*. Con respecto á ella, ya hemos visto que en general la *naturaleza* hace todos los gastos, y que el *trabajo* humano no tiene que intervenir sino en ciertos casos escepcionales, como, por ejemplo, cuando se necesita purificar el aire.

(1) Uno de los objetos indirectos de este libro es combatir algunas escuelas sentimentalistas modernas que no admiten, á pesar de los hechos, que el sufrimiento en un grado cualquiera, tenga un objeto providencial. Como estas escuelas, dicen, que proceden de Rouseau, debo citarles este pasaje del maestro. «El mal que vemos no es un mal absoluto; y lejos de combatir directamente al bien, concurre con él á la armonía universal.

La necesidad de *apagar la sed* se satisface mas ó menos por la naturaleza, segun nos suministra agua mas ó menos cercana, clara y abundante; y el trabajo tiene que concurrir tanto mas, cuanto mas lejos se vaya á buscarla ó se necesite clarificarla, ó suplir su escasez por medio de pozos y cisternas.

La naturaleza tampoco es muy uniformemente liberal para con nosotros en cuanto á la *alimentacion;* porque ¿quién dirá que el trabajo que queda á nuestro cargo es siempre el mismo, si el terreno es fértil ó ingrato, si el monte es abundante en caza, si el rio encierra muchos peces, ó en las hipótesis contrarias?

Con respecto al *alumbrado*, el trabajo humano tiene menos que hacer donde la noche es corta que donde plugo al sol que fuese larga.

No me atreveria á establecer esto como una regla absoluta, pero me parece que á medida que se sube por la escala de las necesidades, disminuye la cooperacion de la naturaleza, y deja mas lugar á nuestras facultades. El pintor, el escultor y aun el escritor están reducidos á servirse de materiales é instrumentos que la naturaleza sola suministra; pero debemos confesar que sacan de su propio genio lo que constituye el encanto, el mérito, la utilidad y el valor de sus obras. *Aprender* es una necesidad, que se satisface casi esclusivamente por el ejercicio bien dirijido de nuestras facultades intelectuales. Sin embargo, ¿no podria decirse que aqui tambien nos ayuda la naturaleza ofreciéndonos en grados diversos objetos de observacion y de comparacion? ¿Pueden hacer por todas partes con trabajo igual, progresos iguales la botánica, la geologia y la historia natural?

Seria supérfluo citar otros ejemplos. Podemos ya sentar que la naturaleza nos da medios de satisfaccion en grados mas ó menos avanzados de *utilidad* (esta palabra se toma en el sentido etimológico, *propiedad de servir*). En muchos casos, en casi todos los casos queda algo que hacer al trabajo, para que esta *utilidad* sea completa; y ya se comprende que la accion del trabajo es susceptible de mas ó de menos, en cada circunstancia dada, segun haya adelantado mas ó menos la operacion la naturaleza por si misma.

Se pueden por tanto establecer estas dos fórmulas:

1.ª *La utilidad se comunica unas veces por la naturaleza sola, otras veces por el trabajo solo, casi siempre por la cooperacion de la Naturaleza y el trabajo;*

2.ª *Para poner una cosa en su estado completo de utili-*

dad la accion del trabajo está en razon inversa de la accion de la naturaleza.

De estas dos proposiciones combinadas con lo que hemos dicho de la espansibilidad indefinida de las necesidades, me será permitido sacar una deduccion, cuya importancia demostrará lo que se dirá mas adelante. Si dos hombres, sin relaciones entre si, se encuentran colocados en situaciones desiguales, de tal suerte que la naturaleza, liberal con uno, haya sido avara con el otro, el primero tendrá que ejecutar evidentemente menos trabajo para cada satisfaccion dada; ¿se sigue de aqui que la parte de sus fuerzas, dejadas por decirlo asi sin ocupacion, deberá permanecer necesariamente inerte, y se verá reducido este hombre á causa de la liberalidad de la naturaleza á una ociosidad forzada? No; lo que se sigue es que podrá, si quiere, disponer de estas fuerzas para ensanchar el círculo de sus goces; que con igual trabajo se procurará dos satisfacciones en vez de una; en suma que el progreso le será mas fácil.

No sé si me engaño, pero me parece que ninguna ciencia, ni aun la geometría, presenta en su punto de partida verdades mas inatacables. Si viniesen á probarme, sin embargo, que todas estas verdades son otros tantos errores, destruirian en mí no solamente la confianza que ellas me inspiran, sino la base de toda certeza y la fé en la evidencia misma; porque ¿de qué razonamiento podriamos servirnos que mereciese mejor la adquiescencia de la razon que el que se habia destruido? El dia que se encontrase un axioma en contradiccion con este otro axioma: la línea recta es el camino mas corto de un punto á otro, ese dia el espíritu humano no tendrá mas refugio, si acaso lo es, que el escepticismo absoluto.

Asi esperimento una verdadera confusion al insistir en estas verdades primordiales tan claras que parecen pueriles.

Sin embargo, fuerza es decirlo, en medio de las complicaciones de las convenciones humanas se desconocen estas sencillas verdades, y para escusarme de retener al lector tanto tiempo en lo que los ingleses llaman *truismos*, le señalaré aquí el singular estravio á que se han dejado conducir espíritus escelentes. Desentendiéndose enteramente de la *cooperacion de la naturaleza*, con respecto á la satisfaccion de nuestras necesidades, han establecido este principio absoluto: *Toda riqueza procede del trabajo.* Con esta premisa han formado el silogismo siguiente:

« Toda riqueza procede del trabajo;

«Luego la riqueza es proporcional al trabajo.

«Es asi que el trabajo está en razon inversa de la liberalidad de la naturaleza:

«Luego la riqueza está en razon inversa de la liberalidad de la naturaleza.»

Y, quiérase ó no, muchas de nuestras leyes económicas han sido inspiradas por este singular raciocinio. Esas leyes han de ejercer una influencia funesta en el desarrollo y en la distribucion de las riquezas. Esto es lo que me justifica de preparar anticipadamente, por la esposicion de verdades muy triviales en la apariencia, la refutacion de errores y preocupaciones deplorables, á cuyo imperio se halla sometida la sociedad actual.

Analicemos ahora el concurso de la naturaleza.

Esta pone dos cosas á nuestra disposicion: *materiales* y *fuerzas*.

La mayor parte de los objetos materiales, que sirven para la satisfaccion de nuestras necesidades y de nuestros deseos, no llegan al estado de *utilidad* que los hace propios para nuestro uso, sino por la intervencion del trabajo, por la aplicacion de las facultades humanas. Pero en todos los casos, los elementos, los atómos, si se quiere, de que se componen estos objetos, son dones, y yo añado, dones *gratuitos* de la naturaleza. Esta observacion es de la mayor importancia, y dará nueva luz á la teoria de la riqueza.

Deseo que el lector tenga presente que estudio aquí de una manera general la constitucion física y moral del hombre, sus necesidades, sus facultades y sus relaciones con la naturaleza, haciendo abstraccion del cambio, de lo que no me ocuparé hasta el capítulo siguiente; entonces veremos en qué y cómo las convenciones sociales modifican los fenómenos.

Es evidente que si el hombre aislado debe, por decirlo asi, *comprar* la mayor parte de sus satisfacciones por medio de un trabajo, de un esfuerzo, puede asegurarse con rigorosa esactitud que antes de haber intervenido ningun trabajo, ningun esfuerzo por su parte, los materiales que encuentra á mano son dones *gratuitos* de la naturaleza. Despues del primer esfuerzo, por ligero que sea cesan de ser *gratuitos*, y si el lenguage de la economia política hubiese sido siempre esacto, á este estado de los objetos materiales, anterior á toda accion humana, se hubiese reservado solamente el nombre de *materias primeras*.

Vuelvo á decir que esta *gratuidad* de los dones de la naturaleza, antes de la intervencion del trabajo es de la

mayor importancia. En efecto, he dicho en el capitulo segundo que la economía política era la *teoria del valor*. Ahora añado, y anticipadamente, que las cosas no empiezan á tener *valor* hasta que el trabajo se lo da. Mas tarde pretendo demostrar que todo lo que es *gratuito* para el hombre aislado permanece gratuito para el hombre social, y que los dones gratuitos de la naturaleza, *sea cualquiera su* UTILIDAD, no tienen valor. Digo que un hombre, que recoja directamente y sin ningun esfuerzo un beneficio de la naturaleza, no puede considerarse como prestándose á sí mismo un *servicio oneroso*, y por consiguiente no puede prestar ningun servicio á otro por medio de cosas comunes á todos. Asi pues, donde no hay servicios prestados ni recibidos, no hay *valor*.

Todo lo que digo de *materiales* se aplica tambien á las *fuerzas* que nos ofrece la naturaleza. La gravitacion, la elasticidad de los gases, la potencia de los vientos, las leyes del equilibrio, la vida vejetal, la vida animal, son otras tantas fuerzas que aprendemos á usar en nuestro provecho. El trabajo, la inteligencia que empleamos para ello son siempre susceptibles de remuneracion, porque no puede obligársenos á consagrar gratuitamente nuestros esfuerzos en provecho de otro. Pero estas fuerzas naturales, consideradas en sí mismas, y haciendo abstraccion de todo trabajo intelectual ó muscular, son dones *gratuitos* de la Providencia; y á este titulo, permanecen sin *valor* en medio de todas las complicaciones de las convenciones humanas. Este es el pensamiento dominante del presente escrito.

Confieso que esta observacion tendria poca importancia, si la cooperacion natural fuese constantemente uniforme, y cada hombre, en todos los tiempos, en todos los lugares y en todas las circunstancias recibiese de la naturaleza un concurso siempre igual, invariable. En ese caso, podria escusarse á la ciencia el no tener en cuenta un elemento que, siendo siempre y por todas partes el mismo, afectaria los servicios cambiados en proporciones esactas. Como se elimina en geometria las porciones de lineas comunes á dos figuras comparadas, podria prescindir la economia de esta cooperacion constantemente presente, y contentarse con decir, como lo ha hecho hasta aqui: «Hay riquezas naturales; la economía politica las reconoce una vez por todas y no se ocupa mas de ellas.»

Pero las cosas no pasan asi. La tendencia invencible de la inteligencia humana, estimulada en esto por el interés, y

secundada por la serie de los descubrimiéntos, se dirije á sustituir el concurso natural y gratuito al concurso humano y oneroso, de tal suerte que una utilidad dada, aunque permanece la misma en cuanto á su resultado, en cuanto á la satisfaccion que procura, corresponde sin embargo á un trabajo cada vez mas reducido. Es seguramente imposible no comprender la inmensa influencia de este maravilloso fenómeno sobre la nocion del valor. Porque ¿qué resulta de aqui? Que en todo producto la parte *gratuita* tiende á reemplazar á la parte *onerosa*. Que siendo la *utilidad* el resultado de dos colaboraciones, de las cuales una se remunera, y la otra no se remunera, el Valor, que no tiene relacion sino con la primera de estas colaboraciones, disminuye para una *utilidad* idéntica, á medida que se obliga á la naturaleza á prestar un concurso mas eficaz. De suerte que puede decirse que la humanidad tiene tantas mas *satisfacciones* ó *riquezas*, cuantos menos *valores* posee. Asi, habiendo establecido la mayor parte de los autores una especie de sinonimia entre estos tres términos: *utilidades, riquezas, valores*, ha resultado de aqui una teoria no solamente falsa, sino en sentido inverso de la verdad. Creo sinceramente que una descripcion mas esacta de esta combinacion de las fuerzas naturales y de las fuerzas humanas en la obra de la produccion, en otros términos, una definicion mas esacta del Valor, hará que desaparezcan confusiones teóricas inesplicables, y conciliará las escuelas hoy divergentes; y si anticipo aqui la consecuencia de esta esposicion, es para justificarme con el lector por detenerme en nociones cuya importancia le seria difícil esplicarse sin estos antecedentes.

Despues de esta digresion vuelvo á emprender mi estudio sobre el hombre, considerado únicamente bajo el punto de vista económico.

Otra observacion debida á J. B. Say, y que salta á la vista por su evidencia, aunque con demasiada frecuencia desatendida por muchos autores, es que el hombre no *crea* ni los *materiales*, ni las *fuerzas* de la naturaleza, si se toma la palabra *crear* en su acepcion rigorosa. Estos materiales y estas fuerzas existen por sí mismos. El hombre se limita á combinarlos, á trasladarlos en provecho suyo ó en provecho de otro. Si es en provecho suyo, *se presta un servicio á sí mismo*. Si es en provecho de otro, *presta un servicio á su semejante*, y tiene el derecho de exigirle un servicio *equivalente*; de donde se sigue tambien que el *valor* es proporcional al servicio prestado, y no á la *utilidad* absó-

luta de la cosa. Pues esta utilidad puede ser en su mayor parte el resultado de la accion *gratuita* de la naturaleza, en cuyo caso el servicio humano, el servicio oneroso y remunerable es de poco valor. Esto resulta del axioma establecido mas arriba: *Para poner una cosa en el estado completo de utilidad, la accion del hombre está en razon inversa de la accion de la naturaleza.*

Esta observacion destruye la doctrina que coloca el valor en la *materialidad* de las cosas. Lo contrario es lo verdadero. La materialidad es una cualidad dada por la naturaleza, y por consiguiente *gratuita*, desprovista de *valor*, aunque de una utilidad incontestable. La accion humana, que jamás puede llegar á *crear* materia, constituye sola el servicio que el hombre aislado se presta á sí mismo, ó que los hombres en sociedad se prestan unos á otros, y la libre apreciacion de estos servicios constituye el fundamento del valor; lejos pues de que, como queria Smith, el Valor no pueda concebirse sino incorporado en la Materia, entre materia y valor no hay relaciones posibles.

La doctrina errónea, á que aludo, habia deducido vigorosamente de su principio que son *productivas* solamente aquellas clases que operan sobre la materia. Smith habia preparado asi el error de los *socialistas* modernos, que representan como parásitos improductivos á los que llaman *intermediarios* entre el productor y el consumidor, tales como el negociante, el comerciante etc. ¿Prestan servicios? ¿Nos ahorran algun trabajo, tomándoselo ellos? En ese caso crean *valor*, aunque no creen materia; y como nadie crea materia, como nos limitamos todos á prestarnos servicios recíprocos, aun seria muy esacto decir que somos todos, comprendidos tambien los agricultores y los fabricantes, *intermediarios* los unos para con los otros.

Hé aquí lo que necesitaba decir por el momento sobre el concurso de la naturaleza. Ella pone á nuestra disposicion en muy diversa medida, segun los climas, las estaciones y el adelanto de nuestros conocimientos, pero *siempre gratuitamente*, materiales y fuerzas. Pero estos materiales y estas fuerzas no tienen *valor*; seria muy estraño que lo tuviesen. ¿Por qué regla lo estimariamos? ¿Cómo se ha de comprender que la naturaleza se haga pagar, retribuir, remunerar? Veremos mas tarde que es necesario el cambio para determinar el *valor*. No compramos los bienes naturales, los recojemos; y si para recojerlos hay que hacer un esfuerzo cualquiera, en este esfuerzo, no en el don de la naturaleza, es donde está el principio del *valor*.

Pasemos á la accion del hombre, designada de una manera general con el nombre de *trabajo*.

La palabra *trabajo*, como casi todas las que emplea la economía política, es muy vaga, cada autor le da un sentido mas ó menos estenso. La economía política no ha tenido como la mayor parte de las ciencias, la química por ejemplo, la ventaja de formar su vocabulario. Tratando de cosas de que se ocupan los hombres desde el principio del mundo y forman el objeto habitual de sus conversaciones, ha encontrado espresiones ya adoptadas, y se vé obligada á servirse de ellas.

Se reduce frecuentemente el sentido de la palabra *trabajo* á la accion casi esclusivamente muscular del hombre sobre las cosas. De aqui procede que se llaman *clases trabajadoras* las que ejecutan la parte mecánica de la produccion.

El lector comprenderá que yo doy á esta palabra un sentido mas estenso. Entiendo por *trabajo* la aplicacion de nuestras facultades á la satisfaccion de nuestras necesidades. *Necesidad, esfuerzo, satisfaccion,* hé aqui el círculo de la economía política. El *esfuerzo* puede ser físico, intelectual y aun moral, como vamos á ver.

No es necesario demostrar aqui que todos nuestros órganos, todas ó casi todas nuestras facultades pueden concurrir y concurren en efecto á la produccion. La atencion, la sagacidad, la inteligencia, la imaginacion tienen en ella su parte.

M. Dunoyer en su bello libro sobre la *Libertad del trabajo,* ha dado entrada, y esto con todo el rigor científico, á nuestras facultades morales entre los elementos á que debemos la riqueza; es una idea nueva y fecunda á par que esacta; está destinada á ensanchar y ennoblecer el campo de la economía política.

No insistiré aqui en esta idea, pero no quiero dejar pasar la ocasion que me proporciona, de emitir una primera nocion sobre el origen de un poderoso agente de que no he hablado todavia: EL CAPITAL.

Si examinamos sucesivamente los objetos materiales, que sirven á la satisfaccion de nuestras necesidades, reconoceremos sin dificultad que todos ó casi todos exijen para ser confeccionados, mas tiempo, una porcion de nuestra vida mayor, que la que el hombre puede invertir sin reparar sus fuerzas, es decir, sin satisfacer necesidades. Esto, pues, supone que los que han ejecutado estas cosas habian reservado previamente, acumulado provisiones, para vivir durante la operacion.

Lo mismo sucede con respecto á las satisfacciones, en que no aparece nada material. Un sacèrdote no podria consagrarse á la predicacion, un profesor á la enseñanza, un magistrado á la conservacion del órden, si por sí mismos ó por otros, no encontrasen medios de subsistencia ya creados.

Subamos mas arriba. Supongamos un hombre aislado y reducido á vivir de la caza. Es fácil comprender que, si para la noche hubiese consumido toda la caza cojida durante el dia, jamás podria emprender otra tarea, construir una choza, reparar sus armas; tenia que renunciar á todo progreso.

No es este el lugar de definir la naturaleza y las funciones del capital; mi único objeto se reduce á manifestar que ciertas virtudes morales concurren muy directamente al mejoramiento de nuestra condicion, aun bajo el punto de vista esclusivo de las riquezas, y entre otras el órden, la previsacion, el imperio sobre sí mismo y la economía.

Prever es uno de los hermosos privilegios del hombre, y no habrá necesidad de decir que, en casi todas las circunstancias de la vida, tiene mas probabilidad de obtener resultados favorables aquel, que conoce mejor las consecuencias de sus determinaciones y de sus actos.

Reprimir nuestros apetitos, dominar las pasiones, sacrificar el presente al porvenir, someterse á una privacion actual en vista de una ventaja superior mas lejana, todas estas son condiciones esenciales para formar capitales; y los capitales, ya hemos podido comprenderlo, son en sí mismos la condicion esencial de todo trabajo algo complicado ó prolongado. Es de toda evidencia que si dos hombres fuesen colocados en condiciones perfectamente idénticas, si se les supusiese ademas el mismo grado de inteligencia y de actividad, haria mas progreso aquel que, acumulando provisiones, se pusiese en disposicion de emprender obras que exigiesen tiempo, de perfeccionar sus instrumentos y de hacer concurrir asi las fuerzas de la naturaleza á la realizacion de sus designios.

No insistiré mas en esto, basta echar una ojeada en torno de sí mismo para convencerse de que todas nuestras fuerzas, todas nuestras facultades, todas nuestras virtudes concurren al adelanto del hombre y de la sociedad.

Por la misma razon no hay un solo vicio que no sea causa directa ó indirecta de miseria. La pereza paraliza el nervio mismo de la produccion, el Esfuerzo. La ignorancia y el error le dan una falsa direccion; la imprevision nos prepara decepciones; el abandono á los apetitos del momento

10

impide la acumulacion ó la formacion del capital; la vanidad nos conduce á consagrar nuestros esfuerzos á satisfacciones facticias en perjuicio de las satisfacciones reales; la violencia, la astucia, provocando represalias, nos obligan á rodearnos de precauciones onerosas, y ocasionan una gran pérdida de fuerzas.

Terminaré este estudio preliminar del hombre con una observacion, que he hecho ya al hablar de las necesidades. Los elementos señalados en este capítulo, que entran en la ciencia económica y la constituyen, son esencialmente movibles y diversos. Necesidades, deseos, materiales y potencias suministrados por la naturaleza, fuerzas musculares, órganos, facultades intelectuales, cualidades morales; todo es variable segun el individuo, el tiempo y el lugar. No hay dos hombres que se parezcan bajo alguno de estos aspectos ni con mayor razon bajo todos reunidos; tampoco se parece ningun hombre á sí mismo dos horas seguidas; lo que uno sabe, el otro lo ignora; lo que este aprecia, lo desdeña el otro; aqui, la naturaleza ha sido pródiga, allá avara; una virtud, que es difícil de practicarse á cierto grado de temperatura, se ejercita con facilidad en otro clima. La ciencia económica no tiene, pues, como las ciencias llamadas esactas, la ventaja de poseer una medida, un absoluto, á que pueda referirlo todo, una línea graduada, un metro que le sirva para medir la intensidad de los deseos, de los esfuerzos y de las satisfacciones. Si estuviésemos destinados al trabajo solitario, como algunos animales, nos veríamos todos colocados en circunstancias que diferirían en algunos puntos; y aunque estas circunstancias esteriores fuesen semejantes, aunque el medio en que obrásemos fuese idéntico, nos diferenciaríamos todavia por nuestros deseos, nuestras necesidades, nuestras ideas, nuestra sagacidad, nuestra energía, nuestra manera de estimar y apreciar las cosas, nuestra prevision, nuestra actividad; de suerte que se manifestaría una grande é inevitable desigualdad entre los hombres. Seguramente el aislamiento absoluto, la ausencia de todas las relaciones entre los hombres, no es mas que una vision quimérica, creada por la imaginacion de Rousseau. Pero suponiendo que ese estado antisocial, llamado *estado de naturaleza* haya existido alguna vez, yo pregunto ¿por qué serie de ideas han llegado Rousseau y sus adeptos á establecer en él la Igualdad? Mas tarde veremos que ella es, como la riqueza, como la Libertad, como la Fraternidad, como la Unidad un fin y no un punto de partida. Ella surge del desarrollo

natural y regular de las sociedades. La humanidad no se aleja de ella, antes bien tiende á alcanzarla. Esto es mas consolador y mas verdadero.

Despues de haber hablado de nuestras *necesidades* y de los *medios* que tenemos de proveer á ellas, me resta decir una palabra sobre nuestras *satisfacciones*. Estas son el resultado del mecanismo entero. Por el mayor ó menor número de *satisfacciones* físicas, intelectuales y morales, de que goza la humanidad, es por donde conocemos si la máquina funciona bien ó mal. Por eso la palabra *consumo* (1), adoptada por los economistas, tendria un sentido profundo si, conservándole su significacion etimológica, fuese sinónimo de *fin*, *realizacion*. Por desgracia, en el lenguaje vulgar y aun en la lengua científica, presenta al espíritu un sentido material y grosero, exacto sin duda en cuanto á las necesidades físicas, pero que deja de serlo con respecto á las necesidades de un órden mas elevado. El cultivo del trigo, el tejido de la lana terminan por un *consumo*. ¿Sucede lo mismo con las obras del artista, con los cantos del poeta, con las meditaciones del jurisconsulto, con la enseñanza del profesor, con las predicaciones del sacerdote? Aqui encontraremos tambien los inconvenientes de este error fundamental, que determinó á Smith á encerrar la economía política en un círculo de materialidad; y el lector me perdonará que me sirva muchas veces de la palabra *satisfaccion*, aplicándola á todas nuestras necesidades y á todos nuestros deseos, pues creo que corresponde mejor al marco ensanchado que me parece debe darse á la ciencia.

Se ha censurado muchas veces á los economistas por ocuparse esclusivamente de los *intereses del consumidor*: «Olvidais al productor,» se añade. Pero siendo la satisfaccion el término, el fin de todos los esfuerzos, y como el gran *consumo* de los fenómenos económicos, ¿no es evidente que se halla en él la piedra de toque del progreso? El bienestar de un hombre no se mide por sus *esfuerzos* sino por sus satisfacciones; esto es tambien cierto con respecto á las aglomeraciones de hombres; es asimismo una de las verdades que nadie niega cuando se trata del hombre aislado, y contra la cual se disputa contínuamente cuando se aplica á la sociedad. La frase acriminada no tiene mas sentido que este: toda medida económica se aprecia, no por

(1) *Consommation*. Esta palabra comprende las dos ideas que espresan nuestras dos voces *consumacion* y *consumo*.

el trabajo que provoca, sino por el efecto definitivo que de ella resulta, el cual se resuelve en aumento ó disminucion del bienestar general.

Hemos dicho, tratando de las necesidades y deseos, que no hay dos hombres que se parezcan. Asi sucede con respecto á nuestras *satisfacciones*. No se aprecian igualmente por todos; lo que nos conduce á esta trivialidad: los gustos difieren. Luego es la vivacidad de los deseos, la variedad de gustos, lo que determina la direccion de los esfuerzos. Aqui se manifiesta de una manera indudable la influencia de la moral sobre la industria. Puede concebirse un hombre aislado, esclavo de gustos facticios, pueriles, inmorales. En este caso salta á la vista que sus fuerzas, que son limitadas, no satisfarán deseos depravados sino á costa de deseos mas inteligentes y mejor entendidos. Pero se trata de la sociedad, y este axioma evidente se considera como un error. Se llega hasta creer que los gustos facticios, las satisfacciones ilusorias, causa perenne de la miseria individual, son sin embargo una fuente de riquezas nacionales, porque abren salidas á una multitud de industrias. Si fuese asi, llegariamos á una conclusion bien triste: que el estado social coloca al hombre entre la miseria y la inmoralidad. Por última vez, la economía política resuelve de la manera mas satisfactoria y mas rigorosa estas aparentes contradicciones.

IV

CAMBIO.

El cambio es la Economia política, es la Sociedad entera; porque no puede concebirse la Sociedad sin Cambio, ni el Cambio sin Sociedad. Asi no tengo la pretension de apurar en este capítulo un asunto tan vasto. Apenas bastaria el libro entero para presentar de él un débil bosquejo.

Si los hombres viviesen en un completo aislamiento unos de otros, como los caracoles, si no realizasen convenciones entre sí, podria haber multitudes, unidades humanas, individualidades agregadas unas á otras; pero no habria *Sociedad*.

¿Qué digo? no habria ni aun individualidades. Para el hombre, el aislamiento es la muerte. Asi pues, si fuera de la sociedad no puede vivir, deberá reconocerse que su estado de naturaleza es el estado social.

Todas las ciencias comprueban esta verdad, tan desconocida en el siglo décimo octavo, en el que se fundaba la política y la moral en la asercion contraria. Entonces no se contentaban con oponer el estado de naturaleza al estado social, se daba una preeminencia decidida al primero sobre el segundo. «¡Felices los hombres, habia dicho Montaigne, cuando vivian sin lazos, sin leyes, sin lenguage, sin religion!» Se sabe que el sistema de Rousseau, que ha ejercido, y ejerce todavia, tan grande influencia sobre las opiniones y sobre los hechos, descansa todo en esta hipótesis: que un dia los hombres por su desgracia, *convinie-*

ron en abandonar el inocente *estado de naturaleza* por el tempestuoso *estado de sociedad.*

No entra en el objeto de este capítulo reunir todas las refutaciones que pueden hacerse de este error fundamental, el mas funesto que haya jamás infestado las ciencias políticas: porque si la sociedad es de invencion y convencion, se sigue que cada uno puede inventar una nueva forma social, y tal ha sido desde Rousseau la direccion de los espíritus. Creo que me seria fácil demostrar que el aislamiento escluye el lenguaje, como la ausencia del lenguaje escluye el pensamiento, y seguramente el hombre sin pensamiento, muy lejos de ser el hombre de la naturaleza, no es ni aun hombre.

Pero de algunas consideraciones sobre el Cambio, surgirá directamente una refutacion completa de la idea en que descansa la doctrina de Rousseau.

Necesidad, *esfuerzo*, *satisfaccion*, hé aquí el hombre bajo el punto de vista económico.

Hemos visto que los dos puntos estremos eran esencialmente intrasmisibles, porque se operaban en la sensacion, son la sensacion misma, que es todo lo que hay mas personal en el mundo, tanto la que precede al esfuerzo y lo determina, como la que le sigue y forma su recompensa.

El *Esfuerzo* es, pues, el que se cambia, y esto no puede ser de otra manera, puesto que cambio indica actividad, y el Esfuerzo solo manifiesta nuestro principio activo. No podemos sufrir ó gozar los unos por los otros, aunque seamos sensibles á las penas y á los placeres de otro. Pero podemos ayudarnos mútuamente, trabajar los unos para los otros, prestarnos *servicios* recíprocos, poner nuestras facultades, ó lo que proviene de ellas al *servicio* de otro, con cargo de recompensa. Hé aquí la sociedad. Las causas, los efectos, las leyes de estos cambios constituyen la economía política y social.

No solamente podemos hacerlo, sino que lo hacemos necesariamente. Y yo afirmo que nuestra argumentacion es tal, que nos vemos obligados á trabajar los unos por los otros so pena de muerte, y de muerte inmediata. Si esto no admite duda, la sociedad es nuestro estado de naturaleza, puesto que es el único en que podamos vivir.

Hay, en efecto, que hacer una observacion sobre el equilibrio de las necesidades y de las facultades, observacion que siempre me ha llenado de admiracion en cuanto al plan providencial que rige nuestros destinos.

En el aislamiento nuestras necesidades esceden á nuestras facultades.

En el estado social nuestras facultades esceden á nuestras necesidades.

Se sigue de aqui que el hombre aislado no puede vivir; en tanto que en el hombre social las necesidades mas imperiosas dejan lugar á deseos de un órden mas elevado, y asi progresivamente en una carrera de perfectibilidad, á la que nadie podria fijar límites.

Esto no es declamacion, sino un aserto susceptible de demostracion por el raciocinio y la analogía, ya que no por la esperiencia. ¿Y por qué no puede demostrarse por la esperiencia, por la observacion directa? Precisamente porque es verdadero, precisamente porque, no pudiendo vivir el hombre en el aislamiento, se hace imposible manifestar en la naturaleza viviente los efectos de la soledad absoluta. Los sentidos no pueden comprender la negacion. Puede probarse á mi espíritu que un triángulo jamás tiene cuatro lados; pero no se puede en su apoyo ofrecer á mi vista un triángulo octágono. Si se hiciese, la asercion quedaria destruida por la exhibicion misma. De igual manera exijirme una prueba esperimental, obligarme á que estudie las consecuencias del aislamiento sobre la naturaleza viviente es imponerme una contradiccion, puesto que escluyéndose con respecto al hombre aislamiento y vida, no se han visto ni se verán nunca hombres sin relaciones.

Si hay animales, lo que yo ignoro, destinados por su organismo á recorrer en el aislamiento absoluto el círculo de su existencia, es muy claro que la naturaleza ha debido poner entre sus necesidades y sus facultades una proporcion exacta. Podria comprenderse tambien que sus facultades fuesen superiores; en este caso, esos animales serian perfectibles y progresivos. El equilibrio exacto hace de ellos seres estacionarios, pero la superioridad de las necesidades no se puede concebir. Es necesario que desde su nacimiento, desde su primera aparicion en la vida, sus facultades sean completas con respecto á las necesidades que deben satisfacer, ó al menos que las unas y las otras se desarrollen en una misma relacion, De otra manera, estas especies moririan al nacer y por consiguiente no se ofrecerian á la observacion.

De todas las criaturas vivientes que nos rodean, no hay sin contradiccion, ninguna que esté sujeta á mas contrariedades que el hombre. En ninguna, la infancia es tan débil, tan larga, tan desvalida; la madurez, cargada de una

responsabilidad tan estensa; la vejez, tan endeble y achacosa. Y como si el hombre no tuviese bastantes necesidades, tiene tambien gustos cuya satisfaccion ejercita sus facultades tanto como la de sus necesidades mismas. No bien logra apaciguar su hambre, cuando quiere deleitar su paladar; no bien puede cubrirse, cuando quiere engalanarse; no bien puede guarecerse de la intemperie, cuando piensa en embellecer su habitacion. Su inteligencia es tan inquieta como su cuerpo exijente. Quiere profundizar los secretos de la naturaleza, domar los animales, encadenar los elementos, penetrar en las entrañas de la tierra, atravesar inmensos mares, cernerse sobre los vientos, suprimir el tiempo y el espacio; quiere conocer los móviles, los resortes, las leyes de su voluntad y de su corazon, dominar sus pasiones, conquistar la inmortalidad, confundirse con su Criador, someterlo todo á su imperio, la naturaleza, á sus semejantes y á sí mismo; en una palabra, sus deseos se dilatan sin fin en lo infinito.

Asi en ninguna otra especie son las facultades susceptibles de un desarrollo tan grande como en el hombre. El solo parece comparar y juzgar, él solo raciocina y habla; solo el prevee; solo él sacrifica el presente al porvenir; solo él trasmite de generacion en generacion sus trabajos, sus pensamientos y los tesoros de su esperiencia; solo él, en fin, es capaz de una perfectibilidad cuya cadena inconmensurable parece atada mas allá de este mundo.

Consignemos aqui una observacion económica. Sea cualquiera la estension del dominio de nuestras facultades no podrian ellas elevarnos hasta el poder de *crear*. No corresponde en efecto al hombre aumentar ó disminuir el número de moléculas existentes. Su accion se limita á someter las sustancias esparcidas á su alrededor á modificaciones, á combinaciones que las hacen propias para su uso (J. B. Say).

Modificar las sustancias de modo que aumenten con respecto á nosotros su utilidad es *producir*, ó mas bien, una manera de producir. De aqui deduzco que el valor, como veremos mas tarde, no podrá estar nunca en estas mismas sustancias, sino en el esfuerzo ejecutado para modificarlas, y comparado por el cambio con otros esfuerzos análogos. Por eso el valor no es sino la apreciacion de servicios cambiados, intervenga ó no la materia. Es del todo indiferente, en cuanto á la nocion del valor, que yo preste á mi semejante un servicio directo, por ejemplo, haciéndole una operacion quirúrgica, ó un servicio indirecto preparando para él una sustancia curativa. En este último caso, al

utilidad está en la sustancia, pero el *valor* está en el servicio, en el esfuerzo intelectual y material, ejecutado por un hombre en favor de otro hombre. Por metonimia solo ha podido atribuirse el valor á la materia misma y en esta ocasion como en otras muchas, la metáfora ha estraviado á la ciencia.

Vuelvo á la organizacion del hombre. Si nos detuviésemos en las nociones que preceden, el hombre no diferiría de los demas animales, sino por la mayor estension de necesidades y la superioridad de facultades. Todos, en efecto, estan sometidos á las unas y dotados de las otras. El ave emprende largos viajes para buscar la temperatura que le conviene; el castor atraviesa el rio sobre el puente que ha construido; el gavilan persigue abiertamente su presa; el gato la acecha con paciencia; la araña le prepara emboscadas; todos trabajan para vivir y desarrollarse.

Pero en tanto que la naturaleza ha establecido una esacta proporcion entre las necesidades de los animales y sus facultades, si ha tratado al hombre con mas grandeza y magnificencia, si para obligarlo á ser *sociable* ha decretado que en el aislamiento sobrepujasen sus necesidades á sus facultades, en tanto que por el contrario en el estado social sus facultades, superiores á sus necesidades, abririan un campo sin límite á sus nobles goces; debemos reconocer que, asi como en sus relaciones con el Criador se eleva el hombre sobre las bestias por el Sentimiento religioso, en sus relaciones con sus semejantes por la Equidad, y en sus relaciones consigo mismo por la Moralidad, asimismo, en las relaciones con sus medios de vivir y de desarrollarse, se distingue de aquellas por un fenómeno notable. Este fenómeno es el Cambio.

¿Habré de pintar el estado de miseria, de desnudez y de ignorancia, en que, sin la facultad de cambiar, hubiera yacido eternamente la especie humana, si es que no hubiese desaparecido del globo?

Uno de los filósofos mas populares, en una novela que tiene el privilegio de divertir á la infancia, de generacion en generacion, nos ha mostrado al hombre venciendo con su energia, su actividad y su inteligencia las dificultades de la soledad absoluta. Queriendo dar á conocer todos los recursos de que puede disponer esta noble criatura, la ha supuesto, por decirlo asi, separada accidentalmente de la civilizacion. Entraba, pues, en el plan de *Daniel de Foe* arrojar en la ísla de la Desesperacion á Robinson solo, desnudo, privado de todo lo que aumenta las fuerzas humanas, la

union de los esfuerzos, la separacion de las ocupaciones, el cambio, la sociedad.

Sin embargo, y aunque los obstáculos no sean sino un juego para la imaginacion, Daniel de Foe hubiera quitado á su novela hasta la sombra de verosimilitud, si, demasiado fiel al pensamiento que queria desarrollar, no hubiese hecho al estado social concesiones obligadas, suponiendo que su héroe habia salvado del naufragio algunos objetos indispensables, provisiones, pólvora, una escopeta, un hacha, un cuchillo, cuerdas, tablas, hierro, etc., prueba evidente de que la sociedad es el medio necesario al hombre, puesto que ni aun un novelista ha podido hacer que viva fuera de su seno.

Y obsérvese que Robinson llevaba consigo á la soledad otro tesoro *social* mil veces mas precioso y que las olas no podian sumergir, hablo de sus ideas, de sus recuerdos, de su esperiencia, y aun de su lenguage, sin el cual no hubiera podido hablar consigo mismo, es decir, pensar.

Tenemos el triste y poco razonable hábito de atribuir al *Estado social* los sufrimientos de que somos testigos. Tenemos razon hasta cierto punto, si tratamos de comparar la sociedad consigo misma, considerada en dos grados diversos de adelanto y perfeccion; pero cometemos un error, si comparamos el Estado social aun imperfecto con el aislamiento. Para poder afirmar que la sociedad empeora la condicion, no diré del hombre en general, sino de algunos hombres y de los mas miserables de entre ellos, deberia empezarse probando que el mas infortunado de nuestros hermanos se ve obligado á soportar en el estado social una carga mas pesada de privaciones y sufrimientos, que la que le hubiera correspondido en el aislamiento. Asi, examinad la vida del mas humilde obrero. Pasad una revista minuciosa de los objetos de su consumo diario. Cubre su cuerpo con algunos vestidos groseros; come un poco de pan negro; duerme á cubierto y al menos sobre algunas tablas. Ahora preguntad si el hombre aislado, privado de los recursos del Cambio, tendria la posibilidad mas remota de procurarse esos vestidos groseros, ese pan negro, esa mala cama, esa humilde habitacion. El entusiasta mas apasionado del *Estado de naturaleza*, el mismo Rousseau, reconocia esta imposibilidad radical. Se carecia de todo, dice, se andaba desnudo, se dormia á la intemperie. Asi, Rousseau, para exaltar el estado de naturaleza habia llegado á fundar la felicidad en la privacion. Pero yo afirmo que aun esta felicidad negativa es quimérica y que el hombre aislado moriria

infaliblemente en muy pocas horas. Acaso Rousseau hubiera llegado hasta decir que esto constituia la perfeccion. Hubiera sido consecuente, pues si la felicidad está en la privacion, la perfeccion está en la nada.

Espero que el lector no deduzca de lo que precede que somos insensibles á los sufrimientos sociales de nuestros hermanos. De que estos sufrimientos sean menores en la sociedad imperfecta que en el aislamiento, no se sigue que nosotros no deseemos el progreso que los disminuye sin cesar. Pero si el Aislamiento es una cosa peor que lo que hay de mas malo en el Estado social, tenia yo razon en decir que coloca nuestras necesidades, no hablando sino de las mas imperiosas, completamente sobre nuestras facultades.

¿Cómo coloca el Cambio nuestras facultades sobre nuestras necesidades, destruyendo este órden en provecho nuestro?

Y en primer lugar, el hecho está probado por la civilizacion misma. Si nuestras necesidades escediesen á nuestras facultades, seriamos unos seres invenciblemente retrógrados; si hubiese equilibrio seriamos invenciblemente estacionarios. Progresamos; luego cada periodo de la vida social, comparado con una época anterior, deja disponible, relativamente á una suma dada de satisfacciones, cierta porcion de nuestras facultades.

Veamos si podemos esplicar este maravilloso fenómeno.

La esplicacion que debemos á Condillac me parece insuficiente, empírica ó mas bien que no esplica nada. «Solo por el hecho de que un cambio se realiza, dice, debe necesariamente haber en él provecho para las dos partes contratantes, sin lo cual no tendria lugar. Luego cada cambio contiene dos ganancias para la humanidad.»

Admitiendo la proposicion como verdadera, no puede verse en ella mas que la comprobacion de un resultado. Asi era como el Enfermo imaginario esplicaba la virtud narcótica del opio.

Quia est in eo
Virtus dormitiva
Quæ facit dormire.

El Cambio constituye dos ganancias, decís. La cuestion se reduce á saber por qué y cómo.—Eso resulta del hecho que se realiza.—Pero ¿por qué se realiza? ¿Por qué móvil se han determinado los hombres á realizarlo? ¿Tiene por ventura el Cambio alguna virtud misteriosa, necesariamente benéfica, é inaccesible á toda esplicacion?

Otros afirman que resulta la ventaja de que se da lo que nos sobra para recibir lo que nos falta. Cambio, dicen, *es la permuta de lo supérfluo por lo necesario.* Ademas de que esto es contrario á los hechos que pasan á nuestra vista—porque ¿quién se atreverá á decir que el labrador cediendo el trigo que ha cultivado y del que no comerá, cede lo supérfluo?—veo en este axioma cómo se convienen dos hombres accidentalmente, pero no veo la esplicacion del progreso.

La observacion nos dará una esplicacion mas satisfactoria del poder del Cambio.

El Cambio tiene dos manifestaciones: Union de fuerzas, separacion de ocupaciones.

No admite duda que en muchos casos la fuerza unida de muchos hombres es muy superior á la suma de las fuerzas aisladas. Trátase de llevar de un punto á otro un objeto de mucho peso. Esta operacion que no podria ejecutarse por mil hombres sucesivamente, se realizaria por cuatro uniendo sus fuerzas. Reflexionad cuantas cosas hubiesen dejado de hacerse en el mundo sin esta union.

Y luego, no es nada todavia el concurso de la fuerza muscular hacia un fin comun; la naturaleza nos ha dotado de facultades físicas, morales é intelectuales muy variadas. En la cooperacion de estas facultades vemos combinaciones inagotables. ¿Hay que realizar una obra útil, como la construccion de un camino, ó la defensa del pais? Uno pone al servicio de la comunidad su vigor; otro, su agilidad; este su audacia; aquel, su esperiencia, su prevision, su imaginacion y hasta su fama. Es fácil comprender que los mismos hombres obrando aisladamente, no hubieran podido conseguir, ni aun concebir el mismo resultado.

Asi pues, union de fuerzas supone Cambio. Para que los hombres consientan en cooperar, es menester que tengan en perspectiva una participacion en la satisfaccion obtenida. Cada uno convierte sus esfuerzos en provecho de los demás, y se aprovecha de los Esfuerzos de ellos en proporciones convenidas, lo cual constituye el Cambio.

Se vé aquí cómo el Cambio, bajo esta forma, aumenta nuestras satisfacciones. Porque esfuerzos iguales en intensidad consiguen, por el solo hecho de su union, resultados superiores. En esto no hay vestigio alguno de esa pretendida *permuta de lo supérfluo por lo necesario* ni menos de su doble y empírica ganancia espuesta por Condillac.

Haremos la misma observacion sobre la division del trabajo. En el hecho, si se le mira de cerca, distribuirse las

ocupaciones no es para los hombres sino una manera mas permanente de unir sus fuerzas, de cooperar, de *asociarse*, y puede decirse con mucha exactitud, como se demostrará despues, que la organizacion social actual, con la condicion de reconocer el libre cambio, es la mas bella, la mas vasta de las asociaciones; asociacion maravillosa muy diferente de las soñadas por los socialistas, puesto que por un mecanismo admirable se concilia con la independencia individual. Cada uno entra y sale de ella á cada instante, segun su conveniencia. Lleva á ella el tributo que quiere; retira una satisfaccion comparativamente superior y siempre progresiva, determinada, segun las leyes de la justicia, por la naturaleza misma de las cosas y no por el capricho de un gefe.—Pero no ha llegado el momento de ocuparnos sobre este punto de vista. Por ahora me concretaré á esplicar cómo aumenta nuestro poder la division del trabajo.

Sin estendernos mucho sobre este asunto, porque pertenece al corto número de los que no promueven objeciones, no será inútil decir algo sobre él. Acaso se ha reducido un poco su importancia. Para probar el poder de la *Division del trabajo*, se han señalado las maravillas que realiza en ciertas manufacturas, en las fábricas de agujas, por ejemplo. La cuestion puede elevarse á un punto de vista mas general y mas filosófico. Despues, la fuerza del hábito tiene el singular privilegio de quitarnos de la vista, de hacernos perder la conciencia de los fenómenos que se realizan en medio de nosotros. No hay palabra mas profundamente verdadera que esta de Rousseau: «Se necesita mucha filosofía para observar lo que se ve todos los dias.» No es, pues, una cosa ociosa recordar á los hombres lo que, sin apercibirlo ellos, le deben al Cambio.

¿Cómo ha elevado la facultad de cambiar á la humanidad á la altura en que la vemos hoy? Por su influencia sobre el *Trabajo*, sobre el concurso de los *Agentes naturales*, sobre las *Facultades* del hombre y sobre los *Capitales*.

Adam Smith ha demostrado muy bien la influencia del Cambio sobre el trabajo:

«El aumento en la cantidad de obra que puede ejecutar el mismo número de hombres á consecuencia de la division del trabajo se debe á tres circunstancias, dice este célebre economista: 1.ª al grado de habilidad que adquiere cada trabajador; 2.ª á la economía del tiempo, que se pierde naturalmente pasando de un género de ocupacion á otro; 3.ª á que cada hombre tiene mas probabilidad de descubrir métodos fáciles y espeditivos para conseguir un obje-

to, cuando este objeto es el centro de su atencion, que cuando esta se disipa sobre una infinita variedad de cosas.»

Aquellos que, como Adam Smith, ven en el trabajo la fuente única de la riqueza, se limitan á investigar cómo se perfecciona aquel dividiéndose. Pero hemos visto en el capítulo precedente que el trabajo no es el único agente de nuestras satisfacciones. Las *Fuerzas naturales* concurren. Esto no admite réplica.

Asi, en agricultura, la accion del sol y de la lluvia, los jugos ocultos en el terreno, los gaces esparcidos por la atmósfera, son ciertamente agentes que cooperan con el trabajo humano á la produccion de los vegetales.

La industria manufacturera debe servicios análogos á las cualidades químicas de ciertas sustancias: al poder de los saltos de agua, de la elasticidad del vapor, de la gravitacion, de la electricidad.

El comercio ha sabido convertir en provecho del hombre el vigor y el instinto de ciertas razas de animales, la fuerza del viento que infla las velas de sus naves, las leyes del magnetismo, que obrando sobre la brújula, dirijen su rumbo por la inmensidad de los mares.

Hay dos verdades fuera de toda contestacion. La primera, que *el hombre está tanto mas provisto de todo, cuanto mayor partido saca de las fuerzas de la naturaleza.*

En efecto, es evidente que se obtiene mas trigo, con los mismos esfuerzos, en una buena tierra vegetal que en áridos arenales ó rocas estériles.

La segunda, que *los agentes naturales están repartidos en el globo de una manera desigual.*

¿Quién se atreveria á sostener que todas las tierras son adecuadas á los mismos cultivos, y todos los parages á un mismo género de fabricacion?

Asi, si las fuerzas naturales difieren en los diversos puntos del globo, y si por otra parte los hombres son tanto mas ricos cuanto mejor auxilio obtienen de aquellas, se sigue que la facultad de cambiar aumenta, en una proporcion inconmensurable, el útil concurso de estas fuerzas.

Aqui volvemos á encontrar la utilidad gratuita y la utilidad onerosa, sustituyéndose aquella á esta, en virtud del Cambio. ¿No es en efecto, claro, que si privados de la facultad de cambiar, los hombres estuviesen reducidos á producir hielo en el ecuador y azúcar en los polos, deberian hacer con mas trabajo lo que el calor y el frio hacen hoy gratuitamente por ellos, y que con respecto á esto permaneceria en la inercia una inmensa porcion de Fuerzas natu-

rales? Gracias al Cambio, se utilizan estas fuerzas por todas partes en donde se encuentran. La tierra propia para trigo se siembra de trigo; la que sirve para viñedo se planta de viñedo; hay pescadores en las costas y leñadores en las montañas. Aqui se dirije el agua, allá el viento hácia una rueda que reemplaza á diez hombres. La naturaleza se convierte en esclavo á quien no hay necesidad de alimentar ni vestir, y cuyos servicios ni pagamos ni hacemos pagar, pues no cuestan nada ni á nuestro bolsillo ni á nuestra conciencia (1) La misma suma de esfuerzos humanos, es decir, los mismos servicios, el mismo valor, realiza una suma de utilidad siempre mayor. Para cada resultado determinado se absorve solamente una porcion de actividad humana; la otra queda disponible á causa de la intervencion de las Fuerzas naturales, y se dirige á allanar nuevos obstáculos, satisface nuevos deseos y realiza nuevas utilidades.

Los efectos del Cambio sobre nuestras facultades intelectuales son tales, que la imaginacion mas vigorosa no puede calcular su alcance.

»Nuestros conocimientos, dice M. de Tracy, constituyen nuestras adquisiciones mas preciosas, puesto que son los que dirijen el empleo de nuestras fuerzas y lo hacen mas fructuoso, á medida que aquellos son mas sanos y mas estensos. Asi, ningun hombre puede verlo todo, y todos tienen mas aptitud para aprender que para inventar. Pero cuando muchos hombres se comunican entre si, lo que uno ha observado llega muy pronto al conocimiento de los demas, y basta que entre ellos se encuentre uno ingenioso para que todos lleguen á aprovecharse de preciosos descubrimientos. Las luces deben aumentarse pues con mucha mas rapidez que en el estado de aislamiento, sin contar con que pueden conservarse y por consiguiente acumularse de generacion en generacion.»

Si la naturaleza ha variado en torno del hombre los recursos que pone á su disposicion, no ha sido mas uniforme en la distribucion de las Facultades humanas. No estamos todos dotados, igualmente de vigor, de valor, de inteligencia, de paciencia, de aptitudes artísticas, literarias ó industriales. Sin el cambio, esta diversidad, lejos de redundar en provecho de nuestro bienestar, contribuiría á

(1) Antes bien, este esclavo, á causa de su superioridad, concluye por reducir el valor y libertar á todos los demas. Esta es una *armonia* cuyas consecuencias dejo deducir á la penetracion del lector.

nuestra miséria, sintiendo cada uno menos las ventajas de las Facultades que tenia, que la privacion de aquellas que no tenia. Gracias al cambio, el ser fuerte puede hasta cierto punto existir sin génio, y el ser inteligente, sin vigor; pues por la admirable comunidad que aquel establece entre los hombres, cada uno participa de las cualidades distintivas de sus semejantes.

Para dar satisfaccion á nuestras necesidades y á nuestros gustos, no basta en la mayor parte de los casos trabajar, ejercer nuestras facultades sobre ó por agentes naturales. Se necesitan tambien útiles, instrumentos, máquinas, provisiones, en una palabra Capitales. Supongamos una pequeña aldea, compuesta de diez familias, y que trabajando cada una esclusivamente por sí misma, se vé obligada á ejercer diez industrias diferentes. Se necesitarán para cada gefe de familia diez menages industriales. Habrá en la aldea diez carretas, diez pares de bueyes, diez fraguas, diez talleres de carpinteria, otros diez de tejidos etc; con el cambio podrá bastar una sola carreta, un solo par de bueyes, una sola fragua, un solo taller de tejidos. No hay imaginacion que pueda calcular la economía de capitales debida al cambio.

El lector verá ahora bien claro lo que constituye el verdadero poder del cambio. No es, como dice Condillac, que suponga *dos ganancias*, porque cada una de las partes contratantes estima en mas lo que recibe que lo que dá. No es tampoco que cada una de ellas ceda lo supérfluo, para adquirir lo necesario. Es simplemente que, cuando un hombre dice á otro: «No hagas mas que esto, yo haré esto otro, y partiremos,» hay mejor empleo del trabajo, de las facultades, de los agentes naturales, de los capitales, y por consiguiente hay mas que partir. Con mayor razon si tres, diez, ciento, mil, ó muchos millones de hombres entran en la asociacion.

Las dos proposiciones que he adelantado son por tanto rigorosamente verdaderas, á saber:

En el aislamiento, nuestras necesidades esceden á nuestras facultades.

En el Estado social, nuestras facultades esceden á nuestras necesidades.

La primera es verdadera, puesto que toda la superficie de la Francia no podria mantener á un solo hombre en el estado de aislamiento absoluto.

La segunda es verdadera, puesto que de hecho la poblacion de esta misma superficie crece en número y en bienestar.

Progreso del Cambio. La forma primitiva del cambio es la *Permuta.* Dos personas, cada una de las cuales, esperimenta un deseo y posee el objeto que puede satisfacer el deseo de la otra, se hacen cesion recíproca de estos objetos; ó bien convienen en trabajar separadamente cada una en una cosa, con condicion de partir en proporciones acordadas el producto total.—Hé aqui la *Permuta*, que es, como darian los socialistas, el cambio, el tráfico, el comercio *embrionario.* Observamos aqui dos Deseos como móviles, dos Esfuerzos como medios, dos Satisfacciones como resultado ó como Consumacion de la evolucion entera; y en nada difiere esencialmente de la misma evolucion realizada en el aislamiento, si los deseos y las satisfacciones no quedasen segun su naturaleza intrasmisibles, cambiándose solo los Esfuerzos; en otros términos, dos personas han trabajado una para otra, se han prestado mútuamente *servicio.*

Asi, aqui empieza verdaderamente la Economía política, porque aqui es donde podemos observar la primera aparicion del *valor.* La *Permuta* no se realiza sino á consecuencia de una convencion; cada una de las partes contratantes se determina por la consideracion de su interés personal, cada una de ellas hace su cálculo cuyo sentido es este: «Yo cambiaré si la permuta me proporciona la *satisfaccion* de mi *deseo* con un *Esfuerzo* menor.»—Ciertamente es un fenómeno maravilloso que esfuerzos disminuidos puedan hacer frente á deseos y á satisfacciones iguales, y esto se esplica por las consideraciones que he presentado en el primer párrafo de este capítulo. Cuando los dos productos ó los dos servicios se *permutan* puede decirse que *son de igual valor.* Mas adelante profundizaremos la nocion del *valor.* Por ahora basta esta vaga definicion.

Puede concebirse la *Permuta circular*, abrazando tres partes contratantes. *Pablo* presta un servicio á *Pedro*, el cual presta un servicio equivalente á *Jacobo*, que presta á su vez un servicio equivalente á *Pablo*, mediante el cual todo queda equilibrado. No necesito decir que esta rotacion no se verifica sino porque satisface á todas las partes, sin variar la naturaleza ni las consecuencias de la permuta.

La esencia de la Permuta se encontraria en toda su pureza, aun cuando el número de contratantes fuese mayor. En mi pueblo el viñador paga con vino los servicios del herrero, del barbero, del sastre, del cura, y del tendero. El herrero, el barbero y el sastre entregan tambien al tendero por las mercancias consumidas durante el año, el vino que han recibido del viñador.

Esta Permuta circular, no me cansaré de repetirlo, no altera en nada las nociones primordiales emitidas en los capítulos precedentes. Cuando la evolucion queda terminada, cada cooperante ha ofrecido este triple fenómeno: *deseo*, *esfuerzo satisfaccion*. No ha habido sino una cosa mas, el cambio de los esfuerzos, la trasmision de los servicios, la separacion de las ocupaciones con todas las ventajas que resultan de aqui, ventajas en las que cada uno ha tomado parte, puesto que el trabajo aislado es un *mal pasar siempre reservado*, y que no se renuncia á él sino en vista de una ventaja cualquiera.

Se comprende con facilidad que la Permuta circular y en especie no puede estenderse mucho, y no necesito insistir sobre los obstáculos que la detienen. ¿Cómo se gobernaria, por ejemplo, el que quisiere dar su casa por los mil objetos de consumo que necesitará durante el año? De todos modos, la Permuta no puede salir del círculo estrecho de personas que se conocen. La humanidad hubiera llegado muy pronto al límite de la separacion de los trabajos, al límite del progreso, si no hubiera encontrado un medio de facilitar los cambios.

Por esta razon, desde el orígen mismo de la sociedad se ve á los hombres adoptar para sus convenciones una mercancía intermedia, trigo, vino, animales y casi siempre metales. Estas mercancías desempeñan mas ó menos cómodamente su destino, pero ninguna se desecha por esencia, con tal que el Esfuerzo esté representado en ella por el *valor*, puesto que es su trasmision la que se trata de operar.

Con el ausilio de esta mercancía intermedia aparecen dos fenómenos económicos que se llaman *Venta* y *Compra*. Es claro que la idea de *venta* y *compra* no está comprendida en la Permuta simple, ni aun en la Permuta circular. Cuando un hombre da á otro algo que beber, para recibir de este algo que comer, no hay mas que un hecho indivisible. Asi debe observarse bien al principio de la ciencia que el cambio realizado en virtud de un intermediario no pierde en nada la naturaleza, la esencia, la cualidad de la Permuta; solamente que es ahora una permuta compuesta. Segun una observacion muy juiciosa y muy profunda de J. B. Say, es una permuta compuesta de dos factores, de los cuales uno se llama *venta* y el otro *compra*, factores cuya reunion es indispensable para constituir una permuta completa.

En efecto la aparicion en el mundo de un medio de permutar, no cambia la naturaleza de los hombres ni de las cosas. Permanece siempre para cada uno la *necesidad* que

determina el *esfuerzo*, y la *satisfaccion* que lo recompensa. El cambio no queda completo, sino cuando el hombre que ha hecho un *esfuerzo* en favor de otro, ha obtenido de este un servicio equivalente, es decir, la *satisfaccion*. Para esto *vende* su servicio por la mercancia intermedia, y luego con esta mercancia intermedia *compra* servicios equivalentes, y entonces los dos factores reconstituyen con respecto á él la *permuta* simple.

Considerad á un médico, por ejemplo. Durante muchos años ha aplicado su tiempo y sus facultades al estudio de las enfermedades y de los remedios. Ha visitado enfermos, ha dado consejos, en una palabra, ha prestado *servicios*. En vez de recibir de sus clientes en compensacion *servicios* directos, lo que hubiese constituido la permuta simple, ha recibido de ellos una mercancía intermedia, metales, con los cuales se ha procurado las satisfacciones que eran en definitiva el objeto que tenia á la vista. No son los enfermos los que le han suministrado el pan, el vino, los muebles, sino el valor. Ellos no han podido ceder escudos sino porque ellos tambien habian prestado *servicios*. Hay pues equilibrio de *servicios* en cuanto á los enfermos, hay tambien equilibrio para el médico; y si fuese posible seguir con el pensamiento esta circulacion hasta el fin, se veria que el Cambio por la intervencion de la moneda se resuelve en una multitud de permutas simples.

Bajo el régimen de la permuta simple, el *valor* es la apreciacion de dos servicios cambiados y directamente comparados entre sí. Bajo el régimen del *cambio compuesto*, los dos servicios se aprecian tambien el uno por el otro, pero comparándose con ese término medio, con esa mercancia intermedia que se llama Moneda. Veremos en otra parte las dificultades y los errores que han nacido de esta complicacion. Por ahora nos basta advertir que la presencia de esta mercancia intermedia no altera en nada la nocion del *Valor*.

Una vez admitido que el cambio es al mismo tiempo causa y efecto de la separacion de ocupaciones, una vez admitido que la separacion de ocupaciones multiplica las *satisfacciones* proporcionalmente á los *esfuerzos*, por los motivos espuestos al principio de este capítulo, el lector comprenderá fácilmente los servicios que la Moneda ha prestado á la humanidad, por el solo hecho de facilitar los cambios. A causa de la Moneda, el cambio ha podido tomar un desarrollo verdaderamente indefinido. Cada uno presenta en la sociedad sus servicios, sin saber á quien procurarán la satisfaccion que va unida á ellos. De la misma manera

retira de la sociedad, no servicios inmediatos, sino escudos, con los cuales comprará en definitiva servicios donde, cuando y como le agrade. De suerte que las convenciones definitivas se verifican en el tiempo y en el espacio entre desconocidos, sin que nadie sepa, al menós en la mayor parte de las circunstancias, de quien sea el *esfuerzo* que *satisfaga* sus *necesidades*, á qué *deseos* procurarán *satisfaccion* sus propios *esfuerzos*. El cambio, por el intermedio de la Moneda, se resume en *permutas* innumerables, cuyas partes contratantes se ignoran.

Sin embargo, el *Cambio* es un beneficio tan grande para la sociedad (¿y no es la sociedad misma?) que esta no se ha limitado, para facilitarlo, para multiplicarlo, á la introduccion de la moneda. En el órden lógico, despues de la Necesidad y la Satisfaccion unidas en el mismo individuo por el esfuerzo aislado,—despues de la permuta simple,—despues de la permuta de dos factores, ó el Cambio compuesto de *compra* y *venta*,—aparecen todavia las convenciones estendidas en el tiempo y en el espacio por medio del crédito, títulos hipotecarios, letras de cambio, billetes de banco etc. En virtud de estos maravillosos mecanismos, productos de la civilizacion, perfeccionándola y perfeccionándose con ella, un esfuerzo ejecutado hoy en Paris irá á satisfacer á un desconocido al través de los mares y de los siglos; y el que lo ejecuta no recibe menos su recompensa actual, por medio de personas que hacen el adelanto de esta remuneracion y se conforman con ir á pedir la compensacion á paises lejanos ó con esperarla para un porvenir remoto. Complicacion admirable y maravillosa que, sometida á un análisis exacto, nos manifiesta en definitiva la integridad del fenómeno económico, *necesidad*, *esfuerzo*, *satisfaccion*, realizándose en cada individualidad segun la ley de justicia.

Límites del Cambio. El carácter general del Cambio consiste en *disminuir la relacion del esfuerzo á la satisfaccion*. Entre nuestras necesidades y nuestras satisfacciones se interponen *obstáculos*, que llegamos á disminuir por la union de las fuerzas ó por la separacion de las ocupaciones, es decir, por el *Cambio*. Pero el Cambio mismo encuentra obstáculos, exije esfuerzos. La prueba de ello está en la inmensa masa de trabajo humano que pone en movimiento. Los metales preciosos, los caminos, los canales, los caminos de hierro, los carruages, los buques, todas estas cosas absorven una parte considerable de la actividad humana. Mirad, por otra parte, cuantos hombres únicamente ocu-

pados en facilitar cambios, cuantos banqueros, negociantes, comerciantes, corredores, carruageros, marinos. Este vasto y costoso aparato prueba mejor que todos los razonamientos cuanto poder hay en la facultad de cambiar; sin esto ¿cómo hubiera consentido la humanidad en imponérselo?

Puesto que está en la naturaleza del Cambio *ahorrar* esfuerzos y *exijirlos*, se comprende fácilmente cuales son sus límites naturales. En virtud de esa fuerza que impele al hombre á escojer siempre entre dos males el menor, el Cambio se estenderá indefinidamente, en tanto que el esfuerzo exijido por él sea menor que el esfuerzo que le evita. Y se detendrá naturalmente, cuando, en la totalidad, el conjunto de satisfacciones obtenidas por la separacion de los trabajos sea menor, en razon de las dificultades del cambio, que si se exijiesen de la produccion directa.

Hé aqui una aldea. Si quiere procurarse la satisfaccion, necesita ejecutar el esfuerzo. Puede dirijirse á otra aldea y decirle: «Haced este esfuerzo por nosotros, y haremos otro por vosotros.» La estipulacion puede contentar á todo el mundo, si la segunda aldea por ejemplo, se halla en posibilidad á causa de su situacion de proporcionar á la obra la cooperacion de una porcion mayor de fuerzas naturales y gratuitas. En este caso realizará el resultado con un esfuerzo igual á 8, cuando la primera no lo podria hacer sino con un esfuerzo igual á 12. No pidiéndose sino 8, hay una economia de 4 para la primera. Pero viene en seguida el trasporte, la remuneracion de los agentes intermedios, en una palabra, el esfuerzo exijido por el aparato del cambio. Evidentemente deberá agregarse algo á la cifra 8. El cambio continuará operándose, en tanto que *este mismo* no cueste mas de 4. En el momento que llegue á esa cantidad se detendrá. No hay necesidad de legislar sobre este punto; pues, ó la ley interviene antes que haya llegado á nivelacion, y entonces es dañosa, impide una economía de esfuerzos, —ó viene despues, y en ese caso es supérflua. Se pareceria á un decreto que prohibiese encender luces en medio del dia.

Cuando el Cambio se detiene asi, porque deja de ser ventajoso, el menor perfeccionamiento en el *aparato comercial* le da una actividad nueva. Entre Orleans y Angulema, se verifica cierto número de convenciones. Estas dos ciudades cambian siempre que obtienen mas satisfaciones por este procedimiento que por la produccion directa. Se detienen cuando la produccion por el cambio, gravado con los

gastos del cambio mismo, escede ó se iguala al esfuerzo de la produccion directa. En estas circunstancias, si se mejora el aparato del cambio, si los negociantes bajan el precio de su concurso, si se horada una montaña, si se construye un puente sobre un rio, si se compone un camino, si se disminuye el obstáculo, el Cambio se multiplicará, porque los hombres quieren sacar partido de todas las ventajas que hemos reconocido en él, porque quieren recojer utilidad gratuita. El perfeccionamiento del *aparato comercial* equivale, pues, á una aproximacion material de las dos ciudades. —De donde se sigue que la aproximacion material de los hombres equivale á un perfeccionamiento en el aparato del cambio.—Y esto es muy importante; aqui está precisamente la solucion del problema de la poblacion; aqui, en este gran problema, está el elemento desechado de Malthus. Alli donde Malthus habia visto Discordancia, este elemento nos presentará *Armonia*.

Cuando los hombres cambian, llegan por este medio á una *satisfaccion* igual con menos *esfuerzos*, y la razon es, porque por una y otra parte se prestan servicios que sirven de vehículo á una porcion mayor de *utilidad gratuita*.

Asi, cambian tanto mas, cuanto menos *obstáculos* encuentra el cambio, y exige menos *esfuerzos*.

Y el Cambio encuentra obstáculos y exije esfuerzos tanto menores, cuanto mas se aproximan los hombres entre sí. La mayor densidad de la poblacion va pues necesariamente acompañada de una proporcion mayor de *utilidad gratuita*. Da mas poder al aparato del cambio, deja disponibles una porcion de esfuerzos humanos, y es una causa de progreso.

Y si quereis, salgamos de generalidades y examinemos los hechos.

Una calle de igual longitud ¿no presta mas servicios en Paris que una ciudad desierta? Un camino de hierro de un kilómetro no presta mas servicios en el departamento del Sena que en el departamento de las Landas? Un comerciante de Londres ¿no puede contentarse con una remuneracion menor por cada negocio que verifica á causa de su multiplicidad? En todas las cosas veremos que dos aparatos de cambio, aunque idénticos, prestan servicios muy diferentes, segun funcionen en una poblacion densa ó en una poblacion diseminada.

La densidad de la poblacion no solo contribuye á sacar mejor partido del aparato del cambio, sino permite tambien que se aumente y se perfeccione el mismo aparato. Se verifica este mejoramiento provechoso en el seno de una po-

blacion condensada, porque en ella ahorrará mas esfuerzos de los que exije, lo que no es realizable en medio de una poblacion diseminada, porque exijiria mas esfuerzos de los que puede ahorrar.

Cuando se sale momentáneamente de París para ir á habitar una pequeña ciudad de provincia, nos asombramos del número de casos, en que no podemos procurarnos ciertos *servicios* sino á fuerza de gastos, de tiempo, y de vencer mil dificultades.

No es solamente la parte material del aparato comercial, la que se utiliza y se perfecciona por el solo hecho de la densidad de la poblacion, sino tambien la parte moral. Los hombres reunidos saben repartirse mejor las ocupaciones, unir sus fuerzas, asociarse para fundar escuelas y museos, edificar iglesias, proveer á su seguridad, establecer bancos ó compañías de seguros, en una palabra, procurarse goces comunes con una porcion mucho menor de esfuerzos para cada uno.

Pero volveremos á estas consideraciones cuando tratemos de la Poblacion. Limitémonos ahora á la observacion siguiente.

El Cambio es un medio, concedido á los hombres, de sacar mejor partido de sus facultades, de economizar los capitales, de aumentar el concurso de los agentes gratuitos de la naturaleza, de aumentar la proporcion de la utilidad gratuita con respecto á la utilidad onerosa, de disminuir por consiguiente la relacion de los esfuerzos con los resultados, de dejar disponible una parte de sus fuerzas, á fin de separar una porcion cada vez mayor de estas dedicada al servicio de las necesidades mas imperiosas, para consagrarla á goces de un órden mas elevado.

Si el Cambio ahorra esfuerzos, tambien los exije. Se estiende, adelanta, se multiplica, mientras el esfuerzo exijido no llega á igualar al que evita, y se detiene en este punto, hasta que, por el perfeccionamiento del aparato comercial, ó solamente por el mero hecho de la condensacion de la poblacion y de la aproximacion de los hombres, entra en las condiciones necesarias de su marcha ascendente

De donde se sigue que las leyes, que limitan los Cambios son siempre dañosas ó supérfluas.

Los gobiernos, siempre dispuestos á persuadirse de que no se opera bien alguno sin ellos, se niegan á comprender esta ley armónica.

El Cambio se desarrolla naturalmente *hasta el punto en*

que seria mas oneroso que útil, y se detiene naturalmente *en este límite.*

En su consecuencia los vemos por todas partes muy ocupados en favorecerlo ó en restringirlo.

Para llevarlo *mas allá* de sus límites naturales, emprenden la conquista de nuevos mercados y de colonias. Para retenerlo *mas acá* de sus limites, imaginan toda especie de restricciones y trabas.

Esta intervencion de la Fuerza en las Convenciones humanas va acompañada de males sin número.

El Aumento mismo de esta fuerza es ya un mal; pues se comprende que el Estado no puede hacer conquistas, retener bajo su dominio paises lejanos, variar el curso natural del comercio por la accion de las aduanas, sin multiplicar sobremanera el número de sus agentes.

La Separacion de la Fuerza pública de su verdadero objeto es un mal todavia mayor que su aumento. Su mision racional era proteger todas las Libertades y todas las Propiedades, y la vemos destinada á violar la Libertad y la Propiedad de los ciudadanos. Asi parece que los gobiernos han tomado sobre sí la tarea de borrar de todas las inteligencias todas las nociones y todos los principios. Desde el momento que se admite que la Opresion y el Despojo son lejítimos con tal que se apoyen en la ley, con tal que no se ejerzan entre ciudadanos sino por medio de la Ley y de la Fuerza pública, todas las clases irán unas en pós de otras á pedir que se sacrifiquen en su provecho las demás.

Sea cualquiera la intervencion de la Fuerza en los cambios, no puede evitarse que deje de ocasionar Pérdida y Trastorno en el trabajo y en los capitales, y por consiguiente perturbacion en la distribucion natural de la poblacion. En un punto desaparecen intereses naturales, en otro se crean intereses facticios, y los hombres siguen forzadamente el curso de los intereses. Asi se establecen vastas industrias donde no deberian nacer, la Francia fabrica azúcar, la Inglaterra hila algodon, que viene de las llanuras de la India. Se han necesitado siglos de guerras, torrentes de sangre derramada, inmensos tesoros disipados, para llegar á este resultado: sustituir en Europa industrias permanentes por industrias precarias, dando asi lugar á las crisis, á las paralizaciones de trabajo, á la instabilidad, y en definitiva al Pauperismo.

Pero veo que me adelanto. Debemos conocer primeramente las leyes del libre y natural desenvolvimiento de las sociedades humanas. Despues estudiaremos sus perturbaciones.

Fuerza moral del Cambio. Habremos de repetirlo aun á riesgo de incomodar al sentimentalismo moderno: la economía política se halla colocada en lo que se llama la region de los *negocios*, y los negocios se hacen bajo la influencia del *interés personal.* Aunque los puritanos del socialismo griten: «Esto es espantoso, nosotros reformaremos todo eso;» sus declamaciones en cuanto á este punto se dan un mentís permanente á si mismas. ¡Andad pues á comprarlas al malecon Voltaire en nombre de la fraternidad!

Seria caer en otro género de declamacion atribuir moralidad á actos determinados y gobernados por el *interés personal.* Pero seguramente la ingeniosa naturaleza ha podido haber arreglado el órden social de tal manera, que estos mismos actos, destituidos de moralidad en su móvil, produzcan sin embargo actos morales. ¿No sucede asi con el trabajo? Por tanto, digo que el Cambio, ya en el estado de simple permuta, ya elevado á vasto comercio, desarrolla en la sociedad tendencias mas nobles que su móvil.

Lejos de mí la idea de atribuir á una sola energía todo lo que forma la grandeza, la gloria, el encanto de nuestros destinos. Asi como hay dos fuerzas en el mundo material, una que va de la circunferencia al centro, y otra del centro á la circunferencia, asi tambien hay dos principios en el mundo social: el interés privado y la simpatía. ¿Y quién habrá tan desgraciado que desconozca los beneficios y los goces del principio simpático manifestado por la amistad, el amor, la piedad filial, la ternura paternal, la caridad, la abnegacion patriótica, el sentimiento religioso y el entusiasmo por lo bueno y lo bello? Hay quien dice que el principio simpático, no es mas que una magnífica forma del principio individualista, y que amar á los demás no es en el fondo sino una inteligente manera de amarse á sí mismo: No nos detendremos ahora en profundizar este problema. Sean distintas ó se hallen confundidas nuestras dos energías nativas, nos basta saber que lejos de rechazarse, como se dice continuamente, se combinan y concurren á la realizacion de un mismo resultado, el Bien general.

He establecido estas dos proposiciones:

En el aislamiento, nuestras necesidades esceden á nuestras facultades.

Por el cambio, nuestras facultades esceden á nuestras necesidades.

Ellas dan la razon de la sociedad. Hé aqui otras dos que garantizan su perfeccionamiento indefinido:

En el aislamiento, las prosperidades se dañan unas á otras.

Por el cambio, las prosperidades se ausilian recíprocamente.

¿Hay necesidad de probar que si la naturaleza hubiese destinado á los hombres á la vida solitaria, la prosperidad de uno se opondria á la prosperidad del otro? Mientras mas numerosos fuesen, menos serian las probabilidades de bienestar. De todas maneras, se vé claramente en qué podria dañar su número, y no se comprende como podria aprovechar. Y luego pregunto yo ¿bajo qué forma se manifestaría el principio simpático? ¿Qué ocasion daría lugar á su nacimiento? ¿Podríamos ni aun concebirlo?

Pero los hombres cambian. Como hemos visto, el cambio supone la separacion de ocupaciones. Da nacimiento á las profesiones, á los oficios. Cada uno se dedica á vencer un género de obstáculos en provecho de la Comunidad. Cada uno se consagra á prestarle un género de *servicios*. Asi, un análisis completo del valor demuestra que cada servicio *vale* primero en razon de su utilidad intrínseca, despues en razon á que se ofrece en un medio mas rico, es decir, en el seno de una comunidad mas dispuesta á demandarlo, y con mas posibilidad de pagarlo. La esperiencia, mostrándonos que el artesano, el médico, el abogado, el negociante, el carruagero, el profesor, el sábio sacan por sí mismos mejor partido de sus servicios, en París, en Lóndres, en Nueva York, que en los eriáles de Gascuña, ó en las montañas del pais de Gales, ó en las praderas del *Farwest*, la esperiencia, digo, ¿no nos confirma esta verdad: *El hombre tiene tanta mas probabilidad de prosperar, cuanto mas próspero sea el medio en que se encuentre?*

De todas las armonías que se encuentran bajo mi pluma, esta es seguramente la mas importante, la mas bella, la mas decisiva, la mas fecunda. Ella supone y resume todas las demás. Por esta razon, no podria presentar aqui sino una demostracion muy incompleta de tan bella armonía. ¡Feliz yo si resulta del espíritu de este libro! Feliz tambien, si saliese al menos con un carácter de probabilidad suficiente para determinar al lector á elevarse por sus propios esfuerzos á la certidumbre.

Porque, no debemos dudarlo, esta es la razon que decide entre la Organizacion natural y las Organizaciones artificiales; este es, esclusivamente este, el problema social. Si la prosperidad de todos es la condicion de la prosperidad de cada uno, podemos fiarnos, no solamente en el poder económico del libre cambio, sino tambien en su fuerza moral. Bastará que los hombres comprendan sus verdaderos

intereses para que las restricciones, las rivalidades industriales, las guerras comerciales, los monopolios, caigan á los golpes de la opinion; para que antes de solicitar tal ó cual medida gubernamental, se pregunte, no: «¿Qué bien me reportará á mi?» sino: ¿«Qué bien reportará la comunidad?» Convengo en que se pregunta muchas veces esto último en virtud del principio simpático, pero que aparezca la luz, y se hará tambien igual preguuta por Interés personal. Entonces diremos con verdad que los dos móviles de nuestra naturaleza concurren á un mismo resultado: El Bien General; y no podrá negarse al interés personal, ni á las convenciones que de él se derivan, al menos en cuanto á sus efectos, la Potencia Moral.

Considérense las relaciones de hombre á hombre, de familia á familia, de provincia á provincia, de nacion á nacion, de hemisferio á hemisferio, de capitalista á obrero, de propietario á proletario,—es evidente, me parece, que no se puede resolver ni aun examinar el problema social bajo ninguno de sus puntos de vista, antes de haber escojido entre estas dos máximas.

El provecho de uno es el daño de otro.

El provecho de uno es el provecho de otro.

Porque si la naturaleza ha arreglado las cosas de manera que el antagonismo sea la ley de las convenciones libres, no nos queda otro recurso que vencer la naturaleza, y sofocar la Libertad. Si, por el contrario, estas convenciones libres son armónicas, si tienden á mejorar y á igualar las condiciones, nuestros esfuerzos deben limitarse á dejar obrar la naturaleza y á mantener los derechos de la Libertad humana.

Y hé aqui la razon de que yo invite á los jóvenes, á quienes va dedicado este libro, á examinar con cuidado las fórmulas que contiene, á analizar la naturaleza íntima y los efectos del cambio. Si, tengo la confianza de que se encontrará entre ellos al menos uno que llegue por último á la demostracion rigorosa de esta proposicion: *El bien de cada uno favorece al bien de todos, como el bien de todos favorece al bien de cada uno;*—el que sepa convencer de esta verdad á todas las inteligencias á fuerza de presentar su prueba simple, lúcida é irrefragable.—Ese será el que resuelva el problema social; ese será el bienhechor del género humano.

Observemos en efecto que segun sea este axioma verdadero ó falso, las leyes sociales naturales serán armónicas ó antagónicas.—Segun sean estas armónicas ó antagónicas,

será de nuestro interés conformarnos ó separarnos de ellas. —Luego si se demuestra evidentemente una vez que bajo el régimen de la libertad, los intereses concuerdan entre sí y se favorecen mútuamente, todos los esfuerzos que vemos hacer hoy á los gobiernos para turbar la accion de las leyes sociales naturales, se dirijirian por el contrario á dejar á esas leyes todo su poder; ó mas bien no tendrian que hacer otros esfuerzos para ello, sino el de abstenerse.—¿En qué consiste la accion perturbadora de los gobiernos? Esto se deduce del objeto mismo que se proponen.—¿De qué se trata? de dar remedios contra la Desigualdad que segun se cree nace de la Libertad.—Pues no hay mas que un medio de restablecer el equilibrio, que es: *tomar á unos para darlo á otros.*—Tal parece en efecto la mision que los gobiernos se han impuesto ó han recibido, y puede considerarse como una consecuencia rigorosa de la fórmula: *El provecho de uno es el daño de otro.* Teniendo este axioma por verdadero, bien se necesita que la Fuerza repare el mal que hace la Libertad.—Asi, los gobiernos, que creiamos instituidos para asegurar á cada uno su libertad y su propiedad, han emprendido la tarea de violar todas las libertades y todas las propiedades, y esto con razon, si residen en ellas el principio mismo del mal. Asi por todas partes los vemos ocupados en trastornar el asiento natural del trabajo, de los capitales y de las responsabilidades.

Por otra parte, se pierde una suma verdaderamente incalculable de fuerzas intelectuales en la investigacion de organizaciones sociales facticias. *Tomar á unos para dar á otros*, violar la libertad y la propiedad, es un asunto muy sencillo; pero los procedimienios pueden variar hasta lo infinito. De aqui esa multitud de sistemas que esparcen el espanto en todas las clases de trabajores, puesto que por la naturaleza misma de su objeto amenazan todos los intereses.

Asi, gobiernos arbitrarios y complicados, negacion de la libertad y de la propiedad, antagonismo de clases y de pueblos, todo esto se halla lógicamente contenido en el axioma: El provecho de uno es el daño de otro.—Y por la misma razon: sencillez en los gobiernos, respeto á la dignidad individual, libertad del trabajo y del cambio, paz entre las naciones, seguridad para las personas y las propiedades, todos estos principios se contienen en esta verdad: Los intereses son armónicos,—con una condicion sin embargo; que se admita generalmente esta verdad.

Y conviene mucho que sea así. Al leer lo que precede muchas personas me dirán: Estais perdiendo el tiempo; ¿quién ha pensado jamás en contestar sériamente la superioridad del cambio sobre el aislamiento? ¿En qué libro, si no es acaso en los de Rousseau, habeis encontrado esa paradoja?

Los que me detienen con esta reflexion olvidan dos cosas, dos síntomas ó mas bien dos aspectos de nuestras sociedades modernas: las doctrinas de que nos inundan los teóricos, y las prácticas que nos imponen los gobiernos. Mucho debe desconocerse la Armonía de los intereses, puesto que por una parte la fuerza pública está constantemente ocupada en intervenir para turbar sus combinaciones naturales, y por otra la reconvencion que se le dirije principalmente consiste en que no interviene todavia bastante.

La cuestion es esta: ¿Puede imputarse el Mal (se supone que hablo aqui del mal que no se deriva de nuestra enfermedad nativa) á la accion de las leyes sociales naturales ó á la turbacion que causamos á esta accion?

Existen pues dos hechos: el Mal—la Fuerza pública ocupada en contrariar las leyes sociales naturales. El primero de estos hechos ¿es consecuencia del segundo? En cuanto á mí, creo que sí; diré mas: Estoy seguro de ello. Pero al mismo tiempo veo: que á medida que el mal se desarrolla, los gobiernos buscan el remedio en nuevas perturbaciones de la accion de estas leyes; los teóricos los reconvienen por no haberlas turbado bastante. ¿No estoy autorizado para concluir de aqui que no se tiene confianza en ellas?

Indudablemente, si se coloca la cuestion entre el aislamiento y el cambio, todos están de acuerdo. Pero ¿sucede lo mismo, si se establece entre el cambio libre y el cambio forzado? ¿No hay nada artificial, forzado, restrictivo ó coercitivo, en Francia, en la manera de cambiar los servicios relativos al comercio, al crédito, á los trasportes, á las artes, á la instruccion, á la religion? ¿Se han repartido naturalmente el trabajo y los capitales entre la agricultura y las fábricas? Cuando los intereses varian de lugar ¿obedecen siempre á su propio impulso? ¿No encontramos trabas por todas partes? ¿No hay cien profesiones que están prohibidas al mayor número de nosotros? ¿No paga *forzadamente* el católico los servicios del rabino judio, y el Judio, los servicios del sacerdote católico? ¿Hay un solo hombre en Francia que haya recibido la educacion que sus padres le hubiesen dado, si hubiesen sido libres? ¿Acaso nuestra inteligencia, nuestras costumbres, nuestras ideas,

nuestra industria no se trasforman bajo el régimen de lo arbitrario ó al menos de lo artificial? Asi, yo pregunto: turbar el libre cambio de los servicios ¿no es negar la armonía de los intereses? ¿Con qué fundamento se me viene á quitar mi libertad, si en nada daña á los demás? ¿Se dirá que me daña á mí mismo? Pues entonces es un antagonismo mas. ¿Y dónde estamos, gran Dios, si la naturaleza ha colocado en el corazon del hombre un móvil permanente, indomable, con el que daña á todo el mundo y se daña á sí mismo?

¡Oh! ¡se han ensayado tantas cosas! ¿cuándo se ensayará la mas sencilla de todas: la Libertad? La Libertad de todos los actos que no ofendan á la justicia: la libertad de vivir, de desarrollarse, de perfeccionarse, el libre ejercicio de nuestras facultades; el libre cambio de servicios. Hubiera sido un hermoso y solemne espectáculo que el Poder nacido de la revolucion de Febrero se hubiera dirijido asi á los ciudadanos:

«Me habeis investido de la Fuerza pública. No la emplearé sino en las cosas en que la intervencion de la Fuerza está permitida; y no hay mas que una sola, la Justicia. Obligaré á cada uno á mantenerse en el límite de sus derechos. Trabaje cada uno en libertad por el dia y duerma en paz de noche. Tomo á mi cargo la seguridad de las personas y de las propiedades: esta es mi mision, y la cumpliré,—*pero no acepto otra.* No haya pues mas equivocaciones entre nosotros. En adelante no me pagareis mas que el ligero tributo indispensable para la conservacion del órden y la distribucion de la justicia. Pero asimismo en adelante, comprendedlo bien, cada uno de vosotros será responsable para consigo mismo de su propia existencia y de su perfeccionamiento. No fijeis mas vuestras miradas en mí. No me pidais que os dé riquezas, trabajo, crédito, instruccion, religion, moralidad; no olvideis que el móvil en cuya virtud os desarrollais está en vosotros; en cuanto á mí, yo no obro jamás sino por medio de la fuerza; que no tengo nada, absolutamente nada que no proceda de vosotros; y que por consiguiente no puedo conferir la menor ventaja á los unos sino en perjuicio de los otros. Cultivad pues vuestros campos, fabricad y trasportad sus productos, haced el comercio, daos recíprocamente crédito; prestad y recibid libremente servicios, educad á vuestros hijos, elegidles una carrera, cultivad las artes, perfeccionad vuestra inteligencia, depurad vuestros sentimientos, acercaos los unos á los otros, formad asociaciones industriales ó caritativas, unid vuestros esfuerzos para el bien individual asi como para el

bien general; obedeced á vuestras tendencias, realizad vuestros destinos segun vuestras facultades, vuestras miras y vuestra prevision. No espereis de mí mas que dos cosas: Libertad, Seguridad, y comprended bien que no podeis, sin perder las dos, pedirme otra tercera.»

Si, estoy convencido de que, si la revolucion de Febrero hubiera proclamado este principio hubiera sido la última. ¿Se comprende que los ciudadanos, por otra parte perfectamente libres, aspiren á derribar el Poder, cuando su accion se limita á satisfacer la mas imperiosa, la mejor sentida de todas las necesidades sociales, la necesidad de Justicia?

Pero desgraciadamente no era posible que la Asamblea nacional entrase en esta via é hiciese oir sus palabras. Estas no correspondian ni á su pensamiento, ni á las esperanzas públicas. Hubieran esparcido el espanto en el seno de la sociedad, tanto acaso como hubiera podido hacerlo la proclamacion del Comunismo. ¡Ser responsables de nosotros mismos! se hubiera dicho. ¡No contar con el Estado sino para la conservacion del órden y la paz! ¡No esperar de él ni nuestras riquezas ni nuestras luces! ¡No echar sobre él la responsabilidad de nuestras faltas, de nuestro abandono, de nuestra imprevision! ¡No contar sino con nosotros mismos para nuestros medios de subsistencia, para nuestro mejoramiento físico, intelectual y moral! ¡Gran Dios! ¿qué vá á ser de nosotros? ¿No será invadida la sociedad por la miséria, la ignorancia, el error, la irreligion y la perversidad?

Se convendrá en que tales hubieran sido los temôres que se hubiesen manifestado por todas partes, si la revolucion de Febrero hubiese proclamado la Libertad, es decir, el reinado de las leyes sociales naturales. Asi pues, ó no conocemos estas leyes, ó no tenemos confianza en ellas. No podemos desechar la idea de que los móviles que Dios ha puesto en el hombre son esencialmente perversos; que no hay rectitud sino en las intenciones y en las miras de los gobernantes; que las tendencias de la humanidad se dirijen á la desorganizacion, á la anarquía; en una palabra creemos en el antagonismo fatal de los intereses.

Asi, lejos de manifestar la sociedad francesa en la revolucion de Febrero la menor aspiracion hácia una organizacion natural, jamás acaso se han dirijido sus ideas y sus esperanzas con tanto ardor hácia organizaciones facticias. ¿Hácia cuál? No se sabia. Se trataba, segun el lenguage del tiempo, de hacer *ensayos*: *Faciamus experimentum in corpo-*

re vili. Y parecia haberse llegado á un desprecio tal de la individualidad, á una asimilacion tan perfecta del hombre á la materia inerte, que se hablaba de hacer esperiencias sociales con hombres, como se hacen esperiencias químicas con álcalis y ácidos. Se dió principio á un primer esperimento en el Luxemburgo, ya se sabe con qué éxito. La Asamblea constituyente instituyó muy pronto una comision del trabajo, á donde fueron á sumirse millares de planes sociales. Se vió á un representante furierista pedir sériamente tierra y dinero (no hubiera tardado sin duda en pedir tambien hombres) para manipular su sociedad modelo. Otro representante *egalitario* ofreció tambien su receta, que fue desechada. Mas felices los manufactureros lograron sostener la suya. Por último, en este momento, la Asamblea legislativa ha nombrado una comision para organizar la asistencia.

Lo que sorprende en todo esto es que los depositarios del Poder no hayan dicho de tiempo en tiempo, por interés de su estabilidad, estas palabras: «Habituais á treinta y seis millones de ciudadanos á imaginarse que soy responsable de todo lo que les sucede para su bien ó para su mal en este mundo. Con esta condicion no hay gobierno posible.»

Sea de esto lo que quiera, si esas diversas invenciones sociales, decoradas con el nonbre de organizacion, difieren entre sí por sus procedimientos, todas parten del mismo principio; Tomar á unos para dar á otros.—Asi, se concibe con facilidad que semejante principio no ha podido encontrar simpátias tan universales en el seno de la nacion, sino porque se tiene el convencimiento de que los intereses son naturalmente antagónicos y las tendencias humanas esencialmente perversas.

¡Tomar á unos para dar á otros!—Sé muy bien que las cosas pasan asi hace mucho tiempo. Pero antes de imaginar, para curar la miséria, diversos medios de realizar este principio fantástico ¿no debia haberse examinado si no provenia la miséria precisamente de que se haya realizado este mismo principio bajo una forma cualquiera? Antes de buscar el remedio en nuevas perturbaciones de las leyes sociales naturales ¿no debería haberse visto si estas perturbaciones constituian justamente el mal que la sociedad sufre y que se intentaba curar?

¡Tomar á unos para dar á otros!—Permitáseme señalar aqui el peligro y el absurdo del pensamiento económico de esta aspiracion, llamada *social*, que fermentaba en el seno

de las masas y que ha estallado con tanta fuerza en la revolucion de Febrero (1).

Cuando existen todavia muchas capas en la sociedad, se comprende que la primera goce privilegios con perjuicio de todas las demas. Esto es odioso, pero no es absurdo.

La segunda capa no dejará entonces de batir en brecha los privilegios; y con el auxilio de las masas populares, llegará tarde ó temprano á hacer una Revolucion. En este caso, todavia se concibe que la Fuerza, al pasar á sus manos, constituya Privilegios á su favor. Siempre seria odioso, pero no absurdo, al menos no seria impracticable; porque el privilegio es posible en tanto que tenga por debajo á la masa del pueblo para mantenerlo. Si la tercera, la cuarta capa hacen tambien su revolucion, tambien se arreglarán, si pueden, para esplotar á las masas por medio de privilegios hábilmente combinados. Pero hé aquí que el pueblo, despreciado, oprimido, estenuado, hace tambien su revolucion. ¿Para qué? ¿Qué se propone? ¿Creeis acaso que va á abolir todos los privilegios, á inaugurar el reinado de la justicia universal? ¿Qué va á decir: Abajo las restricciones, abajo las trabas; abajo los monopolios; abajo las intervenciones gubernamentales en provecho de una clase; abajo los pesados impuestos; abajo las intrigas diplomáticas y políticas? No, sus deseos son muy diferentes. Se hace pretendiente, y pide tambien ser *privilegiado*. ¡El pueblo en masa, imitando á las clases superiores, implora á su vez privilegios! ¡Quiere el derecho al trabajo, el derecho al crédito, el derecho á la instruccion, el derecho á la asistencia! Pero ¿á costa de quien? Hé ahí de lo que no se ocupa.

Sabe solamente que si se le asegurase trabajo, crédito, instruccion, reposo para su vejez, y todo gratuitamente, seria muy feliz, y seguramente nadie lo niega. Pero ¿es posible? ¡Ay! no, y por esto digo yo que aqui lo odioso desaparece; pero lo absurdo llega á su colmo.

¡Privilegios á las masas! Pueblo, reflexiona sobre el círculo vicioso en que te encierras. Privilegio supone alguien que goce de él y alguien que lo pague. Se comprende un hombre privilegiado, una clase privilegiada; ¿pero puede concebirse todo un pueblo privilegiado? ¿Hay acaso por debajo de ti otra capa social, á la que arrojar la carga?

(1) Véase en las obras completas del autor, el tomo II, *Funestas ilusiones*, y en el tomo IV al final del capítulo I de la segunda série de los *Sofismas*.

(*Nota del editor francés*).

¿No comprenderás jamás la fantástica mistificacion con que te engañan? ¿No comprenderás jamás que el Estado no puede darte nada con una mano, sin sacarte algo mas con la otra? ¿Que muy lejos de tener para tí, en esta combinacion, algun aumento posible de bienestar, el residuo de la operacion es un gobierno arbitrario, mas vejatorio, mas responsable, mas dispendioso y mas precario, impuestos mas pesados, injusticias mas numerosas, favores mas ofensivos, una libertad mas restringida, fuerzas perdidas, intereses, trabajo y capitales separados de su natural destino, la codicia escitada, el descontento provocado y la energía individual estinguida?

Las clases superiores se alarman, y no sin razon, de esta triste disposicion de las masas. Ven en ella el gérmen de revoluciones incesantes; porque ¿qué gobierno puede sostenerse, cuando ha tenido la desgracia de decir: «Dispongo de la fuerza, y la emplearé en hacer que viva todo el mundo á costa de todo el mundo. Tomo sobre mi la responsabilidad de la felicidad universal?»—Pero el espanto de que están poseidas estas clases ¿no es un castigo merecido? ¿No han dado ellas mismas al pueblo el ejemplo funesto de la disposicion de que se quejan? ¿No han tenido siempre fijas sus miradas en los favores del Estado? ¿Han dejado nunca de asegurar algun privilegio grande ó pequeño á las fábricas, á los bancos, á las minas, á la propiedad territorial, á las artes y hasta á sus medios de reposo y de distraccion, al baile, á la música, á todo en fin, escepto al trabajo del pueblo, al trabajo manual? ¿No han promovido la multiplicacion de los destinos públicos, para aumentar á costa de las masas sus medios de existencia, y se encontrará hoy un padre de familia que no piense en asegurar un *empleo* á su hijo? ¿Han tratado alguna vez voluntariamente de hacer que desaparezca una de las desigualdades reconocidas de impuesto? ¿No han esplotado por largo tiempo hasta el privilegio electoral?—¡Y ahora se asombran, se afligen porque el pueblo se abandona por la misma pendiente! Pero cuando el espíritu de mendicidad ha prevalecido por tanto tiempo en las clases ricas ¿cómo se quiere que no haya penetrado en el seno de las clases que sufren?

Sin embargo se ha realizado una gran Revolucion. El poder político, la facultad de hacer leyes, la disposicion de la fuerza, han pasado virtualmente, sino de hecho todavía, á manos del Pueblo, con el sufragio universal. Asi, ese Pueblo que establece el problema será llamado á resolverlo; y desgraciado el país si, siguiendo el ejemplo que se le

ha dado, busca la solucion en el privilegio, que es siempre una violacion del derecho de otro. Seguramente llegará á sufrir una decepcion, y por ella recibirá una gran enseñanza; por que si es posible violar el derecho del gran número en favor del corto número ¿cómo podrá violarse el derecho de todos en provecho de todos?—Pero ¿á qué precio se adquirirá esta enseñanza? ¿Qué deberán hacer las clases superiores para prevenir este espantoso peligro? Dos cosas: renunciar en cuanto á ellas á todo privilegio, ilustrar á las masas,—pues no hay mas que dos cosas que puedan salvar la sociedad: la Justicia y la Luz. Deberian tambien investigar con cuidado si gozan de algun monopolio, para renunciarlo;—si se aprovechan de algunas desigualdades facticias, para hacer que desaparezcan;—si el Pauperismo puede atribuirse, al menos en parte, á alguna perturbacion de las leyes sociales naturales, para que cese;—á fin de poder decir mostrando las manos al pueblo: Están llenas, pero están puras.—¿Es esto lo que hacen? Si yo no estoy ciego, hacen todo lo contrario.—Empiezan por conservar sus monopolios, y aun se les ha visto aprovecharse de la revolucion para intentar aumentarlos. Despues de haberse privado asi hasta de la posibilidad de decir la verdad y de invocar los principios, para no parecer demasiado inconsecuentes, prometen al pueblo tratarlo como ellas se tratan á sí mismas, y ofrècen á sus miradas el brillante cebo de los Privilegios. Pero creen haber procedido con gran astucia prometiéndole un privilegio pequeño: el derecho á la asistencia, con la esperanza de que desista de reclamar uno grande: el derecho al trabajo. Y no conocen que estender y sistematizar cada vez mas el axioma: Tomar á unos para dar á otros—es aumentar la ilusion que crea las dificultades para el presente, y los peligros para el porvenir.

No exageramos sin embargo. Cuando las clases superiores buscan en la estension del privilegio el remedio á los males, que el privilegio mismo ha causado, proceden de buena fé y creo que obran mas bien por ignorancia que por injusticia. Es una desgracia irreparable que los gobiernos que se han sucedido en Francia hayan puesto siempre obstáculos á la enseñanza de la economía política. Es otra desgracia mayor todavia que la educacion universitaria llene nuestras cabezas de preocupaciones romanas, ó en otros términos, de todo lo que hay mas antipático á la verdad social: lo que contribuye al error de las clases superiores. Está hoy de moda el declamar contra ellas. En cuanto á mí, creo que en ninguna época han tenido inten-

ciones mas benévolas. Creo que desean con ardor resolver el problema social. Creo que harian mas que renunciar á sus privilegios, y que sacrificarian con gusto, en obras de caridad, una parte de sus propiedades adquiridas, si creyesen que con esto se ponia un término definitivo á los sufrimientos de las clases laboriosas. Se dirá sin duda que las anima el interés ó el miedo, y que no hay gran generosidad en abandonar una parte de sus bienes para salvar lo restante.—No calumniemos asi á la naturaleza humana. ¿Porqué nos negamos á admitir un sentimiento menos egoista? ¿No parece muy natural que los hábitos democráticos, estendidos en nuestro país hagan que los hombres se conduelan de los sufrimientos de sus hermanos? Pero sea cualquiera el sentimiento que domine, debe reconocerse que todo cuanto puede manifestar la opinion, la filosofía, la literatura, la poesía, el drama, la predicacion religiosa, las discusiones parlamentarias, el periodismo, todo revela en la clase acomodada mas que un deseo, una sed ardiente de resolver el gran problema. ¿Porqué pues no sale nada de nuestras Asambleas legislativas? Porque ignoran. La economía política les propone esta solucion: JUSTICIA LEGAL,—CARIDAD PRIVADA. Invierten los términos; y obedeciendo, sin conocerlo, á las influencias socialistas, quieren colocar la caridad en la ley, es decir, desterrar de ella la justicia, con riesgo de matar del mismo golpe la caridad privada, siempre dispuesta á retroceder ante la caridad legal.

¿Porqué, pues, nuestros legisladores conculcan asi todas las nociones? ¿Porqué no dejan cada cosa en su lugar: la Simpatía en su dominio natural que es la Libertad;—la Justicia en el suyo, que es la Ley? ¿Porqué no aplican esclusivamente la ley á mantener el reinado de la justicia? ¿Será que no quieren la justicia? No, pero no tienen confianza en ella. Justicia es libertad y propiedad. Asi, se hacen socialistas sin saberlo; para la reduccion progresiva de la miseria, para la espansion indefinida de la riqueza, no tienen fé, digan lo que quieran, ni en la libertad, ni en la propiedad, ni por consiguiente en la justicia.—Y por eso los vemos marchar de muy buena fé hácia la realizacion del Bien por la violacion perpétua del Derecho.

Pueden llamarse *leyes sociales naturales* el conjunto de fenómenos, considerados tanto en sus móviles como en sus resultados, que gobiernan las libres convenciones de los hombres.

Esto supuesto, se pregunta:

¿Debe dejarse obrar estas leyes—ó debe impedirse que obren?

Esta cuestion conduce á esta otra:

¿Debe reconocerse á cada uno su propiedad y su libertad, su derecho de trabajar y de cambiar bajo su responsabilidad, ya castigue esta, ya recompense, y no interponer la accion de la Ley, que es la Fuerza, sino para la proteccion de estos derechos?—O bien ¿puede esperarse obtener mayor suma de felicidad social violando la propiedad y la libertad, reglamentando el trabajo, turbando el cambio é invirtiendo las responsabilidades?

En otros términos:

¿La Ley debe circunscribirse á hacer que prevalezca la Justicia, ó ser el instrumento del Despojo organizado con mas ó menos inteligencia?

Es evidente que la solucion de estas cuestiones está subordinada al estudio y al conocimiento de las leyes sociales naturales. No podemos decidirnos razonablemente antes de saber si la propiedad, la libertad, las combinaciones de los servicios voluntariamente cambiados, impelen á los hombres hácia su mejoramiento, como creen los economistas, ó hácia su degradacion, como afirman los socialistas.—En el primer caso, el mal social debe atribuirse á las perturbaciones de las leyes naturales, á las violaciones legales de la propiedad y de la libertad. Estas perturbaciones y estas violaciones son las que deben desaparecer, y la Economía política tiene razon.—En el segundo, no tenemos todavia bastante intervencion gubernamental; las combinaciones facticias y forzadas no están sustituidas todavia lo bastante á las combinaciones naturales y libres; estos tres principios: Justicia, Propiedad, Libertad, tienen todavia demasiado imperio. Nuestros legisladores no les han dado todavia golpes bastante rudos. No se toma todavia demasiado á unos para dar á otros. Hasta aqui se ha tomado al mayor número para dar al menor número. Ahora hay que tomar á todos para dar á todos. En una palabra, hay que organizar el despojo, y del Socialismo será de donde nos venga la salvacion (1).

Fatales ilusiones que nacen del cambio.—El cambio es la sociedad. Por consiguiente, la verdad económica es la vista completa, y el error económico, la vista parcial del cambio.

(1) Lo que sigue es la reproduccion de una nota encontrada entre los papeles del autor. Si hubiera vivido hubiera ligado su sustancia con el cuerpo de su doctrina sobre el cambio. Nuestra mision debe limitarse á colocar esta nota al final del presente capítulo. (*Nota del editor francés*).

Si el hombre no cambiase, cada fenómeno económico se verificaría en la individualidad, y nos seria muy fácil comprobar por la observacion sus buenos ó sus malos efectos.

Pero el cambio ha producido la separacion de las ocupaciones, y usando del lenguage vulgar, el establecimiento de las profesiones y de los oficios. Cada servicio (ó cada producto) tiene por tanto dos relaciones, la una con el que lo presta, la otra con el que lo recibe.

Indudablemente al final de la evolucion tanto el hombre social, como el hombre aislado, es á la vez productor y consumidor. Pero debe notarse bien la diferencia. El hombre aislado es siempre productor de la cosa misma que consume. No sucede casi nunca lo mismo al hombre social. Esto constituye un hecho incontestable y que cada uno puede observar en sí mismo. Por otra parte resulta este fenómeno de que la sociedad no es mas que el cambio de servicios.

Todos somos productores y consumidores no de la cosa, sino del valor que hemos producido. Al cambiar las cosas quedamos propietarios de su valor.

De estas circunstancias nacen todas las ilusiones y todos los errores económicos. No será seguramente supérfluo señalar aqui la marcha del espíritu humano bajo este aspecto.

Se puede dar el nombre general de *obstáculos* á todo lo que interponiéndose entre nuestras necesidades y nuestras satisfacciones, provoca la intervencion de nuestros esfuerzos.

Las relaciones de estos cuatro elementos: necesidad, obstáculo, esfuerzo, satisfaccion se manifiestan y se comprenden en el hombre aislado. Nunca, en tiempo alguno, se nos ocurrirá decir:

«Es sensible que Robinson no encuentre mas *obstáculos*; »porque en ese caso tendria mas ocasiones de desplegar »sus esfuerzos: seria mas rico.»

«Es sensible que el mar haya arrojado á la playa de la »isla de la Desesperacion objetos útiles, tablas, víveres, »armas, libros; porque esto le quita á Robinson la ocasion »de desplegar sus esfuerzos: es menos rico.»

«Es sensible que Robinson haya inventado aparatos para »pescar y cazar; porque de este modo disminuye en estre»mo los esfuerzos que realiza para un resultado determinado: »es menos rico.»

«Es sensible que Robinson no esté con mas frecuencia

»enfermo. Asi se le presentaria la ocasion de ejercer la me- »dicina en sí mismo, lo que da lugar á un trabajo; y como »toda riqueza viene del trabajo, seria mas rico.»

«Es sensible que Robinson lograse apagar el incendio »que amenazaba su cabaña. Ha perdido con esto una ocasion »preciosa de trabajo; es menos rico.»

«Es sensible que en la isla de la Desesperacion la tier- »ra no fuese mas ingrata, la fuente no estuviese mas apar- »tada, el sol menos tiempo sobre el horizonte. Para alimen- »tarse, apagar su sed y alumbrarse, Robinson hubiera te- »nido que invertir mas trabajo: hubiera sido mas rico».

Jamás, digo, se habrian pronunciado, como oráculos de verdad, proposiciones tan absurdas. Tendríamos una evidencia demasiado palpable de que la riqueza no consiste en la intensidad del esfuerzo para cada satisfaccion adquirida, y que justamente lo contrario es lo cierto. Se comprenderia que la riqueza no consiste, ni en la necesidad, ni en el obstáculo, ni en el esfuerzo. sino en la satisfaccion: y no se vacilaria en reconocer que aun cuando Robinson aparezca á la vez como productor y consumidor, para juzgar de sus progresos, no debe atenderse á su trabajo, sino á sus resultados. En una palabra, proclamando este axioma: El interés dominante es el del consumidor,—se creeria espresar un verdadero *truismo*.

¡Felices las naciones, cuando vean claramente cómo y porqué lo que creemos falso, lo que creemos verdadero, en cuanto al hombre aislado, no deja de ser falso y verdadero respecto al hombre social!....

Y sin embargo, las cinco ó seis proposiciones que nos han parecido absurdas, aplicadas á la isla de la Desesperacion, se consideran tan incontestables cuando se trata de la Francia, que sirven de base á toda nuestra legislacion económica. Por el contrario, el axioma que nos parecia la verdad misma, en cuanto al individuo, no se ha invocado jamás en nombre de la sociedad, sin provocar una desdeñosa sonrisa.

¿Será, pues, cierto que el cambio altera hasta este punto nuestra organizacion individual, que lo qne causa la miseria del individuo produzca la riqueza social?

No, esto no es cierto. Pero debemos decirlo, es especioso, muy especioso, puesto que está tan generalizada su creencia.

La sociedad consiste en que trabajamos los unos para los otros. Recibimos tantos mas servicios cuanto mas prestamos, ó los que prestamos son mas apreciados, mas buscados,

mejor remunerados. Por otra parte la separacion de las ocupaciones hace que cada uno de nosotros aplique sus esfuerzos á vencer un obstáculo, que se opone á las ocupaciones de otro. El labrador combate el obstáculo llamado hambre; el médico, el obstáculo llamado enfermedad; el sacerdote, el obstáculo llamado vicio; el escritor, el obstáculo llamado ignorancia; el minero, el obstáculo llamado frio etc., etc.

Y como todos los que nos rodean están tanto mas dispuestos á remunerar nuestros servicios, cuanto mas vivamente sienten el obstáculo que los incomoda, se sigue que estamos todos dispuestos, bajo este punto de vista y como productores, á consagrar un culto al obstáculo que hacemos profesion de combatir. Nos consideramos como mas ricos, si estos obstáculos aumentan, y deducimos de nuestro provecho particular el provecho general (1).

(1) Véase para la refutacion de este error el capítulo *Productor y consumidor* mas adelante, así como los capítulos II y III de los *Sofismas económicos*, primera série. (*Nota del editor francés*).

V

DEL VALOR.

Disertacion, fastidio.—Disertacion sobre el Valor, fastidio sobre fastidio.

Asi ¿qué escritor novel, colocado entre un problema económico, no ha intentado resolverlo, haciendo abstraccion de toda definicion del Valor?

Pero no habrá tardado en reconocer la insuficiencia de este procedimiento. La teoría del Valor es á la economía política lo que la numeracion es á la aritmética. ¿En qué embarazos no se hubiera visto Bezout, si para evitar alguna fatiga á sus discípulos, hubiese querido enseñarles las cuatro reglas y las proporciones, sin haberles esplicado préviamente el valor que los números tienen por su figura y su posicion?

¡Si fuese posible que el lector pudiese presentir las bellas consecuencias que se deducen de la teoría del valor! Aceptaria el fastidio de estas primeras nociones, como se resigna uno á estudiar penosamente los elementos de la geometría en vista del magnífico campo que abren á nuestra inteligencia.

Pero no puede exijirse esta especie de precision intituitiva. Mientras mas cuidado ponga yo en distinguir el Valor, ya de la Utilidad, ya del Trabajo, para manifestar cuan natural es que la ciencia empezase por tropezar en estos escollos, indudablemente mas se inclinará cualquiera á no ver en esta delicada discusion sino estériles y ociosas suti-

lezas, buenas cuando mas, para satisfacer á los hombres del oficio.

Investigais laboriosamente, se me dirá, si la riqueza está en la utilidad de las cosas, ó en su valor, ó en su escasez. ¿No es esta una cuestion como la de la escuela: La forma está en la sustancia ó en el accidente? ¿Y no temeis que un Moliere de plazuela os esponga á la risa del público de Variedades?

Y sin embargo debo decirlo: bajo el punto de vista económico, la Sociedad es Cambio. La primera creacion del cambio es la nocion del *valor*, de suerte que toda verdad ó todo error, que se introduzca en las inteligencias por esta palabra, es una verdad ó un error social.

Trato de manifestar en este escrito la Armonía de las leyes providenciales que rigen la sociedad humana. La causa de que estas leyes sean armónicas y no discordantes, está en que todos los principios, todos los móviles, todos los resortes, todos los intereses concurren hácia un gran resultado final, que la humanidad no alcanzará jamás á causa de su *imperfeccion* nativa, pero al que se acercará constántemente en virtud de su *perfectibilidad* indomable; y este resultado es: la aproximacion indefinida de todas las clases hácia un nivel que se eleva sin cesar; en otros términos: la *egalizacion* de los individuos en el *mejoramiento* general.

Pero para conseguirlo debian comprenderse dos cosas, á saber:

1.ª Que la *Utilidad* tiende á hacerse cada vez mas *gratuita*, *comun*, saliendo progresivamente del dominio de la *apropiacion* individual.

2.ª Que el *Valor* por el contrario, solo apropiable, solo constituyente de la propiedad de hecho y de derecho, tiende á disminuir cada vez mas relativamente á la utilidad á que va unido.

De suerte que una demostracion semejante fundada en la Propiedad, pero solamente en la propiedad del Valor, y en la Comunidad, pero solamente en la comunidad de la utilidad,—una demostracion semejante, digo, debe satisfacer y conciliar todas las escuelas, concediéndoles que todas han visto la verdad, pero la verdad parcial, tomada bajo puntos de vista diversos.

Economistas, defendeis la propiedad. No hay en el órden social otra propiedad sino la de los *valores*, y esta es indestructible.

Comunistas, soñais la comunidad. La teneis. El órden social hace comunes todas las *utilidades* con la con-

dicion de que el cambio de los valores apropiados sea libre.

Os pareceis á arquitectos que disputan sobre un monumento del cual cada uno ha observado solo un lado. No ven *mal*, pero no lo ven *todo*. Para ponerlos de acuerdo no se necesita mas que decidirlos á dar la vuelta al edificio.

¿Pero cómo podré yo reconstruir este edificio social, á los ojos del público en toda su bella armonía, si desecho sus dos piedras angulares : Utilidad, Valor? ¿Cómo podré preparar la deseada conciliacion de todas las escuelas sobre el terreno de la verdad, si retrocedo ante el análisis de estas dos ideas, cuando la disidencia ha nacido de la desgraciada confusion que se ha hecho de ellas?

Era necesario para esta especie de exordio, obtener del lector, si se puede, un momento de atencion, de fatiga y probablemente ¡ay! de fastidio. O yo me engaño, ó la consoladora belleza de las consecuencias recompensará la sequedad de las premisas. Si Newton se hubiera arredrado al principio por el disgusto de los primeros estudios matemáticos, jamás hubiese latido su corazon admirado al aspecto de las armonías de la mecánica celeste; y yo sostengo que basta atravesar varonilmente algunas nociones elementales, para reconocer que Dios no ha desplegado en la mecánica social menos bondad, menos admirable sencillez y magnífico esplendor.

En el primer capítulo hemos visto que el hombre es *pasivo* y *activo;* que la *Necesidad* y la *Satisfaccion* afectando solo á la *sensibilidad* eran por su naturaleza personales, íntimas, intrasmisibles; que el *Esfuerzo* por el contrario, lazo entre la Necesidad y la Satisfaccion, *medio* entre el principio y el fin, partiendo de nuestra *actividad*, de nuestra espontáneidad, de nuestra voluntad, era susceptible de convenciones, de trasmision. Sé que bajo el punto de vista metafísico se podria contradecir esta asercion, y sostener que el Esfuerzo es tambien personal. No quiero entrar en el terreno de la idealogia, y espero que se admita mi pensamiento sin controversia bajo esta forma vulgar: No podemos *sentir* las necesidades de los otros, no podemos *sentir* las satisfacciones de los otros, pero podemos *prestarnos servicios* unos á otros.

Esta trasmision de esfuerzos, este cambio de servicios, es lo que forma la materia de la economía política; y puesto que, por otra parte, la ciencia económica se resume en la palabra *Valor*, no siendo otra cosa que la estensa esplicacion de esta palabra, se concebirá imperfecta y falsamente, si se funda en los fenómenos estremos que se realizan en nuestra

sensibilidad: *Necesidades*, *Satisfacciones*, fenómenos intimos, intrasmisibles, *inconmesurables* de un individuo á otro —en lugar de fundarla en las manifestaciones de nuestra *actividad*, en los *esfuerzos*, en los *servicios* recíprocos que se cambian, porque son susceptibles de ser comparados, apreciados, *evaluados*, y pueden ser *evaluados* precisamente porque se cambian.

En el mismo capítulo llegamos á estas fórmulas:

«La *utilidad* (la propiedad que tienen ciertos actos ó ciertas cosas de servirnos) es compuesta: una parte se debe á la accion de la naturaleza, otra á la accion del hombre.»—«Queda tanto menos que hacer al trabajo humano para un resultado determinado cuanto mas ha hecho la naturaleza.» —«La cooperacion de la naturaleza es esencialmente *gratuita*; la cooperacion del hombre, intelectual ó material, cambiada ó no, colectiva ó solitaria, es esencialmente *onerosa* como lo indica la palabra: *Esfuerzo*.»

Y como lo gratuito no puede tener *valor*, puesto que la idea de *valor* supone la de adquisicion á título *oneroso*, se sigue que la nocion del Valor será tambien mal concebida, si la estendemos en todo ó en parte, á los dones ó á la cooperacion de la naturaleza, en vez de restringirla esclusivamente á la cooperacion humana.

Asi, por dos lados, por dos vias diferentes, llegamos á la conclusion de que el *valor* debe referirse á los esfuerzos que hacen los hombres para dar *satisfaccion* á sus *necesidades*.

En el tercer capítulo hemos visto que el hombre no podia vivir en el aislamiento. Pero si evocamos con el pensamiento esa situacion quimérica, ese estado *contra naturaleza*, que el siglo XVIII exaltaba bajo el nombre de *estado de naturaleza*, no tardamos en reconocer que no revela todavía la nocion de Valor, aunque presente la manifestacion de nuestro principio activo, que hemos llamado Esfuerzo. La razon de esto es sencilla: Valor supone comparacion, apreciacion, *evaluacion*, medida. Para que dos cosas se midan una por otra deben ser conmensurables, y por esta razon, de igual naturaleza. En el aislamiento ¿con qué podrá compararse el esfuerzo? ¿Con la necesidad, con la satisfaccion? Esto no serviría sino para reconocerle mas ó menos oportunidad. En el estado social, lo que se compara (y de esta comparacion nace la idea de Valor) es el esfuerzo de un hombre con el esfuerzo de otro hombre, dos fenómenos de igual naturaleza y por consiguiente *conmensurables*.

Asi, para que sea exacta la definicion de la palabra valor debe hacer relacion, no solamente á los esfuerzos humanos,

sino tambien á estos esfuerzos cambiados ó cambiables. El cambio hace mas que comprobar y medir la valores; les da la existencia. No quiero decir que da existencia á los actos y á las cosas que se cambian, sino que la da á la nocion de *valor*.

Cuando dos hombres se ceden mútuamente un esfuerzo actual, ó los resultados de sus esfuerzos anteriores, *se sirven* uno á otro, se prestan reciprocamente *servicio*.

Digo pues: EL VALOR ES LA RELACION DE DOS SERVICIOS CAMBIADOS.

La idea de *valor* ha entrado en el mundo por primera vez, cuando un hombre ha dicho á su hermano: Haz esto por mí, yo haré esto otro por tí—y han convenido entre sí; pues entonces por primera vez ha podido decirse; Los dos *servicios* cambiados *se equivalen*.

Es muy singular que la verdadera teoría del valor, buscada inútilmente en gruesos volúmenes, se encuentre en la linda fábula de Florian, *El Ciego y el Paralítico*.

. . . .
—Mira, le dice el ciego,
Tú tienes, buen amigo,
Ojos, que á mí me faltan,
Yo tengo, como has visto,
Piernas, que tú no tienes;
Con que si nos unimos,
Llevándote yo á cuestas,
Guiándome tú mismo,
Sin que la amistad mire
Si alguno desempeña
El mas útil destino,
Ni yo seré ya ciego,
Ni tú serás tullido.

Hé aqui encontrado y definido el valor. Hélo aquí en su rigorosa exactitud económica, salvo el rasgo simpático relativo á la amistad, que nos trasporta á otra esfera. Se comprende que dos desgraciados se presten reciprocamente *servicio*, sin cuidarse en investigar *cual de los dos desempeña el mas útil empleo*. La situacion escepcional imaginada por el fabulista esplica bastante que el principio simpático, obrando con gran potencia, viene á absorver, por decirlo asi, la apreciacion minuciosa de los servicios cambiados, apreciacion indispensable para fijar completamente la nocion de Valor. Asi, apareceria completa, si todos los hombres ó la mayor parte de ellos estuviesen atacados de parálisis ó de ceguera; pues entonces la inexorable ley de la oferta y de la demanda ejerceria su influencia, y haciendo desapare-

cer el sacrificio permanente, aceptado por el que desempeña el mas útil empleo, colocaria la convencion en el terreno de la justicia.

Todos somos ciegos ó paralíticos en algunos puntos. Comprendemos al momento que ayudándonos unos á otros, *la carga de las desgracias será mas ligera*. De aquí el Cambio. Trabajamos para alimentarnos, vestirnos, alumbrarnos, curarnos, defendernos, instruirnos los unos á los otros. De aqui los servicios recíprocos. Comparamos, discutimos y *evaluamos* estos servicios: de aquí el Valor.

Una multitud de circunstancias pueden aumentar la importancia relativa de un Servicio. Lo creemos mas ó menos grande, segun que nos sea mas ó menos útil, que mayor ó menor número de personas estén dispuestas á prestárnoslo; que exija mas ó menos trabajo, fatiga, habilidad, tiempo, estudios prévios; que nos evite mas ó menos molestia á nosotros mismos. No solamente depende el valor de estas circunstancias, sino tambien del juicio que de él formamos; pues puede suceder, y sucede con frecuencia, que estimamos en mucho un servicio porque lo creemos muy útil, cuando en realidad nos es dañoso. Por eso la vanidad, la ignorancia, el error, tienen su parte de influencia en esa relacion esencialmente elástica y movible á que llamamos *valor*; y puede afirmarse que la apreciacion de los servicios tiende á acercarse tanto mas á la verdad y á la justicia absoluta, cuanto mas se ilustran, se moralizan y se perfeccionan los hombres.

Se ha buscado hasta aqui el principio del Valor en una de las circunstancias que lo aumentan ó lo disminuyen, materialidad, duracion, utilidad, escasez, trabajo, dificultad de adquisicion, juicio, etc.; falsa direccion impresa desde el origen á la ciencia, pues el accidente, que modifica el fenómeno, no es el fenómeno. Además, cada autor se ha hecho, por decirlo así, el padrino de una de estas circunstancias, que creia preponderante, resultado á que se llega siempre á fuerza de generalizar; pues todo está en todo, y no hay nada que no pueda contenerse en una palabra á fuerza de estender su sentido. Asi el principio del valor está segun Smith en la materialidad y en la duracion; segun Say en la utilidad, segun Storch en el juicio, etc.

¿Qué ha sucedido, y qué debia suceder? Que estos autores han atacado inocentemente la autoridad y la dignidad de la ciencia, pareciendo que se contradicen, cuando en el fondo tienen razon cada uno bajo su punto de vista. Por otra parte, han colocado la primera nocion de la economía

política en un dédalo de dificultades intrincadas, porque las mismas palabras no representaban ya para los autores las mismas ideas; y además, aunque se proclamase una circunstancia como fundamental, las otras obraban de una manera demasiado evidente para no hacerse lugar, y se estendian sin término las definiciones.

Este libro no está destinado á la controversia, sino á la esposicion. Manifiesto lo que veo, y no lo que los otros han visto. No podré sin embargo escusarme de llamar la atencion del lector sobre las circunstancias, en que se ha buscado el fundamento del Valor. Pero antes debo dejarla establecerse por sí misma en una série de ejemplos. Por medio de esplicaciones diversas es como el espíritu comprende una teoría.

Manifestaré cómo se reduce todo á una permuta de servicios. Ruego solamente que se recuerde lo que se ha dicho de la permuta en el capítulo precedente. Es muy sencillo: algunas veces se realiza por circulacion entre muchos contratantes, otras por medio de la moneda, y se descompone entonces en dos factores, *compra* y *venta*; pero como esta complicacion no cambia su naturaleza, me será permitido para mayor facilidad suponer la permuta inmediata y directa. Esto no puede inducirnos á ningun error sobre la naturaleza del Valor.

Nacemos todos con una imperiosa necesidad natural, que debe satisfacerse sopena de muerte, la de respirar. Por otra parte, estamos todos colocados en un medio que próvee á esta necesidad en general sin la intervencion de ningun esfuerzo por nuestra parte. El aire atmosférico tiene, pues, utilidad sin tener *valor*. No tiene Valor porque no dando lugar á ningun Esfuerzo, no da ocasion á ningun servicio. Prestar servicio á alguno es ahorrarle una pena; y allí donde no hay pena ó molestia que tomarse para realizar la satisfaccion, no hay tampoco pena que evitar.

Pero si un hombre desciende al fondo de un rio, en una campana de buzo, se interpone un cuerpo estraño entre el aire y sus pulmones; para restablecer la comunicacion se necesita poner una bomba en movimiento; aquí hay un esfuerzo, una molestia; de seguro que este hombre estará completamente conforme en esto, pues le va en ello la vida, y no podria prestarse á sí mismo un *servicio* mas grande.

En vez de hacer este esfuerzo, me suplica que yo me encargue de prestárselo; y para determinarme á ello, se compromete á tomarse una molestia de cuya satisfaccion

gozaré yo. Discutimos y convenimos. ¿Qué vemos aqui? dos necesidades, dos satisfacciones conservando cada una su lugar; dos esfuerzos que son objeto de una convencion voluntaria, dos *servicios* que se combinan —y el valor aparece.

Ahora se dice que la utilidad es el fundamento del valor; y como la utilidad está inherente al aire, se induce al espíritu á pensar que sucede lo mismo con el valor. Aquí hay una confusion evidente. El aire, por su constitucion, tiene propiedades físicas en armonía con uno de nuestros órganos físicos, el pulmon. El que yo tomo de la atmósfera para llenar la campana de buzo no cambia de naturaleza, sigue siendo oxígeno y ázoe; ninguna cualidad física nueva se ha combinado con él, ningun reactivo formará con él un elemento nuevo llamado *valor*. La verdad es que este nace esclusivamente del servicio prestado.

Cuando se establece este axioma: la Utilidad es el fundamento del Valor, si se cree decir: el Servicio tiene valor por que es útil al que lo recibe y lo paga, no disputaré. Este es un *truismo* que tiene en cuenta suficientemente la palabra *servicio*.

Pero por esto no debe confundirse la utilidad del aire con la utilidad del servicio. Estas son dos utilidades distintas, de otro órden, de otra naturaleza, que no tienen entre sí ninguna proporcion, ninguna relacion necesaria. Hay circunstancias en que con un ligero esfuerzo puedo, evitando una molestia insignificante, prestando por consiguiente un servicio muy pequeño, poner al alcance de alguno una sustancia de una grande utilidad intrínseca.

¿Queremos saber cómo se gobernarán los dos contrayentes para evaluar el *servicio* que el uno presta al otro enviándole aire? Se necesita un punto de comparacion, y no puede encontrarse sino en el *servicio* que el buzo se compromete á prestar en cambio. La exigencia recíproca de los dos contrayentes dependerá de su situacion respectiva, de la intensidad de sus deseos, de la mayor facilidad de poder pasar el uno sin el otro, de una multitud de circunstancias que demuestran que el valor está en el Servicio, puesto que se aumenta con él.

Y si el lector quiere tomarse la molestia, le será fácil variar esta hipótesis, de manera que se reconozca que el valor no es necesariamente proporcional á la intensidad de los esfuerzos; observacion que coloco aqui como una piedra angular para darle su destino, por que he de probar que el Valor, asi como no está en la utilidad, tampoco está en el trabajo.

Ha querido la naturaleza organizarme de tal manera que moriria, sino satisfaciese la sed de tiempo en tiempo, y la fuente está á una legua de la aldea. Por eso todas las mañanas me tomo la molestia de ir á buscar mi pequeña provision de agua, pues he reconocido en el agua esas cualidades *útiles* que tienen la propiedad de calmar el sufrimiento que se llama Sed.—Necesidad, Esfuerzo, Satisfaccion, todo se encuentra aquí. Conozco la utilidad, no conozco todavia el Valor.

Sin embargo yendo tambien mi vecino á la fuente, le digo: «*Ahorradme la molestia* de hacer el viaje; *prestadme el servicio* de traerme agua. Durante este tiempo yo haré alguna cosa por vos, enseñaré á vuestro hijo á deletrear.» Vemos que esto nos conviene á los dos. Aquí hay cambio de dos servicios, y puede decirse que el uno *vale tanto* como el otro. Obsérvese qne lo qne se ha comparado aqui son los dos esfuerzos y no las dos necesidades, ni las dos satisfacciones: porque ¿qué medida tendriamos para comparar la ventaja de beber con la de saber deletrear?

Al poco tiempo digo á mi vecino: «Vuestro hijo me incomoda, quiero hacer otra cosa por vos; continuareis trayendome agua, y os daré cinco sueldos.» Si queda admitida la proposicion, el economista, sin temor de equivocarse, padrá decir: *el servicio vale cinco sueldos.*

Luego, mi vecino no aguarda mi órden. Sabe por esperiencia que todos los dias tengo necesidad de beber. Se anticipa á mis deseos. Con un mismo viaje provee á otros aldeanos. Por último, se hace aguador. Entonces empezamos á espresarnos asi: *el agua vale cinco sueldos.*

Pero en verdad ¿ha cambiado el agua de naturaleza? El Valor que hace poco estaba en el servicio ¿se ha materializado, para ir á incorporarse en el agua y agregarle un nuevo elemento qnímico? Una ligera modificacion en la forma de los arreglos hechos entre mi vecino y yo ¿ha tenido el poder de variar el principio del valor y cambiar su naturaleza? No soy bastante purista para oponerme á que se diga: *el agua vale cinco sueldos,* como se dice *el sol se pone*. Pero no debe perderse de vista que estas son metonimias; que las metáforas no afectan á la verdad de los hechos; que ciertamente, puesto que al fin nos ocúpamos de la ciencia, el valor no reside en el agua, asi como tampoco el sol se pone en el mar.

Dejemos pues á las cosas las cualidades que les son propias: al aire, al agua, la Utilidad; á los servicios, el *Valor*. Decimos: el agua es útil, por que tiene la propiedad de

apagar nuestra sed; el servicio *vale*, porque es el objeto de la convencion discutida. Verdad tan indudable, que si la fuente se aleja ó se acerca, la Utilidad del agua queda la misma, pero el Valor aumenta ó disminuye. ¿Porqué? porque el *servicio* es mas grande ó mas pequeño. El *valor* por tanto está en el *servicio*, puesto que varía con él y como él.

El diamante representa un gran papel en los libros de los economistas. Se sirven de él, para delucidar las leyes del valor ó para señalar las pretendidas perturbaciones de estas leyes; especie de arma brillante con la que todas las escuelas se combaten. La escuela inglesa dice: «El valor está en el trabajo,» la escuela francesa le presenta un diamante: «Hé aquí, dice, un producto que no exige ningun trabajo y encierra un valor inmenso.» La escuela francesa afirma que el valor está en la utilidad, y al momento la escuela inglesa pone el diamante en oposicion con el aire, el fuego y el agua. «El aire es muy útil, dice, y no tiene valor; el diamante no tiene sino una utilidad muy cuestionable, y *vale* mas que toda la atmósfera.» Y el lector podrá decir como Enrique IV: A fé mia que los dos tienen razon. Por último concluyen conviniendo en este otro error que sobrepuja á los anteriores: Debemos confesar que Dios pone *valor* en sus obras, y que este es *material*.

Me parece que se desvanecen estas anomalías con mi sencilla definicion, la cual se confirma, en vez de invalidarse, por el egemplo en cuestion.

Me paseo á la orilla del mar. Una feliz casualidad me pone en la mano un hermoso diamante. Héme aqui en posesion de un gran *valor*. ¿Porqué? ¿Por qué voy á ofrecer un gran bien á la humanidad? ¿Por que me he entregado á un largo y penoso trabajo? Ni lo uno ni lo otro. Entonces ¿porqué tiene tanto valor este diamante? Indudablemente porque el sugeto á quien lo cedo cree que le presto un gran *servicio*, tanto mayor cuanto que muchas gentes ricas lo solicitan, y yo solo puedo prestarlo. Los motivos de su juicio son controvertibles, convenido. Nacen de la vanidad, del orgullo, convenido tambien. Pero este juicio existe en la cabeza de un hombre dispuesto á obrar en su consecuencia, y esto basta.

Lejos de que el juicio esté fundado aquí en una razonable apreciacion de *utilidad*, se podria decir que aparece todo lo contrario. Mostrar que saben hacerse grandes sacrificios por lo *inútil*, hé aquí primeramente el objeto que se propone la ostentacion.

Lejos de que el valor tenga en nuestro ejemplo una proporcion necesaria con el trabajo *realizado* por el que presta el servicio, puede decirse que es mas bien proporcional al trabajo *evitado* al que lo recibe; es por lo demas la ley de los valores, ley general no observada, que yo sepa, por los teóricos, aunque gobierna la práctica universal. Mas adelante diremos por qué admirable mecanismo tiende el valor á proporcionarse al trabajo, cuando este es libre; pero no debe perderse de vista que aquel tiene su principio, no tanto en el esfuerzo realizado por el que *sirve*, como por el esfuerzo evitado al que *es servido*.

En efecto, la convencion relativa á nuestra piedra preciosa supone el diálogo siguiente:

—Caballero, cededme vuestro diamante.

—No tengo inconveniente; pero cededme en cambio vuestro trabajo de todo un año.

—Pero si no habeis empleado en vuestra adquisicion ni un minuto.

—Pues bien, ved si encontrais un minuto semejante.

—Pero en buena justicia deberiamos cambiar á *trabajo igual*.

—No, en buena justicia, vos apreciais vuestros servicios y yo los mios. Yo no os fuerzo; ¿por qué me habeis de forzar vos? Dadme un año entero, ó salid vos mismo á buscar un diamante.

—Pero asi me espondria á diez años de penosas esploraciones, sin contar con una decepcion al cabo. Me parece mas prudente, mas provechoso emplear esos diez años de otra manera.

—Justamente por eso creo que todavia os presto *servicio*, no pidiéndoos mas que un año de trabajo. Os ahorro nueve, y hé aquí porque doy mucho valor á este *servicio*. Si os parezco exigente, es porque no considerais mas que el trabajo que yo he ejecutado, pero considerad tambien el que os evito, y vereis que os hago favor.

—Ya veis que os aprovechais de un trabajo de la naturaleza.

—Y si os cediese mi hallazgo por nada ó por poco, seríais vos quien se aprovechase. Por otra parte, si un diamante tiene mucho valor, no será porque la naturaleza lo elabora desde el principio de los siglos, lo mismo hace con respecto á la gota de rocío.

—Sí, pero si los diamantes fuesen tan numerosos como las gotas de rocío, no me impondriais la ley.

—Sin duda, porque en ese caso ó no vendriais á mí, ó

no estariais dispuesto á recompensarme tan caramente un *servicio* que podriais prestaros con tanta facilidad.

Resulta de este diálogo, que el valor, segun hemos visto ya, no está ni en el agua ni el aire, tampoco está en el diamante; está todo en los *servicios* prestados y recibidos, con la ocasion de estas cosas, y determinado por el libre debate de los contratantes.

Tomad la coleccion de los Economistas; leed, comparad todas las definiciones. Si hay una que se refiera al aire y al diamante, á dos casos en apariencia tan opuestos, arrojad este libro al fuego. Pero si la mia, sencilla como es, resuelve la dificultad ó mas bien la hace desaparecer, lector, en buena conciencia, estais obligado á seguir hasta el fin; porque acaso no sea inútil colocar un buen rótulo á la entrada de la ciencia.

Permítaseme multiplicar estos egemplos, tanto para dilucidar mi pensamiento, cuanto para familiarizar al lector con una definicion nueva. Presentándosela bajo todos sus aspectos, este egercicio sobre el principio prepara, por otra parte, el camino á la inteligencia de las consecuencias, que me atrevo á anunciar serán tan importantes como inesperadas.

Entre las necesidades á que nos sujeta nuestra constitucion física, se encuentra la de la alimentacion; y uno de los objetos mas propios para satisfacerla es el Pan.

Naturalmente, como la necesidad de comer está en mi, yo deberia ejecutar todas las operaciones relativas á la produccion de la cantidad de pan suficiente para mi consumo. Tanto menos puedo exijir de mis hermanos que me presten gratuitamente este servicio, cuanto que ellos se hallan tambien sometidos á la misma necesidad, y condenados al mismo esfuerzo.

Si hiciese por mí mismo el pan que necesito, tendria que entregarme á un trabajo indefinidamente mas complicado, pero completamente análogo al que me impone la necesidad de ir á buscar el agua á la fuente. En efecto los elementos del pan existen por todas partes en la naturaleza. Segun la juiciosa observacion de J. B. Say, no hay necesidad ni posibilidad para el hombre de crear nada. Gases, sales, electricidad, fuerza vejetal, todo esto existe; con respecto á mi, solo se trata de reunir, ayudar, combinar, trasportar, sirviéndome de ese gran laboratorio que se llama tierra, y en la que se realizan misterios cuyo velo ha levantado á penas la ciencia humana. Si el conjunto de las operaciones á que me dedico para conseguir mi objeto parece muy com-

plicado, cada una de ellas, considerada aisladamente, es tan sencilla como la accion de ir á la fuente por el agua, que la nataraleza ha puesto en ella. Cada uno de mis esfuerzos no es, pues, otra cosa sino un servicio que me presto á mí mismo; y si por convenio libremente debatido, acontece que otras personas me evitan algunos á la totalidad de estos esfuerzos, son otros tantos *servicios* que recibo. El conjunto de estos servicios, comparados á los que yo presto en cambio, constituye el valor del Pan y lo determina.

Existe un intermediario cómodo para facilitar este cambio de servicios, y aun para medir su importancia: la moneda. Pero el fondo de las cosas permanece el mismo, como la trasmision de las fuerzas está sujeta á una misma ley, opérese por uno ó por muchos engranes.

Esto es tan evidente que cuando el Pan vale cuatro sueldos, por egemplo, si un buen tenedor de libros quisiese descomponer este *valor*, llegaria á encontrar al través de convenciones en estremo complicadas, todos aquellos cuyos *servicios* han concurrido á formarlo, todos aquellos que han evitado una molestia al que, en definitiva, paga porque consumirá. Encontrará primero al panadero, que retiene una vigésima parte de aquella suma, y con esta vigésima parte remunera al albañil que ha construido su horno, al leñador que le ha traido leña para caldearlo, etc.; vendrá despues el molinero, que recibirá no solamente la recompensa de su propio trabajo, sino alguna suma para reembolsar al picapedrero que ha hecho su molino, al operario que ha levantado la presa, etc. Otras partes del valor total irán al labrador, al segador, hasta que se dé cuenta del último óbolo. No hay uno, uno solo, que vaya á remunerar á Dios ó á la naturaleza. Semejante suposicion es absurda por sí misma, y sin embargo está completamente reconocida en la teoría de los economistas que atribuyen á la materia ó á las fuerzas naturales una parte cualquiera en el valor del producto.

No negaremos que entre las partes elementales del valor del pan, nuestro tenedor de libros encontrará una que le costará trabajo asignarla á un servicio, al menos á un servicio que exija un esfuerzo. Verá que de estos 20 céntimos hay uno ó dos que corresponden al propietario del terreno, al que posee el laboratorio. Esta pequeña porcion del valor del pan constituye lo que se llama *renta de la tierra*; y engañado por esta locucion, por esta metonimia que volvemos á encontrar aqui, nuestro contador acaso se inclinará á creer

que esta parte corresponde á los agentes naturales, al terreno mismo.

Sostengo que, si tiene habilidad, descubrirá que esa parte es tambien el precio de *servicios* muy positivos de la misma naturaleza que todos los demás. Esto se demostrará hasta la última evidencia, cuando tratemos de la *Propiedad territorial*. Por ahora observaré que no me ocupo aquí de la propiedad, sino del *valor*. No investigo si todos los servicios son reales, legítimos, si se han presentado algunos hombres á exigir el pago de servicios que no prestan. ¡Oh Dios mio! el mundo está lleno de semejantes injusticias, entre las cuales no debe figurar la *renta*, Por ahora solo tengo que demostrar que el pretendido *valor* de las cosas no es sino el valor de los *servicios*, reales ó imaginarios, recibidos ó prestados con ocasion de aquellas, que no está en las cosas mismas, ni en el pan, ni en el diamante, ni en el agua, ni en el aire; que ninguna parte de la remuneracion vá á la naturaleza; que se distribuye toda por el consumidor definitivo, entre los hombres, y que este no puede concedérsela sino á causa de los servicios que le han prestado, escepto el caso de fraude ó de violencia.

Dos hombres creen que el hielo es una cosa buena en el verano, y el carbon una cosa mejor en el invierno. Ellas corresponden á dos de nuestras necesidades: la una nos refresca, la otra nos calienta. No nos cansamos de advertir que la Utilidad de estos cuerpos consiste en ciertas propiedades *materiales*, que están en relacion de conveniencia con nuestros órganos *materiales*. Observemos además que entre estas propiedades, que la física y la química podrian enumerar, no se encuentra el *valor* ni nada parecido. ¿Cómo, pues, se ha llegado á pensar que el valor estaba en la materia y era natural?

Si nuestros dos personajes quieren satisfacerse sin concertarse, cada uno de ellos trabajará en hacer su doble provision. Si se ponen de acuerdo, el uno irá á buscar carbon para los dos á la mina, y el otro nieve para los dos á la montaña. Pero en este caso habrá lugar á convencion. Deberán arreglarse la relacion de los dos servicios cambiados. Se tendrán en cuenta todas las circunstancias: dificultades que haya que vencer, peligros que correr, tiempo que perder, molestia que tomarse, habilidad que desplegar, posibilidad de satisfacerse de otra distinta manera, etc. Cuando se queda ya de acuerdo, el economista dirá: Los dos *servicios* cambiados *son de igual valor*; la lengua vulgar por metonimia: Tal cantidad de carbon *vale* tal cantidad de

nieve, como si el valor hubiese pasado materialmente á los cuerpos. Pero es fácil reconocer que si la espresion vulgar basta para espresar los resultados, la espresion científica revela sola la verdad de las causas.

En vez de dos servicios y dos personas, el comercio puede abrazar un gran número de los primeros y de las segundas, sustituyendo el Cambio compuesto á la Permuta simple. En este caso intervendrá la moneda para facilitar la egecucion. ¿Necesitaré decir que el principio del valor no sufre por eso alteracion alguna?

Pero debo añadir una observacion con respecto al carbon. Puede suceder que no haya mas que una mina en el pais, y que un hombre se haya apoderado de ella. Si acontece asi, este hombre impondrá la ley, ó en otros términos, pondrá un alto precio á sus *servicios* ó á sus pretendidos *servicios*.

No hemos llegado todavia á la cuestion de derecho y de justicia, á separar los servicios leales de los servicios fraudulentos. Mas adelante nos ocuparemos de ella. Lo que importa en este momento es consolidar la verdadera teoría del valor y desembarazarla de un error de que está infestada la ciencia económica. Cuando decimos:—Lo que ha hecho ó ha dado la naturaleza, lo ha hecho ó lo ha dado *gratuitamente* y no tiene por consiguiente *valor*,—se nos contesta descomponiendo el precio del carbon ó de cualquiera otro producto natural. Se reconoce desde luego que este precio, en su mayor parte, corresponde á servicios humanos. El uno ha horadado la tierra, el otro ha sacado el agua, este ha subido el combustible, aquel lo ha trasportado, y la totalidad de estos trabajos constituye, se dice, *casi* todo el *valor*. Sin embargo, queda todavia una porcion de *valor*, que no corresponde á ningun trabajo, á ningun *servicio*. Este es el precio del carbon que yace debajo de la superficie del terreno, todavia vírgen, como se dice, de todo trabajo humano; forma la parte del propietario; y puesto que esta porcion no es de creacion humana, debe ser de creacion natural.

Rechazo semejante conclusion, y prevengo al lector que, si la admite de cerca ó de lejos, no podrá dar un paso en la ciencia. No, la accion de la naturaleza no crea el Valor, como tampoco la accion del hombre crea la materia. De dos cosas una: ó el propietario ha concurrido útilmente al resultado final y ha prestado servicios positivos, y entonces la parte del valor que ha dado al carbon entra en mi definicion; ó se ha impuesto como un parásito, y en este caso

ha tenido la destreza de exigir el pago de *servicios* que no ha prestado; el precio del carbon se halla recargado indebidamente. Esta circunstancia prueba con bastante claridad que se ha introducido una injusticia en el contrato, la cual sin embargo no destruirá la teoría hasta el punto de poderse decir que esta porcion de valor es material, que está combinado, como un elemento físico, con los dones gratuitos de la Providencia. Hé aquí la prueba: que desaparezca la injusticia, si hay injusticia, y desaparecerá el valor correspondiente. No sucedería asi seguramente, si fuese inherente á la materia y de creacion natural.

Pasemos ahora á una de nuestras necesidades mas imperiosas, la de la *seguridad*.

Cierto número de hombres llegan á una playa inhospitalaria. Se ponen á trabajar. Pero cada uno de ellos se vé interrumpido continuamente en sus ocupaciones por la necesidad de defenderse contra bestias feroces, ú hombres mas feroces todavia. Además del tiempo y de los esfuerzos que consagra directamente á su defensa, emplea gran parte del uno y de los otros en proveerse de armas y de provisiones. Concluyen por reconocer que la pérdida total de los esfuerzos seria infinitamente menor, si algunos de ellos abandonando los demás trabajos se encargasen esclusivamente de este *servicio*. Se elegirían para este objeto aquellos que tuviesen mas destreza, mas ánimo y mas vigor. Se perfeccionarían en un arte que formaría su ocupacion constante; y mientras que velaban por la salvacion de la comunidad, esta recojería de sus trabajos, no interrumpidos en adelante, mas satisfacciones *para todos* que las que pierde por la separacion del trabajo de diez de sus miembros. En su consecuencia se convienen en un arreglo. ¿Qué puede verse aqui, sino un nuevo progreso en la *separacion de las ocupaciones*, promoviendo y exigiendo un cambio de *servicios*?

Los servicios de estos militares, soldados, milicianos, guardias, como quiera llamárseles ¿son *productivos*? Sin duda, puesto que el arreglo no ha tenido lugar sino para aumentar la relacion de las Satisfacciones totales con los esfuerzos generales.

¿Tienen un *valor*? Seguramente, puesto que se aprecian, se cotizan, se *evaluan*, y en definitiva se pagan con otros *servicios* con que se comparan.

Ni la forma en que se estipula esta renumeracion, ni la manera de cotizarse, ni el procedimiento que se emplea para debatir y concluir este arreglo, nada altera el princi-

pio. ¿Hay esfuerzos evitados á los unos por los otros? ¿Hay satisfacciones procuradas á los unos por los otros? En ese caso hay *servicios* cambiados, comparados, *evaluados*, hay *valor*.

Este servicio produce frecuentemente, en medio de las complicaciones sociales, terribles fenómenos. Como la naturaleza misma de los servicios, que se demandan á esta clase de trabajadores, exige que la comunidad ponga en sus manos la Fuerza, y una fuerza capaz de vencer todas las resistencias, puede acontecer que sus depositarios abusen de ella, la vuelvan contra la misma comunidad.—Puede acontecer que, sacando de la comunidad servicios proporcionados á la necesidad que tiene de seguridad, provoquen la inseguridad misma, á fin de hacerse mas necesarios, y empeñen á sus compatriotas, por medio de una diplomacia hábil en demasía, en guerras contínuas.

Todo esto se ha visto y se vé todavia. De aquí resultan enormes perturbaciones en el justo equilibrio de los servicios recíprocos. Pero no resulta ninguna alteracion en el principio fundamental ni en la teoría científica del Valor.

Pondremos todavia otros ejemplos. Ruego al lector, se persuada de que deploro, al menos tanto como él, lo que hay de fatigoso y pesado en esta série de hipótesis, ofreciendo todas las mismas pruebas, produciendo la misma conclusion, espresadas en los mismos términos. Comprenderá que este procedimiento, si no es el mas ameno, es el mas seguro para establecer la verdadera teoría del Valor, y facilitar asi el camino que hemos de recorrer.

Estamos en París. En esta vasta metrópoli fermentan muchos deseos; abundan tambien los medios de satisfacerlos. Una multitud de hombres ricos ó acomodados se dedican á la industria, á las artes, á la política; y por la noche buscan con ardor una hora de distraccion. Entre los placeres, que mas desean, figura en primer lugar el de oir la hermosa música de Rossini cantada por la Malibran, ó la admirable poesía de Racine interpretada por la Rachel. No hay mas que dos mugeres en el mundo entero capaces de procurar estos delicados y nobles goces; y á menos que no se haga uso del tormento, lo que probablemente no produciría efecto, hay que dirigirse á su voluntad. Asi, los servicios que se esperan de la Malibran ó de la Rachel, tendrán un gran *valor*. Esta esplicacion parecerá bastante prosáica, pero no por eso es menos cierta.

Que un opulento banquero quiera pues, para lisonjear su vanidad, oir en sus salones á una de esas grandes artistas, y comprenderá por esperiencia la exactitud de mi teoría en

17

todos sus puntos. Busca una viva satisfaccion, la busca con ardor; una sola persona en el mundo puede procurársela. No hay otro medio de determinarla, sino ofrecerle una remuneracion considerable.

¿Cuáles son los límites estremos entre que oscilará la convencion? El banquero llegará hasta el punto en que prefiera privarse de la satisfaccion á pagarla; la cantante hasta el punto en que prefiera la remuneracion ofrecida á no ser remunerada. Este punto de equilibrio determinará el Valor de este servicio especial, como el de todos los demás. Puede suceder que en muchos casos el uso fije este punto delicado. Hay demasiado gusto en el mundo elegante para *regatear* ciertos servicios. Aun puede suceder que la remuneracion sea galantemente disfrazada, para ocultar lo que la ley económica tiene de vulgar. Esta ley no rige menos esta convencion que las convenciones mas ordinarias, y el Valor no cambia de naturaleza, por que la esperiencia ó la urbanidad dispensen debatirlo en varias ocasiones.

Asi se esplica la gran fortuna que pueden alcanzar los artistas de primer órden. Otra circunstancia los favorece. Sus servicios son de tal naturaleza, que pueden prestarlos con un mismo Esfuerzo á una multitud de personas. Aunque sea muy vasto el recinto, con tal de que la voz de la Rachel lo llene, cada uno de los espectadores recibe en su alma toda la impresion que puede producir una declamacion semejante. Se concibe que esto forme la base de un nuevo arreglo. Tres mil, cuatro mil personas, sintiendo el mismo deseo, pueden ponerse de acuerdo, abrir una suscricion, y la masa de servicios, que cada uno ofrece en tributo á la gran trágica, equilibra el servicio único prestado por ella á todos los oyentes á la vez. Hé aquí el *Valor*.

De la misma manera que muchos oyentes se ponen de acuerdo para escuchar, muchos actores pueden convenirse entre sí para cantar una ópera ó representar un drama. Pueden intervenir empresarios para evitar á los contratantes una multitud de arreglos accesorios. El Valor se multiplica, se complica, se ramifica, se distribuye; no cambia de naturaleza.

Terminemos con los que se llaman casos escepcionales, que sirven como de prueba á las buenas teorías. Cuando la regla es verdadera, la escepcion la confirma.

Mirad ese anciano sacerdote que camina pensativo, con su báculo en la mano y el breviario debajo del brazo. ¡Qué serenas están sus facciones! ¡Qué espresiva su fisonomía! ¡Cuán inspirada su mirada! ¿A dónde vá? ¿No veis un cam-

panario en el horizonte? El jóven cura de la aldea no confia todavía en sus propias fuerzas, y ha llamado en su ayuda al anciano misionero. Pero antes tenia que tomar algunas disposiciones. El predicador encontrará en el presbiterio habitacion y mesa. Además, de una cuaresma á otra se necesita vivir; es la ley comun. Asi, el señor cura ha promovido entre los ricos de la aldea una suscricion voluntaria, modesta, pero suficiente; porque el anciano pastor no ha sido exijente, y á lo que se le ha escrito con este motivo, ha contestado: «Pan para mí, y un óbolo para el pobre es cuanto necesito.»

Asi, los preliminares económicos están cumplidos; porque esta importuna economía política se introduce por todas partes y se mezcla en todo, y creo verdaderamente que es ella la que ha dicho: «*Nil humani a me alienum puto.*»

Discurramos sobre este egemplo, se entiende que bajo el punto de vista que nos ocupa.

Aqui tenemos tambien un cambio de servicios. Por una parte un anciano va á consagrar su tiempo, su fuerza, su talento, su salud en la buena obra de esparcir alguna luz en la inteligencia de un pequeño número de aldeanos, en elevar su nivel moral. Por otra parte, se ha asegurado al hombre de la palabra pan para algunos dias, una soberbia sotana de alepin y un tricornio nuevo.

Pero hay otra cosa aquí. Hay una competencia de sacrificios. El viejo sacerdote rechaza todo cuanto no le es absolutamente indispensable. Esta corta retribucion se costea, la mitad por el cura, y la otra mitad por el Creso de la aldea, dispensando á sus hermanos la parte que á cada uno corresponde, los cuales se aprovecharán sin embargo de la predicacion.

¿Invalidan estos sacrificios nuestra definicion del valor? De ninguna manera. Cada uno está en libertad de no ceder sus esfuerzos sino con las condiciones que le convengan. Si se exigen condiciones fáciles, ó si no se exigen ningunas ¿qué resultará? Que el *servicio*, conservando su utilidad, pierde parte de su valor. El anciano sacerdote está persuadido que sus esfuerzos encontrarán la recompensa en otra parte. Nada importa que no la encuentren aqui abajo. Sabe sin duda que presta servicio á sus oyentes hablándoles; pero cree que sus oyentes le prestan servicio tambien escuchándolo. De aqui se sigue que el convenio se verifica con bases ventajosas para una de las partes contratantes, pero con el consentimiento de la otra. Á esto se reduce todo. En general los cambios de servicios se determinan y se evalúan por

el interés personal. Pero algnnas veces lo son, gracias al cielo, por el principio simpático. Entonces, ó cedemos á otro uua satisfaccion que teniamos derecho de reservarnos, ó hacemos por él un esfuerzo de que podriamos utilizarnos. La generosidad, el sacrificio, la abnegacion, son impulsos de nuestra naturaleza que, como otras muchas circunstancias, influyen sobre el *valor* actual de un servicio determinado, pero no cambian la ley general de los *valores*.

En oposicion á este egemplo consolador, podria poner uno de carácter muy diferente. Para que un servicio tenga valor en el sentido económico de la palabra, un valor de hecho, no se requiere indispensablemente que sea real, efectivo, útil; basta que se acepte y que se pague con otro servicio. El mundo está lleno de gentes que exigen y ofrécen al público el pago de serviciós de una utilidad mas que dudosa. Todo depende del *juicio* que se forma de ellos, y por esta razon la moral es siempre la mejor auxiliar de la economia política.

Algunos impostores consiguen establecer una falsa creencia. Dicen que son enviados del cielo. Abren á su antojo las puertas del paraiso ó del infierno. Cuando esta creencia se halla bien arraigada: «Aqui teneis, dicen, pequeñas imágenes, á las que hemos comunicado la virtud de hacer felices eternamente á los que las lleven consigo. Cederos una de esas imágenes es prestaros un *servicio* inmenso.» Hé aquí un *valor* creado. Está fundado en una apreciacion falsa, se dirá; seguramente. Otro tanto puede decirse de muchas cosas materiales y que tienen un valor cierto, porque encontrarian quien desease adquirirlas. No seria posible la ciencia económica sino admitiese como valores mas que los valores juiciosamente apreciados. A cada paso tendria que abrir un curso de ciencias fisicas y morales. En el aislamiento un hombre puede, en virtud de deseos depravados ó de una inteligencia falseada, alcanzar con grandes esfuerzos una satisfaccion quimérica, una decepcion. De la misma manera, en la sociedad nos acontece, como decia un filósofo, comprar muy caro un arrepentimiento. Si está en la naturaleza de la inteligencia humana tener una proporcion mas natural con la verdad que con el error, todos estos fraudes están destinados á desaparecer, todos estos falsos serviciosá ser rechazados, á perder su *valor*. La civilizacion pondrá al fin á cada uno y cada cosa en su lugar.

Habremos de terminar sin embargo este análisis demasiado estenso ya. Necesidad de respirar, de beber, de comer; necesidad de la vanidad, de la inteligencia, del cora-

zon, de la opinion, de esperanzas fundadas ó quiméricas, hemos buscado por todas partes el Valor, lo hemos comprobado por todas partes donde existe, es decir, donde hay *cambio de servicios*; lo hemos encontrado por todas partes idéntico á sí mismo; fundado en un principio claro, sencillo, absoluto, aunque sujeto á la influencia de una multitud de circunstancias diversas. Aunque hubiésemos pasado revista á todas nuestras necesidades, y hubiésemos hecho comparecer al carpintero, al albañil, al fabricante, al sastre, al médico, al abogado, al negociante, al pintor, al juez, al presidente de la república, no hubiésemos encontrado otra cosa: con frecuencia materia, algunas veces fuerzas suministradas gratuitamente por la naturaleza; siempre servicios humanos cambiados entre sí, midiéndose, estimándose, apreciándose, *evaluándose* los unos por los otros, y manifestando solos el resultado de esta evaluacion ó el VALOR.

Hay sin embargo una necesidad, muy especial por su naturaleza, cimiento de la sociedad, causa y efecto de todos nuestros contratos, eterno problema de la economía política, de la que debo decir aqui algunas palabras; hablo de la necesidad de *cambiar*.

En el capítulo precedente hemos descrito los maravillosos efectos del cambio. Son tales, que los hombres deben sentir naturalmente el deseo de facilitarlo aun á costa de grandes sacrificios. Por el cambio, hay caminos, canales, caminos de hierro, carruages, buques, negociantes, comerciantes, banqueros; y es imposible creer que la humanidad se haya sometido para facilitar el cambio á una carga tan enorme como la que pesa sobre ella, si no hubiese encontrado en el cambio mismo una ámplia compensacion.

Hemos visto tambien que la simple *permuta* no podia dar lugar sino á convenios muy incómodos y muy reducidos.

Por esta razon los hombres imaginaron descomponer la permuta en dos factores: *venta* y *compra*, por medio de una mercancía intermedia, fácilmente divisible, y sobre todo provista de *valor*, á fin de que llevase en sí misma el título á la confianza pública. Esta es la Moneda.

Quiero notar aquí que lo que se llama por elipse ó metonimia el Valor del oro y de la plata descansa en el mismo principio que el valor del aire, del agua, del diamante, de los sermones de nuestro viejo misionero ó de las escalas de la Malibran, esto es, en servicios prestados y recibidos.

El oro, en efecto, que se encuentra esparcido en las felices márgenes del Sacramento, recibe de la naturaleza mu-

chas cualidades preciosas: ductilidad, peso, brillo y una utilidad, si se quiere. Pero hay una cosa que la naturaleza no le ha dado, por que no tiene relacion con ella: el *valor*. Un hombre sabe que el oro corresponde á una necesidad sentida generalmente, que es muy deseado. Va á California á buscar oro, como mi vecino iba hace poco á la fuente por agua. Se entrega á rudos esfuerzos, escarba, cava, funde, y luego viene á decirme: Os prestaré el servicio de cederos este oro, ¿qué servicios me haceis en cambio? Discutimos, cada uno de nosotros pesa todas las circunstancias que pueden determinarlo; por último convenimos, y hé aquí el Valor manifestado y fijado. Engañados por esta locucion abreviada: el oro *vale*, podriamos creer que el valor está en el oro con el mismo título que el peso y la ductilidad, y que la naturaleza se ha tomado el trabajo de colocarlo en él. Espero que el lector esté ahora convencido de que esto es un error. Mas tarde se convencerá de que es un error deplorable.

Hay otro con respecto al oro ó mas bien á la moneda. Como intermediario habitual en todas las convenciones, como término medio entre las dos factores de la *permuta compuesta*, y comparándose siempre con su valor el de los dos servicios que se trata de cambiar, la moneda ha venido á ser la *medida* de los valores. En la práctica no puede suceder de otra manera. Pero la ciencia no debe nunca perder de vista que la moneda está sometida, en cuanto al valor, á las mismas fluctuaciones que cualquiera otro producto ó servicio. Muchas veces lo olvida, y esto no tiene nada de sorprendente. Todo parece concurrir á que considere la moneda como la medida de los valores, con el mismo título que el litro es la medida de la capacidad.—Representa un papel análogo en los contratos.—No se advierten sus fluctuaciones porque el franco, asi como sus multiplos y sus sub-multiplos, conservan siempre la misma denominacion.—En fin, la aritmética misma conspira á propagar la confusion, colocando el franco, como medida, entre el metro, el litro. el área, la grama, etc.

He definido el valor, tal al menos como lo concibo. He sometido mi definicion á la prueba de hechos en estremo diversos; ninguno en mi juicio la ha desmentido; por último, el sentido científico que he dado á esta palabra se confunde con la acepcion vulgar, lo que no es una ventaja despreciable ni una garantía insignificante; porque ¿qué otra cosa es la ciencia sino la esperiencia razonada? ¿Qué es la teoria sino la metódica esposicion de la práctica universal?

Debe permitírseme ahora echar una rápida ojeada sobre los sistemas que han prevalecido hasta aquí. No emprendo este exámen por espíritu de controversia, ni mucho menos de crítica, y lo abandonaria con efecto si no estuviese convencido de que puede esparcir nueva luz sobre el pensamiento fundamental de este escrito.

Hemos visto que los autores habian buscado el principio del Valor en uno ó muchos accidentes que ejercen sobre él una notable influencia, materialidad, conservabilidad, utilidad, escasez, trabajo, etc.—como un fisiólogo que buscase el principio de la vida en uno ó muchos de los fenómenos esteriores que la desarrollan en el aire, el agua, la luz, la electricidad, etc.

Materialidad. «El hombre, dice, M. de Bonald, es una inteligencia servida por órganos.» Si los economistas de la escuela materialista hubiesen querido solamente decir que los hombres no se pueden prestar servicios recíprocos sino por medio de sus órganos corporales, para deducir de aquí que hay siempre algo material en estos servicios, y por consiguiente en el Valor, no pasaria yo adelante, teniendo horror á esas disputas de palabras y á esas sutilezas, en las que el espíritu desea con demasiada frecuencia mostrarse fecundo.

Pero no es asi como lo han entendidô. Han creido que el Valor se comunicaba á la materia, ya por el trabajo del hombre, ya por la accion de la naturaleza En una palabra, engañados por esta locucion elíptica: el oro *vale* tanto, el trigo *vale* tanto, han creido ver en la materia una cualidad llamada *valor*, como el físico reconoce en ella la impenetrabilidad, la gravedad,—y aun estos atributos no se conceden por todos.

Sea de esto lo que quiera, yo le niego formalmente el Valor.

Y en primer lugar, no puede desconocerse que Materia y Valor estén frecuentemente separados. Cuando decimos á un hombre:—Llevad esa carta á su destino, id á traedme agua, enseñadme esa ciencia ó ese procedimiento, dadme un consejo sobre mi enfermedad ó mi pleito, velad por mi seguridad mientras me entrego al trabajo ó al sueño;—lo que reclamamos es un Servicio, y en este servicio reconocemos á la faz del Universo un Valor, puesto que lo pagamos voluntariamente con un servicio *equivalente*. Pareceria estraño que la teoría se negase á admitir lo que admite en la práctica el convencimiento universal.

Es verdad que nuestras convenciones versan con fre-

cuencia sobre objetos materiales, ¿pero qué prueba esto? Que los hombres por prevision se preparan á prestar servicios que podrán pedírseles; que compre un vestido hecho, ó que mande llamar á mi casa á un sastre para trabajar á jornal ¿en qué cambia esto el principio del Valor, sobre todo hasta el punto de que resida ya en el vestido, ya en el servicio?

Puede presentarse aquí esta sutil cuestion: ¿Debe verse el principio del valor en el objeto material, y de aquí atribuirlo por analogía á los servicios? Digo que es todo lo contrario: debe reconocerse en los servicios, y atribuirlo despues, si se quiere, por metonimia á los objetos materiales.

Por lo demás, los numerosos egemplos que he espuesto á la consideracion del lector, me dispensan de insistir mas sobre esta discusion. Pero quiero justificarme por haberla promovido, manifestando á qué consecuencias tan funestas puede conducir un error ó, si se quiere, una verdad incompleta, colocada á la entrada de una ciencia.

El menor inconveniente de la definicion que combato ha sido reducir y mutilar la economía política. Si el valor reside en la materia, donde no haya materia no habrá valor. Los fisiócratas llamaban clases *estériles*, y Smith, dulcificando la espresion, clases *improductivas*, á las tres cuartas partes de la poblacion.

Y como en definitiva los hechos son mas fuertes que las definiciones, habia necesidad de adoptar un medio de que estas clases entrasen por algun lado en el círculo de los estudios económicos. Se incluian en él por via de analogía; pero la lengua de la ciencia, formada sobre otros datos, se encontraba materializada de antemano hasta el punto de hacer esta chocante estension. ¿Qué es: *consumir un producto inmaterial*; *el hombre es un capital acumulado*; *la seguridad es una mercancía*, etc.?

No solamente se materializaba sobre manera la lengua, sino que además se veian reducidos á sobrecargarlas de distinciones sutiles, á fin de reconciliar las ideas que se habian separado falsamente. Se imaginaba el *valor del uso* por oposicion al *valor del cambio*, etc.

Por último, y esto es sumamente grave, á causa de la confusion de los dos grandes fenómenos sociales, la *propiedad* y la *comunidad*, el uno no podia injustificarse y el otro no podia esplicarse.

En efecto, si el valor está en la materia, se confunde con las cualidades físicas de los cuerpos que las hacen

utiles al hombre. Estas cualidades están muchas veces colocadas en ella por la naturaleza. Luego la naturaleza concurre á crear el *valor*, y hénos aquí atribuyendo Valor á lo *gratuito* y *comun* por esencia. ¿En dónde, pues, está entonces la base de la *propiedad*? Cuando la remuneracion que cedo para adquirir un producto material, trigo, por egemplo, se distribuye entre todos los trabajadores, que con ocasion de este producto me han prestado algun *servicio*, de cerca ó de lejos, ¿á quién vá la parte de remuneracion correspondiente á la porcion de *Valor* debida á la naturaleza y estraña al hombre? ¿Vá á Dios? nadie lo sostiene, y jamás se ha visto á Dios reclamando un salario. ¿Vá al hombre? ¿Por qué título, puesto que, en la hipótesis, no ha hecho nada?

Y no se crea que exajero, que por interés de mi definicion, violento las consecuencias rigorosas de la definicion de los economistas. No, estas consecuencias se han deducido muy esplícitamente por ellos mismos bajo la presion de la lógica.

Asi, *Senior* ha llegado á decir: «Los que se han apoderado de los agentes naturales reciben bajo la forma de renta una recompensa, sin haber hecho sacrificios. Su papel se limita á tender la mano para recibir las ofrendas del resto de la comunidad.» *Scrope:* «La propiedad de la tierra es una restriccion artificial puesta al goce de los dones que el Criador habia destinado á la satisfaccion de las necesidades de todos.» *Say*: «Las tierras cultivables parecia que deberian comprenderse entre las riquezas naturales, puesto que no son de creacion humana, y la naturaleza las da *gratuitamente* al hombre. Pero como esta riqueza no es fugitiva, asi como el aire y el agua; como un campo es un espacio fijo y circunscrito que *ciertos* hombres *han podido* apropiarse, con esclusion de todos los demás, que han prestado su consentimiento á esta espropiacion, la tierra, que era un bien natural y *gratuito, ha venido á ser* una riqueza social, cuyo uso *ha debido* pagarse.»

Si esto es asi, seguramente Proudhon queda justificado de haber puesto esta terrible interrogacion seguida de una afirmacion mas terrible todavia:

«¿A quién se debe la renta de la tierra? Sin duda al productor de la tierra. ¿Quién ha hecho la tierra? Dios. En ese caso, propietario, retirate.»

Sí, por una mala definicion la economía política ha puesto la lógica al lado de los comunistas. Yo romperé con mis manos esa arma terrible, ó mas bien ellos me la entregarán

gozosamente. No quedará nada de las consecuencias, cuando haya destruido el principio. Y pretendo demostrar que, si en la produccion de las riquezas la accion de la naturaleza se combina con la accion del hombre, la primera, gratuita y comun por esencia, permanece siempre gratuita y comun al través de todas nuestras convenciones; que la segunda sola representa *servicios, valor*; que ella sola es la que se remunera; que ella sola es el fundamento, la esplicacion y la justificacion de la Propiedad. En una palabra, pretendo que los hombres, relativamente unos á otros, no son propietarios sino del valor de las cosas, y que pasándose de mano en mano los productos, estipulan únicamente sobre el valor, es decir, sobre los servicios recíprocos, cediéndose sin retribucion todas las cualidades, propiedades y utilidades que estos productos reciben de la naturaleza.

Sí, hasta ahora la economía política, desconociendo esta consideracion fundamental, ha conmovido el principio tutelar de la propiedad presentada como una institucion artificial, necesaria pero injusta; al mismo tiempo ha dejado en la oscuridad, completamente desapercibido, otro fenómeno admirable, la mas interesante dispensacion de la Providencia á su criatura, el fenómeno de la *comunidad progresiva*.

La riqueza, tomando esta palabra en su acepcion general, resulta de la combinacion de dos acciones, la de la naturaleza y la del hombre. La primera es *gratuita* y *comun*, por destino providencial, y no pierde jamás su carácter. La segunda sola está *provista de valor*, y por consiguiente puede *apropiarse*. Pero á consecuencia del desenvolvimiento de la inteligencia y del progreso de la civilizacion, la primera toma una parte cada vez mayor, y la segunda toma una parte cada vez mas pequeña, en la realizacion de toda utilidad determinada; de lo que se sigue que el dominio de la Gratuidad y de la Comunidad se dilata sin cesar, en el seno de la raza humana, proporcionalmente al dominio del Valor y de la Propiedad: idea fecunda y consoladora, enteramente oculta al ojo de la ciencia en tanto que atribuye valor á la cooperacion de la naturaleza.

En todas las religiones se dan gracias á Dios por sus beneficios; el padre de familia bendice el pan que parte y distribuye á sus hijos: costumbre admirable que la razon no justificaría, sino hubiese nada gratuito en las liberalidades de la Providencia.

Conservabilidad. Esta pretendida condicion *sine qua non* del Valor se refiere á lo que acabo de discutir. Para que

el Valor exista, pensaba Smith, se necesita fijarlo en alguna cosa que pueda cambiarse, acumularse, conservarse, por consiguiente en alguna cosa *material*.

«Hay un género de trabajo, dice, que aumenta (1) el valor del objeto sobre que se ejerce. Hay otro que no tiene este efecto.»

«El trabajo manufacturero, añade Smith, se fija y se realiza en alguna mercancía vendible, *que dura al menos algun tiempo* despues de terminado el trabajo. El trabajo de los criados, por el contrario (al que asimila el autor bajo este respecto el de los militares, magistrados, músicos, profesores, etc.,) no se fija en ninguna mercancía vendible. Los servicios se desvanecen á medida que se prestan, y no dejan vestigio de *Valor* en pos de sí.»

Se vé que aquí el *Valor* se refiere mas bien á la modificacion de las cosas que á la satisfaccion de los hombres, error profundo; pues si creo provechoso que las cosas se modifiquen, es únicamente para conseguir esa satisfaccion, término, fin, *consumo* de todo Esfuerzo. Luego si la realizamos por un esfuerzo inmediato y directo, el resultado será el mismo: si por otra parte este esfuerzo se presta á convenciones, á cambios, á *evaluacion*, contiene el principio del *valor*.

En cuanto al intervalo que puede mediar entre el esfuerzo y la satisfaccion, Smith le da en verdad demasiada gravedad, cuando dice que la existencia ó no existencia del Valor depende de él.—«El Valor de una mercancía vendible, dice, *dura al menos algun tiempo*.»—Sí, indudablemente, dura hasta que ese objeto ha cumplido su destino, que es satisfacer la necesidad, y exactamente sucede lo mismo con un servicio. Mientras ese plato de fresas permanezca en la mesa, conservará su *Valor*.—Pero ¿porqué? porque es el resultado de un servicio que he querido prestarme á mí mismo, ó que otros me han prestado mediante una compensacion, *y del que no he usado todavía*. En el momento en que use de él comiendo las fresas, el valor desaparecerá. *El servicio se habrá desvanecido y no habrá dejado vestigio en pos de sí*. Sucede todo exactamente como en el servicio personal. El consumidor hace desaparecer el valor, pues no ha sido creado sino para este fin. Importa poco para la nocion del

(1) *¡Aumenta!* Luego el objeto tenia valor por sí mismo con anterioridad al trabajo. No podia tenerlo sino de la naturaleza. Luego la accion natural no es *gratuita*. ¿Y quién tiene la audacia de hacerse pagar esta porcion de valar *sobre humano*?

valor que la molestia tomada hoy satisfaga la necesidad inmediatamente, mañana ó dentro de un año.

Padezco de cataratas. Llamo á un oculista. ¿Tendrá *Valor* el instrumento de que se sirve, porque tiene duracion, y la operacion no la tiene, aunque la pague, haya ajustado el precio, y haya puesto muchos operadores en concurrencia? Pero esto se halla en contradiccion con los hechos mas usuales, con las nociones recibidas mas unánimemente; ¿y qué es una teoria que no sabiendo darse cuenta de la práctica universal, la tiene por no admitida?

Os ruego que creais, lector, que no me dejo arrebatar por un gusto desordenado á la controversia. Si insisto en estas nociones elementales, es para preparar vuestro espíritu á consecuencias de una gran gravedad que se manifestarán despues. No sé si violaré las leyes del método anunciando con anticipacion esas consecuencias; pero me permito esta ligera infraccion por el temor de que os abandone la paciencia. Esto es lo que me ha conducido hace poco á hablaros prematuramente de *propiedad* y *comunidad*. Por el mismo motivo diré una palabra sobre el *Capital*.

Smith, fijando la riqueza en la materia, no podia concebir el Capital sino como una acumulacion de objetos materiales. ¿Cómo, pues, atribuir Valor á Servicios no susceptibles de ser acumulados, capitalizados?

Entre los capitales se colocan en primera línea los útiles, máquinas, instrumentos de trabajo. Sirven para hacer concurrir las fuerzas naturales á la obra de la produccion, y atribuyéndose á estas fuerzas la facultad de crear valor, se ha llegado á pensar que los instrumentos del trabajo estaban dotados, *por sí mismos*, de igual facultad, independientemente de todo servicio humano. Asi se creia que la azada, la carreta, la máquina de vapor, concurrian con los agentes naturales y las fuerzas humanas á crear, no solamente Utilidad, sino tambien Valor. Pero todo valor se paga en el cambio. ¿A quién, pues, se debe esa parte de valor independiente de todo servicio humano?

Asi es como la escuela de Proudhon, despues de haber negado la *renta de la tierra*, llegó á negar tambien el *interés de los capitales*, tesis mas estensa, puesto que comprende tambien la otra. Afirmo que el error proudhoniano, bajo el punto de vista científico, tiene su raiz en el error de Smith. Demostraré que los capitales, como los agentes naturales, considerados en sí mismos y en su accion propia, crean utilidad, pero jamás valor. Este es por esencia el fruto de un legítimo *servicio*. Demostraré tambien que en

el órden social los capitales no son una acumulacion de objetos materiales, sujetos á la conservabilidad material, sino una acumulacion de *valores*, es decir, de *servicios*. Por esto se hallará destruida, virtualmente al menos y por carecer de razon de ser, esa lucha reciente contra la productibilidad del capital, y á satisfaccion de los mismos que la han promovido; porque si pruebo qne en el mundo de los cambios no pasa nada mas que una *mutualidad de servicios*, M. Proudhon deberá confesarse vencido por la victoria misma de su principio.

Trabajo. Ad. Smith y sus discípulos han asignado el principio del Valor al Trabajo, bajo la condicion de la Materialidad. Esto está en contradiccion con la opinion de que las fuerzas naturales toman cierta parte en la produccion del Valor. No necesito combatir aqui esas contradicciones que se manifiestan en todas sus consecuencias funestas, cuando estos autores hablan de la renta de las tierras ó del interés de los capitales.

Sea de esto lo que quiera, cuando elevan el principio del Valor al Trabajo, se acercarian grandemente á la verdad, si no hiciesen alusion al trabajo manual. He dicho, en efecto, al empezar este capítulo que el valor debia referirse al Esfuerzo, espresion que he preferido á la de Trabajo, por ser mas general y abrazar toda la esfera de la actividad humana. Pero me he apresurado á añadir que no podia nacer sino de esfuerzos cambiados, ó de Servicios recíprocos, porque no es una cosa que existe por sí misma, sino una relacion.

Hay, pues, rigorosamente hablando, dos vicios en la definicion de Smith. El primero es que no tiene en cuenta el cambio, sin el cual no puede producirse ni concebirse el valor; el segundo que se sirve de una palabra demasiado estrecha, *trabajo*, á menos que no se dé á esta palabra una estension inusitada, comprendiendo en ella ideas, no solamente de intensidad y de duracion sino de habilidad, de sagacidad y aun de probabilidades mas ó menos favorables.

Oservad que la palabra *servicio*, que sustituyo en la definicion, hace desaparecer estos dos vicios. Supone necesariamente la idea de trasmision, puesto que un servicio no puede prestarse sin que se reciba por alguno; y supone tambien la idea de un Esfuerzo sin prejuzgar que el valor sea proporcional al mismo.

Y en esto principalmente peca la definicion de los economistas ingleses. Decir que el valor está en el trabajo es in-

ducir al espíritu á pensar que se sirven de medida recíproca, que son proporcionales entre sí. En esto la definicion está en oposicion con los hechos, y una definicion contraria á los hechos es defectuosa.

Sucede con frecuencia que un trabajo, considerado como insignificante en sí mismo, sea aceptado en el mundo por un *valor* enorme (ejemplos: el diamante, el canto de una prima dona, algunos rasgos de pluma de un banquero, la especulacion feliz de un armador, la pincelada de un Rafael, una bula de indulgencia plenaria, el fácil papel de reina de Inglaterra, etc.); es mas frecuente todavía que un trabajo tenaz, penoso, no dé por resultado sino una decepcion, á un *no-valor*. Siendo así ¿cómo podria establecerse una correlacion, una proporcion necesaria entre el *Valor* y el *Trabajo*?

Mi definicion resuelve la dificultad. Hay seguramente circunstancias en que puede prestarse un gran Servicio con poca molestia; otras en que despues de tomarse una gran molestia, se ve que ella no presta servicio á nadie, y por esta razon se dirá con mas exactitud, bajo el mismo respecto tambien que el Valor está en el Servicio mas bien que en el Trabajo, puesto que aquel es proporcional al uno y no al otro.

Iré mas lejos. Afirmo que el *valor* se estima al menos tanto por el trabajo ahorrado al cesionario, como por el trabajo ejecutado por el cedente. Recuerde el lector el diálogo que pasó entre dos contratantes sobre una piedra preciosa. No tuvo nacimiento en una circunstancia accidental, y me atrevo á decir que, tácitamente, está en el fondo de todas las convenciones. No debe perderse de vista que suponemos aquí una completa libertad en los contratantes, la plena posesion de su voluntad y de su juicio. Cada uno de ellos se determina á aceptar el cambio por consideraciones numerosas, entre las cuales ciertamente figura en primera línea la dificultad para el cesionario de procurarse de una manera directa la satisfaccion, que se le ofrece. Los dos tienen la vista fija en esta dificultad, el uno para ser mas ó menos fácil, el otro para ser mas ó menos exigente. La molestia tomada por el cedente ejerce tambien una influencia en el contrato, y es uno de sus elementos pero no el único. No puede decirse, pues, que el valor se determina por el trabajo. Lo es por una multitud de consideraciones, comprendidas todas en la palabra *servicio*.

Está fuera de toda duda que, por efecto de la concurrencia, los Valores *tienden* á proporcionarse á los Esfuer-

zos, ó las recompensas á los méritos. Esta es una de las bellas Armonías del órden social. Pero relativamente al valor, esta presion egalitaria ejercida por la concurrencia es toda esterior; en buena lógica no debe confundirse la influencia que sufre un fenómeno por una causa esterna con el fenómeno mismo (1).

(1) En razon á que, bajo el imperio de la libertad, los esfuerzos se hacen concurrencia entre sí, obtienen esa remuneracion con corta diferencia proporcional á su intensidad. Pero lo repito, esta proporcionalidad no es inherente á la nocion del valor.

Y la prueba es que allí donde no existe la concurrencia, no existe tampoco esa proporcionalidad. En este caso no se observa ninguna relacion entre los trabajos de diversa naturaleza y su remuneracion.

La ausencia de la concurrencia puede provenir de la naturaleza de las cosas ó de la perversidad de los hombres.

Si proviene de la naturaleza de las cosas, se verá que un trabajo comparativamente muy ligero da lugar á un gran *valor*, sin que nadie tenga razonablemente derecho á quejarse. Es el caso de la persona que encuentra un diamante; es el caso de Rubini, de la Maligran, de la Taglioni, del sastre de moda, del propietario del Clos-Vougeot, ect., etc. Las circunstancias los han puesto en posesion de un medio estraordinario de prestar servicio; no tienen rivales y se hacen pagar caro. *El servicio mismo siendo de una escasez escesiva* prueba que no es esencial al bienestar, ni al progreso de la humanidad. Constituye pues un objeto de lujo, de ostentacion; que los ricos se lo procuren. ¿No parece natural que todo hombre, antes de pensar en este género de satisfacciones, atienda á proveer necesidades mas imperiosas y mas razonables?

Si la concurrencia falta, á consecuencia de alguna violencia humana, entonces se producen los mismos efectos, pero con la diferencia enorme de que se producen donde y cuando no hubieran debido producirse. Entonces vemos tambien un trabajo comparativamente ligero dar lugar á un gran valor; ¿pero cómo? Prohibiendo violentamente esa concurrencia que tiene la mision de proporcionar las remuneraciones á los servicios. Entonces, asi como Rubini puede decir á un dilettante: «Quiero una gran recompensa, ó no canto en vuestro concierto,» fundándose en que se trata de un servicio que solo él puede prestar, asi tambien un panadero, un carnicero, un propietario, un banquero puede decir: «Quiero una recompensa estravagante, ó no tendreis ni trigo, ni pan, ni carne, ni oro; y tomo precauciones, he organizado bayonetas para que no podais proveeros en otra parte, para que nadie pueda prestaros servicios análogos á los mios.»

Las personas que asimilen el monopolio artificial y lo que llaman el monopolio natural, porque uno y otro tienen de comun que acrecen el valor del trabajo, estas personas digo, son muy ciegas y muy superficiales.

El monopolio artificial es un despojo verdadero. Produce males que no existirian sin él. Causa privaciones á una porcion considerable de la sociedad, muchas veces de los objetos mas necesarios. Además, es orígen de la irritacion, del ódio, de las represalías, frutos de la injusticia.

Las ventajas naturales no causan ningun mal á la sociedad. Cuando mas podria decirse que prueban un mal preexistente y que no le es imputable. Convendria tal vez que el tokay fuese mas abundante y mas barato que el vino malo. Pero este no es un hecho social; nos lo ha impuesto la naturaleza.

Utilidad. J. B. Say, sino me engaño, es el primero que ha sacudido el yugo de la *materialidad*. Hace muy espresamente del valor una *cualidad moral*, calificacion que acaso vá mas allá del objeto, pues el valor no es ni físico ni moral, sino simplemente—una relacion.

Pero el gran economista francés habia dicho tambien: «No es dado á nadie llegar á los confines de la ciencia. Los sábios suben sobre los hombros unos de otros para esplorar con la mirada un horizonte cada vez mas estenso.» Acaso la gloria de M. Say (en lo que concierne á la cuestion especial que nos ocupa, pues bajo otros aspectos, sus títulos de gloria son tan numerosos como imperecederos) consista en haber legado á sus sucesores una idea fecunda.

El axioma de M. Say era este: *El valor tiene por fundamento la utilidad.*

Si se tratase aqui de la utilidad relativa de los *servicios* humanos, yo no replicaria. Cuando mas podria manifestar que el axioma es supérfluo por su misma evidencia. No hay duda efectivamente de que nadie consiente en remunerar un *servicio* sino porque con razon ó sin ella lo cree útil. La palabra *servicio* contiene de tal manera la idea de *utilidad*, que no es otra cosa que la traduccion al francés, y aun la reproduccion literal de la palabra latina *uti, servir*.

Pero desgraciadamente Say no lo entendia así. Encontraba el principio del valor, no solamente en los servicios humanos prestados con ocasion de las cosas, sino tambien en las cualidades *útiles*, puestas por la naturaleza en las cosas mismas.—De este modo volvia á colocarse bajo el yugo de la materialidad. Por tanto, hay que decirlo, estaba lejos de desgarrar el velo funesto que los economistas ingleses habian echado sobre la cuestion de la propiedad.

Antes de discutir en sí mismo el axioma de Say, debo

Hay, pues, entre la ventaja natural y el monopolio artificial esta diferencia profunda:

La una es la consecuencia de una escasez preexistente, inevitable;

El otro es la causa de una escasez facticia, contra la naturaleza.

En el primer caso, no es la ausencia de la concurrencia lo que produce la escasez, sino la escasez la que esplica la ausencia de la concurrencia. La humanidad seria pueril si se atormentase, si se revolucionase, porque no hay en el mundo mas que una Jenny Lind, un Clos-Vougeot y un Regent.

En el segundo caso sucede todo lo contrario. No es por causa de una escasez providencial por lo que la concurrencia se hace imposible; sino porque la fuerza ha sofocado la concurrencia, se produce entre los hombres una escasez que no debia existir.

(*Nota sacada de los manuscritos del autor*).

manifestar su alcance lógico, á fin de que no se me critique por lanzarme y arrastrar al lector, á disertaciones ociosas.

No puede dudarse que la Utilidad, de que habla Say existe, en las cosas. Si el trigo, la madera, el carbon, el paño tienen valor, es por que estos productos tienen cualidades que los hacen propios para nuestro uso, para satisfacer la necesidad que sentimos de alimentarnos, calentarnos y vestirnos.

Por tanto, asi como la naturaleza crea la *Utilidad*, crea tambien el *Valor*;—funesta confusion de la que los enemigos de la propiedad han formado un arma terr'ble.

Hé aquí un producto, trigo, por ejemplo. Lo compro en la alhóndiga por diez y seis francos. Una parte de estos diez y seis francos se distribuye por ramificaciones infinitas, por una estensa complicacion de adelantos y reembolsos, entre todos los hombres que de cerca ó de lejos han concurrido á poner el trigo á mi alcance. Hay algo para el labrador, el segador, el carretero, asi como para el herrero y el carpintero que han preparado los instrumentos. Hasta aqui nada hay que decir, sea uno economista ó comunista.

Pero veo que cuatro francos de mis diez y seis van al propietario de la tierra, y tengo el derecho de preguntar si este hombre, como todos los demás, me ha prestado un Servicio, para tener, como todos los demás, derecho incontestable á una remuneracion.

Segun la doctrina que este escrito aspira á propagar, la respuesta es categórica. Consiste en un *sí* muy formal. Si, el propietario me ha prestado un *servicio*. ¿Cuál es? Hélo aqui: Ha roturado y cerrado el campo por si mismo ó por su abuelo; lo ha purgado de las malas yerbas y de las aguas estancadas; ha dado mas espesor á la capa vejetal; ha construido una casa, establos, caballerizas. Todo esto supone un prolongado trabajo, que ha ejecutado en persona ó, lo que es lo mismo, que ha pagado á otros. Estos son ciertamente servicios que, en virtud de la justa ley de la reciprocidad, deben reembolsárseles. Mas este propietario no se ha reembolsado nunca íntegramente. No podia serlo por el primero que haya ido á comprarle un hectólitro de trigo. ¿Qué arreglo, pues, ha intervenido? Seguramente el mas ingenioso, el mas legítimo y el mas equitativo que puede imaginarse. Consiste en esto: El que quiera obtener un saco de trigo, pagará además de los servicios de los diferentes trabajadores que hemos enumerado una pequeña porcion de los *servicios* prestados por el propietario; en otros términos, el

Valor de los servicios del propietario se repartirá entre todos los sacos de trigo, que salgan de este campo.

Ahora puede preguntarse si esta remuneracion, supuesta aqui de cuatro francos, es demasiado grande ó demasiado pequeña. Yo contesto: Eso no atañe á la economía política. Esta ciencia demuestra que el valor de los servicios del propietario territorial se arregla absolutamente por las mismas leyes que el valor de todos los demás servicios, y eso basta.

Puede tambien asombrarse cualquiera de que este sistema de reembolso parcial no llegue al cabo á una amortizacion completa, por consiguiente á la estincion del derecho del propietario. Los que hacen esta objecion no saben que está en la naturaleza de los capitales producir una renta perpétua; lo que enseñaremos mas tarde.

Por ahora, no debo separarme por mas tiempo de la cuestion, y haré observar (porque todo está aquí) que no hay en mis diez y seis francos un óbolo que no vaya á remunerar servicios humanos, ni uno que corresponda al pretendido valor que la naturaleza haya introducido en el trigo, dándole *utilidad*. Pero si, apoyándoos en el axioma de Say y de los economistas ingleses, decís: De estos diez y seis francos hay doce que van á los labradores, segadores, carreteros, etc., dos que recompensan los servicios personales del propietario; por último, otros dos francos representan un valor que tiene por fundamento la *utilidad* creada por Dios, por los agentes naturales, y fuera de toda cooperacion humana;—¿no veis que se os preguntará en seguida: Quien debe aprovecharse de esta porcion de *valor*? ¿Quién tiene derecho á esta remuneracion? Dios no se presenta á recibirla. ¿Quién se atreverá á presentarse en su lugar?

Y mientras mas se afana Say por esplicar la propiedad bajo esta base, mas descubre el flanco á sus contrarios. Primeramente compara con razon la tierra á un laboratorio, donde se verifican operaciones químicas, cuyo resultado es útil á los hombres. «La tierra, añade, es por tanto *productora de una utilidad*, y cuando ELLA (la tierra) la hace pagar bajo la forma de un provecho ó de una renta *para su propietario*, es sin dar nada al consumidor en cambio de lo que el consumidor LE (á la tierra) paga. *Ella* (sigue la tierra) le da una utilidad producida, y produciendo esta utilidad, puede decirse que *la tierra es tan productiva como el trabajo*.»

Asi, la asercion es bien clara. Hé aqui dos pretendientes que se presentan para repartirse la remuneracion debida por el consumidor del trigo, á saber: la tierra y el trabajo. Se presentan con el mismo título, pues la tierra, dice M. Say,

es productiva como el trabajo. El trabajo pide una remuneracion por su *servicio*; la tierra pide una remuneracion por su *utilidad*, y esta remuneracion, no la pide para ella (¿en qué forma se le dará?), la reclama para *su propietario*.

Por lo que Proudhon intima á este propietario, que se dice encargado de los poderes de la tierra, presentar su autorizacion.

Se quiere que yo pague, en otros términos, que preste un servicio, para recibir la *utilidad* producida por los agentes naturales, independientemente del concurso del hombre, pagado ya por separado.

Pero yo preguntaré siempre: ¿Quién se aprovechará de mi servicio?

¿Será el productor de la utilidad, es decir, la tierra? Esto es absurdo, y puedo aguardar tranquilamente que me envie un alguacil.

¿Será un hombre? ¿Pero con qué título? si es por haberme prestado un servicio, en buen hora. Pero entonces os colocais en mi punto de vista. El servicio humano es el que *vale*, y no el servicio natural; hé aquí la conclusion á que quiero conduciros.

Sin embargo, esto se halla en contradiccion con vuestra hipótesis misma. Decís que todos los servicios humanos están remunerados con catorce francos, y que los dos francos, que completan el precio del trigo, corresponden al valor creado por la naturaleza. En ese caso repito mi pregunta: ¿Con qué título se presenta un hombre cualquiera á recibirlos? ¿Y no aparece desgraciadamente muy claro que, si aplicais con especialidad el nombre de *propietario* al hombre que reivindica el derecho de tomar estos dos francos, justificais la ya demasiado famosa máxima: L*a propiedad es el robo*?

Y no se piense que esta confusion entre la utilidad y el valor se limita á conmover la propiedad territorial. Despues de habernos conducido á negar la *renta de la tierra*, nos conduce á negar tambien el *interés del capital*.

En efecto, las máquinas, los instrumentos de trabajo son, como la tierra, productores de *utilidad*. Si esta utilidad tiene un *valor*, se paga, porque la palabra valor supone derecho al pago. ¿Pero á quién se paga? al propietario de la máquina, sin duda. ¿Es por un servicio personal? Entonces decid que el valor está en el servicio. Pero si decís que debe hacerse un pago por el servicio, y otro en razon á la utilidad producida por la máquina, independientemente de toda accion humana ya retribuida, se os preguntará ¿á quien

vá ese segundo pago, y cómo el hombre que está ya remunerado de todos sus servicios, tiene derecho de reclamar alguna cosa mas?

No puede desconocerse, pues, que la utilidad producida por la naturaleza es gratuita, por tanto *comun*, asi como la producida por los instrumentos de trabajo. Es gratuita y comun con una condicion: la de tomarse el trabajo, de prestarse á si mismo el servicio de recojerla, ó si se encarga este trabajo, si se exije este servicio de otro, ceder en cambio un servicio *equivalente*. En estos servicios comparados es donde está el valor, y de ninguna manera en la utilidad natural. Este trabajo puede ser mas ó menos grande, lo que hace variar el valor y no la utilidad. Cuando estamos junto á un manantial abundante, el agua es gratuita para todos nosotros con la condicion de bajarnos á tomarla. Si encargamos á nuestro vecino que se tome esta molestia por nosotros, entonces veo aparecer una convencion, un contrato, un *valor*, pero esto no hace que el agua deje de ser gratuita. Si estamos á una legua de la fuente, el contrato se arreglará bajo otras bases en cuanto al grado, pero no en cuanto al principio. El valor no habrá pasado por esto al agua ni á su utilidad. El agua continuará siendo *gratuita* con la condicion de ir por ella, ó de remunerar á los que, despues de un libre ajuste, consientan en ahorrarnos esta molestia tomándosela ellos.

Asi sucede en todo. Las utilidades nos rodean, pero hay que *bajarse á cojerlas*; este esfuerzo, algunas veces muy sencillo, es con frecuencia muy complicado. Nada mas fácil en la mayor parte de los casos que recojer el agua, cuya utilidad ha preparado la naturaleza. No lo es tanto recojer el trigo, cuya utilidad prepara igualmente la naturaleza. La razon es porque el valor de estos dos esfuerzos difiere por el grado, no por el principio. El servicio es mas ó menos oneroso; por tanto *vale* mas ó menos; la utilidad es y permanece siempre *gratuita*.

Si interviene un instrumento de trabajo ¿qué resultará? que la utilidad se recoja con mas facilidad. Tambien el servicio tiene menos *valor*. Pagamos ciertamente los libros menos caros desde la invencion de la imprenta. ¡Fenómeno admirable y harto desconocido! Decís que los instrumentos de trabajo producen *Valor*; os engañais, lo que debe decirse es Utilidad, y Utilidad gratuita. En cuanto á Valor, producen tan poco, que lo destruyen cada vez mas.

Ciertamente, el que ha hecho la máquina ha prestado servicio. Recibe una remuneracion con la que se aumenta

el valor del producto. Por eso estamos dispuestos á figurarnos que retribuimos la utilidad producida por la máquina; es una ilusion. Lo que retribuimos son los *servicios* que nos prestan todos aquellos, que han concurrido á confeccionarla ó á manejarla. El valor es tan poco en la utilidad producida que aun despues de haber retribuido estos nuevos *servicios*, adquirimos la utilidad con mejores condiciones que antes.

Habituémonos pues á distinguir la Utilidad del Valor. No hay ciencia económica sino á este precio. Lejos de que la Utilidad y el Valor sean idénticos, ni aun asimilables, me atrevo á afirmar, sin temor de incurrir en una paradoja, que son ideas opuestas. Necesidad, Esfuerzo, Satisfaccion, hé aquí el hombre, hemos dicho, bajo el punto de vista económico. La Utilidad está en relacion con la Necesidad y la Satisfaccion. El Valor está en relacion con el Esfuerzo. La Utilidad es el Bien que hace cesar la necesidad por medio de la satisfaccion. El Valor es el mal, porque nace del obstáculo que se interpone entre la necesidad y la satisfaccion; sin estos obstáculos, no habria necesidad de esfuerzos que hacer y cambiar, la utilidad sería infinita, gratuita y comun *sin condicion*, y la nocion del valor jamás se hubiera introducido en este mundo. Por la presencia de estos obstáculos, la utilidad no es gratuita sino con la condicion de los esfuerzos cambiados que, comparados entre sí, manifiestan la presencia del Valor. A medida que los obstáculos se reducen ante la liberalidad de la naturaleza ó los progresos de las ciencias, la utilidad se acerca mas á la gratuidad y á la comunidad absoluta, pues la condicion onerosa, y por consiguiente el *Valor*, disminuye con los obstáculos. Me creeria feliz si, al través de todas estas disertaciones que pueden parecer sutiles, y cuya estension ó concision estoy condenado á temer á la vez, llego á establecer esta verdad tranquilizadora: *propiedad legítima del valor*,—y esta otra verdad consoladora: *comunidad progresiva de la utilidad*.

Una observacion todavia: Todo lo que *sirve* es útil (*uti*, *servir*); á este título parece muy dudoso que exista en el Universo algo, fuerza ó materia, que no sea *útil* al hombre.

Podemos afirmar al menos, sin temor de equivocarnos, que nos son útiles una multitud de cosas sin saberlo nosotros. Si la luna estuviese colocada mas alta ó mas baja, seria muy posible que el reino inorganico, por consiguiente el reino vejetal, por consiguiente tambien el reino animal se modificarian profundamente. Sin esa estrella que

brilla en el firmamento mientras escribo, acaso el género humano no podria existir. La naturaleza nos ha rodeado de utilidades. La cualidad de ser *útil*, la reconocemos en muchas sustancias y fenómenos; en otros, la ciencia y la esperiencia nos la revelan todos los dias; en otros tambien existe, aunque completamente y acaso para siempre ignorada por nosotros.

Cuando estas sustancias y estos fenómenos ejercen en nosotros, pero *sin nosotros*, su accion útil, no tenemos interés alguno en comparar el grado de utilidad con que obran en nosotros, y lo que es mas, no tenemos los medios de verificarlo. Sabemos que el oxígeno y el azoe nos son útiles, pero no intentamos, y probablemente intentariamos en vano, determinar en qué proporcion. No existen aqui los elementos de la evaluacion, del valor. Otro tanto diré de las sales, de los gases, de las fuerzas esparcidas en la naturaleza. Cuando todos estos agentes se mueven y se combinan de manera que produzcan para nosotros, *pero sin nuestro concurso*, utilidad, gozamos de esta utilidad sin *evaluarla*. Cuando nuestra cooperacion interviene, y sobre todo cuando se cambia, es solamente cuando aparecen la Evaluacion y el Valor, colocándose, no en la utilidad de sustancias y fenómenos muchas veces ignorados, sino en esa cooperacion misma.

Por esto digo: el valor es la apreciacion de los servicios cambiados. Estos servicios pueden ser muy complicados, pueden haber exijido una multitud de trabajos diversos antiguos y recientes, pueden trasmitirse de un hemisferio ó de una generacion á otra generacion ó á otro hemisferio, abrazando numerosos contratantes, necesitando créditos, adelantos, arreglos variados, hasta que se equilibre la balanza general; siempre resultará que el principio del *valor* está en ellos y no en la utilidad á que sirven de vehículo, utilidad gratuita por esencia, y que pasa de mano en mano, permítaseme la frase, *sin entrar en el contrato*.

Ultimamente, si se insiste en reconocer en la Utilidad el fundamento del Valor, lo acepto; pero entendiéndose que no se trata de esa utilidad que está en las cosas y en los fenómenos por la dispensacion de la Providencia ó el poder del arte, sino de la utilidad de los servicios humanos comparados y cambiados.

Escasez. Segun Senior, de todas las circunstancias que influyen sobre el valor la escasez es la mas decisiva. No tengo ninguna objecion que hacer contra esta observacion,

á menos que suponga por su forma que el valor es inherente á las cosas mismas; hipótesis hasta cuya apariencia combatiré siempre. En el fondo, la palabra *escasez*, en el asunto que nos ocupa, espresa de una manera abreviada este pensamiento: Supuestas todas las cosas iguales, un servicio tiene tanto mas valor cuantas mas dificultades tuviésemos en prestárnoslo á nosotros mismos, y por consiguiente cuantas mas exigencias encontremos, cuando lo reclamemos de otro. La escasez es una de estas dificultades. Es un *obstáculo* mas, que hemos de vencer. Mientras mayor es, mas remuneramos á los que lo vencen por nosotros.—La escasez da lugar muchas veces á remuneraciones considerables; y por esta razon me negaba hace poco á admitir con los economistas ingleses que el valor fuese proporcional al trabajo. Hay que tener en cuenta la parsimonia con que la naturaleza nos ha tratado bajo ciertos aspectos. La palabra *servicio* abraza todas estas ideas y matices de ideas.

Juicio. Storch vé el *valor* en el juicio que nos lo da á conocer.—Indudablemente, siempre que se trata de una relacion, se necesita comparar y *juzgar*. Pero no por eso deja de ser la relacion una cosa y el juicio otra. Cuando comparamos la altura de dos árboles, su magnitud y la diferencia de su magnitud es independiente de nuestra apreciacion.

Pero en la determinacion del valor ¿cuál es la relacion que se trata de juzgar? La relacion de dos servicios cambiados. La cuestion se reduce á saber lo que *valen*, comparados entre sí, los servicios prestados y recibidos, con ocasion de los actos trasmitidos ó de las cosas cedidas, teniendo en cuenta todas las circunstancias; y no lo que estos actos ó estas cosas contienen de utilidad intrínseca, porque esta utilidad puede ser en parte estraña á toda accion humana y por consiguiente estraña al *valor*.

Storch permanece pues en el error fundamental que combato aqui, cuando dice:

«Nuestro juicio nos hace descubrir la relacion que existe entre nuestras necesidades y la utilidad de las cosas. La decision de nuestro juicio *sobre la utilidad de las cosas* constituye su *valor*.»

Y mas adelante:

«Para crear un valor, se necesitan tres circunstancias: 1.ª que el hombre esperimente ó conciba una necesidad; 2.ª que exista una cosa propia para satisfacer esta necesidad, 3.ª que el juicio se pronuncie en favor de la *utilidad de la cosa*.

Luego el valor de las cosas está en su *utilidad* relativa.»

De dia, siento la necesidad de ver claro. Existe una cosa propia para satisfacer esta necesidad, que es la luz del sol. Mi juicio se pronuncia en favor de la utilidad de esta cosa y.... no tiene valor. ¿Por qué? Por que goza de ella sin reclamar el servicio de nadie.

De noche, siento la misma necesidad. Existe una cosa propia para satisfacerla muy imperfectamente, una bugía. Mi juicio se pronuncia sobre la utilidad, pero sobre la utilidad relativa mucho menor de esta cosa, y tiene un *valor*. ¿Porqué? Porque aquel que se ha tomado el trabajo de hacer la bujía no quiere prestarme el servicio de cedérmela, sino le presto un servicio equivalente.

En el hecho, no es sin embargo proporcional á la intensidad de los esfuerzos:—*Servicio* no supone necesariamente esta proporcion.

Una multitud de circunstancias esteriores influyen en el valor, sin ser el mismo valor:—La palabra *servicio* tiene en cuenta todas estas circunstancias en la medida conveniente.

Materialidad. Cuando el servicio consiste en ceder una cosa material, nada impide decir, por metonimia, que esta cosa *vale*. Pero no debe perderse de vista que es un tropo, el que atribuye á las cosas mismas el valor de los servicios á que ellas dan ocasion.

Conservabilidad. Materia ó no materia, el valor se conserva hasta la satisfaccion y no mas allá. No cambia de naturaleza, ya siga la satisfaccion al esfuerzo, ya sea el servicio personal ó real.

Lo que se trata de comparar y juzgar para determinar el valor no es pues la *utilidad relativa* de las cosas, sino la relacion de dos servicios.

En estos términos, no rechazo la definicion de Storch.

Resumamos este párrafo, á fin de manifestar que mi definicion contiene todo lo que hay de verdadero en las de mis predecesores, y eliminan todo lo que tienen de erróneo por esceso ó por defecto.

He dicho que el principio del Valor está en un *servicio* humano. Resulta de la apreciacion de dos servicios comparados.

El Valor debe referirse al esfuerzo:—*Servicio* supone un esfuerzo cualquiera.

Supone comparacion de esfuerzos cambiados, ó al menos cambiables:—*Servicio* contiene los términos dar y recibir.

Acumulatibidad. Lo que el ahorro acumula en el ór-

den social no es la materia, sino el valor ó los servicios (1).

Utilidad. Admitiré con M. Say que la Utilidad es el fundamento del Valor, con tal de que se convenga en que de ninguna manera se trata de la utilidad que está en las cosas, sino de la utilidad relativa de los servicios.

Trabajo. Admitiré con Ricardo que el Trabajo constituye el fundamento del Valor con tal que primeramente se tome la palabra trabajo en el sentido mas general, y además que no se deduzca una proporcionalidad contraria á todos los hechos, en otros términos, con tal que se sustituya á la palabra *trabajo* la palabra *servicio*.

Escasez. Admito con Senior que la escasez influye en el *valor*. ¿Pero porqué? porque hace el servicio tanto mas precioso.

Juicio. Admito con Storch que el valor resulta de un juicio, con tal que se convenga en que es del juicio que hacemos, no sobre la utilidad de las cosas, sino sobre la utilidad de los *servicios*.

Asi los economistas de todos los matices deberán darse por satisfechos. Les doy la razon á todos, por que todos han descubierto la verdad por un lado. Debe reconocerse no obstante que el error estaba en el reverso de la medalla. Al lector corresponde decidir si mi definicion tiene en cuenta todas las verdades y desecha todos los errores.

No concluiré sin decir una palabra de esta cuadratura de la Economía política: la *medida del valor*;—y aquí repetiré con mas fuerza todavia la observacion, que termina los precedentes capitulos.

He dicho que nuestras necesidades, nuestros deseos, nuestros gustos no tienen límites ni medida determinada.

(1) V. mas adelante el cap. XV.

La acumulacion es una circunstancia de ninguna consideracion en economía política.

Que la satisfaccion sea inmediata ó se retarde, que pueda aplazarse ó no pueda separarse del esfuerzo ¿en qué cambia esto la naturaleza de las cosas?

Estoy dispuesto á hacer un sacrificio para proporcionarme el placer de oir una buena voz, voy al teatro y pago; la satisfaccion es inmediata. Si hubiese destinado mi dinero á comprar un plato de fresas, hubiera podido dejar la satisfaccion para mañana.

Se dirá sin duda que las fresas son riquéza, porque puedo cambiarlas todavia. Es verdad. En tanto que habiendo tenido lugar el esfuerzo, y la satisfaccion no se ha realizado, la riqueza subsiste. La satisfaccion es la que la destruye. Cuando se coma el plato de fresas, esta satisfaccion irá á reunirse con la que me ha procurado la voz de la Alboni.

(*Nota sacada de los manuscritos del autor*).

He dicho que nuestros medios de proveer á ellos, dones de la naturaleza, facultades, actividad, prevision, discernimiento, no tenian medida determinada. Cada uno de estos elementos varia en sí mismo; difiere de hombre á hombre, difiere en cada individuo de un minuto á otro, de manera que todo esto forma un conjunto, que es la movilidad misma.

Si ahora se consideran las circunstancias que influyen en el valor, utilidad, trabajo, escasez, juicio, y si se reconoce que no hay ninguna de estas circunstancias que no varíe hasta el infinito, ¿cómo nos hemos de obstinar en buscar al *valor* una medida fija?

Seria singular que se encontrase la fijeza en un término medio compuesto de elementos movibles, y que no es sino una Relacion entre dos términos estremos mas movibles todavia.

Los economistas que buscan una *medida absoluta del valor* corren trás una quimera, y lo que es mas trás una cosa inútil. La práctica universal ha adoptado el oro y la plata; aun cuando no ignorase cuán variable es el valor de estos metales. Pero ¿qué importa la variabilidad de la medida si, afectando de la misma manera á los dos objetos cambiados, no puede alterar la lealtad del cambio? Es un *medio proporcional* que puede subir y bajar, sin faltar por esto á su mision, que consiste en comprobar exactamente la *Relacion* de los dos estremos.

La ciencia no se propone por objeto, como el cambio, buscar la *Relacion actual de dos servicios*, por que en ese caso le bastaria la moneda. Lo que busca principalmente es la *Relacion del esfuerzo con la satisfaccion*; y bajo este aspecto una medida del valor, aunque existiese, no le enseñaria nada, por que el esfuerzo lleva siempre á la satisfaccion una proporcion variable de utilidad gratuita, que no tiene valor. Porque este elemento de bienestar se ha perdido de vista, la mayor parte de los escritores han deplorado la ausencia de una medida del valor. No han visto que ella no daria solucion ninguna á la cuestion propuesta: ¿Cuál es la Riqueza ó el bienestar comparativo de dos clases, de dos pueblos, de dos generaciones?

Para resolver esta cuestion, necesita la ciencia una medida que le revele, no la *relacion de dos servicios*, las cuales pueden servir de vehículo á dosis muy diversas de utilidad gratuita, sino la relacion del *esfuerzo con la satisfaccion*, y esta medida no podria ser otra sino el mismo esfuerzo ó el trabajo.

Pero ¿cómo habia de servir de medida el trabajo? ¿No es

él tambien uno de los elementos mas variables? ¿No es mas ó menos hábil, penoso, azaroso, peligroso, repugnante? ¿No exige mas ó menos la intervencion de ciertas facultades intelectuales, de ciertas virtudes morales? ¿Y no conduce, en razon á todas estas circunstancias, á remuneraciones de una variedad infinita?

Hay una especie de trabajo que en todo tiempo y en todo lugar es idéntico, el cual debe servir de tipo. Es el trabajo mas sencillo, mas bruto, mas primitivo, mas muscular, el que está mas desprovisto de toda cooperacion natural, el que todo hombre puede ejecutar, el que presta servicios que cada uno puede prestarse á sí mismo, el que no exije ni fuerza escepcional, ni habilidad, ni aprendizaje: el trabajo, tal como se ha manifestado en el punto de partida de la humanidad, en una palabra, el trabajo del simple jornalero. Este trabajo es por todas partes el mas ofrecido, el menos especial, el mas homógeneo y el menos retribuido. Todas las remuneraciones se escalonan y se graduan partiendo de esta base, y aumentan con todas las circunstancias que hacen mayor su mérito.

Si se quiere pues comparar dos estados sociales, no hay necesidad de recurrir á una *medida del valor*, por dos motivos tan lógicos el uno como el otro: en primer lugar, porque no la hay; en segundo, porque daria á la pregunta una contestacion engañosa, no apreciando un elemento considerable y progresivo del bienestar humano: la utilidad gratuita.

Lo que por el contrario debe hacerse es olvidar completamente el valor, en particular la moneda, y preguntarse á sí mismo: ¿Cuál es, en tal país, en tal época, la cantidad de cada género de utilidad especial, y la suma de todas las utilidades que corresponde á cada cantidad dada de trabajo bruto? en otros términos: ¿Cuál es el bienestar que puede procurarse por el cambio el simple jornalero?

Puede afirmarse que el órden social natural es perfectible y armónico, si, por una parte, el número de hombres dedicados al trabajo bruto, y recibiendo la menor retribucion posible, vá contínuamente disminuyendo, y si, por otra, esta remuneracion medida no por el valor ó por la moneda, sino por la satisfaccion real, se aumenta continuamente (1).

Los antiguos habian descrito bien todas las combinaciones del Cambio.

(1) Lo que sigue estaba destinado por el autor para este capítulo. (*Nota del editor francés.*)

Do ut des (producto por producto), *Do ut facias* (producto por servicio), *Facio ut des* (servicio por producto), *Facio ut facias* (servicio por servicio).

Puesto que productos y servicios se cambian entre sí, deben tener algo comun, algo por cuyo medio se comparen y aprecien, á saber, el *valor*.

Pero el valor es una cosa idéntica á sí misma. No puede dejar de tener, sea en el servicio, sea en el producto, el mismo orígen, la misma razon de ser.

Supuesto esto, ¿reside el valor en el servicio, y no se encarna en el producto, precisa y únicamente por que el producto mismo se encarna en él?

Algunas personas parece que miran esta cuestion como de pura sutileza. Eso es lo que vamos á ver. Provisionalmente me limitaré á observar cuán estraño pareceria que en economía política fuese indiferente una buena ó una mala definicion del valor.

No negaré que en su orígen la economía política haya creido ver el valor en el producto, ó mas bien, en la *materia* del producto. Los Fisiócratas lo atribuian esclusivamente á la tierra, y llamaban *estériles* á todas las clases que no agregan nada á la materia: tan estrechamente estaban unidos *materia y valor* á sus ojos.

Parece que Adan Smith hubiera debido destruir esta nocion, puesto que fundaba el *valor* en el *trabajo*. ¿Los puros servicios no exigen trabajo, por consiguiente no suponen valor? Muy cercano á la verdad, Smith no se apoderó de ella; pues además de asegurar formalmente que para que el trabajo tenga valor es menester que se aplique á la materia, á algo físicamente tangible y acumulable, todo el mundo sabe que, como los Fisiócratas, coloca entre las clases improductivas á las que se limitan á prestar servicios.

A la verdad, Smith se ocupa mucho de estas clases en su tratado de las Riquezas. Pero ¿qué prueba eso, sino que, despues de haber dado su definicion, se encontraba en un círculo muy estrecho, y que por consiguiente esta definicion era falsa? Smith no hubiera conquistado la grande y justa fama que le rodea, si no hubiese escrito sus magníficos capítulos sobre la Enseñanza, el Clero, los Servicios públicos, y si tratando de la Riqueza se hubiese circunscrito á su definicion. Felizmente se libertó, por la inconsecuencia, del yugo de sus premisas. Asi sucede siempre. Jamás un hombre de algun genio, partiendo de un principio falso, se librará de la inconsecuencia; sin lo cual permane-

cería en el absurdo progresivo, y lejos de ser un hombre de genio, no seria ni aun hombre.

Como Smith habia dado un paso adelante sobre los Fisiócratas, Say dió otro sobre Smith. Poco á poco llegó á reconocer valor á los servicios, pero solamente por analogía, por estension. En el producto era donde veia el valor esencial, y nada lo prueba mejor que la denominacion fantástica dada á los servicios: «*Productos inmateriales,*» dos palabras que se espantan de verse juntas. Say partió de Smith, y la prueba es que toda la teoría del maestro se encuentra en las diez primeras líneas que dan principio á los trabajos del discípulo (1). Pero ha meditado y progresado por espacio de treinta años. Asi se ha acercado á la verdad, sin alcanzarla jamás completamente.

Por lo demás, se hubiera podido creer que cumplia su mision de economista, asi estendiendo el valor del producto al servicio como llevándolo del servicio al producto, si la propaganda socialista, fundada en las consecuencias deducidas por él, no hubiese venido á revelar la insuficiencia y el peligro de su principio.

Habiéndome propuesto pues esta cuestion: Puesto que ciertos productos tienen valor idéntico á sí mismo, no puede tener sino un origen, una razon de ser, una esplicacion idéntica; este origen, esta esplicacion ¿está en el producto ó en el servicio?

Y lo digo muy alto, la contestacion no me parece ni por un instante dudosa, por esta razon sin réplica: Todo producto que tiene valor supone un servicio, en tanto que un servicio no supone necesariamente un producto.

Esto me parece decisivo, matemático.

Suponed un servicio; tenga ó no tenga una forma material, tiene valor, porque es servicio.

Suponed una materia cualquiera: si cediéndola se presta servicio, tiene valor; pero si no se presta servicio, no tiene valor.

Luego el valor no va de la materia al servicio, sino del servicio á la materia.

Hay mas todavia. Nada se esplica mas fácilmente que esta preeminencia, esta prioridad dada al servicio, bajo el punto de vista del valor, sobre el producto. Vamos á ver que esto se funda en una circunstancia fácil de percibir, que no ha sido observada, precisamente porque está muy cerca de nuestros ojos. No es otra que la prevision natural del hom-

(1) *Tratado de Econ. pol.* p. I.

bre, en cuya virtud, en lugar de limitarse á prestar los servicios que se le piden, se prepara de antemano á prestar aquellos que prevé le han de ser pedidos. De este modo el *facio ut facias* se trasforma en *do ut des*, sin dejar de ser el hecho dominante y esplicativo de toda convencion.

Juan dice á Pedro: Quiero una copa. Tendria yo que hacerla; pero si quieres hacerla por mí, me prestarás un servicio que te pagaré con un servicio equivalente.

Pedro acepta. En su consecuencia, va á buscar tierras convenientes, las mezcla, las prepara; en una palabra, hace lo que Juan hubiera debido hacer.

Vemos evidentemente aquí que el servicio es el que determina el valor. El hecho dominante de la convencion es *facio*. Y si despues el valor se incorpora en el producto, no es sino porque emana del servicio, el cual consiste en la combinacion del trabajo ejecutado por Pedro y del trabajo ahorrado á Juan.

Asi, puede suceder que Juan haga muchas veces á Pedro la misma proposicion, que otras personas se la hagan tambien, de ta' manera que Pedro pueda preveer con certidumbre que le será demandado este género de servicios, y se prepare á prestarlo. Puede decir: He adquirido cierta habilidad para hacer copas. La esperiencia me enseña que las copas corresponden á una necesidad que quiere ser satisfecha. Puedo fabricarlas de antemano.

En adelante Juan deberá decir á Pedro, no ya *facio ut facias*, sino *facio ut des*. Pero si por su parte á previsto las necesidades de Pedro, y trabaja de antemano para proveer á ellas, dirá: *do ut des*.

Y yo pregunto, este progreso que deriva de la prevision humana ¿en qué puede cambiar la naturaleza y origen del valor? ¿No tiene siempre al servicio por razon de ser y por medida? ¿Qué importa, en cuanto á la verdadera nocion del valor, que para hacer una copa haya aguardado Pedro á que se la pidan, ó que la haya hecho de antemano, previendo que le seria demandada?

Observad que en la humanidad la inesperiencia y la imprevision preceden á la esperiencia y á la prevision. Solo con el tiempo han podido los hombres prever sus necesidades recíprocas, hasta el punto de prepararse á proporcionar su satisfaccion. Lógicamente, el *facio ut facias* ha debido preceder al *do ut des*. Este es al mismo tiempo el fruto y el signo de algunos conocimientos esparcidos, de algunas esperiencias adquiridas, de alguna seguridad política, de alguna confianza en el porvenir, en una palabra, de cierta

civilizacion. Esta prevision social, esta fé en la *demanda* que hace que se prepare la *oferta*, esta especie de *estadística intuitiva*, de la que cada cual tiene una nocion mas ó menos exacta, y que establece un equilibrio tan sorprendente entre las necesidades y las provisiones, es uno de los resortes mas eficaces de la perfectibilidad humana. A él le debemos la separacion de las ocupaciones, ó al menos las profesiones y los oficios. A él le debemos uno de los bienes que los hombres buscan con mas ardor: la fijeza de las remuneraciones, bajo la forma de *salario* en cuanto al trabajo, y de *interés* en cuanto al capital. A él le debemos el crédito, las operaciones á largos plazos, las que tienen por objeto la nivelacion de los riesgos, etc. Sorprende sobre manera, que bajo el punto de vista de la economía política no se haya observado todavia ese noble atributo del hombre, la Prevision. Es tambien, como decia Rousseau, á causa de la dificultad que esperimentamos de observar el medio en que vivimos y que forma nuestra atmósfera natural. Solo los hechos anormales son los que hieren nuestros sentidos, y dejamos pasar desapercibidos aquellos que, obrando en torno á nosotros, sobre nosotros y en nosotros de una manera permanente, modifican profundamente al hombre y la sociedad.

Volviendo al asunto que nos ocupa, tal vez la prevision humana, en su difusion infinita, tienda cada vez mas á sustituir el *do ut des* al *facio ut facias*; pero no olvidemos sin embargo que en la forma primitiva y *necesaria* del cambio es donde se encuentra por primera vez la nocion del valor, que esta forma primitiva es el servicio recíproco, y que despues de todo, bajo el punto de vista del cambio el producto no es mas que un *servicio previsto*.

Despues de haber probado que el valor no es inherente á la materia y que no puede clasificarse entre sus atributos, estoy muy lejos de negar que no pase del servicio al producto, de manera que, por decirlo asi, se encarne en él. Ruego á mis impugnadores que no me supongan tan pedante que escluya del lenguaje estas locuciones familiares: el oro *vale*, el trigo *vale*, la tierra *vale*. Me creo solamente con el derecho de demandar á la ciencia el porqué; y si me contesta; Porque el oro, el trigo y la tierra llevan en sí mismos un valor intrínseco,—me creo con derecho para decirle: «Te engañas y tu error es peligroso. Te engañas »porque hay oro y tierra sin valor; el oro y la tierra que no »han dado todavia ocasion á un servicio humano. Tu error »es peligroso, porque induce á ver una usurpacion de los

»dones gratuitos de Dios en un simple derecho á la recipro-»cidad de los servicios.»

Estoy dispuesto pues á reconocer que los productos tienen valor, con tal que se me conceda que no les es esencial, que se halla en los servicios y proviene de ellos.

Siendo esto absolutamente cierto, se deduce una consecuencia muy importante—fundamental en econòmía política,—que no ha sido ni podia ser observada, y es la siguiente:

Cuando el valor ha pasado del servicio al producto, sufre en el producto todos los riesgos á que queda espuesto en el servicio mismo.

No está fijo el valor en el producto, como lo estaria si fuese una de sus cualidades intrínsecas; no, es esencialmente variable, puede elevarse indefinidamente, puede bajar hasta la anulacion, segun el destino del género de servicios á que deba su origen.

El que hace actualmente una copa, para venderla dentro de un año, pone en ella valor sin duda; y este valor se determina por el del servicio,—no por el valor que tenga actualmente el servicio, sino por el que tenga dentro de un año. Si en el momento de vender la copa, el género de servicios de que se trata es mas solicitado, la copa valdrá mas; valdrá menos en el caso contrario.

Por eso el hombre se halla constántemente estimulado á ejercer la prevision, á hacer de ella un uso útil. Tiene siempre en perspectiva, en el aumento ó la disminucion del valor, por sus previsiones esactas una recompensa, por sus previsiones erróneas un castigo. Y observad que sus favorables resultados, asi como sus reveses coinciden con el bien y el mal general. Si ha dirigido bien sus previsiones, si se ha preparado de antemano á presentar en el medio social servicios mas buscados, mas apreciados, mas eficaces, que correspondan á necesidades mejor sentidas; ha contribuido á disminuir la escasez, á aumentar la abundancia de este género de servicios, á ponerlo al alcance de mayor número de personas con menos sacrificios. Si por el contrario se ha engañado en su apreciacion del porvenir, contribuye con su concurrencia á deprimir servicios ya desechados; no hace, sino un bien negativo: advertid que cierto género de necesidades no exige actualmente una gran parte de actividad social, que esta no debe tomar tal direccion en la que no será recompensada.

Este hecho notable—que el *valor incorporado*, si puedo espresarme asi, no deja de tener un destino comun con el

del género de servicios á que corresponde—es de la mayor importancia, no solamente porque demuestra cada vez mas esta teoria: que el principio del valor está en el servicio; sino tambien porque esplica con la mayor facilidad fenómenos, que los demás sistemas consideran como anormales.

Una vez lanzado el producto en el mercado del mundo ¿hay en el seno de la humanidad tendencias generales que inclinan su *valor* mas bien hácia la baja que hácia la alta? Esto equivale á preguntar si el género de servicios, que ha engendrado este valor, tiende á ser mas ó menos bien remunerado. Lo uno es tan posible como lo otro, y esto abre una carrera sin límites á la prevision humana.

Sin embargo puede observarse que la ley general de los seres susceptibles de esperimentar, de aprender y de rectificarse, es el progreso. Lo probable será pues que en una época dada, cierta porcion de tiempo y de trabajo obtenga mas resultados que en una época anterior; de donde puede deducirse que la tendencia dominante del valor incorporado se dirige hácia la baja. Por ejemplo, si la copa, de que hablaba ahora poco como símbolo de los productos, está hecha hace muchos años, segun toda probabilidad habrá sufrido alguna baja en su precio. En efecto, para fabricar una copa idéntica, hay hoy mas habilidad, mas recursos, mejores útiles, capitales menos exigentes, una division de trabajo mejor entendida. Asi dirigiéndose el que desea la copa á su poseedor, no le dira: Decidme cual es, en cantidad y calidad, el trabajo que os ha costado para que pueda en su vista remuneraros. No, le dice: Hoy, á causa de los progresos del arte, puedo hacer yo mismo, ó procurarme por medio del cambio, una copa semejante con tanto trabajo de tal calidad; y este es el límite de la remuneracion que quiero daros.

Resulta de aqui que todo valor incorporado, de otra manera, todo trabajo acumulado, ó todo capital tiende á bajar su valor ante los servicios naturalmente perfectibles y progresivamente productivos; y que en el cambio del trabajo actual con el trabajo anterior, la ventaja está de parte del trabajo actual, como asi debe ser en atencion á que presta mas servicios.

Y por esta razon se nota un gran vacío en las declamaciones que oimos dirigir contínuamente contra el valor de las propiedades territoriales.

Ese valor no difiere en nada de los demás, ni por su origen, ni por su naturaleza, ni por la ley general de su lenta depreciacion.

Representa servicios antiguos; desecaciones, desmontes, nivelaciones, cercas, aumento de capas vejetales, construcciones, etc.; está allí para reclamar los derechos de estos servicios. Pero esos derechos no se arreglan por la consideracion del trabajo ejecutado. El propietario territorial no dice: «Dadme en cambio de esta tierra tanto trabajo como ella ha recibido» (así se espresaria si, segun la teoría de Smith, el valor viniese del trabajo y fuese proporcional á este). Todavia menos viene á decir, como suponen Ricardo y otros varios economistas: «Dadme primero tanto trabajo como esa tierra ha recibido, y además cierta cantidad de trabajo en compensacion de las fuerzas naturales que se encuentran en ella.» No, el propietario territorial, el que representa á los poseedores que le han precedido y hasta los primeros cultivadores, está reducido á tener en su nombre este humilde lenguaje:

«Hemos preparado servicios, y proponemos cambiarlos »por servicios equivalentes. En otro tiempo hemos trabaja»do mucho, porque entonces no se conocian vuestros po»derosos medios de ejecucion; no habia caminos; nos veia»mos obligados á hacerlo todo á fuerza de brazos. Muchos »sudores, muchas vidas humanas se han consumido en »esos surcos. Pero no pedimos trabajo por trabajo; no ten»dríamos medio alguno para obtener un convenio semejan»te. Sabemos que el trabajo que se ejecuta hoy en la tierra, »así en Francia como en otra parte, es mucho mas perfecto »y mas productivo. Lo que pedimos, y evidentemente no se »nos puede negar, es que nuestro trabajo antiguo y el tra»bajo nuevo se cambien proporcionalmente, no á su dura»cion ó á su intensidad, sino á sus resultados, de tal mane»ra que recibamos igual remuneracion por igual servicio. »Por este arreglo perdemos bajo el punto de vista del tra»bajo, puesto que se necesita dos partes ó acaso tres partes »mas del nuestro que del vuestro, para prestar el mismo »servicio; pero es un arreglo necesario; nosotros no tene»mos medios de que se acepte otro, como tampoco vosotros »de oponeros á él.»

Y en punto á la práctica, las cosas pasan así. Si pudiésemos darnos cuenta de la cantidad de esfuerzos, de fatigas, de sudores constántemente renovados, que se han necesitado para poner cada hectárea del territorio francés en el estado de produccion actual, nos convenceríamos de que el que la compra no da trabajo por trabajo—al menos de cien casos los noventa y nueve.

Pongo esta restriccion porque no debe perderse de vista,

que un servicio incorporado puede adquirir valor, como puede perderlo. Y aunque la tendencia general sea hácia la depreciacion, sin embargo algunas veces se manifiesta el fenómeno contrario, en circunstancias escepcionales, asi respecto á tierras como respecto á cualquiera otra cosa, sin que se ofenda la ley de la justicia ni se pueda quejar nadie de monopolio.

En el hecho, lo que se tiene siempre á la vista, para determinar el valor, son los servicios. Puede suceder que un trabajo antiguo, en una aplicacion determinada, preste menos servicios que un trabajo nuevo; pero esta no es una ley absoluta. Si el trabajo antiguo presta menos servicios que el trabajo nuevo, como casi siempre sucede, en el cambio se necesita mas del primero que del segundo para establecer la equivalencia, puesto que, lo repito, la equivalencia se arregla por los servicios. Pero tambien cuando sucede que el trabajo antiguo presta mas servicios que el nuevo, deberá este sufrir asimismo la compensacion del sacrificio de la cantidad....

VI.

RIQUEZA.

En todo lo que sirve para satisfacer nuestras necesidades y nuestros deseos hay que distinguir, que considerar dos cosas: lo quo hace la naturaleza y lo que hace el hombre,— lo que es gratuito y lo que es oneroso, — el don de Dios y el servicio humano—la *utilidad* y el *valor*. En el mismo objeto, la una puede ser inmensa y el otro imperceptible. Permaneciendo aquella invariable, este puede disminuir indefinidamente, y disminuye, en efecto, siempre que un procedimiento ingenioso nos proporciona un resultado idéntico con un esfuerzo menor.

Puede presentarse aqui una de las dificultades mas grandes, una de las fuentes mas abundantes de equivocaciones, de controversias y de errores colocados á la entrada misma de la ciencia.

¿Qué es la *riqueza*?

¿Somos *ricos* en proporcion de las utilidades de que podemos disponer, es decir, de las necesidades y de los deseos que podemos satisfacer? « Un hombre es pobre ó rico, dice Smith, segun el mayor ó menor número de cosas *útiles*, cuyo goce puede procurarse. »

¿Somos *ricos* en proporcion de los *valores* que poseemos, es decir, de los *servicios* que podemos exigir? «La riqueza, dice J. B. Say, está en proporcion del valor. Es grande, si la suma de valor de que se compone es considerable; es pequeña, si los valores lo son. »

Los ignorantes dan los dos sentidos á la palabra riqueza. Algunas veces se les oye decir: «La abundancia de aguas es una Riqueza para tal territorio,» entonces solo piensan en la Utilidad. Pero cuando alguno de ellos quiere conocer su propia riqueza hace lo que se llama un inventario, en el que no tiene en cuenta mas que el Valor.

No se disgusten los sábios, pero creo que los ignorantes tienen razon esta vez. La riqueza, en efecto, es *efectiva* ó *relativa*. Bajo el primer punto de vista se juzga por nuestras satisfacciones; la humanidad se hace tanto mas Rica cuanto adquiere mas bienestar, sea cualquiera el valor de los objetos que se lo procuren. Pero ¿se quiere saber la parte proporcional de cada hombre en el bienestar general, en otros términos, la *riqueza relativa*?—esta es una simple relacion que el valor solo revela, porque él mismo es una relacion.

La ciencia se preocupa del bienestar general de los hombres, de la proporcion que existe entre sus Esfuerzos y sus Satisfacciones, proporcion que modifica ventajosamente la participacion progresiva de la utilidad gratuita en la obra de la produccion. No puede por tanto escluir este elemento de la idea de la Riqueza. A sus ojos la riqueza efectiva no es la suma de valores, sino la suma de las utilidades, gratuitas ú onerosas, unidas á los valores. Bajo el punto de vista de la Satisfaccion, es decir, de la realidad, somos ricos tanto con el valor destruido por el progreso, como con el que sobrevive todavia.

En los contratos ordinarios de la vida, no se tiene en cuenta la utilidad, á medida que se hace gratuita por la baja del valor. ¿Porqué? porque lo gratuito es comun, y lo que es comun no altera en nada la parte proporcional de cada uno á la riqueza efectiva. No se cambia lo que es comun; y como en la práctica de los negocios no hay necesidad de saber esta proporcion que está comprobada por el valor, no hay que ocuparse de ella.

Se ha promovido un debate entre Ricardo y J. B. Say sobre este punto. Ricardo daba á la palabra Riqueza el sentido de Utilidad, J. B. Say el de Valor. El triunfo esclusivo de uno de los campeones era imposible, puesto que esta palabra tiene el uno y el otro sentido, segun nos coloquemos bajo el punto de vista de lo efectivo ó de lo relativo.

Pero debemos decirlo, y tanto mas cuanto que la autoridad de Say es mayor en estas materias, si se asimila la Riqueza (en el sentido de bienestar efectivo) al Valor, si se afirma principalmente que aquella es proporcional á este, nos esponemos á estraviar la ciencia. Los libros de los eco-

nomistas de segundo órden y de los socialistas nos ofrecen una prueba de esta verdad. Un punto de vista desgraciado es el qne oculta á los ojos justamente lo que forma el patrimonio de la humanidad; hace que se considere como destruida esta parte de bienestar que el progreso pone al alcance de todos, y espone al espíritu á correr el mayor de los peligros,—el de entrar en una peticion de principio sin salida y sin término, el de concebir una economía política contradictoria, en la que el *fin* á que aspiramos está perpétuamente confundido con el obstáculo que nos detiene.

En efecto, no hay Valor sino por estos obstáculos. El es el signo, el síntoma, el testigo, la prueba de nuestra enfermedad nativa. El nos recuerda continuamente esa sentencia pronunciada desde el principio: Comerás el pan con el sudor de tu frente. Para el Ser omnipotente las palabras *Esfuerzo*, *servicio* y por consiguiente *Valor* no existen. En cuanto á nosotros, vivimos en un medio de *utilidades*, de las cuales un gran número son gratuitas, pero otras no se nos entregan sino á título oneroso. Se interponen obstáculos entre estas utilidades y las necesidades que ellas pueden satisfacer. Estamos condenados á privarnos de la Utilidad ó á vencer el obstáculo por nuestros esfuerzos. Es necesario que el sudor caiga de nuestra frente, en favor de nosotros ó en favor de los que lo han esparcido en nuestro provecho.

Mientras mas valores hay por tanto en una sociedad, mayor es la prueba de que se han vencido obstáculos, pero tambien lo es de que habia obstáculos que vencer. ¿Se dirá acaso que estos obstáculos forman la Riqueza, porque sin ellos no existirían los valores?

Pueden concebirse dos naciones. La una tiene mas satisfacciones que la otra, pero tiene menos valores, porque la naturaleza la ha favorecido, y encuentra menos obstáculos. ¿Cuál será mas rica?

Mas bien: tomemos el mismo pueblo en dos épocas. Los obstáculos que han de vencerse son los mismos. Pero hoy los vence con una facilidad tal, ejecuta, por ejemplo, sus trasportes, su cultivo, sus tejidos, con tan pocos esfuerzos, que sus valores se encuentran considerablemente reducidos. Ha podido, pues, tomar uno de estos dos partidos: ó contentarse con las mismas satisfacciones que otras veces convirtiendo su progreso en descanso; y en este caso, ¿se dirá que su Riqueza ha disminuido porque posee menos valores?--ó bien consagrar los esfuerzos que le han quedado disponibles á aumentar sus goces, ¿y podrá decirse porque la suma de sus valores ha quedado estacionaria; que su riqueza ha quedado

estacionaria tambien? A esto vamos á parar, asimilando estas dos cosas: *Riqueza* y *Valor*.

El escollo se presenta aqui muy peligroso para la economia politica. ¿Debe medir la riqueza por las satisfacciones realizadas ó por los valores creados?

Si no hubiese nunca obstáculos entre las utilidades y los deseos, no habria ni esfuerzos, ni servicios, ni Valores, asi como no los hay para Dios; y mientras que en el primer sentido la humanidad estaria, como Dios, en posesion de la Riqueza infinita, segun la segunda acepcion se veria desprovista de toda Riqueza. Si dos economistas adoptasen una de estas definiciones, el uno diria: *La humanidad es infinitamente rica*—el otro: *La humanidad es infinitamente pobre*.

Verdaderamente lo infinito no es bajo ningun aspecto el atributo de la humanidad. Pero al fin ella se dirije á alguna parte, hace esfuerzos, tiene tendencias, gravita hácia la Riqueza progresiva ó hácia la progresiva Pobreza. Asi, ¿cómo podrán entenderse los economistas, si la destruccion sucesiva del esfuerzo con respecto al resultado, del trabajo que ha de hacerse ó que ha de remunerarse, del Valor, se considera por los unos como un progreso hácia la riqueza, y por los otros como una pendiente hácia la Miseria?

Y si la dificultad no concerniese mas que á los economistas, podria decirse: Que disputen entre sí.—Pero los legisladores, los gobiernos, se ven obligados todos los dias á tomar medidas, que ejercen sobre los intereses humanos una influencia real. ¿Y á donde iriamos, si se tomasen estas medidas careciendo de una luz que nos haga distinguir la Riqueza de la Pobreza?

Asi afirmo: que la teoria que define la Riqueza por el valor no es en definitiva sino la glorificacion del obstáculo. Hé aqui su silogismo: «La riqueza es proporcional á los valores, los valores á los esfuerzos, los esfuerzos á los obstáculos; luego las riquezas son proporcionales á los obstáculos.»—Afirmo tambien: que á causa de la division del trabajo, que ha colocado á cada hombre en un oficio ó profesion, esta ilusion es muy difícil de destruir. Cada uno de nosotros vive de los servicios que presta con ocasion de un obstáculo, de una necesidad, de un sufrimiento; el médico con las enfermedades, el labrador con el hambre; el fabricante con el frio, el carruagero con la distancia, el abogado con la iniquidad, el soldado con el peligro del pais; de tal suerte que no hay un obstáculo, cuya desaparicion no sea muy inoportuna y muy importuna para alguno, y aun que no se crea funesta, bajo el punto de vista general, porque

parece que destruye una fuente de servicios, de valores y de riquezas. Muy pocos economistas se han preservado de esta ilusion, y si alguna vez consigue la ciencia disiparla, se cumplirá su mision práctica en este mundo; pues hago todavia esta tercera afirmacion: Nuestra práctica oficial se halla poseida de esta teoría, y cada vez que los gobiernos creen que deben favorecer á una clase, á una profesion, á una industria, no tienen otro procedimiento que levantar obstáculos, á fin de dar á cierta naturaleza de esfuerzos la ocasion de desarrollarse, á fin de estender artificialmente el círculo de los servicios á que la comunidad se verá forzada á recurrir, de aumentar así el Valor, y segun ellos mismos creen, la Riqueza.

Y en efecto, no puede dudarse que este procedimiento es útil á la clase favorecida; la vemos felicitarse, aplaudir la medida, y ¿qué se hace? Se concede sucesivamente el mismo favor á todas las demás.

Asimilar primero la Utilidad al Valor, luego el Valor á la Riqueza ¡qué mas natural! La ciencia no ha encontrado emboscada de que menos haya desconfiado. Porque ¿qué le ha sucedido? A cada progreso ha razonado asi: «El obstáculo disminuye, luego el esfuerzo disminuye; luego el valor disminuye, luego la utilidad disminuye; luego la riqueza disminuye; luego somos los mas infelices de los hombres por haber pensado inventar, cambiar, por tener cinco dedos en lugar de tres, y dos brazos en lugar de uno; luego es necesario inclinar al gobierno, que tiene la fuerza, á que ponga órden en estos abusos.»

Esta economía política de contradiccion ocupa á un gran número de periódicos y las sesiones de nuestras asambleas legislativas. Ella ha estraviado al honrado y filantrópico Sismondi, y se encuentra muy lógicamente espuesta en el libro de M. de Saint Chomans.

«Hay dos clases de riqueza para una nacion, dice. Si se consideran solamente los productos *útiles* bajo la relacion de la cantidad, de la abundancia, nos ocupamos de una riqueza que procura goces á la sociedad, y que llamaré *Riqueza de goce*.

»Si se consideran los productos bajo la relacion de su Valor cambiable ó simplemente de su valor, nos ocupamos de una Riqueza que procura valores á la sociedad, y que llamo *Riqueza de valor*.

»*De la Riqueza de valor es de la que se ocupa especialmente la Economía política*; *y de esta es principalmente de la que debe ocuparse el Gobierno.*»

Supuesto esto ¿qué pueden la economía política y el gobierno? La una indicar los medios de aumentar esta *Riqueza de valor*; el otro, poner esos medios en accion.

Pero la riqueza de Valor es proporcional á los esfuerzos, y los esfuerzos son proporcionales á los obstáculos. La Economía política debe pues enseñar, y el Gobierno procurar la multiplicacion de estos obstáculos. M. de Saint Chomans no retrocede de ninguna manera ante esta consecuencia.

¿Facilita el cambio á los hombres los medios de adquirir mas *Riqueza de goce* con menos *Riqueza de valor*?— Debe contrariarse el cambio (página 438).

¿Hay alguna parte de Utilidad gratuita que pueda reemplazarse con Utilidad onerosa, por ejemplo suprimiendo un útil ó una máquina? No debe dejarse de hacer: porque es muy evidente, dice, que si las máquinas aumentan la *Riqueza de goce*, disminuyen la *Riqueza de valor*. «*Bendigamos los obstáculos* que la carestía del combustible opone entre nosotros á la multiplicidad de las máquinas de vapor» (página 263).

¿Nos ha favorecido la naturaleza en una cosa cualquiera? es para desgracia nuestra, por que nos quita una ocasion de trabajar. «Confieso que es muy posible en cuanto á mí que desee ver hacer con las manos, con sudores y un trabajo forzado, lo que puede producirse sin molestia y espontáneamente» (página 456).

Asi, ¡qué desgracia que ella no nos haya dejado fabricar agua potable! Esta hubiese sido una buena ocasion para producir *Riqueza de valor*. Felizmente tomamos nuestro desquite en el vino. «Encontrad el secreto de hacer que salgan de la tierra manantiales de vino tan abundantes como los de agua, y vereis que este bello órden de cosas arruinará á la cuarta parte de la Francia» (página 456).

Segun la série de ideas que recorre con tanta rapidez nuestro economista, hay una multitud de medios, muy sencillos todos, de reducir á los hombres á crear *Riqueza de valor*.

El primero, quitársela segun convenga. «Si el impuesto toma el dinero de donde abunda para llevarlo á donde falta, presta servicio, y lejos de ser esto una pérdida para el Estado *es una ganancia*» (página 161).

El segundo, disiparla. «El lujo y la prodigalidad, tan dañosos á las fortunas de los particulares, son *ventajosos* á la riqueza pública. Predicais aqui una moral escelente se me dirá. No tengo tal pretension. Se trata de economía política y no de moral. Se buscan los medios de hacer mas

ricas á las naciones, y yo predico el lujo» (página 168).

Un medio mas pronto todavia es destruirla por medio de buenas guerras. «Si se reconoce conmigo que los dispendios de los pródigos son tan productivos como cualquiera otro; que los dispendios de los gobiernos son igualmente productivos, no se asombre ya nadie de la riqueza de Inglaterra despues de esa guerra tan dispendiosa» (página 168).

Pero para impeler á la creacion de la *Riqueza de valor*, todos estos medios: impuestos, lujo, guerra, etc., tienen que ceder el puesto á un recurso mucho mas eficaz: el incendio.

«Es una gran fuente de riquezas el edificar, porque proporciona ganancias á los propietarios que venden los materiales, á los obreros, y á diversas clases de artesanos y artistas. Melon cita al caballero Petty que considera como *ganancia de la nacion* el trabajo para la reedificacion de los edificios de Londres, despues del famoso incendio que consumió las dos terceras partes de la ciudad, y la aprecia (¡esta ganancia!) en un millon de libras esterlinas al año (valor de 1666), dnrante cuatro años, sin que esto alterase en nada los demás comercios. Sin considerar, añade M. de Saint-Chomans, como bien asegurada la evaluacion de *esta ganancia* en una suma fija, al menos es cierto que este suceso no tuvo una influencia desfavorable en la riqueza inglesa en aquella época.... El resultado del caballero Petty no es imposible, puesto que la necesidad de reedificar á Londres ha debido crear una inmensa cantidad de nuevas rentas» (página 63).

Los economistas que parten de este punto: *La Riqueza es el Valor*, llegarian infaliblemente á las mismas conclusiones, si fuesen lógicos; pero no lo son, porque en el camino de lo absurdo se detienen todos, un poco antes ó un poco despues, segun que el espíritu es mas ó menos recto. El mismo M. de Saint-Chomans parece al cabo haber retrocedido algo ante las consecuencias de su principio, cuando lo conducen hasta el elogio del incendio. Se vé que vacila y se contenta con un elogio negativo. Lógicamente debia ir hasta el fin, y decir sin rebozo lo que con la mayor claridad da á entender.

De todos los economistas, el que ha sucumbido de la manera mas dolorosa á la dificultad de que nos ocupamos aqui es ciertamente M. de Sismondi. Como M. de Saint-Chomans, ha tomado por punto de partida la idea de que el valor era el elemento de la riqueza; como él, ha edificado

sobre esta base una *Economía política contradictoria*, reprobando todo lo que disminuye el valor. El tambien esalta el obstáculo, proscribe las máquinas, anatematiza el cambio, la concurrencia, la libertad, glorifica el lujo y el impuesto, y llega por último á esta consecuencia: que mientras mayor es la abundancia de todas las cosas mas desprovisto está el hombre de todo.

Sin embargo, M. de Sismondi, en todos sus escritos parece que abriga en el fondo de su conciencia el sentimiento de que se engaña, y que un velo que no puede penetrar se interpone entre él y la verdad. No se atreve á sacar brutalmente, como M. de Saint Chomans, las consecuencias de su principio; se turba y vacila. Muchas veces se pregunta á si mismo si es posible que todos los hombres, desde el principio del mundo, estén en el error y en el camino del suicidio, cuando buscan el medio de disminuir la relacion del esfuerzo á la satisfaccion, es decir, el *valor*. Amigo y enemigo de la libertad, la teme, porque conduce á la miseria universal por la abundancia que rebaja el valor; y al mismo tiempo no sabe qué hacer para destruir esta libertad funesta. Así llega á los confines del socialismo y de las organiciones artificiales, insinua que el gobierno y la ciencia deben arreglarlo y comprimirlo todo, luego comprende el peligro de sus consejos, se retracta de ellos y concluye al fin por caer en la desesperacion, diciendo: La libertad conduce á un abismo, la coaccion es tan imposible como ineficaz, no hay salida.—No la hay en efecto, si el Valor es la Riqueza, en otros términos, si el obstáculo para el bienestar es el bienestar, si el Mal es el Bien.

El último escritor que, segun creo, ha agitado esta cuestion es M. Proudhon. Era esta para su libro de las *Contradicciones económicas* una buena fortuna. Nunca podia presentarse mejor ocasion para cojer por los cabellos una *antinomia* y escarnecer la ciencia. Nunca mejor ocasion para decirle: «¿Ves en el aumento del valor un bien ó un mal? *Quidquid dixeris argumentabor.*»—¡Figúrese el lector qué gozo (1)!

«Yo desafío á todo economista sério, dice, á que me manifieste de otra manera, que no sea traduciendo y repitiendo la cuestion, por qué causa el valor decrece á medida que la produccion aumenta, y recíprocamente..... En tér-

(1) «Si os decidís por la concurrencia, no tendreis razon; si os decidís contra la concurrencia, tampoco tendreis razon: lo que significa que siempre tendreis razon.» (P. J. Proudhon, *Contradicciones económicas*, p. 182.)

minos técnicos, el valor útil y el valor cambiable, aunque necesarios el uno al otro, están en razon inversa el uno del otro.... El valor útil y el valor cambiable quedan pues fatalmente encadenados el uno al otro, aunque por su naturaleza tienden continuamente á escluirse.»

«Sobre la contradiccion inherente á la nocion del valor, no hay causa imaginable ni esplicacion posible.... Reconociéndose en el hombre la necesidad de una gran variedad de productos con la obligacion de proveer á ella por su trabajo, resulta necesariamente la oposicion del valor útil al valor cambiable; y, de esta oposicion, una contradiccion en el dintel mismo de la economía política. Ninguna inteligencia, ninguna voluntad divina ni humana podria impedirlo. Así en lugar de buscar una esplicacion inútil, contentémonos con manifestar la *necesidad de la contradiccion.*»

Se sabe que el gran descubrimiento debido á M. Proudhon consiste en que todo á la vez es verdadero y falso, bueno y malo, legítimo é ilegítimo, que no hay principio alguno que no se contradiga, y que la *contradiccion* no está solamente en las teorías falsas, sino en la esencia misma de las cosas y de los fenómenos; «ella es la espresion pura de la necesidad, la ley íntima de los seres, etc.;» de suerte que es inevitable y seria incurable racionalmente sin la *série,* y en la práctica, sin el *Banco del pueblo.* Dios, antinomia; libertad, antinomia; concurrencia, antinomia; propiedad, antinomia; valor, crédito, monopolio, comunidad, antinomia y siempre antinomia. Cuando M. Proudhon hizo este famoso descubrimiento, su corazon debió seguramente saltar de gozo; porque, puesto que la contradiccion está en todo y por todas partes, hay siempre materia para contradecir, lo que es para él el bien supremo. Un dia me decia: Desearia ir al paraiso, pero temo que todo el mundo este allí de acuerdo, y no encontrar persona con quien disputar.

Es necesario confesar que el valor le proporcionaba una escelente ocasion de hacer con suma facilidad antinomia.— Pero con perdon suyo, las contradicciones y oposiciones á que esta palabra da lugar están en las teorías falsas, y de ninguna manera, como el pretende, en la naturaleza misma del fenómeno.

Los teóricos han empezado por confundir primeramente el valor con la utilidad, es decir, el mal con el bien (pues la utilidad es el resultado deseado, y el valor viene del obstáculo que se interpone entre el resultado y el deseo); esta era una primera falta, y cuando ellos vieron sus consecuen-

cias, creyeron salvar la dificultad imaginando distinguir el Valor de utilidad del Valor de cambio, tautologia embarazosa que cometia la falta de dar la misma palabra—Valor—á dos fenómenos opuestos.

Pero si, dejando á un lado estas sutilezas, nos atenemos á los hechos ¿qué vemos?—Nada seguramente que no sea muy natural y muy poco contradictorio.

Un hombre trabaja esclusivamente para sí mismo. Si adquiere habilidad, si su fuerza y su inteligencia se desarrollan, si la naturaleza se hace mas liberal ó si él aprende á hacerla concurrir mejor á su obra, *hay mas bienestar con menos trabajo.* ¿Dónde veis la contradiccion? ¿Hay aqui tanto contra qué declamar?

Ahora, en lugar de estar aislado este hombre, tiene relaciones con otros hombres. Cambian, y repito mi observacion: á medida que adquieren habilidad, esperiencia, fuerza, inteligencia; á medida que la naturaleza mas liberal ó mas sometida presta una colaboracion mas eficaz, tienen mas bienestar con menos trabajo, tienen á su disposicion una suma mayor de utilidad gratuita; en sus convenciones se trasmiten los unos á los otros una suma mayor de resultados útiles para cada cantidad dada de trabajo. ¿Dónde está, pues, la contradiccion?

¡Ah! si cometeis la falta, á ejemplo de Smith y de todos sus sucesores, de dar la misma denominacion,—la de *valor*, tanto á los resultados obtenidos como al trabajo que nos ha costado—en ese caso, la antinomia ó la contradiccion se manifiesta.—Pero entendedlo bien, ella está toda en nuestras esplicaciones erróneas, y de ninguna manera en los hechos.

M. Proudhon deberia haber establecido así su proposicion: Reconociéndose en el hombre la necesidad de una gran variedad de productos, la obligacion de proveer á ella por su trabajo y el don precioso de aprender y perfeccionarse, nada mas natural que el aumento sostenido de los resultados con relacion á los esfuerzos, y de ninguna manera puede ser contradictorio que un valor dado sirva de vehículo á mas utilidades realizadas.

Porque, otra vez todavia, para el hombre la Utilidad es el lado bueno, el Valor el triste reverso de la medalla. La Utilidad no tiene relacion sino con nuestras Satisfacciones, el Valor con nuestros trabajos. La Utilidad realiza nuestros goces y es proporcional á ellos; el Valor pone de manifiesto nuestra enfermedad nativa, nace del obstáculo y es proporcional á él tambien.

En virtud de la perfectibilidad humana, la utilidad gratuita tiende á sustituir cada vez mas la utilidad onerosa espresada por la palabra *valor*. Hé aquí el fenómeno, y seguramente no presenta nada de contradictorio.

Pero queda siempre la cuestion de saber si la palabra Riqueza debe comprender estas dos utilidades reunidas ó la última solamente.

Si se pudiesen hacer de una vez para siempre dos clases de utilidades, poner á un lado todas las que son gratuitas y al otro todas las que son onerosas, se formarian tambien dos clases de Riquezas que les llamariamos *riquezas naturales* y *riquezas sociales* con M. Say; ó bien *riquezas de goce* y *riquezas de valor* con M. de Saint Chomans. Despues de lo cual, como estos escritores proponen, no nos ocupariamos mas de las primeras.

«Los bienes accesibles á todos, dice M. Say, de los que »cada uno puede gozar á su voluntad, sin verse obligado á »adquirirlos, sin temor de agotarlos, tales como el aire, el »agua, la luz del sol, etc.; habiéndosenos dado gratuita»mente por la naturaleza, pueden llamarse *riquezas natu»rales*. Como ellas no podrian ser producidas, distribuidas »ni consumidas, *no son del resorte de la economía política*.

»Aquellas cuyo estudio forma el objeto de esta ciencia »se componen de los bienes que se poseen y que tienen un »valor reconocido. Se pueden llamar Riquezas sociales, »porque no existen sino entre los hombres reunidos en so»ciedad.»

«De la *riqueza de valor*, dice M. de Saint Chomans, *es »de lo que se ocupa especialmente la economía política*, y »siempre que hable en esta obra de la Riqueza sin especifi»carla, es de esta solamente de la que se trata.»

Casi todos los economistas lo han visto así:

»La distincion mas manifiesta que se presenta en primer »lugar, dice Storch, es que hay valores que son suscepti»bles de apropiacion, y otros que no lo son (1). *Los prime»ros solos forman el objeto de la economía política*, pues el »análisis de los otros no ofreceria resultado alguno que fue»se digno de la atencion del hombre de Estado.»

En cuanto á mí, creo que esta porcion de utilidad que, á consecuencia del progreso, cesa de ser onerosa, cesa de tener valor; pero que no deja por eso de ser utilidad y va

(1) Siempre esta perpétua y maldita confusion entre el Valor y la Utilidad. Puedo muy bien mostraros utilidades no apropiadas, pero os desafío á que me presenteis en el mundo entero un solo *valor* que no tenga propietario.

á parar al dominio *comun* y *gratuito*, es precisamente la que debe llamar siempre la atencion del hombre de Estado y del economista. Sin esto, en lugar de penetrar y comprender los grandes resultados que afectan y elevan la humanidad, la ciencia queda en presencia de una cosa completamente contingente, movible, tendiendo á disminuir, sino á desaparecer; de una simple relacion, del Valor en una palabra; sin apercibirlo, se deja ir á considerar solamente la molestia, el obstáculo, el interés del productor, y lo que es peor, á confundirlo con el interés público, es decir, á tomar justamente el mal por el bien, y á ir á caer, bajo la direccion de los Saint Chomans y los Sismondi, á la utopia socialista ó á la antinomia Proudhoniana.

Y luego esta línea de demarcacion entre las dos utilidades ¿no es enteramente quimérica, arbitraria, imposible? ¿Cómo quereis separar así la cooperacion de la naturaleza y la del hombre, cuando se mezclan, se combinan, se confunden por todas partes, mucho mas, cuando la una tiende incesantemente á reemplazar á la otra, y cuando en esto justamente consiste el progreso? Si la ciencia económica, tan árida bajo ciertos aspectos, eleva y encanta la inteligencia bajo otras relaciones, es precisamente porque describe las leyes de esta asociacion entre el hombre y la naturaleza; porque muestra la utilidad gratuita sustituyéndose cada vez mas á la utilidad onerosa, la proporcion de los goces del hombre aumentándose con respecto á sus fatigas, el obstáculo reduciéndose sin cesar, y con él el valor; las perpétuas decepciones del productor mas que compensadas por el bienestar creciente de los consumidores, la riqueza natural, es decir, *gratuita* y *comun*, viniendo á ocupar el lugar de la riqueza *personal* y *apropiada*. ¡Qué! ¡se ha de escluir de la economía política lo que constituye su religiosa armonía!

El aire, el agua, la luz son gratuitos, decís. Es verdad, y si no gozásemos de ellos sino bajo su forma primitiva, si no los hiciésemos concurrir á ninguno de nuestros trabajos, podríamos escluirlos de la economía política, como escluimos de ella la utilidad posible y probable de los cometas. Pero observad al hombre en el punto de donde partió, y en el punto á donde ha llegado. Primero, no sabia hacer concurrir sino imperfectamente al agua, al aire, á la luz y á los demás agentes naturales. Cada una de estas satisfacciones era comprada con grandes esfuerzos personales, exigia una grandísima proporcion de trabajo, no podia cederse sino como un gran servicio, representaba en una palabra

mucho *valor*. Poco á poco, este agua, este aire, esta luz, la gravitacion, la elasticidad, el calórico, la electricidad, la vida vegetal han salido de esta inercia relativa. Se han mezclado cada vez mas en nuestra industria. Se han sustituido al trabajo humano. Han hecho gratuitamente lo que este hacia á título oneroso. Han destruido el valor sin perjudicar á las satisfacciones. Para hablar en lenguaje vulgar, lo que costaba cien francos, no cuesta mas que diez, lo que exigía diez dias de trabajo, no exige mas que uno. Todo este valor destruido ha pasado del dominio de la Propiedad al de la Comunidad. Una porcion considerable de esfuerzos humanos ha quedado sin ocupacion y se halla disponible para otras empresas; así es como con trabajo igual, servicios iguales, y valores iguales la humanidad ha ensanchado prodigiosamente el círculo de sus goces, ¡y decís que debo eliminar de la ciencia esta utilidad gratuita, comun, que sola esplica el progreso tanto en altura como en superficie, si puedo espresarme así, tanto en bienestar como en igualdad!

Concluyamos que pueden darse y que se dan lègitimamente dos sentidos á la palabra Riqueza:

La *Riqueza efectiva*, verdadera, que realiza satisfacciones, ó la suma de Utilidades que el trabajo humano, ayudado por el concurso de la naturaleza, pone al alcance de las sociedades.

La *Riqueza relativa*, es decir, la parte proporcional de cada uno en la Riqueza general, parte que se determina por el Valor.

He aquí, pues, la ley Armónica contenida en esta palabra:

Por el trabajo, la accion de los hombres se combina con la accion de la naturaleza.

La Utilidad resulta de esta cooperacion.

Cada uno toma de la utilidad general una parte proporcional al valor que crea, es decir, á los servicios que presta,—es decir en definitiva, á la utilidad creada (1).

Moralidad de la riqueza. Acabamos de estudiar la riqueza bajo el punto de vista económico: acaso no sea inútil decir alguna cosa sobre sus efectos morales.

En todas las épocas, la riqueza, bajo el punto de vista moral, ha sido asunto de controversia. Ciertos filósofos,

(1) Lo que sigue es un principio de nota complementaria encontrado en los papeles del autor.

(Nota del editor francés.)

ciertas religiones han ordenado despreciarlas; otras han ponderado principalmente la mediania. *Aurea mediocritas.* Son muy pocos, si hay algunos, los que hayan admitido, como moral, una aspiracion ardiente hácia los goces de la fortuna.

¿Quién se engaña? ¿Quién tiene razon? No corresponde á la economía política tratar este asunto de moral individual. Diré solamente: Siempre me inclino á creer que, en las cosas que son del dominio de la práctica universal, los teóricos, los sábios, los filósofos están mucho mas espuestos á engañarse que esa misma práctica universal, cuando en esta palabra, práctica, se comprenden no solamente las acciones de la generalidad de los hombres, sino tambien sus sentimientos y sus ideas.

¿Y qué nos manifiesta la práctica universal? Nos manifiesta á todos los hombres esforzándose para salir de la miseria, que es nuestro punto de partida; prefiriendo todos á la sensacion de la necesidad, la de la satisfaccion; á la desnudez, la riqueza; todos, digo, y aun con muy cortas escepciones, aquellos mismos que declaman contra ella.

La aspiracion á la riqueza es inmensa, constante, universal, indomable; ha triunfado en casi todo el globo de nuestra nativa aversion al trabajo; se manifiesta, dígase lo que se quiera, con un carácter de baja avidez, mas bien entre los salvages y bárbaros que en los pueblos civilidos. Todos los navegantes que partieron de Europa en el siglo décimo octavo, imbuidos en las ideas, puestas en boga por Rousseau, de que iban á encontrar en las Antillas al hombre de la naturaleza, al hombre desinteresado, generoso, hospitalario, quedaron sorprendidos de la rapacidad que devoraba á estos hombres primitivos. En nuestros dias han podido observar nuestros militares lo que debia pensarse del desinterés tan ponderado de las tribus árabes.

Por otra parte, la opinion de todos los hombres, aun de los que no conforman á ella su conducta, conviene en honrar el desinterés, la generosidad, el imperio sobre sí mismo, y en censurar ese amor desordenado á las riquezas por el que no retrocedemos ante ningun medio de procurárnoslas.—En fin, la misma opinion rodea de estimacion á aquel que, sea cualquiera la condicion en que se encuentre, aplica su trabajo perseverante y honrado á mejorar su suerte, á elevar la condicion de su familia.—De este conjunto de hechos, de ideas y de acontecimientos, es de donde parece debe deducirse el juicio que ha de formarse

sobre la riqueza, bajo el punto de vista de la moral individual.

Primeramente debemos reconocer que el móvil que nos impele hácia ella está en la naturaleza; es de creacion providencial, y por consiguiente *moral*. Reside en esa desnudez primitiva y general, que sería el lote de todos, si no crease en nosotros el deseo de libertarnos de ella.—Debemos reconocer en segundo lugar que los esfuerzos que hacen los hombres para salir de esta desnudez primitiva, con tal que se mantengan en los límites de la justicia, son respetables y estimables, puesto que son universalmente respetados y estimados. No hay nadie, por otra parte, que no convenga en que el trabajo lleva en sí mismo un carácter moral. Esto se espresa por el siguiente proverbio, que es de todos los paises: La ociosidad es madre de todos los vicios. Y se incurriria en una contradiccion chocante, si se dijese, por una parte, que el trabajo es indispensable para la moralidad de los hombres, y, por otra, que estos hombres son inmorales cuando tratan de realizar la riqueza por el trabajo.

Debemos reconocer, en tercer lugar, que la aspiracion á la riqueza, llega á ser inmoral cuando nos hace traspasar los límites de la justicia, y tambien que la avidez se hace mas impopular á medida que los que se abandonan á ella son mas ricos.

Tal es el juicio formado, no por algunos filósofos ó algunas sectas, sino por la universalidad de los hombres, y yo lo respeto.

Observaré, sin embargo, que este juicio puede no ser el mismo hoy que en la antigüedad, sin que haya en ello contradiccion.

Los Esenios, los Estóicos vivian en una sociedad en donde la riqueza era siempre el premio de la opresion, del pillage y de la violencia. No solamente era inmoral en si misma, sino que por la inmoralidad de los medios de adquisicion, revelaba la inmoralidad de los hombres que la poseian. Una reaccion aunque exagerada contra los ricos y las riquezas era muy natural. Los filósofos modernos que declaman contra la riqueza, sin tener en cuenta la diferencia de los medios de adquisicion, se creen Sénecas, Cristos. No son mas que papagayos que repiten lo que no comprenden.

Pero la cuestion que se propone la economía política se reduce á esta: ¿La riqueza es un bien moral ó un mal moral para la humanidad? ¿El desenvolvimiento progresivo

supone, bajo el punto de vista moral, un perfeccionamiento ó una decadencia?

El lector adivina ya mi respuesta, y comprende que he debido decir algunas palabras de la cuestion moral individual, para no incurrir en esta contradiccion ó mas bien en esta imposibilidad: lo que es una inmoralidad individual es una moralidad general.

Sin recurrir á la estadística, sin consultar los registros de nuestras cárceles, se puede resolver un problema que se anuncia en estos términos:

¿El hombre se degrada á medida que ejerce mas imperio sobre las cosas y la naturaleza, que la reduce á servirle, que se procura asi algun reposo, y que, emancipándose de las necesidades mas imperiosas de su organizacion, pueda sacar de la inercia, en que yacian, facultades intelectuales y morales, que no le han sido sin duda concedidas para permanecer en un eterno letargo?

¿El hombre se degrada á medida que se aleja, por decirlo asi, del estado mas inorgánico, para elevarse al estado mas espiritual á que puede aproximarse?

Proponer asi el problema es resolverlo.

Convendré sin dificultad en que cuando la riqueza se desarrolla por medios inmorales, tiene una influencia inmoral, como entre los Romanos.

Convendré tambien, en que cuando se desarrolla de una manera muy desigual, abriendo un abismo cada vez mas profundo entre las clases, tiene una influencia inmoral y crea pasiones subersivas.

Pero ¿sucede lo mismo cuando es el fruto del trabajo honrado, de convenciones libres, y se reparte de una manera uniforme entre todas las clases? Esto no puede verdaderamente sostenerse.

Sin embargo, los libros de los economistas están llenos de declamaciones contra los ricos.

No comprendo, en verdad, como estas escuelas, tan diversas bajo otros aspectos, pero tan unánimes en este, no se aperciben de la contradiccion en que incurren.

Por una parte, la riqueza, segun los gefes de estas escuelas tiene una accion deletérea, desmoralizadora, que degrada el alma, endurece el corazon, no deja sobrevivir sino el gusto de los goces depravados. Los ricos tienen todos los vicios. Los pobres tienen todas las virtudes. Son justos, sensatos, desinteresados, generosos; he aqui el tema adoptado.

Y por otra parte, todos los esfuerzos de la imaginacion

de los Socialistas, todos los sistemas que inventan, todas las leyes que quieren imponernos, tienden, si hemos de creerlos, á convertir la pobreza en riqueza. . . . .

Moralidad de la riqueza probada por esta máxima: El provecho del uno es el provecho del otro (1). . . . .

(1) Esta última indicacion del autor no está acompañada de ningun desarrollo. Pero diversos capítulos de este volúmen lo suplen. Véase principalmente *Propiedad y Comunidad*, *Relacion de la Economía Política con la Moral*, y *Solidaridad*.
(*Nota del editor francés.*)

VII

CAPITAL.

Las leyes económicas obran por el mismo principio, trátese de una numerosa aglomeracion de hombres, de dos individuos ó de uno solo condenado por las circunstancias á vivir en el aislamiento.

El individuo, si pudiese vivir por algun tiempo aislado, seria á la vez capitalista, empresario, obrero, productor y consumidor. Toda la evolucion económica se realizaria en él. Observando cada uno de los elementos que la componen: la necesidad, el esfuerzo, la satisfaccion, la utilidad gratuita y la utilidad onerosa, formaria una idea del mecanismo entero aunque reducido á su mayor sencillez.

Así, si hay alguna cosa evidente en el mundo es que aquel no podria confundir jamás lo que es gratuito con lo que exige esfuerzos. Esto envuelve contradiccion en los términos. Sabria muy bien cuando una materia ó una fuerza le eran suministradas por la naturaleza, sin la cooperacion de su trabajo, aun cuando se mezclasen con este para hacerlo mas fructuoso.

El individuo aislado no pensaria jamás en pedir una cosa á su trabajo en tanto que pudiese recojerla directamente de la naturaleza. No iria por agua á una legua de distancia, si tenia un manantial cerca de su choza. Por la misma razon, siempre que tuviese que intervenir su trabajo, procuraria sustituirle con la mayor parte posible de colaboracion natural.

Por eso, si construia una canoa, la haria de la madera mas ligera, á fin de aprovecharse del peso del agua. Se esforzaria en adaptarle una vela, á fin de que el viento le ahorrase el trabajo de remar, etc.

Para hacer concurrir así fuerzas naturales, se necesitan instrumentos.

Aquí, se conoce que el individuo aislado tendrá un cálculo que hacer. Se propondrá esta cuestion: Ahora obtengo una satisfaccion con un esfuerzo dado; cuando esté en posesion del instrumento ¿obtendré la misma satisfaccion con un esfuerzo menor, agregando al que me resta que hacer el que exige la confeccion del instrumento mismo?

Ningun hombre quiere disipar sus fuerzas por el placer de disiparlas. Nuestro Robinson no se dedicará, pues, á la confeccion del instrumento, sino en tanto que vea al cabo una economía definitiva de esfuerzos con satisfaccion igual, ó un aumento de satisfacciones con esfuerzos iguales.

Una circunstancia que influye mucho en el cálculo es el número y la frecuencia de los productos á cuya formacion deba concurrir el instrumento mientras dure. Robinson tiene un primer término de comparacion. Es el esfuerzo actual, el que se ve obligado á ejecutar cada vez que quiere procurarse la satisfaccion directamente y sin ningun auxilio. Calcula los esfuerzos que le ahorrará el instrumento en cada una de estas ocasiones; pero necesita trabajar para hacer el instrumento, y este trabajo lo repartirá con el pensamiento entre el número total de circunstancias en que haya de servirse de él. Mientras mayor sea este número, mas poderoso será tambien el motivo determinante para hacer concurrir al agente natural. — En esta reparticion de un *adelanto* sobre la totalidad de los productos está el principio y la razon de ser del Interés.

Una vez decidido Robinson á fabricar el instrumento conoce que no bastan la buena voluntad y la ventaja que ha de reportar. Se necesitan instrumentos para hacer instrumentos; se necesita hierro para batir el hierro, y así sucesivamente, subiendo de dificultad en dificultad hasta llegar á una dificultad primera que parece invencible. Esto nos advierte la estrema lentitud con que los capitales han debido formarse en el principio, y en qué proporcion enorme seria solicitado el esfuerzo humano para cada satisfaccion.

No es esto todo. Para hacer los instrumentos de trabajo, aunque se tengan los útiles necesarios, se necesitan tambien *materiales*. Si son suministrados gratuitamente por la naturaleza, como la piedra, todavia se necesita reunirlos, lo que

es una molestia. Pero casi siempre la posicion de estos mariales supone un trabajo anterior, largo y complicado, como si se trata de elaborar lana, lino, hierro, plomo, etc.

Aun no es esto todo. Mientras que el hombre trabaja así, con el único objeto de facilitar su trabajo ulterior, no hace nada para satisfacer sus necesidades actuales. Este es un órden de fenómenos en que la naturaleza no ha querido que haya interrupcion. Todos los dias se necesita comer, vestirse, y ponerse á cubierto de la intemperie. Robinson comprenderá, pues, que no puede emprender nada, con objeto de hacer concurrir fuerzas naturales, como no haya acumulado de antemano *provisiones*. Es necesario que cada dia despliegue doble actividad en la caza, que reserve una parte de lo que coja, luego que se imponga privaciones, á fin de disponer del tiempo necesario para la ejecucion del instrumento de trabajo que proyecta. En estas circunstancias es mas que verosimil que su pretension se limite á hacer un instrumento imperfecto y grosero, es decir, muy poco á propósito para cumplir su destino.

Mas tarde, todas las facilidades se aumentan de concierto. La reflexion y la esperiencia habrán enseñado á nuestro isleño á operar mejor; el primer instrumento mismo le proporcionará los medios de fabricar otros y acumular provisiones con mas prontitud.

Instrumentos, materiales, provisiones, he aqui á lo que sin duda Robinson llamará su *capital*; y reconocerá fácilmente que á medida que este capital sea mas considerable, mejor dominará las fuerzas naturales, las hará concurrir mejor á sus trabajos, y aumentará mas, por último, la relacion de sus satisfacciones con sus esfuerzos.

Coloquémonos ahora en el seno del órden social. El capital se compondrá tambien de instrumentos de trabajo, de materiales y de provisiones, sin los cuales ni en la sociedad ni en el aislamiento puede emprenderse nada que exiga cierto espacio de tiempo. Los que se encuentren en posesion de este capital no lo tendrán sino porque lo hayan creado por sus esfuerzos ó por sus privaciones, y no habrán hecho estos esfuerzos (estraños á las necesidades actuales), no se habrán impuesto estas privaciones sino teniendo á la vista ventajas ulteriores, con objeto, por ejemplo, de hacer concurrir en adelante una porcion mayor de fuerzas naturales. Por parte de los poseedores, ceder este capital será privarse de la ventaja deseada, será ceder esta ventaja á otros, será prestar *servicios*. Esto supuesto, ó hay que renunciar á los elementos mas sencillos de justicia, y aun renunciar á

razonar, ó hay que reconocer que tendrán perfectamente el derecho de no hacer esta cesion sino en cambio de un *servicio* libremente debatido, voluntariamente consentido. No creo que se encuentre un solo hombre sobre la tierra que contradiga la *mutualidad de los servicios*, pues mutualidad de servicios significa en otros términos equidad. ¿Se dirá que la convencion no debe ser *libre*, porque el que tiene capitales está en disposicion de imponer la ley al que no los tiene? ¿Y cómo deberá efectuarse aquella? ¿En qué puede reconocerse la *equivalencia de los servicios*, sino es cuando por una y otra parte se acepta voluntariamente el cambio? ¿No se vé además que el prestamista, libre para hacerlo, no consentirá en resolverlo, sino tiene ventaja en aceptar, y sabe que el préstamo no puede empeorar jamás su condicion? Evidentemente la cuestion que se proponga será esta. ¿El empleo de este capital me dará ventajas que hagan mas que compensar las condiciones que se me imponen? ó bien: ¿El esfuerzo que me veo ahora obligado á hacer, para obtener una satisfaccion dada, es seperior ó inferior á la suma de los esfuerzos que habré de hacer por causa del préstamo, primeramente para realizar los servicios que me son pedidos, y despues para alcanzar aquella satisfaccion con la ayuda del capital prestado?—Y si, comprendido y considerado todo, no hay ventaja, no tomará el préstamo, conservará su posicion; y en esto ¿qué daño se le causa? Podrá engañarse, se dirá. Sin duda. Puede uno engañarse en todas las convenciones imaginables. ¿Se dirá acaso que no debe haber ninguna de ellas libre? Llégueses hasta ese punto y digásenos qué ha de colocarse en lugar de la libre voluntad, del libre consentimiento. ¿Será la coaccion? Porque yo no conozco mas que la coaccion fuera de la libertad. No, se dice, será el juicio de un tercero. Lo admito con tres condiciones. Que la decision de este personaje, sea cualquiera el nombre que se le dé, no se ejecute por la coaccion. La segunda que sea infalible, pues para reemplazar una felibilidad por otra, no merece la pena la variacion, y desconfio menos de la del interesado que de otra cualquiera. Por último, la tercera condicion es que este personaje no exija retribucion; pues seria una manera singular de manifestar simpatía al prestamista quitarle primero su libertad y poner despues una carga mas sobre los hombros en compensacion de este filantrópico servicio. Pero dejemos la cuestion de derecho, y volvamos á la economía política.

Un capital, que se compone de materiales, de provisiones ó de instrumentos, presenta dos aspectos: la Utilidad y

el Valor. Hubiera espuesto muy mal la teoría del valor, si el lector no comprendiese que el que cede un capital no se hace pagar mas que su *valor*, es decir, el servicio prestado por su medio, es decir, el trabajo ejecutado por el cedente combinado con el trabajo ahorrado al cesionario. Un capital, en efecto, es un producto como cualquiera otro. No toma este nombre sino á causa de su destino ulterior. Es una gran ilusion creer que el capital consiste en una cosa existente por sí misma. Un saco de trigo es un saco de trigo, aun cuando, segun los puntos de vista, uno lo venda como renta y otro lo compre como capital. El cambio se opera bajo este principio invariable: valor por valor, servicio por servicio; y todo lo que entra en la cosa de utilidad gratuita se da sin comprenderse en el precio, en atencion á que lo gratuito no tiene valor, y que solo el valor figura en las convenciones. En esto, las relativas á los capitales no difieren en nada de las demás.

De aquí resultan en el órden social fenómenos admirables, y que solo puedo indicar ahora. El hombre aislado no tiene capital sino cuando ha reunido materiales, provisiones é instrumentos. No sucede lo mismo al hombre social. A este le basta haber prestado *servicios*, y tener así la facultad de retirar de la sociedad, por el aparato del cambio, servicios equivalentes. Lo que llamo aparato del cambio es la moneda, los billetes á la órden, los billetes de banco y aun los banqueros. Cualquiera que ha prestado un *servicio* y no ha recibido todavía la *satisfaccion* correspondiente es poseedor de un título, ya provisto de valor como la moneda, ya fiduciario como los billetes de banco, que le da la facultad de retirar del medio social, cuando quiera, donde quiera, y en la forma que quiera, un *servicio* equivalente. Lo que no altera en nada, ni en los principios, ni en los efectos, ni bajo el punto de vista del derecho, la gran ley que trato de dilucidar: *Los servicios se cambian por servicios*. Sigue siendo la permuta embrionaria que se ha desarrollado, aumentado, complicado, sin perder su carácter primitivo.

El poseedor del título puede pues retirar de la sociedad, segun quiera, ya una satisfaccion inmediata, ya un objeto que, con respecto á él, tenga el carácter de un capital; de lo que no se ocupa de modo alguno el cedente. Se examina la *equivalencia de servicios* y nada mas.

Puede tambien ceder su título á otro para hacer de él lo que quiera, con la doble condicion de *restitucion* y de un *servicio* en tiempo determinado. Si se penetra en el fondo

de las cosas, se ve que en este caso el cedente *se priva* en favor del cesionario, ó de una satisfaccion inmediata que aplaza para muchos años, ó de un instrumento de trabajo que hubiera aumentado sus fuerzas, haciendo concurrir á los agentes naturales, y aumentado tambien en provecho suyo la relacion de las satisfacciones con los esfuerzos. Se priva de estas ventajas para cederlas á otro. Esto es ciertamente prestar *servicio*, y no puede admitirse en buena equidad que este servicio no tenga derecho á la mutualidad. La restitucion pura y simple al cabo de un año no puede considerarse como la remuneracion de este servicio especial. Los que la sostienen no comprenden que no se trata aquí de una venta, en la que, como la entrega es inmediata, la remuneracion es tambien inmediata. Se trata de un plazo. Y este plazo, *por sí solo*, constituye un servicio especial, puesto que impone un sacrificio al que lo concede, y confiere una ventaja al que lo pide. Hay, pues, lugar á remuneracion, ó hemos de renunciar á la ley suprema de la sociedad: *servicio por servicio*. Esta remuneracion toma diversas denominaciones segun las circunstancias, *alquiler, arrendamiento, renta,* pero su nombre genérico es *Interés* (1).

Asi, ¡cosa admirable! á causa del maravilloso mecanismo del cambio, todo *servicio* es ó puede llegar á ser un capital. Si varios obreros han de empezar dentro de diez años un camino de hierro no podemos ahorrar, desde hoy y en especie, el trigo que los ha de alimentar, el lino con que se han de vestir, y las carretillas de que se servirán durante esta larga operacion. Pero podemos ahorrar y trasmitirles el *valor* de estas cosas. Para ello basta prestar á la sociedad *servicios* actuales, y no retirar de ella sino títulos, los cuales dentro de diez años se convertirán en trigo y en lino. Ni aun es indispensable que dejemos dormir improductivamente estos títulos durante ese tiempo. Hay negociantes, hay banqueros, hay ruedas en la sociedad que prestan por servicios al servicio de imponerse estas privaciones en nuestro lugar.

Todavia es mas sorprendente el que podamos hacer la operacion inversa, por imposible que parezca á primera vista. Podemos convertir en instrumentos de trabajo, en camino de hierro, en casas, un capital que no ha nacido todavia, utilizando asi *servicios* que no se prestarán hasta el siglo XX. Hay banqueros que hacen el adelanto de ellos con la fé de que los trabajadores y los viajeros de la tercera ó la

(1) Veáse mi folleto titulado *Capital y Renta*.

cuarta generacion los pagarán; y estos títulos sobre el porvenir se trasmiten de mano en mano sin quedar jamás improductivos. No pienso, lo confieso, que los inventores de sociedades artificiales, por muy numerosos que sean, imaginen nunca nada mas sencillo y mas complicado á la vez, mas ingenioso y mas equitativo. Seguramente renunciarian á sus insulsas y pasadas utopias, si conociesen las bellas Armonias de la mecánica social instituida por Dios. Un rey de Aragon investigaba tambien qué parecer le daria á la Providencia sobre la mecánica celeste, si hubiese sido llamado á sus consejos. No fué Newton quien concibió este pensamiento impío.

Pero debemos decirlo, todas las trasmisiones de servicios de un punto á otro punto del espacio y del tiempo descansan en la proposicion *que conceder plazo es prestar servicio*: en otros términos, en la legitimidad del Interés. El hombre que en nuestros dias ha querido suprimir el interés no ha comprendido que llevaba el cambio á su forma embrionaria, la permuta, la permuta actual sin porvenir y sin pasado. No ha comprendido que creyéndose mas avanzado era el mas retrógado de los hombres, puesto que reconstruia la sociedad en su forma mas primitiva. Queria la *mutualidad de los servicios*, segun decia. Pero empezaba por quitar el carácter de *servicios* justamente á esa naturaleza de *servicios* que reune, liga, y hace solidarios todos los lugares y todos los tiempos. De todos los socialistas él es el que, á pesar de la audacia de sus aforismos de efecto, ha comprendido mejor y ha respetado mas el órden actual de las sociedades. Sus reformas se limitan á una sola que es negativa. Consiste en suprimir en la sociedad la rueda mas poderosa y mas maravillosa.

He esplicado en otra parte la *legitimidad* y la *perpetuidad* del interés. Me limitaré á recordar aquí:

1.° Que la legitimidad del interés descansa en este hecho: *El que concede término presta servicio*. Luego el interés es legítimo, en virtud del principio *servicio por servicio*.

2.° Que la perpetuidad del interés descansa en este otro hecho: *El que toma prestado debe restituir íntegramente al vencimiento*. Si la cosa ó el valor se restituye á su propietario, la puede prestar de nuevo. Le será devuelta por segunda vez, y la podrá prestar por tercera, y asi en adelante *perpétuamente*. ¿Cuál de los tomadores á préstamo sucesivos y voluntarios tiene derecho á quejarse?

Puesto que la legitimidad del interés se ha contradicho en estos últimos tiempos para asustar al capital, y determinarlo

á ocultarse ó á huir, permítaseme manifestar cuán insensata es esta estraña cruzada.

Y primeramente ¿no seria tan absurdo como injusto que la remuneracion fuese idéntica, ya se pidiese y se obtuviese un año, dos años, diez años de término ó no se acordase ninguno? Si desgraciadamente por la influencia de la doctrina, llamada egalitaria, nuestro Código lo exigiese asi, quedaria suprimida en el instante mismo toda una categoría de convenciones humanas. Habria todavia *permutas*, *ventas al contado*, pero no habria *ventas á plazo* ni *préstamos*. Los egalitarios descargarian á los que toman prestado del peso del interés, es cierto, pero imposibilitando el préstamo. Por el mismo sistema se puede tambien librar á los hombres de la incómoda necesidad de pagar lo que compran. No hay mas que prohibirles comprar, ó lo que es lo mismo, hacer que declare la ley que los *precios* son ilegítimos.

El principio egalitario tiene algo de egalitario en efecto. En primer lugar impediria que se formase el capital; porque ¿quién querria ahorrar cuando sabia que no habia de sacar partido alguno de sus ahorros? despues reduciría los salarios á cero; porque donde no hay capital (instrumentos, materiales y provisiones) no podria haber ni trabajo de porvenir ni salarios. Asi llegariamos muy pronto á la mas completa de las igualdades, la de la nada.

Pero ¿qué hombre puede haber tan ciego que no comprenda que el plazo es *por sí mismo* una circunstancia *onerosa*, y por consiguiente remunerable? Aun fuera del préstamo ¿no se esfuerzan todos por abreviar los plazos? Este es efectivamente el objeto de nuestras meditaciones continuas. Todo empresario tiene en gran consideracion la época en que ha de recojer sus adelantos. Vende mas ó menos caro, segun está próxima ó lejana esa época. Para permanecer indiferente sobre este punto, habria que desconocer que el capital es una fuerza, por que si se cree así, se desea que realice lo mas pronto posible la obra en que está empleada, para emplearla en una obra nueva.

Muy pobres deben ser los economistas que creen que no pagamos el interés de los capitales sino cuando los tomamos á préstamo. La regla general, fundada en la justicia, es que el que recoje la satisfaccion debe soportar siempre las cargas de la produccion, *comprendidos los plazos*, ya se preste el servicio á si mismo, ya lo reciba de otro. El hombre aislado, que no celebra contratos con nadie, consideraria como *onerosa* toda circunstancia que le privase de sus ar-

mas por espacio de un año. ¿Porqué pues no se ha de considerar como onerosa una circunstancia análoga en la sociedad? Y si un hombre se somete á ella voluntariamente en provecho de otro, que estipula voluntariamente una remuneracion, ¿dónde está la ilegitimidad de esta remuneracion?

Nada se haria en el mundo, no se realizaria ninguna empresa que exigiese adelantos, no se plantaria, ni se sembraria, ni se labraria, si no se considerase el plazo, *por sí mismo*, como una circunstancia *onerosa*, tratada y remunerada como tal. El consentimiento universal es tan unánime en este punto, que no hay un cambio en que no domine este principio. Los plazos, las dilaciones entran en la apreciacion de los *servicios*, y por consiguiente en la constitucion del *valor*.

Asi, en la cruzada contra el interés, los egalitarios desprecian, no solamente las nociones mas sencillas de equidad, no solamente su propio principio: *servicio por servicio*, sino tambien la autoridad del género humano y la práctica universal. ¿Cómo se atreven á ostentar el desmedido orgullo que supone semejante pretension? ¿Y no es cosa muy estraña y muy triste que unos sectarios tomen esta divisa implícita y muchas veces esplícita: desde el principio del mundo todos los hombres se engañan menos yo? *Omnes, ego non*.

Perdóneseme el haber insistido sobre la legitimidad del interés fundado en este axioma: *puesto que el plazo cuesta, es necesario que se pague*, una vez que *costar* y *pagar* son correlativos. La falta está en el espíritu de nuestra época. Debemos colocarnos al lado de las verdades vitales, admitidas por el género humano, pero conmovidas por algunos innovadores fanáticos.—Para un escritor que aspira á presentar un conjunto armonioso de fenómenos, es penoso, comprendase bien, tener que interrumpirse á cada instante para dilucidar las nociones mas elementales. ¿Hubiera podido Laplace esponer en toda su sencillez el sistema del mundo planetario, si entre sus lectores no hubiese habido nociones comunes y reconocidas; si para probar que la tierra gira, hubiese tenido que enseñar préviamente la numeracion?—Tal es la dura alternativa del Economista de nuestra época. Si no analiza los elementos, no es comprendido; y si los esplica, el torrente de los detalles hace perder de vista la sencillez y belleza del conjunto.

Y verdaderamente puede considerarse como una felicidad para la humanidad que el interés sea legítimo.

Sin esto se veria colocada, ella tambien, en una dura alternativa: Perecer siendo justa, ó progresar por la injusticia.

Toda industria es un conjunto de esfuerzos. Pero entre estos esfuerzos hay que hacer una distincion esencial. Los unos se refieren á los servicios que se tratan de prestar actualmente, los otros á una série indefinida de servicios análogos. Me esplicaré.

La molestia que en un dia se toma el aguador debe serle pagada por los que se aprovechan de esta molestia; pero la que se ha tomado para hacer su carreton y su cuba debe repartirse, en cuanto á la remuneracion entre un número indeterminado de consumidores.

Así mismo, el arado, la siembra, la siega, etc., no se refieren sino á la cosecha actual; pero las cercas, los desmontes, los beneficios conciernen y facilitan una série indeterminada de cosechas ulteriores.

Segun la ley general *Servicio por servicio*, aquellos que deben reportar la satisfaccion tienen que restituir los esfuerzos que se han hecho para ellos. En cuanto á los esfuerzos de la primera categoría, no hay dificultad. Se ajustan y se *evaluan* entre el que los presta y el que se aprovecha de ellos. Pero ¿cómo se *evaluarán* los servicios de la segunda categoría? ¿Cómo se repartirán en justa proporcion los adelantos permanentes, los gastos generales, el capital fijo, como dicen los economistas, en toda la série de satisfacciones que están destinados á realizar? ¿Por qué procedimiento se repartirá el peso de una manera equitativa entre todos los compradores de agua hasta que el carreton se gaste, entre todos los compradores de trigo, mientras el campo lo suministre?

No sé como se resolveria el problema en Icaria ó en el Falansterio. Pero puede creerse que los señores inventores de sociedades, tan fecundos en arreglos artificiales y tan dispuestos á imponerlos por la ley, es decir, que convengan ó no, por la Coaccion, no imaginarian una solucion mas ingeniosa que el procedimiento puramente natural, que los hombres han encontrado por sí mismos (¡qué audaces!) desde el principio del mundo, y que quisieran hoy prohibírles. El procedimiento es el siguiente: dimana de la ley del *Interés*.

Supongamos que se han empleado mil francos en mejoras del terreno, supongamos que la tasa del interés es cinco por ciento y la cosecha media cincuenta hectólitros. En vista de estos datos, cada hectólitro deberá gravarse con un franco.

Este franco es evidentemente la recompensa legítima de un *servicio* real prestado por el propietario (que puede llamarse trabajador), tanto al que adquiera un hectólitro de trigo dentro de diez años como al que lo compre hoy. No se falta, pues, aquí á la ley de estricta justicia.

Y si la mejora del terreno, ó el carreton y la cuba no deben tener sino una duracion aproximadamente apreciable, viene á agregarse una amortizacion al interés á fin de que el propietario no salga perjudicado y pueda empezar de nuevo. En esto domina tambien la ley de justicia.

No se crea que este franco de interés con que está gravado cada hectólitro de trigo sea invariable. No, representa un valor y está sometido á la ley de los valores. Aumenta ó disminuye segun la variacion de la oferta y la demanda, es decir, segun las exigencias de los tiempos y el mayor bien de la sociedad.

Se cree generalmente que esta naturaleza de remuneracion tiende á aumentarse, sino en cuanto á las mejoras industriales, al menos en cuanto á las mejoras territoriales. Admitiendo que esta renta fuese equitativa en su orígen, se dice, concluye por hacerse abusiva, porque el propietario, que permanece en adelante con los brazos cruzados, la ve aumentar de año en año, por el solo hecho del aumento de la poblacion, que supone un aumento en el pedido de trigo.

Convengo en que existe esta tendencia, pero no es especial á la renta territorial, sino comun á todos los géneros de trabajo. No hay uno, cuyo valor no se aumente con la densidad de la poblacion, y el simple jornalero gana mas en París que en Bretaña.

Además, relativamente á la renta territorial, la tendencia que se señala está enérgicamente equilibrada por una tendencia opuesta, la del progreso. Una mejora realizada hoy por medios perfeccionados, obtenida con menos trabajo humano, y en un tiempo en que la tasa del interés ha bajado, impide á todas las antiguas mejoras elevar demasiado sus exigencias. El capital fijo del propietario, como el del fabricante, se deteriora con el tiempo, por la aparicion de instrumentos cada vez mas enérgicos de valor igual. Esta es una Ley magnífica que destruye la triste teoria de Ricardo; la espondremos con mas estension cuando tratemos de la propiedad territorial.

Observad que el problema de la reparticion de los servicios remuneratorios, debidos á las mejoras permanentes, no podia resolverse sino por la ley del *interés*. El propietario no podia repartir el Capital mismo entre cierto número

de adquirentes sucesivos; porque ¿en dónde se detendria, puesto que el número de aquellos es indeterminado? Los primeros hubieran pagado por los últimos, lo que no es justo. Por otra parte, llegaria un momento en que el propietario obtuviese á la vez el capital y la mejora, lo que tampoco lo es. Reconozcamos, pues, que el mecanismo social natural es bastante ingenioso para que podamos dispensarnos de sustituirle un mecanismo artificial.

He presentado el fenómeno en su forma mas sencilla, á fin de que se comprenda mejor su naturaleza. En la práctica las cosas no pasan completamente así.

El propietario no opera por sí mismo la reparticion, no es él quien decide que cada hectólitro de trigo sea gravado con un franco mas ó menos. Encuentra establecidas todas las cosas en el mundo, tanto el curso medio del trigo como la tasa del interés. Con presencia de estos datos decide el destino de su capital. Lo consagrará á la mejora del terreno, si calcula que el curso del trigo le permite volver á encontrar la tasa natural del interés. En el caso contrario, lo emplea en una industria mas lucrativa, y que por esto mismo ejerce sobre los capitales, en favor del interés social, mayor fuerza de atraccion. Esta marcha, que es la verdadera, llega al mismo resultado y presenta una Armonía mas.

El lector comprenderá que no me he encerrado en un hecho especial sino para dilucidar una ley general, á que están sometidas todas las profesiones.

Un abogado, por ejemplo, no puede reembolsar los gastos de su educacion, de su carrera, de su primer establecimiento,—supongamos unos veinte mil francos—con el primer litigante que se le presente. Además de que esto sería inicuo, sería impracticable; jamás se presentaria ese primer litigante, y nuestro Cuyacio tendría que imitar á aquel dueño de casa que, viendo que nadie se presentaba en su primer baile, decia: el año que viene empezaré por el segundo.

Lo mismo sucede con el médico, con el negociante, con el armador, con el artista. En toda carrera se encuentran las dos categorías de esfuerzos; la segunda exige imperiosamente la reparticion entre una clientela indeterminada, y desafío á cualquiera á que imagine una reparticion semejante fuera del mecanismo del *interés*.

En estos últimos tiempos se han hecho grandes esfuerzos para escitar las repugnancias populares contra el capital, el infame, el infernal capital; se le ha presentado á las masas

como un mónstruo devorador é insaciable, mas destructor que el cólera, mas espantoso que el motin, ejerciendo en el cuerpo social la accion de un bampiro cuyo poder de succion se multiplicase por si mismo. *Vires acquirit eundo.* La lengua de este mónstruo se llama renta, usura, alquiler, interés. Un escritor, que podia hacerse célebre por sus grandes facultades y que ha preferido serlo por sus paradojas, se ha complacido en arrojarlas en medio de un pueblo atormentado ya por la fiebre revolucionaria. Yo tambien tengo una aparente paradoja que someter al lector, y le ruego que examine si no es una grande y consoladora verdad.

Pero antes debo decir una palabra sobre la manera de que M. Proudhon y su escuela esplican lo que llaman ilegitimidad del interés.

Los capitales son instrumentos de trabajo. Los instrumentos de trabajo están destinados á hacer concurrir las fuerzas *gratuitas* de la naturaleza. Por la máquina de vapor nos apoderamos de la elasticidad de los gases; por el muelle de reló, de la elasticidad del acero; por el peso ó los saltos de agua, de la gravitacion; por la pila de Volta, de la rapidez de la chispa eléctrica; por la tierra, de las combinaciones químicas y físicas que se llaman vejetacion, etc. —Asi, confundiendo la Utilidad con el Valor, se supone que estos agentes naturales tienen un valor *que les es propio*, y que por consiguiente los que se apoderen de ellos se hacen pagar su uso, porque valor supone pago. Se imagina que los productos están gravados en primer lugar por los servicios del hombre, lo que se admite como justo, y en segundo por los servicios de la naturaleza, lo que se rechaza como inicuo. ¿Porqué, se dice, se exige el pago de la gravitacion, de la electricidad, de la vida vejetal, de la elasticidad, etc.?

La respuesta se encuentra en la teoría del *valor*. Esta clase de socialistas, que toman el nombre de Egalitarios, confunde el legítimo *valor* del instrumento, hijo de un servicio humano, con un resultado útil, siempre gratuito, con deduccion de este legitimo valor ó del interés relativo á él. Cuando remunero á un labrador, á un molinero, á una compañía de camino de hierro, no doy nada, absolutamente nada, por el fenómeno vejetal, por la gravitacion, por la elasticidad del vapor. Pago el trabajo humano que ha debido ejecutarse para construir los instrumentos por cuyo medio se ponen en accion estas fuerzas; ó lo que es mejor para mí, pago el interés de este trabajo. Presto servicio

por servicio, mediante lo cual la accion útil de estas fuerzas redunda toda en provecho mio gratuitamente. Lo mismo sucede en el cambio que en la simple permuta. La presencia del capital no modifica esta ley, pues el capital no es mas que una acumulacion de valores, de *servicios* que tienen la mision especial de hacer cooperar á la naturaleza.

Y ahora, hé aquí mi paradoja.

De todos los elementos que componen el valor total de un producto cualquiera, el que debemos pagar con mas gozo es ese elemento mismo que se llama interés de los adelantos ó del capital.

¿Y por qué? Porque este elemento no nos hace pagar *uno* sino ahorrándonos *dos*. Porque, por su presencia misma, prueba que han concurrido fuerzas naturales al resultado final sin exigir el pago de su concurso; porque resulta de aquí que la misma utilidad general se pone á nuestra disposicion, con la circunstancia de que cierta porcion de utilidad gratuita ha sustituido felizmente para nosotros, á otra porcion de utilidad onerosa, y para decirlo todo en una palabra, porque el producto ha bajado de precio. Lo adquirimos con una proporcion menor de nuestro propio trabajo, y sucede á la sociedad entera lo que le sucederia al hombre aislado, que hubiese realizado una invencion ingeniosa.

Supongamos un modesto obrero que gana cuatro francos al dia. Con dos francos, es decir, con medio jornal, compra un par de medias de algodon. Si quisiese adquirir estas medias directamente y por su propio trabajo, creo verdaderamente que su vida entera no bastaria para conseguirlo. ¿Cómo puede este medio jornal pagar todos los *servicios humanos* que se le han prestado con este motivo? Segun la ley de *servicio por servicio* ¿cómo no está obligado á entregar muchos años de trabajo?

Porque ese par de medias es el resultado de *servicios humanos*, cuya proporcion han disminuido enormemente los agentes naturales por medio del Capital. Nuestro obrero paga, sin embargo, no solamente el trabajo actual de todos los que han concurrido á la obra, sino tambien el interés de los capitales que han hecho concurrir á su realizacion á la naturaleza; y debe observarse que sin esta última remuneracion, ó si esta fuese considerada como ilegítima, el capital no hubiera solicitado los agentes naturales, no habria en el producto mas que utilidad onerosa, seria el resultado único del trabajo humano, y nuestro obrero se veria colocado otra vez en el punto de partida, esto es, en

la alternativa de privarse de las medias ó de pagarlas al precio de muchos años de trabajo.

Si nuestro obrero ha aprendido á analizar los fenómenos, seguramente se reconciliará con el Capital al ver todo lo que le debe. Se convencerá principalmente de que la gratuidad de los dones de Dios le ha sido reservada por completo, que estos dones aun le son prodigados con una liberalidad que no debe á su propio mérito, sino al bello mecanismo del órden social *natural*. El capital no es la fuerza vegetativa que hace germinar y florecer el algodon, sino el *trabajo* ejecutado por el plantador; el Capital no es el viento que infla las velas de la nave, ni el magnetismo que ha obrado en la brújula, sino el *trabajo ejecutado* por el velero y el óptico; el Capital no es la elasticidad del vapor que hace girar las brocas de la fábrica, sino el *trabajo ejecutado* por el constructor de máquinas. Vegetacion, fuerza de los vientos, magnetismo, elasticidad, todo esto es ciertamente gratuito; y hé aqui por qué las medias tienen tan poco valor. En cuanto á ese conjunto de trabajos ejecutados por el plantador, el velero, el óptico, el constructor, el marino, el fabricante, el negociante, se reparten, ó mas bien, en tanto sea el Capital el que obre, el interés se reparte entre los innumerables compradores de medias; y hé aquí por qué la porcion de trabajo cedido en cambio por cada uno de ellos es tan pequeña.

En verdad, reformadores modernos, cuando quereis reemplazar este órden admirable con un arreglo de vuestra invencion, hay dos cosas (que forman una sola) que me confunden; vuestra falta de fé en la Providencia y vuestra fé en vosotros mismos; vuestra ignorancia y vuestro orgullo.

De lo que precede resulta que el progreso de la humanidad coincide con la rápida formacion de los Capitales; pues decir que se forman nuevos capitales, equivale á decir en otros términos que obstáculos, combatidos otras veces onerosamente por el trabajo, son hoy combatidos gratuitamente por la naturaleza; lo cual se realiza, obsérvese bien, no en provecho de los capitalistas, sino en provecho de la comunidad. Siendo esto asi, el interés dominante de todos los hombres (entendiéndose bajo el punto de vista económico) está en favorecer la rápida formacion del capital. Pero el capital acrece, por decirlo asi, por sí mismo bajo la triple influencia de la actividad, de la frugalidad, y de la seguridad. No podemos ejercer accion directa sobre la actividad y la frugalidad de nuestros hermanos, sino por me-

dio de la opinion pública, por una inteligente dispensacion de nuestras antipatías y nuestras simpatías. Pero podemos mucho en cuanto á la seguridad, sin la que los capitales, lejos de formarse, se ocultan, huyen, se destruyen; y por eso se vé que hay algo parecido al suicidio en ese ardor que muestra algunas veces la clase obrera en turbar la paz pública. Ella debe penetrarse de que el Capital trabaja desde el principio en emancipar á los hombres del yugo de la ignorancia, de la necesidad, del despotismo. Espantar el Capital es remachar una triple cadena en los brazos de la Humanidad.

El *vires acquirit eundo* se aplica con una exactitud rigorosa al Capital y á su benéfica influencia. Todo capital que se forma deja necesariamente disponible trabajo, y la remuneracion de este trabajo. Lleva, pues, en sí mismo una potencia de progresion. Hay en él algo que se asemeja á la ley de la velocidad.—Y acaso sea esto lo que la ciencia ha dejado hasta hoy de oponer á esa otra progresion observada por Malthus. Es una Armonía de la que no podemos ocuparnos aquí. La reservamos para el capítulo de la Poblacion.

Debo prevenir al lector contra una objecion especiosa. Si la mision del capital, se dirá, consiste en hacer ejecutar por la naturaleza lo que se ejecutaba por el trabajo humano, sea cualquiera el bien que confiera á la humanidad, debe dañar á la clase obrera, especialmente á la que vive del salario; pues el número de brazos que deja disponibles activa la concurrencia que habrán de hacerse entre sí, y esta es sin duda la razon secreta de la oposicion que los proletarios hacen á los capitalistas. — Si la objecion fuese fundada, habria en efecto un tono discordante en la armonía social.

La ilusion consiste en que se pierde de vista esto: *El capital, á medida que estiende su accion, no deja disponible cierta cantidad de esfuerzos humanos sino dejando tambien disponible una cantidad de remuneracion correspondiente,* de tal manera que volviéndose á encontrar estos dos elementos, se satisfacen el uno por el otro. El trabajo no queda en la inercia; reemplazado en una obra especial por la energía gratuita, se dirige á otros obstáculos en la obra general del progreso, con tanta mas infalibilidad cuanto que su recompensa está ya preparada en el seno de la comunidad.

Y en efecto, volviendo al ejemplo que pusimos mas arriba, se vé fácilmente que el precio de las medias (como el

de los libros, de los trasportes y de todas las cosas) no disminuye bajo la accion del capital sino dejando entre las manos del comprador una parte del precio antiguo. Es este hasta un pleonasmo casi pueril; el obrero que paga 2 francos por lo que hubiera pagado 6 otras veces, tiene 4 francos de que disponer. Asi, en esta proporcion justamente se halla el trabajo humano que ha sido reemplazado por fuerzas naturales. Estas fuerzas son, pues, una pura y simple conquista, que no altera en nada la relacion del trabajo con la remuneracion disponible. Puede recordar el lector que la respuesta á esta objeccion habia sido preparada de antemano (página 61 y siguiente) cuando, observando al hombre en el aislamiento, ó bien reducido todavia á la ley primitiva de la permuta, lo disponia á mirar con desconfianza la ilusion tan comun que trato aqui de destruir.

Dejemos, pues, sin escrúpulo á los capitales crearse, multiplicarse segun *sus* propias tendencias y las del corazon humano. No vayamos á imaginarnos que cuando el rudo trabajador economiza para su vejez, cuando el padre de familia piensa en la carrera de su hijo ó en el dote de su hija, no ejercen esa noble facultad del hombre, la prevision, sino con perjuicio del bien general. Seria asi, las virtudes privadas estarian en antagonismo con el bien público, si hubiese incompatibilidad entre el Capital y el Trabajo.

Lejos de creer que la humanidad haya sido sometida á esta contradiccion, diremos mas, á esta imposibilidad (pues ¿cómo concebir el mal progresivo en el conjunto que resulta del bien progresivo de las fracciones?), habrá de reconocerse por el contrario, que la Providencia, en su justicia y en su bondad, ha reservado en el progreso una parte mas bella al Trabajo que al Capital, un estímulo mas eficaz, una recompensa mas liberal al que vierte actualmente el sudor de su frente que al que vive sobre el sudor de sus padres.

En efecto, estando sentado que todo aumento de capital va seguido de un aumento necesario de bienestar general, me atrevo á establecer como indestructible, en cuanto á la distribucion de este bienestar, el axioma siguiente:

« *A medida que los capitales se aumentan, la parte* absoluta *de los capitalistas en los productos totales aumenta y su parte* relativa *disminuye. Al contrario, los trabajadores ven aumentar su parte en los dos sentidos.* »

Haré que se comprenda mejor mi pensamiento con números.

Representemos los productos totales de la sociedad en

épocas sucesivas por los números 1,000, 2,000, 3,000, 4,000, etc.

Digo que la ganancia del capital descenderá sucesivamente de 50 por 100 á 40, 35, 30 por 100, y la del trabajo subirá de 50 por 100 á 60, 65, 70 por 100.—De tal manera sin embargo que la parte *absoluta* del capital sea siempre mayor en cada período, aunque su parte *relativa* sea menor.

Asi la particion se hará de la manera siguiente:

	Producto total.	Parte del capital.	Parte del trabajo.
Primer periodo.	1,000	500	500
Segundo periodo.	2,000	800	1,200
Tercer periodo.	3,000	1,050	1,950
Cuarto periodo.	4,000	1,200	2,800

Tal es la grande, admirable, consoladora, necesaria é *inflexible* ley del capital. Demostrarla es, me parece, condenar al descrédito esas declamaciones con que nos atruenan hace tanto tiempo los oidos contra la *avidez*, la *tiranía* del instrumento mas poderoso de civilizacion y de *igualdad* que sale de las facultades humanas.

Esta demostracion se divide en dos. Debe probarse primero que la parte *relativa* del capital va disminuyendo sin cesar.

No será larga esta tarea, pues se reduce á decir: *A medida que los capitales abundan, baja el interés.* Este es un punto de hecho incontestable y nunca contradicho. No solo lo esplica la ciencia, sino que salta á la vista. Las Escuelas mas escéntricas lo admiten; á la que se ha presentado especialmente como adversaria del *infernal* capital, le sirve de base de su teoría, pues de esa baja visible del interés es de lo que deduce su destruccion fatal; asi, dice, puesto que esta destruccion es fatal, puesto que debe llegar en un tiempo dado, puesto que envuelve la realizacion del bien absoluto, hay que acelerarla y decretarla.—No necesito refutar aqui estos principios y las conclusiones que de ellos se deducen. Pruebo solamente que todas las Escuelas economistas, socialistas, egalitarias y otras, admiten, en la práctica, que en el órden *natural* de las sociedades, el interés baja tanto mas, cuanto mas abundan los capitales. Aunque no quisieran admitirlo, no por eso el hecho seria menos cierto. El hecho tiene de su parte la autoridad de todo el género humano y la aquiescencia, involuntaria tal

vez, de todos los capitalistas del mundo. Todos saben que el interés de los capitales es menos elevado en España que en Méjico, en Francia que en España, en Inglaterra que en Francia, y en Holanda que en Inglaterra. Así, cuando el interés desciende de 20 por 100 á 15 por 100, y luego á 10, á 8, á 6, á 5, á 4 1|2, á 4, á 3 1|2, á 3 por 100, ¿qué quiere decir esto en la cuestion que nos ocupa? Quiere decir que el capital para su concurso en la obra industrial, en la realizacion del bienestar, se contenta, ó si se quiere, se ve obligado á contentarse, con una parte cada vez mas reducida á medida que se aumenta. ¿Entraba por una tercera parte en el valor del trigo, de las casas, de los linos, de los buques, de los canales? En otros términos, ¿iba una tercera parte á los capitalistas y las otras dos á los trabajadores? Poco á poco los capitalistas no reciben sino una cuarta parte, una quinta, una sesta; su parte *relativa* va disminuyendo; la de los trabajadores aumenta en la misma proporcion, y la primera parte de mi demostracion está concluida.

Me resta probar que la parte *absoluta* del capital aumenta sin cesar. Es muy cierto que el interés tiende á bajar. Pero ¿cuándo y por qué? Cuándo y por qué el capital aumenta. Es, pues, muy posible que el producto total aumente, aunque *el tanto por ciento* disminuya. Un hombre tiene mas rentas con 200,000 francos á 4 por 100 que con 100,000 francos á 5 por 100, aunque en el primer caso haga pagar menos caro á los trabajadores el uso del capital. Lo mismo sucede con una nacion y con la humanidad entera. Así, digo que *el tanto por ciento* en su tendencia á bajar, no debe ni puede seguir una progresion de tal manera rápida, que la *suma total* de los intereses sea menor cuando los capitales abundan que cuando están escasos. Admito que si el capital de la humanidad está representado por 100 y el interés por 5, — este interés no sea mas que 4 cuando el capital se eleve á 200.—Aquí se ve la simultaneidad de los dos efectos. Menor parte *relativa*, mayor parte *absoluta*.— Pero no admito, en la hipótesis, que la elevacion del capital de 100 á 200 pueda hacer bajar el interés de 5 por 100 á 2, por ejemplo. — Porque, si esto fuese así, el capitalista que tuviese 5,000 francos de renta con 100,000 francos, no tendria mas que 4,000 con 200,000 de capital.—Resultado contradictorio é imposible, anomalía estraña que encontraría el mas sencillo y mas agradable de todos los remedios; pues entonces para aumentar nuestras rentas, bastaría que nos comiésemos la mitad de

nuestro capital. ¡Epoca fantástica y feliz, en la que nos seria dado enriquecernos empobreciéndonos!

No debe pues perderse de vista que la combinacion de estos dos hechos correlativos: aumento de capital, rebaja del interés, se realiza *necesariamente* de tal suerte que el producto total aumenta sin cesar.

Y diré de paso que esto destruye de una manera radical y absoluta la ilusion de los que se imaginan que porque el interés baja tiende á desaparecer completamente. De aqui resultaria que habria de llegar un dia en que se desarrollara hasta tal punto el capital que no produjese nada á sus poseedores. Pueden tranquilizarse; antes de este tiempo, los capitalistas se apresurarán á disipar sus fondos para que vuelva á aparecer la renta.

Asi, la gran ley del Capital y del Trabajo, en lo que concierne á la particion del producto de la colaboracion, tiene sus límites señalados. Tanto uno como otro posee una parte *absoluta* cada vez mayor, pero la parte *proporcional* del Capital disminuye constantemente en comparacion á la del Trabajo.

Cesad pues, capitalistas y obreros, de miraros con desconfianza y envidia. Cerrad los oidos á esas declamaciones absurdas, cuyo orgullo iguala á su ignorancia, que prometiendo una filantropía próxima, empiezan por incitar á la discordia actual. Reconoced que vuestros intereses son comunes, idénticos, digase lo que se quiera, que se confunden, que tienden juntos á la realizacion del bien general, que los sudores de la generacion presente se mezclan con los sudores de las generaciones pasadas, que es necesario que una parte de remuneracion vaya á cada uno de los que concurren á la obra, y que se opere entre vosotros la mas ingeniosa y mas equitativa reparticion por la sabiduría de las leyes providenciales, bajo el imperio de convenciones libres y voluntarias, sin que un Sentimentalismo párasito venga á imponeros sus decretos á costa de vuestro bienestar, de vuestra libertad, de vuestra seguridad y de vuestra *dignidad*.

El capital tiene su raiz en tres atributos del hombre, la Prevision, la Inteligencia y la Frugalidad. Para determinarse á formar un capital, es necesario en efecto preveer el porvenir, sacrificarle el presente, ejercer un noble imperio sobre nosotros mismos y sobre nuestros apetitos, resistir no solamente el actractivo de los goces actuales, sino tambien el aguijon de la vanidad y los caprichos de la opinion pública, siempre tan parcial para con los caracteres negligen-

tes y pródigos. Es necesario tambien ligar los efectos á las causas, saber por qué procedimientos, por qué instrumentos se dejará vencer y sujetar la naturaleza á la obra de la produccion. Es necesario sobre todo estar animado del espíritu de familia, y no retroceder ante sacrificios, cuyo fruto recogerán los seres queridos que dejemos en este mundo. Capitalizar es preparar el alimento, el vestido, la habitacion, el descanso, la instruccion, la independencia, la dignidad á las generaciones futuras. Nada de esto puede hacerse sin poner en ejercicio las virtudes mas sociales, y lo que es mas, sin convertirlas en costumbres.

Sin embargo, frecuentemente se atribuye al capital una especie de eficacia funesta, cuyo efecto es introducir el egoismo, la dureza, el maquiavelismo en el corazon de los que aspiran á reunirlo ó lo poseen. ¿Pero no hay en esto una notable confusion? Se ven paises en que el trabajo no conduce á gran cosa. Lo poco que se gana hay que partirlo con el fisco. Para arrancaros el fruto de vuestros sudores, lo que se llama Estado os liga con una multitud de trabas. Interviene en todos vuestros actos, se mezcla en todos vuestros contratos; dirije vuestra inteligencia y vuestra fé; trasforma todos los intereses, y coloca á cada uno en una posicion artificial y precaria; enerva la actividad y la energía individual, apoderándose de la direccion de todas las cosas; hace recaer la responsabilidad de las acciones sobre aquellos á quienes no les corresponde, de suerte que se pierde poco á poco la nocion de lo justo y de lo injusto; compromete á la nacion, por su diplomacia, en todas las querellas del mundo, y luego hace que intervengan en ellas su marina y su ejército; falsea en cuanto puede la inteligencia de las masas sobre las cuestiones económicas, pues necesita hacerles creer que sus locos despilfarros, sus injustas agresiones, sus conquistas, sus colonias, son para ellas una fuente de riquezas. En estos paises el capital se forma con mucho trabajo por las vias naturales. Por eso se aspira sobre todo á sacarlo, por la fuerza ó por la astucia, de las manos de aquellos que lo han creado. Allí se ve á los hombres enriquecerse por la guerra, los destinos públicos, el juego, las provisiones, el agiotage, los fraudes comerciales, las empresas arriesgadas, etc. Las cualidades, que se requieren para arrancar asi el capital de las manos de los que lo forman, son precisamente lo opuesto de las que deben poseerse para formarlo. No es, pues, sorprendente que en estos paises se establezca una especie de asociacion entre estas dos ideas: *capital* y *egoismo*; y esta asociacion

llegue á ser indestructible, si todas las ideas morales de ese pais se sacan de la historia de la antigüedad y de la edad media.

Pero cuando se dirije el pensamiento, no sobre la Sustraccion de los capitales, sino sobre su formacion por la actividad inteligente, la prevision y la frugalidad, es imposible dejar de reconocer que va unida á su adquisicion una virtud social y moralizadora.

Si hay sociabilidad moral en la formacion del capital, no la hay menos en su accion. Su efecto propio consiste en hacer concurrir á la naturaleza; descargar al hombre de lo que tiene mas material, mas muscular, mas brutal en la obra de la produccion; hacer que predomine cada vez mas el principio inteligente; ensanchar cada vez mas el tiempo, no diré de ociosidad, sino de reposo; hacer cada vez menos imperiosa, por la facilidad de la satisfaccion, la voz de las necesidades groseras, y sustituirlas con goces mas elevados, mas delicados, mas puros, mas artísticos, mas espirituales.

Asi, sea cualquiera el punto de vista en que uno se coloque, considérese el Capital en sus relaciones con nuestras necesidades que ennoblece, con nuestros esfuerzos que alivia, con nuestras satisfacciones que depura, con la naturaleza que vence, con la moralidad que trasforma en hábito, con la sociabilidad que desarrolla, con la igualdad que provoca, con la libertad de que vive, con la equidad que realiza por los mas ingeniosos procedimientos; por todas partes, siempre y con la condicion de que se forme y obre en un órden social que no se separe de las vias naturales, reconoceremos en él lo que forma el sello de todas las grandes leyes providenciales: la Armonía.

VIII

PROPIEDAD. — COMUNIDAD.

Reconociendo en la tierra, en los agentes naturales, en los instrumentos de trabajo lo que está incontestablemente en ellos: el don de engendrar la Utilidad, tengo que arrancarles lo que falsamente se les ha atribuido: la facultad de crear Valor, facultad que no corresponde sino á los Servicios que los hombres cambian entre sí.

Esta rectificacion tan sencilla, al mismo tiempo que afirme la propiedad restituyéndole su verdadero carácter, revelará á la ciencia un hecho prodigioso, y si no me engaño, ignorado por ella todavia, el hecho de una Comunidad real, esencial, *progresiva*, resultado providencial de todo órden social que tiene por régimen la Libertad, y cuyo evidente destino es conducir, como hermanos, á todos los hombres, de la Igualdád primitiva, la de la desnudez y la ignorancia, hácia la Igualdad final de la posesion del bienestar y de la verdad.

Si esta distincion radical entre la Utilidad de las cosas y el valor de los servicios es verdadera en sí misma, así como en sus deducciones, no puede desconocerse su alcance; porque no se propone nada menos que la absorcion de la utopia en la ciencia, y reconciliar las escuelas antagónicas en una fé comun, que dé satisfaccion á todas las inteligencias y á todas las aspiraciones.

Hombres de propiedad y de reposo, sea cualquiera el grado de la escala social á que hayais llegado á fuerza de

actividad, de probidad, de órden y de economía, ¿de dónde viene la turbacion de que estais poseidos? ¡Ah! Veo el soplo perfumado, pero envenenado de la Utopia que amenaza vuestra existencia. Se dice, se vocifera que el bien reunido por vosotros para asegurar algun descanso á vuestra vejez, pan, instruccion y una carrera á vuestros hijos, lo habeis adquirido á costa de vuestros hermanos; se dice que os habeis colocado entre los dones de Dios y los pobres; que como colectores ávidos, habeis impuesto con el nombre de Propiedad, Interés, Renta, Alquiler, una tasa sobre estos dones; que habeis interceptado, para venderlos, los beneficios que el Padre comun habia prodigado á todos sus hijos; se os emplaza para restituirlos; y lo que mas aumenta vuestro espanto es que en la defensa de vuestros abogados se encuentra con frecuencia esta confusion implícita: la usurpacion es fragrante, pero necesaria. Y yo digo: No, vosotros no habeis interceptado los dones de Dios. Vosotros los habeis recogido gratuitamente de las manos de la naturaleza, es verdad; pero tambien los habeis trasmitido gratuitamente á vuestros hermanos sin reservaros nada. Lo mismo han obrado con respecto á vosotros, y las únicas cosas recíprocamente *compensadas* son los esfuerzos físicos ó intelectuales, los sudores vertidos, los peligros arrostrados, la habilidad desplegada, las privaciones aceptadas, el trabajo ejecutado, los *servicios prestados y recibidos*. Acaso no habeis pensado sino en vosotros, pero vuestro mismo interés personal ha sido el instrumento de una Providencia infinitamente previsora y sábia para estender constantemente, en el seno del género humano, el dominio de la Comunidad; pues sin vuestros esfuerzos, todos estos *efectos útiles* que habeis solicitado de la naturaleza para esparcirlos sin remuneranion entre los hombres, hubieran quedado en una inercia eterna. Digo: *sin remuneracion*, porque la que habeis recibido no es sino una simple restitucion de vuestros esfuerzos, y de ninguna manera el precio de los dones de Dios. Vivid, pues, en paz, sin temor y sin escrúpulo. No teneis otra propiedad en el mundo que vuestro derecho á servicios, en cambio de servicios prestados lealmente por vosotros y aceptados voluntariamente por vuestros hermanos. Esta propiedad es legítima, incontestable; ninguna utopia prevalecerá contra ella, por que se combina y se confunde con la esencia misma de nuestra naturaleza. Jamás podrá ninguna teoría destruirla ni infamarla.

Hombres de trabajo y de privaciones, no podeis cerrar

los ojos á la verdad de que el punto de partida del género humano es una entera Comunidad, una perfecta Igualdad de miseria, de desnudez y de ignorancia. El se rescata con el sudor de su frente, y se dirige hácia otra comunidad, la de los dones de Dios obtenidos sucesivamente con menores esfuerzos; hácia una igualdad, la del bienestar, de las luces y de la dignidad moral. Sí, los pasos de los hombres en el camino de la perfectibilidad son desiguales, y no podeis quejaros de esto, sino en tanto que la marcha precipitada de la vanguardia pueda retardar la vuestra. Pero es todo lo contrario. No aparece una luz en una inteligencia que no ilumine en cierto grado vuestra inteligencia; no se realiza un progreso, bajo el móvil propietario, que no sea para vosotros un progreso; no se forma una riqueza, que no tienda á vuestra emancipacion: un capital, que no aumente la proporcion de vuestros goces con vuestro trabajo; una adquisicion, que no sea para vosotros una facilidad de adquisicion; una propiedad, cuya mision no sea ensanchar en provecho vuestro el dominio de la Comunidad. El órden social natural ha sido arreglado tan artísticamente por el divino Obrero, que los mas adelantados en el camino de la redencion os tienden una mano benéfica voluntariamente ó sin saberlo, tengan ó no tengan conciencia de ello: pues ha dispuesto las cosas de manera que ningun hombre puede trabajar honradamente para si mismo, sin trabajar al mismo tiempo para todos. Y diremos con evidente certeza que todo ataque dirigido á este órden maravilloso, no solamente seria por vuestra parte un homicidio, sino un suicidio. La humanidad forma una cadena admirable en que se realiza el milagro de que los primeros eslabones comunican á todos los demás un movimiento progresivo cada vez mas rápido hasta el último.

Hombres de filantropía, amantes de la igualdad, ciegos defensores, peligrosos amigos de los que sufren retardados en el camino de la civilizacion, vosotros los que buscais el reinado de la Comunidad en este mundo, ¿por qué principiais por conmover los intereses y las conciencias? ¿Por qué aspirais en vuestro orgullo á sujetar todas las voluntades al yugo de vuestras invenciones sociales? ¿No veis que el mismo Dios ha pensado y provisto á esa comunidad porque suspirais, como la que debe estender su reinado sobre la tierra? ¿Qué no os ha aguardado para hacer de ella el patrimonio de sus hijos? ¿Qué no necesita vuestras concepciones ni vuestras violencias? ¿Qué aquella se realiza todos los dias en virtud de sus admirables decretos? ¿Qué para la ejecu-

cion de su voluntad no se ha referido ni á la contingencia de vuestros pueriles arreglos, ni aun á la espresion creciente del principio simpático manifestado por la caridad; sino que ha confiado la realizacion de sus destinos á la mas activa, á la mas íntima, á la mas permanente de nuestras energías, al Interés personal, seguro de que esta no descansa jamás? Estudiad, pues, el mecanismo social, tal como ha salido de las manos del gran Mecánico: y quedareis convencidos de que manifiesta una solicitud universal, que deja muy atrás vuestros sueños y vuestras quimeras. Acaso entonces en vez de pretender reformar la obra divina, os contentareis con bendecirla.

No es esto decir que no haya lugar en esta tierra para las reformas y los reformadores. No es esto decir que la humanidad no deba llamar, alentar con su reconocimiento á los hombres de investigacion, de ciencia y de abnegacion, á los corazones fieles á la democracia. Le son todavia muy necesarios, no para trastornar las leyes sociales, sino para combatir los obstáculos artificiales que turban y pervierten su accion. En verdad, no se acierta á comprender cómo se repiten sin cesar estas vulgaridades: «La economía política es optimista en cuanto á los hechos consumados; afirma que lo que debe ser *es;* tanto al aspecto del mal como al aspecto del bien, se contenta con decir: *dejad hacer.*» ¡Qué! ¡ignoraremos acaso que el punto de partida de la humanidad es la miseria, la ignorancia, el reinado de la fuerza bruta, ó seremos *optimistas con respecto á estos hechos consumados!* ¡Ignoraremos que el motor de los seres humanos es la aversion á todo dolor, á toda fatiga, y que siendo una fatiga el trabajo, la primera manifestacion del interés personal entre los hombres ha sido el echarse los unos á los otros tan pesada carga! ¡No habrán llegado jamás á nuestros oidos las palabras antropofagia, guerra, esclavitud, privilegio, monopolio, fraude, despojo, impostura, ó veremos en estas abominaciones ruedas necesarias para la obra del progreso! Pero ¿no es esto confundir algo voluntariamente todas las cosas para acusarnos de confundirlas? Cuando admiramos la ley providencial de las convenciones, cuando decimos que los intereses concuerdan entre sí, cuando deducimos de aquí que su gravitacion natural tiende á realizar la igualdad relativa y el progreso general; regularmente será de la accion de estas leyes, y no de su perturbacion, de lo que esperemos la armonía. Cuando decimos: *dejad hacer*; evidentemente queremos decir: *dejad obrar las leyes*, y no *dejad turbar*

estas leyes. Segun nos conformemos á ellas ó las violemos, asi se producirá el bien ó el mal; en otros términos, los intereses son armónicos, con tal que cada uno se contenga en su derecho, con tal que los servicios se cambien libremente, voluntariamente por servicios. Pero ¿es esto decir que ignoramos la lucha perpétua del Abuso contra el Derecho? ¿Es esto decir que perdamos de vista ó que aprobamos los esfuerzos que se han hecho en todo tiempo, y que se hacen todavia para alterar por la fuerza ó por la astucia, la natural equivalencia de los servicios? Hé aquí justamente lo que rechazamos con el nombre de violacion de las leyes sociales providenciales, con el nombre de atentados á la propiedad; pues para nosotros libre cambio de servicios, justicia, propiedad, libertad, seguridad, es siempre la misma idea bajo diversos aspectos. No es el principio de la Propiedad lo que hay que combatir, sino por el contrario, el principio antagónico, el del Despojo. Propietarios de todos los grados, reformadores de todas las escuelas, hé aqui la mision que debe conciliarnos y unirnos.

Y ya ha llegado el tiempo de que esta cruzada principie. La guerra teórica á la Propiedad no es ni la mas encarnizada ni la mas peligrosa. Hay contra ella desde el principio del mundo una conspiracion práctica, que todavia no concluye. Guerra, esclavitud, impostura, impuestos abusivos, monopolios, privilegios, fraudes comerciales, colonias, derecho al trabajo, derecho al crédito, derecho á la asistencia, derecho á la instruccion, impuesto progresivo en razon directa ó en razon inversa de las facultades, son otros tantos arietes que baten con golpes redoblados la columna vacilante; ¿y podria decirseme si hay muchos hombres en Francia, aun entre aquellos que se creen conservadores, que no pongan la mano bajo una ú otra forma en la obra de la destruccion?

Hay gentes á cuya vista la Propiedad no aparece jamás sino bajo el aspecto de un campo ó de un saco de escudos. Con tal que no se pasen los limites sagrados, y no se vacien materialmente los bolsillos, están completamente tranquilos. Pero ¿no hay la Propiedad de los brazos, la de las facultades, la de las ideas, no hay en una palabra la propiedad de los servicios? Cuando presento un servicio en el medio social, ¿no tengo derecho á que se mantenga allí, si puedo espresarme asi, en suspenso, segun las leyes de su natural equivalencia? ¿Qué haga equilibrio á cualquiera otro servicio que se consienta concederme en cambio? He-

mos instituido de comun acuerdo una fuerza pública para protejer la propiedad comprendida así. ¿A dónde iriamos si esa misma fuerza cree tener y se atribuye la mision de turbar este equilibrio con el pretesto socialista de que el monopolio nace de la libertad, que el *dejad hacer* es odioso y no tiene entrañas? Cuando las cosas van así, el robo individual puede ser raro, severamente reprimido, pero el despojo está organizado, legalizado, sistematizado. Reformadores, tranquilizaos, vuestra obra no está terminada: procurad solamente comprenderla.

Pero antes de analizar el despojo público ó privado, legal ó ilegal, su papel en el mundo, su alcance como elemento del problema social, debemos formarnos, si es posible, ideas exactas sobre la comunidad y la Propiedad; pues como vamos á ver, el despojo no es otra cosa que el límite de la propiedad, así como la propiedad es el límite de la comunidad.

De los capítulos precedentes, y en particular de aquel en que hemos tratado de la Utilidad y del Valor, podemos deducir esta fórmula:

Todo hombre goza GRATUITAMENTE *de todas las utilidades suministradas ó elaboradas por la naturaleza, con la condicion de tomarse el trabajo de recojerlas ó de restituir un servicio equivalente á los que le hacen el servicio de tomarse este trabajo por él.*

Aquí hay dos hechos combinados, unidos entre sí, aunque distintos por su esencia.

Hay los dones naturales, los materiales gratuitos, las fuerzas gratuitas; este es el dominio de la *Comunidad*.

Hay además los esfuerzos humanos destinados á recojer estos materiales, á dirigir estas fuerzas, esfuerzos que se cambian, *se evalúan* y se compensan, este es el dominio de la *Propiedad*.

En otros términos, con respecto unos de otros, no somos propietarios de la Utilidad de las cosas, sino de su valor, y el valor no es sino la apreciacion de los servicios recíprocos.

Propiedad, comunidad, son dos ideas correlativas á las de *onerosidad* y de *gratuidad* de donde proceden.

Lo que es *gratuito* es *comun*, pues cada uno goza de ello y está admitido á gozarlo sin condiciones.

Lo que es *oneroso* es *apropiado*, porque un trabajo ejecutado constituye la condicion de la satisfaccion, como la satisfaccion es la razon del trabajo ejecutado.

¿Interviene el cambio? Se realiza por la evaluacion de dos trabajos ó de dos servicios.

Recurrir á un trabajo supone la idea de un obstáculo. Puede decirse, pues, que el objeto buscado se acerca tanto mas á la gratuidad y á la comunidad, cuanto menor es el obstáculo; puesto que segun nuestras premisas la ausencia completa del obstáculo da lugar á la gratuidad y á la comunidad perfectas.

Asi, ante el género humano progresivo y perfectible jamás puede considerarse el obstáculo como una cantidad invariable y absoluta. Disminuye. Luego el trabajo disminuye con él,—y el servicio con el trabajo—y el valor con el servicio,—y la propiedad con el valor.

Y la Utilidad permanece la misma:—luego la comunidad y la gratuidad han ganado todo lo que la onerosidad y la propiedad han perdido.

Para determinar al hombre al trabajo, se necesita un móvil; este móvil es la satisfaccion que tiene á la vista, ó la utilidad. Su tendencia incontestable ó invencible es realizar la mayor satisfaccion posible con el menor trabajo posible, hacer que la mayor utilidad corresponda á la propiedad mas pequeña,—de donde se sigue que la mision de la propiedad consiste en realizar cada vez mas la Comunidad.

Siendo el punto de partida del género humano el máximo de la miseria, ó el máximo de los obstáculos que hay que vencer, claro está que todo lo que gana de una época á otra, lo debe al espíritu de propiedad.

Pasando asi las cosas ¿se encontrará en el mundo entero un solo adversario teórico de la propiedad? ¿No se vé que no puede imaginarse una fuerza social mas justa y mas democrática á la vez? El dogma fundamental del mismo Proudhon, es la *mutualidad de los servicios*. En esto estamos de acuerdo. Nos diferenciamos sin embargo, en que á este dogma llamo yo *propiedad*, porque penetrando en el fondo de las cosas, me aseguro de que los hombres, si son libres, no tienen ni pueden tener otra propiedad que la del valor ó la de sus servicios. Por el contrario, Proudhon, asi como la mayor parte de los economistas, piensa que ciertos agentes naturales tienen un *valor propio*, y que son por consecuencia *apropiables*. Pero en cuanto á la propiedad de los servicios, lejos de contradecirla, constituye toda su fé. ¿Hay alguno que quiera ir mas allá? ¿Se llegará hasta decir que un hombre no debe ser propietario de su propio trabajo? ¿Qué en el cambio no es bastante ceder gratuitamente la cooperacion de los agentes naturales, y que deben cederse todavia gratui-

tamente los propios esfuerzos? Pero ¡cuidado! eso sería glorificar la esclavitud; pues, decir que ciertos hombres deben prestar, equivale á decir que ciertos otros deben recibir servicios no remunerados, lo que es la esclavitud. Pues si se dice qne esta gratuidad debe ser recíproca, se incurre en una logomaquia incomprensible: porque ó hay alguna justicia en el cambio, y entonces los servicios, de una manera ó de otra, serán *evaluados* y compensados, ó no serán evaluados ni compensados, y en este caso los unos darán mucho, los otros poco, y volvemos á caer en la esclavitud.

Es por tanto imposible negar la legítima Propiedad de los servicios cambiados bajo el principio de la equivalencia. Para esplicar esta legitimidad, no necesitamos de la filosofía, ni de la ciencia del derecho, ni de la metafísica. Socialistas, Economistas, Egalitarios, Fraternitarios, os desafio á todos cuantos seaìs á presentar ni aun la sombra de una objecion contra la *legítima mutualidad de los servicios voluntarios*, por consiguiente contra la Propiedad, tal como la he definido, tal como existe en el órden social natural.

Sí, ciertamente que en la práctica la Propiedad está todavia lejos de reinar sin limitacion, enfrente de ella está el hecho antagónico; hay servicios que no son voluntarios, cuya remuneracion no es debatida libremente; hay servicios cuya equivalencia está alterada por la fuerza ó por la astucia; en una palabra: hay Despojo. El principio legítimo de la Propiedad no se invalida por esto, antes bien se confirma; se viola, luego existe. O no debe creerse en nada de este mundo, ni en los hechos, ni en la justicia, ni en el asentimiento universal, ni en el lenguage humano, ó hay que admitir que estas dos palabras Propiedad y Despojo, espresan ideas opuestas, inconciliables, que no pueden identificarse, asi como no puede identificarse el sí con el no, la luz con las tinieblas, el bien con el mal, la armonía con la discordancia. Tomada al pie de la letra la célebre fórmula: *la propiedad es el robo*, es, pues, el absurdo llevado á su última potencia. Tambien podriamos decir: *el robo es la propiedad*; lo legítimo es ilegítimo; lo que es no es, etc. Probablemente el autor de este estravagante aforismo, habrá querido impresionar fuertemente los espíritus, deseosos siempre de ver como se justifica una paradoja, y en el fondo querria decir esto: Ciertos hombres se hacen pagar además del trabajo que han hecho, al trabajo que no han hecho, apropiándose así esclusivamente los dones de Dios,

la utilidad gratuita, el bien de todos. En este caso, era necesario primero probar la asercion, y luego decir: *el robo es el robo.*

Robar, en el lenguage ordinario, significa: apoderarse por la fuerza ó por el fraude de un valor en perjuicio y sin el consentimiento de aquel que lo ha creado. Se comprende como la falsa economia política ha podido estender el sentido de esta triste palabra *robar*.

Se ha empezado por confundir la Utilidad con el Valor. Luego, como la naturaleza coopera á la creacion de la utilidad, se ha deducido de aquí que concurria á la creacion del valor, y se ha dicho: No siendo esta porcion de valor el fruto del trabajo de nadie, pertenece á todo el mundo. Por último, observando que el valor no se cede jamás sin remuneracion, se ha añadido: *Roba* aquel que exige una retribucion por un valor que es de creacion natural, que es independiente de todo trabajo humano, que es *inherente á las cosas*, y es por destino providencial una de sus *cualidades intrínsecas*, como la gravedad ó la porosidad, la forma ó el color.

Un análisis exacto del valor destruye este aparato de sutilezas, de donde se querria deducir una asimilacion monstruosa entre el Despojo y la Propiedad.

Dios ha puesto á disposicion del hombre Materiales y Fuerzas. Para apoderarse de estos materiales y de estas fuerzas, es necesario ó no es necesario un Trabajo. Si no se necesita trabajo alguno, nadie consentirá libremente en comprar á otro, mediante un esfuerzo, lo que puede recojer sin esfuerzo de las manos de la naturaleza. Aquí no hay ni servicios, ni cambio, ni valor, ni *propiedad* posibles. Si se necesita un trabajo, en buena justicia incumbe á aquel que ha de esperimentar la satisfaccion, de donde se sigue que la satisfaccion debe corresponder á aquel que ha hecho el trabajo. Hé aquí el principio de la Propiedad. Supuesto esto, un hombre ejecuta el trabajo por sí mismo; se hace propietario de toda la utilidad realizada por el concurso de este trabajo y de la naturaleza. Lo ejecuta por otro; en este caso estipula en cambio la cesion de un trabajo equivalente que sirve tambien de vehículo á alguna utilidad, y el resultado nos presenta dos trabajos, dos Utilidades, que han cambiado de manos, y dos Satisfacciones. Pero no debe perderse de vista que la conversion se realiza por la comparacion, por la *evaluacion*, no de las dos utilidades (pues son invaluables), sino de los dos servicios cambiados. Puede decirse, pues, con exactitud que, bajo el

punto de vista personal, el hombre se hace por el trabajo propietario de la utilidad natural (no trabaja sino para esto), sea cualquiera la relacion, variable hasta el infinito, del trabajo á la utilidad. Pero bajo el punto de vista *social*, los hombres, con respecto unos de otros, no son jamás propietarios sino del valor; el cual no tiene por fundamento la liberalidad de la naturaleza, sino el servicio humano, la molestia tomada, el peligro corrido, la habilidad desplegada para recojer esta liberalidad; en una palabra, en lo que concierne á la utilidad natural y gratuita, el último poseedor, aquel que ha de reportar la satisfaccion, se coloca por el cambio exactamente en el lugar del primer trabajador. Este se habia encontrado en presencia de una utilidad gratuita, que se ha tomado el trabajo de recojer; aquel le restituye un trabajo equivalente, y se sustituye de este modo en todos sus derechos; adquiere la utilidad por el mismo título, es decir, por título gratuito bajo la condicion de un trabajo. Aquí no hay ni el hecho ni la apariencia de una interceptacion abusiva de los dones de Dios.

Asi, me atrevo á decir que esta proposicion es indestructible.

Los hombres, con respecto unos de otros no son propietarios sino de valores, y los valores no representan sino servicios comparados, libremente prestados y recibidos.

Que por una parte sea este el verdadero sentido de la palabra *valor*, lo he demostrado ya (capítulo V); que por otra los hombres no sean ni puedan ser jamás, con respecto unos de otros, propietarios sino del *valor*, resulta tanto por el raciocinio como por la esperiencia. Por el raciocinio: ¿pues cómo habia yo de ir á comprar á un hombre, mediante un trabajo, lo que puedo obtener sin trabajo, ó con un trabajo menor, de la naturaleza? Por la esperiencia universal, que no es de tan poco peso para desdeñarse en la cuestion, no habiendo nada mas propio para dar confianza á una teoría que el consentimiento razonado y práctico de los hombres de todos los tiempos y de todos los paises. Asi, digo que el consentimiento universal ratifica el sentido que doy á la palabra Propiedad. Cuando el notario hace un *inventario*, en caso de fallecimiento, por la autoridad de la justicia; cuando el negociante, el fabricante, el labrador, hacen por su propia cuenta igual operacion, ó se confia á los síndicos de una quiebra, ¿qué se inscribe en las hojas timbradas á medida que se presentan los objetos? ¿Es su *utilidad*, se mérito intrínseco? No, su *valor*, es decir, el equivalente del trabajo que cualquiera

comprador deberia ejecutar para adquirir un objeto semejante. ¿Se ocupan los espertos en saber si tal cosa es mas útil que tal otra? ¿Se colocan en el punto de vista de las satisfacciones que aquellas pueden procurar? ¿Estiman un martillo mas que un objeto de china, porque el martillo hace obrar de una manera admirable en provecho de su poseedor la ley de la gravitacion? ¿O bien un vaso de agua mas que un diamante, porque de una manera absoluta puede prestar servicios mas efectivos? ¿O el libro de Say mas que el de Fourier, porque se pueden sacar del primero goces mas serios y mas sólida instruccion? No; ellos *evaluan*, señalan el *valor*, conformándose rigorosamente, notadlo bien, á mi definicion.—Por decir mejor, mi definicion es la que se conforma á su práctica. — Tienen en cuenta, no las ventajas naturales ó la utilidad gratuita unida á cada objeto, sino el servicio que cualquiera que desea adquirir aquel, habrá de prestarse á sí mismo ó reclamar de otro para procurárselo. No estiman, perdóneseme esta espresion atrevida, el trabajo que Dios se ha tomado, sino el que el comprador hubiera tenido que ejecutar.—Y cuando la operacion se halla terminada, cuando el público conoce el total de los Valores escritos en el inventario, dice con voz unánime. Hé aqui de lo que el heredero es PROPIETARIO.

Puesto que las propiedades no comprenden mas que valores, y puesto que los valores no espresan mas que relaciones, se sigue que las propiedades no son mas que relaciones.

Cuando el público, á la vista de dos inventarios, dice: «Este hombre es mas rico que este otro.» No cree decir por esto que la relacion de dos propiedades espresa la de dos riquezas absolutas ó de bienestar. Entra en las satisfacciones, en el bienestar absoluto una parte de *utilidad comun*, que cambia mucho esta proporcion. Todos los hombres, en efecto, son iguales ante la luz del dia, ante el aire respirable, ante el calor del sol; y la Desigualdad, — espresada por la diferencia de las propiedades ó de los valores,—no debe entenderse sino de la *utilidad onerosa*.

Así, ya he dicho bastantes veces, y repetiré sin duda otras muchas todavía, porque es la mas grande, la mas bella, y acaso la mas desconocida de las armonías sociales, la que reasume todas las demás: está en la naturaleza del progreso, y el progreso no consiste sino en esto,—trasformar la utilidad onerosa en utilidad gratuita; disminuir el valor sin disminuir la Utilidad; hacer que, para procurar-

se las mismas cosas, cada uno tenga menos trabajo que ejecutar ó que remunerar; aumentar incesantemente la masa de estas cosas *comunes*, cuyo goce, distribuyéndose de una manera uniforme entre todos, borra poco á poco la Desigualdad que resulta de la diferencia de las propiedades.

No nos cansemos de analizar el resultado de este mecanismo.

¡Cuántas veces al contemplar los fenómenos del mundo social he tenido ocasion de comprender la profunda exactitud de esta palabra de Rousseau: «Se necesita mucha filosofía para observar lo que se vé todos los dias!» Así es como la costumbre, ese velo puesto sobre los ojos del vulgo, y del que no logra librarse siempre el atento observador, nos impide discernir el mas maravilloso de los fenómenos económicos: la riqueza real pasando incesantemente del dominio de la Propiedad al de la Comunidad.

Intentemos sin embargo comprobar esta democrática evolucion, y aun si es posible medir su alcance.

He dicho en otro lugar que si quisiéramos comparar dos épocas bajo el punto de vista del bienestar real, deberiamos referirlo todo al trabajo bruto medido por el tiempo, y proponernos esta cuestion: ¿Cuál es la diferencia de satisfaccion que procura, segun el grado de adelanto de la sociedad, una duracion determinada de trabajo bruto, por ejemplo, un dia de trabajo del simple jornalero?

Esta cuestion envuelve estas otras dos:

¿Cuál es, en el punto de partida de la evolucion, la relacion de la satisfaccion al trabajo mas sencillo?

¿Cuál es hoy esta misma relacion?

La diferencia medirá el aumento que ha tomado la utilidad gratuita con relacion á la utilidad onerosa, el dominio comun con relacion al dominio apropiado.

No creo que el hombre político pueda ocuparse de un problema mas interesante y mas instructivo. Perdóneme el lector, si para llegar á una solucion satisfactoria lo fatigo con ejemplos demasiado numerosos.

Al empezar, hice una especie de nomenclatura de las necesidades humanas mas generales: respiracion, alimentacion, vestido, habitacion, locomocion, instruccion, diversion, etc.

Volvamos á empezar este órden, y veamos las satisfacciones que un simple jornalero podia en el principio y puede hoy procurarse con un número determinado de dias de trabajo.

Respiracion. Aquí la gratuidad y la comunidad son completas desde el principio. Habiéndose encargado de todo la naturaleza, no nos deja nada que hacer. No hay ni esfuerzos, ni servicios, ni valor, ni propiedad, ni progreso posibles. Bajo el punto de vista de la utilidad, Diógenes es tan rico como Alejandro; bajo el punto de vista del valor, Alejandro es tan rico como Diógenes.

Alimentacion. En el estado actual de las cosas, el valor de un hectólitro de trigo está en equilibrio en Francia con el de quince á veinte dias del trabajo mas vulgar. Hé aquí un hecho, que aunque se afecte desconocer, no es menos digno de observacion. Es positivo que hoy, considerando á la humanidad bajo un aspecto mas adelantado, y representada por el jornalero proletario, vemos que obtiene la satisfaccion inherente á un hectólitro de trigo con quince dias del trabajo humano mas bruto. Se calcula que se necesitan tres hectólitros de trigo para el alimento de un hombre. El simple jornalero produce, pues, sino su subsistencia, al menos (lo que es lo mismo para él) el valor de su subsistencia con cuarenta y cinco á sesenta dias de su trabajo anual. Si representamos por *Uno* el tipo del valor (que para nosotros es *un dia de trabajo bruto*), el valor de un hectólitro de trigo se espresará por 15, 18 ó 20, segun los años.

La relacion de estos dos valores es de *uno* á *quince*.

Para saber si se ha realizado un progreso, y para medirlo, hay que examinar cuál era esta misma relacion el dia de partida de la humanidad. En verdad, yo no me atrevo á aventurar una cifra, pero hay un medio de despejar esta x. Cuando ois á un hombre declamar contra el órden social, contra la apropiacion del terreno, contra la renta, contra las máquinas, conducidlo en medio de un bosque vírgen ó á presencia de una laguna infecta. Quiero, direis, libertaros del yugo de que os quejais; quiero separaros de las luchas atroces de la concurrencia anárquica, del antagonismo de los intereses, del egoismo de los ricos, de la opresion de la propiedad, de la terrible rivalidad de las máquinas, de la atmósfera sofocante de la sociedad. Ahí teneis tierra semejante á la que encuentran delante de sí los primeros desmontadores. Tomad toda la que querais, por decenas, por centenas de hectáreas. Cultivadla vos mismo. Todo lo que le hagais producir es para vos. No os impongo mas que una condicion: que no recurrireis á esa sociedad cuya víctima os llamais.

Obsérvese bien que este hombre se colocaria delante del

terreno en la misma situacion en que se hallaba desde el principio la humanidad misma. Así, no temo que se me contradiga al afirmar que este hombre no produciria un hectólitro de trigo cada dos años. Relacion: 15 á 600.

Y hé aquí medido el progreso. Relativamente al trigo,—y á pesar de que se vea obligado á pagar la renta del terreno, el interés del capital, el alquiler de los útiles,—ó mas bien porque los paga, — un jornalero obtiene con quince dias de trabajo lo que le hubiera costado recojer seiscientos dias. El valor del trigo, medido por el trabajo mas bruto ha descendido pues de 600 á 15 ó de 40 á 1. Un hectólitro de trigo tiene para el hombre la misma utilidad exactamente que tendria el dia despues del diluvio; contiene la misma cantidad de sustancia alimenticia; satisface la misma necesidad y en la misma medida.—Es una *riqueza real* igual, pero no es una *riqueza relativa* igual. Su produccion se ha puesto en gran parte *á cargo de la naturaleza*: se obtiene con un *esfuerzo menor* humano; se presta un *servicio menor* pasándolo de mano en mano; hay menos valor; y para decirlo todo en una palabra, se ha hecho *gratuito*, no absolutamente, sino en la proporcion de 40 á 1.

Y no solamente se ha hecho *gratuito*, sino tambien comun en esta proporcion. Pues los 39/40 del esfuerzo suprimido, no ha desaparecido en provecho del que lo produce, si no en provecho del que lo consume, sea cualquiera el género de trabajo á que se dedique.

Vestido. El mismo fenómeno. Un simple jornalero entra en un almacen del Marais, y recibe allí un vestido que corresponde á veinte dias de su trabajo, que suponemos sea de la calidad mas inferior. Si tuviese que hacer él mismo este vestido, no llegaria á conseguirlo en toda su vida. Si hubiese querido procurarse uno semejante en tiempo de Enrique IV, le hubiese costado trescientos ó cuatrocientos dias de trabajo. ¿Qué ha sido pues, en cuanto á las telas, de esa diferencia de *valor* con relacion á la duracion del trabajo bruto? Ha desaparecido, porque fuerzas naturales *gratuitas* se han encargado de la obra, y ha desaparecido en provecho de la humanidad entera.

Porque no hay què perder nunca de vista esta observacion: cada uno debe á su semejante un servicio equivalente al que recibe de él. Si pues el arte de tejer no hubiese hecho ningun progreso, si el tejido no se ejecutase en parte por fuerzas *gratuitas*, el tejedor invertiria doscientos ó trescientos dias en fabricar la tela, y seria necesario que nuestro jornalero cediese doscientos ó trescientos dias para

obtenerla. Y puesto que el tejedor no puede conseguir, á pesar de su buena voluntad, que le cedan doscientos ó trescientos jornales, que le retribuyan por la intervencion de las fuerzas gratuitas, por el progreso realizado, se dirá con exactitud que este progreso se ha realizado en provecho del adquirente, del consumidor, de la satisfaccion universal, de la humanidad.

Trasporte. En el tiempo anterior á todo progreso, cuando el género humano estaba reducido, como el jornalero que hemos puesto en escena, al trabajo bruto y primitivo, si un hombre hubiese querido trasportar un fardo de un quintal de Paris á Bayona, hubiera estado reducido á esta alternativa: ó cargar el fardo sobre sus espaldas y ejecutar la obra por sí mismo, viajando por montes y valles, lo que hubiera exigido al menos un año de fatigas; ó rogar á alguno que emprendiese por él esta ruda tarea; y como, segun la hipótesis, el nuevo palanquin habria empleado los mismos medios y el mismo tiempo, hubiera reclamado en pago un año de trabajo. En esta época, pues, siendo el valor del trabajo bruto *uno*, el del trasporte seria de 300 por un peso de un quintal y una distancia de 200 leguas.

Las cosas han cambiado mucho. En el hecho no hay ningun jornalero en Paris que no pueda conseguir el mismo resultado con el sacrificio de dos dias de trabajo. La alternativa es la misma. Hay necesidad tambien de que se ejecute el trabajo por uno mismo ó que se haga por otros remunerándolos. Si nuestro jornalero lo ejecuta por sí mismo, necesitará todavía un año de fatigas; pero si se dirije á los hombres del oficio, encontrará veinte empresarios que se encarguen de este servicio por 3 ó 4 francos, es decir, por el equivalente de dos dias de trabajo bruto. Así, siendo el valor del trabajo bruto *uno*, el del trasporte, que era de 300, se ha reducido ahora á *dos*.

¿Cómo se ha verificado esta asombrosa revolucion? ¡Oh! ha exigido muchos siglos. Se han domado ciertos animales, se han abierto montañas, se han cegado simas, se han construido puentes sobre los rios; se ha inventado el trineo primero, despues la rueda, se han reducido los obstáculos, ó la ocasion del trabajo, de los servicios, del valor; en una palabra se ha llegado á hacer con una molestia igual á dos, lo que no podia hacerse en el principio sino con una molestia igual á trescientos. Este progreso se ha realizado por hombres que no pensaban sino en sus propios intereses. Y sin embargo, ¿quién se aprovecha de

ellos hoy? Nuestro pobre jornalero, y con él todo el mundo.

Y no se diga que no es esto Comunidad. Yo digo que es Comunidad en el sentido mas estricto de la palabra. En el principio, la satisfaccion de que se trata equivalia, para todos los hombres, á 300 dias de trabajo bruto, ó á un número menor pero proporcional de trabajo inteligente. Ahora 298 partes de este esfuerzo de 300 se han puesto á cargo de la naturaleza, y la humanidad se encuentra libertada de ellas. Así, todos los hombres son iguales ante estos obstáculos destruidos, ante esa distancia acortada, ante esa fatiga anulada, ante ese valor destruido, puesto que todos obtienen el resultado sin tener que remunerarlo. Lo que remuneraran, será el esfuerzo humano que queda todavia por hacer, medido por 2 que espresa el trabajo bruto. En otros términos, aquel que aun no se ha perfeccionado, y que no tiene que ofrecer sino la fuerza muscular, necesita ceder todavia dos dias de trabajo para obtener la satisfaccion. Todos los demás hombres la obtienen con un trabajo de menor duracion: el abogado de Paris, que gane 30,000 francos al año, con la vigésima quinta parte de un dia, etc.; por lo que se ve que los hombres son iguales ante el valor destruido, y que la desigualdad se reduce á los límites, que forman todavia el dominio del Valor que sobrevive, y de la Propiedad.

Es un escollo para la ciencia proceder por la via del ejemplo. El espíritu del lector se inclina á creer que el fenómeno que se quiere describir no es cierto, sino en los casos particulares invocados en apoyo de la demostracion. Pero no tiene duda que lo que se ha dicho del trigo, del vestido, del trasporte puede aplicarse á todo. Cuando el autor generaliza, corresponde al lector particularizar; y cuando aquel se dedica al pesado y frio analisis, no es muy frecuente que este se entregue al placer de la sintésis.

Despues de todo, podemos formular esta ley sintetica así:

El valor, que es la propiedad social, nace del esfuerzo y del obstáculo.

A medida que el obstáculo disminuye, el esfuerzo, el valor ó el dominio de la propiedad disminuyen con él.

La propiedad retrocede siempre, por cada satisfaccion dada, y la Comunidad avanza sin cesar.

¿Deberemos concluir de aquí, como hace Proudhon, que la propiedad está destinada á perecer? ¿Por que retroceda ante la Comunidad por cada efecto útil que ha de realizar-

se, por cada satisfaccion que ha de obtenerse, se ha de decir qne va á absorverse y aniquilarse?

Concluir asi es desconocer la naturaleza misma del hombre. Encontramos aquí un sofisma análogo al que hemos refutado ya al tratar del interés de los capitales. El interés tiende á bajar, se decia, luego su destino es desaparecer. —El valor y la propiedad disminuyen, se dice ahora, luego su destino es aniquilarse.

Todo el sofisma consiste en omitir estas palabras: *por cada efecto determinado*. Si, es muy cierto que los hombres obtienen *efectos determinados* con esfuerzos menores; en esto son progresivos y perfectibles; por esto puede afirmarse que el dominio *relativo* de la propiedad se disminuye, examinándolo bajo el punto de vista de una satisfaccion dada.

Pero no es cierto que todos los *efectos posibles* de obtener se apuren jamás, y en este caso es absurdo pensar que esté en la naturaleza del progreso alterar el dominio *absoluto* de la Propiedad.

Lo hemos dicho muchas veces y bajo todas las formas: cada esfuerzo puede servir, con el tiempo, de vehiculo á una suma mayor de utilidad gratuita, sin que esto nos autorice para concluir que los hombres cesarán un dia de hacer esfuerzos. Solo puede deducirse que sus fuerzas, quedando disponibles, se aplicarán á vencer otros obstáculos, realizando con trabajo igual satisfacciones hasta entonces desconocidas.

Insistiré todavia en esta idea. Debe permitirse en el tiempo que corre, no dejar nada á la interpretacion abusiva, cuando se ha pensado en articular estas terribles palabras: Propiedad, Comunidad.

El hombre aislado no puede disponer, en un momento dado de su existencia, sino de cierta suma de esfuerzos. Lo mismo sucede á la sociedad.

Cuando el hombre aislado realiza un progreso, haciendo concurrir á su obra una fuerza natural, la suma de estos esfuerzos se encuentra reducida por aquella, *con respecto al efecto útil buscado*. Se reduciria tambien de una manera *absoluta*, si este hombre, satisfecho de su primera condicion, convirtiese en progreso su reposo, y se abstuviese de consagrar á nuevos goces esta proporcion de esfuerzos que quedaba en adelante disponible. Pero eso supone que la ambicion, el deseo, la aspiracion son fuerzas limitadas; que el corazon humano no es indefinidamente espansible. Pero no sucede así. Apenas pone Robinson una parte de su

trabajo á cargo de la naturaleza, se consagra á nuevas empresas. El conjunto de sus esfuerzos permanece el mismo; solamente que tiene uno entre los otros mas productivo, mas fructuoso, ayudado de una proporcion mayor de colaboracion natural y gratuita.—Este es justamente el fenómeno que se realiza en el seno de la sociedad.

De que el arado, el martillo, la sierra, los bueyes y los caballos, la vela, los saltos de agua, el vapor, hayan descargado sucesivamente á la humanidad de una masa enorme de esfuerzos para cada resultado obtenido, no se sigue necesariamente que estos esfuerzos, que han quedado disponibles, permanezcan en la inercia. Recordemos lo que se ha dicho de la espansibilidad indefinida de las necesidades y de los deseos. Echemos por otra parte una mirada sobre el mundo; y no vacilaremos en reconocer que cada vez que el hombre ha podido vencer un obstáculo, ha dirigido su fuerza propia contra otros obstáculos. Se imprime con mayor facilidad, pero se imprime mas. Cada libro corresponde á menos esfuerzo humano, á menos valor, á menos propiedad; pero hay mas libros, y en la totalidad, tantos esfuerzos, tantos valores, tantas Propiedades. Podria decir lo mismo de los vestidos, de las casas, de los caminos de hierro, de todas las producciones humanas. No ha disminuido el conjunto de los valores, sino que ha aumentado el conjunto de las utilidades. No se ha estrechado el dominio *absoluto* de la Propiedad, sino que se ha ensanchado el dominio absoluto de la Comunidad. El progreso no ha paralizado el trabajo, ha estendido el bienestar.

La gratuidad y la Comunidad son el dominio de las fuerzas naturales, y este dominio se aumenta sin cesar. Es una verdad de raciocinio y de hecho.

El Valor y la Propiedad forman el dominio de los esfuerzos humanos, de los servicios recíprocos; y este dominio se estrecha continuamente en cuanto á cada resultado determinado, pero no en cuanto al conjunto de los resultados,—en cuanto á cada satisfaccion determinada, pero no en cuanto al conjunto de las satisfacciones, porque las satisfacciones *posibles* abren ante la humanidad un horizonte sin límites.

Así como es indudable que la Propiedad relativa hace sucesivamente lugar á la Comunidad, tan falso es que la Propiedad absoluta tienda á desaparecer de este mundo. Puede considerarse como un trabajador que realiza su obra en un círculo, y pasa despues á otro. Para que desapareciera, seria necesario que faltase todo obstáculo al traba-

jo; que todo esfuerzo humano llegase á ser inútil; que los hombres no tuviesen ya ocasion de cambiar, de prestarse servicios; que toda produccion fuese espontánea, que la satisfaccion siguiese inmediatamente al deseo; seria necesario que fuésemos todos *iguales á los dioses*. Entonces, seguramente, todo seria gratuito, todo seria comun: esfuerzo, servicio, valor, propiedad, nada de lo que comprueba nuestra enfermedad nativa tendria su razon de ser.

Pero aunque el hombre pueda elevarse, siempre está muy lejos de la omnipotencia. ¿Qué son los grados que recorre en la escala de lo infinito? Lo que caracteriza á la Divinidad, en cuanto podemos comprenderla, es que entre su voluntad y el cumplimiento de su voluntad no hay obstáculos: *Fiat lux, et lux facta est*. Y todavia la dificultad de espresar una cosa estraña á la naturaleza humana fué lo que redujo á Moisés á suponer entre la voluntad divina y la luz el obstáculo de una palabra que pronunciar. Pero sean cualesquiera los progresos que reserve á la humanidad su naturaleza perfectible, puede afirmarse que no llegarán jamás hasta suprimir todo obstáculo en el camino del bienestar infinito, y hacer inútil el trabajo de sus músculos y de su inteligencia. La razon es sencilla: porque á medida que se vencen ciertos obstáculos, los deseos se dilatan, encuentran nuevos obstáculos, que se ofrecen á nuevos esfuerzos. Tendremos, pues, siempre trabajo que ejecutar, que cambiar y que *evaluar*. La propiedad existirá hasta la consumacion de los tiempos, siempre creciente en cuanto á la masa, á medida que los hombres vayan siendo mas activos y mas numerosos, aun cuando cada esfuerzo, cada servicio, cada valor, cada propiedad relativa, pasando de mano en mano, sirva de vehiculo á una proporcion creciente de utilidad gratuita y comun.

El lector ve que damos á la palabra Propiedad un sentido mas estenso, y no por esto menos exacto. *La propiedad es el derecho que tiene el hombre de aplicarse á sí mismo sus propios esfuerzos, ó de no cederlos sino mediante la cesion en cambio de esfuerzos equivalentes*. La distincion entre Propietarios y Proletarios es por tanto radicalmente falsa;—á menos que no se pretenda que hay una clase de hombres que no ejecuta ningun trabajo, ó no tiene derecho sobre sus propios esfuerzos, sobre los servicios que presta ó sobre los que el recibe en cambio.

Es un error reservar el nombre de Propiedad á una de sus formas especiales, al Capital, á la tierra, á lo que procura un interés ó una renta; y fundándose en esta falsa de-

finicion se divide en seguida á los hombres en dos clases, antagónicas. El análisis demuestra que el interés y la renta son el fruto de trabajos prestados, y tienen el mismo origen, la misma naturaleza, los mismos derechos que la mano de obra.

El mundo es un vasto taller en que la Providencia ha prodigado materiales y fuerzas; á estos materiales y á estas fuerzas es á lo que se aplica el trabajo humano. Esfuerzos anteriores, esfuerzos actuales, y aun esfuerzos ó promesas de esfuerzos futuros, se cambian unos con otros. Su mérito relativo, comprobado por el cambio é independientemente de los materiales y fuerzas gratuitas, revela el valor; y cada uno es Propietario del valor producido por sí mismo.

Se hará esta objecion: ¿qué importa que un hombre no sea propietario, como vos decis, sino del valor ó del mérito reconocido de su servicio? La propiedad del valor se lleva consigo la de la utilidad qne le está unida. Juan tiene dos sacos de trigo, Pedro no tiene mas que uno. Juan, decis, es doble mas rico *en valor*. ¡Ah! pero lo es tambien en utilidad, y aun en utilidad natural. Puede comer una vez mas.

Sin duda, ¿pero no ha ejecutado doble trabajo?

Vamos sin embargo al fondo de la objecion.

La riqueza esencial, absoluta, ya lo hemos dicho, reside en la utilidad. Lo que espresa esta misma palabra. No hay mas que la *utilidad* que *sirva* (*uti*, servir). Ella sola está en relacion con nuestras necesidades, y ella sola se presenta al hombre delante de su vista cuando trabaja. Al menos á ella aspira este en definitiva, pues las cosas no satisfacen nuestra hambre y nuestra sed porque encierren valor, sino porque contienen utilidad.

Sin embargo, debemos darnos cuenta del fenómeno que produce con respecto á esto la sociedad.

En el aislamiento, el hombre aspiraria á realizar la utilidad sin cuidarse del valor, cuya nocion ni aun podria existir para él.

En el estado social, al contrario, el hombre aspira á realizar valor sin cuidarse de la utilidad. La cosa que produce no está destinada á sus propias necesidades. Así le importa poco que sea mas ó menos útil. Al que esperimenta el deseo es á quien corresponde juzgarla bajo este punto de vista. En cuanto á él, solo le interesa que se dé á aquella en la venta el mayor valor posible, seguro de que sacara de esta venta tantas mas utilidades cuanto mas valor se le haya dado.

La separacion de ocupaciones produce este estado de cosas, en que cada uno produce lo que no ha de consumir. y consume lo que no ha producido. Como productores, aspiramos á obtener valor; como consumidores, utilidad. Esto se halla comprobado por la esperiencia universal. El que pulimenta un diamante, borda un encaje, destila aguardiente, ó cultiva adormideras, no pregunta si el consumo de estas cosas está bien ó mal entendido. Trabaja, y con tal que su trabajo realice valor, le basta.

Y diremos de paso que esto prueba que lo moral ó inmoral no es el trabajo, sino el deseo; y que la humanidad se perfecciona, no por la moralizacion del productor, sino por la del consumidor. ¡Cuánto no se ha declamado contra los ingleses porque cultivaban ópio en la India con la idea determinada, se decia, de envenenar á los chinos! Esto era desconocer y trastornar el principio de la moralidad. Jamás se impedirá producir lo que, siendo buscado, tiene valor. Al que aspira á una satisfaccion corresponde calcular sus efectos, y es enteramente inútil que se intente separar la prevision de la responsabilidad. Nuestros viñadores hacen vino, y lo harán en tanto que tenga valor, sin tomarse el trabajo de saber si con este vino se embriagan en Francia y se matan en América. El juicio que los hombres forman sobre sus necesidades y sus satisfacciones es el que decide de la direccion del trabajo. Esto tiene lugar aun en el hombre aislado; y si una estúpida vanidad hubiese hablado mas alto que el hambre de Robinson, en lugar de emplear el tiempo en la caza, lo hubiera dedicado á arreglar las plumas de su gorra. De la misma manera un pueblo serio provoca industrias serias, un pueblo frívolo, industrias frívolas. (*Véase el* Capítulo XI.)

Pero volvamos á nuestro asunto. Digo:

El hombre que trabaja para si mismo tiene por objeto una utilidad.

El hombre que trabaja para los demás tiene por objeto el valor.

Así, la propiedad tal como la he definido, reposa en el valor; y no siendo el valor sino una relacion, se sigue que la propiedad no es sino una relacion.

Si no hubiese más que un hombre sobre la tierra, la idea de la Propiedad jamás se presentaria á su espíritu. Dueño de asimilarse todas las utilidades que le rodeaban, no encontrando jamás un derecho análogo que sirviese de límite al suyo ¿cómo habia de ocurrírsele decir: *esto es mio*? Semejante palabra supone este correlativo: *esto no es mio*, ó

esto es de otro. Lo *Tuyo* y lo *Mio* no se pueden concebir aislados, y la palabra Propiedad debe envolver relacion, porque no espresa tan enérgicamente que una cosa es *propia* de una persona, como haciendo comprender que no es *propia* de ninguna otra.

El primero que habiendo cercado un terreno, dice Rousseau, pensó en decir: esto es mio, fué el verdadero fundador de la sociedad civil.

¿Qué significa esta cerca, sino un pensamiento de esclusion y por consiguiente de relacion? Si no tuviese por objeto mas que defender el campo contra los animales, seria una precaucion, no un signo de propiedad; un límite, por el contrario, es un signo de propiedad, y no una precaucion.

Asi los hombres no son verdaderamente Propietarios si no respecto unos de otros; y supuesto esto, ¿de qué son propietarios? de valores; como se comprende muy bien en los cambios que hacen entre sí.

Pongamos, segun nuestro procedimiento habitual, un ejemplo muy sencillo.

La naturaleza trabaja, acaso desde una eternidad, para poner en el agua de la fuente esas cualidades que le dan la propiedad de apagar nuestra sed, y que constituyen para nosotros su *utilidad*. Esta no es ciertamente obra mia, pues se ha elaborado sin mi participacion y sin saberlo yo. Bajo esta relacion, puedo decir sin dificultad que el agua es para mí un don gratuito de Dios. La obra *propia* mia consiste en el esfuerzo que hago, yendo á buscar mi provision del dia.

¿De qué me hecho propietario por este acto?

Relativamente á mí, soy propietario, si puedo espresarme así, de toda la utilidad que la naturaleza ha puesto en el agua. Puedo convertirla en provecho mio segun me parezca. Solo por eso me tomé el trabajo de irla á buscar. Negar mi derecho seria decir que, aunque los hombres no pueden vivir sin beber, no tienen el derecho de beber el agua que se han procurado por su trabajo. No creo que los comunistas, aunque avancen mucho, lleguen hasta aquí; aun bajo el régimen Cabet, será permitido sin duda á los corderos icarios, cuando tengan sed, ir á apagarla en un arroyo de agua cristalina.

Pero relativamente á los demás hombres, suponiéndolos libres de obrar como yo, no soy, no puedo ser propietario de lo que se llama por metonimia el *valor del agua*, es decir, el valor del *servicio* que prestaré cediéndola.

Puesto que se me reconoce el derecho de beber este agua, no es posible que se me contradiga el derecho de ce-

derla.—Y puesto que se reconoce al otro contratante el derecho de ir, como yo, á buscarla á la fuente, no es posible que se le niegue el derecho de aceptar la mia. Si el uno tiene el derecho de ceder y el otro de aceptar, mediante el pago libremente debatido, el primero es pues *propietario* con respecto al segundo.—En verdad desanima escribir en una época, en que no puede darse un paso en economía política sin detenerse en demostraciones tan pueriles.

Pero ¿bajo qué base se hará el arreglo? Esto es principalmente lo que hay que saber para apreciar toda la importancia social de la palabra Propiedad, tan mal sonante á los oidos del sentimentalismo democrático.

Está claro que siendo libres los dos, tomamos en consideracion el trabajo que he hecho y el que el otro ha de ahorrarse, así como todas las circunstancias que constituyen el valor. Debatiremos nuestras condiciones, y si se arregla el ajuste, no habrá exageracion ni sutileza en decir que mi vecino habrá adquirido *gratuitamente*, ó si se quiere, *tan gratuitamente como yo*, toda la utilidad natural del agua. ¿Se quiere la prueba de que los esfuerzos humanos, y no la utilidad intrínseca, determinan las condiciones mas ó menos onerosas de la convencion? Se convendrá en que esta utilidad permanece la misma, ya esté inmediata ó retirada la fuente. El trabajo empleado ó que ha de emplearse, es el que difiere segun las distancias; y puesto que la remuneracion varía con él, en este, y no en la utilidad se halla el principio del valor, de la Propiedad relativa.

Habremos pues de reconocer que relativamente á los demás, yo no soy, no puedo ser propietario sino de mis esfuerzos, de mis servicios, que no tienen nada de comun con las elaboraciones misteriosas y desconocidas, por las que la naturaleza ha comunicado utilidad á las cosas que dan ocasion á estos servicios. Aunque yo quisiera llevar mas allá mis pretensiones, aquí terminaria siempre mi propiedad de hecho; porque si exijo mas que el valor de mi servicio, mi vecino se lo prestaria á sí mismo. Este límite es absoluto, intraspasable, decisivo. Esplica y justifica plenamente la Propiedad, reducida al derecho bien natural de pedir un servicio por otro. Supone que el goce de las utilidades naturales no es apropiado sino nominalmente y en la apariencia; que la espresion: Propiedad de una hectárea de tierra, de un quintal de hierro, de un hectólitro de trigo, de un metro de paño, es una verdadera metonimia, así como Valor del agua, del hierro, etc.; que en

tanto que la naturaleza ha dado estos bienes á los hombres, gozan de ellos gratuitamente y en comun; que en una palabra, la Comunidad se concilia armónicamente con la Propiedad, quedando los dones de Dios en el dominio de la una, y formando los servicios humanos solos el legítimo dominio de la otra.

De que yo haya escogido un ejemplo muy sencillo para manifestar la línea de demarcacion, que separa el dominio comun del dominio apropiado, no hay fundamento para deducir que esta línea se pierde y se borra en las convenciones mas complicadas. No subsiste y se manifiesta siempre en toda convencion libre. La accion de ir á buscar el agua á la fuente es muy sencilla sin duda; pero que se examine de cerca, y nos convenceremos de que la accion de cultivar trigo no es mas complicada sino porque abraza una série de acciones tan sencillas tambien, en cada una de las cuales se combinan la colaboracion de la naturaleza y la del hombre, de suerte que el ejemplo presentado es el tipo de cualquiera otro hecho económico. Trátese de agua, de trigo, de telas, de libros, de trasportes, de cuadros, de baile, de música, ciertas circunstancias, como lo hemos reconocido, pueden dar mucho valor á ciertos servicios, pero nadie podrá exigir jamás el pago de otra cosa y principalmente del concurso de la natnraleza, mientras uno de los contratantes pueda decir al otro: si me pedís mas de lo que *vale* vuestro servicio, me dirigiré á otra parte ó me lo prestaré yo mismo.

No basta justificar la Propiedad, yo quisiera hacer que la amasen aun los Comunistas mas convencidos. ¿Qué se necesita para eso? Describir su papel democrático, progresivo y egalitario; procurar que se comprenda que no solamente no monopoliza entre algunas manos los dones de Dios, sino qne tiene por mision especial ensanchar constantemente el círculo de la Comunidad. Bajo este respecto es ingeniosa de muy distinta manera que Platon, Morus, Fenelon ó M. Cabet.

Nadie niega que hay bienes de los que gozan los hombres gratuitamente y en comun bajo el pie de la mas perfecta igualdad, que hay en el órden social fuera de la Propiedad una Comunidad real. Por otra parte no hay necesidad de ser economista ni socialista, sino tener ojos para ver. Todos los hijos de Dios son tratados de una manera igual bajo ciertos aspectos. Todos son iguales ante la atraccion que los une al suelo, ante el aire respirable, la luz del dia y el agua de los torrentes. A este vasto é incomensu-

rable fondo comun, que en nada se roza con el Valor ó la Propiedad, llama Say *riqueza* natural, por oposicion á la *riqueza social*; Proudhon, *bienes naturales*, por oposicion á los *bienes adquiridos*; Considerant, *Capital natural*, por oposicion al *Capital creado*; Saint-Chomans, *riqueza de goce*, por oposicion á la *riqueza de valor*; nosotros lo hemos llamado *utilidad gratuita*, por oposicion á la *utilidad onerosa*. Llámesele como se quiera, existe, y esto basta para decir: hay entre los hombres un fondo comun de satisfacciones gratuitas é iguales.

Y si la riqueza *social, adquirida, creada*, de *valor, onerosa*, en una palrbra la Propiedad, está repartida desigualmente, no se puede decir que lo esté injustamente, puesto que es con respecto á cada uno proporcional á los *servicios* de que procede, sin que esprese otra cosa que la evaluacion de los mismos. Además, esta Desigualdad se atenua por la existencia del fondo comun, en virtud de la siguiente regla matemática: la desigualdad relativa de dos números desiguales se debilita, si se agrega á cada uno de ellos números iguales. Asi, cuando nuestros inventarios manifiestan que un hombre es doble mas rico que otro, esta proporcion deja de ser exacta, si se toma en consideracion su parte igual en la utilidad gratuita, y aun desapareceria la desigualdad progresivamente, si esta masa comun fuese tambien progresiva.

La cuestion se reduce pues á saber si este *fondo comun* es una cantidad fija, invariable, concedida á los hombres desde el origen, y una vez para siempre por la Providencia, sobre la cual se coloca el *fondo apropiado*, sin que pueda haber ninguna relacion, ninguna accion entre estos órdenes de fenómenos.

Los economistas han pensado que el órden social no tenia influencia alguna sobre esta riqueza natural y comun, y por eso la han escluido de la economía política.

Los socialistas van mas lejos: creen que el órden social tiende á hacer que pase el fondo comun al dominio de la propiedad, la cual consagra en provecho de algunos la usurpacion de lo que corresponde á todos; y por eso claman contra la economía política que desconoce esta funesta tendencia, y contra la sociedad actual que la sufre.

¿Qué digo? El Socialismo acusa aquí, y con algun fundamento, á la economia política de inconsecuencia; porque, despues de haber declarado que no habia relaciones entre la riqueza comun y la riqueza apropiada, ha invalidado su propia asercion y preparado el cargo socialista, el

dia, en que confundiendo el valor con la utilidad, ha dicho que los materiales y las fuerzas de la naturaleza, es decir, los dones de Dios, tenian un valor intrínseco, un valor que les era propio;—pues valor supone siempre y necesariamente apropiacion. Ese dia ha perdido la Economía política el derecho y el medio de justificar lógicamente la Propiedad.

Yo digo y lo afirmo con una conviccion que es para mí una certeza absoluta. Si, hay una accion constante del fondo aprodiado sobre el fondo comun, y bajo este aspecto la primera asercion economista es errónea. Pero la segunda asercion, desenvuelta y esplotada por el socialismo, es mas funesta todavia; porque la accion de que se trata no se realiza en el sentido de que lleve el fondo comun al fondo apropiado, sino por el contrario, de que lleve incesantemente el dominio apropiado al fondo comun. La Propiedad, justa y legítima en sí, porque corresponde siempre á servicios, tiende á trasformar la utilidad onerosa en utilidad gratuita. Ella es ese aguijon que fuerza á la inteligencia humana á sacar de la inercia fuerzas naturales latentes. Lucha, en provecho suyo sin duda, contra los obstáculos que hacen onerosa la utilidad. Y cuando está vencido el obstáculo hasta cierto punto, se ve que ha desaparecido hasta este mismo punto en provecho de todos. Entonces la infatigable Propiedad se dirije á otros obstáculos, y asi marcha sin descanso, elevando constantemente el nivel humano, realizando cada vez mas la Comunidad y con ella la Igualdad en el seno de la gran familia.

En esto es en lo que consiste la Armonía verdaderamente maravillosa del órden social natural. Pero no puedo describir esa armonía sin combatir objeciones siempre renacientes, y sin incurrir en fatigosas repeticiones. No importa; me sacrifico por ella, sacrifíquese tambien el lector un poco por su parte.

Debemos penetrarnos bien de esta nocion fundamental. Cuando no hay para nadie obstáculo alguno entre el deseo y la satisfaccion (no lo hay, por ejemplo, entre nuestros ojos y la luz del dia), no hay ningun esfuerzo que hacer, ningun servicio que prestarse á sí mismo ó que prestar á los demás, ningun valor, ninguna Propiedad posible. Cuando existe un obstáculo, se construye toda la série. Vemos aparecer primero el Esfuerzo; luego el cambio voluntario de los Esfuerzos ó los Servicios; luego la apreciacion comparada de los servicios ó el Valor;—y por último el derecho de cada uno á gozar de estas utilidades inherentes á estos valores, ó la Propiedad.

Si en la lucha contra obstáculos siempre iguales, el concurso de la naturaleza y del trabajo fuesen tambien respectivamente iguales, la Propiedad y la Comunidad seguirian líneas paralelas sin variar jamás de proporciones.

Pero no sucede así. La aspiracion universal de los hombres en sus empresas es disminuir la relacion del esfuerzo al resultado, y por esto asociar á su trabajo una proporcion siempre creciente de agentes naturales. No hay sobre la tierra un agricultor, un fabricante, un negociante, un obrero, un armador, un artista, para quien no sea aquella su eterna preocupacion. A esto tienden todas sus facultades; por esto inventan útiles y máquinas, solicitan de los elementos fuerzas químicas y mecánicas; dividen sus trabajos, unen sus esfuerzos. Hacer mas con menos es el eterno problema que se proponen en todos los tiempos, en todos los lugares, en todas las situaciones, en todas las cosas. ¿Quien niega que en todo esto sean movidos por el interés personal? ¿Qué estimulante los escitaria con mas energia? Teniendo por otra parte cada hombre aquí abajo la responsabilidad de su existencia y de su desarrollo ¿era posible que llevase en sí mismo un móvil permanente que no fuese el interés personal? Protestais; pero aguardad el fin, y veréis que si cada uno se ocupa de sí, Dios piensa en todos.

Nuestra constante aplicacion consiste pues en disminuir el esfuerzo en proporcion al efecto útil buscado. Pero cuando el esfuerzo se disminuye, ya por la destruccion del obstáculo, ya por la invencion de máquinas, la separacion de los trabajos, la union de las fuerzas, la intervencion de un agente natural, etc., este esfuerzo disminuido es menos apreciado comparativamente á los demás; se presta un *servicio* menor haciéndolo en favor de otro; hay menos Valor, y se dice con mucha exactitud que la Propiedad ha retrocedido. ¿Se ha perdido el efecto útil por esto? No, segun la hipótesis misma. ¿A dónde pues ha pasado? Al dominio de la Comunidad. En cuanto á esa porcion del esfuerzo humano que el efecto útil no absorve, no queda por eso estéril; se dirije á otras conquistas. Bastantes obstáculos se presentan y se presentarán siempre ante la espansibilidad indefinida de nuestras necesidades físicas, intelectuales y morales, para que el trabajo, libre por una parte, encuentre en qué ocuparse por otra.—Y así es como permaneciendo el mismo el fondo apropiado, se dilata el fondo comun como un círculo cuyo radio se alargase constantemente.

¿Cómo podriamos esplicar sin esto el progreso, la civili-

zacion, por imperfecta que sea? Volvamos nuestras miradas hácia nosotros mismos; consideremos nuestra debilidad; comparemos nuestro vigor y nuestros conocimientos, con el vigor y los conocimientos que suponen las innumerables satisfacciones de qne nos es dado gozar en el medio social. Seguramente quedaremos convencidos de que, reducidos á nuestros propios esfuerzos, no alcanzariamos ni la cienmilésima parte, aunque se pusiese á disposicion de cada uno de nosotros millones de hectáreas de tierra inculta. Es por tanto cierto que una cantidad dada de esfuerzos humanos realiza inmensamente mas resultados hoy que en tiempo de los Druidas. Si no se pudiese decir esto sino de un individuo, la induccion natural seria que este vive y prospera á costa de otro. Pero puesto que el fenómeno se manifiesta en todos los miembros de la familia humana, podemos llegar á la conclusion consoladora de que ha venido en nuestra ayuda algo que no está en nosotros; que la cooperacion gratuita de la naturaleza se ha agregado progresivamente á nuestros esfuerzos, y que permanece gratuita al través de todas nuestras convenciones;—pues, síno fuese gratuita, no esplicaria nada.

De lo que precede debemos deducir estas fórmulas:

Toda propiedad es un Valor; todo Valor es una propiedad.

Lo que no tiene Valor es gratuito; lo que es gratuito es comun.

Baja de valor es la aproximacion á la gratuidad.

Aproximacion á la gratuidad es realizacion parcial de Comunidad.

Hay tiempos en que no pueden pronunciarse ciertas palabras sin esponerse á falsas interpretaciones. No faltarán personas dispuestas á esclamar con intencion laudatoria ó crítica segun el campo: «El autor habla de comunidad, luego es comunista.» Lo espero, y me resigno. Pero aceptando de antemano el cáliz, no debo esforzarme menos en alejarlo.

Será necesario que el lector haya estado con muy poca atencion (y por eso la clase de lectores mas temibles es la que no lee), si no ha visto el abismo que separa la Comunidad y el Comunismo. Entre estas dos ideas, hay todo el espesor, no solamente de la propiedad, sino tambien del derecho, de la libertad, de la justicia y aun de la personalidad humana.

La Comunidad se entiende de los bienes de que gozamos en comun, por destino providencial, porque no habiendo

ningun esfuerzo que hacer para aplicarlos á nuestro uso, no pueden dar lugar á ningun servicio, á ninguna convencion, á ninguna propiedad. Esta está fundada en el derecho que tenemos de prestarnos servicios á nosotros mismos, ó de prestárselos á los demás con cargo de remuneracion.

Lo que el Comunista quiere poner en comun, no es el don gratuito de Dios, sino el esfuerzo humano, el servicio.

Quiere que cada uno lleve á la masa el fruto de su trabajo, y encarga en seguida á la autoridad que haga de esta masa una reparticion equitativa.

Asi, de dos cosas una: ó se ejecuta esta reparticion en proporcion á las entregas, ó se establece sobre otra base.

En el primer caso, el comunismo aspira á realizar, en cuanto al resultado, el órden actual, limitándose á sustituir la arbitrariedad de uno solo á la libertad de todos.

En el segundo caso ¿cuál será la base de la reparticion? El Comunismo responde: la igualdad. — ¡La igualdad sin tener en cuenta la diferencia de los trabajos! ¡Tendrá cada uno *parte igual*, haya trabajado seis horas ó doce, maquinalmente ó con inteligencia!—Pero esta es la mas chocante de las desigualdades; además, destruye toda actividad, toda libertad, toda dignidad, toda sagacidad. Pretendeis matar la concurrencia, pero cuidado que no haceis mas que trasformarla. Se concurre hoy á quien trabajará mas y mejor. Con vuestro régimen se concurrirá á quien trabajará menos y peor.

El comunismo desconoce la naturaleza misma del hombre. El esfuerzo es penoso por si mismo. ¿Qué nos determina á él? No puede ser sino un sentimiento mas penoso todavia, una necesidad que satisfacer, un dolor que alejar, un bien que realizar. Nuestro móvil es pues el interés personal. Cuando se pregunta al comunismo qué es lo que quiere sustituirle, responde por boca de Louis Blanc: *El punto de honor*, — y por la de M. Cabet: *La fraternidad*. Haced pues que yo esperimente las sensaciones de otro, á fin de que sepa al menos que direccion deba imprimir á mi trabajo.

Y luego, ¿qué significa un punto de honor, una fraternidad, puestos en accion en la humanidad entera por la incitacion y bajo la inspeccion de los señores Louis Blanc y Cabet?

Pero no tengo que refutar aqui al comunismo; y solo quiero se observe que está en oposicion en todos los puntos con el sistema que he tratado de establecer.

Reconocemos en el hombre el derecho de servirse á sí mismo, ó de servir á los demás, con condiciones libremente debatidas. El comunismo niega este derecho, puesto que centraliza todos los servicios en las manos de una autoridad arbitraria.

Nuestra doctrina está fundada en la Propiedad. El Comunismo está fundado en el despojo sistemático, puesto que consiste en dar á uno, sin compensacion, el trabajo de otro. En efecto, si distribuyese á cada uno segun su trabajo, reconoceria la propiedad, no seria ya Comunismo.

Nuestra doctrina está fundada en la libertad. A decir verdad, propiedad y libertad es á nuestros ojos una misma cosa; pues lo que constituye á uno propietario de su servicio es el derecho y la facultad de disponer de él. El Comunismo aniquila la libertad, puesto que no deja á nadie la libre disposicion de su trabajo.

Nuestra doctrina está fundada en la justicia; el Comunismo en la injusticia. Esto resulta de lo que precede.

No hay pues sino un punto de contacto entre los comunistas y nosotros: cierta similitud de las sílabas que entran en las palabras *comunista* y *comunidad*.

Pero que no estravie esta semejanza el espíritu del lector. Mientras que el Comunismo es la negacion de la Propiedad, nosotros vemos por nuestra doctrina en la Comunidad la afirmacion mas esplícita y la demostracion mas perentoria de la Propiedad.

Porque si la legitimidad de la propiedad ha podido parecer dudosa é inesplicable, aun á hombres que no eran comunistas, ha sido por creer que concentraba entre las manos de algunos, con esclusion de los demás, los dones de Dios comunes en el orígen. Nos parece haber disipado radicalmente esta duda, demostrando que lo que era comun por destino providencial permanece comun al través de todas las convenciones humanas, no pudiendo estenderse el dominio de la propiedad mas allá del valor, del derecho adquirido onerosamente por servicios prestados.

Y en estos términos ¿quién puede negar la propiedad? ¿Quién podrá pretender, sin locura, que los hombres no tienen ningun derecho sobre su propio trabajo; que reciben sin derecho los servicios voluntarios de aquellos á quienes han prestado servicios voluntarios?

Hay otra palabra sobre la que debo dar una esplicacion, pues en estos últimos tiempos se ha abusado estrañamente de ella. Esta es la palabra *gratuidad*. ¿Necesito decir que llamo gratuito, no lo que no cuesta nada al hombre, por-

que lo haya robado á otro, sino lo que no cuesta nada á nadie?

Cuando Diógenes se calentaba al sol, se podia decir que se calentaba gratuitamente; pues recojia de la liberalidad divina una satisfaccion, que no exigia trabajo alguno ni de él ni de ninguno de sus contemporáneos. Yo añado que el valor de los rayos solares permanece gratuito, cuando el propietario se sirve de él para madurar su trigo ó sus uvas, en atencion á que al vender sus uvas ó su trigo exije el pago de sus propios servicios y no los del sol. Este concepto puede ser erróneo (en cuyo caso no nos resta sino hacernos comunistas); pero tal es el sentido que doy siempre, porque lo envuelve evidentemente, á la palabra *gratuidad*.

Se habla mucho, desde la República, de crédito *gratuito*, de instruccion *gratuita*. Pero vemos claramente que se encierra un grosero sofisma en esta palabra. ¿Puede acaso el Estado estender la instruccion, como la luz del dia, sin que cueste esfuerzos á nadie? ¿Puede cubrir la Francia de institutos y profesorados, que no se paguen de una ó de otra manera? Todo lo que el Estado puede hacer se reduce á que en lugar de dejar que se reclame y se remunere voluntariamente este género de servicios, arrancar por el impuesto esta remuneracion á los ciudadanos, y distribuirles despues la instruccion que haya elegido, sin exigir de ellos una segunda remuneracion. En este caso, los que no aprenden pagan por los que aprenden, los que aprenden poco por los que aprenden mucho, los que se destinan á los trabajos manuales por los que abrazan las carreras liberales. Este es el Comunismo aplicado á un ramo de la actividad humana. Bajo este régimen, que no me detengo á juzgar aquí, se podrá decir, se deberá decir: *la instruccion es comun*, pero será ridículo decir: *la instruccion es gratuita*. ¡Gratuita! si, para algunos de los que la reciben, pero no para los que la pagan, si no al profesor, al menos al recaudador.

No hay nada que el Estado pueda dar *gratuitamente* en este concepto; y si esta palabra no fuese una mistificacion, no solamente deberia pedirse al Estado la instruccion gratuita, sino tambien el alimento *gratuito*, el vestido *gratuito*, la habitacion *gratuita*, etc. Téngase cuidado con esto. El pueblo ha llegado casi hasta ese punto; al menos no faltan gentes que piden en su nombre el crédito *gratuito*, los instrumentos de trabajo *gratuitos*, etc., etc. Engañados sobre el sentido de una palabra, hemos dado un paso hácia

el Comunismo; ¿qué razon tenemos para no dar el segundo paso, luego el tercero, hasta que desaparezca toda libertad, toda propiedad, toda justicia? ¿Se dirá que la instruccion es tan universalmente necesaria que se pueda conculcar en su favor el derecho y los principios? Pero ¿y la alimentacion no es mas necesaria todavia? *Primo vivere, deinde philosophari*, dirá el pueblo, y no sé en verdad lo que podrá contestársele.

¿Quién sabe? Aquellos que acaso me acusan de comunismo por haber mostrado la comunidad providencial de los dones de Dios, serán tal vez los mismos que violen el derecho de aprender y de enseñar, es decir, la propiedad en su esencia. Estas inconsecuencias, aunque repetidas con frecuencia, no son menos sorprendentes.

IX

PROPIEDAD TERRITORIAL.

Si la idea dominante de este libro es verdadera, hé aqui cómo debemos representarnos á la Humanidad en sus relaciones con el mundo esterior.

Dios ha creado la tierra. Ha puesto en su superficie y en sus entrañas una multitud de cosas útiles al hombre, por cuanto son propias para satisfacer sus necesidades.

Además, ha puesto en la materia fuerzas: gravitacion, elasticidad, porosidad, comprensibilidad, calórico, luz, electricidad, cristalizacion, vida vegetal.

Ha colocado al hombre en medio de estos materiales y de estas fuerzas. Se los ha entregado gratuitamente.

Los hombres se han dedicado á ejercitar su actividad sobre esos materiales y esas fuerzas; de este modo se han prestado servicios á sí mismos. Han trabajado tambien los unos para los otros; y así se han prestado servicios recíprocos. Estos servicios comparados en el cambio han dado origen á la idea de Valor, y el Valor á la de Propiedad.

Cada uno pues ha llegado á ser propietario en proporcion de estos servicios. Pero las fuerzas y los materiales, dados por Dios gratuitamente al hombre desde el origen, han desaparecido, son todavia y serán siempre gratuitos, al través de todas las convenciones humanas; porque en las apreciaciones á que dan lugar los cambios son los *servicios humanos*, y no los *dones de Dios*, los que *se evaluan*.

Resulta de aquí que no hay uno solo entre nosotros, en

tanto que sean libres las convenciones, que deje de ser usufructuario de estos dones. Una sola condicion se nos ha impuesto, la de ejecutar el trabajo necesario para ponerlos á nuestro alcance, ó si alguno se toma este trabajo por nosotros, de ofrecerle en cambio un trabajo equivalente.

Si esta es la verdad, seguramente la Propiedad es indestructible.

El instinto universal de la Humanidad, mas infalible que ninguna elucubracion individual, se atenia sin analizarla á esta nocion, cuando la teoría ha venido á investigar los fundamentos de la Propiedad.

Desgraciamente la teoría empezó por una confusion: tomó la Utilidad por el Valor. Atribuyó un valor propio, independiente de todo servicio humano, asi á los materiales como á las fuerzas de la naturaleza. En el momento la propiedad vino á ser tan injustificable como ininteligible.

Porque la Utilidad es una relacion entre la cosa y nuestra organizacion. No supone necesariamente ni esfuerzos, ni convenciones, ni comparaciones: se puede concebir en sí misma y con relacion al hombre aislado. Valor, por el contrario, es una relacion de hombre á hombre; para existir debe existir doblemente, no pudiéndose comparar nada aislado. Valor supone que aquel que lo posee no lo cede sino por un valor igual.—La teoria que confunde estas ideas llega pues á suponer que un hombre da en el cambio pretendido valor de creacion natural por verdadero valor de creacion humana, utilidad que no ha exigido ningun trabajo, por utilidad que lo ha exigido, en otros términos, que puede aprovecharse del trabajo de otro sin trabajar. —La teoria llamó á la Propiedad comprendida así, primero *monopolio necesario*, luego *monopolio* simplemente, despues *ilegitimidad*, y por último *robo*.

La Propiedad territorial recibió el primer choque. Asi debia ser; no porque todas las industrias no hagan intervenir en su obra fuerzas naturales; sino porque estas fuerzas se manifiestan de una manera mas ostensible á los ojos de la multitud en los fenómenos de la vida vejetal y animal, en la produccion de los alimentos y de lo que se llama impropiamente *materias primeras*, obras especiales de la agricultura.

Por otra parte, si algun monopolio debiese rebelar mas que cualquiera otro la conciencia humana, seria sin duda el que se aplicase á las cosas mas necesarias á la vida.

La confusion de que se trata, ya muy especiosa bajo el aspecto científico, puesto que ningun teórico que yo sepa,

se ha librado de ella, se hacia mas especiosa todavia por el espectáculo que ofrece el mundo.

Se veia frecuentemente al Propietario territorial vivir sin trabajar, y se deducia esta conclusion bastante plausible: «Es necesario seguramente que haya encontrado el medio de hacerse remunerar por otra cosa diferente de su trabajo.» ¿Qué podia ser esta otra cosa sino la fecundidad, la productibilidad, la cooperacion del instrumento, el suelo? La renta del suelo, pues, fué infamada segun las épocas, con los hombres de monopolio necesario, privilegio, ilegitimidad, robo.

Debemos decirlo: la teoria ha encontrado en su camino un hecho que ha debido contribuir á estraviarla. Pocas tierras, en Europa, se han librado de la conquista y de todos los abusos que se originan de ella. La ciencia ha podido confundir la adquisicion violenta de la propiedad territorrial con su formacion por medios naturales y justos.

Pero no hemos de imaginarnos que la falsa definicion de la palabra *valor* se haya limitado á conmover la propiedad territorial: ¡Qué terrible é infatigable poder es la lógica, sea bueno ó malo el principio que la sirva de base! Asi como la tierra, se ha dicho, hace concurrir la luz, la electricidad la vida vegetal etc., á la produccion del valor, ¿el capital no hace concurrir de la misma manera el viento, la elasticidad, la gravitacion á la produccion del valor?

Luego hay hombres, además de los agricultores, que exijen tambien una remuneracion por la intervencion de los agentes naturales. Perciben esta remuneracion por el interés del capital como los propietarios territoriales por la renta del suelo. ¡Guerra, pues, al interés como á la Renta!

Hé aqui ya los golpes que ha sufrido la Propiedad en nombre de ese principio, falso segun yo, verdadero segun los economistas y egalitarios, á saber: *los agentes naturales tienen ó crean valor*, y no debe perderse de vista que es una premisa sobre la que todas las escuelas están de acuerdo. Sus disidencias consisten únicamente en la timidez ú osadia de las deducciones.

Los Economistas han dicho: *la propiedad* (del terreno) *es un privilegio*; pero necesario, hay que mantenerlo.

Los Socialistas: *la propiedad* (del terreno) *es un privilegio*; pero necesario, hay que mantenerlo—exigiéndole una compensacion, el derecho al trabajo.

Los Comunistas y los Egalitarios; *la propiedad* (en general) *es un privilegio*, hay que destruirla.

Y yo grito con todas mis fuerzas: LA PROPIEDAD NO ES UN PRIVILEGIO. Vuestra comun premisa es falsa, luego vuestras tres conclusiones, aunque diversas, son falsas. LA PROPIEDAD NO ES UN PRIVILEGIO, luego no hay que tolerarla por favor, ni exigirle una compensacion, ni destruirla.

Pasemos ligeramente revista á las opiniones emitidas sobre este grave asunto por las diversas escuelas.

Se sabe que los economistas ingleses han sentado este principio sobre el cual parecen unánimes: *el valor viene del trabajo*. Es posible que convengan entre sí, ¿pero convienen consigo mismos? Esto hubiera sido deseable, y el lector va á juzgar por si. Verá si confunden siempre y por todas partes la Utilidad gratuita, no remunerable, sin Valor, con la Utilidad onerosa sola debida al trabajo, sola, segun ellos mismos, provista de valor.

AD. SMITH. «En el cultivo de la tierra, la naturaleza trabaja en union con el hombre, y, *aunque el trabajo de la naturaleza no cueste ningun gasto*, lo que produce *no deja de tener por eso su* VALOR; así como lo que producen los obreros mas caros.»

Hé aquí pues la naturaleza produciendo valor. Por eso es necesario que el compardor de trigo lo pague aun que no haya costado nada á nadie, ni aun trabajo. ¿Y quien es el que se atreve á presentarse para recibir este *valor*? En el lugar de esta palabra poned la de *utilidad*, y todo se aclara, la Propiedad queda justificada, y la justicia satisfecha.

«Se puede considerar la renta como el producto del *poder de la naturaleza*, cuyo goce presta el propietario al arrendador..... Ella es (¡la renta!) *la obra de la naturaleza*, que permanece despues que se ha deducido ó compensado *todo lo que puede considerarse como la obra del hombre*. Rara vez es menos de la cuarta parte y frecuentemente la tercera del producto total. Una cantidad igual de trabajo humano empleado en las manufacturas jamás podria operar una reproduccion tan grande. En estas la naturaleza no hace nada, el hombre es el que lo hace todo.»

¿Puede acumularse en menos palabras mas errores peligrosos? De manera que la cuarta ó la tércera parte del *valor* de las subsistencias es debido al *esclusivo* poder de la naturaleza. Y sin embargo, el propietario se hace pagar por el arrendador, y el arrendador por el proletario. este pretendido valor que queda despues que la *obra del hombre* ha sido remunerada. ¡Y quereis fundar sobre esta base la propiedad! ¿Qué haceis por otra parte del axioma: *Todo valor viene del trabajo*?

Luego, se nos dice tambien que la naturaleza no hace

nada en las fábricas! ¡Qué! ¡la gravitacion. la elasticidad de los gases, la fuerza de los animales, no ayudan al manufaturero! Estas fuerzas obran en las fábricas exactamente como en los campos, producen gratuitamente, no valor, sino utilidad. Sin lo que la propiedad de los capitales no estaria mas defendida que la del suelo, de las inducciones comunistas.

Buchaman. Este comentador, adoptando la teoria del maestro sobre la Renta, impelido por la lógica, lo censura por haberla juzgado ventajosa.

«Smith, considerando la porcion de la produccion territorial que representa *la ganancia del fondo de tierra* (¡qué lengua!) como *ventajosa* á la sociedad, no ha reflexionado que la Renta no es sino el efecto de la carestía, y que lo que el propietario gana de esta manera, no lo gana sino *á costa* del consumidor. La sociedad no gana nada por la reproduccion de la renta de las tierras. Es una clase que se aprovecha de los gastos de las demás.»

Se vé aparecer aqui la deduccion logica: la renta es una injusticia.

Ricardo. «La renta es esa porción del producto de la tierra *que se paga al propietario* para tener el derecho de esplotar *las facultades productivas é imperecederas del suelo.*

Y para que no nos engañemos, añade el autor;

«Se confunde frecuentemente la renta con el interés y la ganancia del capital.— Es evidente que una porcion de la renta representa el interés del capital consagrado á beneficiar el terreno, á erigir las construcciones necesarias, etc., *el resto se paga por esplotar las propiedades naturales é indestructibles del suelo.*—Por eso, cuando hable de *renta* en el curso de esta obra, no designo con este nombre sino lo que el arrendador paga al propietario por el derecho de esplotar *las facultades primitivas é indestructibles del suelo.*»

Mac Culloch. «Lo que se llama propiamente Renta es la suma pagada *por el uso de las fuerzas naturales y de la potencia inherente al suelo.* Es enteramente distinta de la suma pagada, en razon de las construcciones, cercas, caminos y otras mejoras del terreno. *La Renta pues es siempre un monopolio.*»

Scrope. «El valor de la tierra y la facultad de sacar de ella una Renta son debidas á dos circunstancias: Primera. A la apropiacion de sus *potencias naturales*; Segunda. Al trabajo aplicado á su mejora.»

La consecuencia no se hace aguardar mucho tiempo.

«Bajo el primer aspecto, *la renta es un monopolio.* Es una restriccion al usufruto de los dones que el Criador ha dado á los hombres para la satisfaccion de sus necesidades. Esta restriccion *no es justa sino en tanto que es necesaria* por el bien comun.»

¡Cuál no debe ser la perplejidad de las almas buenas, que se niegan á admitir que no hay nada necesario que no sea justo!

Por último; Scrope termina con estas palabras:

« Cuando pasa de este punto, hay que modificarla en virtud del principio que la hizo establecer. »

Es imposible que el lector no comprenda que estos autores nos han conducido á la negacion de la Propiedad, y nos han conducido logicamente partiendo de este punto: el propietario se hace pagar los dones de Dios. He aqui como la renta que paga el colono es una injusticia, que la ley ha establecido bajo el imperio de la necesidad, y que puede modificar ó destruir bajo el imperio de otra necesidad. Los Economistas nunca han dicho otra cosa.

SENIOR. « Los instrumentos de la produccion son el trabajo y los agentes naturales. Habiendo sido apropiados los agentes naturales, los propietarios *se hacen pagar* su *uso*, bajo la forma de Renta, que no es la recompensa de un sacrificio cualquiera, y se percibe por aquellos que no han trabajado ni hecho adelantos, sino que se limitan á tender la mano para recibir las ofrendas de la comunidad. »

Despues de dar este rudo golpe á la propiedad, Senior esplica que una parte de la Renta corresponde al interés y luego añade:

« El resto se recoje por el *propietario de los agentes naturales*, y forma su recompensa, *no por haber trabajado ó ahorrado*, sino simplemente por no haber guardado cuando podia guardar, por haber permitido que los dones de la naturaleza fuesen aceptados. »

Ya lo estamos viendo, siempre la misma teoria. Se supone que el propietario se coloca entre la boca que tiene hambre y el alimento que Dios le habia destinado, bajo la condicion del trabajo. El propietario que ha concurrido á la produccion, se hace pagar por este trabajo, lo que es justo y se hace pagar además por el trabajo de la naturaleza, por el uso de las fnerzas productivas, de las potencias indestructibles del suelo, lo que es inicuo.

Esta teoria desarrollada por los economistas ingleses, Mill, Malthus, etc. se ve con pena prevalecer tambien en el continente.

« Cuando un franco de semilla, dice SCIALOJA, da cien francos de trigo, este aumento de valor es debido en gran parte á la tierra. »

Esto es confundir la utilidad y el valor. Tanto valdria decir: Cuando [illegible]a que no costaba sino un sueldo á diez pasos de la fuente, cuesta diez sueldos á cien pasos, este aumento de valor es debido en parte á la intervencion de la naturaleza.

FLOREZ ESTRADA. «La renta es esa parte del producto agrícola que queda *despues que se han cubierto todos los gastos de la produccion.*»

Luego el propietario recibe algo por nada.

Los economistas ingleses empiezan todos estableciendo este principio: *El valor viene del trabajo.* Luego solo por una inconsecuencia es como pueden atribuir en seguida *valor á las potencias del suelo.*

Los economistas franceses, en general, ven el valor en la utilidad, pero confundiendo la utilidad gratuita con la utilidad onerosa, no dejan de dar golpes menos rudos á la propiedad.

J. B. SAY. «La tierra no es el único agente de la naturaleza productivo; pero es el único, ó casi el único que el hombre ha podido apropiarse. El agua del mar, de los rios, por la facultad que tiene de poner en movimiento nuestras máquinas, de alimentar los peces, de conducir nuestros buques, tiene tambien un poder productivo. El viento y hasta el calor del sol trabajan para nosotros; pero *felizmente* nadie ha podido decir: El viento y el sol me pertenecen, y el servicio que prestan debe pagárseme.»

Say parece deplorar aqui que alguno haya podido decir: La tierra me pertenece, y el servicio que presta debe pagárseme.—*Felizmente*, diré yo, tanto puede el propietario hacerse pagar los servicios del suelo como los del viento y los del sol.

«La tierra es un taller químico admirable, donde se combinan y se elaboran una multitud de materiales y elementos que salen de ella en forma de trigo, frutas, lino, etc. La naturaleza ha dado *gratuitamente* al hombre este vasto taller, dividido en una multitud de compartimientos propios para producciones diversas. Pero ciertos hombres, entre todos, se han apoderado de aquel, y han dicho: A mí me corresponde ese compartimiento, á mí este otro; lo que salga de aqui será mi propiedad esclusiva. Y ¡cosa admirable! este *privilegio usurpado*, lejos de haber sido funesto á la comunidad, se ha visto serle ventajoso.»

Si, indudablemente este arreglo le ha sido ventajoso, pero ¿por qué? Porque no es ni *privilegio*, ni usurpado, porque el que ha dicho «A mi me corresponde ese compartimiento» no ha podido añadir: Lo que salga de él será mi propiedad esclusiva;» sino mas bien: «Lo que salga de él será la propie-

dad esclusiva del que lo quiera compra[illegible] restituyéndome simplemente el trabajo que he hecho, el [illegible]e he ahorrado; la colaboracion de la naturaleza, gratuita para mi, lo será tambien para él.

Say, obsérvese bien, distingue en el valor del trigo la parte de la propiedad, la parte del capital y la parte del trabajo: Se afana mucho con buena intencion, por justificar esta primera parte de remuneracion, que va al propietario y que no es la recompensa de ningun trabajo anterior ó actual. Pero no lo consigue, pues como Scrope, apela al último y menos satisfactorio de los recursos: *la necesidad*.

«Si es imposible que la produccion tenga lugar, no solamente sin fondo de tierra y sin capitales, sino tambien sin que estos medios de produccion sean *propiedades*, ¿no puede decirse que sus propietarios ejercen una funcion productiva, puesto que sin ella no tendria lugar la produccion? funcion cómoda á la verdad, pero que sin embargo en el estado actual de las sociedades ha exigido una acumulacion, fruto de una produccion ó de un ahorro, etc.»

La confusion salta á la vista. Lo que ha exigido una acumulacion, es el papel del propiertario considerado como capitalista, y esto no se contradice ni se niega. Pero lo cómodo es el papel de propietario como propietario, como haciendose pagar los dones de Dios. Este papel es el que ha de justificarse; y para él no hay acumulacion ni ahorro que alegar.

«Si pues las propiedades territoriales y capitales (¿porqué asimilar lo que es diferente?) son el fruto de una produccion, tengo razon en representar estas propiedades como máquinas, trabajadoras, productivas, cuyos autores, cruzándose de brazos, cobrasen un alquiler.

Sigue la misma confusion. El que ha hecho una máquina tiene una propiedad *capital*, de que saca un alquiler legitimo, porqne se hace pagar, no el trabajo de la máquina sino el trabajo que ha ejecutado él mismo para hacerla. Pero el *suelo*, propiedad *territorial*, no es *el fruto de una produccion humana*. ¿Con qué título quiere exigir el pago de su cooperacion? El autor ha juntado aquí dos propiedades de naturalezas diversas para inducir al espíritu á justificar la una por los motivos que justifican la otra.

BLANQUI. «El cultivador, que labra, beneficia, siembra y siega su campo, hace un trabajo sin el cual no se podria recojer nada. Pero la accion de la tierra que hace fermentar la semilla, y la del sol que conduce la planta á su madurez, son independientes de este trabajo y concurren á la formacion de *valores* que representa la cosecha...... Smith y otros muchos economistas han pretendido que el trabajo

del hombre era la única fuente de los valores. No seguramente, la industria del labrador no es la única fuente del *valor* de un saco de trigo, ni de una cesta de patatas. Jamás llegará [illegible] á crear el fenómeno de la germinacion, asi como la paciencia de los alquimistas tampoco ha descubierto el secreto del oro. Esto es evidente.»

No es posible una confusion mas completa, primero entre la utilidad y el valor, y despues entre la utilidad gratuita y la utilidad onerosa.

José Garnier. «La renta del propietario difiere escencialmente de las retribuciones pagadas al obrero por su trabajo, ó al empresario por la ganancia de los adelantos hechos por él, en que estos dos géneros de retribucion son de indemnizacion, al uno de un trabajo, al otro de una privacion ó de un riesgo á que se ha espuesto, en vez de que la renta es recibida por el propietario mas *gratuitamente y en virtud solamente de una convencion legal* que reconoce y mantiene en ciertos individuos el derecho de propiedad territorial.» (*Elementos de la economía política*, segunda edic., p. 293.)

En otros términos, el obrero y el empresario son pagados en virtud de la equidad, por servicios que prestan, el propietario es pagado, en virtud de la ley, por servicios que no presta.

«Los innovadores mas atrevidos no hacen otra cosa que proponer el reemplazo de la propiedad individual por la propiedad colectiva.—*Me parece que tienen mucha razon en derecho humano*; pero en la práctica no la tendrán, en tanto que no sepan mostrar las ventajas de un sistema económico mejor...: (*Ibid.* p. 377 y 378.)

»Pero por largo tiempo todavía, *confesándose que la propiedad es un privilegio, un monopolio*, se añadirá que es un monopolio útil, natural.....

»En résúmen, parece admitirse en economía política (¡Ay! si, y este es el mal) que la propiedad no procede del derecho divino, del derecho señorial ó de cualquiera otro derecho especulativo, sino mas bien de su utilidad. *No es sino un monopolio tolerado por interés de todos, etc.*»

Es idénticamente la sentencia pronunciada por Scrope y repetida por Say en términos mas suaves.

Creo haber probado suficientemente que la economia politica, partiendo de esta proposicion; «*Los agentes naturales tienen ó crean valor*,» habia llegado á esta conclusion; «La propiedad (en tanto que se apodera y exige el pago de este valor estraño á todo servicio humano) es un privilegio, un monopolio, una usurpacion. Pero es un privilegio necesario, hay que mantenerlo.»

Me resta manifestar que los socialistas parten de la misma proposicion; solamente que modifican así la conclusion: La propiedad es un privilegio necesario, hay que mantenerlo, *pero* exijiendo al propietario una compensacion, bajo

la forma de *derecho al trabajo*, en favor de los proletarios.»

Despues, haré comparecer á los co[illegible]tas, que dicen, fundandose tambien en el mismo principio: La propiedad es un privilegio, es menester abolirlo.

Y por último, aunque á riesgo de incurrir en repiticiones, terminaré destruyendo, si es posible, la premisa de estas tres conclusiones: *los agentes naturales tienen ó crean valor*. Si lo consigo, si demuestro que los agentes naturales, aun apropiados, no producen valor, sino utilidad que, pasando por la mano del propietario sin dejarle nada, llega gratuitamente al consumidor,—en este caso, economistas socialistas, comunistas, todos deberán al fin convenirse para dejar bajo este aspecto al mundo tal como está.

M. CONSIDERANT (1). «Para ver cómo y con qué condi»ciones la *propiedad particular* puede manifestarse y de»sarrollarse legitimamente, nos es necesario poseer el *prin»cipio fundamental del derecho de propiedad*. Helo aquí.

«*Todo hombre posee legitimamente la cosa que entra bajo »su inteligencia*, ó mas generalmente *que su actividad ha »creado*.

«Este principio es incontestable, y conviene observar »que contiene implícitamente el reconocimiento del dere»cho de todos á la tierra. En efecto, no siendo la tierra »creada por el hombre, resulta del principio fundamental »de la propiedad que la tierra, el fondo comun entregado »á la especie, no puede de manera alguna ser legítimamen»te la propiedad absoluta y esclusiva de tales ó cuales indi»viduos que no han creado *este valor*.—Constituimos, pues, »la verdadera teoría de la propiedad, fundándola esclusiva»mente en el principio irrecusable que asienta la *Legitimidad »de la propiedad* en el hecho de la *creacion de la cosa ó del »valor poseido*. Para esto, vamos á razonar sobre la crea»cion de la industria, es decir, sobre el orígen y desarrollo »del cultivo, de la fabricacion, de las artes, etc., en la so»ciedad humana.

Supongamos que en el terreno de una isla desierta, en »el suelo de una nacion ó en la tierra entera (la estension »del teatro de la accion no cambia en nada la apreciacion »de los hechos), una generacion humana se dedica por pri»mera vez á la industria, por primera vez cultiva, fabri»ca, etc.—Cada generacion, por su trabajo, por su inteli»gencia, por el empleo de su actividad propia *crea produc»tos, desarrolla valores* que no existian sobre la tierra bruta

(1) Las palabras *itálicas* y *capitales* están impresas así en el testo original.

»¿No es perfectamente evidente que la propiedad será conforme al derecho en esta primera generacion industriosa, »*si el valor ó la riqueza producida por la actividad de todos* »*se repartiese* entre los productores en *proporcion del con-* »*curso* de cada uno á la creacion de la riqueza general?— »Esto no puede negarse.

Así, los resultados del trabajo de esta generacion se di»viden en dos categorías que importa mucho destinguir.

La primera categoria comprende los productos del suelo, »que pertenecian á esta primera generacion en su calidad de »usufructuaria, aumentados, refinados ó fabricados por su »trabajo, por su industria.—Estos productos, brutos ó fabri»cados, consisten, ya en objetos de consumo, ya en instru»mentos de trabajo.—Es claro que estos productos perte»necen *en completa y legítima propiedad* á aquellos que los »han creado por su actividad. Cada uno de estos tiene pues »*derecho*, ya para consumir inmediatamente estos produc»tos, ya para dejarlos en reserva á fin de disponer de ellos »mas tarde en su provecho, ya para emplearlos, cambiar»los, ó darlos y trasmitirlos á quien le parezca, sin tener »necesidad para ello de la autorizacion de nadie. En esta »hipótesis, esta propiedad es evidentemente *Legitima*, res»petable, sagrada. No se puede atacar sin atentar á la *justi-* »*cia*, al *derecho* y á la *libertad individual*, en fin sin ejercer »un despojo.

Segunda categoría. Pero las creaciones debidas á la »actividad industriosa de esta primera generacion, no estan »contenidas todas en la categoría precedente. No solamente »ha creado esta generacion los productos que acabamos de »designar (objetos de consumo é instrumentos de traba»jo), sino que ha agregado un *aumento de valor* al *valor* »*primitivo del suelo* por el cultivo, por las construcciones, »por todos los trabajos del fondo é inamovibles que haya »ejecutado.

Este aumento de valor, constituye evidentemente un »producto, un valor debido á la actividad de la primera ge»neracion. Asi, si por un medio cualquiera (no nos ocupa»mos aquí de la cuestion de los medios), si por un medio »cualquiera, la propiedad de este aumento de valor se dis»tribuye equitativamente, es decir, proporcionalmente al »concurso de cada uno en la creacion entre los diversos »miembros de la sociedad, cada uno de estos poseerá *Le-* »*gitimamente* la parte que le corresponda. Podrá, pues, »disponer de esta propiedad individual legítima como le »convenga, cambiarla, darla, trasmitirla, sin que ninguno

»de los demás individuos, es decir, la sociedad, pueda ja»más tener sobre estos valores derecho ni autoridad alguna.

Podemos, pues, concebir perfectamente que cuando llegue «la segunda generacion, encontrará sobre la tierra dos es»pecies de capitales:

»A. *El capital primitivo ó natural* que no ha sido creado »por los hombres de la primera generacion, es decir, el »*valor* de la tierra bruta.

»B. *El capital creado* por la primera generacion, com»prendiendo: 1.° los *productos*, alimentos é instrumentos »que no se hayan consumido ó gastado por la primera »generacion. 2.° el *aumento de valor* que el trabajo de la »primera generacion ha agregado al *valor de la tierra »bruta*.

»Es pues evidente, y resulta clara y necesariamente del »principio fundamental del derecho de propiedad que aca»bamos de establecer, que cada individuo de la segunda »generacion tiene un derecho igual al *capital primitivo ó na»tural*, en tanto que no tiene derecho alguno al otro *capi»tal, al capital creado* por el trabajo de la primera genera»cion. Cada individuo de esta podrá por tanto disponer de »su parte de *capital creado* en favor de tales ó cuales indivi»duos de la segunda generacion que quiera escojer, hijos, »amigos, etc., sin que nadie, ni aun el Estado, como ya lo »hemos dicho, tenga nada que pretender (en nombre del »derecho de propiedad) sobre las disposiciones que el do»nante ó el testador haya hecho.

»Observemos que, en nuestra hipótesis, el individuo de la »segunda generacion tiene mas ventajas con respecto al de »la primera, puesto que, además del derecho al *capital pri»mitivo* que se le conserva, tiene la posibilidad de recibir »una parte del *capital creado*, es decir, un valor que no ha»brá producido y que representa un trabajo anterior.

»Luego si suponemos las cosas constituidas en la socie»dad de esta suerte:

»1.° Que el derecho al *capital primitivo*, es decir, al »usufruto del suelo en su estado bruto, sea conservado, ó »que un *derecho equivalente* sea reconocido á cada individuo »que nace sobre la tierra en una época cualquiera.

»2.° Que el *capital creado* sea repartido continuamente »entre los hombres á medida que se produce, en propor»cion del concurso de cada uno á la produccion del ca»pital.

»Si el mecanismo de la organizacion social, decimos, sa»tisface á estas dos condiciones, la *propiedad* bajo un régi-

»men semejante seria constituida en su legitimidad abso»luta.—El *Hecho será conforme al derecho*. (*Teoria del dere»cho de propiedad y del derecho al trabajo*, 3.ª edic. p. 17.)

Se vé aquí al autor socialista destinguir dos especies de valores: el *valor creado*, que es el objeto de una propiedad legítima, y el *valor increado* llamado tambien *valor de la tierra bruta*, *capital primitivo*, *capital natural*, que no podria llegar á ser propiedad individual sino por usurpacion. Así, segun la teoria que me esfuerzo en hacer prevalecer, las ideas espresadas por estas palabras: *increado*, *primivo*, *natural*, escluyen radicalmente estas otras ideas: *valor*, *capital*. Por eso es falsa la premisa que conduce á M. Considerant á esta triste conclusion.

Bajo el régimen que constituye la propiedad en todas las naciones civilizadas el fondo comun, sobre el cual toda la especie entera tiene pleno derecho de usufruto, ha sido invadido; se encuentra confiscado por el menor número, con esclusion del mayor número. Pues bien, aunque no hubiese de hecho sino un solo hombre escluido de su derecho al usufruto del fondo comun por la naturaleza del régimen de la propiedad, esta esclusion constituiría por sí sola un ataque al derecho, y el régimen de propiedad que la consagrase sería ciertamente injusto, ilegítimo.»

Sin embargo, M. Considerant reconoce que la tierra no puede cultivarse sino bajo el régimen de la propiedad individual. Hé aquí el *monopolio necesario*. ¿Qué habrá de hacerse pués para conciliarlo todo, y asegurar los derechos del proletario al capital primitivo, natural, increado, al valor de la tierra bruta?

«Pues bien, que una sociedad industriosa, que ha tomado posesion de la tierra y que arrebata al hombre la facultad de ejercer á la ventura y con libertad, sobre la superficie del suelo, sus cuatro derechos naturales; que esta sociedad reconozca al individuo en compensacion de sus derechos de que le despoja *el derecho al trabajo*.»

Si hay algo evidente en el mundo es que esta teoría, fuera de la conclusion, está esactamente conforme con la de los economistas. El que compra un producto agrícola remunera tres cosas: primero, el trabajo actual, nada mas legítimo; segundo, el *aumento de valor* dado al suelo por el trabajo anterior, nada mas legítimo tambien; y tercero, el *capital primitivo* ó *natural* ó *increado*, ese don gratuito de Dios, llamado por Considerant *valor de la tierra bruta*; por Smith, *potencias indestructibles del suelo*; por Ricardo, *facultades productivas é imperecederas de la tierra*; por

Say, *agentes naturales*. ESTE es el que ha sido *usurpado* segun M. Donsiderant; ESTE es el que ha sido *usurpado* según J. B. Say. ESTE es el que constituye la *ilegitimidad* y el *despojo* á los ojos de los socialistas; ESTE el que constituye el *monopotio* y el *privilegio* á los ojos de los comunistas. Todavia se ve cierto acuerdo en cuanto á la *necesidad*, á la utilidad de este arreglo. Sin él, la tierra no produciria, dicen los discipulos de Smith; sin él, volveriamos al estado salvaje, repiten los discípulos de Fourier.

Se ve que en teoria, en derecho, el acuerdo entre las dos escuelas es mucho mas cordial (al menos sobre esta gran cuestion) que pudiera imaginarse. No se separan sino sobre las consecuencias, que deben deducirse legislativamente del hecho sobre que convienen.

«Puesto que la propiedad está acusada de ilegitimidad, en cuanto atribuye á los propietarios una parte de remuneracion que no les es debida, y puesto que, por otra parte, es necesaria, respetémosla, y exijámosle indemnizaciones. —No, dicen los Economistas, aunque sea un monopolio, puesto que es necesario, respetémosla y dejémosla en reposo.» Todavia presentan débilmente esta suave defensa, pues uno de sus últimos órganos, J. Garnier, añade: «Teneis razon en derecho humano, pero no la teneis en la práctica, en tanto que no hayais mostrado los efectos de un sistema mejor.» A lo que los socialistas no dejan de responder: Lo hemos encontrado, es el *derecho al trabajo*, ensayadlo.

En estas contestaciones, llega Proudhon. ¿Creeis acaso que el famoso contradictor va á contradecir la gran premisa Económica ó Socialista? Nada de eso. No tiene necesidad de tal cosa para derribar la Propiedad. Se apodera por el contrario de esta premisa; la estrecha, la comprime, y saca de ella la consecuencia mas lógica. ¡Ah! dice, confesais que los dones gratuitos de Dios tienen, no solamente utilidad, sino *valor*; confesais que los propietarios los usurpan y los venden. Luego la propiedad es el robo. Luego no debe mantenerse, ni exigírsele compensaciones, sino *abolirla*.

M. Proudhon ha acumulado muchos argumentos contra la propiedad territorial. El mas sério, el único sério, es el que le han suministrado los autores, confundiendo la utilidad y el valor.

«¿Quién tiene derecho, dice, de hacer pagar el uso del suelo, de esa riqueza que no es el hecho del hombre? ¿A quién se debe la renta de la tierra? Al produc-

tor de la tierra sin duda. ¿Quién ha hecho la tierra? Dios. En ese caso, propietario, retírate.

« . . . . . . Pero el creador de la tierra no la vende, la da; y al darla, no hace ninguna escepcion de personas. ¿Por qué, pues, entre todos sus hijos, unos se encuentran tratados como primogénitos, y otros como bastardos? Si la igualdad de los lotes fué el derecho original, ¿cómo es la desigualdad de las condiciones el derecho póstumo?

Contestando á J. B. Say, que habia asimilado la tierra á un instrumento, dice:

«Convengo en que la tierra es un instrumento; ¿pero cuál es el obrero? ¿Es el propietario? ¿Es él quien, por la virtud eficaz del derecho de propiedad, le comunica el vigor y la fecundidad? Hé aquí precisamente en lo que consiste el monopolio del propietario que, no habiendo hecho el instrumento, se hace pagar su servicio. Preséntese el Criador y venga á reclamar él mismo la renta de la tierra, y contaremos con él; ó que el propietario, que se dice autorizado con poderes, muestre su título.»

Esto es evidente. Estos tres sistemas no forman mas que uno. Economistas, Socialistas, Egalitarios, todos hacen á la Propiedad territorial un cargo, y *el mismo cargo*, el de hacer pagar lo que no tiene derechode hacer pagar. A este agravio los unos llaman *monopolio*, los otros *ilegitimidad* y los terceros *robo*; no es mas que la gradacion de la misma injusticia.

Ahora, yo apelo á todo lector atento ¿es fundado este cargo? ¿No he demostrado que solo hay una cosa que se interponga entre el don de Dios y la boca hambrienta, que es el servicio humano?

Economistas, vosotros decís: La renta es lo que se paga al propietario por el uso de las facultades productivas del suelo. Yo digo: no. La renta es lo que se paga al aguador por el trabajo que se ha tomado de hacer un carreton y ruedas, y el agua nos costaria mas si la llevase sobre la espalda. Asimismo, el trigo, el lino, la lana, la madera, la carne, las frutas nos costarian mas, si el propietario no hubiese perfeccionado el instrumento que los produce.

Socialistas, vosotros decis: Primitivamente las masas gozaban de sus derechos á la tierra bajo la condicion del trabajo, y ahora están escluidas y despojadas de su patrimonio natural: Yo respondo: No, no estan escluidas ni despojadas; recojen gratuitamente la utilidad elaborada por la tierra bajo la condicion del trabajo, es decir, restituyendo este trabajo á aquellos que lo ejecutan por ellas.

Egalitarios, vosotros decís: El monopolio del propietario consiste en que no habiendo hecho el instrumento, se

hace pagar su servicio. Yo contesto: No. El instrumento-tierra, en tanto que Dios lo ha hecho, produce *utilidad*, y esta utilidad es gratuita; no está en poder del propietario el hacerla pagar. El instrumento-tierra, en tanto que el propietario lo ha preparado, labrado, cerrado, desecado, beneficiado, provisto de otros instrumentos necesarios, produce *valor*, el cual representa *servicios* humanos efectivos, y es la única cosa de que el propietario exije el pago. O debeis admitir la legitimidad de este derecho, ó debeis desechar vuestro propio principio: la *mutualidad de los servicios.*

A fin de saber cuáles son los verdaderos elementos del valor territorial, asistamos á la formacion de la Propiedad del terreno, no segun las leyes de la violencia y la conquista; sino segun las leyes del trabajo y del cambio. Veamos cómo pasan las cosas en los Estados Unidos.

Jonatan, laborioso aguador de Nueva-York, partió para el *Far-West* llevando en su bolsa un millar de duros, fruto de su trabajo y de sus ahorros.

Atravesó muchos parajes fértiles donde el suelo, el sol y la lluvia realizan sus milagros, y que sin embargo *no tienen ningun valor* en el sentido económico y *práctico* de la palabra.

Como era algo filósofo, se decia á sí mismo: «Es necesario, á pesar de lo que digan Smith y Ricardo, que el *valor* sea otra cosa que *la potencia productiva é indestructible del suelo.*»

Por último, llegó al Estado de Arkansas, y se encontró con una hermosa tierra de unos cien acres que el gobierno habia mandado demarcar para venderla al precio de un duro el acre.

—¡Un duro el acre! dijo para sí, es bien poco, tan poco que casi se acerca á nada. Compraré esta tierra, la desmontaré, venderé mis cosechas, y de aguador que era, me haré yo tambien, ¡propietario!

Jonatan, lógico implacable, queria darse razon de todo; y decia: ¿Pero por qué no vale esta tierra mas que á duro el acre? Nadie ha puesto todavia la mano en ella. Está vírgen de todo trabajo. ¿Tendrán razon Smith y Ricardo, y despues de ellos la série de teóricos hasta Proudhon? ¿Tendrá la tierra un valor independiente de todo trabajo, de todo servicio, de toda intervencion humana? ¿Habrá de admitirse que las potencias productivas é indestructibles del suelo *valen*? En ese caso ¿por qué no *valen* en los paises que he atravesado? Y además, puesto que sobrepujan en

una proporcion tan enorme al talento del hombre, que no llegará jamás á crear el fenómeno de la germinacion, segun la juiciosa observacion de M. Blanqui, ¿por qué estas potencias maravillosas no *valen* mas que un duro?

Pero no tardó en comprender que este valor, como todos los demás, es de creacion humana y social. El gobierno americano exigia un duro por la concesion de cada acre, pero por otra parte prometia garantizar en cierta medida la seguridad del comprador; habia abierto algun camino en las cercanías, facilitaba la trasmision de las cartas y periódicos, etc., etc. Servicio por servicio, decia Jonatan; el gobierno me exige un duro pero me devuelve el equivalente. Desde este punto, aunque desagrade á Ricardo, me esplico humanamente el Valor de esta tierra, valor que seria mayor todavia si el camino estuviese mas inmediato, el correo fuese mas accesible, la proteccion mas eficaz.

Sin dejar su disertacion, Jonatan trabajaba; porque es menester hacerle la justicia de que habitualmente se ocupaba con igual preferencia de estas dos cosas.

Despues de haber invertido el resto de sus duros en caseríos, cercas, desmontes, nivelaciones, desecaciones, etc., despues de haber arado, sembrado, cardado y segado, vino el momento de vender la cosecha. «Voy al fin á saber, esclamó Jonatan, siempre preocupado con el problema del valor, si al hacerme propietario territorial, me he trasformado en monopolizador, en aristócrata privilegiado, en despojador de mis hermanos, en acaparador de las liberalidades divinas.

Llevó, pues, su grano al mercado, y habiéndose encontrado con un Yankee.—Amigo, le dijo, ¿á cómo me pagareis ese maiz?

—Al precio corriente, contestó el otro.

—¿Al precio corriente? ¿Pero eso me producirá algo mas del interés de mis capitales y de la remuneracion de mi trabajo?

—Soy comerciante, dijo el Yankee, y tengo que contentarme con la recompensa de mi trabajo anterior ó actual.

—Yo tambien me contentaba con eso cuando era aguador, repuso Jonatan, pero ahora soy Propietario territorial. Los economistas ingleses y franceses me han asegurado que en esta calidad, además de la doble retribucion de que se trata, debia sacar un provecho *de las potencias productivas é indestructibles del suelo*, imponer un derecho sobre los bienes de Dios.

—Los dones de Dios pertenecen á todo el mundo, dijo

el comerciante. Yo me sirvo de la *potencia productiva* del viento para conducir mis naves, pero no la hago pagar.

—Y yo creo que me debeis pagar algo por estas fuerzas á fin de que los señores Senior, Considerant y Proudhon no me hayan llamado en vano monopolizador y usurpador. Si tengo esta odiosidad sobre mí, al menos que saque provecho de ella.

—En ese caso, adios, hermano; para adquirir el maiz que necesito, me dirigiré á otros propietarios, y si están en las mismas disposiciones que vos, lo cultivaré yo mismo.

Jonatan comprendió entonces la verdad de que bajo un régimen de libertad, no es monopolizador el que quiere. En tanto que haya en la Union tierras que desmontar, dijo para si, no seré mas que uno que pone en actividad las famosas *fuerzas productivas* é indestructibles. Me pagarán mi trabajo, y nada mas, absolutamente lo mismo que cuando era aguador me pagaban mi trabajo y no el de la naturaleza. Veo claramente que el verdadero usufructuario de los dones de Dios no es el que cultiva el trigo, sino aquel á quien el trigo alimenta.

Al cabo de algunos años, habiendo seducido otra empresa á Jonatan, se puso á buscar un colono para su tierra. El diálogo que medió entre los dos contratantes fué muy curioso, y daria mucha luz en la cuestion, si lo refiriese por completo.

Pero hé aquí un estracto.

El propietario. ¡Qué! ¿no me quereis pagar por el arriendo mas que el interés corriente del capital que he desembolsado?

El colono. Ni un céntimo mas.

El propietario. ¿Y por qué, quereis decirme?

El colono. Porque con un capital igual puedo poner una tierra de esta especie en el estado en que está la vuestra.

El propietario. Esto parece decisivo. Pero considerad que cuando seais mi colono, no es solamente mi capital el que trabajará por vos, sino tambien la *potencia productiva é indestructible* del suelo. Tendreis á vuestro servicio los maravillosos efectos del sol y de la luna, de la afinidad y de la electricidad. ¿He de cederos todo esto gratis?

El colono. ¿Por qué no, puesto que no os ha costado nada, que no habeis sacado nada de ellas, y que á mí tampoco me valdrán nada?

El propietario. ¿No saco nada de ellas? Lo saco todo !pardiez¡ sin estos fenómenos admirables, toda mi industria no haria nacer una mata de yerba.

El colono. Sin duda. Pero acordaos del Yankee. No ha querido daros un óbolo por toda esa cooperacion de la naturaleza, así como cuando erais aguador tampoco querian daros las mujeres de Nueva-York un óbolo por la admirable elaboracion de la naturaleza para alimentar la fuente.

El propietario. Sin embargo, Ricardo y Proudhon.

El colono. Yo me rio de Ricardo. Tratemos bajo las bases que os he dicho, ó *voy á desmontar tierra* al lado de la vuestra. El sol y la luna me servirán gratis.

Siempre se invocaba el mismo argumento, y Jonatan empezaba á comprender que Dios ha dispuesto las cosas con tal sabiduría que no sea fácil interceptar sus dones.

Algo disgustado del oficio de propietario, Jonatan quiso dirigir hácia otra parte su actividad. Se dedicó á poner *en venta* su tierra.

Inútil será decir que nadie le quiso dar mas por ella que lo que le habia costado. Aunque invocase á Ricardo, y alegase el pretendido valor inherente á la potencia indestructible del suelo, le contestaban siempre: «Hay tierras al lado.» Y esta sola palabra destruia sus exigencias y sus ilusiones.

Aun pasó en esta convencion un hecho que tiene una gran importancia económica y que no se ha observado bastante.

Todo el mundo comprende que si un fabricante quisiese vender despues de diez ó quince años su material, aun en buen estado, seria muy probable que tuviese que sufrir una pérdida. La razon es sencilla: diez ó quince años no pasan sin promover algun progreso en mecánica. Por eso, el que presenta en el mercado un aparato que tiene ya quince años, no puede esperar que se le restituya exactamente todo el trabajo que este aparato exigió; pues con un trabajo igual el comprador puede procurarse, en razon á los progresos realizados, máquinas mas perfeccionadas, — lo que, diremos de paso, prueba mas que el valor no es proporcional al trabajo, sino á los servicios.

Podemos concluir de aquí que está en la naturaleza de los instrumentos de trabajo el perder de su valor por la sola accion del tiempo, independientemente de la deterioracion que causa su uso, y establecer esta fórmula: « *Uno de los efectos del progreso es disminuir el valor de todos los instrumentos existentes.*»

Se conoce en efecto, que mientras el progreso sea mas rápido, mas trabajo cuesta á los instrumentos antiguos sostener la rivalidad con los instrumentos nuevos.

No me detendré aquí á señalar las consecuencias armónicas de esta ley: pero quiero que se observe que la Propiedad territorial está sometida á ella como cualquiera otra propiedad.

Jonatan esperimentó la prueba de esta verdad. Porque habiendo usado con el comprador este lenguaje:—«Lo que he gastado en mejoras permanentes de está tierra representa mil dias de trabajo. Quiero que me deis primeramente el equivalente de estos mil jornales, y despues algo mas por el valor inherente al suelo é independiente de toda obra humana.»

El comprador le contestó:

«En primer lugar, no os daré nada por el valor propio del suelo, que es simplemente utilidad, de que la tierra inmediata está tan provista como la vuestra. Asi, esa utilidad nativa, extra-humana, puedo tenerla gratis, lo que prueba que no tiene valor.

«En segundo lugar, puesto que vuestros libros comprueban que habeis empleado mil jornales en poner vuestra heredad en el estado en que se halla, yo no os entregaré mas que ochocientos, por la razon de que con estos ochocientos jornales puedo hacer hoy en la tierra del lado lo que habeis hecho en otro tiempo con mil en la vuestra. Considerad que de quince años á esta parte el arte de desecar, de desmontar, de edificar, de abrir pozos, de disponer establos, de ejecutar trasportes ha hecho progresos. Cada resultado determinado exije menos trabajo, y no quiero someterme á daros diez por lo que puedo adquirir por ocho, tanto mas, cuanto que el precio del trigo ha disminuido en la proporcion de este progreso, que no nos aprovecha ni á vos ni á mí, sino á la humanidad entera.»

Asi Jonatan se vió en la alternativa de vender su tierra con pérdida ó de conservarla.

Indudablemente el valor de las tierras no está sujeto á un solo fenómeno. Otras circunstancias como la construccion de un canal ó la fundacion de una ciudad pueden obrar en el sentido de la subida. Pero la que señalo, que es mas general é inevitable, obra siempre y necesariamente en el sentido de la baja.

La conclusion de todo lo que precede es esta: Mientras que en mi pais haya abundancia de tierras que desmontar, el propietario territorial, que cultive, arriende ó venda, no goza ningun privilegio, ningun monopolio, ninguna ventaja escepcional, y sobre todo no cobra ningun derecho sobre las liberalidades gratuitas de la naturaleza. ¿Cómo habia de

ser asi, suponiendo libres á los hombres? ¿No tiene cuálquiera que dispone de capitales y brazos el derecho de escoger entre la agricultura, la fabricacion, el comercio, la pesca, la navegacion, las artes ó las profesiones liberales? ¿No se dirijirian los capitales y los brazos con mas impetuosidad á cualquiera de estas carreras que diese ganancias estraordinarias? ¿Nó abandonarian aquellas en que tuviesen pérdidas? ¿Nó bastará esta infalible distribucion de las fuerzas humanas para establecer, en la hipótesis que nos ocupa, el equilibrio de las remuneraciones? ¿Se vé acaso en los Estados Unidos que los agricultores hacen fortuna con mas prontitud que los negociantes, los armadores, los banqueros ó los médicos, lo que sucederia infaliblemente, si recibiesen primero como los otros, el fruto de su trabajo, y además como se pretende, el precio del trabajo inconmensurable de la naturaleza?

¡Oh! ¿quiére saberse cómo podria el propietario territorial constituir aun en los Estados Unidos un monopolio? Procuraré hacerlo comprensible.

Supongo que Jonatan reune á todos los propietarios territoriales de la Union y les dice lo siguiente:

«He querido vender mis cosechas, y no he encontrado quien me diese por ellas un precio bastante elevado. He querido arrendar mi tierra, y mis pretensiones han encontrado límites. He querido enagenarla, y he encontrado la misma decepcion. Siempre han detenido mis exigencias con estas palabras, *hay tierras al lado*. De esta suerte, cosa horrible, mis servicios en la comunidad son estimados, como todos los demás, *en lo que valen*, á pesar de las dulces promesas de los teóricos. No me dan nada, absolutamente nada por esa potencia productiva é indestructible del suelo, por esos agentes naturales, rayos solares y lunares, lluvia, viento, rocío, que creia eran mi propiedad, y de que no soy en el fondo sino propietario nominal. ¿Nó es una cosa inicua que no se me retribuya sino por mis servicios, y aun á la tasa que quiere la concurrencia reducirlos? Vosotros todos sufrís la misma opresion, todos sois víctimas de la concurrencia anárquica. Ya comprendereis con facilidad que no seria así, si *organizasemos* la propiedad territorial, si nos concertásemos para que en adelante nadie fuese admitido á desmontar una pulgada de esta tierra de América. Entonces no contando la poblacion, á pesar de su necesario acrecentamiento, sino con una cantidad casi fija de subsistencias, impondremos la ley de los precios, y reuniremos inmensas riquezas: lo que seria una gran feli-

cidad para las demás clases, porque siendo ricos, las hariamos trabajar.

Si á consecuencia de esto discurso, los propietarios coaligados se apoderaban de la legislatura, si decretaban una ley por la cual se prohibiese todo nuevo desmonte; no hay duda que aumentarian por cierto espacio de tiempo sus ganancias. Digo por cierto espacio de tiempo, porque las leyes sociales carecerian de armonía, si el castigo de un crímen semejante no naciese naturalmente del crímen mismo. Por respeto al rigor científico, no diré que la ley nueva comunicaria valor á la potencia del suelo, ó á los agentes naturales (si fuese asi, la ley no causaria perjuicio á nadie), pero diré: El equilibrio de los servicios queda violentamente destruido; una clase despoja á las otras clases; un principio de esclavitud se introduce en el pais.

Pasemos á otra hipótesis, que, á decir verdad, es la realidad para las naciones civilizadas de Europa; aquella en que todo el territorio haya pasado al dominio de la propiedad privada.

Tenemos que investigar si, en este caso tambien, la masa de los consumidores, ó la *comunidad*, continúa siendo usufructuaria, á título gratuito, de la fuerza productiva del suelo y de los agentes naturales; si los poseedores de la tierra son propietarios de otra cosa mas que de su *valor*, es decir, de sus leales servicios apreciados segun las leyes de la concurrencia; y sino se ven obligados, como todo el mundo, cuando son remunerados por sus servicios, á ceder sin recompensa alguna los dones de Dios.

Hé aquí pues todo el territorio de Arkansas enagenado por el gobierno, dividido en heredades y sometido al cultivo. ¿Se prevale Jonatan, cuando pone en venta su trigo y aun su tierra, de la fuerza productiva del suelo, y quiere hacerla entrar por algo en su valor? Ya no se le puede, como en el caso precedente, contener con esta respuesta abrumadora:

»Hay tierras por desmontar al lado de la vuestra.»

Este nuevo estado de cosas supone que la poblacion se ha aumentado. Esta se divide en dos clases: 1.ª La que lleva á la comunidad los servicios agrícolas: 2.ª La que lleva servicios industriales, intelectuales ú otros.

Asi digo esto que me parece evidente. Siendo libres los trabajadores (fuera de los propietarios territoriales) que quieran procurarse trigo, de dirigirse á Jonatan ó á sus vecinos, ó á los propietarios de los Estados limítrofes, y aun pudiendo ir á desmontar tierras incultas fuera de las

fronteras de Arkansas, es absolutamente imposible á Jonatan imponerles una ley injusta. El solo hecho de que existan tierras sin valor en alguna parte opone al privilegio un obstáculo invencible, y nos volvemos á encontrar en la hipótesis precedente. Los servicios agrícolas sufren la ley de la competencia universal, y es radicalmente imposible hacerlos aceptar por mas de lo que *valen*. Añado que no valen mas (*cœteris paribus*) que los servicios de cualquiera otra naturaleza. Asi como el fabricante, despues de haber exijido el pago de su tiempo, de sus cuidados, de sus trabajos, de sus riesgos, de sus adelantos, de su habilidad (cosas todas que constituyen el servicio humano y son representadas por el valor), no puede reclamar mas por la ley de la gravitacion y de la espansibilidad del vapor, cuyo concurso se ha procurado, asi tambien Jonatan no puede incluir en el valor de su trigo, sino la totalidad de sus servicios personales anteriores ó actuales, y no la asistencia que encuentra en las leyes de la fisiología vegetal. El equilibrio de los servicios no se altera en tanto que se cambian libremente unos por otros á precio convenido, y los dones de Dios, á los cuales sirven de vehículo estos servicios, cedidos por una y otra parte sin retribucion alguna, permanecen en el dominio de la comunidad.

Se dirá sin duda que en el hecho el valor del suelo se aumenta continuamente. Es cierto. A medida que la poblacion se aumenta y se hace mas rica, que los medios de comunicacion son mas fáciles, el propietario territorial sáca mas partido de sus servicios. ¿Pero es esta una ley que le favorezca esclusivamente, y no es igual para todos los trabajadores? En igualdad de trabajo, un médico, un abogado, un pintor, un jornalero, ¿se procuran las mismas satisfacciones en el siglo décimo nono que en el siglo cuarto, en París que en Bretaña, en Francia que en Marruecos? Pero este aumento de satisfaccion no se adquiere á costa de nadie. Hé aqui lo que necesitamos comprender. Por lo demás, profundizaremos esta ley del valor (metonímico) del suelo en otra parte de esta obra, y cuando nos ocupemos de la teoría de Ricardo. (V. *tomo II* (*de las obras completas*) *discurso de* 29 *de setiembre de* 1846.)

Por ahora nos basta mostrar que Jonatan, en la hipótesis que estudiamos, no puede ejercer opresion alguna en las clases industriales, con tal que el cambio de los servicios sea libre, y que el trabajo pueda distribuirse sin ningun impedimento legal, en Arkansas ó en otra parte, entre todos los géneros de produccion. Esta libertad se opone á que

los propietarios puedan interceptar en provecho suyo los beneficios gratuitos de la naturaleza.

No seria asi, si Jonatan y sus compañeros, apoderándose del derecho de legislar, proscribiesen ó dificultasen la libertad de los cambios, si decidiesen, por ejemplo, que no pudiese entrar en Arkansas ni un grano de trigo estranjero. En este caso el valor de los servicios cambiados entre los propietarios y los no propietarios no se arreglaria por la justicia. Los segundos no tendrian ningun medio de contener las pretensiones de los primeros. Semejante medida legislativa seria tan inicua como aquella de que nos ocupamos hace poco. El efecto seria absolutamente el mismo que si Jonatan, habiendo llevado al mercado un saco de trigo que se hubiese vendido á quince francos, sacase una pistola de su bolsillo, y apuntando al comprador, le dijese: Dame tres francos mas ó te levanto la tapa de los sesos.

Este efecto (es menester llamarlo por su nombre) se llama *extorsion*, *Brutal ó legal*, lo que no cambia su carácter. Brutal, como en el caso de la pistola, viola la propiedad. Legal, como en el caso de la prohibicion, viola tambien la propiedad, y además niega su principio. Como lo hemos visto, no somos propietarios mas que de valores, y Valor es la apreciacion de dos servicios que se cambian libremente. No puede, pues, concebirse nada mas antagónico al principio mismo de la propiedad que lo que altera en nombre del derecho la equivalencia de los servicios.

Acaso no parecerá inútil observar que las leyes de esta especie son inicuas y desastrosas, sea cualquiera bajo este aspecto la opinion de los opresores y aun de los oprimidos. Vemos en ciertos paises á las clases laboriosas apasionarse por estas restricciones porque enriquecen á los propietarios. No conocen que esto se realiza á costa suya; y sé por esperiencia que no es siempre conveniente el manifestárselo.

¡Cosa estraña! el pueblo escucha con gusto á los sectarios que le predican el Comunismo, que es la esclavitud, puesto que no ser uno propietario de sus servicios equivale á ser esclavo;—y desdeña á aquellos que defienden por todas partes y siempre la libertad, que es la Comunidad de los beneficios de Dios.

Llegamos á la tercera hipótesis, en la que la totalidad de la superficie cultivable del globo pase al dominio de la apropiacion individual.

Tenemos tambien aquí dos clases enfrente una de otra: la que posee el suelo y la que no lo posee. ¿No estará la primera en disposicion de oprimir á la segunda? ¿Y no se verá

esta reducida á dar siempre mas trabajo por una cantidad igual de subsistencias?

Si respondo á la objecion, ya se comprenderá que es por honor de la ciencia; porque estamos separados por muchos centenares de siglos de la época, en que pueda realizarse la hipótesis.

Pero al fin, todo anuncia que vendrá tiempo en que ya no sea posible contener las exigencias de los propietarios con estas palabras: Hay tierras que desmontar.

Ruego al lector observe que esta hipótesis supone otra: que en esa época la poblacion habrá llegado al límite estremo que la tierra puede mantener.

Este es un elemento nuevo y considerable en la cuestion. Seria con corta diferencia lo mismo que si me preguntasen: ¿Qué sucederá cuando no haya ya bastante aire en la atmósfera para los pechos que han llegado á ser demasiado numerosos?

Piénsese lo que se quiera del principio de la poblacion, nadie negará que puede *aumentar*, y aun que *tiende* á aumentar, puesto que aumenta. Todo el arreglo económico de la sociedad parece organizado, previendo esta tendencia; y se halla en perfecta armonía con esta misma tendencia. El propietario territorial aspira siempre á hacerse pagar el uso de los agentes naturales que posee; pero vé continuamente frustrada su loca é injusta pretension por la abundancia de agentes naturales análogos que no posee. La liberalidad relativamente indefinida de la naturaleza, lo reduce á un simple poseedor. Ahora me llevais á la época en que los hombres hayan encontrado el límite de esa liberalidad. No hay nada que esperar por esta parte. Es necesario inevitablemente que la tendencia humana á aumentarse se paralice, que la poblacion se detenga. Ningun régimen económico puede libertarla de esta necesidad. En la hipótesis propuesta, todo aumento de poblacion seria reprimido por la mortalidad; no hay filantropía, por optimista que sea, que llegue hasta pretender que el número de los seres humanos pueda continuar en progresion, cuando la progresion de las subsistencias ha terminado irrevocablemente la suya.

Hé aquí pues un órden nuevo; y las leyes del mundo social no serian armónicas, si no hubiesen previsto un estado de cosas posible, aunque tan diferente del en que vivimos.

La dificultad propuesta se reduce á esto: Suponiendo un navío en medio del Océano, que le falte un mes para llegar á tierra, y no tenga víveres sino para quince dias, ¿qué deberá hacer? Evidentemente reducir la racion de cada

marinero. Esto no es dureza de corazon, sino prudencia y justicia.

De la misma manera, cuando la poblacion haya llegado al límite estremo que pueda mantener el globo entero sometido al cultivo, no será injusta ni dura la ley que tome las disposiciones mas suaves y mas infalibles para que los hombres no continúen multiplicándose. Asi, tambien es la propiedad territorial la que ofrece una solucion. Ella será la que, por el estímulo del interés personal, haga producir á la tierra la mayor cantidad posible de subsistencias. Ella será la que, por la division de las herencias, ponga á cada familia en disposicion de apreciar en cuanto á sí misma el peligro de una multiplicacion imprudente. Claro está que cualquiera otro régimen, el Comunismo por ejemplo, seria á la vez para la produccion un aguijon menos activo, y para la poblacion un freno menos poderoso.

Despues de todo, me parece que la economía política ha desempeñado su mision, cuando ha probado que la grande y justa ley de la *mutualidad de los servicios* se cumplirá de una manera armónica, en tanto que no se niegue el progreso á la humanidad. ¿No es consolador pensar que hasta entonces, y bajo el régimen de libertad, no está en el poder de una clase oprimir á otra? ¿La ciencia económica se halla obligada á resolver esta otra cuestion: Suponiéndose la tendencia de los hombres á multiplicarse, ¿qué sucederá cuando no haya espacio sobre la tierra para nuevos habitantes? ¿Tiene Dios en reserva para esta época algun cataclismo creador, alguna maravillosa manifestacion de su poder infinito? ¿O bien debe creerse con el dogma cristiano en la destruccion del mundo? Evidentemente no son estos problemas económicos, y no hay ciencia que no llegue á dificultades análogas. Los físicos saben muy bien que todo cuerpo que se mueve en la superficie del globo desciende y no sube. Segun esto, debe llegar un dia en que las montañas hayan llenado los valles, en que la embocadura de los rios estén al mismo nivel que su fuente, en que las aguas no puedan correr, etc., etc.: ¿qué sucederá entonces? ¿Debe la física dejar de observar y admirar la armonía del mundo actual, porque no pueda adivinar qué otra armonía reserve Dios para un estado de cosas muy lejano sin duda, pero inevitable? Me parece que tanto el economista como el físico están en el caso de sustituir á un acto de curiosidad un acto de confianza. El que ha arreglado tan maravillosamente el medio en que vivimos, sabrá preparar otro medio para otras circunstancias.

Juzgamos de la productividad del suelo y de la habilidad humana por los hechos de que somos testigos. ¿Es esta una regla racional? Aun adoptándola ¿podremos decir: Puesto que se han necesitado seis mil años para que la décima parte del globo llegue á un cultivo imperfecto, cuántos centenares de siglos pasarán antes que toda su superficie se convierta en un jardin?

Aun en esta apreciacion, ya muy tranquilizadora, suponemos simplemente la generalizacion de la ciencia, ó mas bien de la ignorancia actual en agricultura. ¿Pero es esta, lo repito, una regla admirable; y la analogía no nos dice que un velo impenetrable nos oculta el poder, acaso indefinido, del arte? El salvaje vive de la caza, y necesita una legua cuadrada de terreno. ¡Cuál no seria su sorpresa, si se le dijese que la vida pastoral podia mantener diez veces mas hombres en el mismo espacio! El pastor nómade, á su vez, se admiraria al saber que el cultivo trienal admite fácilmente una poblacion décuple. Decidle al labriego rutinario que otra progresion igual seria el resultado del cultivo alternado, y no os creerá. El mismo cultivo alternado, que es la última palabra para nosotros, ¿es la última palabra para la humanidad? Tranquilicémonos, pues, sobre su suerte; los siglos se ofrecen ante ella por miles; y en todo caso, sin pedir á la economía política resolver problemas que no son de su dominio, pongamos con confianza los destinos de las razas futuras entre las manos de aquel que las haya llamado á la vida.

Reasumamos las nociones contenidas en este capítulo.

Los dos fenómenos Utilidad y Valor, concurso de la naturaleza y concurso del hombre, por consiguiente comunidad y propiedad, se encuentran en la obra agrícola como en cualquiera otra.

Pasa en la produccion del trigo, que satisface nuestra hambre, algo análogo á lo que se observa en la formacion del agua que apaga nuestra sed. Economistas, el Océano que inspira al poeta ¿nó nos ofrece tambien un bello asunto de meditaciones? Ese vasto estanque es el que debe apagar la sed de todas las criaturas. ¿Y cómo podrá verificarse esto, si estan colocadas á tanta distancia del agua, por otra parte impotable. Aquí es donde debe admirarse la maravillosa industria de la naturaleza. Ved el sol que calienta esa masa agitada y la sómete á una lenta evaporacion. El agua toma la forma gaseosa, y desprendida de la sal que la altera, se eleva á las altas regiones de la atmósfera. Las brisas, cruzándose en todas direcciones, la impelen hácia los

continentes habitados. Allí encuentra el frio que la condensa y la adhiere en forma sólida á los flancos de las montañas. Muy pronto el templado ambiente de la primavera la reduce á líquido. Arrastrada por su peso, se filtra y se depura al través de capas de esquitas y tierras arenosas; se ramifica, se distribuye y vá á alimentar manantiales llenos de frescura en todos los puntos del globo. Hé aquí seguramente una inmensa é ingeniosa industria realizada por la naturaleza en provecho de la humanidad. Cambio de formas, cambio de lugares, utilidad, nada falta. ¿Dónde está sin embargo el *valor*? No ha nacido todavia, y si lo que pudiera llamarse el trabajo de Dios se pagase (se pagaria si valiese), ¿quién puede decir lo que *valdría* una sola gota de agua?

Sin embargo todos los hombres no tienen á sus piés una fuente de agua viva. Para satisfacer la sed, les queda un trabajo que desempeñar, un esfuerzo que hacer, una prevision que tener, una habilidad que ejercitar. Este trabajo humano *complementario* es el que dá lugar á convenciones, estipulaciones, *evaluaciones*. En él pues está el fundamento del valor.

El hombre ignora antes de saber. En el principio se vé reducido á ir á buscar el agua, á desempeñar el trabajo complementario que la naturaleza ha dejado á su cargo con el *máximo* posible de molestia. Durante este tiempo, el agua tiene un gran valor en el cambio. Poco á poco inventa el carro y la rueda, doma el caballo, inventa los tubos, descubre la ley de la bomba, etc.; en una palabra, descarga sobre fuerzas naturales gratuitas una parte de su trabajo, y el valor del agua, no la utilidad, va disminuyendo á proporcion.

Y pasa aqui algo que debe mostrarse y comprenderse, sino se quiere ver la discordancia donde está la armonia. El comprador de agua la obtiene con mejores condiciones, es decir, cede una proporcion menor de su trabajo por obtener una cantidad determinada de aquella, á cada progreso de este género que se realiza, aun cuando en este caso tenga que remunerar el instrumento por cuyo medio se ha obligado á la naturaleza á obrar. Otras veces pagaba el trabajo de ir á buscar el agua; ahora paga ese trabajo y el que se ha necesitado para confeccionar el carro, la rueda, el tubo, y sin embargo, *comprendido todo*, paga menos; por lo que se vé cuán triste y falsa preocupacion es la de aquellos que creen que la retribucion referente al capital constituye una carga para el consumidor. ¿Nó comprenden

jamás que el capital destruye mas trabajo, por cada efecto dado, que el que exige?

Todo lo que acaba de describirse se aplica esactamente á la produccion del trigo. Aqui tambien, con anterioridad á la industria humana, hay una inmensa, una inconmensurable industria natural cuyos secretos ignora todavia la ciencia mas adelantada. Gases y sales están repartidos por el suelo y por la atmósfera. La electricidad, la afinidad, el viento, la lluvia, la luz, el calor, la vida se ocupan sucesivamente, muchas veces sin saberlo nosotros, en trasportar, trasformar, acercar, dividir, combinar estos elementos; y esta industria maravillosa, cuya actividad y utilidad se escapan á nuestra apreciacion y aun á nuestra imaginacion, no tiene sin embargo valor alguno. Este aparece con la primera intervencion del hombre, que tiene en este asunto, tanto ó mas que en el otro, un trabajo *complementario* que realizar.

Para dirigir estas fuerzas naturales, separar los obstáculos que entorpecen su accion, el hombre se apodera de un instrumento que es la tierra, y lo hace sin dañar á nadie, porque este instrumento no tiene valor. No es esta materia de discusion, sino un punto de hecho. Presentadme en cualquiera paraje del globo una tierra que no haya sufrido la influencia directa ó indirecta de la accion humana, y yo os mostraré una tierra desprovista de valor.

Sin embargo el agricultor, para realizar en union con la naturaleza la produccion del trigo, ejecuta dos géneros de trabajo muy distintos. Los unos se refieren inmediata, directamente á la cosecha del año, no se refieren sino á ella, y deben pagarse por ella: tales son la sementera, la carda, la siega, la trilla, etc. Los otros como las construcciones, los desmontes, cercas, etc., concurren á una série indeterminada de cosechas sucesivas; la carga debe repartirse entre una série de años, lo que se consigue con esactitud por las combinaciones admirables que se llaman leyes del interés y de la amortizacion. Las cosechas forman la recompensa del agricultor, si las consume él mismo. Si las cambia, es por servicios de otro órden, y la apreciacion de los servicios cambiados constituye su valor.

Ahora se comprenderá fácilmente que toda esa categoría de trabajos permanentes, ejecutados por el agricultor en la tierra, es un *valor* que no ha recibido todavia toda su recompensa, pero que no dejará de recibirla. No puede obligársele á retirarse y á dejar que otra persona se sustituya en su derecho sin compensacion. El valor se ha incorpora-

do, confundido en el suelo; y por eso se podrá decir muy bien por metonimia; *la tierra vale*.—Vale en efecto, puesto que nadie puede adquirirla sin dar en cambio el equivalente de estos trabajos. Pero lo que yo sostengo es que esta tierra, á la que la potencia natural de producir no había comunicado originariamente ningun valor, no tiene hoy mas por este título. Esta potencia natural, que era gratuita, lo es todavia y lo será siempre. Puede decirse esta tierra *vale*, pero en el fondo lo que vale es el trabajo humano que la ha mejorado, es el capital que se ha invertido en ella. Asi puede decirse con esactitud que su propietario no es en definitiva propietario sino de un valor creado por él, de servicios prestados por él; ¿y qué propiedad podia ser mas legítima? Esta se ha creado sin perjuicio de nadie; no intercepta ni tasa ninguno de los dones del cielo.

No es esto todo. Lejos de que el capital adelantado, y cuyo interés debe distribuirse entre las cosechas sucesivas, aumente su precio y constituya una carga para los consumidores, estos adquieren los productos agrícolas con condiciones siempre mejores, á medida que el capital aumenta, es decir, á medida que el valor del suelo aumenta. No dudo que se vea en esta asercion una paradoja llena de un optimismo exagerado, tal es nuestro hábito de considerar el valor del suelo como una calamidad, sino ya como una injusticia. Y afirmo además: no basta decir que el valor del suelo no se crea á costa de nadie; no basta decir que no daña á nadie; debe decirse que aprovecha á todo el mundo. No es solamente legítimo, sino ventajoso aun á los proletarios.

Vemos en efecto aqui reproducirse el fenómeno que observamos hace poco, cuando hablábamos del agua. El dia que el aguador, deciamos, ha inventado el carro y la rueda, es seguro que el comprador del agua ha debido pagar dos géneros de trabajos en lugar de uno: 1.° el trabajo ejecutado para fabricar el carro, ó mas bien el interés de la amortizacion de este capital: 2.° el trabajo directo que queda todavia á cargo del aguador. Pero es igualmente cierto que estos trabajos reunidos no igualan al trabajo único á que la humanidad está sujeta antes de la invencion. ¿Porqué? porque ha descargado una parte de su trabajo sobre las fuerzas gratuitas de la naturaleza. Y solo por causa de esta disminucion de trabajo humano se ha provocado y adoptado la invencion.

Lo mismo pasan las cosas con respecto á la tierra y el trigo. Cada vez que el agricultor invierte capital en me-

joras permanentes, es incontestable que las cosechas sucesivas se encuentran gravadas con el interés de este capital. Pero no es menos incontestable que la otra categoría de trabajo, el trabajo bruto y actual, se disminuye en una proporcion todavia mayor; de tal manera que cada cosecha se obtiene por el propietario y en su consecuencia por los compradores con condiciones menos onerosas, consistiendo precisamente la accion propia del capital en sustituir colaboracion natural y gratuita á trabajo humano y remunerable.

Ejemplo. Para que la cosecha llegue á un feliz término, es menester que se desembarace el campo del esceso de humedad. Supongamos que este trabajo está en la primera categoría; supongamos que el agricultor vaya todas las mañanas con una vasija á estraer el agua estancada de donde daña. Es claro que al cabo del año el suelo no habrá adquirido por este hecho ningun *valor*, pero el precio de la cosecha estará enormemente recargado. Lo mismo sucederá en las siguientes, mientras que el arte no se sustituya á este procedimiento primitivo. Si el propietario hace un foso, al momento adquiere un *valor* el suelo, porque este trabajo pertenece á la segunda categoría. Es de aquellos que se incorporan á la tierra, que deben ser reembolsados por los productos de los años siguientes, y nadie puede pretender adquirir el suelo sin remunerar esta obra. ¿No es cierto, sin embargo, que ella tiende á bajar el valor de las cosechas? ¿Nó es cierto que en adelante se ejecutará el desagüe por la ley gratuita de la hidrostática, mas económicamente que se hacia á fuerza de brazos? ¿No es cierto que los compradores de trigo obtendrán una ventaja en el precio con esta operacion? ¿No es cierto que deberán considerarse felices, porque el suelo haya adquirido este valor nuevo? Y generalizando ¿No es cierto por último que el valor del suelo ofrece un progreso realizado, no en favor del propietario solamente, sino en favor de la humanidad? ¡Cuán absurda y enemiga de sí misma no sería esta si dijese: La cantidad con que se grava el precio del trigo por el interés y la amortizacion de ese foso, ó por lo que representa en el valor del suelo, es un privilegio, un monopolio, un robo!—Por esta cuenta, para dejar de ser monopolizador y ladron, el propietario no tendría mas que cegar su foso y volver á emprender la maniobra de la vasija. Proletarios ¿estaríais por eso mas adelantados?

Examinad todas las mejoras permanentes cuyo conjunto constituye el valor del suelo, y podreis hacer en cada una la misma observacion. Despues de haber destruido el foso,

destruid tambien la cerca, reduciendo al agricultor á rondar alrededor de su campo; destruid los pozos, el caserío, el camino, el arado, la nivelacion y el abono de la tierra; volved á colocar en el campo las piedras, las plantas parásitas, las raices de árboles, entonces habreis realizado la utopia egalitaria. La tierra, y el género humano con ella, habrá vuelto al estado primitivo: ya no habrá valor. Las cosechas no tendrán que debatir nada con el capital. Su precio se verá libre de ese elemento maldito que se llama interés. Todo, absolutamente todo, se ejecutará por trabajo actual. La economía política quedará en estremo simplificada. La Francia mantendrá un hombre por cada legua cuadrada. Todos los demás habrán perecido de inanicion; pero no se podrá decir: La propiedad es un monopolio, una ilegitimidad, un robo.

No seamos, pues, insensibles á esas armonías económicas que se ostentan á nuestra vista, á medida que analizamos las ideas de cambio, de valor, de capital, de interés, de propiedad, de comunidad.—¡Oh! ¿Me será dado recorrer su círculo entero?—Pero acaso no estamos bastante adelantados para reconocer que el mundo social no muestra menos que el mundo material el sello de una mano divina, de la que proceden la sabiduría y la bondad, hácia la que deben elevarse nuestra admiracion y nuestro reconocimiento.

No puedo dejar de volver en este lugar á ocuparme de un pensamiento de M. Considerant.

Partiendo de la proposicion de que el suelo tiene un valor propio, independiente de toda obra humana, que es un capital *primitivo* é *increado*, concluye, con razon bajo su punto de vista, de la *apropiacion* á la *usurpacion*. Esta pretendida iniquidad le inspira vehementes declamaciones contra el régimen de las sociedades modernas. Por otra parte, conviene en que las mejoras permanentes agregan un *aumento de valor* á ese capital primitivo, accesorio, confundido de tal manera con el principal que no se les puede separar ¿Y qué harémos? pues estamos en presencia de un Valor total compuesto de dos elementos, de los cuales, el uno, fruto del trabajo, es propiedad legítima, y el otro, obra de Dios, es una inicua usurpacion.

La dificultad no parece pequeña. M. Considerant la resuelve por el *derecho al trabajo*:

»El desenvolvimiento de la Humanidad sobre la tierra exige evidentemente que el suelo no se deje en el estado inculto y salvaje. El Destino de la Humanidad mis-

ma se opone pues á que el derecho del hombre á la Tierra conserve su *Forma primitiva y bruta.*

«El salvaje goza en medio de los bosques y de las sábanas, cuatro Derechos naturales, Caza, Pesca, Usufructo, Pastos. Tal es la primera forma del derecho.

«En todas las sociedades civilizadas, el hombre del pueblo, el Proletario, que no hereda nada ni posee nada, queda despojado pura y simplemenee de estos derechos. No puede decirse, pues, que el Derecho primitivo haya cambiado aqui de forma, puesto que no existe. La Forma ha desaparecido con el Fondo.

»Asi ¿cuál sería la Forma en que el Derecho podria conciliarse con las condiciones de una sociedad industriosa? La respuesta es fácil.

«En el estado salvaje el hombre para usar de su derecho se vé *obligado á obrar.* Los *Trabajos* de la Pesca, de la Caza, del Usufructo, de los Pastos, son las condiciones del ejercicio de su derecho. El Derecho primitivo no es pues sino el *Derecho á estos trabajos.*

«Pues bien, que una Sociedad industriosa, que ha tomado posesion de la Tierra, y que arrebata al hombre la facultad de ejercer á la ventura y en libertad, sobre la superficie del suelo, sus cuatro Derechos naturales, que esta Sociedad industriosa reconozca al individuo, en compensacion de estos Derechos de que lo despoja, el *Derecho al Trabajo*: entonces, en principio y salvo la aplicacion conveniente, el individuo no tendrá derecho á quejarse.

«La condicion *sine qua non* para la Legitimidad de la Propiedad es que la Sociedad reconozca al Proletario el *Derecho al trabajo*, y que le *asegure* al menos tantos medios de subsistencia, por un ejercicio de actividad dado, como este ejercicio *hubiera podido* procurarle en el Estado primitivo.»

No quiero, repitiéndome hasta la saciedad, discutir la cuestion del fondo con M. Considerant. Si le demostrase que lo que el llama *capital increado* no es un *capital*; que lo que el llama *aumento de valor* del suelo no es *mas valor*, sino *su total valor*, debería reconocer que se destruye completamente toda su argumentacion, y con ella todos sus cargos contra la manera de que la humanidad ha juzgado conveniente constituirse y vivir desde Adan. Pero esta polémica me conduciría á repetir todo lo que he dicho ya sobre la gratuidad esencial é indeleble de los agentes naturales.

Me limitaré á manifestar que si M. Considerant lleva la palabra en nombre de los proletarios, es en verdad tan acomodaticio, que podrian creerse vendidos. ¡Qué! ¡los propietarios han usurpado la tierra y todos los milagros de la vegetacion que se realizan en ella! ¡hán usurpado el sol, la lluvia, el rocio, el oxigeno, el hidrógeno y el azoe, en tanto al menos en cuanto concurren á la formacion de los productos agricolas,—y les exigis asegurar al proletario, en compensacion, al menos tantos medios de subsistencia, por un ejercicio de actividad dado, como este ejercicio hubiese podido procurarle en el estado primitivo y salvaje!

Pero ¿nó veis que la propiedad territorial no ha aguar-

dado vuestras intimaciones para ser un millon de veces mas generosa? porque al fin ¿á qué se reduce vuestra demanda?

En el estado primitivo, vuestros cuatro derechos, caza, pesca, usufructo, y pasto, permitian vivir ó mas bien vejetar en todos los horrores de la desnudez ó poco menos, á un hombre por legua cuadrada. La usurpacion de la tierra será pues legitimada, segun vuestra opinion, si aquellos que se consideran como culpables de ella, hacen que viva un hombre por legua cuadrada, y aun exigiéndole todavía tanta actividad como desplega un Huron ó un Iroqués. Observad que la Francia no tiene mas que treinta mil leguas cuadradas; que por consiguiente, con tal que mantenga treinta mil habitantes en el estado de bienestar que ofrece la vida salvaje, renunciais, en nombre de los proletarios, á exigir mas de la propiedad. Así, hay treinta millones de Franceses que no poseen una pulgada de tierra, y en cuyo número se encuentran muchos: el presidente de la república, ministros, magistrados, banqueros, negociantes, notarios, abogados, médicos, corredores, soldados, marinos, profesores, periodistas, etc., que no cambiarian su suerte por la de un Yoway. Es menester por tanto que haga mucho mas de lo que exigis de ella. Le pedís el *derecho al trabajo* hasta un límite determinado, hasta que haya repartido entre las masas,—y esto por una actividad determinada, tantas subsistencias como podria proporcionarle el estado salvaje. Hace más: da más que el derecho al trabajo, da trabajo, y aunque no hiciese sino pagar el impuesto, seria mucho mas de lo que le pedis.

¡Ay! con gran disgusto mio, no he acabado todavia con la propiedad territorial y su valor. Me resta esponer y refutar, con las menos palabras posibles una objecion especiosa y aun séria.

Se dirá:

«Vuestra teoría está desmentida por los hechos. Indudablemente, en tanto que haya en un pais abundancia de tierras incultas, su sola presencia impide que el suelo cultivado adquiera un valor abusivo. Indudablemente tambien, aun cuando todo el territorio haya pasado al dominio apropiado, si las naciones vecinas tienen inmensos espacios que entregar al arado, la libertad de las convenciones basta para contener en sus justos límites el valor de la propiedad territorial. En estos dos casos, parece que el Precio de las tierras no puede representar sino el capital adelantado, y la Renta el interés de este capital. De aqui es necesario concluir, como lo haceis vos, que la accion propia de la tierra y

la intervencion de los agentes naturales, no entrando para nada en cuenta, ni pudiendo gravar el precio de las cosechas, permanecen gratuitos y por consiguiente comunes. Todo esto es especioso. Podemos vernos embarazados para descubrir el vicio de esta argumentacion, y sin embargo es viciosa. Para convencerse de ello, basta comprobar el hecho de que hay en Francia tierras cultivadas que valen desde cien francos hasta seis mil francos la hectárea; diferencia enorme que se esplica mucho mejor por la de la fertilidad que por la de los trabajos anteriores. No negueis, pues, que la fertilidad tiene su valor propio; no hay un contrato de venta que no lo pruebe. Cualquiera que compra una tierra examina su calidad y paga en su consecuencia. Sí, de dos campos colocados uno al lado del otro y presentando las mismas ventajas de situacion, el uno es un aluvion lleno de sustancia y el otro un arenal árido, de seguro el primero valdrá mas que el segundo, aunque el uno y el otro hayan podido absorver el mismo capital; y á decir verdad, el comprador no se inquieta de ninguna manera por esta circunstancia. Su vista está fija en el provenir y no en el pasado. Lo que le interesa, no es lo que la tierra ha costado, sino lo que le producirá; y saber que producirá en proporcion de su fecundidad. Luego esta fecundidad tiene un valor propio, intrínseco, independiente de todo trabajo humano. Sostener lo contrario es querer fundar la legitimidad de la apropiacion individual, en una sutileza ó mas bien en una paradoja.»

—Busquemos pues la verdadera causa del valor del suelo.

Y no pierda el lector de vista que la cuestion es grave en los tiempos en que estamos. Hasta aqui ha podido descuidarse ó tratarse ligeramente por los economistas, pues que no tenia para ellos sino un interés de curiosidad. La legitimidad de la apropiacion individual no ofrecia la mas ligera duda. No sucede ahora asi. Teórias, que han tenido un gran éxito, han hecho concebir dudas á los mejores espíritus sobre el derecho de propiedad. ¿Y en qué fundan estas teorías sus cargos? precisamente en la alegacion contenida en la objecion que acabo de esponer. Precisamente en ese hecho, desgraciadamente admitido por todas las escuelas, de que el suelo tiene por su fecundidad, por la naturaleza, un valor propio que no le ha sido comunicado por el hombre. Asi, el valor no se cede gratuitamente. Su nombre mismo, escluye la idea de gratuidad. Se dice pues al propietario: Me pedís un valor que es el fruto de mi trabajo, y me ofreceis

en cambio otro valor, que no es el fruto ni de vuestro trabajo, ni de ningun trabajo, sino de la liberalidad de la naturaleza.

Y este cargo, entiéndase bien, seria terrible si fuese fundado. No se ha inventado por Considerant ni Proudhon. Se encuentra en Smith, en Ricardo, en Senior, en todos los economistas sin escepcion, no como teoría solamente, sino como cargo. Estos autores no se han limitado á atribuir al suelo un valor estraordinario; han deducido tambien con bastante claridad la consecuencia, y calificado la propiedad territorial de privilegio, de monopolio, de usurpacion. A la verdad, despues de haberla infamado asi, la han defendido en nombre de la necesidad. Pero ¿qué es una defensa semejante sino un vicio de dialéctica, que los lógicos del comunismo se han apresurado á reparar?

No es pues por obedecer á una triste inclinacion hácia las disertaciones sutiles, por lo que voy á ocuparme de este asunto delicado. Hubiera querido ahorrar al lector y ahorrarme á mí el disgusto que de antemano veo cernirse sobre el final de este capítulo.

La respuesta á la objecion, que me he propuesto, se encuentra en la teoría del valor espuesta en el capítulo V. Allí dije: el valor no supone esencialmente el trabajo; todavia menos es necesariamente proporcional á él. He demostrado que el valor tenia por fundamento, menos el *trabajo ejecutado* por el que lo cede, que el *trabajo ahorrado* al que lo recibe, y por esto lo coloqué en una cosa que abrazase los dos elementos: en el *servicio*. Puede prestarse, he dicho, un gran servicio con un ligero esfuerzo, asi como con un gran esfuerzo puede prestarse un servicio muy pequeño. Todo lo que resulta de aqui es que el trabajo no obtiene necesariamente una remuneracion siempre proporcional á su intensidad. Esto es lo mismo para el hombre aislado como para el hombre social.

El valor se fija á consecuencia de un debate entre dos contratantes. Cada uno de ellos lleva á este debate su punto de vista. Me ofreceis trigo. ¿Qué me importa el tiempo y el trabajo que os ha costado? Lo que tengo presente es el tiempo y el trabajo que me costaria procurármelo en otra parte. El conocimiento que teneis de mi situacion puede haceros mas ó menos exigente; el que yo tengo de la vuestra puede hacerme mas ó menos condescendiente. Luego no hay una medida necesaria para la recompensa que sacais de vuestro trabajo. Esto depende de las circunstancias y del precio que ellas dan á dos servicios, que tratamos de cam-

biar. Muy pronto señalaremos una fuerza esterior, llamada Concurrencia, cuya mision es regularizar los valores y hacerlos cada vez mas proporcionados á los esfuerzos. Siempre resultará cierto que esta proporcionalidad no es la esencia misma del valor, puesto que no se establece sino por la presion de un hecho contingente.

Recordado esto, digo que el valor del suelo nace, flluctua, se fija como el del oro, el del hierro, el del agua, el del consejo del abogado, el de la consulta del médico, el del canto, el del baile, ó el del cuadro del artista, como todos los valores; que no obedece á leyes escepcionales; que forma una propiedad del mismo origen, de la misma naturaleza, tan legítima como cualquiera otra propiedad.—Pero no se sigue de aqui de ninguna manera—ahora debe comprenderse—que de dos trabajos aplicados al suelo, el uno no pueda ser mucho mas felizmente remunerado que el otro.

Volvamos otra vez á esa industria, la mas sencilla de todas, y la mas propia para mostrarnos el punto delicado que separa el trabajo oneroso del hombre y la cooperacipn gratuita de la naturaleza, hablo de la humilde industria del aguador.

Un hombre ha recojido y conducido á su casa una tonelada de agua. ¿Es propietario de un valor necesariamente proporcional á su trabajo? En este caso, ese valor seria independiente del servicio que ha podido prestar. Todavia mas, seria inmutable; porque el trabajo pasado no es susceptible de mas ó de menos.

Pues bien, el dia despues de haberse recogido y trasportado la tonelada de agua, puede perder todo su valor si, por ejemplo, ha llovido durante la noche. En este caso cada uno se ha provisto de la necesaria, y aquella no puede prestar servicio; ya no se quiere mas agua. En lenguage económico, no es demandada.

Por el contrario puede adquirir un valor considerable, si se manifiestan necesidades estraordinarias, imprevistas, urgentes.

¿Qué se sigue de aqui? que el hombre, trabajando para el porvenir, no sabe con esactitud de antemano el precio que este porvenir reserva á su trabajo. El valor incorporado en un objeto material será mas ó menos elevado, segun preste mas ó menos servicios, ó mejor dicho, el trabajo humano, origen de este valor, recibirá segun las circunstancias una recompensa mas ó menos grande. Sobre tales eventualidades se ejerce la prevision, que tambien tiene derecho á ser remunerada.

Pero pregunto yo ¿qué relacion hay entre estas fluctuaciones de valores, entre esta variabilidad en la recompensa que espera el trabajo, y la maravillosa industria natural, las admirables leyes físicas que, sin nuestra participacion, han llevado el agua desde el Océano á la fuente? Porque puede variar el valor de esta tonelada de agua ¿debe deducirse que la naturaleza se hace pagar algunas veces mucho, otras poco, y otras absolutamente nada, la evaporacion, el trasporte de las nubes desde el Océano á las montañas, la congelacion, la licuefaccion, y todo esa admirable industria que alimenta á la fuente?

Lo mismo sucede con los productos agrícolas.

El valor del suelo, ó mas bien del capital invertido en el suelo, no tiene solo un elemento, sino dos. Depende no solamente del trabajo que se ha ejecutado en él, sino tambien del poder que hay en la sociedad de remunerar este trabajo, asi de la Demanda como de la Oferta.

Ved un campo. No hay año en que no se ejecute en él algun trabajo, cuyos efectos son de una naturaleza permanente, y de aqui resulta un aumento de valor.

Además, los caminos se acercan unos á otros, se perfeccionan, la seguridad es cada vez mayor, los mercados se estienden, la poblacion aumenta su número y su riqueza ;se abre una nueva carrera á la variedad de los cultivos, á la inteligencia, á la habilidad; y de este cambio de medio, de esta prosperidad general resulta para el trabajo actual ó anterior un escedente de remuneracion; y de rechazo un aumento de valor para el campo.

Aqui no hay ni injusticia ni escepcion en favor de la propiedad territorial. No hay género alguno de trabajo, desde el banco á la mano de obra, que no presente el mismo fenómeno. No hay ninguno que no vea mejorar su remuneracion por el solo hecho del mejoramiento del medio en que se ejerce. Esta accion y esta reaccion de la prosperidad de cada uno sobre la prosperidad de todos y recíprocamente constituye la ley misma del valor. Es tan falso que se pueda deducir de esto un pretendido valor que se haya incorporado al suelo mismo ó á sus potencias productivas, como que el trabajo intelectual, las profesiones y oficios, en que no intervienen ni la materia ni el concurso de las leyes físicas, gozan de la misma ventaja, que no es escepcional, sino universal. El abogado, el médico, el profesor, el artista, el poeta son mejor remunerados, en igualdad de trabajo, á medida que la ciudad y la nacion á que pertenecen crecen en bientar, que se estiende el gusto ó la necesidad de sus servicios;

que el público los demanda mas, y queda á la vez mas satisfecho y mas en disposicion de remunerarlos mejor. La simple cesion de una clientela, de un estudio, de una parroquia se realiza en virtud de este principio. Aun mas, el gigante Vasco y Tom Pouce, que viven de la simple exhibicion de sus estaturas anormales, la esponen con mas ventaja á la curiosidad de la multitud acomodada de las grandes metrópolis que á la de algunos pobres aldeanos. Aquí, la demanda no contribuye solamente al valor, sino que lo forma todo. ¿Cómo podrá juzgarse escepcional ó injusto el que la demanda influya tambien sobre el valor del suelo ó sobre los productos agrícolas?

¿Se alegará que el suelo quede alcanzar así un valor exagerado? Los que esto dicen, sin duda no han reflexionado nunca sobre la inmensa cantidad de trabajo que la tierra cultivable ha absorvido. Yo me atrevo á afirmar que no hay un campo en Francia que *valga* lo que ha costado, que pueda cambiarse por tanto trabajo como ha exigido para llegar al grado de productividad en que hoy se halla. Si está observacion es fundada, es tambien decisiva. No deja subsistir ni el menor indicio de injusticia contra la propiedad territorial. Por esta razon volveré á ocuparme de este punto, cuando examine la teoría de Ricardo sobre la renta. Manifestaré que debe aplicarse tambien á los capitales territoriales esa ley general que he espresado en estos términos: A medida que el capital aumenta, los productos se dividen entre los capitales ó propietarios y los trabajadores, de tal manera que la parte *relativa* de los primeros va disminuyendo constantemente, aunque su parte *absoluta* aumente, en tanto que la parte de los segundos aumenta en los dos sentidos.

Esa ilusion que induce á los hombres á creer que las potencias productivas tienen un valor propio, porque tienen utilidad, ha traido en pos de sí muchas decepciones y muchas catástrofes. Ella es la que los ha impelido muchas veces á colonizaciones prematuras, cuya historia no ofrece sino un lamentable martirologio. Han razonado así: En nuestro pais, no podemos obtener valor sino por el trabajo; y cuando hemos trabajado no obtenemos sino un valor proporcional á nuestro trabajo. Si fuésemos á la Guyana, á las márgenes del Mississipí, á Australia, á Africa, tomariamos posesion de vastos terrenos incultos, pero fertiles. Nos hariamos propietarios, por nuestra recompensa, del valor que hayamos creado y del *valor propio* inherente á estos terrenos. Parten, y una cruel esperiencia no tarda en confirmar

la verdad de la teoria que espongo aquí. Trabajan, desmontan, se estenuan; se ven espuestos á las privaciones, al sufrimiento, á las enfermedades; y luego, si quieren vender la tierra que han dejado dispuesta para la produccion, no sacan lo que les ha costado, y se ven obligados á reconocer que el valor es de creacion humana. Yo desafio á cualquiera á que me cite una colonizacion que no haya sufrido en su orígen un desastre.

«Mas de mil obreros se dirijieron hácia el rio del Cisne; pero el precio en estremo bajo de la tierra (1 ch. 6. d. el acre, ó menos de 2 francos), y el precio estravagante de la mano de obra les inspira el deseo de hacerse propietarios. Los capitalistas no encontraron ya personas para trabajar. Un capital de cinco millones pereció allí; y la colonia vino á ser una escena de desolacion. Habiendo abandonado los obreros á sus patronos, para ceder á la ilusoria satisfaccion de ser propietarios de la tierra, los instrumentos de agricultura se enmohecieron, las semillas se perdieron, y los ganados perecieron por falta de cuidado. Un hambre espantosa pudo sola curar á los trabajadores de su fatuidad. Volvieron á pedir trabajo á los capitalistas, pero ya no era tiempo». (*Proceedings of the South Australian association.*)

La asociacion, atribuyendo este desastre al bajo precio de las tierras, lo elevó á 12 ch. Pero, añade Carey, de quien he tomado esta cita, la verdadera causa era que los obreros, habiéndose persuadido que la tierra tiene un *valor propio* independiente del trabajo, se habian apresurado á apoderarse de este pretendido *Valor*, al que suponian el poder de contener virtualmente una Renta.

Lo que sigue me ofrece un argumento mas concluyente todavia.

«En 1836, las propiedades territoriales del rio del Cisne se obtenian de los poseedores primitivos por un schellin el acre.» (*Nevv. Monthly Magazine.*)

Asi, el suelo vendido por la compañia á 12 ch.—en el cual los compradores habian empleado mucho trabajo y mucho dinero, lo volvieron á vender á schelling. ¿Dónde estaba pues el valor de las *potencias productivas, naturales é indestructibles*? (1).

Este vasto é interesante asunto del valor de las tierras no está aun terminado; lo siento por el presente capítulo escrito á la ligera en medio de ocupaciones urgentes; volveré á ocuparme de él, pero no puedo terminar sin someter una observacion á los lectores y principalmente á los economistas.

Esos sábios ilustres que han promovido tantos progresos

(1) Ricardo.

en la ciencia, cuyos escritos y cuya vida respiran la benévolencia y la filantropía, que han revelado, al menos bajo cierto aspecto y en el círculo de sus investigaciones, la verdadera solucion del problema social, los Quesnay, los Turgot, los Smith, los Malthus, los Say no se han librado sin embargo, no digo de la refutacion, pues es siempre de derecho, sino de la calumnia, de la denigracion, de groseras injurias. Atacar sus escritos, y aun sus intenciones, casi se ha hecho de moda.—Acaso se dirá que en este capítulo he proporcionado armas á sus detractores, y seguramente seria muy mal escojido el momento de volverme contra aquellos á quienes miro, lo declaro aquí solemnemente, como mis iniciadores, mis guias, mis maestros. Pero despues de todo ¿el derecho supremo no pertenece á la Verdad ó á lo que sinceramente miro como Verdad? ¿Cuál es el libro en que no se haya deslizado algun error? Asi, un error en economía política, si se le estrecha, se le atormenta, se le pide sus consecuencias lógicas, las contiene todas; conduce al caos. No hay pues libro alguno, del que no se pueda sacar una proposicion aislada, incompleta, falsa, y que no encierre por consiguiente todo un mundo de errores y de desórdenes. En conciencia, creo que la definicion que los economistas han dado de la palabra *Valor* es de este número. Acabamos de ver que esta definicion los ha conducido á ellos mismos á derramar una duda dolorosa sobre la legitimidad de la Propiedad territorial, y por via de deduccion sobre el capital; y no se han detenido en este camino funesto sino por una inconsecuencia. Esta inconsecuencia los ha salvado. Han vuelto á emprender su marcha por la senda de la Verdad, y su error, si lo es, está en sus libros como una mancha aislada. El socialismo ha venido, y se ha apoderado de la falsa definicion, no para refutarla, sino para adoptarla, corroborarla, hacer de ella el punto de partida de su propaganda, y deducir todas sus consecuencias. En nuestros dias habia en esto un peligro social inminente, y por eso he creido conveniente subir hasta las fuentes de la falsa teoría. Y si se quisiese inducir de aqui que me separo de mis maestros Smith y Say y de mis amigos Blanquí y Garnier, únicamente porque en una línea perdida en medio de sus sábios y escelentes escritos, habian hecho una aplicacion falsa, segun mi opinion, del *Valor*; si se dedujese de esto que no tengo fé en la economía ni en los economistas, no me quedaria otro recurso que protestar,—y por lo demás, en el título mismo de este libro se halla la mas enérgica de las protestas.

X

CONCURRENCIA.

La economía política no tiene en todo su vocabulario una palabra, que haya escitado tanto el furor de los reformadores modernos, como la palabra *Concurrencia*, á la cual para hacerla mas odiosa, no dejan nunca de agregar el epíteto de *anárquica*.

¿Qué significa *Concurrencia anárquica*. Lo ignoro. ¿Qué puede ponerse en su lugar? Tampoco lo sé.

Oigo que me gritan: *¡Organizacion! ¡Asociacion!* Pero ¿qué quiere decir esto? Es necesario que nos entendamos una vez para siempre. Es necesario al fin que yo sepa qué género de autoridad creen ejercer estos escritores sobre mí, y sobre todos los hombres que viven en la superficie del globo: porque en verdad yo no les reconozco sino una; la de la razon, si pueden ponerla de su parte. Y bien ¿quiéren privarme del derecho de servirme de mi juicio, cuando se trata de mi existencia? ¿Aspiran á quitarme la facultad de comparar los servicios que presto con los que recibo? ¿Creen que obro bajo la influencia de la coaccion ejercida por ellos y no bajo la de mi inteligencia? Si me dejan mi libertad, la Concurrencia subsiste. Si me la arrebatan, no soy sino su esclavo.—La asociacion será *libre y voluntaria*, dicen: ¡En buen hora! Pero entonces cada grupo de asociados será con respecto á los demás grupos lo que son hoy los individuos entre sí, y tendremos tambien *Concurrencia*. —La asociacion será *integral*.—¡Oh! esto pasa ya de bro-

ma. ¿Con qué la concurrencia anárquica asuela actualmente la sociedad, y tenemos que esperar para curar esta enfermedad que, bajo la fé de vuestro libro, todos los hombres de la tierra, Franceses, Ingleses, Chinos, Japones, Cafres, Hotentotes, Lapones, Cosacos, Patagones se pongan de acuerdo con objeto de someterse para siempre á una de las formas de asociacion que habeis imaginado? Pero mirad que esto equivale á confesar que la Concurrencia es indestructible; ¿y os atrevereis á decir que un fenómeno indestructible y por consiguiente providencial puede ser maléfico?

Y luego ¿qué es la Concurrencia? ¿Es una cosa que existe y obra por si misma como el cólera? No; Concurrencia no es mas que ausencia de opresion. En lo que me interesa quiero escojer por mí mismo y no quiero que escoja otro por mí, contra mi voluntad. Y si alguno pretende sustituir su juicio al mio en los negocios que me conciernen, yo exigiré sustituir el mio al suyo en las convenciones que realice. ¿Dónde está la garantia de que irán mejor las cosas? Nadie negará que la Concurrencia es la libertad. Destruir la libertad de obrar es destruir la posibilidad y por consiguiente la facultad de escojer, de juzgar, de comparar; es matar la inteligencia, es matar el pensamiento, es matar al hombre. De cualquier punto de donde partan, siempre vienen á parar aqui los reformadores modernos; para mejorar la sociedad empiezan por destruir el individuo, á pretesto de que dimanan de él todos los males, como sino fuese tambien el orígen de todos los bienes.

Hemos visto que los servicios se cambian por servicios. En el fondo, cada uno de nosotros lleva en este mundo la responsabilidad de proveer á sus satisfacciones por sus esfuerzos. Asi, un hombre nos ahorra un trabajo; debemos ahorrarle otro á nuestra vez. Nos confiere una satisfaccion que resulta de su esfuerzo; debemos hacer lo mismo con él.

Pero ¿quién hará la comparacion? porque entre estos esfuerzos, estos trabajos, estos servicios cambiados, es de absoluta necesidad hacer una comparacion para llegar á la equivalencia, á la jnsticia, á menos que nos den por regla la injusticia, la desigualdad, el azar, lo que es otra manera de poner á la inteligencia humana fuera de su centro. Necesitamos un juez ó varios jueces. ¿Quién lo será? ¿No parece muy natural que en cada circunstancia sean juzgadas las necesidades por aquellos que las esperimentan, los esfuerzos por aquellos que los cambian? ¿Y se nos propone sériamente sustituir á esta universal vigilancia de los interesados una autoridad social (aunque fuese la del mismo refor-

mador), encargada de decidir en todos los puntos del globo las delicadas condiciones de estos cambios innumerables? ¿No se vé que esto seria crear el mas falible, el mas universal, el mas inmediato, el mas inquisitorial, el mas insoportable, el mas actual, el mas intimo, y digámoslo afortunadamente, el mas imposible de todos los despotismos que haya podido cencebir jamás cerebro de bajá ó de mufti?

Basta saber que la Concurrencia consiste en la ausencia de una autoridad arbitraria como juez de los cambios, para deducir que es indestructible. La fuerza abusiva puede ciertamente restringir, contrariar, entorpecer la libertad de permutar, como la libertad de andar; pero no puede destruir la una ni la otra sin suprimir al hombre. Siendo esto asi, resta saber si la Concurrencia obra para felicidad ó desgracia de la humanidad; cuestion que equivale á esta: ¿La humanidad es naturalmente progresiva ó fatalmente retrógrada?

No temo decirlo: la Concurrencia, que podriamos llamar sin dificultad la Libertad, á pesar de los ataques que sufre, y á despecho de las declamaciones con que se la persigue, es la ley democrática por esencia. Es la mas progresiva, la mas egalitaria, la mas comunista de todas aquellas á que la providencia ha confiado el progreso de las sociedades humanas. Ella es la que lleva sucesivamente al dominio *comun* el goce de los bienes que la naturaleza parecia no haber concedido gratuitamente sino á ciertos territorios, Ella, la que lleva tambien al dominio *comun* todas las conquistas con que el génio de cada siglo aumenta el tesoro de las generaciones que le siguen, no dejando sino trabajos complementarios, cambiándose entre sí, sin que logren, como querrian, ser retribuidos con respecto al concurso de los agentes naturales; y si estos trabajos, como sucede siempre en el principio, tienen un valor que no sea proporcional á su intensidad, es tambien la Concurrencia, por su accion desapercibida pero constante, la que repone el equilibrio sancionado por la justicia, y mas esacto que el que intentase establecer en vano la sagacidad falible de una magistratura humana. Lejos de que la Concurrencia obre, como se le acusa, en el sentido de la desigualdad, puede afirmarse que toda desigualdad *facticia* es imputable á su ausencia; y si es mas profundo el abismo entre el gran Lama y un paria que entre el Presidente y un artesano de los Estados Unidos, consiste en que la Concurrencia (ó la libertad) comprimida en Asia, no lo está en América. Por eso, mientras que los Socialistas ven en la concurrencia la causa de todo

mal, en los ataques que ella recibe es donde debe buscarse la causa perturbadora de todo bien. Aunque esta gran ley se haya desconocido por los Socialistas y por sus adeptos, aunque sea brutal muchas veces en sus procedimientos, no hay otra mas fecunda en armonías sociales, mas benéfica en sus resultados generales; no hay otra que pruebe de una manera mas evidente la inconmensurable superioridad de los designios de Dios sobre las vanas é impotentes conbinaciones de los hombres.

Debo recordar aquí aquel singular, pero incontestable resultado del órden social, hácia el cual he llamado ya la atencion del lector (página 24), y que el poder del hábito oculta con mucha frecuencia á nuestra vista, á saber: *La suma de satisfacciones que goza cada miembro de la sociedad es mucho mayor que la que podria procurarse él mismo por sus propias fuerzas.*—En otros términos, hay una desproporcion evidente entre nuestros consumos y nuestro trabajo. Este fenómeno que cada uno de nosotros puede observar fácilmente, si quiere volver por un instante sus miradas sobre sí mismo, me parece que deberia inspirarnos algun reconocimiento á la Sociedad, á la que se los debemos.

Venimos desprovistos de todo á esta tierra, atormentados por necesidades sin número y dotados solamente de facultades para hacer frente á aquellas. Parece *á priori*, que todo á lo que podriamos aspirar seria á obtener satisfacciones proporcionadas á nuestro trabajo. Si tenemos mas, infinitamente mas ¿á qué causa debemos este escedente? Precisamente á esa organizacion natural contra la que nos declaramos continuamente, cuando no intentemos destruirla.

El fenómeno en sí mismo es verdaderamente estraordinario. Que ciertos hombres consuman mas de lo que producen, nada mas fácil de esplicar, si de una ó de otra manera usurpan los derechos de otro, si reciben servicios sin prestarlos. ¿Pero cómo puede ser esto cierto respecto á todos los hombres á la vez? ¿Cómo se esplica que despues de haberse cambiado los servicios sin coaccion, sin despojo, bajo el pié de la *equivalencia*, cada hombre puede decir con verdad: Destruyo en un dia mas de lo que pudiera crear en un siglo?

El lector comprende que este elemento adicional, que resuelve el problema, es el concurso cada vez mas eficaz de los agentes naturales en la obra de la produccion; es la utilidad gratuita yendo á aumentar continuamente el dominio de la *comunidad*; es el trabajo del calor, del frio, de la luz, de la gravitacion, de la afinidad, de la elasticidad, que vienen progresivamente á agregarse al trabajo del hombre y á dis-

minuir el valor de los servicios haciéndolos mas fáciles.

Seguramente habria espuesto muy mal la teoría del *Valor*, si el lector pensase que este baja inmediatamente, y por si mismo, por el solo hecho de la cooperacion de una fuerza natural sustituida al trabajo humano. No, no es así; porque entonces se podria decir con los economistas ingleses: El valor es proporcional al trabajo. El que obtiene la ayuda de una fuerza natural y gratuita presta con mas facilidad sus servicios; pero por eso no renuncia voluntariamente á una porcion cualquiera de su remuneracion acostumbrada. Para determinarlo á ello, se necesita una fuerza esterior, severa sin ser injusta. Esta fuerza se ejerce por la Concurrencia. En tanto que ella no interviene, en tanto que el que ha utilizado un agente natural permanece dueño de su secreto, este agente natural es gratuito sin duda, pero no es todavia *comun*; la conquista se ha realizado, pero solo en provecho de un solo hombre ó de una sola clase. Todavia no es un beneficio para la humanidad entera. Nada ha cambiado todavia en el mundo, si no es que una naturaleza de *servicios* aunque aliviada en parte de la carga del trabajo, exige sin embargo la retribucion integral. Por una parte hay un hombre que exige de todos sus semejantes el mismo trabajo que otras veces, aunque no les ofrece mas que su trabajo reducido; por otra, está la humanidad entera que se vé todavia obligada á hacer el mismo sacrificio de tiempo y de trabajo para obtener un producto que en adelante realiza en parte la naturaleza.

Si las cosas debiesen quedar así, se introduciria en el mundo con toda invencion un principio de desigualdad indefinida. No solamente no podria decirse: el valor es proporcional al trabajo, sino tampoco podria decirse: El valor tiende á proporcionarse al trabajo. Todo lo que hemos dicho en los capítulos precedentes sobre la *utilidad gratuita*, sobre la *comunidad progresiva* seria quimérico. No seria verdad que los servicios se cambian por servicios, de tal manera que los dones de Dios se trasmiten de mano en mano sin retribucion alguna, hasta aquel á quien estan destinados, que es el consumidor. Cada uno exigiria siempre, además de su trabajo, la porcion de fuerzas naturales que hubiese llegado á esplotar una vez; en una palabra, la humanidad se constituiria bajo el principio del Monopolio universal en lugar de estarlo bajo el principio de la Comunidad progresiva.

Pero no sucede así; Dios, que ha prodigado á todas las criaturas el calor, la luz, la gravitacion, el aire, el agua, la

tierra, las maravillas de la vida vegetal, la electricidad y tantos otros beneficios que no me es dado enumerar, Dios, que ha puesto en la individualidad el *interés personal*, que, como un iman lo atrae siempre todo hácia sí, Dios, digo, ha colocado tambien en el seno del órden social otro resorte al que ha confiado el cuidado de conservar á estos beneficios su destino primitivo: la gratuidad, la comunidad. Este resorte es la Concurrencia.

Asi, el Interés personal es esa indomable fuerza individualista que nos hace buscar el progreso, que nos lo hace descubrir, que nos impele fuertemente hácia él, pero que nos conduce tambien á monopolizarlo. La Concurrencia es esa fuerza humanitaria no menos indomable que arranca el progreso, á medida que se realiza, de las manos de la individualidad, para hacer de él la herencia comun de la gran familia humana. Estas dos fuerzas que pueden criticarse, cuando se las considere aisladamente, constituyen en su conjunto, por el juego de sus combinaciones, la Armonía social.

Y diremos de paso que no es sorprendente que la individualidad, representada por el interés del hombre considerado como productor, se revele desde el principio del mundo contra la Concurrencia, que la repruebe, que trate de destruirla, llamando en su ayuda á la fuerza, á la astucia, al privilegio, al sofisma, al monopolio, á la restriccion, á la proteccion gubernamental, etc. La moralidad de sus medios dará á conocer bastante la moralidad de su fin. Pero lo que es admirable y doloroso que la ciencia misma—la falsa ciencia, es cierto,—propagada con tanto ardor por las escuelas socialistas, en nombre de la filantropía, de la igualdad, de la fraternidad, haya abrazado la causa del Individualismo en su manifestacion mas estrecha, y desertado de la de la humanidad.

Véamos ahora como obra la Concurrencia.

El hombre, bajo la influencia del interés personal, examina siempre y necesariamente las circunstancias, que pueden dar el mayor *valor* á sus servicios. No tarda en reconocer que con respecto á los dones de Dios puede ser favorecido de tres maneras: (V. *la nota de la página* 143.)

1.ª Si se apodera solo de estos mismos dones;

2.ª Si conoce solo el *procedimiento*, por el que es posible utilizarlos;

3.ª Si posee solo el *instrumento*, por cuyo medio puede hacerles concurrir.

En cualquiera de estas circunstancias dá *poco* trabajo su-

yo por *mucho* trabajo de otro. Sus servicios tienen un gran *valor* relativo, y nos hallamos dispuestos á creer que este esceso de valor vá inherente al agente natural. Si fuese así, este valor seria invariable. La prueba de que el valor está en el servicio es que vamos á ver á la Concurrencia disminuir el uno al mismo tiempo que el otro.

1.° Los agentes naturales, los dones de Dios no estan repartidos de una manera uniforme por la superficie del globo. ¡Qué infinita sucesion de vegetales desde la region del abeto hasta la de la palmera! Aquí la tierra es mas fecunda, allí el calor mas vivificante; en tal punto se encuentra la piedra, en tal otro el yeso, en ciertos parajes el hierro, el cobre, el carbon. No hay por todas partes saltos de agua, ni se puede igualmente aprovechar en todas las regiones la accion de los vientos. La sola distancia á que nos hallamos de los objetos necesarios para nuestro uso, varía hasta lo infinito los obstáculos que encuentran nuestros esfuerzos; aun las facultades del hombre varian hasta cierto punto segun los climas y las razas.

Fácilmente se comprende que, sin la ley de la Concurrencia, esta desigualdad en la distribucion de los dones de Dios produciria una desigualdad correspondiente en la condicion de los hombres.

Cualquiera que tuviese á su alcance una ventaja natural se aprovecharia de ella para sí, y no dejaria que se aprovechasen sus semejantes. No permitiria á los demás hombres participar de esta ventaja, por su mediacion, sino exigiéndoles una remuneracion escesiva, cuyo límite fijaria arbitrariamente su voluntad. Daria á sus servicios el valor que quisiese. Hemos visto que los dos límites estremos, entre los que se fija este, son el *trabajo ejecutado* por el que presta el servicio y el *trabajo ahorrado* al que lo recibe. Sin la Concurrencia nada impediria que llegase al límite superior. Por ejemplo, el hombre de los trópicos diria al Europeo: A causa de mi sol, puedo obtener una cantidad dada de azúcar, de café, de cacao, de algodon con un trabajo *igual á diez*, en tanto que obligado en vuestra fria region á recurrir á los invernaderos, á las estufas y á los abrigos, no lo podeis hacer sino con un trabajo *igual* á *ciento*. Me pedís azúcar, café, algodon, y no os incomodariais, si en el contrato no tuviese en cuenta sino el trabajo que he ejecutado. Pero yo considero principalmente el que os ahorro; pues sabiendo que es el límite de vuestra resistencia, lo acepto tambien como el de mi pretension. Supuesto que lo que produzco con un trabajo igual á diez, podeis hacerlo en vues-

tro pais con un trabajo *igual á ciento*, si yo os pidiese en cambio de mi azúcar un producto que os costase un trabajo igual á *ciento uno*, seguramente os negariais, pero no exijo sino un trabajo de *noventa y nueve*. Podreis incomodaros por algun tiempo; pero al fin vendreis aqui, porque á este precio todavia teneis alguna ventaja en el cambio. Os parecen injustas estas condiciones; pero al cabo no es á vos, sino á mí, á quien Dios ha favorecido con una temperatura elevada. Estoy en situacion de aprovechar este beneficio de la Providencia privandoos de él, sino consentís en pagarme el precio que os he fijado, porque no tengo concurrentes. Asi, aqui teneis mi azúcar, mi cacao, mi café, mi algodon. Quedaos con ellos con las condiciones que os he impuesto, ó hacedlos vos mismo, ó pasad sin ellos.»

Es verdad que el Europeo podria á su vez usar de un lenguage análogo con el hombre de los trópicos: «Removed vuestro suelo, haced pozos, buscad hierro y carbon, y felicitaos, si los encontrais; porque sino, estoy resuelto á llevar tambien al estremo mis exigencias. Primero tomaremos de estos objetos lo que nos haga falta, y luego no sufriremos que otros toquen á ellos sin que nos paguen un derecho.»

Si las cosas pasasen así, el rigor científico no permitiria todavia atribuir á los agentes naturales el Valor, que reside esencialmente en los *servicios*. Pero podria disimularse el error, porque el resultado seria absolutamente el mismo. Los servicios se cambiarian siempre por servicios, pero no manifestarian tendencia alguna á medirse por los esfuerzos, por el trabajo. Los dones de Dios serian privilegios *personales* y no bienes *comunes*, y acaso podriamos quejarnos con algun fundamento de haber sido tratados por el Autor de las cosas de una manera tan irremediablemente desigual. ¿Seriamos hermanos aqui abajo? ¿Podriamos considerarnos como los hijos de un padre comun? La falta de Concurrencia, es decir, de Libertad, opondria desde luego un obstáculo invencible para la Igualdad. La falta de igualdad escluiria toda idea de Fraternidad. No quedaria nada de la divisa republicana.

Pero viene la Concurrencia, y veremos que se hacen absolutamente imposibles esos contratos leoninos, esos monopolios de los dones de Dios, esas pretensiones repugnantes en la apreciacion de los servicios, esas desigualdades en los esfuerzos cambiados.

Y observemos primeramente que la Concurrencia interviene de una manera necesaria, provocada como lo es por esas mismas desigualdades. El trabajo va instintivamente

al punto donde es mejor retribuido, haciendo desaparecer continuamente esta ventaja anormal; de tal suerte que la Desigualdad se convierte en un aguijon que nos impele a pesar nuestro á la Igualdad. Es una de las mas bellas *intenciones finales* del mecanismo social. Parece que la Bondad infinita, que ha esparcido sus bienes sobre la tierra, ha escojido al ávido productor para operar entre todos la distribucion equitativa de aquellos; y ciertamente es un espectáculo maravilloso el del interés privado, realizando sin cesar lo mismo que quiere apartar de si. El hombre, como productor, es atraido fatal, necesariamente hácia las grandes remuneraciones, que por esto mismo se someten á la regla prescrita. Obedece á su interés propio, ¿y qué encuentra sin saberlo, sin quererlo, sin buscarlo? El interés general.

Asi, volviendo á nuestro ejemplo, por el mismo motivo que el hombre de los trópicos, aprovechándose de los dones de Dios, recibe una remuneracion escesiva, se atrae la Concurrencia. El trabajo humano se dirije á aquel punto con un ardor proporcional, si puedo espresarme asi, á la amplitud de la desigualdad; y no descansará hasta que no la haya destruido. Sucesivamente, se vé que el trabajo tropical *igual á diez* se cambia bajo la accion de la Concurrencia por trabajo europeo igual á ochenta, luego á sesenta, luego á cincuenta, á cuarenta, á veinte y por último á diez. Bajo el imperio de las leyes sociales naturales, no hay razon ninguna para que las cosas no lleguen á este punto, es decir, para que los servicios cambiados no puedan medirse por el trabajo, por la molestia tomada, dándose por una y otra parte los dones de Dios sin retribucion alguna. Cuando las cosas llegan á este punto, debemos apreciar bien la revolucion que se ha operado para bendecirla.—Primeramente los trabajos ejecutados por una y otra parte son iguales, lo que basta para satisfacer la conciencia humana siempre ávida de justicia.—Luego ¿qué ha sido del don de Dios?—Esto merece toda la atencion del lector. Nadie lo ha perdido. Y no nos dejemos imponer bajo este concepto por los clamores del productor tropical. El Brasileño, mientras que consume azúcar, algodon, café, disfruta tambien del calor de su sol, pues el astro benéfico no ha cesado de ayudarle en la obra de la produccion. Lo que ha perdido solamente es la injusta facultad de imponer un derecho sobre el consumo de los habitantes de Europa. El beneficio providencial, porque era *gratuito*, debia hacerse y se ha hecho *comun:* pues *gratuidad* y *comunidad* participan de la misma esencia.

El don de Dios se ha hecho comun,—y yo suplico al lector no pierda de vista que me sirvo aqui de un hecho especial para dilucidar un fenómeno universal—se ha hecho, digo, comun á todos los hombres. Esta no es una declamacion, sino la espresion de una verdad matemática. ¿Porqué se ha desconocido este bello fenómeno? Porque la comunidad se realiza bajo la forma de *valor destruido*, y á nuestro espíritu le cuesta mucho trabajo conocer las negaciones. Pero yo pregunto, cuando para obtener una cantidad de azúcar, de café ó de algodon, no cedo sino la décima parte del trabajo que habria de ejecutar para producirlos yo mismo, y esto porque en el Brasil hace el sol las nueve décimas parte del trabajo ¿no es cierto que cambio trabajo por trabajo? ¿y no obtengo muy positivamente, además del trabajo brasileño y sin remuneracion alguna, la cooperacion del clima de los trópicos? ¿No puedo afirmar con esactitud rigorosa que he llegado á ser, que todos los hombres han llegado á ser, por el mismo título que los Indios y Americanos, es decir, por título gratuito, partícipes de la liberalidad de la naturaleza, con respecto á las producciones de que se trata?

Hay un pais, la Inglaterra, que tiene abundantes minas de carbon. Esta es sin duda una gran ventaja *local*, principalmente si se supone, como yo lo haré para mayor sencillez en la demostracion, que no hay carbon en el continente.—Mientras no interviene el cambio, la ventaja que tienen los Ingleses es la de disponer de fuego en mas abundancia que los demás pueblos, de procurárselo con menos trabajo, sin invertir en esto una gran parte de su tiempo útil. En el momento que el cambio aparece, haciendo abstraccion de la Concurrencia, la posesion esclusiva de las minas los pone en situacion de pedir una remuneracion considerable, y de dar á su trabajo un alto precio. No pudiendo ni hacer este trabajo por nosotros mismos ni dirijirnos á otra parte, habrá que sufrir la ley. El trabajo inglés, aplicado á este género de esplotacion, será muy retribuido; en otros términos, el carbon estará caro, y el beneficio de la naturaleza podrá considerarse como conferido á un pueblo, y no á la humanidad.

Pero este estado de cosas no puede durar; hay una gran ley natural y social que se opone á él, la Concurrencia. Por lo mismo que este género de trabajo se halla muy remunerado en Inglaterra, será muy solicitado, porque los hombres buscan siempre las retribuciones mayores. El número de los mineros se aumentará á la vez por agregacion y por ge-

neracion; ofrecerán sus brazos por un salario mas bajo; se contentarán con una retribucion cada vez mas reducida hasta que descienda al *estado normal*, al nivel de la que se concede generalmente en el pais á todos los trabajos análogos. Esto quiere decir que el precio del carbon inglés bajará en Francia; esto quiere decir que una cantidad dada de trabajo francés obtendrá una cantidad cada vez mayor de carbon inglés, ó mas bien de trabajo inglés incorporado en el carbon; esto quiere decir, por último, y es lo que ruego se observe, que el don que la naturaleza parecia haber hecho á Inglaterra, lo ha conferido en realidad á la humanidad entera. El carbon de Newcastle, se prodiga *gratuitamente* á todos los hombres. Esto no es una paradoja ni una exageracion: se les prodiga *á título gratuito*, como el agua del torrente, con la sola condicion de tomarse *el trabajo* de ir á buscarlo, ó restituir este trabajo á los que lo toman por nosotros. Cuando compramos el carbon, no es el carbon lo que pagamos, sino el trabajo que ha sido necesario ejecutar para estraerlo y trasportarlo. Nos limitaremos á dar un trabajo igual, que hayamos fijado en vino ó en seda. Es tan verdad que la liberalidad de la naturaleza se ha estendido á la Francia, que el trabajo que restituimos no es superior al que necesitabamos ejecutar, si el depósito carbonífero estuviese en Francia. La Concurrencia ha promovido la igualdad entre los dos pueblos con respecto al carbon, fuera de la inevitable y ligera diferencia que resulta de la distancia y del trasporte.

He citado dos ejemplos, y para que se hiciese el fenómeno mas perceptible por su magnitud, he escojido relaciones internacionales operadas en una escala estensa. Temo haber caido asi en el inconveniente de ocultar á los ojos del lector el mismo fenómeno obrando incesantemente á nuestro alrededor y en nuestras convenciones mas familiares. Tome en sus manos los objetos mas humildes, un vaso, un clavo, un pedazo de pan, una tela, un libro. Medite sobre estos vulgares productos. Examine qué incalculable masa de utilidad gratuita, sin la Concurrencia, habria quedado á la verdad gratuita para el productor, pero jamás hubiera sido gratuita para la humanidad, es decir, jamás hubiera llegado á ser *comun*. Dirá con razon que á causa de la Concurrencia, al comprar pan, no se paga nada por la accion del sol, nada por la lluvia, nada por el rocío, nada por las leyes de la fisiología vegetal, nada tampoco por la accion propia del suelo, digáse lo que se quiera; nada por la ley de la gravitacion puesta en accion por el molinero, nada por

la ley de la combustion puesta en accion por el panadero, nada por la fuerza animal puesta en accion por el carruagero; que no paga sino servicios prestados, trabajos ejecutados por los agentes humanos; verá que sin la Concurrencia, hubiera necesitado además pagar un derecho por la intervencion de todos estos agentes naturales, que este derecho no hubiera tenido otro límite, que la dificultad que tocaria él mismo de procurarse pan por sus propios esfuerzos; que por consiguiente una vida entera de trabajo no le bastaria para hacer frente á la remuneracion que le seria exigida; observe que no usa un solo objeto que no pueda y no deba provocar las mismas reflexiones, y que estas reflexiones son ciertas para todos los hombres que viven sobre la superficie del globo: y comprenderá entonces el vicio de las teorías socialistas que no viendo sino la superficie de las cosas, la epidermis de la sociedad, se han levantado con tanta ligereza contra la Concurrencia, es decir, contra la Libertad humana; comprenderá que la Concurrencia, conservando á los dones que la naturaleza ha repartido desigualmente por el globo el doble carácter de la gratuidad y de la comunidad, es necesario considerarla como el principio de una justa y natural igualdad; es necesario admirarla como la fuerza que tiene contenido el egoismo del interés personal, con el que se combina tan artísticamente, que sirve al mismo tiempo de freno á su avidez, y de estimulo á su actividad; es necesario bendecirla como la manifestacion mas clara de la imparcial solicitud de Dios para con todas sus criaturas.

De lo que precede puede deducirse la solucion de una de las cuestiones mas controvertidas, la de la libertad comercial de pueblo á pueblo. Si es verdad, como me parece incontestable, que las diversas naciones del globo sean conducidas por la Concurrencia á no cambiar entre sí sino trabajo, mas ó menos nivelado, y á cederse recíprocamente *sin retribucion alguna*, las ventajas naturales que cada una tiene á su alcance; ¡cuán ciegas y absurdas no son aquellas que rechazan legislativamente los productos estrangeros, á pretesto de que estan á poco precio, que tienen poco valor relativamente á su utilidad total, es decir, precisamente porque contienen una gran porcion de utilidad gratuita!

Ya lo he dicho y lo repito: una teoría me inspira confianza, cuando la veo de acuerdo con la práctica universal. Asi es positivo que las naciones harian entre sí ciertos cambios, si no les fueran prohibidos por *la fuerza*. Se necesitan bayonetas para impedirlos, luego es un mal el impedirlos.

2.° Otra circunstancia, que coloca á ciertos hombres en una situacion favorable y escepcional en cuanto á la remuneracion, es el conocimiento de los *procedimientos* por cuyo medio podemos apoderarnos de los *agentes naturales*. Lo que se llama una invencion es una conquista del génio humano. Hemos de ver como estas bellas y pacíficas conquistas, que son en el principio una fuente de riquezas para los que las hacen, llegan muy pronto á ser bajo la accion de la concurrencia el patrimonio *comun y gratuito* de todos los hombres.

Las fuerzas de la naturaleza pertenecen á todo el mundo. La gravitacion, por ejemplo, es una propiedad comun; ella nos rodea, penetra en nosotros, nos domina: sin embargo, sino hay mas que un medio de hacerla concurrir á un resultado útil y determinado, y solo un hombre conoce este medio, ese hombre podrá poner á su trabajo un alto precio, ó negarse á ejecutarlo como no sea en cambio de una remuneracion considerable. Su pretension, bajo este aspecto, no tendrá otros límites que el punto en que exigiese de los consumidores un sacrificio superior al que les impone el antiguo procedimiento. Se habrá llegado, por ejemplo, á producir con una décima parte del trabajo que se necesitaba anteriormente el objeto *x*.—Pero *x* tiene actualmente un precio corriente determinado por el trabajo que su produccion exige segun el método ordinario. El inventor vende *x* al curso; en otros términos, se paga su trabajo diez veces mas que el de sus rivales. Esta es la primera fase de la invencion.

Observemos en primer lugar que no ofende en nada á la justicia. Es justo que el que venda al mundo un procedimiento útil reciba su recompensa: *A cada uno segun su capacidad*.

Observemos tambien que hasta aqui la humanidad, menos el interventor, no ha ganado nada sino virtualmente, en perspectiva por decirlo asi, puesto que para adquirir el producto *x* tiene que hacer los mismos sacrificios que le costaba otras veces.

Sin embargo la invencion entra en su segunda fase, la de la *imitacion*. Está en la naturaleza de las remuneraciones escesivas escitar el deseo. El procedimiento nuevo se estiende, el precio de *x* va bajando contínuamente, y la remuneracion disminuye tambien, tanto mas cuanto mas se aleja la imitacion de la época de la invencion, es decir, tanto mas cuanto llega á ser mas fácil, menos azarosa y por consiguiente menos meritoria. No hay aqui seguramente

nada que no pueda admitirse por la legislacion mas ingeniosa y mas imparcial.

Por último la invencion llega á su tercera fase, á su período definitivo, el de la *difusion* universal, de la *comunidad*, de la *gratuidad*; se ha recorrido su ciclo, cuando la Concurrencia ha reducido la remuneracion de los productores de x á la tasa general y normal de todos los trabajos análogos. Entonces las nueve décimas partes del trabajo ahorrado por la invencion, en la hipótesis propuesta, son una conquista en provecho de la humanidad entera. La utilidad de x es la misma; pero las nueve décimas partes se han puesto á cargo de la gravitacion que era otras veces comun á todos en principio y que ha venido á ser comun á todos en esta aplicacion especial. Esto es tan cierto, que todos los consumidores del globo pueden comprar x por el sacrificio de la décima parte del trabajo que costaba otras veces. Lo demás ha sido completamente ahorrado por el procedimiento nuevo.

Si quiere considerarse que no hay una invencion humana que no haya recorrido este círculo; que x es aquí un signo algebráico que representa el trigo, el vestido, los libros, las naves, para cuya produccion se ha ahorrado una masa incalculable de trabajo ó de valor por el arado, la máquina de hilar, la imprenta y la vela; que esta observacion se aplica al mas humilde de los útiles como al mecanismo mas complicado, al clavo, á la cuña, á la palanca, como al vapor y al telégrafo eléctrico; espero que se comprenda como se resuelve en la humanidad este problema: *Que una masa cada vez mas considerable y repartida con mas igualdad, de utilidades ó de goces, viene á remunerar cada cantidad fija de trabajo humano.*

3.° He demostrado que la Concurrencia lleva al dominio de la *communidad* y de la *gratuidad* las *fuerzas naturales* y los *procedimientos* por los que nos apoderamos de ellas; me resta demostrar que desempeña la misma funcion en cuanto á los *instrumentos*, por cuyo medio se ponen en accion estas fuerzas.

No basta que exista en la naturaleza una fuerza, calor, luz, gravitacion, electricidad; no basta que la inteligencia conciba el medio de utilizarla; se necesitan tambien *instrumentos* para realizar esta concepcion del espíritu, y *provisiones* para mantener durante la operacion la existencia de los que la desempeñan.

La tercera circunstancia favorable á un hombre ó á una clase de hombres, relativamente á la remuneracion, es po-

seer *capitales*. El que tiene en sus manos el útil necesario al trabajador, los materiales sobre que va á ejercerse el trabajo y los medios de existencia que deben consumirse durante el trabajo, tiene una remuneracion que estipular; el principio en que esto se funda es ciertamente equitativo, porque el capital no es sino un trabajo anterior, el cual no se ha retribuido todavia. El capitalista está en una buena posicion para imponer la ley, sin duda; pero observemos que, aunque libre de toda Concurrencia, tiene un límite que sus pretensiones no pueden jamás traspasar; este límite es el punto en que su remuneracion absorviese todas las ventajas del servicio que presta. Siendo esto así, no debe hablarse, como se ha hecho con mucha frecuencia, de la *tirania del capital*, puesto que nunca, ni aun en los casos mas estremos, puede dañar su presencia mas que su ausencia la condicion del trabajador. Todo lo que puede hacer el capitalista, como el hombre de los trópicos que dispone de una intensidad de calor que la naturaleza ha negado á otros, como el inventor que posee el secreto de un *procedimiento* desconocido de sus semejantes, es decirles: «Quereis disponer de mi trabajo, pues le fijo tal precio; os parece demasiado elevado, pues pasaos sin él, como habeis hecho hasta aqui.»

Pero interviene la Concurrencia entre los capitalistas. Instrumentos, materiales, provisiones no pueden realizar utilidades sino con la condicion de ponerlos en accion; hay pues emulacion entre los capitalistas para buscar empleo á los capitales. Todo lo que esta emulacion les obliga á rebajar de sus pretensiones, cuyos límites estremos acabo de señalar, es una ganancia neta; una ganancia *gratuita* para el consumidor, esto es, ¡para la humanidad!

Se comprende fácilmente que aqui la *gratuidad* no puede ser nunca absoluta; puesto que todo capital representa un trabajo, siempre habrá en él el principio de la remuneracion.

Las convenciones relativas al capital estan sometidas á la ley universal de los cambios, que no se verifican sino porque hay para los dos contratantes ventajas en su realizacion, aunque esta ventaja, que tiende á igualarse, pueda ser accidentalmente mayor para el uno que para el otro. Hay para la remuneracion del capital un límite, mas allá del cual no se toma á préstamo; este límite es *cero—servicio* para el prestamista. Asimismo hay un límite mas acá del cual no se presta; este límite es *cero—retribucion* para el prestador. Esto es evidente por si mismo. Que la pretension

de uno de los contratantes se lleve hasta el punto de reducir á *cero* la ventaja del otro, y el préstamo llega á ser imposible. La remuneracion del capital oscila entre estos dos términos estremos, llevada hácia el límite superior por la Concurrencia de los que toman á préstamo, vuelve hácia el límite inferior por la Concurrencia de los prestamistas; de tal manera que, por una necesidad en armonía con la justicia, se eleva cuando el capital escasea, y baja cuando abunda.

Muchos economistas piensan que el número de los que toman á préstamo aumenta mas rápidamente que se forma el capital, de donde se seguiria que la tendencia natural del interés se dirijiria á la alza. El *hecho* es decisivo en favor de la opinion contraria, y por todas partes vemos que la civilizacion reduce el interés de los capitales. Este interés era, segun se dice de 30 ó 40 por ciento en Roma; todavia es de 20 por ciento en el Brasil, de 10 por ciento en Argel, de 8 por ciento en España, de 6 por ciento en Italia, de 5 por ciento en Alemania, de 4 por ciento en Francia, de 3 por ciento en Inglaterra y todavia menos en Holanda. Pero todo lo que el progreso disminuye el interés de los capitales, perdido para los capitalistas, no se pierde para la humanidad. Si el interés, partiendo de 40, llega á 2 por ciento, los gastos de produccion habrán disminuido por este elemento en todos los productos 38 partes de 40. Llegarán estos al consumidor libres de esa carga en la proporcion de las 19 vigésimas partes; es una fuerza que, como los *agentes naturales* y los *procedimientos* espeditivos, se resuelve en *abundancia*, en *igualdad*, y definitivamente, en elevacion del nivel general de la especie humana.

Réstame decir algunas palabras sobre la Concurrencia que el trabajo se hace á sí mismo, asunto que en estos últimos tiempos ha suscitado tantas declamaciones sentimentales. Pero ¡qué! ¿no está ya dilucidado este punto para el lector reflexivo por todo lo que precede? He probado que á causa de la accion de la Concurrencia los hombres no podian recibir por mucho tiempo una remuneracion anormal por el concurso de las *fuerzas naturales*, por el conocimiento de los *procedimientos*, ó la posesion de *instrumentos*, por cuyo medio nos apoderamos de estas fuerzas. Esto es probar que los esfuerzos tienden á cambiarse bajo el pié de la igualdad, ó en otros términos que el valor tiende á proporcionarse al trabajo. Siendo así, no veo verdaderamente lo que pueda llamarse Concurrencia de los trabajadores; veo menos todavia como podria empeorar su condicion, puesto

que bajo este punto de vista los trabajadores son tambien consumidores; la clase laboriosa es todo el mundo, es justamente esa gran Comunidad que recoje en definitiva los beneficios de la Concurrencia y todo el de los valores sucesivamente destruidos por el progreso.

La evolucion es esta: Los servicios se cambian por servicios, ó los valores por valores. Cuando un hombre ó una clase de hombres se apodera de un agente natural ó de un procedimiento, su pretension se rige, no por el trabajo que hace, sino por el trabajo que ahorra á los demás. Lleva sus exigencias hasta el límite estremo, sin que jamás pueda empeorar la condicion de otro. Dá á sus servicios el mayor valor posible. Pero este valor tiende gradualmente por la accion de la Concurrencia á proporcionarse al trabajo ejecutado; de suerte que la evolucion se concluye, cuando trabajos iguales se cambian por trabajos iguales, sirviendo de vehiculo cada uno de ellos á una masa siempre creciente de utilidad gratuita en provecho de la comunidad entera. Si esto no admite duda, seria incurrir en una contradiccion manifiesta venir á decir: La Concurrencia daña á los trabajadores.

Sin embargo, se repite sin cesar semejante asercion, y aun parece que se hallan intimamente convencidos de ella los que la afirman. ¿Porqué? Porque no entienden por la palabra *trabajador* la gran comunidad laboriosa, sino una clase particular. Dividen la comunidad en dos partes. Colocan á un lado á todos los que tienen capitales, que viven en todo ó en parte de sus trabajos anteriores, ó de sus trabajos intelectuales, ó del impuesto; al otro lado colocan á los hombres que no tienen mas que sus brazos, á los asalariados, y sirviéndome de la espresion consagrada, á los proletarios. Consideran las relaciones de estas dos clases, y preguntan si en el estado de estas relaciones, la Concurrencia que se hacen entre sí no les es funesta.

Se dice: La situacion de los hombres de esta última clase es esencialmente precaria. Como reciben su salario al dia, viven tambien al dia. En el debate que bajo un régimen libre precede á toda espulacion, no pueden esperar, necesitan encontrar trabajo para mañana á cualquiera condicion sopena de muerte; sino es esto rigorosamente cierto de todos, lo es de muchos de ellos, y esto basta para avasallar la clase entera, porque son los mas necesitados, los mas miserables, los que capitulan primero y forman la tasa general de los salarios. Resulta de aqui que el salario tiende á nivelarse con lo absolutamente necesario para vivir; y en

este estado de cosas la intervencion del menor aumento de Concurrencia entre los trabajadores es una verdadera calamidad; pues no se trata con respecto á ellos de un bienestar disminuido, sino de la imposibilidad de vivir.

Seguramente hay mucha verdad, demasiada verdad, *de hecho*, en esta alegacion. Negar los sufrimientos y la humillacion de esa clase de hombres que ejecuta la parte material en la obra de la produccion, seria cerrar los ojos á la luz.—A decir verdad, á esa situacion deplorable de un gran número de nuestros hermanos es á lo que se refiere lo que se ha llamado con razon el *problema social;* porque, aunque las demás clases de la sociedad sean visitadas tambien por muchas inquietudes, muchos sufrimientos, peripecias, crisis, convulsiones económicas, puede sin embargo decirse con certeza que seria aceptada probablemente la libertad como solucion del problema, sino se creyese impotente para curar esa llaga dolorosa que se llama el Pauperismo.

Y puesto que es aqui principalmente donde reside el problema social, el lector comprenderá que no me es posible ocuparme de él ahora. Ojalá que la solucion salga del libro entero, pero evidentemente no puede salir de un capítulo.

Al presente espongo leyes generales que creo armónicas, y temo que el lector empiece á dudar tambien que existan estas leyes, que obran en el sentido de la comunidad y por consiguiente de la igualdad. Pero no he negado que la accion de estas leyes no sea profundamente trastornada por causas perturbadoras. Si pues encontramos en este momento un *hecho* de manifiesta desigualdad ¿cómo lo podremos juzgar antes de conocer las leyes regulares del órden social y las causas perturbadoras de estas leyes?

Por otra parte, no he negado el mal ni su mision. He creido poder anunciar que, habiéndosele dado al hombre el *libre albedrío,* no debia reservarse el nombre de *armonía* á un conjunto de donde fuese escluida la desgracia; porque el libre albedrío supone el error, al menos como posible, y el error es el mal. La armonía social, como todo lo que concierne al hombre, es relativa; el mal es una de sus ruedas necesarias destinada á vencer el error, la ignorancia, la injusticia, poniendo en accion dos grandes leyes de nuestra naturaleza: la responsabilidad y la solidaridad.

Ahora existiendo el pauperismo de hecho, ¿debe imputarse á las leyes naturales que rigen el órden social—ó á instituciones humanas que obren en el sentido contrario de estas leyes—ó á aquellos mismos que son sus víctimas y que

hubiésen atraido sobre su cabeza ese severo castigo de sus errores y de sus faltas?

En otros términos: ¿el pauperismo existe por destino providencial,—ó al contrario, por lo que queda de artificial en nuestra organizacion política—ó como retribucion personal? Fatalidad—Injusticia.—Responsabilidad, ¿á cuál de estas tres causas debe atribuirse la espantosa llaga?

No temo decirlo: no puede resultar de las leyes naturales que han sido hasta aquí el objeto de nuestros estudios, puesto que estas leyes tienden todas á la igualdad en el mejoramiento, es decir, á acercar todos los hombres á un mismo nivel que se eleva sin cesar. No es pues el momento de profundizar el problema de la miséria.

Por ahora, si queremos considerar á parte esa clase de trabajadores que ejecuta la parte mas material de la produccion y que en general, indiferente á la obra, vive de una retribucion fija, que se llama *salario*, la cuestion que habriámos de proponernos seria esta: haciendo abstraccion de las buenas ó malas instituciones económicas, haciendo abstraccion de los males en que los proletarios pueden incurrir por su falta—¿cuál es con respecto á ellos el efecto de la Concurrencia?

Para esta clase, como para todas, la accion de la Concurrencia es doble. La sienten como compradores y como vendedores de servicios. El mal de todos los que escriben sobre estas materias es no ver nunca sino un lado de la cuestion, como físicos, que no conociendo mas que la fuerza centrífuga, creen y anuncian que todo está perdido. Concededles la falsa premisa y vereis con que irresistible lógica os conducen á su siniestra conclusion. Asi sucede con las lamentaciones que los socialistas fundan en la observacion esclusiva de la Concurrencia certrífuga, si me es permitido hablar asi; se olvidan de tomar en cuenta la Concurrencia centrípeta, y esto basta para reducir sus doctrinas á una pueril lamentacion. Olvidan que el trabajador, cuando se presenta en el mercado con el salario que ha ganado, es un centro á donde van á parar innumerables industrias, y que se aprovecha entonces de la Concurrencia universal, de la que se quejan todas á su vez.

Es verdad que el proletario, cuando se considera como productor, como ofrecedor de trabajo ó servicios, se queja tambien de la Concurrencia. Admitamos pues que le favorece por una parte y le perjudica por otra; véamos si la balanza le es favorable ó desfavorable, o si hay compensacion.

Me habria esplicado muy mal, si el lector no comprendie-

se que en este mecanismo maravilloso el juego de las concurrencias, en apariencia antagónicas, ofrece el resultado singular y consolador de que hay balanza favorable para todo el mundo á la vez, á causa de la Utilidad gratuita que aumenta sin cesar el círculo de la produccion y pasa sin cesar al dominio de la Comunidad. Asi lo que se hace comun aprovecha á todos sin dañar á nadie; aun se puede añadir, y esto es matemático, que aprovecha á cada uno en proporcion de su miséria anterior. Esta porcion de utilidad *gratuita*, obligada por la Concurrencia á hacerse *comun* es causa de que los valores tiendan á proporcionarse al trabajo, lo que se verifica con provecho évidente del trabajador. Ella es tambien la que esplica esa solucion social que tengo constantemente á la vista del lector, y que no puede ocultársenos sino por las ilusiones del hábito: por un trabajo determinado, cada uno obtiene una suma de satisfacciones que tiende á aumentarse y á igualarse.

Por lo demás, la condicion del trabajador no resulta de una sola ley ecónómica, sino de todas; conocerla, descubrir sus perspectivas, su porvenir, es la economía política entera; porque ¿puede haber otra cosa, bajo el punto de vista de esta ciencia, que trabajadores?... Me engaño, tambien hay despojadores. ¿Cuál es la causa de la equivalencia de los servicios? la libertad. ¿Cual es la que altera la equivalencia de los servicios? la opresion. Hé aquí el círculo que hemos de recorrer.

En cuanto á esa clase de trabajadores que ejecuta la obra mas inmediata de la produccion, no podrá ser apreciada hasta que estemos en disposicion de conocer cómo se combina la ley de la concurrencia con la de los salarios y de la poblacion, y tambien con los efectos perturbadores de los impuestos desiguales y de los monopolios.

Añadiré solo algunas palabras relativamente á la concurrencia. Es muy claro que esta, por su misma naturaleza, no pueda dar por resultado la reduccion de la masa de satisfacciones, que se reparten entre los hombres. ¿Influye en el sentido de la desigualdad sobre esta reparticion? Si hay algo evidente en el mundo es que la concurrencia despues de haber agregado, si se me permite espresarme asi, á cada servicio, á cada valor una proporcion mayor de utilidad, trabaja incesantemente en nivelar los servicios mismos, en hacerlos proporcionales á los esfuerzos. ¿No es ella la que impele hácia las carreras fecundas y aparta de las carreras estériles? Su accion propia consiste por tanto en realizar cada vez mas la igualdad, elevando al mismo tiempo el nivel social.

Entendámonos sin embargo sobre la palabra igualdad. Ella no supone para todos los hombres remuneraciones idénticas; sino proporcionales á la cantidad y aun á la entidad de sus esfuerzos.

Una multitud de circunstancias contribuyen á hacer desigual la remuneracion del trabajo libre, (no hablo aqui sino del trabajo libre sometido á laConcurrencia); si se mira de cerca esta pretendida desigualdad, se vé que, casi siempre justa y necesaria, no es sino igualdad real. Generalmente, y suponiendo iguales circunstancias, hay mas provecho en los trabajos peligrosos que en los que no lo son; en los oficios que exigen un largo aprendizaje y desembolsos por mucho tiempo improductivos, lo que supone en la familia el constante ejercicio de ciertas vritudes, que en aquellos en los que basta la fuerza muscular; en las profesiones que reclaman la cultura del espíritu y dan orígen á gustos delicados, que en los ejercicios en que no se necesitan mas que brazos. ¿No es justo todo esto? Asi, la *Concurrencia* establece necesariamente estas distinciones; la sociedad no necesita que Fourier ó M. L. Blanc decidan sobre ellas.

Entre estas circunstancias, la que obra de una manera mas general es la desigualdad de instruccion; aqui, como en todas partes, vemos á la Concurrencia ejercer su doble accion, nivelar las clases y elevar la sociedad.

Si nos representamos la sociedad como compuesta de dos capas sobrepuestas, dominando en una de ellas el principio inteligente, y en la otra el principio de la fuerza bruta, y si estudiamos las relaciones naturales de estas dos capas, se distingue fácilmente una fuerza de atraccion en la primera, y una fuerza de aspiracion en la segunda, que concurren á su fusion. La desigualdad misma de las ventajas promueve en la inferior un ardor inestinguible hácia la region del bienestar y del reposo, y este ardor es secundado por los rayos de la luz que iluminan á las clases elevadas. Los métodos de enseñanza se perfeccionan, los libros bajan de precio; la instruccion se adquiere en menos tiempo y con menos gasto; la ciencia monopolizada por una clase ó por una casta, velada por una lengua muerta ó encerrada en una escritura geroglífica, se escribe y se imprime en lengua vulgar, penetra, por decirlo asi, en la atmósfera y se respira como el aire.

Pero no es esto todo; al mismo tiempo que una instruccion mas universal y mas igual acerca las dos capas sociales entre sí, vienen á acelerar la fusion fenómenos económicos muy importantes y que se refieren á la gran ley de la

Concurrencia. El progreso de la mecánica disminuye sin cesar la proporcion del trabajo bruto. La direccion del trabajo simplificando y aislando cada una de las operaciones que concurren á un resultado productivo pone al alcance de todos industrias, que no podian ser ejercidas en un principio sino por algunos. Hay mas: un conjunto de trabajos que supone en su orígen conocimientos muy variados, por el solo beneficio de los siglos, entra con el nombre de *rutina* en la esfera de accion de las clases menos instruidas; esto es lo que ha sucedido respecto á la agricultura. Procedimientos agrícolas, que en la antigüedad valieron á los que los habian revelado al mundo los honores de la apoteósis, son hoy la herencia y casi el monopolio de los hombres mas groseros, y á tal punto que esta rama tan importante de la industria humana está, por decirlo así, enteramente apartada de las clases *bien educadas*.

De todo lo que precede puede deducirse una conclusion falsa, y decir: Vemos efectivamente que la Concurrencia opera la baja de las remuneraciones en todos los paises, en todas las carreras, en todas las clases, y las nivela *por via de reduccion*: pero entonces el salario del trabajo bruto, del trabajo físico, vendrá á ser el tipo, la norma de toda remuneracion.»

No se me habria comprendido, sino se viese que la *Concurrencia*, que trabaja en dirijir todas las remuneraciones escesivas hácia un medio cada vez mas uniforme, eleva *necesariamente* este medio; convengo en que daña á los hombres como productores; pero es para mejorar la condicion general de la especie humana bajo el solo punto de vista que puede elevarla, el del bienestar, de la comodidad, del descanso, del perfeccionamiento intelectual y moral, y por decirlo en una palabra, bajo el punto de vista del *consumo*.

¿Se dirá que en la práctica la humanidad no ha hecho los progresos que esta teoría parece suponer?

Responderé primeramente que en las sociedades modernas la Concurrencia está lejos de llenar la esfera natural de su accion; nuestras leyes la contrarían al menos tanto como la favorecen; y cuando se pregunta si la desigualdad de las condiciones es debida á su presencia ó á su ausencia, basta ver qué hombres son los que se hallan mas elevados y nos deslumbran con el brillo de su fortuna escandalosa, para asegurarse que la desigualdad, en lo que tiene de artificial y de injusto, presenta por base la conquista, los monopolios, las restricciones, los oficios privilegiados, las altas

funciones, los grandes empleos, los mercados administrativos, los empréstitos públicos, cosas todas, con las que nada tiene que ver la Concurrencia.

Además, creo que se desconoce el progreso real que ha hecho la humanidad desde la época muy reciente, á que debe asignarse la emancipacion del trabajo. Se ha dicho con razon que se necesitaba mucha filosofía para discernir los hechos, de que somos continuamente testigos. Lo que consume una familia honrada y laboriosa de la clase obrera no nos admira, porque el hábito nos ha familiarizado con este estraño fenómeno. Si á pesar de esto comparásemos el bienestar con la condicion que formaria su patrimonio en la hipótesis de un órden social, del que fuese escluida la Concurrencia; si los estadistas armados de un instrumento de precision, pudiesen medir, como con un dinamómetro, la relacion del trabajo de aquella en dos épocas diferentes, reconoceríamos que la libertad, á pesar de lo restringida que se halla todavia, ha realizado en su favor un prodigio que su perpetuidad misma nos impide observar. El contingente de esfuerzos humanos que, para un resultado determinado, ha sido destruido es verdaderamente incalculable. Ha habido un tiempo en que el jornal del artesano no era bastante para procurarle el almanaque mas grosero. Hoy con cinco céntimos ó la quinquagésima parte de su salario de un dia obtiene un periódico, que contiene la materia de un volúmen. Podria hacer la misma observacion con respecto al vestido, á la locomocion, al trasporte, al alumbrado y á una multitud de satisfacciones. ¿A qué es debido este resultado? á que una enorme porcion de trabajo humano remunerable se ha puesto á cargo de las fuerzas gratuitas de la naturaleza. Es un valor destruido, y no hay ya que remunerarlo. Ha sido reemplazado bajo la accion de la Concurrencia por utilidad comun y gratuita. Y nótese bien que, cuando á consecuencia del progreso, el precio de un producto cualquiera llega á bajar, el trabajo *ahorrado* al comprador pobre para obtenerlo es siempre proporcionalmente mayor que el ahorrado al comprador rico; esto es matemático.

Por último, ese flujo siempre creciente de utilidades, que el trabajo vierte, y la concurrencia distribuye en todas las venas del cuerpo social, no se resume todo en bienestar; se absorve en gran parte por las olas de generaciones cada vez mas numerosas; se resuelve en aumento de poblacion, segun leyes que tienen una conexion íntima con el asunto que nos ocupa y que serán espuestas en otro capítulo.

Detengámonos un momento, y echemos una rápida ojeada sobre el espacio que acabamos de recorrer.

El hombre tiene necesidades sin límites; forma deseos que son insaciables. Para satisfacerlos tiene materiales y agentes que le son suministrados por la naturaleza, facultades, instrumentos, cosas todas que el *trabajo* pone en accion. El trabajo es el recurso que se ha repartido á todos con mas igualdad; cada uno trata instintiva, fatalmente, de asociarle á la mayor suma posible de fuerzas naturales, de capacidad innata ó adquirida, de capitales, á fin de que el resultado de esta cooperacion ofrezca la mayor suma de utilidades producidas, ó lo que es lo mismo, mayor suma de satisfacciones adquiridas. Asi el concurso cada vez mas activo de los agentes naturales, el desarrollo indefinido de la inteligencia, el aumento progresivo de los capitales producen el fenómeno, estraño á primera vista, de que una cantidad de trabajo dado suministre una suma de utilidades siempre creciente, y que cada uno, sin despojar á nadie, obtenga una masa de consumos eminentemente mayor que la que sus propios esfuerzos podrian realizar.

Pero este fenómeno, resultado de la armonia divina que la Providencia ha esparcido en el mecanismo social, se hubiera vuelto contra la sociedad misma, introduciendo en ella el gérmen de una desigualdad indefininida, sino se combinase con otra armonia no menos admirable, la Concurrencia, que es una de las rámas de la gran ley de la *solidaridad* humana.

En efecto, si fuese posible que el individuo, la familia, la clase, la nacion, que se hallan al alcance de ciertas ventajas naturales, ó que han hecho en la industria algun descubrimiento importante, ó que han adquirido por medio del ahorro los instrumentos de la produccion, si fuese posible, digo, que no estuviesen sometidos de una manera permanente á la ley de la Concurrencia, de seguro que este individuo, esta familia, esta clase, esta nacion tendrian para siempre el monopolio de una remuneracion escepcional á costa de la humanidad. ¿Dónde estaríamos si los habitantes de las regiones equinoxiales, libres entre sí de toda rivalidad, pudiesen exigirnos en cambio de su azúcar, dé su café, de su algodon, de sus especias, no una retribucion de un trabajo igual al suyo, sino un trabajo igual al que tuviésemos que ejecutar para producir estas cosas en nuestro rudo clima? ¡Qué incalculable distancia separaría las condiciones de los hombres, si la raza de Cadmus fuese la única que supiese leer; sino fuese nadie admitido á manejar un

arado, como no probase que descendia por línea recta de Triptolemo; si solos los descendientes de Guttemberg pudiesen imprimir, los hijos de Arkwright poner en movimiento una máquina de hilar, los nietos de Watt caldear una locomotora! Pero la Providencia no ha querido que fuese así. Ha colocado en la máquina social un resorte que no hay nada mas sorprendente que su poder, como no sea su sencillez; resorte por cuya operacion toda fuerza productiva, toda superioridad de procedimiento, toda ventaja, en una palabra, que no pertenece al *trabajo* propio, se desprende de las manos del productor, no se detiene en ellas bajo la forma de remuneracion escepcional sino el tiempo necesario para escitar su celo, y va en definitiva á aumentar el patrimonio comun y gratuito de la humanidad, y á resolverse allí en satisfacciones individuales siempre progresivas, repartidas cada vez con mas igualdad; este resorte es la *Concurrencia*. Hemos visto sus efectos económicos: deberiamos ahora echar una rápida ojeada sobre algunas de sus consecuencias políticas y morales. Me limitaré á indicar las mas importantes.

Espíritus superficiales han acusado á la Concurrencia de introducir el *antagonismo* entre los hombres. Esto es cierto é inevitable, mientras no los considera sino en su cualidad de productores; pero colocaos en el punto de vista del consumo, y vereis á la Concurrencia unir á los individuos, las familias, las clases, las naciones y las razas con los lazos de la fraternidad universal.

Puesto que los bienes, que parecen formar primero la herencia de algunos, llegan á ser por un admirable decreto de la munificencia divina el patrimonio comun de todos, puesto que las *ventajas naturales* de situacion, de fertilidad, de temperatura, de riquezas minerales y aun de aptitud industrial, no hacen sino deslizarse sobre los productores á causa de la Concurrencia que promueven entre sí, y se convierten esclusivamente en provecho de los consumidores; se sigue que no hay ningun pais que no esté interesado en el adelanto de todos los demás. Cada progreso que se hace en el Oriente es una riqueza en perspectiva para el Occidente. El combustible descubierto en el Mediodia es frio ahorrado á los hombres del Norte. Aunque la Gran Bretaña haga progresos en sus filaturas, no son sus capitalistas los que recojen el beneficio, pues el interés del dinero no sube; no son sus obreros, pues el salario permanece el mismo; sino en último resultado es el Ruso, es el Francés, es el Español, es la humanidad, en una palabra, la que obtiene sa-

tisfacciones iguales con menos trabajo, ó lo que es lo mismo, satisfacciones superiores con trabajo igual.

No he hablado sino de los bienes; hubiera podido decir otro tanto de los males que afligen á ciertos pueblos ó á ciertas regiones. La accion propia de la Concurrencia consiste en hacer general lo que era particular. Obra esactamente segun el principio de los *seguros*. Si una plaga destroza las tierras de los agricultores, los que comen pan son los que sufren. Si un impuesto injusto se establece sobre la viña en Francia, se traduce en *carestia de vino* para todos los bebedores de la tierra: asi los bienes y los males que tienen alguna permanencia no hacen sino pasar por las individualidades, las clases, los pueblos; su destino providencial es ir en último resultado á afectar á la humanidad entera, y subir ó bajar el nivel de su condicion. Siendo esto asi, envidiar á un pueblo cualquiera la fertilidad de su suelo, ó la belleza de sus puertos y de sus rios, ó el calor de su sol, es desconocer los bienes á cuya participacion estamos llamados; es desdeñar la *abundancia* que se nos ofrece; es sentir la ausencia de la fatiga que se nos evita. Siendo esto asi, las rivalidades nacionales no deben calificarse solamente de sentimientos perversos, sino tambien de sentimientos absurdos. Dañar á otro es dañarse á si mismo; sembrar obstáculos en el camino de los demás, tarifas, coaliciones ó guerras, es embarazarse uno su propio camino. Siendo esto asi, las malas pasiones tienen su castigo, como los sentimientos generosos tienen su recompensa. La inevitable sancion de una esacta justicia distributiva habla al interés, ilustra la opinion, proclama y debe hacer por último que prevalezca entre los hombres esta máxima de eterna verdad: Lo útil es uno de los aspectos de lo justo; la libertad es una de las mas bellas armonias sociales; la equidad es la mejor política.

El cristianismo ha introducido en el mundo el gran principio de la fraternidad humana. Se dirije al corazon, al sentimiento, á los instintos nobles. La economia política viene á hacer que acepte el mismo principio la fria razon, y, mostrando el encadenamiento de los efectos á las causas, á reconciliar en esa armonia consoladora los cálculos del interés mas vigilante con las inspiraciones de la moral mas sublime.

Otra consecuencia que se desprende de esta doctrina es que la sociedad forma una verdadera *comunidad*. Owen y Cabet pueden ahorrarse el trabajo de buscar la solucion del gran problema *comunista*; ya está encontrado; resulta, no de las despóticas combinaciones de aquellos, sino de la organizacion que Dios ha dado al hombre y á la sociedad.

Fuerzas naturales, procedimientos espeditivos, instrumentos de produccion, todo es *comun* entre los hombres, ó tiende á serlo todo, *fuera del trabajo*, del esfuerzo individual. No hay, no puede haber entre ellos sino una *desigualdad*, que los comunistas mas absolutos admiten, la que resulta de la desigualdad de los esfuerzos. Estos esfuerzos son los que se cambian unos con otros previo convenio. Toda la utilidad que la naturaleza, el genio de los siglos y la prevision humana ha puesto en los productos cambiados, se entrega sin retribucion alguna. Las remuneraciones recíprocas no se dirijen sino á los esfuerzos respectivos, ya actuales con el nombre de trabajo, ya preparatorios con el nombre de capital; es pues la comunidad en el sentido mas rigoroso de la palabra, á menos que no se pretenda que el contingente personal de la satisfaccion deba ser igual, aun cuando el contingente del trabajo no lo sea, lo que seguramente constituiría la mas inicua y la mas monstruosa de todas las desigualdades; yo añado y la mas funesta, porque no mataria la Concurrencia, sino que le daria una accion inversa; se lucharia tambien, pero se lucharia en pereza, en falta de inteligencia y en imprevision.

Por último la sencilla doctrina, y segun nuestra conviccion, tan verdadera que acabamos de desenvolver, saca del dominio de la declamacion, para colocarlo en el de la demostracion rigorosa el gran principio de la *perfectibilidad* humana. De este móvil interno, que no se detiene jamás en el seno de la individualidad, y que la lleva á mejorar su condicion, nace el progreso de las artes, que no es otra cosa sino el conjunto progresivo de fuerzas estrañas por su natraleza á toda remuneracion. De la Concurrencia nace la adjudicacion á la comunidad de las ventajas obtenidas primero individualmente. La intensidad del trabajo exigido para cada resultado determinado va restringiéndose continuamente en provecho del género humano que ve ensancharse asi, de generacion en generacion, el circulo de sus satisfacciones, de su descanso, y elevarse el nivel de su perfeccionamiento físico, intelectual y moral; y por este arreglo tan digno de nuestro estudio y de nuestra eterna admiracion se vé claramente á la humanidad levantarse de su caida.

No se violenten mis palabras. No digo que toda fraternidad, toda comunidad, toda perfectibilidad están contenidas en la Concurrencia. Digo que se alia, se combina con estos tres grandes dogmas sociales, que forma parte de ellos, que los manifiesta, que es uno de los mas poderosos agentes de su sublime realizacion.

Me he reducido á describir los efectos generales y por consiguiente benéficos de la Concurrencia; pues seria impio suponer que ninguna gran ley de la naturaleza pudiese producirlos, que fuesen á la vez dañosos y permanentes; pero estoy lejos de negar que su accion no vaya acompañada de muchos perjuicios y sufrimientos. Aun me parece que la doctrina, que aceba de esponerse, esplica tanto estos sufrimientos como las quejas inevitables, que ellos suscitan. Consistiendo la obra de la Concurrencia en *nivelar* necesariamente, debe contrariar á cualquiera que eleva sobre el nivel su orgullosa cabeza. Se comprende que cada productor, con objeto de dar á su trabajo el mas alto precio, se esfuerce en retener por el mayor tiempo posible el uso esclusivo de un *agente*, de un *procedimieeto*, de un *insrrumento* de produccion. Pero teniendo la Concurrencia justamente la mision de arrebatar este uso esclusivo á la individualidad para hacerlo de propiedad *comun*, es fatal que todos los hombres mientras sean productores, se unan en un concierto de maldiciones contra la *Concurrencia*. No pueden reconciliarse con ella sino apreciando sus relaciones con el consumo, considerándose, no como miembros de una bandería, de una corporacion, sino como hombres.

La economia política, tenemos que decirlo, no ha hecho todavia bastante para disipar esta ilusion funesta, orígen de tantos odios, calamidades, irritaciones y guerras; se ha dedicado por una preferencia poco científica á analizar los fenómenos de la produccion; su nomenclatura misma á pesar de lo cómoda que es, no está en armonía con su objeto. Agricultura, manufactura, comercio, acaso sea esto una clasificacion escelente, cuando se trate de describir los *procedimientos* de las artes; pero esta descripcion, capital en tecnología, es apenas accesoria en economia social; digo mas, es en ella esencialmente peligrosa. Cuando se han clasificado los hombres en agricultores, fabricantes y negociantes ¿de que podrá hablárseles sino es de sus intereses de clase, de esos intereses especiales que lastima la Concurrencia, y que se hallan en oposicion con el interés general? No es por favorecer á los agricultores por lo que hay una agricultura, ni existen fábricas para favorecer á los fabricantes, ni se hacen cambios por el provecho de los negociantes, sino á fin de que los hombres tengan á su disposicion mas productos de toda especie. Lás leyes del *consumo*, aquello que lo favorece, lo iguala y lo moraliza, ese es el interés verdaderamente social, verdaderamente humanitario; ese es el objeto real de la ciencia; eso es en lo que debe concentrar

sus vivos resplandores; porque aquí está el lazo de las clases, de las naciones, de las razas, el principio y la esplicacion de la fraternidad humana. Vemos pues con disgusto á los economistas emplear facultades poderosas, invertir una suma prodigiosa de sagacidad en la anatomia de la produccion, echando en el fondo de sus libros, en capítulos supletoríos, algunos breves lugares comunes sobre los fenómenos del consumo. ¿Qué digo? se ha visto á un profesor célebre con justicia, suprimir enteramente esta parte de la ciencia; ocuparse de los *medios* sin hablar jamás del *resultado*, y desterrar de su curso todo le qué concierne al *consumo de la riqueza,* como perteneciente, segun decia, á la moral y no á la económia política. ¿Nos sorpronderá que el público vea mejor los inconvenientes de la Concurrencia que sus ventajas, puesto que los unos lo afectan bajo el punto de vista especial de la *produccion*, de que se le habla continuamente, y las otras bajo el punto de vista general del consnmo de lo que nunca se le ha dicho nada?

Repito que no niegó, no desconozco y deploro como los demás los dolores que la Concurrencia causa á los hombres; ¿pero hemos de cerrar por eso los ojos á los bienes que realiza? Nos ofrecerá un consuelo tanto mayor el conocimiento de este bien, cuanto que la Concurrencia es, segun creo, como las grandes leyes de la naturaleza, indestructible; si pudiese morir, hubiera sucumbido sin duda por la resistencia universal de todos los hombres que han contribuido á la creacion de un producto desde el principio del mundo, y especialmente por el *levantamiento en masa* de todos los reformadores modernos; pero si han sido bastante locos, no han sido bastante fuertes.

¿Y cuál es en el mundo el principio progresivo, cuya accion benéfica no haya ido acompañada, principalmente en su origen, de muchos dolores y miserias? Las grandes aglomeraciones de seres humanos favorecen el vuelo del pensamiento, pero muchas veces ocultan la vida privada al freno de la opinion, y sirven de abrigo al vicio y al crimen. La ríqueza unida al descanso promueve la cultura de la inteligencia, pero tambien produce el lujo y el mal humor, el tédio entre los grandes, la irritacion y la envidia entre los pequeños.—La imprenta introduce la luz y la verdad en todas las capas sociales, pero tambien lleva á ellas la duda dolorosa y el error subersivo.—La libertad política ha desencadenado bastantes tempestades y revoluciones sobre el globo, ha modificado bastante profundamente las sencillas y candorosas costumbres de los pueblos primitivos, para

que espíritus graves hayan pensado si preferirian la tranquilidad á la sombra del despotismo.—Y hasta el cristianismo ha arrojado la gran semilla del amor y la caridad en una tierra empapada en la sangre de los mártires.

¿Cómo ha entrado en los designios de la bondad y de la justicia infinitas que la felicidad de una region ó de un siglo se compre con los sufrimientos de otro siglo ó de otra region? ¿Cuál es el pensamiento divino que se oculta bajo esa grande é irrecusable ley de la *solidaridad*, de la que la *Concurrencia* no es mas que uno de sus misteriosos aspectos? La ciencia humana lo ignora. Lo que sabe es que el bien se estiende siempre y el mal se restringe sin cesar. Partiendo del estado social, tal como la conquista lo habia hecho, donde no habia sino señores y esclavos, y donde la desigualdad de las condiciones era estrema, la Concurrencia no ha podido trabajar en aproximar los rangos, las fortunas, las inteligencias, sin causar males individuales, cuya intensidad va disminuyendo á medida que se realiza la obra, como las vibraciones del sonido, como las oscilaciones de la péndula. Por los dolores que reserva todavia á la humanidad, aprende esta cada dia á oponer dos poderosos remedios, la *prevision*, fruto de la esperiencia y de las luces, y la *asociacion*, que es la prevision organizada.

En esta primera parte de la obra, ¡ay! demasiado precipitada, que presento al público, me he esforzado en mantener fija su atencion sobre la línea de demarcacion, siempre movible, pero siempre perceptible, que separa las dos regiones del mundo económico. La colaboracion natural y el trabajo humano, la liberalidad de Dios y la obra del hombre, —gratuidad y onerosidad,—lo que en el cambio se remunera y lo que se cede sin remuneracion,—la utilidad total y la utilidad fraccional y complementaria que constituye el Valor,—la riqueza absoluta y la riqueza relativa,—el concurso de las fuerzas químicas ó mecánicas forzadas á ayudar á la produccion por los instrumentos que las dominan, y la justa retribucion debida al trabajo que ha creado estos mismos instrumentos,—La Comunidad y la Propiedad.

No bastaba señalar estos dos órdenes de fenómenos tan esencialmente diferentes por naturaleza, era necesario tambien describir sus relaciones, y si puedo espresarme así, sus evoluciones armónicas. He intentado esplicar cómo consistia la obra de la Propiedad en conquistar utilidad para el género humano, en llevarla al dominio comun para emprender nuevas conquistas,—de tal manera que cada esfuerzo

determinado, y por consiguiente el conjunto de todos los esfuerzos,—ofrece continuamente á la humanidad satisfacciones cada vez mas numerosas. Consiste pues el progreso, en que los servicios humanos cambiados, sin perder su valor relativo, sirvan de vehículo á una proporcion cada vez mayor de utilidad gratuita y por consiguiente comun. Lejos pues de que los poseedores del valor, sea cualquiera la forma de este, usurpen y monopolicen los dones de Dios, los multiplican sin hacerles perder ese carácter de liberalidad, que es su destino providencial,—La Gratuidad.

A medida que las satisfacciones, puestas por el progreso á cargo de la naturaleza, entran á causa de este mismo hecho en el dominio comun, vienen á ser *iguales*, no pudiéndose concebir la desigualdad sino en el dominio de los servicios humanos que se comparan, se aprecian unos por otros y se *evaluan* para cambiarse.—De donde resulta que la Igualdad entre los hombres es necesariamente progresiva.—Lo es tambien bajo otro respecto, teniendo la accion de la Concurrencia por resultado inevitable, nivelar los mismos servicios, y proporcionar cada vez mas su retribucion á su mérito.

Echemos ahora una ojeada sobre el espacio que nos queda que recorrer.

A la luz de la teoría, cuyas bases se han espuesto en este volúmen, tendremos que examinar:

Las relaciones del hombre, considerado como productor y como consumidor, con los fenómenos económicos;

La ley de la Renta territorial;

La de los Salarios;

La del Crédito;

La del Impuesto, que, iniciándonos en la política propiamente dicha, nos conducirá á comparar los servicios privados y voluntarios con los servicios públicos y forzosos;

La de la Poblacion.

Entonces estaremos en disposicion de resolver algunos problemas prácticos, todavia controvertidos: Libertad comercial, Máquinas, Lujo, Reposo, Asociacion, Organizacion del trabajo etc.

No temo decir que el resultado de esta esposicion puede espresarse de antemano en estos términos: *Aproximacion constante de todos los hombres hácia un nivel que se eleva constantemente,*—en otros términos: *Perfeccionamiento é igualdad,*—en una sola palabra: Armonía.

Tal es el resultado definitivo de los arreglos providenciales, de las grandes leyes de la naturaleza, cuando reinan

sin obstáculos, cuando se consideran en si mismas, y haciendo abstraccion del desórden que introducen en su accion el error y la violencia. A la vista de esta Armonía, bien puede esclamar el economista, como hace el astrónomo al espectáculo de los movimientos planetarios, ó el fisiólogo al comtemplar la ordenada disposicion de los órganos humanos: *¡Digitus Dei est hic!*

Pero el hombre es una potencia libre, por consiguiente falible. Está sujeto á la ignorancia, á la pasion. Su voluntad que puede errar, entra como elemento en el juego de las leyes económicas; puede desconocerlas, olvidarlas, desviarlas de su fin. Asi como el fisiólogo, despues de haber admirado la sabiduria infinita en cada uno de nuestros órganos y de nuestras vísceras, y en sus relaciones, las estudia tambien en el estado anormal, enfermo y doloroso, tendremos que penetrar en un mundo nuevo, el mundo de las Perturbaciones sociales.

Nos prepararemos á este nuevo estudio con algunas consideraciones sobre el hombre. Nos seria imposible darnos cuenta del *mal social*, de su orígen, de sus efectos, de su mision, de los límites cada vez mas reducidos en que se encierra por su propia accion (lo cual constituye lo que me atreveria casi á llamar una disonancia armónica), si no empleasemos nuestro exámen sobre las consecuencias necesarias del Libre Albedrío, sobre los estravios siempre castigados del Interés personal, sobre las grandes leyes de la Responsabildad y de la Solidaridad humanas.

Hemos visto que todas las *Armonías sociales* se contienen en gérmen en estos dos principios: Propiedad, Libertad.—Veremos como todas las *disonancias sociales* no son sino el desarrollo de estos otros dos principios antagónicos de los primeros: Despojo, Opresion.

Y aun las palabras Propiedad, Libertad, no espresan mas que dos aspectos de la misma idea. Bajo el punto de vista económico, la Libertad se refiere al acto de producir, la Propiedad á los productos.—Y puesto que el Valor tiene su razon de ser en el acto humano, puede decirse que la Libertad supone y comprende la Propiedad.—Lo mismo puede decirse de la Opresion con respecto al Despojo.

¡Libertad! hé aqui en definitiva el principio armónico. ¡Opresion! hé aqui el principio disonante; la lucha de estas dos potencias llena los anales del género humano.

Y como la Opresion tiene por objeto realizar una apropiacion injusta, como se resuelve y se resume en Despojo, tendré que poner á ese Despojo en escena.

El hombre llega á esta tierra sujeto al yugo de la necesidad que es una pena.

No puede librarse de él sin someterse al yugo del trabajo que es otra pena.

No tiene pues sino la eleccion de los dolores, y aborrece el dolor.

Por eso dirije sus miradas á su alrededor, y si vé que su semejante ha acumulado riquezas, concibe el pensamiento de apropiárselas. De aqui la falsa propiedad ó el despojo.

¡El despojo! Ved un elemento nuevo en la economía de las sociedades.

Desde el momento en que apareció en el mundo hasta el dia, si llega alguna vez, en que haya desaparecido por completo, este elemento afectará profundamente todo el mecanismo social; turbará hasta el punto de no poderse conocer, las armonias sociales que nos hemos esforzado en descubrir y describir.

Nuestra tarea no concluirá pues hasta que no hayamos hecho la completa monografía del Despojo.

Acaso pensarán algunos que se trata de un hecho accidental, anormal, de una plaga pasagera, indigna de las investigaciones de la ciencia.

Pero téngase cuidado con esto. El Despojo ocupa en la tradicion de las familias, en la historia de los pueblos, en las ocupaciones de los individuos, en las energías físicas é intelectuales de las clases, en los arreglos de la sociedad, en las previsiones de los gobiernos casi igual lugar que la Propiedad misma.

¡Oh! no, el Despojo no es una llaga efímera, que afecte accidentalmente el mecanismo social, y del que pueda prescindir la ciencia.

Desde el principio fue pronunciada sobre el hombre esta sentencia: Comerás el pan con el sudor de tu frente. Parece que por eso mismo el esfuerzo y la satisfaccion estan indisolublemente unidos, y que la una no puede ser nunca sino la recompensa del otro. Pero por todas partes vemos al hombre revelarse contra esta ley, y decir á su hermano: Para ti el trabajo, para mi el fruto del trabajo.

Penetrad en la choza del cazador salvaje ó en la tienda del nómade pastor. ¡Qué espectáculo se ofrece á vuestras miradas! La muger, macilenta, desfigurada, aterrorizada, marchita antes de tiempo, lleva todo el peso de los cuidados domésticos, mientras que el hombre se mece en la ociosidad. ¿Dónde está la idea que podamos formarnos de las Armonias familiares? Ha desaparecido porque la Fuerza ha

echado sobre la Debilidad el peso de la fatiga. ¿Y cuántos siglos de elaboracion civilizadora se necesitarán antes que la Muger salga de esa espantosa humillacion?

El Despojo, bajo su forma mas brutal, armado de la tea y de la espada, llena los anales del género humano. ¿Cuáles son los hombres que resúmen la historia? Ciro, Sesostris, Alejandro, Escipion, César, Atila, Tamerlan, Mahoma, Pizarro, Guillermo el Conquistador; es simplemente el Despojo por la via de las conquistas. ¡Para él, los laureles, los monumentos, las estátuas, los arcos de triunfo, el canto de los poetas, el entusiasmo embriagador de las mugeres!

Al poco tiempo el vencedor observa que puede sacarse del vencido un partido mejor que matarlo, y la Esclavitud cubre la tierra. Casi hasta nuestros dias ha sido ella en toda la superficie del globo, el modo de existir de las sociedades, sembrando en pos de si ódios, resistencias, luchas intestinas, revoluciones. ¿Y la Esclavitud qué otra cosa es sino la opresion organizada con un objeto de despojo?

Si el despojo arma á la Fuerza contra la Debilidad, no menos vuelve la Inteligencia contra la Credulidad. ¿Cuáles son sobre la tierra las poblaciones trabajadoras que se hayan libertado de la esplotacion de las teocracias sacerdotales, sacerdotes egipcios, oráculos griegos, augures romanos, druidas galos, bramas indios, muftis, ulemas, bonzos, ministros, juglares, hechiceros, adivinos, despojantes de toda clase de trages y denominaciones? Bajo esta forma el génio del despojo coloca su punto de apoyo en el cielo. ¡y supone sacrílegamente la complicidad de Dios! No encadena solamente los brazos sino tambien los espiritus. Sabe imprimir el hierro de la servidumbre tanto en la conciencia de Seide como en la frente de Espartaco, realizando lo que parecia irrealizable: la Esclavitud Mental.

¡Esclavitud Mental! ¡qué espantosa asociacion de palabras!—¡O Libertad! Te hemos visto correr perseguida de paraje en paraje, hollada por la conquista, agonizante bajo la esclavitud, insultada en las córtes, arrojada de las escuelas, vilependiada en los salones, desconocida en los talleres, anatematizada en los templos. Parecia que debias encontrar en el pensamiento un refugio inviolable. Pero si sucumbes en este último asilo, ¿qué será de la esperanza de los siglos y del valor de la naturaleza humana?

Sin embargo, andando el tiempo (asi lo quiere la naturaleza progresiva del hombre), el Despojo desarrolla, en el medio mismo en que se ejerce, resistencias que paralizan su fuerza, y luces que descubren sus imposturas. Pero no se

rinde por esto; se hace solamente mas astuto, y envolviéndose en las formas del gobierno, de las combinaciones, de los equilibrios, engendra la Política, mina fecunda por largo espacio de tiempo. Entonces se le vé usurpar la libertad de los ciudadanos, para esplotar mejor sus riquezas, y apurar sus riquezas para quitarles con mas facilidad su libertad. La actividad privada pasa al dominio de la actividad pública. Todo se hace por funcionarios: una burocracia ignorante y recelosa cubre el pais. El tesoro público viene á ser un vasto depósito en donde los trabajadores vierten sus economías, que desde allí van á distribuirse entre los hombres de los empleos. El libre debate deja de ser la regla de las convenciones, y nada puede realizar ni comprobar la *mutualidad de los servicios.*

En este estado de cosas, se estingue la verdadera nocion de la Propiedad, y cada uno apela á la Ley para que dé á sus servicios un valor facticio.

Así se entra en la era de los privilegios. El Despojo cada vez mas sútil, se parapeta en los Monopolios y se oculta detrás de las Restricciones; trastorna el curso natural de los cambios, lleva por direcciones artificiales con el capital el trabajo, y con el trabajo la poblacion misma. Hace que produzca penosamente el Norte lo que se haria con facilidad en el Mediodia; crea industrias y existencias precarias; sustituye á las fuerzas gratuitas de la naturaleza las fatigas onerosas del trabajo; fomenta establecimientos que no pueden sostener rivalidad alguna, é invoca contra sus competidores el empleo de la fuerza; provoca las rivalidades internacionales, lisonjea los orgullos patrióticos é inventa teorías ingeniosas, que le dan por ausiliares á los mismos que engaña; hace siempre iminentes las crisis industriales y las bancarrotas; quita á los ciudadanos la confianza en el porvenir, la fé en la libertad, y hasta la conciencia de lo justo. Y cuando por último la ciencia descubre sus manejos, levanta contra la ciencia hasta sus víctimas, esclamando: ¡á la Utopia! y no solamente niega la ciencia que le opone obstáculo, sino hasta la idea misma de una ciencia posible por esta última sentencia del escepticismo: ¡no hay principios!

Sin embargo, por el aguijon del sufrimiento la masa de trabajadores se insurrecciona, y derriba todo lo que hay sobre ella. Gobierno, impuestos, legislacion, todo queda á merced suya, y acaso creeis que va á terminar el reinado del Despojo; creeis que la mutualidad de los servicios vá á constituirse sobre su única base posible, y aun imaginable, la Libertad.—Pues desengañaos; se ha infiltrado en la ma-

sa esta falsa idea: que la Propiedad no tiene otro orígen, otra sancion, otra legitimidad, otra razon de ser que la Ley; y ved á la masa despojarse legislativamente á sí misma. Sufriendo el dolor de las heridas que le han causado, emprende la curacion de cada uno de sus miembros concediéndole un derecho de opresion sobre el miembro inmediato; esto se llama Solidaridad, Fraternidad.—«Tu has producido; yo no he producido; somos solidarios: partamos.» —«Tu tienes algo; yo no tengo nada; somos hermanos; partamos.»—Tendremos pues que examinar el abuso que se ha hecho en estos últimos tiempos de las palabras asociacion, organizacion del trabajo, gratuidad del crédito, etc. Tendremos que someterla á esta prueba: ¿encierran la Libertad ó la Opresion? En otros términos: ¿Están conformes con las grandes leyes económicas ó con la perturbacion de estas leyes?

El despojo es un fenómeno demasiado universal, demasiado persistente, para que le reconozcamos un carácter puramente accidental. En esta materia, como en otras muchas, no puede separarse el estudio de las leyes naturales del de su perturbacion.

Pero se dirá: si el despojo entra necesariamente en el juego del mecanismo social como *disonancia* ¿porqué os atreveis á afirmar la Armonía de las leyes económicas.

Repetiré aquí lo que he dicho en otra parte: en todo lo que concierne al hombre, ese ser que no es *perfectible*, sino porque es *imperfecto*, la Armonía no consiste en la ausencia absoluta del *mal*, sino en su gradual reduccion. El cuerpo social, como el cuerpo humano, está dotado de una fuerza curativa, *vis medicatrix*, cuyas leyes é infalible poder no pueden estudiarse sin esclamar tambien: ***Digitus Dei est hic*** (1).

(1) Aqui terminaban las *Armonías económicas* en la primera edicion. *(Nota del editor francés.)*

LISTA DE LOS CAPITULOS

DESTINADOS Á COMPLETAR LAS

ARMONIAS ECONOMICAS. (1)

Fenómenos Normales.

1. Productor, consumidor.
2. Las dos divisas.
3. Teoría de la Renta.
4. »De la moneda.
5. »Del crédito.
6. De los salarios.
7. Del ahorro.
8. De la poblacion.
9. Servicios privados servicios públicos.
10. »Del impuesto.

Corolarios.

11. »De las máquinas.
12. »Libertad de los cambios.
13. »De los intermedios.
14. »Materias primeras, productos elaborados.
15. »Del Lujo.

Fenómenos Perturbadores.

16. Trabajo.
17. Guerra.
18. Esclavitud.
19. Teocracia.
20. Monopolio.
21. Esplotacion gubernamental.
22. Falsa fraternidadad ó comunismo.

Ideas Generales.

23. Responsabilidad, solidaridad.
24. Interés personal ó motor social.
25. Perfectibilidad.
26. »Opinion pública.
27. »Relacion de la economía política con la moral.
28. »Con la política.
29. »Con la legislacion.
30. Con la religion.

(1) Reproducimos aqui esta lista escrita por la mano del autor. Ella indica los trabajos que habia proyectado, y al mismo tiempo el órden que hemos seguido en la clasificacion de los capítulos, fragmentos y croquis de que eramos depositarios. —Las comillas designan los asuntos sobre los que no hemos encontrado ningun principio de trabajo.

(*Nota del editor francés.*)

XI

PRODUCTOR, CONSUMIDOR.

Si el nivel de la humanidad no se eleva constantemente, el hombre no es perfectible.

Si la tendencia social no es una aproximacion constante de todos los hombres hácia ese nivel progresivo, las leyes económicas no son armónicas.

Asi ¿cómo puede elevarse el nivel humano, si cada cantidad determinada de trabajo no dá una proporcion cada vez mayor de satisfacciones, fenómeno que no puede esplicarse sino por la trasformacion de la utilidad onerosa en utilidad gratuita?

Y por otra parte, ¿cómo acercará esta utilidad, hecha gratuita, á todos los hombres á un mismo nivel, si al mismo tiempo no se hiciese comun?

Hé aqui pues la ley esencial de la Armonía social.

Quisiera que la lengua económica me ofreciese, para designar los servicios prestados y recibidos, dos palabras que no fuesen *produccion* y *consumo*, las cuales estan demasiado impregnadas de materialidad. Evidentemente hay servicios que, como los del sacerdote, del profesor, del militar, del artista, engendran la moralidad, la instruccion, la seguridad, el sentimiento de lo bello, y que no tienen nada de comun con la industria propiamente dicha, á no ser el que se proponen como fin *satisfacciones*.

Las palabras estan admitidas y no quiero hacerme neólogo. Pero al menos que se comprenda bien que por *pro-*

duccion entiendo lo que confiere utilidad, y por *consumo*, el goce producido por esta utilidad.

Créanos sinceramente la escuela proteccionista—variedad del comunismo. Cuando pronunciamos las palabras *productor consumidor*, no somos bastante estúpidos para figurarnos, como se nos acusa, al género humano dividido en dos clases distintas, la una ocupándose solo en producir, y la otra en consumir. El naturalista puede dividir la especie humana en blancos y negros, en hombres y mugeres, y el economista no la puede clasificar en productores y consumidores, porque como dicen con gran profundidad los señores proteccionistas, *el productor y el consumidor no forman mas que uno*.

Pero justamente porque no forman mas que uno es por lo que la ciencia debe considerar á cada hombre bajo esta doble cualidad. No se trata de dividir el género humano, sino de estudiar dos aspectos muy diferentes del hombre. Si los proteccionistas prohibiesen á la gramática emplear los pronombres *yo* y *tú*, á pretesto de que cada uno de nosotros á su vez es *el que habla y aquel á quien se habla*, se les observaria que aunque sea perfectamente cierto que no pueden ponerse todas las lenguas á un lado y todas las orejas á otro, porque todos tenemos orejas y lengua, no se sigue que, relativamente á cada proposicion emitida, la lengua no pertenezca a un hombre y la oreja á otro. Asimismo, *con relacion á todo servicio*, el que lo presta es perfectamente distinto del que lo recibe. El productor y el consumidor, se hallan en presencia, y de tal manera en presencia, que disputan siempre.

Las mismas personas, que no quieren permitirnos estudiar el interés humano bajo el doble punto de vista de productor y consumidor, no se desdeñan de hacer esta distincion, cuando se dirijen á las asambleas legislativas. Entonces se les vé pedir el monopolio ó la libertad, segun se trata del objeto que venden ó del objeto que compran.

Sin detenernos, pues, por la desaprobacion de los proteccionistas, reconocemos que, en el órden social, la separacion de las ocupaciones ha dado á cada uno dos situaciones bastante distintas, para que resulte de ellas un juego y relaciones dignas de estudiarse.

En general, nos dedicamos á un oficio, á una profesion, á una carrera; y no es á ella á la que pedimos directamente los objetos de nuestras satisfacciones. Prestamos y recibimos servicios; ofrecemos y pedimos valores; hacemos compras y ventas; trabajamos para los demás, y los demás

trabajan para nosotros: en una palabra, somos *productores y consumidores.*

Segun nos presentamos en el mercado con una de estas calidades, llevamos á él un espíritu muy diferente, y aun podemos decir opuesto. Se trata de trigo, por ejemplo, el mismo hombre no tiene los mismos deseos cuando va á comprarlo que cuando vá á venderlo. Si es comprador, desea la abundancia; si vendedor la escasez. Estos deseos tienen su raiz en el mismo fondo, el interés personal; pero como vender ó comprar, dar ó recibir, ofrecer ó pedir, son actos tan opuestos, no puede evitarse que den lugar, en virtud del mismo móvil, á deseos opuestos.

Deseos encontrados no pueden coincidir á la vez con el bien general. He intentado demostrar en otra obra (1), que los deseos que forman los hombres en calidad de consumidores son los que se armonizan con el interés público, y no puede ser de otra manera. Puesto que la satisfaccion es el objeto del trabajo, puesto que el trabajo no se determina sino por el obstáculo, claro está que el trabajo es el *mal*, y que debe tender todo á disminuirlo;—y que la satisfaccion es el *bien* y debe concurrir todo á aumentarlo.

Aquí se presenta la grande, la eterna, la deplorable ilusion que ha nacido de la falsa definicion del *valor* y de su confusion con la *utilidad*.

No siendo el valor sino una relacion, tiene mucha importancia para cada indivíduo, y muy poca para la masa.

Para la masa, solo puede servir la utilidad; y el valor no es de manera alguna su medida.

Para el individuo, tampoco puede servir otra cosa mas que la utilidad. Pero el valor es su medida; porque con todo valor determinado, saca del medio social la utilidad de su eleccion, en la proporcion de este valor.

Si se considerase al hombre aislado, seria tan claro como el dia que el consumo es lo esencial, y no la produccion; porque consumo supone suficientemente trabajo, pero trabajo no supone consumo.

La separacion de las ocupaciones ha conducido á algunos economistas á medir el bienestar general, no por el consumo sino por el trabajo. Y se ha llegado, siguiendo sus pasos, á este estraño trastorno de los principios: favorecer el trabajo á costa de sus resultados.

Se raciocina asi:

A medida que hay mas dificultades vencidas, hay mas

(1) *Sofismas económicos* cap. 1, tomo IV, pág. 5.

valor. Luego aumentemos las dificultades que han de vencerse.

El vicio de este raciocinio salta á la vista.

Si, indudablemente, suponiéndose una suma determinada de dificultades, es muy bueno que haya tambien una cantidad de trabajo que las venza lo mas pronto posible.— Pero disminuir la potencia del trabajo ó aumentar la de las dificultades, para aumentar el valor, es una monstruosidad.

El individuo en la sociedad, está interesado en que sus servicios, aun conservando el mismo grado de utilidad, aumenten de valor. Supongamos realizados sus deseos, es fácil ver lo que sucede. Hay mas bienestar, pero sus hermanos tienen menos, puesto que no se ha aumentado la utilidad total.

No se puede, pues, deducir de lo particular lo general y decir: Tomemos tal medida, cuyo resultado satisfaga la inclinacion de todos los individuos á ver aumentar el valor de sus servicios.

Siendo el Valor una relacion,—nada se hubiera hecho si el aumento fuese proporcional por todas partes al valor anterior;—si fuese arbitrario é ilegal para los servicios diferentes, no se hubiera hecho mas que introducir la injusticia en la reparticion de las utilidades.

Está en la naturaleza de toda convencion el dar lugar á un *debate*. ¡Gran Dios! ¿qué palabra he pronunciado? ¿No he llamado contra mí á todas las escuelas sentimentalistas, tan numerosas en nuestros dias? *Debate* supone *antagonismo*, dirán. Luego convenis en que el antagonismo es el estado natural de la sociedad.—Héme aqui obligado todavia á romper una lanza, En este pais, es tan poco sabida la ciencia económica, que no puede pronunciar una palabra sin que le salga al encuentro un nuevo adversario.

Se me ha censurado con razon el haber escrito esta frase: «Entre el vendedor y el comprador existe un antagonismo radical.» La palabra *antagonismo*, principalmente reforzada con la palabra *radical*, va mucho mas allá, que mi pensamiento. Parece suponer una oposicion permanente de intereses, y por consiguiente una indestructible disonancia social,—en tanto que yo no queria hablar sino de ese debate pasagero que precede á toda convencion, y que es inherente á la idea misma de convencion.

Mientras que quede la sombra de una libertad en este mundo con gran disgusto del utopista sentimental, el vendedor y el comprador discutirán sus intereses, debatirán

sus precios, *regatearán*, como se dice,—sin que por esto dejen de ser armónicas las leyes sociales. ¿Es posible que *el que ofrece* y *el que demanda* un servicio se avisten sin tener un pensamiento momentáneamente diferente con relacion á su *valor*? ¿Y se cree que por esto se pondrá en efervèrencia el mundo? O hay que desterrar toda convencion, todo cambio, toda permuta, toda libertad, de esta tierra, ó hay que admitir que cada uno de los contratantes defienda su posicion, haga *valer* sus motivos. De ese mismo debate libre tan combatido es de donde surge la equivalencia de los servicios y la equidad de las convenciones. ¿Cómo llegarán los organizadores de otra manera á esa equidad tan deseable? ¿Encadenarán con sus leyes solamente la libertad de una de las partes? Entonces ¿quedará á discrecion de la otra? ¿Despojarán á las dos de la facultad de arreglar sus intereses á pretesto que en adelante deben comprar y vender con arreglo al principio de la fraternidad? Pero permitan los socialistas decirles que esta es una confusion; pues al fin de cualquiera manera hay que arreglar estos intereses. ¿Tendria lugar el debate en sentido inverso, tomando el comprador á su cargo la causa del vendedor, y este la del comprador? Es menester convenir que en este caso las convenciones serian muy divertidas. «Caballero, no me »deis mas que 10 francos por este paño.—¿Qué decís? »quiero daros 20 fr.—Pero, sino vale nada; ya no está de »moda; no os durará quince dias, dice el comerciante.— »Es de los mejores y durará dos inviernos, responde el par»roquiano.—Pues bien, para complaceros aumentaré 5 »francos; es todo lo que la fraternidad me permite hacer.— »Repugna á mi socialismo pagarlo menos de 20 fr.; pero »es necesario saber hacer sacrificios y acepto.» Asi llegará la fantástica convencion al resultado ordinario, y los organizadores tendrán el disgusto de ver sobrevivir todavia á esa maldita libertad, aunque manifestándose al revés y engendrando un antagonismo inverso.

No es esto lo que nosotros queremos, dicen los organizadores, eso seria la libertad.—¿Pues qué quereis, puesto que al fin los servicios deben cambiarse, y arreglarse las condiciones?—Queremos que se nos confie el cuidado de arreglarlas.—Ya me lo figuraba...

—¡Fraternidad! lazo de las almas, luz divina bajada del cielo á los corazones de los hombres, ¿se há abusado bastante de tu nombre? En tu nombre se pretende sofocar la libertad. En tu nombre se pretende levantar un despotismo nuevo y tal como no lo ha visto jamás el mundo; y podria

temerse que despues de haber servido de pasaporte á tantas incapacidades, de máscara á tantas ambiciones, de juguete á tanto orgulloso desprecio de la dignidad humana, este nombre manchado concluyese por perder su grande y noble significacion.

No tengamos, pues, la pretension de trastornarlo todo, de regentearlo todo, de separarlo todo, hombres y cosas, de las leyes de su propia naturaleza. Dejemos el mundo tal como Dios lo ha hecho. No nos figuremos, nosotros, pobres escritorzuelos, que somos otra cosa que observadores mas ó menos esactos. No nos pongamos en ridículo pretendiendo trasformar la humanidad, como si estuviésemos fuera de ella, de sus errores, y debilidades. Dejemos á los productores y consumidores que tengan intereses, que los discutan, que los debatan, que los arreglen por medio de leales y pacíficas convenciones. Limitémonos á observar sus relaciones y los efectos que resultan de ellas. Hé aqui mi tarea siempre bajo el punto de vista de esta gran ley que pretendo sea la de las sociedades humanas: la igualdad gradual de los individuos y de las clases, combinada con el progreso general.

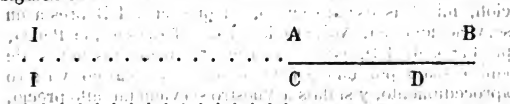
Una línea no se parece mas á una fuerza, á una velocidad que á un valor, á una utilidad. Sin embargo el matemático se sirve de ella con ventaja. ¿Porqué no ha de hacer lo mismo el economista?

Hay valores iguales; hay valores que tienen entre si relaciones conocidas, la mitad, la cuarta parte, el doble, el triple. Nada impide representar estas diferencias por líneas de diversas dimensiones.

No sucede lo mismo con la utilidad. La utilidad general, segun hemos visto, se descompone en utilidad gratuita y utilidad onerosa; la que se debe á la accion de la naturaleza, la que resulta del trabajo humano. Evaluándose, y midiéndose esta última, puede ser representada por una línea de dimension determinada; la otra no es susceptible de evaluacion, ni de medida. Es cierto que la naturaleza hace mucho para la produccion de un hectólitro de trigo, de un cántaro de vino, de un buey, de un kilógramo de lana, de un barril de aceite. Pero no tenemos medio alguno de medir el concurso natural de una multitud de fuerzas, desconocidas en su mayor parte y obrando desde la creacion. Además, tampoco tenemos en ello ningun interés. Debemos, pues, representar la utilidad gratuita por una línea indefinida.

Supongamos dos productos, de los cuales el uno *valga* el

doble que el otro, y pueden ser representados por las líneas siguientes:



IB, ID, el producto total, la utilidad general, lo que satisface la necesidad, la riqueza absoluta;
IA, IC, el concurso de la naturaleza, la utilidad gratuita, la parte de la comunidad;
AB, CD, el servicio humano, la utilidad onerosa, el *valor*, la riqueza relativa, la parte de la propiedad.

No tengo necesidad de decir que A B, en cuyo lugar podeis poner con el pensamiento lo que querais, una casa, un mueble, un libro, una cavatina cantada por Jenny Lind, un caballo, una pieza de paño, una consulta de médico, etc., se cambiará por dos veces C D, y que los dos contratantes se darán sin retribucion alguna, y aun sin apercibilo, el uno una vez I A, y el otro dos veces I C.

El hombre está formado de tal manera que su pensamiento perpétuo es disminuir la relacion del esfuerzo al resultado, sustituir la accion natural á su propia accion, en una palabra, hacer mas con menos. Este es el objeto constante de su habilidad, de su inteligencia y de su ardor.

Supongamos que Juan, productor de I B, encuentra un procedimiento por cuyo medio realice su obra con la mitad del trabajo que invertia antes, calculándolo todo, hasta la confeccion del instrumento destinado á conseguir el concurso de una fuerza natural.

En tanto que conserve su secreto, no habrá cambiado nada en las figuras estampadas mas arriba. A B y C D representarán los mismos valores, las mismas relaciones; porque conociendo solo Juan en el mundo el procedimiento espeditivo, lo convertirá en ventaja suya. Descansará la mitad del dia, ó hará dos I B al dia en vez de uno; su trabajo será mejor remunerado. Se habrá hecho la conquista en provecho de la humanidad, pero la humanidad estará representada bajo este respecto por un hombre solo.

Diremos de paso al lector que debe mirar aqui cómo se puede deslizar el axioma de los economistas ingleses:—*el valor viene del trabajo*,—si tiene por objeto dar á entender que *valor* y *trabajo* son cosas proporcionales. Aqui tenemos un trabajo disminuido en una mitad, sin que el valor haya

cambiado, y esto sucede á cada instante. ¿Porqué? porqué el servicio es el mismo. Antes como despues de la invencion, mientras es un secreto, el que cede I B presta un servicio idéntico. No será lo mismo el dia en que Pedro, productor de I D, pueda decirle: «Me pedís dos horas de »mi trabajo por una del vuestro, pero conozco vuestro »procedimiento, y si dais á vuestro servicio tan alto precio, »me lo prestaré á mí mismo.»

Y este dia llegará necesariamente. Un procedimiento descubierto no es por largo tiempo un misterio. Entonces el valor del producto I B bajará la mitad, y tendremos las dos figuras:

I A A' B,

. . . . ________

I C D.

. . . . ________

AA, valor destruido, riqueza relativa desaparecida, propiedad convertida en comunidad, utilidad onerosa antes, y hoy gratuita.

Porque, en cuanto á Juan, que es aqui el símbolo del productor, ha vuelto á colocarse en su condicion primera. Con el mismo esfuerzo que hacia en otro tiempo para producir I B, lo produce ahora dos veces. Para obtener ahora dos veces I D, se vé obligado á dar dos veces I B, sea mueble, libro, casa, etc.

¿Quién se aprovecha de todo esto? Evidentemente Pedro, el productor de I D, símbolo aqui de todos los consumidores, incluso el mismo Juan. En efecto, si Juan quiere consumir su propio producto, recojerá la economía de tiempo, representada por AA.[1] En cuanto á Pedro, es decir, en cuanto á todos los consumidores del mundo, comprarán I B con la mitad del tiempo, del esfuerzo, del trabajo, del valor que habia que dar antes de la intervencion de la fuerza natural. Luego esta fuerza es gratuita y además comun.

Ya que me he aventurado á usar de figuras geométricas, séame permitido valerme de ellas una vez todavia, dando por bien empleado este procedimiento, algo estraño por cierto en economía política, si facilitase al lector la inteligencia del fenómeno que voy á describir.

Como productor ó como consumidor, todo hombre es un centro de donde salen los servicios que presta, y al que van á parar los servicios que recibe en cambio.

Supongamos, pues, colocado en A (*fig.* 1) un productor, por ejemplo, un copista, símbolo de todos los productores ó de la produccion en general. Entrega á la sociedad cuatro manuscritos. Si en el momento que hacemos la observacion, el *valor* de cada uno de estos manuscritos es de 15, presta *servicios* iguales á 60, y recibe un valor igual, repartido diversamente en una multitud de servicios. Para simplificar la demostracion, no pongo mas que cuatro que parten de los cuatro puntos de la circunferencia B C D E.

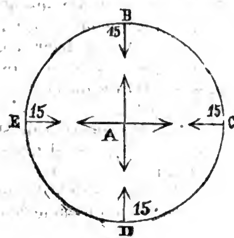


Fig. 1.
Valor producido. — 60
Valor recibido. . — 60
Utilidad producida. — 4

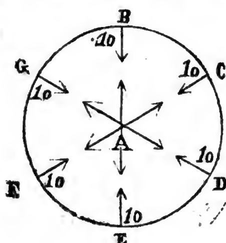


Fig. 2.
Valor producido. . . . — 60
Valor percibido. . . . — 60
Utilidad producida. . . — 4

Este hombre inventa la imprenta. Hace en adelante en cuarenta horas lo que exigia sesenta. Admitamos que la Concurrencia lo ha obligado á reducir proporcionalmente el precio de los libros; en vez de 15, no valen mas que 10. Pero nuestro trabajador tambien puede hacer seis de aquellos en vez de cuatro. Por otra parte el fondo remuneratorio, salido de la circunferencia y que era de 60, no ha cambiado. Hay pues remuneracion para seis libros, de valor de 10, por la razon que la habia antes para cuatro manuscritos de valor de 15.

Haré notar brevemente que es esto lo que se pierde siempre de vista en la cuestion de las máquinas, del libre cambio y de todo progreso. Ven que queda trabajo disponible por el procedimiento espeditivo, y se alarman. No ven que al mismo tiempo ha quedado disponible tambien una proporcion semejante de remuneracion.

Las nuevas convenciones serán pues representadas por la figura 2, donde vemos partir del centro A un valor total de 60, repartido entre seis libros en lugar de cuatro manuscritos. De la circunferencia continúa partiendo un valor

igual de 60, necesario hoy como otras veces para la balanza.

¿Quién ha ganado en este cambio? Bajo el punto de vista del valor, nadie. Bajo el punto de vista de la riqueza real, de las satisfacciones efectivas, la clase innumerable de los consumidores colocados en la circunferencia. Cada uno de ellos compra un libro con una tercera parte de trabajo menos que antes.—Y los consumidores son la humanidad.—Pues observad que el mismo A, sino gana nada como productor, si estuviese obligado á invertir sesenta horas de trabajo para obtener la antigua remuneracion, gana sin embargo, como consumidor de libros, es decir, con el mismo título que los demás hombres. Como todos ellos, si quiere leer, podrá procurarse esta satisfaccion con una economía de trabajo igual á la tercera parte.

Y si en calidad de productor vé con el tiempo salir de su poder el beneficio de sus propias invenciones, por el hecho de la Concurrencia ¿dónde está para él la compensacion?

Esta consiste, 1.° en que mientras ha podido guardar su secreto, ha continuado vendiendo á quince lo que no le costaba sino diez;

2.° En que obtiene libros para su propio uso á menos coste, y participa así de las ventajas que ha procurado á la sociedad.

3.° Pero su compensacion consiste principalmente en esto: así como se ha visto obligado á dejar á la humanidad que se aproveché de los progresos que él ha proporcionado, se aprovecha de los progresos de la humanidad.

Así como los progresos realizados en A, han resultado en provecho de B, C, D, E, los progresos realizados en B, C, D, E, aprevecharán á A.

A se encuentra ya en el centro ya en la circunferencia de la industria universal, porque ya es productor ya consumidor. Si B por ejemplo es un hilador de algodon que sustituye la broca al uso, el provecho irá á A como á C, D.—Si C es un marino que sustituye al remo la vela, la economía aprovechará á B, A, C.

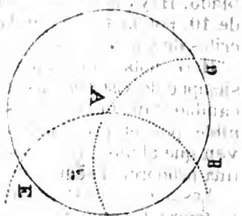


Fig. 3.

En definitiva el mecanismo descansa en esta ley:

El progreso no aprovecha al productor, considerado como tal sino el tiempo necesario para recompensar su habilidad. Pasado este tiempo, se produce una baja de valor, que deja á los primeros imitadores una justa aunque menor recompensa. Por último el valor se proporciona al trabajo reducido, y se adquiere toda la economía para la humanidad.

Asi todos se aprovechan de los progresos de cada uno, y cada uno se aprovecha del progreso de todos.—El *cada uno para todos, y todos para cada uno* adoptado por los socialistas, y que ofrecen al mundo como una novedad, contenida en gérmen en sus organizaciones fundadas en la opresion y la coaccion, lo ha ordenado el mismo Dios; y ha sabido hacer que salga de la libertad.

Dios, digo, lo ha ordenado; y no hace que prevalezca su ley en un municipio modelo, dirijido por M. Considerant, ó en un falansterio de seiscientos armonianos, ó en una Icaria de ensayo, con la condicion de que algunos fanáticos se sometan al poder discrecional de un monómano, y que los incrédulos paguen por los creyentes. No, Dios lo ha ordenado de una manera general, universal, por un mecanismo maravilloso en el cual la justicia, la libertad, la utilidad, la sociabilidad se combinan y se concilian en un grado que deberia desalentar á los proyectistas de organizaciones sociales.

Observad que esa gran ley, *cada uno para todos, y todos para cada uno,* es mucho mas universal que mi demostracion la supone. Las palabras son pesadas y la pluma mas pesada todavia. El escritor está reducido á mostrar uno trás otro, con una fatigosa lentitud, fenómenos que no se imponen á la admiracion sino por su conjunto.

Asi, acabo de hablar de las *invenciones*. Se podria deducir de aqui que es el único caso en que el progreso realizado sale del poder del productor para ir á aumentar el fondo comun de la humanidad. No sucede asi. Es una ley que una ventaja cualquiera, que provenga de la situacion de los lugares, del clima ó de alguna liberalidad natural sale de las manos del que primero la vé y se apodera de ella, sin perderse por esto, sino para ir á alimentar el inmenso depósito de donde se sacan las comunes satisfacciones de los hombres. Una sola condicion va unida á este resultado: que el trabajo y las convenciones sean libres. Contrariar la libertad es contrariar el deseo de la Providencia, es suspender su ley, es limitar el progreso en sus dos sentidos.

Lo que acabo de decir de los bienes es tambien cierto con respecto á los males. Nada se detiene en el productor, ni ventajas, ni inconvenientes. Tanto las unas como los otros tienden á repartirse por la sociedad entera.

Hemos visto con qué avidez busca el producto lo que puede facilitar su obra, y nos hemos asegurado de que en muy poco tiempo el provecho sale de su poder. Pero que no es aquel entre las manos de una inteligencia superior sino el ciego y dócil instrumento del progreso general.

Con el mismo ardor evita todo lo que entorpece su accion, y esto redunda sobremanera en provecho de la humanidad, pues en último resultado es á ella á quien perjudican los obstáculos. Por ejemplo, supongamos que se impone á A, el productor de libros una fuerte contribucion. Tendrá que agregarla al precio de los libros. Ella entrará, como parte constitutiva en su valor, lo que equivale á decir que B, C, D, E deberán dar mas trabajo por una satisfaccion igual. La compensacion será para ellos el empleo que el gobierno haga de la contribucion. Si hace un buen uso de ella, podrán no perder y aun ganar en el arreglo. Si se sirve de la misma para oprimirlos, resultarán dos vejaciones multiplicadas la una por la otra. Pero A ha podido desembarazarse de la contribucion aunque siempre habrá tenido que adelantarla.

No es esto decir que el productor no tenga que sufrir frecuentemente muchos obstáculos, y entre otros los impuestos. Sufre con ellos muchas veces hasta sucumbir, y esa es justamente la causa de que tiendan á salir de su centro, para recaer en definitiva sobre la masa.

Asi, en Francia se ha cargado al vino multitud de impuestos y trabas. Despues se ha inventado un régimen para este artículo que impide venderse para fuera.

Hé aqui por qué rodeos tiende el mal á pasar del productor al consumidor. Inmediatamente despues que el impuesto y la traba se ponen en accion, el productor tiende á indemnizarse. Pero permaneciendo la misma la *demanda* de los consumidores, asi como la cantidad de vino, no puede subir su precio. No saca mas despues del impuesto que antes. Y como antes del impuesto no obtenia sino una remuneracion normal, determinada por el valor de los servicios libremente cambiados, se encuentra con la pérdida de todo el importe del impuesto. Para que los precios suban, es me-

nester que haya disminucion en la cantidad de vino producida (1)...

. . . .

El consumidor, el público es pues, relativamente á la pérdida ó al beneficio que afectan primero á tal ó cual clase de productores, lo que la tierra es á la electricidad: el gran depósito comun. Todo sale de él, y despues de algunos rodeos mas ó menos largos, despues de haber producido fenómenos mas ó menos variados, todo vuelve á entrar en su seno.

Acabamos de ver que los resultados económicos no hacen mas que deslizarse por decirlo así sobre el productor para ir á parar al consumidor, y que por consiguiente todas las grandes cuestiones deben estudiarse bajo el punto de vista del consumidor, si se quieren deducir las grandes y permanentes consecuencias de aquellas.

Esta subordinacion del carácter de productor al de consumidor, que hemos deducido de la consideracion de *utilidad*, está plenamente confirmada por la consideracion de *moralidad*.

En efecto, la responsabilidad por todas partes incumbe á la iniciativa. ¿Y dónde está la iniciativa? En la *demanda*.

La *demanda* (que supone los medios de remuneracion) lo determina todo: la direccion del capital y del trabajo, la distribucion de la poblacion, la moralidad de las profesiones, etc. Esto es así porque la *demanda* corresponde al Deseo, y la *oferta* corresponde al Esfuerzo,—El Deseo es razonable ó irrazonable, moral ó inmoral.—El Esfuerzo, que se reduce á un efecto, es moralmente neutro ó no tiene sino una moralidad reflexiva.

La demanda ó consumo dice al productor: «Haz esto para mí.» El productor obedece al impulso de otro.—Y esto seria evidente para todos, si siempre y por todas partes el productor aguardase la demanda.

Pero en la práctica pasan las cosas de otra manera.

Que el cambio haya ocasionado la division del trabajo, ó la division del trabajo haya determinado el cambio—es una cuestion sutil y ociosa. Digamos que el hombre cambia porque siendo inteligente y sociable, comprende que esto es un medio de aumentar la relacion del resultado al esfuerzo. La division del trabajo y la prevision no ofrecen

(1) Véase el discurso del autor sobre el *Impuesto de las bebidas*, tom. V, página 468, (de las obras completas.)

(*Nota del editor francés.*)

otro resultado que el que un hombre no aguarde la proposicion de trabajar para otro. La esperiencia le enseña que esta es tácita en las relaciones humanas y que la demanda existe.

Ejecuta de antemano el esfuerzo que debe satisfacer á aquella, y asi es como nacen las profesiones. De antemano se fabrican zapatos, sombreros; nos preparamos á cantar, á enseñar, á abogar, á curar, etc. ¿Pero es realmente la oferta la que previene aqui la demanda ó la determina?

No.—Porque hay certeza suficiente de que estos diferentes servicios serán demandados si se preparan, aunque no se sepa precisamente siempre de donde ha de venir la demanda. Y la prueba es que la relacion de estos servicios nos es bastante conocida, que su valor está bastante generalmente esperimentado, para que nos dediquemos con alguna seguridad á su fabricacion, para que abracemos tal ó cual carrera.

El impulso de la demanda pues es preexistente, puesto que se ha podido calcular su alcance con tanta precision.

Cuando un hombre adopta un estado, una profesion, ¿de qué se ocupa? ¿Acaso de la *utilidad* de la cosa que produce, de sus resultados buenos ó malos, morales ó inmorales? —De ninguna manera. No piensa mas que en su *valor*. El demandante es el que se ocupa de la *utilidad*. La utilidad corresponde á su necesidad, á su deseo, á su capricho. El *valor* por el contrario, no corresponde sino al esfuerzo cedido, al servicio trasmitido. Solamente al hacerse el que ofrece por el cambio demandante á su vez, es cuando le interesa la utilidad. Si me decido á hacer zapatos mejor que sombreros, no es porque me haya propuesto esta cuestion: ¿Tienen los hombres mas interés en preservar sus piés que su cabeza? No, esto corresponde al demandante y determina la demanda.—La demanda á su vez determina el Valor ó el aprecio en que el público tiene el servicio.—El valor por último decide el esfuerzo ó la oferta.

De aqui resultan consecuencias morales muy notables. Dos naciones pueden estar igualmente provistas de valores, es decir, de riquezas relativas. (Véase el cap. VI), y muy desigualmente provistas de utilidades reales, de riquezas absolutas; esto sucede cuando la una forma deseos menos razonables que la otra, cuando esta piensa en sus necesidades reales, y aquella se crea necesidades facticias ó inmorales.

En un pueblo puede dominar el gusto de la instruccion, en otro el de la buena carne. En este caso, se presta un

servicio al primero cuando se tiene algo que enseñarle; al segundo, cuando se sabe lisonjear su paladar.

Asi, los hombres remuneran los servicios segun la importancia que les dan. Sino cambiasen, si se prestasen servicio á si mismos; ¿qué causa los determinaria, á no ser la naturaleza y la intensidad de sus deseos?

En una de estas naciones habria muchos profesores, en la otra, muchos cocineros.

En una y en otra, los servicios cambiados pueden ser iguales en suma, y por consiguiente representar valores iguales, la misma riqueza relativa, pero no la misma riqueza absoluta. Esto no quiere decir mas sino que el uno emplea bien su trabájo y el otro mal.

Y el resultado bajo la relacion de las satisfacciones será que el primero de estos pueblos tendrá mucha instruccion, el segundo tendrá buenas comidas. Las consecuencias ulteriores de esta diversidad de gustos tendrán una influencia muy grande, no solamente sobre la riqueza real, sino tambien sobre la riqueza relativa; pues la instruccion, por ejemplo, puede desarrollar medios nuevos de prestar servicios, lo que no pueden hacer los buenos banquetes.

Entre las naciones se observa una prodigiosa diversidad de gustos, fruto de sus precedentes, de su carácter, de sus convicciones, de su vanidad, etc.

Indudablemente hay necesidades tan imperiosas, por ejemplo, las de beber y comer, que podrian considerarse como cantidades determinadas. Sin embargo, no es raro ver á un hombre privarse de comer hasta satisfacerse, por tener vestidos limpios, y á otro no pensar en la limpieza de los vestidos hasta despues de haber satisfecho su apetito. —Lo mismo sucede con los pueblos.

Pero una vez satisfechas estas necesidades imperiosas, todo lo que hay mas allá depende de la voluntad; es cuestion de gusto, y en esta region es inmenso el imperio de la moralidad y del buen sentido.

La energia de los diversos deseos nacionales determina siempre la cantidad de trabajo, que cada pueblo separa del conjunto de sus esfuerzos para satisfacer cada uno de sus deseos. El Inglés quiere antes de todo estár bien alimentado. Asi consagra una enorme cantidad de su trabajo á producir subsistencias; y si hace otra cosa es para cambiarla fuera por alimentos; en definitiva, la cantidad de trigo, de carne, de manteca, de leche, de azúcar que se consume en Inglaterra es espantosa. El Francés quiere divertirse. Gusta de lo que lisonjea sus ojos, y le agrada la variacion. La

direccion de sus trabajos obedece dócilmente á sus deseos. En Francia hay muchas cantantes, bailarinas, modistas, cafés, tiendas elegantes, etc. En China, aspiran á proporcionarse sueños agradables por el uso del ópio. Por eso se consagra una gran cantidad de trabajo nacional á procurarse, ya directamente por la produccion, ya indirectamente por el cambio, este precioso narcótico. En España, donde se dá gran importancia á la pompa del culto, los esfuerzos de las poblaciones van en gran número á convertirse en adornos de edificios religiosos etc.

No avanzaré hasta decir que no hay nunca inmoralidad en el Esfuerzo que tiene por objeto prestar servicios que correspondan á deseos inmorales ó depravados. Pero es evidente que el principio de la inmoralidad está en el deseo mismo.

Sobre esto no habria duda si el hombre estuviese aislado. Tampoco puede ser dudoso para la humanidad asociada, porque la humanidad asociada es la individualidad ensanchada.

Asi ¿quién piensa vituperar á nuestros trabajadores meridionales por la fabricacion de aguardiente? Ellos satisfacen una *demanda*. Labran la tierra, cuidan sus viñas, vendimian, destilan el mosto sin preocuparse de lo que podrá hacerse del producto. Al que busca la satisfaccion corresponde saber si es honesta, moral, razonable, benéfica. A él le incumbe la responsabilidad. Sin esto no marcharia el mundo. ¿Dónde estariamos si el sastre dijese: «No haré un vestido de la forma que me han encargado, porque peca por esceso de lujo, ó porque dificulta la respiracion, etc., etc?»

¿Corresponde á nuestros pobres viñadores considerar si los ricos bebedores de Lóndres se embriagan con los vinos de Francia? ¿Y se puede acusar mas sériamente á los Ingleses de cosechar el ópio en la India con el pensamiento deliberado de envenenar á los Chinos?

No, un pueblo frívolo provoca siempre industrias frívolas, como un pueblo sério dá nacimiento á industrias sérias. Si la humanidad se perfecciona, no es por la moralizacion del productor, sino por la del consumidor.

Asi lo ha comprendido la religion, cuando ha dirijido al rico,—al gran *consumidor*, una severa amonestacion sobre su inmensa responsabilidad. Bajo otro punto de vista, y en otra lengua, la Economía política formula la misma conclusion. Afirma que no puede dejarse de *ofrecer* lo que *se demanda*; que el producto no es para el productor sino un

valor, una especie de numerario, que no representa ni el mal ni el bien, mientras que en la intencion del consumidor está la *utilidad*, goce moral ó inmoral; que por consiguiente incumbe al que manifiesta el deseo y hace la demanda aceptar las consecuencias útiles ó funestas, y responder ante la justicia de Dios, como ante la opinion de los hombres, de la direccion buena ó mala que ha dado al trabajo.

Asi bajo cualquiera punto de vista que nos coloquemos, vemos que el consumo es el gran fin de la economía política; que el bien y el mal, la moralidad y la inmoralidad, las armonías y las discordancias, todo viene á resolverse en el consumidor, porque representa a la humanidad.

XII

LAS DOS DIVISAS.

Los moralistas modernos que oponen el axioma: ***Cada uno para todos, todos para cada uno***, al antiguo proverbio: ***Cada uno para sí, cada uno en su casa***, se forman una idea muy incompleta de la Sociedad, y por esto solo, muy falsa; aun añadiré, lo que vá á sorprenderles, muy triste.

Eliminemos primero de estas dos divisas lo que sobra. ***Todos para cada uno*** es una redundancia colocada aqui por aficion al antitesis, porque está forzosamente comprendido en *cada uno para todos*. En cuanto al ***cada uno en su casa***, es un pensamiento que no tiene relacion directa con los otros tres; pero como tiene una gran importancia en economía politica, examinaremos mas tarde lo que contiene.

Resta la pretendida oposicion entre estos dos miembros de proverbios: ***Cada uno para todos—çada uno para sí***. El uno, se dice, espresa el principio simpático; el otro el principio individualista. El primero une, el segundo divide.

Si se quiere hablar solamente del móvil que determina el esfuerzo, la oposicion es incontestable. Pero sostengo que no aparece lo mismo, si consideramos el conjunto de los esfuerzos humanos en sus resultados. Examinad la sociedad tal como es, obedeciendo en materia de servicios remunerables al principio individualista; y os asegurareis de que cada uno trabajando ***para sí*** trabaja en efecto ***para todos***. En la práctica, no puede negarse esto. Si el que lee estas líneas ejerce una profesion ó un oficio, le suplico que

vuelva por un momento sus miradas sobre sí mismo. Yo le pregunto si todos sus trabajos no tienen por objeto la satisfaccion de otro, y si por otra parte, no es al trabajo de otro al que debe todas sus satisfacciones.

Evidentemente los que dicen que *cada uno para sí y cada uno para todos* se escluyen, creen que existe una incompatibilidad entre el individualismo y la asociacion. Piensan que *cada uno para sí* supone aislamiento ó tendencia al aislamiento; que el interés personal separa en lugar de unir, y que vá á parar á *cada uno en su casa*, es decir, á la ausencia de todas las relaciones sociales.

En esto, lo repito, se forman de la Sociedad una idea enteramente falsa, á fuerza de ser incompleta. Los hombres, aun cuando no sean movidos sino por el interés personal, procuran aproximarse, combinar sus esfuerzos, unir sus fuerzas, trabajar los unos para los otros, prestarse servicios recíprocos, formar compañías ó asociarse. No seria exacto decir que obran así á pesar del interés personal; no, obran así por interés personal. *Se asocian* porque se encuentran bien asociados. Si se encontrasen mal, no se asociarian. El individualismo realiza pues aquí la obra que los sentimentalistas de nuestro tiempo querrian confiar á la Fraternidad, á la abnegacion, ó á no se qué otro móvil opuesto al amor de sí mismo.—Y esto prueba, conclusion á la que llegamos siempre, que la Providencia ha sabido promover la sociabilidad mejor que aquellos que se dicen sus profetas.—Porque de dos cosas, una: ó la union daña al individualismo ó le es ventajosa.—Si daña ¿cómo se gobernarán los señores Socialistas, y qué motivos razonables pueden tener para realizar lo que ofende á todo el mundo? Si, por el contrario, la union es ventajosa, se realizará en virtud del interés personal, el mas fuerte, el mas permanente, el mas uniforme, el mas universal de todos los móviles, dígase lo que se quiera.

Y ved como pasan las cosas. Un *Squatter* se vá á demontar una tierra á *Far-vvest*. No pasa dia en que no esperimente cuantas dificultades le crea el aislamiento. Al poco tiempo un segundo *Squatter* se dirije tambien al desierto. ¿Dónde colocará su tienda? ¿Se alejará *naturalmente* del primero? No, se acercará *naturalmente* á él. ¿Porqué? Porque sabe todas las ventajas que los hombres obtienen con esfuerzos iguales solamente por acercarse unos á otros. Sabe que en una multitud de circunstancias podrán prestarse instrumentos, unir su accion, vencer dificultades invencibles por las fuerzas individuales, crearse recíprocamente salida

para sus productos, comunicarse sus ideas y adoptar disposiciones para la defensa comun. Un tercero, un cuarto, un quinto Squatter penetran en el desierto, é inevitablemente su tendencia es dejarse atraer por el humo de los primeros establecimientos. Pueden llegar entonces otros con capitales mas considerables, sabiendo que encontrarán brazos que emplear. Se forma una colonia. Se puede variar un poco el cultivo; trazar una senda hácia el camino por donde pasa el correo; importar y esportar; pensar en construir una iglesia, una escuela, etc., etc. En una palabra el poder de los colonos se aumenta, por el hecho solo de su aproximacion, de manera que escede en propociones incalculables á la suma de sus fuerzas aisladas. Este es el motivo que los ha atraido unos hácia otros.

Pero, se dirá, *cada uno para si* es una máxima muy triste, muy fria. Todos los raciocinios, todas las paradojas del mundo no impedirán que no subleve nuestras antipatias, que no trascienda á *egoismo* desde una legua; y el egoismo, ¿no es un mal en la Sociedad, no es la fuente de todos los males?

Entendámonos.

Si el axioma *cada uno para si* se comprende en el sentido de que debe dirijir todos nuestros pensamientos, todos nuestros actos, todas nuestras relaciones; de que debe encontrársele en el fondo de todas nuestras afecciones de padre, de hijo, de hermano, de esposo, de amigo, de ciudadano, ó mas bien que deba sofocar todas estas afecciones; es espantoso, es horrible, y no creo que haya sobre la tierra un solo hombre, aunque hiciese de él la regla de su propia conducta, que se atreva á proclamarlo en teoria.

Pero ¿se negarán siempre los socialistas á reconocer, á pesar de la autoridad de los hechos universales, que hay dos órdenes de relaciones humanas: las unas dependientes del principio simpático;—y que nosotros dejamos al dominio de la moral; las otras que nacen del interés personal, realizadas entre gentes que no se conocen, que no se deben nada sino justicia,—arregladas por convenciones voluntarias, y libremente debatidas? Las convenciones de esta última especie son precisamente las que forman el dominio de la economia política. Asi, no es posible fundar estas convenciones en el principio simpático, como no seria razonable fundar las relaciones de familia y de amistad en el principio del interés. Yo diré eternamente á los Socialistas: Quereis confundir dos cosas que no pueden confundirse. Si sois bastante locos, no sereis bastante fuertes.—Ese herre-

ro, ese carpintero, ese labrador, que agotan su fuerzas en rudos trabajos, pueden ser escelentes padres de familia, hijos admirables, pueden tener muy desarrollado el sentido moral, y llevar en su pecho el corazon mas espansivo; á pesar de esto no los determinareis á trabajar desde por la mañana hasta la noche, á derramar su sudor, á imponerse duras privaciones en virtud del principio del sacrificio. Vuestras predicaciones sentimentales son y serán siempre impotentes. Y si por desgracia sedujesen á un pequeño número de trabajadores, serian otros tantos engañados. Que un comerciante se ponga á vender por el principio de la fraternidad; no le doy mas que un mes de término para ver á sus hijos reducidos á la mendicidad.

La Providencia, pues, ha hecho bien en dar á la Sociabilidad otras garantias. Suponiendo la existencia del hombre, y siendo inseparable la sensibilidad del individuo, es imposible esperar, desear y comprender que el interés personal pueda ser *universalmente* abolido. Lo que se necesitaria sin embargo para el justo equilibrio de las relaciones humanas; porque si rompeis este resorte solo en algunas almas privilegiadas, formais dos clases,—los malvados inducidos á hacer víctimas, los buenos á quienes está reservada la suerte de victimas.

Puesto que en materia de trabajo y de cambios debia prevalecer inevitablemente como móvil el principio *cada uno para si*, lo que es admirable, lo que es maravilloso, que el autor de las cosas se haya servido de ese mismo móvil para realizar en el seno del órden social el axioma fraternal *cada uno para todos*; que su hábil mano haya hecho del obstáculo el instrumento; que el interés general haya sido confiado al interés personal, y que el primero haya venido á ser infalible, por lo mismo que el segundo es indestructible. Me parece que ante estos resultados, los comunistas y otros inventores de sociedades artificiales deben reconocer,—sin que en rigor puedan quedar humillados—que en materia de organizacion, su rival de allá arriba es decididamente mas fuerte que ellos.

Y observad que en el órden natural de las sociedades, el *cada uno para todos* naciendo del *cada uno para si*, es mucho mas completo, mucho mas absoluto, mucho mas íntimo, que lo seria bajo el punto de vista comunista ó socialista. No solamente trabajamos para todos, sino que no podemos realizar un progreso de cualquiera naturaleza que sea, sin que participe de sus beneficios la comunidad. (Véanse los capítulos X y XI.) Estan arregladas las cosas

de una manera tan maravillosa, que cuando hemos imaginado un procedimiento, ó descubierto una liberalidad de la naturaleza, alguna nueva fecundidad del suelo, algun nuevo modo de accion en una de las leyes del mundo físico, nuestro provecho es momentáneo, pasagero, como era justo bajo el punto de vista de la recompensa, útil bajo el punto de vista del estímulo, despues de lo cual la ventaja se escapa de nuestras manos, á pesar de nuestros esfuerzos para retenerla; de individual se hace social, y entra para siempre en el dominio de la comunidad gratuita. Y al mismo tiempo que proporcionamos á la humanidad gozar así de nuestros progresos, nosotros gozamos tambien de los progresos que todos los demás hombres realizan.

En definitiva, con el *cada uno para sí* todos los esfuerzos del individualismo sobreescitado obran en el sentido de *cada uno para todos*, y cada progreso parcial vale á la Sociedad una utilidad gratuita millones de veces mayor que el beneficio obtenido por su autor.

Con el *cada uno para todos* nadie obraria ni aun *para sí*. ¿Qué productor pensaria en doblar su trabajo para recojer una trigésima millonésima parte de su salario?

Acaso se dirá: ¿para qué refutar el axioma socialista? ¿Qué mal puede causar? Sin duda no podrá hacer que penetre en los talleres, en los escritorios, en los almacenes, no hará que prevalezca en las ferias y mercados el principio de la abnegacion. Pero al fin, ó no conseguirá nada, y entónces podeis dejarlo dormir en paz, ó suavizará algo esa rigidez del principio egoista, que rechazando toda simpatía no tendrá tampoco derecho á la nuestra.

Lo falso es siempre peligroso. Es siempre peligroso representar como condenable y dañoso un principio universal, eterno, que Dios ha establecido evidentemente para la conservacion y adelanto de la sociedad; principio, que como móvil convengo en que no habla á nuestro corazon, pero que por sus resultados admira y satisface á nuestra inteligencia; principio que por otra parte deja el campo perfectamente libre á los otros móviles de un órden mas elevado, que Dios ha puesto tambien en el corazon del hombre.

Pero ¿sabeis lo que pasa? Que el público de los socialistas no toma mas que la mitad de su axioma, la última mitad, *todos para cada uno*. Continúan como debiendo trabajar *para uno mismo* pero se exige además que todos trabajen tambien *para uno mismo*.

Y esto debia ser. Cuando los soñadores han querido cam-

biar el gran resorte de la actividad humana, para sustituir la fraternidad al individualismo ¿qué han imaginado? Una contradiccion llena de hipocresia. Se han puesto á gritar á las masas: «Sofocad en vuestro corazon el interés personal y seguidnos; sereis recompensados por esto con todos los bienes, con todos los placeres de este mundo.» Cuando se intenta parodiar el tono del Evangelio, es necesario deducir sus mismas consecuencias. La abnegacion de la fraternidad supone sacrificio y dolor. «Sacrificaos,» quiere decir: «Tomad el último lugar, sed pobres y sufrid voluntariamente.» Pero con pretesto de la renuncia, ofrecer el goce, mostrar detrás del pretendido sacrificio el bienestar y la riqueza, para combatir la pasion que se califica de *egoismo*, dirijirse á sus tendencias mas materiales,—no era solamente reconocer la indestructible vitalidad del principio que se queria destruir; era exaltarlo hasta el mas alto grado, sin dejar de declamar contra él; era duplicar las fuerzas del enemigo en lugar de vencerlo, sustituir el deseo injusto al individualismo legítimo, y á pesar de no se qué jerga rústica, sobreescitar el sensualismo mas grosero. El deseo debia corresponder á esta escitacion. (1).

¿Y no es aqui, dónde nos hallamos? ¿Cuál es el grito universal en todas las filas, en todas las clases? *Todos para cada uno.*—Al pronunciar la palabra *cada uno*, pensamos en nosotros, y lo que pedimos es una parte no merecida en el trabajo de todos.—En una palabra, sistematizamos el despojo.—Indudablemente el despojo sencillo y directo es de tal manera injusto que nos repugna; pero gracias á la máxima *todos para cada uno*, acallamos los escrúpulos de nuestra conciencia. Colocamos en los demás el *deber* de trabajar para nosotros, luego nos atribuimos el *derecho* de gozar del trabajo de los demás; exhortamos al Estado, á la ley á imponer el pretendido *deber* y á proteger el pretendido *derecho*, y llegamos al resultado estraño de despojarnos mútuamente en nombre de la fraternidad. Vivimos á costa de otro, y á este título queremos atribuirnos el heroismo del sacrificio. ¡O estravio del espíritu humano! ¡O sutileza

(1) Cuando partió del Havre la vanguardia Icariana, interrogué á muchos de estos insensatos, y trate de conocer el fondo de su pensamiento. Un *bienestar fácil*, tal era su esperanza y su móvil. Uno de ellos me dijo: «Yo parto, y mi hermano es de la segunda espedicion. Tiene ocho hijos: y ya conoceis la gran ventaja que será para él no tenerlos que educar ni mantener.»—«Ya lo comprendo, le dije; pero será necesario que esa pesada carga recaiga sobre los demás.»—Descargar en otro lo que nos incomoda, hé aqui la manera fraternal de que estos desgraciados entienden la divisa *todos para cada uno*.

del deseo desordenado! No basta que cada uno de nosotros se esfuerce en aumentar su parte á costa de la de los demás, no basta quererse aprovechar de un trabajo, que no hemos hecho, sino que nos persuadimos que por esto nos mostramos sublimes en la práctica del sacrificio; poco nos falta para compararnos á Jesucristo, y nos cegamos hasta el punto de no ver que estos sacrificios, que nos hacen llorar de admiracion contemplándonos á nosotros mismos, no los hacemos, sino los exigimos (1).

Merece observarse de qué manera se opera la gran mistificacion.

¡Robar! ¡oh! eso es abyecto; por otra parte eso conduce á presidio, porque la ley lo prohibe.—Pero si la ley lo ordenase y le prestase su apoyo ¿no seria muy cómodo?... ¡Qué inspiracion tan luminosa!...

Al momento se pide á la ley un pequeño privilegio, un pequeño monopolio, y como para hacerlo respetar costaria algun trabajo, se pide al Estado que se encargue de ellos. El Estado y la ley se ponen de acuerdo para realizar precisamente lo que tenian la mision de prevenir ó castigar. Poco á poco el gusto á los monopolios va ganado terreno. No hay clase que no quiera el suyo, *Todos para cada uno*, esclaman, queremos tambien mostrarnos filántropos y demostrar qué comprendemos la solidaridad.

Acontece que las clases privilegiadas, robándose recíprocamente, pierden al menos tanto por las exacciones que sufren como ganan por las exacciones que ejercen. Además, la gran masa de los trabajadores, á la que no ha podido concederse privilegios, sufre, desfallece y no puede resistir este estado de cosas. Se amotina, cubre las calles de barricadas y de sangre, y hé aquí ya la necesidad de contar con ella.

¿Qué vá á pedir? ¿Exigirá la abolicion de los abusos, de los privilegios, de los monopolios, de las restricciones á qué ha sucumbido? Nada de eso. Se le imbuye tambien en el filantropismo. Se le ha dicho que el famoso *todos para cada uno* era la solucion del problema social, se le ha demostrado con muchos ejemplos que el privilegio (que no es mas que un robo) es sin embargo muy moral, si se apoya en la ley. De manera que se vé al pueblo pedir... ¿Qué?...—¡Privilegios!... El tambien reclama del Estado instruccion, tra-

(1) Véase el folleto *Despojo y ley*, tomo V, (de las obras completas) página 2 y siguientes.

(Nota del editor francés

bajo, crédito, asistencia, á costa del pueblo.—¡Oh! ¡qué estraña ilusion! ¿y cuánto tiempo durará?—Se concibe fácilmente que todas las clases elevadas, empezando por la mas alta, puedan venir una despues de otra á reclamar favores, privilegios. Debajo de ellas está la gran masa popular sobre la que recae todo esto. Pero que el pueblo, una vez vencedor, se haya imaginado entrar tambien todo entero en la clase de los privilegiados, crearse monopolios á sí mismo y sobre sí mismo, ensanchar la base de los abusos para vivir de ellos; que no haya visto que no hay nada debajo de él para alimentar estas injusticias, es uno de los fenómenos mas asombrosos de nuestra época y de todas las épocas.

¿Qué ha sucedido? que por esta vía la Sociedad era conducida al naufragio general. Se alarmó con justa razon. El pueblo perdió al poco tiempo su poder, y el antiguo patrimonio de los abusos ha vuelto á tomar provisionalmente su asiento ordinario.

Sin embargo la leccion no ha sido completamente perdida para las clases elevadas. Conocen que es necesario hacer justicia á los trabajadores. Desean vivamente que se realicen sus votos, no solamente porque depende de esto su seguridad, sino tambien, debemos reconocerlo, por equidad. Si, lo digo con entera conviccion, la clase rica no desea otra cosa que encontrar la gran solucion. Estoy convencido de que si se reclamase á la mayor parte de los ricos el abandono de una porcion considerable de su fortuna, seguros de que en adelante el pueblo seria feliz y quedaria satisfecho, harian con gozo el sacrificio. Buscan pues con ardor el medio de venir, segun la espresion consagrada, *al socorro de las clases laboriosas*. ¿Pero qué imaginan para esto?... Tambien el comunismo de los privilegios; un comunismo mitigado sin embargo, y que se lisonjean someter al régimen de la prudencia. Esto es todo; no salen de aqui.

. . . .

XIII

DE LA RENTA (1).

Si cuando el valor del suelo aumenta, se viese en el precio de los productos del suelo un aumento correspondiente, yo comprenderia la oposicion que encuentra la teoría espuesta en este libro (capítulo IX). Se podria decir: «A medida que la civilizacion se desarrolla, el trabajador se hace de peor condicion relativamente al propietario. Tal vez sea esto una necesidad fatal, pero seguramente no es una ley armónica.»

Felizmente no sucede asi. En general, las circunstancias que aumentan el valor del suelo disminuyen al mismo tiempo el precio de las subsistencias... Espliquemos esto con un ejemplo.

Supongamos á diez leguas de la ciudad un campo que valga 100 fr.; se hace un camino que pasa cerca de este campo, es una salida abierta á las cosechas, y al momento la tierra sube á 150 fr.—El propietario, habiendo adquirido por esto facilidades, ya para llevar á aquella abonos, ya para estraer de la misma productos mas variados, hace mejoras en su propiedad, y llega esta á valer 200 fr.

El valor del campo ha subido el doble. Examinemos este aumento de precio, bajo el punto de vista—de la justicia

(1) Dos ó tres cortos fracmentos es todo lo que el autor ha dejado sobre este importante capítulo. Esto se esplica: se proponia, segun lo ha declarado, apoyarse principalmente en los trabajos de M. Carey de Filadelfia para combatir la teoría de Ricardo.

(Nota del editor francés.)

primero—despues de la utilidad obtenida, no por el propietario, sino por los consumidores de la ciudad.

En cuanto al aumento de valor que proviene de las mejoras hechas por el propietario á su costa, no puede haber duda. Es un capital que sigue la ley de todos los capitales.

Me atrevo á decir que lo mismo sucede con el camino. La operacion recorre un circuito mas estenso, pero el resultado es el mismo.

En efecto, el propietario concurre, por razon de su campo á los gastos públicos; durante muchos años ha contribuido á trabajos de utilidad general ejecutados en regiones apartadas del territorio; al fin se hace un camino en una direccion que le es favorable. La masa de los impuestos pagados por él puede asimilarse á acciones que hubiese tomado en las empresas gubernamentales, y la renta anual, que obtiene á consecuencia del camino nuevo, como el *dividendo* de estas acciones.

¿Se dirá que un propietario tiene siempre que pagar el impuesto sin reportar por esto alguna ventaja?... Este caso entra en el precedente; y la mejora, aunque verificada por la via complicada y mas ó menos contestable del impuesto, puede considerarse como ejecutada por el propietario, y á su costa, en proporcion del beneficio parcial que recibe.

He hablado de un camino, obsérvese que hubiera podido citar cualquiera otra intervencion gubernamental. La seguridad, por ejemplo, contribuye á dar valor á las tierras, como á los capitales, como al trabajo. Pero ¿quién paga la seguridad? El propietario; el capitalista, el trabajador. Para el propietario no puede aparecer de otra manera que bajo la forma de aumento del precio de su tierra.—Y si el Estado invierte mal el impuesto es una desgracia; queda perdido, y tienen los contribuyentes que velar por la seguridad de sus propiedades. En este caso no hay para la tierra aumento de valor, y seguramente no está la falta en el propietario.

Pero los productos del suelo que ha aumentado asi de valor, tanto por la accion gubernamental como por la industria particular,—¿se pagan mas caros por los compradores de la ciudad? en otros términos ¿vendrá el interés de estos cien francos á gravar cada hectólitro de trigo que salga del campo? Si se pagaba á 15 fr. ¿se pagará en adelante á 15 francos y una fraccion?—Esta es una cuestion de las mas interesantes, puesto que depende de ella la justicia y la armonía universal.

Asi respondo atrevidamente, *no*.

Sin duda el propietario recobrará en adelante 5 fr. mas (supongo que sea el tipo de la ganancia 5 por 100); pero no los recobrará á costa de nadie. Antes bien el comprador por su parte obtendrá un beneficio mayor todavia.

En efecto, el campo que hemos tomado por ejemplo estaba anteriormente apartado de los puntos de salida, producia poco; á causa de las dificultades del trasporte, los productos que llegaban al mercado se vendian caros.—Hoy se ha activado la produccion, el trasporte es mas económico; llega al mercado mayor cantidad de trigo, y llega con menos coste, y se vende con mas ganancia. Sin dejar de percibir el propietario una ganancia total de 5 fr., el comprador puede obtener un beneficio mucho mayor.

En una palabra, se ha realizado una economía de fuerzas.—¿En provecho de quién? en provecho de las dos partes contratantes.—¿Cuál es la ley de particion de esta ganancia sobre la naturaleza? La ley que hemos citado muchas veces al tratar de los capitales, puesto que este aumento de valor es un capital.

Cuando el capital aumenta, la parte del propietario ó capitalista—aumenta en valor absoluto,—disminuye en valor relativo; la parte del trabajador (ó del consumidor) aumenta—tanto en valor absoluto como en valor relativo...

Obsérvese como pasan las cosas. A medida que adelanta la civilizacion, las tierras mas próximas del centro de aglomeracion aumentan de valor. Las producciones de un órden inferior dejan lugar á producciones de un órden mas elevado. Primero desaparecen los pastos ante los cereales; luego estos son reemplazados por los jardines. Las provisiones llegan de mas lejos con menos gastos, de tal manera,—y este es un punto de hecho incontestable,—que la carne, el pan, las legumbres, aun las flores estan allí á un precio mas bajo que en los territorios menos adelantados—y á pesar de estar aqui mejor retribuida la mano de obra que en otra parte...

El Cercado Vougeot.

—*Los servicios se cambian por servicios*. Muchas veces servicios preparados de antemano se cambian por servicios actuales ó futuros.

Los servicios valen, no segun el trabajo que exigen ó han exigido, sino segun el trabajo que ahorran.

Asi el trabajo humano tiende á perfeccionarse.

De estas premisas se deduce un fenómeno muy importante en Economía social: Que en *general* el trabajo anterior pierde en el cambio con el trabajo actual (1).

Hace veinte años confeccioné una cosa que me costó cien dias de trabajo. Propongo un cambio, y digo á mi comprador: Dadme una cosa que os cueste tambien cien dias. Probablemente el estará en disposicion de decirme: De veinte años á esta parte se han hecho progresos. Lo que os habia exigido cien dias se hace ahora en sesenta. Asi no mido vuestro servicio por el tiempo que os ha costado, sino por el servicio que me presta; este servicio no es sino de sesenta dias, puesto que en este tiempo puedo prestármelo á mi mismo, ó encontrar quien me lo preste.

Resulta de aqui que el valor de los capitales se deteriora constantemente, y que el capital ó el trabajo anterior no está tan favorecido, como lo creen los Economistas superficiales.

No hay máquina que no pierda, á parte del deterioro que sufre usándose, por el solo motivo de que se fabrican hoy mejores.

Asi sucede con las tierras. Hay muy pocas que para haber llegado al estado de fertilidad en que se encuentran, no hayan costado mas trabajo que el que se invertiria hoy, que conocemos medios de accion mas enérgicos.

Tal es la marcha *general*, pero no *necesaria*.

Un trabajo anterior puede prestar hoy mayores servicios que otras veces. No es esto muy frecuente, pero se vé. Por ejemplo, he guardado vino que representa veinte años de trabajo.—Si lo hubiese vendido de seguida, mi trabajo hubiera recibido cierta remuneracion. He guardado el vino, se ha mejorado, la cosecha siguiente ha sido mala, en una palabra, ha subido el precio, y mi remuneracion es mayor. ¿Porqué? Porque presto *mas* servicios,—en razon á que los compradores tendrian *mas trabajo* que el que yo he tenido, en procurarse este vino,—en razon á que ofrezco la satisfaccion de una necesidad que ha llegado á ser mas grande, mas apreciada, etc...

Esto es lo que debe examinarse siempre.

Somos mil. Cada uno tiene su hectárea de tierra y la des-

(1) La misma idea se ha presentado al final del complemento agregado al capitulo V. pág. 160.

(Nota del editor francés.)

monta; pasa el tiempo, y empiezan á venderse estas. Acontece que de los 1000 hay 998 que no reciben ó no recibirán jamás tantos dias de trabajo actual en cambio de la tierra, como le costó á cada uno anteriormente; y esto porque el trabajo anterior, mas grosero, no presta comparativamente tantos servicios como el trabajo actual. Pero hay dos propietarios cuyo trabajo ha sido mas inteligente ó, si se quiere, mas feliz. Cuando lo ofrecen en el mercado, se vé que representa inimitables servicios. Cada uno dice para sí: me costará mucho prestarme ese servicio á mí mismo; asi lo pagaré caro; y con tal que no me violenten, estoy completamente seguro de que no me costará tanto como si lo obtuviese por cualquiera otro medio.

Esta es la historia del cercádo Vougeot. Es el mismo caso que el hombre que encuentra un diamente, que posee una buena voz, ó una estatura que exhibir por cinco sueldos, etc. . . . .

En mi pais hay muchas tierras incultas. El estrangero pregunta: ¿Porqué no cultivais esa tierra?—Porque es mala.—Pero mirad á su lado tierra absolutamente semejante y está cultivada.—A esta objecion el natural del pais no encuentra respuesta.

Porque se ha engañado en la primera: *es mala.*

No; la razon de que no se desmonten nuevas tierras no es porque sean malas; hay muchas escelentes que no se desmontan tampoco. El motivo es: que cuesta mas poner esa tierra inculta en un estado de productividad semejante á la del campo vecino que está cultivado, que para comprar ese mismo campo vecino.

Asi, para el que sabe reflexionar, esto prueba invenciblemente que la tierra no tiene valor por sí misma...

(Desarrollar todos los puntos de vista de esta idea... (1)

(1) De estos proyectados desarrollos no existe ninguno: pero hé aqui sumariamente las dos principales consecuencias del hecho citado por el autor.

1.ª Dos tierras, la una cultivada A, la otra inculta B, suponiéndose de naturaleza idéntica, la medida del trabajo destinado anteriormente al desmonte de A se dá por el trabajo necesario para el desmonte de B. Puede decirse aunque á causa de la superioridad de nuestros conocimientos, de nuestros instrumentos, de nuestros medios de comunicacion etc., se necesitarian *menos* dias de trabajo para poner á B en cultivo que los que se han necesitado para A. Si la tierra tuviese un valor por sí misma, A valdria todo lo que ha costado el ponerla en cultivo, *además algo por sus facultades productivas naturales*; es decir, *mucho mas* que la suma necesaria actualmente para poner á B en cultivo. Pero es todo lo contrario: la tierra A vale menos, puesto que se compra mas bien que se desmonta B. Al comprar A, no se paga pues nada por la fuerza natural, puestó que ni aun se paga el trabajo del desmonte lo que primitivamente ha costado.

2.° Si el campo A produce al año 1,000 medidas de trigo, la tierra B cultivada produciria otro tanto. Puesto que se ha cultivado A, seguramente otras veces 1,000 medidas de trigo renumeraban ampliamente todo el trabajo exigido, ya para el desmonte ya para el cultivo anual. Puesto que no se cultiva B, seguramente 1,000 medidas de trigo no pagarian ahora un trabajo idéntico—ó aun menos como lo observabamos mas arriba.

¿Qué quiere decir esto? Evidentemente que el valor del *trabajo humano* ha subido con respecto al del *trigo*, que el trabajo del obrero vale y obtiene mas trigo por salario. En otros términos, el trigo se obtiene con un esfuerzo menor, se cambia por un trabajo menor; y la teoría de la *carestia progresiva de las subsistencias* es falsa.—V. en el tomo 1 la posdata de la carta escrita al *Diario de los Economistas* en 8 de diciembre de 1850.—V. tambien sobre este asunto la obra de un discípulo de Bastiat: De la *Renta territorial* por R. de Fontenay.

(*Nota del editor francés.*)

DE LA MONEDA. (1).

DEL CREDITO (2).

XIV

DE LOS SALARIOS.

Los hombres aspiran con ardor á la fijeza. Es verdad que se encuentran en el mundo algunas individualidades inquietas, aventureras, para las que lo aleatorio es una especie de necesidad. Puede afirmarse sin embargo que los hombres considerados en masa desean estar tranquilos sobre su porvenir, saber con qué contar, poder arreglar de antemano todos sus negocios. Para comprender cuán preciosa es para ellos la fijeza, basta ver con qué ardor se lanzan á las funciones públicas. Y no se diga que es por el honor que estas confieren al individuo. Hay seguramente destinos cuyas funciones no tienen nada de agradables. Consisten, por ejemplo, en vijilar, registrar, vejar á los ciudadanos. Por eso no son estas menos apetecidas. ¿Porqué? Porque constituyen una posicion segura. Cualquiera ha podido oir al padre de familias decir de su hijo. «Solicito para él una plaza de aspirante en tal oficina. Indudablemente es un mal que se le exija una educacion que me ha costado muy cara. Indudablemente tambien con esta educacion hubiera podido abrazar una carrera mas brillante. Siendo funcionario, no se enriquecerá, pero tiene la sub-

(1) Véase *¡Maldito dinero!* tom. V, pág. 64 de las obras completas.
(2) Véase *Gratuidad del crédito*, tom. V, pág. 94.
(Nota del editor francés.)

sistencia segura. Dentro de cuatro ó cinco años empezará á ganar 800 fr. de sueldo; luego llegará por grados á tener 3 ó 4,000 fr. Despues de treinta años de servicio, tendrá derecho á su jubilacion. Su existencia, pues, está asegurada: á él le toca saberla mantener en una oscura moderacion, etc.»

La fijeza tiene, sin duda para los hombres un atractivo poderoso.

Y sin embargo, considerando la naturaleza del hombre y de sus trabajos, parece que la fijeza sea imcompatible con ella.

A cualquiera, que se coloque con el pensamiento en el punto de partida de las sociedades humanas, le costará trabajo comprender cómo una multitud de hombres pueden llegar á retirar del medio social una cantidad determinada, asegurada, constante de medios de existencia. Este es tambien uno de los fenómenos que no llaman nuestra atencion, precisamente porque lo tenemos siempre delante de nuestros ojos. Hay funcionarios que perciben asignaciones fijas, propietarios que saben de antemano sus productos, censualistas que pueden calcular esactamente sus rentas, obreros que ganan todos los dias el mismo salario.— Si se hace abstraccion de la moneda, que no interviene aqui sino para facilitar las apreciaciones y los cambios, se verá que lo fijo es la cantidad de los medios de existencia, el valor de las satisfacciones recibidas por estas diversas categorias de trabajadores. Asi, digo que este fijeza, que poco á poco se estiende á todos los hombres, á todos los órdenes de trabajos, es un milagro de la civilizacion, un efecto prodigioso de esta sociedad tan estúpidamente vituperada en nuestros dias.

Porque traslademonos á un estado social primitivo; supongamos que decimos á un pueblo cazador, ó pescador, ó pastor, ó guerrero, ó agricultor: «A medida que vayais haciendo progresos, sabreis cada vez con mas seguridad de antemano qué suma de goces tendreis asegurada para cada año.» Estas gentes no podrian creernos. Nos responderian: «Eso dependerá siempre de algo que se escape al cálculo, —la inconstancia de las estaciones, etc.» Porque ellos no podrian formarse una idea de los esfuerzos ingeniosos, por cuyo medio han llegado los hombres á establecer una especie de seguro mútuo entre todos los lugares y todos los tiempos.

Asi, este seguro mútuo contra los azares del porvenir está completamente subordinado á un género de ciencia

humana que yo llamaria *estadística esperimental*. Y haciendo esta estadística progresos indefinidos, puesto que se funda en la esperiencia, se sigue que la fijeza hace tambien progresos indefinidos. Está favorecida por dos circunstancias permanentes: 1.ª los hombres aspiran á ella, 2.ª que adquieren todos los dias los medios de realizarla.

Antes de mostrar cómo se establece la fijeza en las convenciones humanas, en las que parece á primera vista que no nos ocupamos de ella, veámos como resulta de esa convencion, de que es especialmente objeto. El lector comprenderá asi lo que entiendo por estadística esperimental.

Varios hombres tienen cada uno una casa. Una de ellas se quema, y queda su propietario arruinado. Al momento se estiende la alarma entre todos los demás. Cada uno dice para sí: «Otro tanto podia haberme sucedido.» No nos sorprenderá mucho que todos los propietarios se reunan y se repartan en cuanto sea posible los azares, fundando una sociedad de seguros mútuos contra incendios. Su convencion es muy sencilla. Hé aqui la fórmula: «Si la casa de alguno de nosotros se quema, los demás abonarán á prorata el valor de la casa incendiada, para socorrer á su dueño.» Por este convenio cada propietario adquiere una doble certeza: en primer lugar que le cabrá una pequeña parte en todas las desgracias de esta especie; en segundo que no tendrá que sufrir jamás la desgracia por completo.

En el fondo, y si se calcula por un gran número de años, se vé que el propietario hace, por decirlo asi, un convenio consigo mismo. Economiza lo necesario para reparar los accidentes que pueda esperimentar.

Hé aqui la *asociacion*. A los arreglos de esta naturaleza es á los que los socialistas dan esclusivamente el nombre de *asociacion*. En el momento que la especulacion interviene, segun ellos, la asociacion desaparece. Segun mi opinion, se perfecciona, como lo vamos á ver.

Lo que ha llevado á nuestros propietarios á asociarse, á asegurarse mútuamente es el amor á la fijeza, á la seguridad. Prefieren azares conocidos á azares desconocidos, una multitud de pequeños riesgos á uno grande.

Sin embargo todavia no está conseguido su objeto, y hay aun mucha incertidumbre en su posicion. Cada uno de ellos puede decir: «Si los accidentes se multiplican ¿no será la parte que me corresponda sumamente escesiva? En todo caso, desearia mas bien conocerla de antemano y asegurar por el mismo procedimiento mis muebles, mis mercancías, etc.»

Parece que estos inconvenientes dimanan de la naturaleza de las cosas, y que es imposible al hombre librarse de ellos. Está uno dispuesto á creer que despues de cada progreso todo está concluido. En efecto, ¿cómo suprimir este *alealorio* cuando depende de siniestros que son todavia desconocidos?

Pero el seguro mútuo ha desarrollado en el seno de la sociedad un conocimiento esperimental, á saber: la porporcion por término medio anual entre los valores perdidos por los siniestros y los valores asegurados.

Con lo que un empresario ó una sociedad, habiendo hecho todos sus cálculos, se presenta á los propietarios, y les dice.

»Asegurándoos mútuamente, habeis querido comprar »vuestra tranquilidad; y la parte indeterminada que reser»vais anualmente para cubrir los siniestros es el precio »que os cuesta un bien tan precioso. Pero jamás conoceis »este precio de antemano; por otra parte vuestra tranqui»lidad no es perfecta. Pues bien, vengo á proponeros otro »procedimiento. Mediante una *prima anual fija* que me pa»gareis, yo tomo sobre mí todos vuestros peligros de si»niestros; os aseguro todos, y hé aqui el capital que os ga»rantiza la ejecucion de mis compromisos.»

Los propietarios se apresuran á aceptar, aun cuando esta prima fija costase algo mas que lo que importase el seguro mútuo; porque lo que mas les importa, no es economizar algunos francos, sino adquirir el reposo y la seguridad completa.

Aqui los socialistas pretenden que la asociacion se destruye. Yo afirmo que se perfecciona y entra en la via de otros perfeccionamienios indefinidos.

Pero, dicen los socialistas, ya veis que los asegurados no tienen ningun lazo entre si. No se ven ni tienen ya para que entenderse. Intermediarios parásitos han venido á colocarse entre ellos, y la prueba de que los propietarios pagan ahora mas que lo que se necesita para cubrir los siniestros es que los aseguradores realizan grandes beneficios.

Se responde con facilidad á esta critica.

Primeramente, la asociacion existe bajo otra forma. La prima satisfecha por los asegurados es siempre el fondo que ha de reparar los siniestros. Los asegurados han encontrado el medio de permanecer en la asociacion sin ocuparse de ella. Esta es evidentemente una ventaja para cada uno de los interesados, puesto que el objeto deseado no se consigue menos por eso; y la posibilidad de permanecer en la

asociacion, recobrando al mismo tiempo la independencia de los movimientos, el libre uso de las facultades, es justamente lo que caracteriza el progreso social.

En cuanto al provecho de los agentes intermedios, se esplica y se justifica perfectamente. Los asegurados permanecen asociados para la reparacion de los siniestros. Pero ha intervenido una compañia que les ofrece las ventajas siguientes: 1.ª quita á la posicion de los propietarios lo que le quedaba de *aleatorio*; 2.ª les dispensa de todo cuidado, de todo trabajo, con motivo de los siniestros. Estos son *servicios*. Asi, servicio por servicio. La prueba de que la intervencion de la compañia es un servicio provisto de valor, esta en que se acepta y se paga libremente. Los socialistas no hacen sino ponerse en ridículo, cuando declaman contra los agentes intermedios. ¿Se imponen estos acaso por la fuerza? ¿Tienen otro medio para hacerse aceptar que el de decir: «Os costaré algo pero os ahorraré más?» Pues si es asi, ¿cómo puede llamárseles parásitos, ni aun agentes intermedios?

Por último, digo que la asociacion trasformada asi está en camino de nuevos progresos en todos sentidos.

En efecto, las compañias, que esperan provechos proporcionales á la estension de sus negocios, escitan á los seguros. Tienen para esto agentes en todas partes, fundan créditos, imaginan mil combinaciones para aumentar el número de los asegurados, es decir, de los *asociados*. Aseguran una multitud de riesgos que se escaparian á la primera mutualidad. En suma la asociacion se estiende progresivamente entre un número mayor de hombres y de cosas. A medida que se opera este desarrollo, permite á las compañias bajar sus precios; y aun se ven obligadas á ello por la concurrencia. Y aqui volvemos á encontrar la gran ley: el bien se desprende de las manos del productor para unirse al consumidor.

No es esto todo. Las compañias se aseguran entre si por estipulaciones análogas, de tal suerte que bajo el punto de vista de la reparacion de los siniestros, que es el fondo del fenómeno, mil asociaciones diversas, establecidas en Inglaterra, Francia, Alemania y América se refunden en una grande y única asociacion. ¿Y cuál es el resultado? Si se quema una casa en Burdeos, París ú otro punto cualquiera,—los propietarios del universo entero, ingleses, belgas, hamburgueses, españoles, tienen su cotizacion disponible y estan prontos á reparar la desgracia.

Hé aqui un ejemplo del grado de poder, de universali-

dad, de perfeccion, á que puede llegar la asociacion libre y voluntaria. Pero para esto se necesita dejarle la libertad de escojer sus procedimientos. Asi ¿qué ha sucedido cuando los socialistas, esos grandes partidarios de la asociacion, han tenido el poder? No han hecho sino amenazar á la asociacion, cualquiera que fuera su forma, y principalmente la asociacion de seguros. ¿Y porqué? Precisamente porque para universalizarse emplea ese procedimiento que permite á cada uno de sus miembros permanecer en la independencia.—¡Tan poco comprenden esos desgraciados socialistas el mecanismo social! Los primeros conatos, los primeros pasos de la sociedad, las formas primitivas y casi salvajes de la asociacion, hé aqui el punto á que quieren conducirnos. Suprimen todo progreso á pretesto de que se separa de estas formas.

Vamos á ver que, á consecuencia de las mismas prevenciones, de la misma ignorancia, declaman contínuamente, ya contra el interés, ya contra el *salario*, formas *fijas*, y por consiguiente muy perfeccionadas, de la remuneracion del capital y del trabajo.

El salariado ha sido principalmente el blanco de los tiros de los socialistas. Poco ha faltado para que lo hayan presentado como una forma, apenas suavizada, de la esclavitud ó de la servidumbre. De todas maneras han visto en él una convencion abusiva y leonina, que no tiene sino la apariencia de libertad, una opresion del débil por el fuerte, una tirania ejercida por el capital sobre el trabajo,

Eternamente en lucha sobre las instituciones que han de fundarse, muestran en su ódio comun á las instituciones existentes, y principalmente al salariado una admirable unanimidad; porque sino pueden ponerse de acuerdo sobre el órden social de su preferencia, hay que hacerles la justicia de que se entienden siempre para despreciar, censurar, calumniar, aborrecer, y hacer que se aborrezca lo existente. Ya en otra parte he dicho la razon de esto (1.)

Por desgracia, no ha pasado todo al dominio de la discusion filosófica; y la propaganda socialista, secundada por una prensa ignorante y cobarde, que sin confesarse socialista, no solicitaba menos la popularidad por las declamaciones de moda, ha llegado á conseguir que penetre el ódio al salariado en la clase misma de los asalariados. Los obreros se han disgustado de esta forma de remuneracion. Les ha parecido injusta, humillante, odiosa. Han creido que los

(1) Cap. 1, pág. 28 y 29, y cap. II, pág. 40 y siguientes.

marcaba con el sello de la servidumbre. Han querido participar, por otros procedimientos, de la reparticion de las riquezas. De aqui á engolfarse en las mas estrañas utopias no habia mas que un paso, y este paso se dió. En la revolucion de febrero, la gran preocupacion de los obreros ha sido desembarazarse del salario. Sobre el medio que debia adoptarse han consultado á los dioses; pero cuando sus dioses no han permanecido mudos, no han pronunciádo, segun el uso, sino oráculos oscuros, en los cuales se veia dominar la gran palabra *asociacion* como si *asociacion* y *salario* fuesen incompatibles. Entonces los obreros han querido ensayar todas las formas de esta asociacion libertadora, y para darle mas atractivos, la han adornado con todos los encantos de la Solidaridad, y le han atribuido todos los méritos de la Fraternidad. Por un momento se pudo creer que hasta el corazon humano iba á sufrir una gran trasformacion y á sacudir el yugo del interés, para no admitir sino el principio de la abnegacion. ¡Singular contradiccion! Se esperaba recojer en la asociacion todo á la vez, la gloria del sacrificio y ganancias desconocidas hasta entonces. Corrian á la fortuna, y solicitaban y se discernian á sí mismos los aplausos debidos al martirio. Parece que estos obreros estraviados, hallándose á punto de emprender una carrera de injusticia; sentian la necesidad de alucinarse, de glorificar los procedimientos de despojo, que recibian de sus apóstoles, y de colocarlos, cubiertos con un velo, en el santuario de una revelacion nueva. Acaso nunca habian penetrado tantos peligrosos errores, tantas contradicciones groseras, tan adentro, en el espíritu humano.

Veámos pues lo que es el *salario*. Considerémosle en su origen, en su forma, en sus efectos. Reconozcamos su razon de ser; asegurémonos de si fue en el desenvolvimiento de la humanidad un retroceso ó un progreso. Observemos si contiene en sí algo humillante, degradante, ó que embrutezca, y si es posible descubrir su pretendida filiacion con la esclavitud.

Los servicios se cambian por servicios. Lo que se cede como lo que se recibe, es trabajo, esfuerzos, molestias, cuidados, habilidad natural ó adquirida; lo que se confieren entre si los contratantes son satisfacciones; lo que determina el cambio es la ventaja comun, y lo que lo mide es la libre apreciacion de los servicios recíprocos. Las numerosas combinaciones á que han dado lugar las convenciones humanas han necesitado un voluminoso vocabulario económico; pero las palabras Provechos, Intereses, Salarios, que

espresan matices, no cambian el fondo de las cosas. Siempre el *do ut des*, ó mas bien el *facio ut facias*, constituye la base de toda la evolucion humana bajo el punto de vista económico.

Los asalariados no forman escepcion de esta ley. Examinadlo bien ¿Prestan servicios? nadie puede dudarlo. ¿Los reciben? tampoco es dudoso. ¿Se cambian estos servicios voluntaria, libremente? ¿Se descubre en este modo de convencion la presencia del fraude, de la violencia? Tal vez sea aqui donde empiezan las quejas de los obreros. No llegan hasta creerse despojados de la libertad, pero afirman que esta libertad es puramente nominal y aun irrisoria, porque aquel, cuyas determinaciones violenta la necesidad, no es realmente libre. Resta pues saber si la falta de la libertad entendida asi no depende mas bien de la situacion del obrero, que de la forma de su remuneracion.

Cuando un hombre pone sus brazos al servicio de otro, su remuneracion puede consistir en una parte de la obra producida, ó bien en un salario determinado. Tanto en un caso como en otro, tendrá que estipular sobre esta parte—porque puede ser mayor ó menor,—ó de este salario,—porque puede ser mas ó menos elevado. Y si este hombre se halla en un estado de escasez absoluta, si no puede esperar, si está bajo la presion de una necesidad urgente, sufrirá la ley y no podrá librarse de las exigencias de su asociado. Pero debe observarse que no es la forma de la remuneracian la que crea para él esta especie de dependencia. Ya corra los riesgos de la empresa, ya trabaje por un tanto alzado su situacion precaria es la que lo coloca en un estado de inferioridad con respecto al debate que precede á la convencion. Los innovadores que han presentado á los obreros la *asociacion* como remedio infalible, los han estraviado, y se han engañado á si mismos. Pueden convencerse de ello observando atentamente las circunstancias, en que el trabajador pobre recibe una parte del producto y no salario. Seguramente no hay en Francia hombres mas miserables que los pescadores, ó los viñadores de mi pais, á pesar de tener el honor de gozar de todos los beneficios de lo que los socialistas llaman esclusivamente *asociacion*.

Pero antes de investigar lo que influye sobre la cantidad del salario, debo definir, ó mas bien describir, la naturaleza de esta convencion.

Es una tendencia natural de los hombres—y por consiguiente esta tendencia es favorable, moral, universal, in-

destructible,—aspirar á la seguridad relativamente á los medios de existencia, buscar la fijeza, huir de lo azaroso.

Sin embargo en el origen de las sociedades reina lo aleatorio, por decirlo asi, sin rival; y muchas veces me he admirado de que la economía politica haya olvidado señalar los grandes y felices esfuerzos que se han hecho para encerrarlo en limites cada vez mas estrechos.

Y observad: En un pueblo de cazadores, en el seno de una tribu nómade ó de una colonia nuevamente fundada ¿hay alguno que pueda decir con certeza lo que le valdrá el trabajo al dia siguiente? ¿No parece hasta que hay incompatibilidad entre estas dos ideas, y que no hay nada mas eventual que el resultado del trabajo aplicado á la caza, á la pesca ó al cultivo?

Asi, seria dificil encontrar en la infancia de las sociedades algo que se parezca á los sueldos, gages, salarios, rentas, seguros, etc., cosas todas que se han imaginado para dar cada vez mas fijeza á las situaciones personales, para alejar cada vez mas de la humanidad ese sentimiento penoso: el terror de lo desconocido en materia de medios de existencia.

Y el progreso que se ha hecho es verdaderamente admirable, aunque la costumbre nos haya familiarizado de tal manera con este fenómeno que nos impida apercibirlo. En efecto, puesto que los resultados del trabajo, y por consecuencia los goces humanos, pueden modificarse tan profundamente por los sucesos, las circunstancias imprevistas, los caprichos de la naturaleza, la incertidumbre de las estaciones y los accidentes de toda especie ¿cómo se esplica que un número tan grande de hombres se haya emancipado, por cierto tiempo, y algunos durante toda su vida, por medio de salarios fijos, rentas, sueldos, pensiones de retiro, de esta parte de *eventualidad* que parece la esencia misma de nuestra naturaleza?

La causa eficiente, el motor de esta bella evolucion del género humano, es la tendencia de todos los hombres hácia el bienestar, del cual constituye una parte esencial la Fijeza. El medio es el *contrato* por un tanto alzado para los riesgos apreciables, ó el abandono gradual de esa forma primitiva de la asociacion que consiste en sujetar irrevocablemente á los asociados á todos los riesgos de la empresa,—en otros términos, el perfeccionamiento de la asociacion. Es por lo menos singular que los grandes reformadores modernos nos presenten la asociacion como destruida ustamente por el elemento que la perfecciona.

Para que ciertos hombres consientan en hacerse cargo por cierto precio de riesgos que incumben naturalmente á los demás, se necesita que haya hecho progresos cierto género de conocimientos, á que he llamado *estadística esperimental*; pues es menester que la esperiencia se halle en disposicion de apreciar, siquiera aproximativamente, estos riesgos, y por consiguiente el *valor del servicio* que se presta á aquel á quien se libra de estos accidentes. Por eso las convenciones ó las asociaciones de los pueblos groseros é ignorantes no admiten cláusulas de esa naturaleza, y en este caso, asi como yo decia, lo azaroso ejerce entre ellos todo su imperio. Que un salvaje, ya viejo, teniendo algunas provisiones en carne de las reses cazadas, tome á un cazador jóven á su servicio; no le dará salario fijo, sino una parte en las presas. En efecto ¿cómo podria ninguno de los dos estipular por lo conocido sobre lo desconocido? Las lecciones del pasado no existen para ellos en un grado que les permita asegurar de antemano el porvenir.

En los tiempos de inesperiencia y de barbarie, los hombres indudablemente se reunen, *se asocian*, puesto que, como lo hemos demostrado, no pueden vivir de otra manera; pero la asociacion no toma entre ellos sino esa forma primitiva, elementaria, que los socialistas nos dan como la ley y la salvacion del porvenir.

Mas tarde, cuando dos hombres han trabajado por espacio de mucho tiempo juntos á riesgos comunes, llega un momento en que pudiendo apreciarse estos riesgos, uno de los dos se hace cargo de todos, mediante una retribucion convenida.

Este arreglo es ciertamente un progreso. Para convencerse de ello, basta saber que se hace libremente, por consentimiento de las dos partes, lo que no se verificaria, sino les acomodase á ambas. Pero se comprende fácilmente en qué consiste sus ventajas. Una de las partes gana, tomando á su cargo todos los riesgos de la empresa, teniendo el gobierno esclusivo de ella; la otra, consiguiendo esa fijeza de posicion tan preciosa para los hombres. Y en cuanto á la sociedad, en general, gana tambien con que una empresa sometida antes á dos inteligencias y dos voluntades diversas, se someta á la unidad de miras y de accion.

Pero porque la asociacion se modifique ¿puede decirse que se ha disuelto, cuando permanece el concurso de dos hombres y no ha cambiado sino la manera de verificarse la particion del producto? ¿Puede decirse sobre todo que

se ha deprabado, cuando la novacion es consentida libremente y aceptada por todo el mundo?

Para realizar nuevos medios de satisfaccion, se necesita casi siempre, podria decir siempre, el concurso de un trabajo anterior y de un trabajo actual. Primeramente, uniéndose en una obra comun el Capital y el Trabajo, se ven obligados cada uno por su parte á someterse á los riesgos de la empresa. Esto sigue asi hasta que los riesgos pueden apreciarse esperimentalmente. Entonces se manifiestan dos tendencias tan naturales una como otra al corazon humano; hablo de las tendencias á la *unidad de direccion* y á la *fijeza de situacion*. Nada mas sencillo que oir al Capital decir al Trabajo: «La esperiencia nos enseña que tu ganan»cia eventual constituye para ti una retribucion media de »tanto. Si quieres, te aseguraré ese tanto, y dirijiré la ope»racion, cuyas eventualidades buenas ó malas me corres»ponderán.»

Es posible que el trabajo responda: «Esa proposicion me »conviene. Tanto mas, cuanto en unos años no gano mas »que 300 fr, y en otros 900. Estas fluctuociones me impor»tunan, me impiden arreglar uniformemente mis gastos y »los de mi familia. Es una ventaja para mí librarme de es»ta incertidumbre perpétua y recibir una retribucion fija de 600 fr.»

Con esta contestacion se cambiarán los términos del contrato. Continuarán uno y otro *uniendo sus esfuerzos* y *dividiendo sus productos*, y por consiguiente no quedará disuelta la asociacion, pero se modificará en el sentido de que una de las partes, el Capital, se hará cargo de todos los riesgos y la compensacion de todas las ganancias estraordinarias, en tanto que la otra parte, el Trabajo, asegurará las ventajas de la fijeza. Tal es el orígen del Salario.

La convencion puede establecerse en sentido inverso. Muchas veces es el empresario el que dice al capitalista. «Hemos trabajado á riesgos comunes. Ahora que estos ries»gos nos son conocidos, te propongo tratar por un tanto al»zado. Tú tienes 20,000 fr. en la empresa, por los cuales »has recibido en un año 500 fr., en otro 1,500 fr. Si quie»res, te daré 1,000 fr. al año, ó 5 por 100, y estarás libre »de todo riesgo, con la condicion de que yo he de dirijir la »empresa como me parezca.»

Probablemente el capitalista responderá: «Puesto que »corriendo grandes peligros no recibo por término medio »sino 1,000 fr. al año, prefiero que me sea asegurada re»gularmente esta suma. Asi seguiré en la asociacion con

»mi capital, pero libre de todo riesgo. Mi actividad, mi in»teligencia pueden en adelante dedicarse con mas libertad »á otros cuidados.»

Tanto bajo el punto de vista social, como bajo el punto de vista individual, es una ventaja.

Ya lo vemos, hay en el fondo de la humanidad una aspiracion hácia un estado fijo; se ejecuta en ella un trabajo constante para restringir y circunscribir por todas partes lo azaroso. Cuando dos personas participan de un riesgo comun, existiendo este riesgo por sí mismo no puede destruirse; pero hay una tendencia, á que una de estas personas se haga cargo de aquel por un precio determinado. Si el capital lo toma por su cuenta, el trabajo es el que fija su remuneracion con el nombre de *salario*. Si el trabajo quiere tomar sobre sí las eventualidades, buenas ó malas, entonces la remuneracion del capital se determina y se fija con el nombre de *interés*.

Y como los capitales no son otra cosa sino servicios humanos, puede decirse que *capital* y *trabajo* son dos palabras que, en el fondo, espresan una idea comun; por consiguiente, sucede lo mismo con las palabras *interés* y *salario*. Allí pues donde la falsa ciencia no deja nunca de encontrar oposiciones, la verdadera ciencia llega siempre á la identidad.

Asi, considerado el *salario* en su orígen, su naturaleza y su forma, no tiene en sí mismo nada degradante, nada humillante, como no lo tiene tampoco el *interés*. Uno y otro son la parte que ganan el trabajo actual y el trabajo anterior en los resultados de una empresa comun. Solamente sucede casi siempre que despues de algun tiempo los dos asociados exigen un tanto alzado por una de estas partes. Si es el trabajo actual el que aspira á una retribucion uniforme, cede su parte incierta por un *salario*. Si es el trabajo anterior, cede su parte eventual por un *interés*.

En cuanto á mí, estoy convencido de que esta estipulacion nueva, que ha intervenido posteriormente á la asociacion primitiva, lejos de ser su disolucion, es su perfeccionamiento. No tengo duda alguna respecto á esto, cuando considero que nace de una necesidad muy sentida, de una inclinacion natural en todos los hombres á la estabilidad, y que además satisface á todas las partes, sin perjudicar, antes al contrario, sirviendo al interés general.

Los reformadores modernos, que á pretesto de haber inventado la asociacion querrian llevarnos á sus formas rudimentarias, deberian decirnos en qué ofenden los *contratos por un tanto alzado* el derecho ó la equidad; cómo dañan al

progreso, y en virtud de qué principio pretenden abolirlos. Deberian tambien decirnos, si semejantes estipulaciones estan llenas de barbarie, cómo concilian su intervencion constante y progresiva con lo que proclaman sobre la perfectibilidad humana.

A mis ojos estas estipulaciones son una de las manifestaciones mas maravillosas, y uno de los mas poderosos resortes del progreso. Son á la vez el coronamiento, la recompensa de una civilizacion muy antigua en el pasado, y el punto de partida de una civilizacion ilimitada en el porvenir. Si la sociedad se viese reducida á esa forma primitiva de asociacion que sujeta á los riesgos de la empresa á todos los interesados, las noventa y nueve centésimas partes de las convenciones humanas no hubieran podido realizarse. El que hoy tiene participacion en veinte empresas hubiera estado encadenado siempre á una sola. Hubiera faltado la unidad de miras y la voluntad á todas las operaciones. Por último, el hombre jamás hubiera gustado ese bien tan precioso que puede ser la fuente del génio,—la estabilidad.

El salariado pues ha nacido de una tendencia natural é indestructible. Observemos sin embargo que no satisface sino imperfectamente la aspiracion de los hombres. Hace mas uniforme, mas igual, mas próxima á un término medio la remuneracion de los obreros; pero hay una cosa que no puede hacer, ni tampoco podrá conseguirla por otra parte la asociacion de los riesgos, qué es asegurarles el trabajo.

Y aqui no puedo dejar de observar cuán poderoso es el sentimiento que invoco en todo el curso de este artículo, y cuya existencia no parece que ni aun sospechan los modernos reformadores: hablo de la aversion á la incertidumbre. Este sentimiento es precisamente el que ha facilitado á los declamadores socialistas, la tarea de hacer que los obreros aborrezcan el salario.

Pueden concebirse tres grados en la condicion del obrero: el predominio de lo azaroso; el predominio de la estabilidad; un estado intermedio, en que escluido en parte lo inseguro, no deja todavia á la estabilidad un espacio suficiente.

Los obreros no han comprendido que la asociacion, tal como los socialistas se la predican, es la infancia de la sociedad; el periodo de incertidumbre, ó la época de los bruscos peligros, de las alternativas de pletora y de marasmo, en una palabra, el reinadó absoluto del azar. El salariado,

por el contrario, es ese grado intermedio que separa lo aleatorio de la estabilidad.

Asi, no creyéndose todavia ni con mucho los obreros en la estabilidad, como todos los hombres sujetos al malestar, ponian sus esperanzas en un cambio cualquiera de posicion. Por eso ha sido tan fácil al socialismo imponerles el suyo con la gran palabra de *asociacion*. Los obreros se creian impelidos hácia adelante, cuando en realidad se les echaba para atrás.

Si, los desgraciados eran conducidos hácia los primeros pasos de la evolucion social: pues la asociacion tal como se les predicaba ¿es otra cosa que el encadenamiento de todos á todos los riesgos?—Combinacion fatal en los tiempos de ignorancia absoluta, puesto que el contrato por un tanto alzado supone al menos un principio de estadistica esperimental.—¿Es aquella otra cosa que la restauracion pura y simple del reinado de lo azaroso?

Tambien los obreros que se habian entusiasmado por la asociacion, mientras que no la veian sino en el estado teórico, rectificaron su opinion, cuando la revolucion de febrero pareció que hacia posible su práctica.

En aquel momento, muchos maestros, ya estuviesen bajo la influencia de la preocupacion general, ya cediesen al miedo, ofrecieron sustituir al salario la cuenta en participacion. Pero los obreros retrocedieron ante esta solidaridad de riesgos. Comprendieron que lo que se les ofrecia, para en el caso que la empresa estuviese en pérdida, era la ausencia de toda remuneracion bajo una forma cualquiera, era la muerte.

Entonces se vió una cosa que no honraria á la clase obrera de nuestro pais, sino debiese recaer la censura sobre los pretendidos reformadores, en quienes por desgracia aquella habia puesto su confianza. Se vió á la clase obrera reclamar una asociacion bastarda en que debia mantenerse el salario, y segun la cual la participacion en las ganancias no obligaria de manera alguna á aceptar la particion en las pérdidas.

Es muy dudoso que los obreros hayan pensado por si mismos en manifestar semejantes pretensiones. Hay en la naturaleza humana un fondo de buen sentido y de justicia, que rechaza la iniquidad evidente. Para depravar el corazon del hombre, es menester empezar por falsear su espiritu.

Esto fue lo que hicieron los gefes de la Escuela socialista, y bajo este punto de vista, he pensado muchas veces

si abrigarian intenciones perversas. La intencion es un asilo que estoy dispuesto siempre á respetar; sin embargo es muy difícil creer completamente inocente, en esta circunstancia, la de los gefes socialistas.

Despues de haber irritado contra los empresarios á la clase obrera por las declamaciones tan injustas como perseverantes, de que abundan sus libros; despues de haberlos persuadido de que se trataba de una guerra y que en tiempo de guerra es permitido todo contra el enemigo; han envuelto, para que pudiese pasar, el ultimatum de los obreros en sutilezas científicas y aun en nubes de misticismo. Han imaginado un ser abstracto, la Sociedad, que debe á cada uno de sus miembros un *minimun*, es decir, medios de existencia asegurados. «Teneis pues el derecho, han dicho á los obreros, de reclamar un salario fijo.» Por aqui empezaron á satisfacer la inclinacion natural de los hombres hácia la estabilidad. Despues han enseñado que independientemente del salario el obrero debia tener una parte en los beneficios, y cuando se les ha preguntado si debia soportar una parte de las pérdidas, han contestado que por medio de la intervencion del Estado y en virtud de la garantía del contribuyente, habian imaginado un sistema de industria universal, al abrigo de toda pérdida. Este era el medio de quitar los últimos escrúpulos á los infelices obreros, á quienes se vió, como ya he dicho, en la revolucion de febrero muy dispuestos á estipular en su favor estas tres cláusulas:

1.ª Continuacion del Salario.
2.ª Participacion en las ganancias.
3.ª Liberacion de toda participacion en las pérdidas.

Acaso se diga que esta estipulacion no es tan injusta ni tan imposible como parece, puesto que se ha introducido y conservado en muchas empresas de periódicos, de caminos de hierro, etc.

Yo contesto que hay algo verdaderamente pueril en engañarse á sí mismo, dando grandes nombres á cosas pequeñas. Con alguna buena fé, se convendrá sin duda en que esta reparticion de las ganancias, que algunas empresas hacen á los obreros asalariados, no constituye la asociacion, ni merece este título, ni es una gran revolucion verificada en las relaciones de las dos clases sociales. Es una gratificacion ingeniosa, un estímulo útil dado á los asalariados, bajo una forma que no es precisamente nueva, aunque se quiere presentar como un adherente al socialismo. Los empresarios que adoptan este uso, dedican la dé-

cima, la vigésima, la centésima parte de sus ganancias, cuando las tienen, á esta dádiva, pueden hacer con ella mucho ruido y proclamarse los generosos reformadores del órden social, pero esto no vale realmente la pena de ocuparnos de ello.—Y vuelvo á mi asunto.

El Salariado pues hace un progreso. Primeramente se asociaron á riesgos comunes el trabajo anterior y el trabajo actual para empresas comunes, cuyo círculo bajo semejante fórmula debió ser muy estrecho. Si la Sociedad no hubiese encontrado otras combinaciones, no se hubiese ejecutado nunca en el mundo una obra importante. La humanidad se hubiera quedado en la caza y en algunos ensayos de agricultura.

Mas tarde, obedeciendo á un doble sentimiento, el que hace que amemos y busquemos la estabilidad, el que nos lleva á querer dirijir las operaciones cuyos riesgos corremos, los dos asociados contrataron que uno solo de ellos soportaria el riesgo comun sin romper la asociacion. Quedó convenido que una de las partes diese á la otra una remuneracion fija, y que se hiciese cargo tanto de los riesgos como de la direccion de la empresa. Cuando obtiene esta fijeza el trabajo anterior, el capital, se llama *Interés*; cuando la obtiene el trabajo actual, se llama *Salario*.

Pero, como he observado ya, el salario no consigue sino imperfectamente el fin de constituir para cierta clase de hombres un estado de estabilidad ó de seguridad relativamente á los medios de existencia. Es un grado, es un paso muy importante, muy difícil, que en el orígen se hubiera podido creer imposible, hácia la realizacion de este beneficio; pero no es su entera realizacion.

Tal vez no sea inútil decir de paso que la fijeza de las situaciones, la estabilidad, se parece á todos los grandes resultados, á que la humanidad aspira. Se acerca constantemente á ellos, pero no los alcanzará jamás. Solo porque la estabilidad es un bien, harémos esfuerzos siempre para estender cada vez mas su imperio entre nosotros: pero no está en nuestra naturaleza el obtener alguna vez la posesion completa de aquel. Y aun podriamos decir que esto no es deseable, al menos para el hombre tal como es. En todo género de cosas, el bien absoluto seria la muerte de todo deseo, de todo esfuerzo, de toda combinacion, de todo pensamiento, de toda prevision, de toda virtud; la perfeccion escluye la perfectibilidad.

Habiéndose pues elevado las clases laboriosas, por la sucesion de los tiempos y á causa del progreso de la civili-

zacion, hasta el Salariado, no le han detenido aqui sus esfuerzos para realizar la estabilidad.

Sin duda el salario llega con certeza al terminar un dia ocupado; pero cuando las circunstancias, las crisis industriales ó simplemente las enfermedades han forzado á los brazos á parar, el salario para tambien, y entonces ¿deberá el obrero esperar de esta paralizacion su manutencion, la de su muger y de sus hijos?

No hay para él mas que un recurso. Este se reduce á ahorrar en los dias de trabajo con qué satisfacer las necesidades de los dias de la vejez y de enfermedad.

¿Pero quién puede, con respecto al individuo, medir de antemano el período que debe ayudar y aquel en que debe ser ayudado?

Lo que no puede hacerse con respecto al individuo se hace mas practicable con respecto á las masas, en virtud de la *ley de los grandes números*. Hé áqui porqué este tributo, pagado por los períodos de trabajo á los períodos de paralizacion, consigue su objeto con mucha mas eficacia, regularidad, certeza, cuando es centralizado por la asociacion que cuando es abandonado á los azares individuales.

De aqui las *sociedades de socorros mútuos*, institucion admirable, nacida de las entrañas de la humanidad mucho tiempo antes que aun el nombre de Socialismo. Seria imposible decir quien es el inventor de esta combinacion. Creo que el verdadero inventor es la necesidad, es esa aspiracion de los hombres á la fijeza, es ese instinto siempre inquieto, siempre activo, que nos conduce á llenar las lagunas que la humanidad encuentra en su marcha hácia la estabilidad de las condiciones.

Tanto es asi, que he visto surgir espontáneamente sociedades de socorros mútuos, hace mas de veinte y cinco años, entre los obreros y artesanos mas miserables, en las ciudades mas pobres del departamento de las Landas.

El objeto de estas sociedades es evidentemente una nivelacion general de satisfaccion, una reparticion de los salarios ganados en los buenos dias entre todas las épocas de la vida. En todas las localidades en que existen, han hecho un bien inmenso. Los asociados se creen sostenidos en ellas por el sentimiento de la seguridad, uno de los mas preciosos y de los mas consoladores que pueda acompañar al hombre en su peregrinacion aqui abajo. Además, comprenden todos su dependencia recíproca, la utilidad que reportan unos á otros; comprenden hasta qué punto el bien ó el mal de cada individuo ó de cada profesion llegan á ser el

bien ó el mal comunes; practican reunidos algunas ceremonias religiosas determinadas en los estatutos; por último son llamados á ejercer unos sobre otros esa inspeccion vigilante, tan propia para inspirar al hombre el respeto de sí mismo al par que el sentimiento de la dignidad humana, ese primero y difícil escalon de toda civilizacion.

Lo que ha sido hasta aquí causa del buen éxito de estas sociedades,—éxito lento á la verdad como todo lo que concierne á las masas—es la libertad, y esto se esplica con facilidad.

Su escollo natural está en variar el asiento de la Responsabilidad. Jamás puede librarse al individuo de las consecuencias de sus propios actos, sin crear para el porvenir grandes peligros y grandes dificultades (1). El dia en que todos los ciudadanos dijeran: «Daremos cada uno cier»ta cantidad para ayudar á los que no pueden trabajar ó »no encuentran trabajo,» seria de temer que se viese desarrollar hasta un punto peligroso la inclinacion natural del hombre á la inercia, y que los laboriosos quedasen reducidos á ser engañados por los perezosos. Los seguros mútuos suponen pues una mútua vigilancia, sin la cual desapareceria muy pronto el fondo de socorros. Esta vigilancia recíproca, que es para la asociacion una garantía de existencia, para cada asociado una certidumbre de que no será engañado, forma además la verdadera moralidad de la asociacion. Gracias á ella, se vé desaparecer poco á poco la embriaguez y otros vicios, porque ¿qué derecho tendria á los socorros de la caja comun el hombre á quien se le pudiese probar que se ha acarreado voluntariamente la enfermedad y la falta de trabajo por su culpa y á consecuencia de sus hábitos viciosos? esta vijilancia es la que restablece la Responsabilidad, cuyo resorte tiende á debilitar, por sí misma, la asociacion.

Así, para que esa vijilancia tenga lugar y produzca sus frutos, es necesario que las sociedades de socorros sean libres, circunscritas, dueñas de sus estatutos como de sus fondos. Es necesario que puedan amoldar sus reglamentos á las exigencias de la localidad.

Supongamos qué el gobierno interviene. Es fácil adivinar el papel que se atribuirá. Su primer cuidado será apoderarse de todas esas cajas á pretesto de centralizarlas; y para justificar esta medida, prometerá aumentarlas con re-

(1) Véase mas adelante el capítulo *Responsabilidad.*

cursos sacados al contribuyente (1). «Porque, dirá, ¿no es »muy natural y muy justo que el Estado contribuya á una »obra tan grande, tan generosa, tan filantrópica, tan hu»manitaria?» Primera injusticia: obligar á entrar por fuerza en la sociedad, y por el lado de las cotizaciones, á ciudadanos que no deben participar de los repartos de socorros. Despues, á pretesto de unidad, de solidaridad (¿qué sé yo?), pensará en refundir todas las asociaciones en una sola sometida á un reglamento uniforme.

Pero pregunto yo ¿qué será de la moralidad de la institucion, cuando se socorra su caja por el impuesto; cuando nadie, á no ser algun empleado, tenga interés en defender el fondo comun; cuando cada uno, en vez de creerse con el deber de prevenir los abusos, tenga un placer en favorecerlos; cuando haya cesado toda vijilancia mútua, y fingir una enfermedad no sea otra cosa que un ligero engaño que se hace al gobierno? El gobierno, es necesario hacerle justicia, está inclinado á defenderse, pero no pudiendo contar con la accion privada, necesitará sustituirla por la accion oficial. Nombrará inspectores, interventores, etc. Se verán formalidades sin número interponerse entre la necesidad y el socorro. En una palabra, una institucion admirable será trasformada desde su nacimiento en un ramo de policia.

El Estado no descubrirá primeramente sino la ventaja de aumentar la turba de sus criaturas, de multiplicar el número de empleos que dar, de estender su patronazgo y su influencia electoral. No observará que arrogándose una nueva atribucion, echa sobre sí una responsabilidad nueva, y me atrevo á decir, una responsabilidad espantosa. Porque ¿qué sucederá al poco tiempo? Los obreros no verán ya en la caja comun una propiedad administrada y sostenida por ellos, y cuyos límites reducen sus derechos. Poco á poco se acostumbrarán á mirar el socorro en caso de enfermedad ó de parada, no como salido de un fondo limitado preparado por su propia prevision, sino como una deuda de la Sociedad. No admitirán en cuanto á ella la imposibilidad de pagar, y jamás se contentarán con las reparticiones. El Estado se verá en la necesidad de pedir continuamente subenciones al presupuesto. Allí, encontrando la oposicion de las comisiones de hacienda, se verá empeñado

(1) Véase en el tomo IV (de las obras completas) el folleto *la Ley* y principalmente la pág. 360 y siguientes.

(*Nota del editor francés.*)

en dificultades invencibles. Los abusos irán creciendo cada dia, y se retrasará su remedio de año en año como es costumbre, hasta que llegue el dia de una esplosion. Pero entonces se verá que solo se cuenta con una poblacion que no sabe obrar por si misma, que lo espera todo de un ministro ó de un prefecto, aun la subsistencia, y cuyas ideas estan pervertidas hasta el punto de haber perdido la nocion del Derecho, de la Propiedad, de la Libertad y de la Justicia.

Estas son algunas de las razones que me han alarmado, lo confieso, cuando he visto que una comision de la asamblea legislativa estaba encargada de preparar un proyecto de ley sobre las sociedades de socorros mútuos. He creido que habia llegado para ellas la hora de la destruccion, y me afligia tanto mas, cuanto que segun creo les aguarda un gran porvenir, con tal que se les conserve el aire fortificante de la libertad. ¡Y qué! ¿es tan dificil que los hombres ensayen, vacilen, escojan, se engañen, rectifiquen, aprendan, se concierten, gobiernen sus propiedades y sus intereses, obren por sí mismos, bajo su propia responsabilidad; cuando es esto lo que les hace hombres? ¿Se partirá siempre de esa fatal hipótesis de que todos los gobernantes son tutores y todos los gobernados pupilos?

Digo que dejadas las sociedades de seguros mútuos á los cuidados y á la vijilancia de los interesados, tienen un gran porvenir, y me basta como prueba de esto lo qué pasa al otro lado de la Mancha.

»En Inglaterra la prevision individual no ha aguardado »el impulso del gobierno para organizar una asistencia po»derosa y recíproca entre las dos clases laboriosas. Desde »hace mucho tiempo se han fundado en las principales ciu»dades de la Gran Bretaña asociaciones *libres*, adminis»trándose por sí mismas...

»El número total de estas asociaciones en los tres reinos »asciende á 33,223, que comprenden tres millones y cin»cuenta y dos mil individuos. Esta es la mitad de la pobla»cion adulta de la Gran Bretaña...

»Esta gran confederacion de las clases laboriosas, esta »institucion de fraternidad efectiva y práctica descansa so»bre las mas sólidas bases. Su renta es de 125 millones, y »su capital acumulado asciende á 280 millones.

»De este fondo es de donde se saca para todas las necesi»dades cuando el trabajo disminuye ó se paraliza. Se han »admirado algunas veces de ver á la Inglaterra resistir los »sacudimientos de inmensas y profundas perturbaciones

»que esperimenta de tiempo en tiempo y casi periódicamen-»te su gigantesca industria. La esplicacion de este fenóme-»no está en gran parte en el hecho que señalamos.

»M. Roebuck (1) queria que á causa de la magnitud de »la cuestion el gobierno *hiciese acto de iniciativa y de tute-»la* tomando el mismo esta cuestion á su cargo... El can-»ciller del Tesoro se negó á ello.

»Cuando los intereses individuales bastan á gobernarse »libremente á sí mismos, el poder, en Inglaterra, juzga inú-»til interponer su accion. Vela desde su esfera por todo lo »que se verifica regularmente; pero deja á cada uno el mé-»rito de sus esfuerzos y el cuidado de administrar sus pro-»pios intereses, segun sus miras y conveniencias. A esta »independencia de los ciudadanos es á lo que debe cierta-»mente la Inglaterra una parte de su grandeza como na-»cion (1).»

El autor hubiera podido añadir: A esta independencia tambien es á lo que deben los ciudadanos su esperiencia y su valor personal. A esta independencia es á lo que debe el gobierno su irresponsabilidad relativa, y por consiguiente su estabilidad.

Entre las instituciones que pueden nacer de las *sociedades de socorros mútuos*, cuando estas hayan realizado la evolucion que apenas han empezado, coloco en primer lugar, á causa de su importancia social, la *caja de retiro* de los trabajadores.

Hay personas que califican de quimera semejante intitucion. Estas personas tienen sin duda la pretension de saber donde estan en materia de Estabilidad los límites que no es permitido á la Humanidad traspasar. Yo les haré estas sencillas preguntas: Si no hubiesen conocido nunca sino el estado social de las tribus que viven de la caza ó de la pesca, ¿hubieran podido prever, no digo las rentas de las tierras, las rentas del Estado, las asignaciones fijas, sino aun el Salariado, este primer grado de fijeza en la condicion de las clases mas pobres? Y despues, sino hubiesen conocido mas que el salariado, tal como existe en los paises en que no se ha manifestado todavia el espíritu de asociacion, ¿se hubieran atrevido á pronosticar los destinos reservados á

(1) Hay que observar que M. Roebuck es en la Cámara de los comunes un diputado de la *estrema izquierda*. Con este título es el adversario nato de todos los gobiernos imaginables; y al mismo tiempo está por la absorcion de todos los derechos, de todas las facultades por el gobierno. Así es falso el proverbio que dice que las *montañas no se encuentran nunca*.

(1) Tomado de la *Presse* del 22 de junio de 1850.

las *sociedades de socorros mútuos*, tales como las acabamos de ver funcionar en Inglaterra? ¿O tienen alguna razon plausible para creer que es mas fácil á las clases laboriosas elevarse primeramente al salariado, luego á las sociedades de socorros, que llegar á las cajas de retiro? ¿Seria este tercer paso mas difícil que los otros dos?

En cuanto á mí, veo que la Humanidad tiene sed de estabilidad; veo que de siglo en siglo aumenta sus conquistas incompletas, el provecho de una ó de otra clase por procedimientos maravillosos, que parecen fuera del alcance de toda invencion individual, y no me atreveria seguramente á decir el punto donde se detendrá en esta via.

Nadie podrá dudar que la *Caja de retiro* es una aspiracion universal, unánime, enérjica, ardiente, de todos los obreros; y es muy natural.

Yo los he interrogado muchas veces, y siempre he reconocido que el gran dolor de su vida no es, ni el peso del trabajo, ni la pequeñez del salario, ni aun el sentimiento de irritacion que podria provocar en su alma el espectáculo de la desigualdad. No; lo que les afecta, lo que los desanima, lo que les desgarra, lo que los crucifica, es la incertidumbre del porvenir. Sea cualquiera la profesion á que pertenezcamos, seamos funcionarios, rentistas, propietarios, negociantes, médicos, abogados, militares, magistrados, gozamos, sin apercibirnos de ello, y por consiguiente sin agradecerlo, de los progresos realizados por la Sociedad, hasta el punto de no comprender, por decirlo así, la tortura de la incertidumbre. Pero pongámonos en el lugar de un obrero, de un artesano que tiene todas las mañanas al despertarse este pensamiento.

«Soy jóven y robusto; trabajo, y aun me parece que tengo menos descanso; que vierto mas sudores que la mayor parte de mis semejantes. Sin embargo apenas puedo conseguir satisfacer mis necesidades, las de mi muger y mis hijos. ¿Pero qué será de mi, qué será de ellos, cuando la edad ó la enfermedad hayan enervado mis brazos? Necesitaria un imperio sobre mi mismo, una fuerza, una prudencia sobrehumanos para ahorrar de mi salario con qué hacer frente á estos dias de desgracia. Y aun contra la enfermedad, puedo tener la esperanza de gozar de salud, y luego hay sociedades de socorros mútuos. Pero la vejez no es una eventualidad; llegará fatalmente. Todos los dias siento acercarse, vá á apoderarse de mi; y entonces, despues de una vida de probidad y de trabajo ¿cuál es la perspectiva que tengo delante de los ojos? El hospicio, la cár-

cel, ó el correccional para mi; para mi muger la mendicidad; para mi hija otra cosa peor todavia ¡Oh! ¡si existiese alguna institucion social que me sacase, aun á la fuerza, en mi juventud con qué asegurar el pan en mi vejez!

Es menester convencerse de que este pensamiento que acabo de espresar débilmente, atormenta, en el momento en que escribo, y todos los dias, y todas las noches, y á toda hora, la imaginacion espantada de un número inmenso de nuestros hermanos.—Y cuando se propone un problema con tales condiciones ante la humanidad, debemos estar seguros de que no es irresoluble.

Si los obreros, en sus esfuerzos para dar mas estabilidad á su porvenir, han sembrado la alarma entre las demás clases de la sociedad, es porque han dado á estos esfuerzos una direccion falsa, injusta, peligrosa. Su primer pensamiento,—este es el uso en Francia,—ha sido hacer una irrupcion sobre la fortuna pública, fundar la caja de retiros sobre el producto de las contribuciones; hacer que interviniese el Estado, ó la Ley, es decir, obtener todos los provechos del despojo sin aceptar sus peligros y su vergüenza.

No es de esta parte del horizonte social de donde puede venir la institucirn tan deseada por los obreros. La caja de retiro, para que sea útil, sólida, laudable, para que su orígen esté en armonía con su fin, debe ser el fruto de los esfuerzos, de la energia, de la sagacidad, de la esperiencia, de la prevision de los obreros. Debe alimentarse con sus sacrificios; debe crecer regada con sus sudores. Ellos no tienen nada que pedir al gobierno, como no sea libertad de accion y represion de todo fraude.

Pero ¿há llegado el tiempo de que sea posible la fundacion de una caja de retiro para los trabajadores? No me atreveré á afirmarlo; aun confieso que me parece no haber llegado. Para que una institucion, que realiza un nuevo grado de estabilidad, pueda establecerse, es necesario que se haya realizado, cierto progreso, cierto grado de civilizacion, en el medio social en que la institucion aspira á la vida. Es necesario que tenga preparada una atmósfera vital. Si no me engaño, á las *sociedades de socorros mútuos*, por los recursos materiales que han de crear, por el espíritu de asociacion, la esperiencia, la prevision, el sentimiento de la dignidad, que ellas deberán introducir en las clases laboriosas, á las sociedades de socorros, digo, es á las que les está reservado dar vida á las cajas de retiro.

Porque ved lo que pasa en Inglaterra, y os convence-

reis de que todo se liga, y que un progreso para ser realizable quiere ir precedido de otro progreso.

En Inglaterra, todos los adultos á quienes interesa han llegado sucesivamente sin coaccion á las *sociedades de socorros*, y este es un punto muy importante, cuando se trata de operaciones que no presentan alguna esactitud sino en grande escala, en virtud de la ley de los grandes números.

Estas sociedades tienen capitales inmensos, y obtienen además todos los años rentas considerables.

Puede creerse, ó habria que negar la civilizacion, que el empleo de estas prodigiosas sumas á título de socorros se restringirá proporcionalmente cada vez mas.

La salubridad es uno de los beneficios que la civilizacion desarrolla. La higiene, el arte de curar hacen algunos progresos; las máquinas toman á su cargo la parte mas penosa del trabajo humano; la longevidad aumenta. Bajo todos aspectos tienden á disminuir las cargas de las asociaciones de socorros.

Y es todavia un hecho mas positivo y mas infalible la desaparicion de las grandes crisis industriales en Inglaterra. Estas eran motivadas, ya por esos caprichos súbitos, que de tiempo en tiempo sorprendian á los Ingleses, por empresas mas que atrevidas y que ocasionan una disipacion inmensa de capitales; ya por la subida de los precios que tenian que sufrir los medios de subsistencia, bajo la accion de un régimen restrictivo: porque es claro que cuando el pan y la carne estan á un precio muy alto, todos los recursos del pueblo se emplean en procurarse estos artículos; los demás consumos se abandonan, y la paralizacion de las fabricas llega á ser inevitable.

La primera de estas causas se vé sucumbir hoy por las lecciones de la discusion pública, y por las lecciones mas rudas de la esperiencia; y ya puede preverse que esta nacion, que se lanzaba á los empréstitos americanos, á las minas de Méjico, á las empresas de caminos de hierro con tan inocente credulidad, se engañará menos que otras con las ilusiones californianas.

¿Qué diré del libre cambio, cuyo triunfo es debido á Cobden (1), no á Robert Peel? porque el apóstol hubiera hecho siempre que surgiese un hombre de Estado, en tanto que el hombre de Estado no podia prescindir del apóstol. Hé aquí un poder nuevo en el mundo y que dará, segun

(1) Véase tomo III, (de las obras completas) pág. 422 y 446.
(Nota del editor francés.)

espero, un rudo golpe á ese monstruo que se llama paralizacion del trabajo. La restriccion tiene la tendencia, y produce el efecto (ella no lo niega) de poner muchas industrias del pais y por consiguiente una parte de su poblacion en un estado precario. Como esas olas amontonadas, que una fuerza pasagera sostiene momentáneamente sobre el nivel del mar, aspiran constantemente á descender, asi esas industrias facticias, rodeadas por todas partes de una concurrencia victoriosa, amenazan sin cesar precipitarse. ¿Qué se necesita para determinar su caida? Una modificacion en alguno de los artículos de una de las innumerables tarifas del mundo. De aquí una crísis. Por otra parte, las variaciones de precio en un comestible son tanto mas grandes cuanto es mas estrecho el círculo de la concurrencia. Si se rodease de aduanas un departamento, un distrito, un municipio, serian considerables las flluctuaciones de los precios. La libertad obra segun el principio de los seguros. Compensa entre los diversos paises y los diversos años las malas cosechas con las buenas. Mantiene los precios próximos á un término medio; es por tanto una fuerza de nivelacion y de equilibrio. Concurre á la estabilidad, asi combate la instabilidad, esta gran fuente de crisis y paralizaciones. No hay exageracion alguna en decir que la primera parte de la obra de Cobden disminuirá mucho los peligros, á que han dado márgen en Inglaterra las sociedades de socorros mútuos.

Cobden ha emprendido una tarea (y obtendrá un resultado favorable, porque la verdad bien comprendida triunfa siempre) que no ejercerá menos influencia sobre la fijeza de la suerte de los trabajadores. Hablo de la abolicion de la guerra, ó mas bien (lo que es lo mismo) de infundir el espíritu de paz en la opinion que decide de la paz y de la guerra. La guerra es siempre la mayor de las perturbaciones que puede sufrir un pueblo en su industria, en el curso de sus negocios, en la direccion de sus capitales, y hasta aun en sus gustos. Por consiguiente, es una causa poderosa de desconcierto, de malestar para las clases que menos pueden cambiar la direccion de su trabajo. A medida que esta causa se disminuya, serán menos onerosas las cargas de las sociedades de socorros mútuos.

Y además, por la fuerza del progreso, por solo el beneficio del tiempo, sus recursos llegarán á ser cada vez mas abundantes. Vendrá pues un momento en que puedan emprender, sobre la instabilidad inherente á las cosas humanas, una nueva y decisiva conquista, trasformándose en

cajas de retiro; y lo harán sin duda, puesto que es la aspiracion ardiente y universal de los trabajadores.

Es de notar que al mismo tiempo que las circunstancias materiales preparan esta creacion, las circunstancias morales estan inclinadas á ella por la influencia misma de las sociedades de socorros. Estas sociedades desarrollan entre los obreros hábitos, cualidades, virtudes cuya posesion y difusion son como un preliminar indispensable para las cajas de retiro. Examínese esto muy de cerca y se convencerá cualquiera de que el advenimiento de esta institucion supone una civilizacion muy adelantada. Debe ser á la vez su efecto y su recompensa. ¿Cómo seria posible, si los hombres no tuviesen el hábito de verse, de concertarse, de administrar intereses comunes; ó bien si estuviesen sumidos en el vicio que los haria viejos antes de tiempo; ó tambien si pensasen que todo es permitido contra el público y que un interés colectivo es el punto de mira de todos los fraudes?

Para que el establecimiento de las cajas de retiro no sea un motivo de disturbio y de discordia, es menester que comprendan bien los trabajadores que no deben apelar para ellas sino á sí mismos, que el fondo colectivo debe formarse voluntariamente por aquellos que tengan probabilidad de participar de él; que es soberanamente injusto y antisocial el hacer que concurran á él por el impuesto, es decir, por la fuerza, las clases que permanecen estrañas á su reparticion. Pero todavia no hemos llegado aquí; nos falta mucho, y las frecuentes invocaciones al Estado prueban bastante cuales son las esperanzas y las pretensiones de los trabajadores. Piensan que su caja de retiro debe alimentarse con subenciones del Estado, como la de los funcionarios. Asi es como un abuso provoca siempre otro.

Pero si las cajas de retiro deben ser alimentadas esclusivamente por aquellos que estan interesados en ellas ¿no puede decirse que existen ya, puesto que las compañias de seguros sobre la vida presentan combinaciones que permiten á todo obrero aprovecharse en el porvenir de todos los sacrificios del presente?

Me he estendido largamente sobre las *sociedades de socorros mútuos* y las *cajas de retiro*, aunque estas instituciones no se refieran sino indirectamente al asunto de este capítulo. He cedido al deseo de mostrar á la Humanidad marchando gradualmente á la conquista de la estabilidad, ó mas bien (porque la estabilidad supone algo estacionario) saliendo victoriosa de su lucha con lo *aleatorio*; lo aleato-

rio, esa amenaza constante que basta por sí sola para turbar todos los goces de la vida; esa espada de Damocles que parecía suspendida tan inevitablemente sobre los destinos humanos. El poder alejar esta amenaza progresiva é indefinidamente, por la reduccion de los azares de todos los tiempos, de todos los lugares y de todos los hombres á un término medio, es ciertamente una de las armonias sociales mas admirables que puedan ofrecerse á la contemplacion del economista filósofo.

Y no se crea que esta victoria depende de dos instituciones mas ó menos contingentes. No; aunque la esperiencia las presentase como impracticables, no por eso dejaria de encontrar la Humanidad su camino hácia la fijeza. Basta que la incertidumbre sea un mal para asegurarse que será constantemente combatido, y tarde ó temprano eficazmente vencido, porque tal es la ley de nuestra naturaleza.

Si, como hemos observado el salariado ha sido bajo el punto de vista de la estabilidad una forma mas avanzada de la asociacion entre el capital y el trabajo, deja todavia un espacio demasiado grande al azar. A la verdad, el obrero sabe con qué contar mientras trabaja. Pero ¿hasta cuando le durará el trabajo, y cuanto tiempo conservará la fuerza para ejecutarlo? Hé aquí lo que ignora y lo que establece para su porvenir un espantoso problema. La incertidumbre del capitalista es diferente. Esta no envuelve una cuestion de vida ó muerte. «Siempre sacaré un interés de mis fon»dos; ¿pero cuál será este interés?» Tal es la cuestion que se propone el trabajo anterior.

Los filántropos sentimentalistas que ven en esto una desigualdad chocante, que quisieran ver desaparecer por medios artificiales, y podriamos decir injustos y violentos, no quieren comprender que despues de todo la naturaleza de las cosas no puede evitarse que sea la naturaleza de las cosas. No puede evitarse que el trabajo anterior tenga mas seguridad que el trabajo actual, porque no puede dejar de ser que los productos creados ofrezcan mas recursos que los productos por crear; que los servicios ya prestados, recibidos y evaluados no presenten una base mas sólida que servicios todavia en estado de oferta. Si no os sorprende que de dos pescadores, esté mas tranquilo sobre su porvenir aquel que, habiendo trabajado y ahorrado por espacio de mucho tiempo, posea redes, aparejos, barcas y provision de pescado, mientras que el otro no tenga absolutamente mas que la buena voluntad de pescar, ¿porqué os admira que el órden social manifieste en un grado cualquiera las

mismas diferencias? Para que la envidia, la rivalidad, el simple despecho del obrero respecto al capitalista fuesen justificables, seria menester que la estabilidad relativa del uno fuese una de las causas de la instabilidad del otro. Pero lo contrario es lo cierto, y justamente ese capital, que existe entre las manos de un hombre, es el que realiza en favor de otro la garantia del salario, por muy insuficiente que os parezca. Sin capital ciertamente seria lo aleatorio mucho mas inminente y rigoroso. ¿Seria una ventaja para los obreros que este rigor se aumentase, si llegase á ser comun á todos, igual para todos?

Dos hombres corrian riesgos iguales á 40. Uno de ellos ejerció tan bien su trabajo y su prevision que redujo á 10 los riesgos que le rodeaban. Los de su compañero se encontraron al mismo tiempo, y á consecuencia de una misteriosa solidaridad, reducidos no á 10 sino á 20. ¿Puede haber nada mas justo que el uno, el que tenia el mérito, recojiese una parte mayor de la recompensa? ¿Puede haber nada mas admirable que el otro se aprovechase de las virtudes de su hermano? Pues bien, esto es lo que rechaza la filantropia á pretesto de que un órden semejante ofende á la igualdad.

El pescador viejo dice un dia á su camarada:

«No tienes ni barca, ni aparejos, ni mas instrumentos »que tus manos para pescar, y corres un gran riesgo de »hacer una mala pesca. No tienes tampoco provisiones, y »sin embargo para trabajar no puede tenerse el estómago »vacío. Ven conmigo; que te interesa tanto á ti como á mi. »A ti, porque te cederé una parte de nuestra pesca, y sea »esta cualquiera, siempre será mas ventajosa para ti que »el fruto de tus trabajos aislados. A mi tambien, porque lo »que sacaré demás, á causa de tu ayuda, sobrepujará á la »porcion que he de cederte. En una palabra, la union de tu »trabajo, del mio y de mi capital, comparativamente á la »accion aislada de cada uno de nosotros, nos valdrá un es»cedente, y la particion de este escedente es la que esplica »como puede la asociacion sernos favorable á los dos.»

Esto se hizo así. Mas tarde el pescador jóven prefirió recibir diariamente una cantidad fija de pescado. Su ganancia incierta se convirtió así en salario, sin que quedasen destruidas las ventajas de la asociacion, y con mayor razon, sin que la asociacion se disolviese.

Y en tales circunstancias es cuando la pretendida filantropia de los socialistas viene á declamar contra la tirania de las barcas y de los aparejos, contra la situacion natural-

mente menos incierta del que las posèe, porque ha fabricado estos instrumentos precisamente para adquirir alguna certidumbre. En estas circunstancias es cuando se esfuerza en persuadir al pobre desprovisto de todo que es victima de su convenio *voluntario* con el pescador viejo, y que debe apresurarse á volver al aislamiento.

Si, el porvenir del capitalista es menos azaroso que el del obrero; lo que equivale á decir que el que posee ya está en mejor condicion que el que no posee todavia. Esto es asi y debe ser así, porque es la razon de que cada uno aspire á poseer.

Los hombres pues tienden á salir del salariado para hacerse capitalistas. Esta es la marcha conforme á la naturaleza del corazon humano. ¿Qué trabajador no desea tener un instrumento suyo, adelantos suyos, una tienda, un taller, una casa, un campo suyos? ¿Qué obrero no aspira á ser maestro? ¿No es agradable mandar despues de haber obedecido por mucho tiempo? Resta saber si las grandes leyes del mundo económico, si el juego natural de los órganos sociales favorecen ó contrarían esta tendencia. Es la última cuestion que examineremos con respecto á los salarios.

¿Y puede existir en cuanto á esto alguna duda?

Recuérdese la evolucion necesaria de la produccion, la utilidad gratuita sustituyéndose constantemente á la utilidad onerosa; los esfuerzos humanos disminuyendo sin cesar, y quedando disponibles para dedicarse á nuevas empresas; cada hora de trabajo correspondiendo á una satisfaccion cada vez mayor. ¿Cómo no deducir de estas premisas el aumento progresivo de los *efectos útiles* que repartir, y por consiguiente el mejoramiento sostenido de los trabajadores, y por consiguiente tambien una progresion sin fin en este mejoramiento?

Porque aquí, llegando á ser causa el efecto, vemos al progreso no solamente marchar, sino acelerarse por la marcha; *vires acquirere cundo*. En efecto, de siglo en siglo, el ahorro se hace mas fácil, puesto que la remuneracion del trabajo es mas fecunda. El ahorro aumenta los capitales, provoca la demanda de brazos y determina la elevacion de los salarios. La elevacion de los salarios á su vez facilita el ahorro y la trasformacion del asalariado en capitalista. Hay pues entre la remuneracion del trabajo y el ahorro una accion y una reaccion constantes, siempre favorables á la clase obrera, siempre aplicadas á aliviarla del yugo de las necesidades urgentes.

Acaso se dirá que reuno aqui todo lo que puede hacer brillar la esperanza á los ojos de los proletarios, y que disimulo lo que puede sumirlos en el desaliento. Si hay tendencias hácia la igualdad, se me dirá, tambien las hay hácia la desigualdad. ¿Porqué no las analizais todas, á fin de esplicar la situacion verdadera del proletariado y poner de este modo á la ciencia de acuerdo con los tristes hechos que parece negarse á ver? Nos mostrais la utilidad gratuita sustituyéndose á la utilidad onerosa, los dones de Dios entrando cada vez mas en el dominio de la comunidad, y por este solo hecho, el trabajo humano obteniendo una recompensa cada vez mayor. De este aumento de remuneracion deducis una facilidad creciente de ahorro; de esta facilidad de ahorro un nuevo aumento de remuneracion dando márgen á nuevos ahorros mas abundantes todavia, y asi en adelante hasta lo infinito. Tal vez sea este sistema tan lógico como optimista, acaso no estemos en disposicion de oponerle una refutacion científica. Pero ¿dónde estan los hechos que lo confirman? ¿En dónde se vé realizarse la emancipacion del proletariado? ¿Es acaso en los grandes centros manufactureros? ¿Es entre los trabajadores de los campos? Y si vuestras previsiones teóricas no se realizan ¿no podrá suceder que al lado de las leyes económicas que invocais, haya otras leyes que obren en sentido contrario, y de las que no hablais? Por ejemplo ¿porqué no nos decis nada de esa concurrencia que los brazos se hacen entre sí, y que los obliga á ajustarse á precios bajos; de esa necesidad urgente de vivir, que apremia al proletario y lo obliga á sufrir las condiciones del capital, de tal suerte que el obrero mas miserable, mas hambriento, mas aislado, y por consecuencia el menos exigente es el que fija para todos la tasa del salario? Y si, al través de tantos obstáculos la condicion de nuestros desgraciados hermanos viene sin embargo á suavizarse ¿porqué no nos mostrais la ley de la poblacion viniendo á interponer su accion fatal, á multiplicar la multitud; á reavivar la concurrencia, á aumentar la oferta de brazos, á dar mas poder al capital, y á reducir al proletario á no recibir por un trabajo de doce ó diez y seis horas sino lo *indispensable* (es la palabra consagrada) *para el mantenimiento de la existencia?*

Si no me he ocupado de todas estas fases de la cuestion es porque no puede acumularse todo en un capítulo. Ya he espuesto la ley general de la Concurrencia, y ha podido verse que esta se halla lejos de ofrecer á ninguna clase, principalmente á la menos feliz, motivos sérios de desalien-

to. Mas tarde espondré la de la poblacion, y espero que se asegurará cualquiera de que en sus efectos generales no es implacable. No es culpa mia si cada grado de solucion, como es, por ejemplo, el destino futuro de toda una porcion de la humanidad, resulta, no de una ley económica aislada, y por consiguiente de un capítulo de esta obra. sino del conjunto de estas leyes ó de la obra entera.

—Despues, y llamo la atencion del lector sobre esta distincion que no es una sutileza: cuando se está en presencia de un efecto, es necesario guardarse de atribuirlo á las leyes generales y providenciales, si proviene por el contrario de la violacion de estas leyes.

No niego seguramente las calamidades que, bajo todas las formas—trabajo escesivo, insuficiencia de salario, incertidumbre del porvenir, sentimiento de inferioridad—afligen á aquellos de nuestros hermanos que no han podido elevarse todavia por la Propiedad á una situacion mas dulce. Pero debemos reconocer tambien que la incertidumbre, la pobreza y la ignorancia es el punto de partida de la humanidad entera. Siendo esto asi, me parece que la cuestion se reduce á saber; 1.° Si las leyes generales providenciales tienden á aliviar en todas las clases este triple yugo; 2.° si las conquistas hechas por las clases mas avanzadas son una facilidad preparada á las clases retardadas. Y si la respuesta á estas cuestiones es afirmativa, puede decirse que la armonia social está probada, y que la Providencia quedaria justificada á nuestros ojos, si tuviese necesidad de serlo.

Segun esto, estando dotado el hombre de voluntad y de libre albedrío, es cierto que las benéficas leyes de la Providencia no le aprovechan, sino en tanto que se conforma á ellas; y aunque yo afirmo su naturaleza perfectible, no creo asegurar por esto que progresa aun cuando desconozca ó viole estas leyes. Asi digo que las convenciones naturales, libres, voluntarias, exentas de fraude y de violencia llevan en sí mismas un principio progresivo para todo el mundo. Pero no es esto afirmar que el progreso es inevitable y que debe surgir de la guerra, del monopolio y de la impostura. Digo que el salario tiende á elevarse, que esta elevacion facilita el ahorro, y que el ahorro á su vez eleva el salario. Pero si el asalariado neutraliza en el origen por hábitos de disipacion y desarreglo esta causa de efectos progresivos, no digo que los efectos se manifestaran de la misma manera, pues supone lo contrario mi afirmacion.

Para someter á la prueba de los hechos la deduccion

científica, sería necesario comparar dos épocas, por ejemplo, 1750 y 1860.

Seria necesario en primer lugar ver cual es en estas dos épocas la proporcion de los proletarios á los propietarios. Se hallaria, segun presumo, que de un siglo á esta parte el número de los individuos que tienen algunos ahorros se ha aumentado mucho con relacion al número de los que no tienen absolutamente nada.

Seria necesario despues establecer la situacion específica de cada una de estas dos clases, lo que no puede hacerse sino observando sus satisfacciones. Probablemente se veria que en nuestros dias sacan muchas mas satisfacciones reales, la una de su trabajo acumulado, la otra de su trabajo actual, que hubieran obtenido en tiempo de la regencia.

Si este doble progreso respectivo y relativo no ha sido lo que pudiera desearse, principalmente para la clase obrera, deberiamos investigar si ha sido mas ó menos retardado por errores, injusticias, violencias, pasiones, en una palabra, por culpa de la Humanidad, que por causas contingentes que no pueden confundirse con lo que llamo las grandes y constantes leyes de la economia social. Por ejemplo ¿no ha habido guerras y revoluciones que pudieran haberse evitado? ¿No han absorvido estas atrocidades primero, disipado despues, una masa incalculable de capitales, por consiguiente disminuido el fondo de los salarios, y retardado para muchas familias de trabajadores la hora de su emancipacion? ¿No han desviado además el trabajo de su fin, pidiéndole no satisfacciones, sino destrucciones? ¿No ha habido monopolios, privilegios, impuestos mal repartidos? ¿No ha habido consumos absurdos, modas ridículas, pérdidas de fuerza que no pueden atribuirse sino á sentimientos y preocupaciones pueriles?

¿Y cuáles son las consecuencias de estos hechos?

Hay leyes generales á las que puede conformarse el hombre ó que puede violar.

Si es incontestable que los Franceses han contrariado muchas veces, de cien años á esta parte, el órden natural del desenvolvimiento social; si no podemos dejar de atribuir á guerras contínuas, á revoluciones periódicas, á injusticias, privilegios, disipaciones, locuras de todas especies una pérdida espantosa de fuerzas, de capitales y de trabajo;

Y si por otra parte, á pesar de este primer hecho bien patente, se ha observado otro hecho á saber: que durante

este mismo período de cien años ha ingresado en la clase propietaria gran número de individuos de la clase proletaria, y que al mismo tiempo las dos tienen á su disposicion mas satisfacciones respectivas; ¿no llegamos rigorosamente á esta conclusion?

Las leyes generales del mundo social son armónicas, tienden en todos sentidos al perfeccionamiento de la humanidad.

Porque al fin, puesto que la Humanidad se encuentra mas adelantada despues de un período de cien años, durante el cual han sido tan frecuente y tan profundamente violadas aquellas, es necesario que su accion sea benéfica, y aun con esceso para compensar tambien la accion de las causas perturbadoras.

¿Y cómo podria ser de otra manera? ¿No hay una especie de equívoco ó mas bien pleonasmo en estas espresiones: *Leyes generales benéficas*? ¿Pueden no serlo?... Cuando Dios ha puesto en cada hombre un impulso irresistible hácia el bien, y para discernirlo, una luz susceptible de rectificarse, desde este instante quedó decidido que la Humanidad fuese perfectible, y que al través de muchas tentativas, errores, decepciones, opresiones, oscilaciones, marchase hácia lo mejor indefinidamente. Esta marcha de la Humanidad, en tanto que los errores, las decepciones, las opresiones no la detienen, es justamente lo que se llama las leyes generales del órden social. Los errores, las opresiones, esto es lo que llamo la violacion de estas leyes ó las causas perturbadoras. No es pues posible que las unas sean benéficas y las otras funestas á ménos que no se llegue hasta creer que las causas perturbadoras pueden obrar de una manera mas permanente que las leyes generales. Pero semejante aserto se halla en contradiccion con estas premisas: nuestra inteligencia que puede engañarse, es susceptible de rectificarse. Es claro que hallándose constituido el mundo social tal como está, el error encuentra tarde ó temprano su límite en la Responsabilidad, la opresion se rompe tarde ó temprano contra la Solidaridad; de donde se sigue que las causas perturbadoras no son de una naturaleza permanente, y por esta razon merece lo que estas turban el nombre de Leyes generales.

Para conformarse á leyes generales, es menester conocerlas. Permitáseme pues insistir sobre las relaciones, tan mal comprendidas, del capitalista y del trabajador.

El capital y el trabajo no pueden pasar el uno sin el otro. Perpétuamente en presencia, sus arreglos son uno de los hechos mas importantes, y mas interesantes que pueda ob-

servar el economista. Y piénsese bien en esto, ódios inveterados, luchas ardientes, crímenes, torrentes de sangre pueden salir de una observacion mal hecha, si se populariza.

Asi, lo digo con la mas completa conviccion, se ha saturado al público de algunos años á esta parte con las teorías mas falsas sobre esta materia. Se ha profesado que de las convenciones libres del capital y del trabajo, deben surgir, no accidental sino necesariamente, el monopolio para el capitalista, y la opresion para el trabajador; de donde no se ha temido deducir que la libertad debia ser sofocada por todas partes; porque, lo repito, cuando se acusa á la libertad de haber dado orígen al monopolio, no se ha pretendido solamente comprobar un hecho, sino pronunciar una Ley. En apoyo de esta tésis se ha invocado la accion de las máquinas y la de la concurrencia. M. de Simondi, segun creo, ha sido el fundador y M. Buret el propagador de estas tristes doctrinas, aunque este no haya deducido sus consecuencias sino muy temidamente, y el primero no las haya deducido de ninguna manera. Pero han venido otros que han sido mas atrevidos. Despues de haber encendido el ódio al *capitalismo* y del *propietarismo*, despues de haber hecho que las masas aceptasen como un axioma incontestable este descubrimiento: *La libertad conduce fatalmente al monopolio*, han arrastrado voluntaria ó involuntariamente al pueblo á poner la mano sobre esa libertad maldita (1). Cuatro dias de una lucha sangrienta la han desembarazado pero no tranquilizado; porque ¿no vemos todos los dias que la mano del Estado, obedeciendo á preocupaciones vulgares, está siempre dispuesta á intervenir en las relaciones del capital y del trabajo?

La accion de la concurrencia ha sido ya deducida de nuestra teoría del valor. Daremos á conocer tambien el efecto de las máquinas. Aqui debemos limitarnos á esponer algunas ideas generales sobre las relaciones del capitalista y el trabajador.

El hecho que llama primeramente la atencion de nuestros reformadores pesimistas es que los capitalistas estan mas ricos que los obreros, que se procuran mas satisfacciones, de donde resulta que se adjudican una parte mayor y por consiguiente injusta, del producto elaborado en comun. A esto vienen á parar las estadísticas mas ó menos inteligentes, mas ó menos imparciales, en las que esponen aquellos la situacion de las clases obreras.

(1) Jornadas de junio de 1848.

Estos señores olvidan que la *miséria absoluta* es el punto de partida fatal de todos los hombres, y que persiste fatalmente mientras no han adquirido nada, ó nadie ha adquirido para ellos. Observar á bulto que los capitalistas estan mejor provistos que los simples obreros es probar simplemente que los que tienen algo tienen mas que los que no tienen nada.

Las cuestiones que el obrero debe proponerse no son estas.

«¿Mi trabajo me produce mucho? ¿me produce poco? »¿me produce tanto como á otro? ¿me produce lo que yo »querria?» —Sino estas:

»¿Me produce menos mi trabajo porque lo he puesto al »servicio del capitalista¿ ¿Me produciria mas si lo aislase ó »si lo asociase al de otros trabajadores pobres como yo? »Estoy mal, ¿pero estaria mejor si no hubiese capital en el »mundo? Si la parte que obtengo por mi convenio con el »capital es mayor que la que obtendria sin este convenio »¿por qué me quejo? Y Luego, ¿en virtud de qué leyes »nuestras partes respectivas van aumentando ó disminuyen»do en el caso de las convenciones libres? Si está en la na»turaleza de estas convenciones el hacer que á medida que »el total que ha de partirse aumente, he de obtener en el »escedente una proporcion cada vez mayor (capitulo VII, »página 196), en vez de profesar ódio al capital ¿no debo »tratarlo como buen hermano? Si está demostrado que la »presencia del capital me favorece, y que su ausencia me »causaria la muerte, ¿soy prudente y cuerdo cuando lo ca»lumnio, lo espanto, lo obligo á disiparse ó á huir?»

Se alega continuamente que en el debate que precede al convenio, las situaciones no son iguales, porque el capital puede esperar y el trabajo no puede. El que tiene mas urgencia, se dice, se vé obligado á ceder primero, de suerte que el capitalista fija la tasa del salario.

Indudablemente, y no viendo sino la superficie de las cosas, el que se ha creado provisiones, y que en razon á su prevision puede esperar, tiene una ventaja en el contrato. A no considerar sino una convencion aislada, aquel que dice: *Do ut facias*, no se ve con tanta urgencia de llegar á una conclusion como el que contesta: *Facio ut des*. Porque cuando se puede decir *do*, se posee y cuando se posee se puede aguardar.

No debe sin embargo perderse de vista que el valor tiene el mismo principio en el servicio que en el producto. Si una de las partes dice *do*, en vez de *facio*, indica que ha te-

nido la prevision de ejecutar el *facio* con anticipacion. En el fondo, es el servicio el que por una y otra parte mide el valor. Si para el trabajo actual todo retardo es un sufrimiento, para el trabajo anterior es una pérdida. No debe creerse pues que aquel que dice *do*, el capitalista, se divertirá en seguida, principalmente si se considera el conjunto de sus operaciones, en diferir el contrato. En la práctica ¿se ven muchos capitales ociosos por esta causa? ¿Son muchos los fabricantes que detienen su fabricacion, los armadores que suspenden sus espediciones, los agricultores que retardan la recoleccion de sus cosechas, únicamente por reducir el salario, sitiando á los obreros por hambre?

Pero, sin negar aqui que la posicion del capitalista con respecto al obrero no sea favorable bajo esta relacion ¿no hay nada mas que considerar en sus arreglos? Y por ejemplo, ¿no es una circunstancia enteramente favorable al *trabajo actual* que el *trabajo acumulado* pierda por la sola accion del tiempo? Ya he hecho alusion en otra parte á este fenómeno. Sin embargo importa someterlo aquí de nuevo á la atencion de los lectores, puesto que tiene una grande influencia sobre la remuneracion del trabajo actual.

Lo que, segun mi parecer, hace falsa ó al menos incompleta la teoría de Smith de que *el valor viene del trabajo*, es que no asigna al valor sino un elemento, en tanto que siendo una relacion tiene necesariamente dos. Por otra parte, si el valor naciese únicamente del trabajo, y lo representase, le seria proporcional, lo que es contrario á todos los hechos.

No, el valor viene del servicio recibido y prestado; y el servicio depende tanto, si no es mas, de la molestia ahorrada al que lo recibe como de la molestia tomada por el que lo presta. Con respecto à esto, los hechos mas esenciales confirman el raciocinio. Cuando compro un producto, puedo hacerme esta pregunta: «¿Cuánto tiempo se ha invertido en hacerlo?» Y este es sin duda uno de los elementos de la evaluacion; pero lo que me pregunto tambien y principalmente: «¿Cuánto tiempo invertiria yo en hacerlo? ¿Cuánto tiempo he invertido en lo que me piden en cambio?» Cuando compro un servicio, no examino solamente; Cuanto costará al vendedor prestarmelo, sino tambien: Cuanto me costaria el prestármelo á mi mismo.

Estas preguntas personales y las contestaciones que provocan forman de tal manera parte esencial de la evaluacion, que las mas veces la determinan.

Ajustad un diamante encontrado casualmente. Os cede-

rán muy poco ó ningun trabajo; os pedirán mucho. ¿Porqué pues dais vuestro consentimiento? porque teneis en consideracion el trabajo que os ahorra, el que os veriais obligado á sufrir para satisfacerlo por cualquiera otro medio, el deseo de poseer un diamante.

Asi, cuando el *trabajo anterior* y el *trabajo actual* se cambian, no es de ninguna manera bajo el pié de su intensidad ó de su duracion, sino sobre el de su valor, es decir, del servicio que se prestan, de la utilidad que tienen el uno para el otro. El capital vendrá á decir: «Aqui teneis un producto que me ha costado en otro tiempo diez horas de trabajo;» si el trabajo actual estuviese en disposicion de responder: «Puedo hacer el mismo producto en cinco horas;» se veria obligado el capital á sufrir esta diferencia, porque, otra vez todavia, importa poco al comprador actual saber el trabajo que en otro tiempo haya exigido el producto; lo que le interesa es saber lo que le ahorra hoy el servicio que espera de él.

El capitalista, en un sentido muy general, es el hombre que, habiendo previsto que seria pedido cierto servicio, lo ha preparado de antemano y ha incorporado sumovible valor en un producto.

Cuando el trabajo ha sido ejecutado asi por anticipacion, en vista de una remuneracion futura, nada nos dice que en cualquier dia del porvenir prestará el mismo servicio, ahorrará la misma pena, y conservará por consiguiente el mismo valor uniforme. Esto está fuera aun de toda verosimilitud. Podrá ser muy buscado, muy dificil de reemplazar de cualquiera otra manera, prestar servicios mejor apreciados ó apreciados por mayor número de personas, adquirir un valor mayor con el tiempo, en otros términos, cambiarse por una proporcion cada vez mayor de trabajo actual. Asi, no es imposible que semejante producto, un diamante, un violin de Stradivarius, un cuadro de Rafael, un plantio de viñas en Chateau Lafitte se cambie por mil veces mas de trabajo que lo que ha costado. Esto no quiere decir sino que el trabajo anterior es bien remunerado en este caso porque presta muchos servicios.

Lo contrario es posible tambien. Puede suceder que lo que habia exigido cuatro horas de trabajo no se venda mas que por tres horas de un trabajo de menos intensidadad.

Pero—y hé aqui lo que me parece en estremo importante bajo el punto de vista y por el interés de las clases obreras, de esas clases que aspiran con tanto ardor y con tanta razon á salir del estado precario que las espanta;—aunque

las dos alternativas sean posibles y se realicen cada una á su vez, aunque el trabajo acumulado pueda ganar en unas ocasiones y perder en otras parte de su valor relativamente al trabajo actual, sin embargo el primer caso es bastante raro para considerarlo como accidental, como escepcional, en tanto que el segundo es el resultado de una ley general inherente á la organizacion misma del hombre.

Que el hombre, con sus adquisiciones intelectuales y esperimentales, sea de naturaleza progresiva, al menos industrialmente hablando (porque bajo el punto de vista moral, la asercion podria encontrar impugnadores), está fuera de toda duda. Que la mayor parte de las cosas que se hacian en otro tiempo con un trabajo dado no exigen sino un trabajo menor á causa del perfeccionamiento de las máquinas, de la intervencion gratuita de las fuerzas naturales, está asimismo fuera de duda; y puede afirmarse sin temor de engañarse, que en cada período de diez años, por ejemplo, una cantidad determinada de trabajo realizará en la mayor parte de los casos mayores resultados, que los que podria dar la misma cantidad de trabajo en el período decenal precedente.

¿Y cuál será la conclusion que deduzcamos de aquí? que el trabajo anterior vá siempre deteriorándose relativamente al trabajo actual; que en el cambio, sin injusticia ninguna y para realizar la equivalencia de los servicios, se necesita que el primero dé al segundo mas horas de trabajo que recibe. Esta es una consecuencia forzosa del progreso.

Me decís: «Ved esta máquina; tiene diez años, pero está »todavia nueva. Ha costado su construccion 1,000 dias de »trabajo, os la cedo por un número igual de dias de tra»bajo.» A lo que yo contesto: De diez años á esta parte se han inventado nuevos útiles, se han descubierto nuevos procedimientos, así es que puedo hacer hoy, ó mandar hacer, que es lo mismo, una máquina semejante por 600 dias; por lo que no os doy mas.—«Pero perderé 400 dias.»—No, porque 6 dias de hoy valen 10 de otras veces. De todos modos, puedo procurarme por 600 lo que me ofreceis por 1000. Esto termina el debate; si el tiempo ha deteriorado el valor de vuestro trabajo ¿porqué he de hacerme cargo de esa pérdida?

Me decís: «Ved ese campo. Para ponerlo en el estado de »productividad en que se halla, mis antepasados y yo he»mos invertido 1,000 dias. A la verdad, ellos no conocian »ni hacha, ni sierra, ni azada, y lo hacian todo á fuerza de »brazos. No importa, dadme primeramente 1,000 de vues-

»tros dias por los 1,000 que os cedo, y despues agregad »300 por el valor de la potencia productiva del suelo y »entrad en posesion de mi tierra.» Yo contesto: No os daré 1,300 ni aun 1,000 dias, y hé aqui mis motivos. Hay en la superficie de la tierra una cantidad indefinida de potencias productivas sin valor. Por otra parte se conoce hoy la azada, el hacha, la sierra, el arado y otros muchos medios de abreviar y fecundizar el trabajo; de tal manera que con 600 dias puedo ó poner una tierra inculta en el estado en que se halla la vuestra ó (lo que viene á ser absolutamente lo mismo para mí) *procurarme por medio del cambio las ventajas que sacais de vuestro campo*. Asi os daré los 600 dias y ni una hora más.«—En ese caso, no solamente no »me aprovecho del pretendido valor de las fuerzas produc»tivas de esta tierra, sino que tampoco recobro el número »de dias efectivos que mis antepasados y yo hemos consa»grado á su mejoramiento. ¿No es estraño que yo sea acu»sado por Ricardo de vender las potencias de la naturaleza; »por Senior, de acaparar al paso los dones de Dios; por »todos los economistas de ser un monopolizador; por Prou»dhon de ser un ladron, cuando soy yo el engañado?»—Ni sois monopolizado ni monopolizador. Recibís el equivalente de lo que dais. No es natural, ni justo, ni posible que un trabajo grosero, ejecutado á mano hace siglos, se cambie, dia por dia, por otro trabajo actual mas inteligente y mas productivo.

Asi, como se vé, por un admirable efecto del mecanismo social, cuando el trabajo anterior y el trabajo actual estan en presencia, cuando se trata de saber en que proporcion se repartirá entre ellos el producto de su colaboracion; se tiene en cuenta respecto de ambos su superioridad específica; participan de esta distribucion segun los servicios comparativos que prestan. Puede suceder algunas veces, escepcionalmente, que esta superioridad esté de parte del trabajo anterior. Pero la naturaleza del hombre, la ley del progreso, hacen que en la casi universalidad de los casos se manifieste aquella en el trabajo actual. El progreso aprovecha á este; el deterioro corresponde al capital.

A parte de este resultado que manifiesta cuán vacías y vanas son las declamaciones inspiradas á nuestros reformadores modernos por la pretendida *tirania del capital*, hay una consideracion mas propia todavia para apagar en el corazon de los obreros ese ódio facticio y desconsolador que se ha logrado encender en ellos contra las demás clases.

Esta consideracion es la siguiente:

El capital, sea cualquiera el punto á donde lleve sus pretensiones, y por muy feliz que sea en sus esfuerzos para hacerlas triunfar, no puede nunca poner al trabajo en una condicion peor que el aislamiento. En otros términos, el capital favorece siempre mas al trabajo por su presencia que por su ausencia.

Recordemos el ejemplo que proponia hace poco.

Dos hombres se hallan reducidos á pescar para comer. El uno tiene redes, aparejos, una barca y algunas provisiones para esperar el fruto de su próximos trabajos. El otro no tiene nada mas que sus brazos. Está en su interés el asociarse (1). Sean cualesquiera las condiciones de la particion que se establezcan, jamás empeorarán la suerte del uno de estos dos pescadores, tanto del rico como del pobre, pues desde el instante mismo en que uno de ellos creyese la asociacion onerosa comparada con el aislamiento, volveria al aislamiento.

Asi en la vida salvaje como en la vida pastoral, en la vida agricola como en la vida industrial, las relaciones del capital y del trabajo reproducen constantemente este ejemplo.

De este modo, la ausencia del capital es un límite que está siempre á disposicion del trabajo. Si las pretensiones del capital llegasen hasta hacer con respecto al Trabajo la accion comun mas provechosa que la accion aislada, este seria dueño de retirarse al aislamiento, estando siempre abierto (escepto bajo la esclavitud) contra la asociacion voluntaria y onerosa; porque el trabajo puede decir siempre al capital: A las condiciones que me ofreces, prefiero obrar solo.

Se objeta que este refugio es ilusorio é irrisorio, que la accion aislada está prohibida al trabajo por una imposibilidad radical, y que este no puede pasar sin instrumentos sopena de muerte.

Esto es cierto, pero confirma la verdad de mi asercion, á saber: que el capital, aunque lograse llevar sus exigencias hasta los limites estremos, hace todavia bien al trabajo, por el hecho solo de que se le asocia. El trabajo no empieza á entrar en una condicion peor que la peor asociacion hasta el momento en que la asociacion cesa, es decir, cuando el capital se retira. Cesad pues, apóstoles de desgracia, de clamar contra la tirania del capital, puesto que convenis

(1) Véase el cap. IV.

en que su accion es siempre—mas ó menos sin duda, pero siempre benéfica. ¡Tirano singular, cuyo poder socorre á todos los que quieren sentir su efecto, y no es dañoso sino por abstencion!

Pero se insiste sobre la objecion diciendo: Eso podia ser así en el orígen de las sociedades. Hoy el capital lo ha invadido todo; ocupa todos los puestos; se ha apoderado de todas las tierras. El proletario no tiene ni aire, ni espacio, ni suelo en que sentar sus piés, ni piedra donde reclinar la cabeza, sin el permiso del capital. Sufre por tanto la ley, y no le dais mas refugio que el aislamiento, que, segun vos mismo concedeis, es la muerte.

Aquí hay una ignorancia completa de la económia social y una deplorable confusion.

Si, como se dice, el capital se ha apoderado de todas las fuerzas de la naturaleza, de todas las tierras, de todo el espacio, yo pregunto en provecho de quien. En provecho suyo sin duda. Pero entonces ¿cómo se esplica que un simple trabajador, que no tiene mas que sus brazos, se procura en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, mil y un millon de veces mas satisfacciones que gozaria en el aislamiento,—no en la hipótesis social que os exalta, sino en esa otra hipótesis que acariciais, aquella en que el capital no hubiese usurpado nada todavia?

Siempre mantendré el debate sobre este hecho, hasta que lo espliqueis con vuestra ciencia nueva, pues en cuanto á mí creo haber dado la razon de aquel (capítulo VII).

Si, examinad en Paris al primer obrero que os encontreis. Ved lo que gana y las satisfacciones que se procura. Cuando os hayais cansado de declamar uno y otro contra el maldito capital, yo intervendré y diré á este obrero:

Vamos á destruir el capital y todo lo que él ha creado. Voy á ponerte en medio de cien millones de hectáreas de la tierra mas fértil, que te daré en plena propiedad y goce, con todo lo que contiene arriba y abajo. No serás molestado por ningun capitalista. Gozarás plenamente de tus cuatro derechos naturales, caza, pesca, usufructo y pasto. Es verdad que no tendrás capital, pues si lo tuvieses, estarias precisamente en la misma posicion que criticas á los demás. Pero al fin no tendrás ya que quejarte del propietarismo, del capitalismo, del individualismo, de los usureros, de los agiotistas, de los banqueros, de los logreros, etc. La tierra entera será tuya. Mira si quieres aceptar esta posicion.

Primeramente nuestro obrero vislumbrará la suerte de un monarca poderoso. Sin embargo, reflexionando sobre

ella, es probable que diga para sí: Calculemos. Aunque se tengan cien millones de hectáreas de buena tierra es menester vivir. Hagamos, pues, la cuenta del *pan* en las dos situaciones.

Ahora gano tres francos diarios. Estando el trigo á 15 francos, puedo comprar un hectólitro de trigo cada cinco dias. Esto es como si lo sembrase y lo recogiese yo mismo.

Cuando sea propietario de cien millones de hectáreas de tierra, lo mas que podré hacer sin capital será un hectólitro de trigo en dos años, y de aquí allá tengo tiempo de morirme de hambre cien veces...... Luego me atengo á mi salario.

Verdaderamente no se medita bastante sobre el progreso que la humanidad ha debido realizar aun para mantener la miserable existencia de los obreros (1).....

El mejoramiento de la suerte de los obreros se encuentra en el salario mismo y en las leyes naturales que lo rigen.

1.° El obrero tiende á elevarse al rango de empresario capitalista.

2.° El salario tiende á subir.

Corolario. — El paso del salariado á la empresa va haciéndose cada vez menos deseable, y mas fácil......

(1) Aquí se detiene el manuscrito traido de Roma. La corta nota que sigue, la hemos encontrado en los papeles del autor que quedaron en París. Ella nos enseña como se proponia terminar y resumir este capítulo.

(Nota del editor francés.)

XV.

DEL AHORRO.

Ahorrar no es amontonar cuartos de carne, granos de trigo ó monedas. Este almacenaje material de objetos fungibles, reducido por su naturaleza á límites muy estrechos, no representa el *ahorro* sino para el hombre aislado. Todo lo que hemos dicho hasta aquí del valor, de los servicios, de la riqueza relativa nos advierte que socialmente el ahorro, aunque nacido de este gérmen, toma otros desarrollos y otro carácter.

Ahorrar es poner voluntariamente un intérvalo entre el momento en que se prestan servicios á la sociedad, y aquel en que se retiran servicios equivalentes. Así, por ejemplo, un hombre puede todos los dias, desde la edad de veinte años hasta las de sesenta, prestar á sus semejantes servicios dependientes de su profesion, iguales á cuatro, y no pedir sino servicios iguales á tres. En este caso, se ha dado la facultad de retirar del medio social, en su vejez cuando no pueda trabajar, el pago de la cuarta parte de todo su trabajo de cuarenta años.

La circunstancia de que haya recibido y sucesivamente acumulado títulos de reconocimiento consistentes en letras de cambio, billetes á la órden, billetes de banco, monedas, es enteramente secundaria y de forma, todo esto hace relacion solamente á los medios de ejecucion, y no puede cambiar la naturaleza ni los efectos del ahorro. La ilusion que nos hace la moneda con respecto á esto, no deja

de ser una ilusion; porque casi todos nos engañamos con ella.

En efecto, dificilmente podemos dejar de creer que el que ahorra retira un valor de la circulacion, y por consiguiente causa á la sociedad cierto perjuicio.

Y aqui se encuentra una de esas contradicciones aparentes que ofenden la lógica, uno de esos atolladeros sin salida que parecen oponer al progreso un obstáculo indestructible, una de esas disonancias que contristan el corazon pareciendo acusar al autor de las cosas en su poder ó en su voluntad.

Por una parte sabemos que la humanidad no puede ensancharse, elevarse, perfeccionarse, realizar el descanso, la estabilidad, por consiguiente, el desarrollo intelectual y la cultura moral, sino por la abundante creacion y la perseverante acumulacion de capitales. Tambien de la multiplicacion rápida del capital, es de lo que depende el pedido de brazos, la elevacion del salario, y por consecuencia el progreso hácia la igualdad.

Pero por otra parte, ¿*ahorrar* no es lo contrario de *gastar*, y si el que gasta provoca y activa el trabajo, el que ahorra no hace lo opuesto?—Si cada uno se pusiese á ahorrar todo lo posible, se veria languidecer el trabajo en proporcion, y se detendria completamente si el ahorro pudiese ser integral.

¿Qué debe, pues, aconsejarse á los hombres? ¿Y qué base cierta ofrece la economía política á la moral, cuando no vemos surgir de ella sino esta alternativa contradictoria y funesta?

Si no ahorrais, el capital no se formará, se disipará; los brazos se multiplicarán, pero quedando estacionario el medio de pagarlos, se harán concurrencia, se ofrecerán á precios ínfimos, el salario se reducirá, y la humanidad declinaria por esta parte. Lo mismo sucederá bajo otro aspecto, pues sino ahorrais, no tendreis pan en vuestra vejéz, no podreis abrir una carrera mas ámplia á vuestro hijo, dotar á vuestra hija, estender vuestras empresas, etc.

Si ahorrais, disminuis el fondo de los salarios, perjudicais á un número inmenso de vuestros hermanos, deteneis el trabajo, este creador universal de satisfacciones humanas; rebajais por consiguiente el nivel de la humanidad.

Estas chocantes contradicciones desaparecen con la esplicacion que damos del ahorro, esplicacion fundada en las ideas á que nos han conducido nuestras investigaciones sobre el valor.

Los servicios se cambian por servicios.

El valor es la apreciacion de dos servicios comparados.

Segun esto, ahorrar es haber prestado un servicio, conceder tiempo para recibir el servicio equivalente, ó de una manera mas general, es poner cierto espacio de tiempo entre el servicio prestado y el servicio recibido.

Asi, ¿en qué daña á la sociedad ó perjudica al trabajo el que se abstiene de retirar del medio social un servicio á que tiene derecho? no retiraré el valor que se me debe sino dentro de un año, cuando puedo exigirlo ahora. Concedo por tanto á la sociedad un año de respiro. Durante este tiempo el trabajo continúa ejecutándose, los servicios combinándose como si yo no existiese. No les causo ninguna perturbacion. Por el contrario, he añadido una satisfaccion á las de mis semejantes, y gozan de ella gratuitamente por espacio de un año.

Gratuitamente no es la palabra, porque se necesita acabar de describir el fenómeno.

El plazo que separa los dos servicios cambiados es tambien materia para la convencion y el cambio, porque tiene un *valor*. Este es el origen y la esplicacion del *interés*.

En efecto, un hombre presta un servicio actual. Su voluntad es no recibir hasta dentro de diez años el servicio equivalente. Hé aquí un valor cuyo goce inmediato se rehusa. El carácter del valor es poder adoptar todas las formas posibles. Con un valor determinado estamos seguros de obtener todo servicio imaginable de un valor igual ya improductivo ya productivo. El que aplaza para dentro de diez años el cobro de un crédito, no aplaza solamente un goce, aplaza la posibilidad de una produccion. Por eso se encuentran en el mundo hombres dispuestos á tratar sobre este aplazamiento. Uno de ellos dirá á nuestro económico: «Teneis derecho á recibir inmediatamente un valor, y os conviene no recibirlo hasta dentro de diez años. Pues bien, durante estos diez años sustituidme en vuestro derecho, ponedme en vuestro lugar. Tomaré por vos el valor á que sois acreedor; lo emplearé durante diez años bajo una forma productiva, y os lo restituiré al terminar este plazo. Por esto me prestais un *servicio*, y como todo servicio tiene un valor que se aprecia comparándolo con otro servicio, no resta mas que estimar el que se solicita de vos y fijar *su valor*. Debatido y arreglado este punto, tendré que entregaros al vencer el plazo, no solamente el valor del servicio á que sois acreedor, sino además el valor del servicio que venis á prestarme.

El valor de esta cesion temporal de valores ahorrados es lo que se llama *interés*.

Por la misma razon que un tercero puede desear que se le ceda *á título oneroso* el goce de un valor ahorrado, el deudor originario puede solicitar tambien la primera convencion. En uno y otro caso, esto se llama *pedir crédito*. Conceder crédito es dar tiempo para el pago de un valor, es privarse en favor de otro del goce de este valor, es prestar servicio, es adquirir derecho á un servicio equivalente.

Pero volviendo á los efectos económicos del ahorro, ahora que conocemos todos los detalles de este fenómeno, es evidente que no daña á la actividad general, al trabajo humano. Aun en el caso de que el que realiza la economía y recibe escudos en cambio de servicios prestados, aun en el caso, digo, que amontonase escudos unos sobre otros, no causaria ningun daño á la sociedad, puesto que no ha podido retirar de su seno estos valores sin entregar en ella otros valores equivalentes. Añado que este atesoramiento es inverosimil, escepcional, anormal, puesto que daña al interés personal de aquellos que quisieren practicarlo. Entre las manos de un hombre los escudos significan: «El que nos posee ha prestado servicios á la sociedad y no ha sido pagado. La sociedad nos ha puesto en sus manos para que le sirvamos de título. Somos á la vez un conocimiento, una promesa y una garantía. El dia que quiera, podrá, exhibiéndonos y restituyéndonos, retirar del medio social los servicios á que es acreedor».

Pero este hombre no tiene ninguna necesidad urgente. ¿Se sigue de aqui que conservará escudos? No, porque, como hemos visto, el plazo que separa dos servicios cambiados viene á ser tambien materia de convencion. Si nuestro económico tiene intencion de estar diez años sin retirar de la sociedad los servicios que le son debidos, su interés consiste en ser sustituido por un representante, á fin de añadir al valor, á que es acreedor el valor de este servicio especial. El ahorro no supone pues de manera alguna almacenage material.

No se detengan los moralistas por esa consideracion.....

XVI

DE LA POBLACION.

Deseaba llegar á ocuparme de este capítulo, aunque no fuese sino para vengar á Malthus de los violentos ataques de que ha sido objeto. Parece increible que escritores sin importancia, sin valor, con una ignorancia que manifiestan en cada página, hayan llegado á fuerza de repetirse los unos á los otros á desautorizar en la opinion pública á un autor grave, concienzudo, filántropo, y á presentar como absurdo un sistema que cuando menos merece estudiarse con séria atencion.

Puede ser que no participe yo completamente de las ideas de Malthus. Cada cuestion tiene dos faces, y creo que Malthus ha tenido siempre fijas sus miradas sobre la parte sombria. En cuanto á mí, confieso que en mis estudios económicos, me ha sucedido tantas veces llegar á esta consecuencia: *Dios hace bien lo que hace*, que cuando la lógica me conduce á una conclusion diferente, no puedo dejar de desconfiar de mi lógica. Sé que es un peligro para el espiritu esta fé en las intenciones finales.—El lector podrá juzgar mas tarde si mis prevenciones me han estraviado.—Pero esto no me impedirá jamás reconocer que hay mucha verdad en la admirable obra de este economista, y sobre todo no me impedirá rendir homenage á ese ardiente amor á la humanidad que anima todas sus líneas.

Malthus, que conocia á fondo la Economia social, tenia una nocion clara de todos los ingeniosos resortes con que

la naturaleza habia dotado á la humanidad para asegurar su marcha en la via del progreso. Al mismo tiempo, creia que el progreso humano podria encontrarse enteramente paralizado por un principio, el de la Poblacion. Al contemplar el mundo, decia tristemente: «Dios parece que ha tenido mucho cuidado con las especies y muy poco con los individuos. En efecto, si se examina cualquiera clase de animales, la vemos dotada de una fecundidad tan enorme, de un poder de multiplicacion tan estraordinario, de una profusion tan superabundante de gérmenes, que el destino de la especie parece sin duda alguna bien asegurado, pero el de los individuos parece muy precario; porque todos estos gérmenes no pueden estar en posesion de la vida: es necesario ó que dejen de nacer ó que mueran prematuramente.»

«El hombre no se esceptua de esta ley. (Y es sorprendente que esto choque á los socialistas que no cesan de repetir que el derecho general debe sobreponerse al derecho individual.) Es positivo que Dios ha asegurado la conservacion de la humanidad, dotándola de una gran potencia de reproduccion. El número de hombres llegaria pues naturalmente á sobrepujar á lo que el suelo puede alimentar, sin la prevision. Pero el hombre es previsor, y solamente su razon, su voluntad son las que pueden poner un obstáculo á esta progresion fatal.»

Partiendo de estas premisas, que pueden contestarse, si se quiere, pero que Malthus consideraba como incontestables, debia necesariamente dar el mayor valor al ejercicio de la prevision. Porque no habia medio; era necesario que el hombre previniese voluntariamente la escesiva multiplicacion ó que cayese, como todas las demás especies, al golpe de los obstáculos represivos.

Malthus no creia nunca hacer bastante para inclinar á los hombres á la prevision; mientras mas filántropo era, mas obligado se creia á poner en relieve las consecuencias funestas de una imprudente reproduccion á fin de que pudieran evitarse. Decia: Si os multiplicais inconsideradamente, no podeis evadiros del castigo bajo una forma cualquiera y siempre horrible: el hambre, la guerra, la peste, etc... La abnegacion de los ricos, la caridad, la justicia de las leyes económicas no serian mas que remedios ineficaces.

Malthus deja escapar en su ardor una frase que separada de todo su sistema y del sentimiento que la ha dictado, podria parecer dura. Se publicaba la primera edicion de su libro, que entonces era solo un folleto y despues ha llegado á ser una obra de cuatro volúmenes. Se le hizo la observa-

cion de que la forma dada á su pensamiento en esta frase podia ser mal interpretada. El autor se apresuró á borrarla y no ha vuelto á parecer en las numerosas ediciones del tratado de la poblacion.

Pero uno de sus antagonistas, M. Godvin, la habia revelado. ¿Qué sucedió? Que M. de Sismondi (uno de los hombres que con las mejores intenciones del mundo ha hecho mucho mal) reprodujo esta malhadada frase. Al momento todos los socialistas se han apoderado de ella, y esto les ha bastado para juzgar, condenar y ejecutar á Malthus. Seguramente tienen que dar las gracias á Sismondi por su erudicion; porque lo que es ellos jamás han leido ni á Malthus ni á Godvin.

Los socialistas, pues, han hecho de la frase retirada por el mismo Malthus, la base de su sistema. La repiten hasta la saciedad: M. Pierre Leroux la reproduce lo menos cuarenta veces en un pequeño volúmen; la frase da lugar á las declamaciones de todos los reformadores de segundo órden.

Habiendo escrito el mas célebre y mas vigoroso de esta escuela un capítulo contra Malthus, un dia que yo hablaba con él, le cité opiniones espresadas en el tratado de la poblacion, y creí por sus contestaciones que no tenia conocimiento de esta obra. Le dije: «Vos, que habeis refutado á Malthus, ¿no le hábreis leido desde el principio hasta el fin?» «No lo he leido, me contestó. Todo su sistema está contenido en una página y resumido por la famosa progresion aritmética y geométrica, y esto me basta».—«Aparentemente, le dije, os burlais del público, de Malthus, de la verdad, de la conciencia y de vos mismo...»

Hé aquí como prevalece en Francia una opinion. Cincuenta ignorantes repiten en coro una maldad absurda espuesta por uno mas ignorante que ellos; y por poco que esta maldad abunde en el sentido de las preocupaciones en voga y el de las pasiones del dia, llega á ser un axioma.

La ciencia, es necesario sin embargo reconocerlo, no puede entrar en el exámen de un problema con la voluntad decidida de llegar á una conclusion consoladora. ¿Qué se pensaria de un hombre que estudiase la fisiologia, resuelto de antemano á demostrar que Dios no ha podido querer que el hombre fuese afligido por la enfermedad? Si un fisiólogo construyese un sistema sobre estas bases y otro se contentase con oponerle hechos, es probable que el primero montase en cólera y acaso calificase á su hermano de *impio*;—pero es imposible creer que llegase hasta acusarle de ser el autor de las enfermedades.

Esto es sin embargo lo que ha sucedido á Malthus. En una obra llena de hechos y de números, ha espuesto una ley que desagrada á muchos optimistas. Los hombres que no han querido admitir esta ley han atacado á Malthus con un encarnizamiento horrible, con una mala fé manifiesta, como si hubiese arrojado por sí mismo y voluntariamente delante del género humano los obstáculos, que segun él se derivan del principio de la poblacion.—Mas científico hubiera sido probar simplemente que Malthus se engaña y que su pretendida ley, no es tal ley.

Debemos confesar que la poblacion es uno de esos asuntos, muy numerosos por lo demás, que nos recuerdan que el hombre no tiene mas que la eleccion de los males. Cualquiera que haya sido la intencion de Dios, el sufrimiento ha entrado en su plan. No busquemos la armonia en la ausencia del mal, sino en su accion para conducirnos al bien y para restringirse por sí mismo progresivamente. Dios nos ha dado el libre albedrio. Es necesario que nosotros *aprendamos*—lo que es largo y difícil—y luego *obremos* en conformidad á las luces adquiridas, lo que no es mas fácil.

Con esta condicion nos emanciparemos progresivamente del sufrimiento, pero sin librarnos de él completamente; porque aun cuando llegásemos á alejar el castigo de una manera completa, tendriamos que sufrir tanto mas el esfuerzo penoso de la prevision. A medida que nos libertamos del mal de la represion, nos sometemos mas al de la prevencion.

No sirve de nada revelarse contra este órden de cosas; él nos envuelve y es nuestra atmósfera. Partiendo del supuesto de la miseria y de la grandeza humanas, de las que no nos evadiremos jamás, es como vamos, con Malthus, á examinar el problema de la poblacion. En esta gran cuestion, no seremos primeramente sino simples narradores; despues diremos nuestra manera de ver.—Si las leyes de la poblacion pueden resumirse en un corto aforismo, será seguramente una circunstancia feliz para el adelanto y la difusion de la ciencia. Pero si en razon al número y á la movilidad de los estremos del problema, vemos que estas leyes no pueden contenerse en una fórmula breve y rigorosa, tendremos que renunciar á ello. La esactitud aun prolija es preferible á una engañosa concision.

Hemos visto que el progreso consiste en hacer que concurran cada vez mas las fuerzas naturales á la satisfaccion de nuestras necesidades, de manera que en cada época nueva, la misma suma de utilidad se obtenga dejando á la

Sociedad—ó mas descanso—ó mas trabajo que emplear en la adquisicion de nuevos goces.

Por otra parte, hemos demostrado que cada una de estas conquistas hecha sobre la naturaleza, despues de haber aprovechado á algunos hombres de iniciativa, no tarda en llegar á ser por la ley de la concurrencia el patrimonio comun y gratuito de la humanidad entera.

Segun estas premisas parece que el bienestar de los hombres habrá debido aumentarse y al mismo tiempo estenderse igualmente á todos.

No es asi sin embargo; este es un punto de hecho incontestable. Hay en el mundo una multitud de desgraciados que no son desgraciados por su culpa.

¿Cuáles son las causas de este fenómeno?

Creo que hay muchas. La una se llama *despojo*, ó si se quiere *injusticia*. Los economistas no han hablado de ella sino incidentalmente, y en tanto que supone algun error, alguna falsa nocion científica. Esponiendo las leyes generales, no tenian que ocuparse, pensaban, del efecto de estas leyes, cuando no obran, cuando son violadas. Sin embargo el despojo ha hecho y hace todavia un papel demasiado importante en el mundo para que, aun como economistas, podamos dispensarnos de tomarlo en cuenta. No se trata solamente de robos accidentales, de latrocinios, de crímenes aislados.—La guerra, la esclavitud, las imposturas teocráticas, los privilegios, los monopolios, las restricciones, los abusos del impuesto, hé aqui las manifestaciones mas de bulto del despojo. Se comprende qué influencia han debido tener y tienen todavia fuerzas perturbadoras de una estension tan vasta, por su presencia ó por sus profundas huellas sobre la desigualdad de las condiciones; mas tarde trataremos de medir su enorme alcance.

Pero otra de las causas que ha retardado el progreso, y principalmente que le ha impedido estenderse de una manera igual entre todos los hombres, es según algunos autores el principio de la poblacion.

En efecto, si á medida que la riqueza aumenta, aumenta tambien y mas rápidamente el número de hombres entre los cuales se reparte esta, la riqueza absoluta puede ser mayor y la riqueza individual menor.

Si además hay un género de servicios que todo el mundo puede prestar, como los que solo exigen un esfuerzo muscular, y si precisamente es la clase, á la que corresponde esta funcion, la menos retribuida de todas, la que se multiplica con mas rapidez, el trabajo se hará á si mismo una

concurrencia fatal. Habrá una última capa social que no se aprovechará jamás del progreso, si se estiende mas pronto que este lo pueda verificar.

Ya se vé la importancia fundamental que tiene el principio de la poblacion.

Este principio ha sido formulado por Malthus en estos términos.

La poblacion tiende á ponerse al nivel de los medios de subsistencia.

Notaré de paso que es sorprendente que se haya atribuido á Malthus el honor ó la responsabilidad de esta ley verdadera ó falsa.—Tal vez no haya un publicista desde Aristóteles que no la haya proclamado, y muchas veces en los mismos términos.

Y la razon de esto es porque no se necesita sino echar una mirada sobre el conjunto de los seres animados para ver—sin conservar sobre este punto algun género de duda,—que la naturaleza ha cuidado mas de las especies que de los individuos.

Las precauciones que ha tomado para la perpetuidad de las razas son prodigiosas, y entre estas precauciones figura la profusion de los gérmenes. Esta superabundancia parece calculada por todas partes en razon inversa de la sensibilidad, de la inteligencia y de la fuerza con que cada especie resiste á la destruccion.

Asi, en el reino vegetal los medios de reproduccion por semillas, estacas, etc., que puede suministrar un solo individuo son incalculables. No me asombraria de que un olmo, si toda su semilla prevaleciese, diese nacimiento cada año á un millon de árboles. ¿Porqué no sucede esto? porque todos los granos de semilla no encuentran las condiciones que exíge la vida: el espacio y el alimento. Se destruyen; y como las plantas no estan dotadas de sensibilidad, la naturaleza no ha escaseado ni los medios de reproduccion ni los medios de destruccion.

Los animales cuya vida es casi vegetativa se reproducen tambien en un número inmenso. ¿Quién no ha preguntado alguna vez cómo las ostras podian multiplicarse de manera que bastasen al asombroso consumo que se hace de ellas?

A medida que se avanza en la escala de los seres, se observa que la naturaleza á concedido los medios de reproduccion con mas parsimonia.

Los animales vertebrados no pueden multiplicarse tan rápidamente como los otros, principalmente en las grandes especies. La vaca tiene un embarazo de nueve meses, y no

da nacimiento sino á un individuo cada vez, y ha de criarlo por cierto tiempo. Sin embargo es evidente que en la especie vacuna la facultad reproductiva sobrepuja á lo que seria absolutamente necesario. En los paises ricos, como Inglaterra, Francia, Suiza, el número de animales de esta raza aumenta, á pesar de la enorme destruccion que se hace de ella; y si tuviésemos prados indefinidos, no es dudoso que podriamos llegar á una destruccion mayor y á una reproduccion mas rápida. Puedo asegurar que, si no faltase el espacio ni el alimento, tendriamos en algunos años diez veces mas bueyes y vacas, aunque se comiese diez veces mas carne. La facultad reproductiva de la especie vacuna está pues muy lejos de habernos dado la medida de todo su poder, haciendo abstraccion de todo límite estraño á ella y que provenga de la falta de espacio y de alimento.

Deberá reconocerse que la falta de reproduccion en la especie humana es menos poderosa que en cualquiera otra. La destruccion es un fenómeno al cual no está sometido el hombre en el grado que los demás animales, en las condiciones superiores de sensibilidad, inteligencia, y simpatía en que la naturaleza lo ha colocado. ¿Pero se libra *físicamente* de la ley, en cuya virtud todas las especies tienen la facultad de multiplicarse mas de lo que el espacio y el alimento lo permiten? esto es lo que parece imposible suponer.

Digo *físicamente*, porque no hablo aquí sino de la ley fisiológica.

Existe una diferencia radical entre la *potencia fenológica* de multiplicarse y la multiplicacion *real*.

La una es la potencia absoluta orgánica, desembarazada de todo obstáculo, de toda limitacion estraña.—La otra es el resultado efectivo de esta fuerza combinada con el conjunto de todas las resistencias que la contienen y la limitan. Asi la potencia de multiplicacion de la amapola será acaso de un millon al año,—y en un campo de amapolas la reproduccion real será estacionaria; y hasta podrá disminuir.

Esta es la ley fenológica que Malthus ha tratado de formular. Ha investigado en qué periodo cierto número de hombres podria doblar, *si el espacio y el alimento fuesen siempre ilimitados para ellos.*

Se comprende desde luego que no habiéndose realizado jamás esta hipótesis de la *satisfaccion completa de todas las necesidades*, el periodo teórico es necesariamente mas corto que ningun periodo observable de duplicacion *real.*

La observacion en efecto ofrece números muy diversos.

Segun las investigaciones de M. Moreau de Jonnes, tomando por base el movimiento actual de la poblacion, la duplicacion exigiria—555 años en Turquía,—227 en Suiza,—138 en Francia,—106 en España,—100 en Holanda,—76 en Alemania,—43 en Rusia y en Inglaterra,—25 en los Estados Unidos, separando el contingente suministrado por la emigracion.

¿Porqué estas diferencias enormes? No tenemos ninguna razon para creer que dependan de causas fisiológicas. Las mugeres suizas son tan bien constituidas y tan fecundas como las mugeres americanas.

Es necesario que la potencia generadora absoluta esté contenida por obstáculos estraños. Y lo que lo prueba incontestablemente, es que aquella se manifiesta tan luego como cualquiera circunstancia viene á separar estos obstáculos. Asi una agricultura perfeccionada, una industria nueva, una fuente cualquiera de riquezas locales ofrece invariablemente á su alrededor una generacion mas numerosa. Asi, cuando una plaga como la peste, el hambre ó la guerra destruye una gran parte de la poblacion, se vé tomar al momento la multiplicacion un desarrollo rápido.

Luego cuando se retarda ó se detiene es porque el espacio y el alimento le faltan ó van á faltarle; porque choca contra el obstáculo, ó porque viéndolo delante de sí, retrocede.

En verdad, este fenómeno, cuya enunciacion ha levantado tantos clamores contra Malthus, me parece que esta fuera de toda contestacion.

Si se metiese un millar de ratones en una jaula, con lo que necesitan cada dia para vivir, á pesar de la fecundidad conocida de la especie, su número no podria pasar de mil; y si pasaba, habria entre aquellos privacion y sufrimiento, dos cosas que tienden á reducir el número. En este caso, seguramente seria exacto decir que una causa esterior limita, no la potencia de fecundidad, sino el resultado de la fecundidad. Habria ciertamente antagonismo entre la tendencia fisiológica y la fuerza limitante, de donde resulta la permanencia del número. La prueba es que si se aumentase gradualmente la racion hasta doblarla, se verian muy pronto dos mil ratones en la jaula.

¿Quiere saberse lo que se contesta á Malthus? Se le opone el *hecho*, y se le dice: La prueba de que la potencia de fecundidad no es indefinida en el hombre, es que en ciertos paises la poblacion permanece estacionaria. Si la ley de la progresion fuese verdadera, si la poblacion doblase cada

veinte y cinco años, la Francia, que tenia 30 millones de habitantes en 1820, tendria hoy mas de 60 millones.

¿Es esto lógica?

¡Qué! empiezo por reconocer yo mismo que la poblacion en Francia no se ha aumentado sino una quinta parte en veinte y cinco años, en tanto que ha doblado en otras partes. Busco la causa de esto. La encuentro en la falta de espacio y de alimento. Veo que, en las condiciones de cultivo, de poblacion y de costumbres en que estamos hoy, hay dificultad de crear con bastante rapidez subsistencias para que nazcan generaciones *virtuales* ó para que *nacidas* subsistan. Digo que los medios de existencia no pueden doblar —ó al menos no doblan— en Francia cada veinte y cinco años. Precisamente el conjunto de estas fuerzas negativas es lo que contiene, en mi opinion, la potencia fisiológica;— ¿y me oponeis la lentitud de la multiplicacion para deducir de ella que la potencia fisiológica no existe? Una manera semejante de discutir no es séria.

¿Se ha contestado con mas razon la progresion geométrica, indicada por Malthus? Nunca ha sentado Malthus esta inepta premisa: «Los hombres se multiplican, *de hecho*, segun una progresion geométrica.» Por el contrario dice que *el hecho* no se manifiesta, puesto que investiga cuáles son los obstáculos que se oponen á él, y no dá esta progresion sino como fórmula de la potencia *orgánica* de multiplicacion.

Investigando en cuanto tiempo podria doblar una poblacion determinada, *en la suposicion de que la satisfaccion de todas las necesidades no encontrase jamás obstáculos*, ha fijado este período en veinte y cinco años. Lo ha fijado así, porque la observacion directa se lo habia revelado en un pueblo que, aunque distante infinitamente de su hipótesis, se acercaba mas á ella—en el pueblo americano. Una vez encontrado este período, y como se trata siempre de la potencia *virtual* de propagacion, ha dicho que la poblacion *tendia á aumentarse* en una progresion geométrica.

Se le niega. Pero en verdad es negar la evidencia.—Se puede decir muy bien que el período de duplicacion no es por todas partes de veinte y cinco años; que es de 30, de 40 de 50; que varia segun las razas.

Todo esto es mas ó menos discutible; pero de seguro no puede decirse que en la hipótesis la progresion no sea geométrica. Si en efecto cien parejas producen otras doscientas en un periodo determinado, ¿por qué doscien-

tas no han de producir cuatrocientas en un tiempo igual?

—Porque, se dice, la multiplicacion será contenida.

—Esto es justamente lo que dice Malthus.

Pero ¿porqué será contenida?

Malthus asigna dos obstáculos generales á la multiplicacion indefinida de los hombres: los llama el *obstáculo preventivo* y el *obstáculo represivo*.

No pudiendo ser contenida la poblacion mas abajo de su tendencia fisiológica sino por falta de nacimientos ó aumento de fallecimientos, no debe dudarse de que la nomenclatura de Malthus no sea completa.

Por otra parte, cuando las condiciones del espacio y del alimento son tales que la poblacion no puede pasar de cierta cifra, no es dudoso que el obstáculo destructivo tiene tanta mas accion cuanta menos tiene el obstáculo preventivo. Decir que los nacimientos pueden progresar sin que los fallecimientos aumenten, cuando el alimento permanece estacionario, es caer en una contradiccion manifiesta.

No es menos evidente á *priori*, é independientemente de otras consideraciones económicas graves en estremo, que en esta situacion la abstencion voluntaria es preferible á la represion forzada.

Hasta aquí, y en todos los puntos, la teoría de Malthus es incontestable.

Acaso Malthus haya hecho mal en adoptar como límite de la fecundidad humana ese periodo de veinte y cinco años observado en los Estados Unidos. Yo sé muy bien que él ha creido evitar de este modo todo cargo de exageracion ó de abstraccion. ¿Cómo se atreverá nadie á pretender, ha dicho, que doy demasiada latitud á lo *posible*, si me fundo en lo *real*? No se ha cuidado de observar que mezclando aqui lo *virtual* y lo *real*, y dando por medida *á la ley de la multiplicacion*, haciendo abstraccion de *la ley de limitacion*, un periodo que es resultado *de hechos regidos por estas dos leyes*, se esponia á no ser comprendido. Y asi ha sucedido. Se han burlado de sus progresiones geométricas y aritméticas; se le ha censurado el que haya tomado á los Estados Unidos por tipo del resto del mundo; en una palabra, se han servido de la confusion que ha hecho de dos leyes distintas, para contradecirle la una y la otra.

Cuando se busca la potencia abstracta de propagacion, es necesario olvidar por un momento todo obstáculo físico, ó moral, que provenga de falta de espacio, de alimento y de bienestar. Pero una vez propuesta la cuestion en estos términos, es verdaderamente supérfluo resolverla con exac-

titud.—En la especie humana, como en todos los seres organizados, esta potencia sobrepuja en una proporcion enorme á todos los fenómenos de rápida multiplicacion que se han observado en el pasado, ó que puedan presentarse en el porvenir.—En cuanto al trigo, admitiendo cinco espigas por grano de semilla y veinte granos por espiga, un grano tiene la potencia virtual de producir diez millares de millones en cinco años.

Respecto á la especie canina, razonando bajo estas dos bases, cuatro productos en cada gestacion y seis años de fecundidad, se verá que una pareja puede dar nacimiento en doce años á ocho millones de individuos.

—En la especie humana, fijando la juventud á los diez y seis años y la cesacion de la fecundidad á los treinta años, cada pareja podria dar nacimiento á ocho hijos. Es mucho reducir á la mitad este número, por razon de mortalidad prematura, puesto que razonamos en la hipótesis de satisfechas todas las necesidades, lo que restringe mucho el imperio de la muerte. Sin embargo, estas premisas nos dan por período de veinte y cuatro años,

2—4—8—16—32—64—128—256—512, etc.; por último, dos millones en dos siglos.

Si se calcula segun las bases adoptadas por Euler, el período de duplicacion seria de doce años y medio; ocho períodos compondrian exactamente un siglo, y el aumento en este espacio de tiempo seria como de 512: 2.

En ninguna época, en ningun pais se ha visto aumentarse el número de hombres con esta espantosa rapidez. Segun el *Génesis*, los hebreos entraron en Egipto en número de setenta parejas; se vé en el libro de los *Números* que la enumeracion hecha por Moisés dos siglos despues dá por resultado la existencia de seiscientos mil hombres mayores de veinte y un años, lo que supone una poblacion de dos millones al menos. Se puede deducir de aquí la duplicacion por período de catorce años.—Las tablas de la oficina de longitudes no son admisibles para comprobar hechos bíblicos. ¿Se dirá que seiscientos mil combatientes suponen una poblacion mayor que de dos millones, y se deducirá de aquí una duplicacion menor que la calculada por Euler?—Cualquiera podrá poner en duda la enumeracion de Moisés ó los cálculos de Euler; pero seguramente no se pretenderá que los hebreos se han multiplicado mas de lo que es posible multiplicarse. Es cuanto nosotros exigimos.

Segun este ejemplo, que es verosimilmente aquel en que la fecundidad de *hecho* se ha acercado mas á la fecundidad

virtual, tenemos el de los Estados-Unidos. Se sabe que en este pais la duplicacion se opera en menos de veinte y cinco años.

Es inútil llevar mas adelante estas investigaciones; basta reconocer que en nuestra especie como en todas, la potencia orgánica de multiplicacion es superior á la multiplicacion. Por otra parte envuelve contradiccion que lo real sobrepuje á lo virtual.

Ademas de esta fuerza absoluta, que no hay necesidad de determinar con mas rigor y que se puede sin inconveniente considerar como uniforme, existe, como hemos dicho, otra fuerza que limita, comprime, suspende hasta cierto punto la accion de la primera, y le opone obstáculos diferentes segun los tiempos y los lugares, las ocupaciones, las costumbres, las leyes ó la religion de los diferentes pueblos.

A esta segunda fuerza llamo *ley de limitacion*, y es claro que el movimiento de la poblacion en cada pais, en cada clase, es el resultado de la accion combinada de estas dos leyes.

¿Pero en qué consiste la ley de limitacion? Puede decirse de una manera muy general que la propagacion de la vida está contenida ó prevenida por la dificultad de mantener la vida. Este pensamiento, que hemos espresado ya bajo la fórmula de Malthus, importa que se profundice. Constituye la parte esencial de nuestro asunto (1).

Los seres organizados, que tienen vida y que no tienen sentimiento, son rigorosamente pasivos en esta lucha de los dos principios. En cuanto á los vejetales es esactamente cierto que el número en cada especie está limitado por los medios de subsistencia. La profusion de gérmenes es indefinida, pero los recursos de espacio y de fertilidad territorial no lo son. Los gérmenes se dañan, se destruyen entre sí; abortan y en definitiva no prosperan sino los que el suelo puede alimentar,—Los animales estan dotados de sentimiento, pero parecen en general privados de prevision; se propagan, pululan y se multiplican sin preocuparse de la suerte de su posteridad. La muerte, una muerte prematura, puede sola limitar su multiplicacion, y mantener el equilibrio entre su número y sus medios de existencia.

Cuando M. de Lamennais, dirigiéndose al pueblo con su inimitable lenguage, dice:

(1) Todo lo que sigue estaba escrito en 1846.
(*Nota del editor francés.*)

«Hay lugar para todos sobre la tierra, y Dios la ha hecho bastante fecunda para proveer abundantemente á las necesidades de todos.»—Y mas lejos:—«El autor del universo no ha hecho al hombre de peor condicion que á los animales; ¿no están convidados todos al rico banquete de la naturaleza? ¿ha sido escluido uno solo de entre ellos?—Y mas adelante:—«Las plantas de los campos estienden unas despues de otras sus raices en el suelo que las alimenta á todas, y todas crecen allí en paz, ninguna de ellas absorve la sávia de la otra.

Es permitido no ver aqui sino declamaciones falaces que sirven de premisas á peligrosas conclusiones, y sentir que una elocuencia tan admirable se consagre á popularizar el mas funesto de los errores.

No es cierto seguramente que una planta no quite la sávia á la otra, y que todas estiendan sus raices, sin dañarse, en el suelo. Millones de gérmenes vejetales caen cada año sobre la tierra, toman en ella un principio de vida, y sucumben sofocados por plantas mas fuertes y mas enérgicas. —No es cierto que todos los animales que nacen esten convidados al banquete de la naturaleza y que ninguno de ellos esté escluido de aquel. Entre las especies salvages se devoran los unos á los otros, y en las especies domésticas, el hombre destruye un número incalculable.—Aun nada hay mas propio para mostrar la existencia y las relaciones de estos principios: el de la multiplicacion y el de la limitacion. ¿Por qué hay en Francia tantos bueyes y carneros, á pesar de la matanza que se hace de ellos? ¿Por qué hay tan pocos osos y lobos, aunque se maten muchos menos y esten organizados para multiplicarse mucho mas? Porque el hombre prepara á los unos y quita á los otros la subsistencia; dispone en cuanto á ellos de la ley de la limitacion de manera, que quede mas ó menos latitud á la ley de la fecundidad.

Asi, tanto respecto á los vejetales como respecto á los animales, la fuerza limitativa no parece manifestarse sino bajo una forma, la *destruccion.*—Pero el hombre está dotado de razon, de prevision; y este nuevo elemento modifica, y aun cambia en cuanto á él el modo de accion de esta fuerza.

Indudablemente, considerado como ser provisto de orgános materiales, y en una palabra como animal, le es aplicable la *ley de limitacion* por vía de destruccion. No es posible que el número de hombres esceda á los medios de existencia; esto querria decir que existen mas hombres de

los que pueden existir, lo que envuelve contradiccion. Luego si la razon, la prevision estan adormecidas en él, se hace vejetal, se hace bruto; entonces es fatal que se multiplique, en virtud de la gran ley fisiológica que domina á todas las especies; y es fatal tambien que sea destruido, en virtud de la ley limitativa, á cuya accion permanece estraño en este caso.

Pero si es previsor, esta segunda ley entra en la esfera de su voluntad; la modifica, la dirije; aquella no es verdaderamente la misma: no es ya una fuerza ciega, es una fuerza inteligente; no es solamente una ley natural, es además una ley social.—El hombre es el punto donde se encuentran, se combinan y se confunden estos dos principios, la materia y la inteligencia: no pertenece esclusivamente ni al uno ni al otro. Luego la *ley de limitacion* se manifiesta respecto á la especie humana bajo dos influencias, y mantiene á la poblacion en un nivel necesario por la doble accion de la prevision y de la destruccion.

Estas dos acciones no tienen una intensidad uniforme; por el contrario, la una se estiende á medida que la otra se restringe. Hay un resultado á que debe aspirarse, la limitacion: se consigue mas ó menos por *represion* ó por *prevencion*, segun se embrutece ó se espiritualiza el hombre, segun sea mas materia ó mas inteligencia, segun participe mas de la vida vegetativa ó de la vida moral, la ley está mas ó menos fuera de él ó en él, pero siempre es necesario que esté en alguna parte.

No se forma una idea exacta del vasto dominio de la prevision, que el traductor de Malthus ha circunscrito mucho poniendo en circulacion esta vaga é insuficiente espresion, *coaccion moral*, cuyo alcance ha disminuido mas todavia por la definicion que da de ella: «Es la virtud, dice, que consiste en no casarse cuando no se tiene con qué *mantener* á una familia, y sin embargo en vivir en la castidad.» Los obstáculos que la inteligente sociedad humana opone á la multiplicacion *posible* de los hombres toman otras formas que la de la coaccion moral así definida. Y por ejemplo, ¿qué es esa santa ignorancia de la primera edad, la sola ignorancia que sea un crímen el disipar, que cada uno respeta, y sobre la que la madre tímida vela como sobre un tesoro? ¿Qué es el pudor que sucede á la ignorancia, arma misteriosa de la doncella, que encanta é intimida al amante, y prolonga embelleciéndola la estacion de los inocentes amores? ¿No es una cosa maravillosa, y que seria absurda en toda otra materia, ese velo echado así, primero entre la

ignorancia y la verdad, y esos mágicos obstáculos colocados despues entre la verdad y la felicidad? ¿Qué es ese poder de la opinion que impone leyes tan severas á las relaciones de las personas de sexo diferente, infama la mas ligera transgresion de estas leyes, y persigue la debilidad tanto en aquella que sucumbe cuanto, de generacion en generacion, sobre aquellos que son sus tristes frutos? ¿Qué es ese honor tan delicado, esa rígida reserva, tan generalmente admirada aun de aquellos que se emancipan de ella, esas institutuciones, esas dificultades de conveniencias de todas clases, sino es la *ley de limitacion* manifestada en el órden inteligente, moral, *preventivo* y por tanto esclusivamente humano?

Que desaparezcan estas barreras, que la especie humana, en lo que concierne á la union de los sexos, no se cuide de las conveniencias, ni de la fortuna, ni del porvenir, ni de la opinion, ni de las costumbres; que se rebaje hasta la condicion de las especies vejetales y animales: ¿puede dudarse que tanto en aquellas como en esta no obre la potencia de multiplicacion con bastante fuerza para necesitar muy pronto la intervencion de la *ley de limitacion,* manifestada esta vez en el órden físico, brutal, *represivo;* es decir, por el ministerio de la indigencia, de la enfermedad y de la muerte?

¿Es posible negar que, haciendo abstraccion de toda prevision y de toda moralidad, no haya bastante atractivo en la reunion de los sexos para determinarla, en nuestra especie como en todas las demas, desde la primera aparicion de la pubertad? Si se fija esta en los diez y seis años, y si las actas del estado civil prueban que nadie se casa en un pais dado antes de los veinte y cuatro años, son ocho años sustraidos por la parte moral y preventiva de la *ley de limitacion* á la accion de la multiplicacion; y si se añade á este número lo que hay que atribuir al celibato absoluto, nos convenceremos de que la humanidad inteligente no ha sido tratada por el Criador como la animalidad brutal, y que está en su poder trasformar la limitacion *represiva* en limitacion *preventiva.*

Es bastante singular que la escuela espiritualista y la escuela materialista hayan cambiado, por decirlo asi, de papel en esta gran cuestion: la primera, tronando contra la prevision, se esfuerza en hacer que predomine el principio brutal; la segunda, exaltando la parte moral del hombre, recomienda el imperio de la razon sobre las pasiones y los apetitos.

Lo que hay en todo esto es verdaderamente una inteligencia errónea. Consulte un padre de familias para la direccion de su casa al sacerdote mas ortodoxo: seguramente recibirá para el caso particular consejos en un todo conformes con las ideas que la ciencia erige en *principios*, y que este mismo sacerdote rechaza como tales. «Ocultad vuestra hija, dirá el anciano sacerdote; apartadla lo mas que podais de las seducciones del mundo; cultivad, como una flor preciosa, la santa ignorancia, el celeste pudor que constituyen á la vez su encanto y su defensa. Aguardad que se presente un partido honrado y conveniente; trabajad sin embargo, y poneos en disposicion de asegurarle una suerte conveniente. Pensad que el matrimonio en la pobreza acarrea muchos sufrimientos y aun mas peligros. Recordad esos viejos proverbios que son la sabiduria de las naciones y que nos advierten que la vida con algunas comodidades es la garantia mas segura de la union y de la paz. ¿Por qué os habéis de apresurar? ¿Queréis que vuestra hija á los veinte y cinco años esté cargada de familia, que no pueda criarla ni educarla, segun vuestra clase y vuestra condicion? ¿Queréis que su marido, incapaz de vencer la insuficiencia del salario, caiga primero en la afliccion, luego en la desesperacion y acaso por último en el desórden? El proyecto que os ocupa es el mas grave de todos los que pueden llamar vuestra atencion. Pensadlo, meditadlo; libraos de toda precipitacion, etc.»

Suponed que el padre, usando del lenguage de M. de Lamennais, contesta: «Dios dió en el origen este mandamiento á todos los hombres: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra y dominadla. Y vos decis á mi hija: Renuncia á la familia, á las castas dulzuras del matrimonio, á los castos goces de la maternidad; abstente, vive sola: ¿qué podrás tu multiplicar sino tus miserias?»—¿Se cree que el sacerdote no tendria nada que oponer á este razonamiento?

Dios, diria, no ha ordenado á los hombres crecer sin discernimiento y sin medida, unirse como las bestias, sin ninguna prevision para el porvenir: no ha dado la razon á su criatura de predileccion para prohibirle su uso en las circunstancias mas solemnes: ha ordenado en efecto al hombre crecer, pero para crecer es menester vivir, y para vivir se necesitan medios: asi, en la órden de crecer vá comprendida la de preparar á las jóvenes generaciones medios de existencia.—La religion no ha puesto la virginidad en la escala de los crímenes; lejos de esto ha hecho de ella una virtud, la ha honrado, santificado y glorificado; luego no

debemos creer que se viola el mandamiento de Dios, porque nos preparemos á cumplirlo con prudencia, en vista del bien, de la felicidad y de la dignidad de la familia.—Pues bien, este razonamiento y otros semejantes, dictados por la esperiencia, que se oyen repetir diariamente en el mundo, y que arreglan la conducta de toda familia moral ó ilustrada, ¿qué otra cosa son sino la aplicacion de una doctrina general en los casos particulares? O mas bien, ¿qué es esta doctrina sino la generalizacion de un razonamiento que tiene lugar en todos los casos particulares? El espiritualista que rechaza en principio la intervencion de la limitacion preventiva, se parece al físico que dijese á los hombres: «Obrad en todo encuentro como si la gravedad existiese, pero no admitais la gravedad sino en teoría.»

Hasta aquí no nos hemos alejado de la teoría Malthusiana; pero hay un atributo de la humanidad que en mi opinion, la mayor parte de los autores no han considerado segun su importancia, que hace un papel inmenso en los fenómenos relativos á la poblacion, que resuelve muchos problemas á que esta gran cuestion ha dado orígen, y hace que renazca en el alma del filántropo una serenidad y una confianza que la ciencia incompleta parecia haber desterrado; este atributo comprendido por lo demas en las nociones de razon y prevision es la *perfectibilidad*.—El hombre es perfectible; es susceptible de mejoramiento y de deterioro: si en rigor puede permanecer estacionario, puede tambien subir y bajar los grados infinitos de la civilizacion. Esto es cierto de los individuos, de las familias, de las naciones y de las razas.

Por no haber tenido bastante en cuenta todo el poder de este principio progresivo, es por lo que Malthus ha llegado á consecuencias desconsoladoras, que han producido la repulsion general.

Porque, noviendo el *obstáculo preventivo* sino bajo una forma ascética hasta cierto punto, y es necesario convenir en que poco aceptada, no podia atribuirle mucha fuerza. Asi, segun él, en general es el *obstáculo represivo* el que obra; en otros términos, el vicio, la miseria, la guerra, el crímen, etc.

Aquí hay un error á mi parecer; y vamos á reconocer que la accion de la fuerza limitativa se presenta á los hombres, no como un esfuerzo de castidad, como un acto de abnegacion únicamente, sino tambien y principalmente como una condicion de bienestar, como un movimiento instintivo que los preserva de decaer ellos y su familia.

La poblacion, se ha dicho, tiende á ponerse al nivel de los medios de subsistencia. Debo advertir que á esta espresion, *medios de subsistencia*, otras veces universalmente admitida, ha sustituido J. B. Say otra mucho mas correcta: *medios de existencia*. Parece á primera vista que solo la subsistencia está comprendida en la cuestion. No es así; *el hombre no vive solamente con pan*, y el estudio de los hechos muestra con mucha claridad que la poblacion se detiene ó se retarda, cuando el conjunto de todos los medios de existencia, comprendidos el vestido, la habitacion y las demas cosas, que el clima ó el hábito tambien hacen necesarias, llegan á faltar.

Decimos pues: la poblacion tiende á ponerse al nivel de los *medios de existencia*.

Pero estos medios, ¿son una cosa fija, absoluta, uniforme? De ninguna manera: á medida que el hombre se civiliza, se estiende el círculo de sus necesidades, y aun puede decirse lo mismo de la simple *subsistencia*. Considerados bajo el punto de vista del ser perfectible los *medios de existencia*, en los que debe comprenderse la satisfaccion de las necesidades físicas, intelectuales y morales, admiten tantos grados como hay en la civilizacion misma, es decir, en lo infinito. Sin duda hay un límite inferior: satisfacer el hambre, guarecerse de cierto grado de frio es una condicion de la vida, y podemos observar este límite en el estado de los salvajes de América y de los pobres de Europa; pero un límite superior, yo no lo conozco, no lo hay. Satisfechas las necesidades naturales, nacen otras, que son facticias primero, si se quiere, pero que el hábito hace naturales á su vez, y despues de estas, todavia otras y otras, sin término asignable.

Luego á cada paso que dá el hombre en la via de la civilizacion, sus necesidades abrazan un círculo mas estenso y los *medios de existencia*, este punto donde se encuentran las dos grandes leyes de multiplicacion y de limitacion, varia de lugar para elevarse.—Porque, aunque el hombre sea susceptible de deterioro, asi como de perfeccionamiento, húye del uno y aspira al otro: sus esfuerzos tienden á mantenerlo en el rango que ha conquistado, á elevarlo todavia mas; y el *hábito*, que se ha llamado con tanta razon una segunda naturaleza, haciendo las funciones de las bálbulas de nuestro sistema arterial, pone un obstáculo á todo paso retrógrado. Es, pues, muy sencillo el que la accion inteligente y moral, que ejerce aquel sobre su propia multiplicacion, se resienta, se impregne, se inspire de estos esfuerzos, y se convine con estos hábitos progresivos.

Las consecuencias que resultan de esta organizacion del hombre se presentan en gran número; nos limitaremos á indicar algunas.—Primeramente admitiremos con los economistas que la poblacion y los medios de existencia estan en equilibrio; pero siendo el último de estos términos de una movilidad infinita, y variando con la civilizacion y los hábitos, no podríamos admitir, sino comparando los pueblos y las clases, que la poblacion sea proporcional á la *produccion*, como dice J. B. Say (1), ó á las *rentas* como afirma Sismondi.— Despues, suponiendo cada grado de cultura mas prevision, el obstáculo moral y preventivo debe neutralizar cada vez mas la accion del obstáculo brutal y represivo, á cada fase de perfeccionamiento realizado en la sociedad ó en algunas de sus fracciones.

—De aquí se sigue que todo progreso social contiene el gérmen de un progreso nuevo, *vires acquirit eundo*, puesto que el mejor bienestar y la prevision se engendran uno á otro en una sucesion indefinida.—Asimismo cuando la humanidad sigue por alguna causa un movimiento retrógrado, el malestar y la imprevision son entre sí causa y efecto recíprocos, y el decaimiento no tendria término, si la sociedad no estuviese provista de esa fuerza curativa, *vis medicatrix*, que la Providencia ha puesto en todos los cuerpos organizados. Observemos, en efecto, que á cada período en el decaimiento, la accion de la limitacion en su modo estructivo se hace á la vez mas dolorosa y mas fácil de discernir. Primeramente no se trata sino de deterioracion; de degradacion; despues es la miseria, el hambre, el desórden, la guerra, la muerte, tristes pero infalibles medios de enseñanza.

Querriamos poder detenernos á manifestar cómo la teoría esplica aquí los hechos, cómo los hechos á su vez justifican la teoria. Cuando los medios de existencia han descendido en un pueblo ó en una clase á ese limite inferior ó se confunden con los medios de pura subsistencia, como en China, en Irlanda y en las últimas clases de todo pais, las menores oscilaciones de poblacion ó de recursos alimenticios se traducen en mortalidad: los hechos confirman respecto á esto la induccion científica.—Hace mucho tiempo que el hambre no visita ya á la Europa, y se atribuye la destruccion de esta plaga á una multitud de causas. Hay muchas sin duda, pero la mas general es que los *medios de existencia* han sobrepujado en gran manera, á consecuencia del progreso

(1) Es justo decir qué J. B. Say ha hecho observar que los *medios de existencia* eran una cantidad variable.

social, á los medios de subsistencia. Cuando vienen años de escasez, se pueden sacrificar muchas satisfacciones antes de emprender la reduccion de los alimentos mismos.—No sucede asi en China y en Irlanda: cuando los hombres no tienen nada en el mundo sino algun arroz ó algunas patatas ¿con qué han de comprar otros alimentos, si este arroz y estas patatas vienen á faltar?

Por último hay una tercera consecuencia de la perfectibilidad humana, que debemos señalar aqui porque contradice, en lo que tiene de desconsolador, la doctrina de Malthus.—Hemos atribuido á este economista la siguiente fórmula:—«La poblacion tiende á ponerse al nivel de los medios de subsistencia.»—Hubiéramos debido decir que habia ido muy adelante, y que su verdadera fórmula, de la que ha sacado deducciones tan aflictivas, es esta:—La poblacion tiende *á sobrepujar* los medios de subsistencia.—Si Malthus hubiera querido simplemente espresar por esto que en la raza humana la potencia de propagar la vida es superior á la potencia de mantenerla, no habria contestacion posible. Pero no es ese su pensamiento; afirma que tomando en consideracion la fecundidad absoluta por una parte, por la otra la limitacion manifestada por sus dos modos, represivo y preventivo, el resultado no deja de ser la tendencia de la poblacion á esceder de los medios de vivir (1).—Esto es cierto de todas las especies animadas, escepto de la especie humana. El hombre es inteligente, y puede hacer de la limitacion preventiva un uso ilimitado. Es perfectible, aspira al perfeccionamiento, le repugna el deterioramiento; el progreso es su estado normal, el progreso supone un uso cada vez mas ilustrado de la limitacion preventiva. Luego *los medios de existencia se aumentan con mas celeridad que la poblacion*. Este resultado no solamente se deriva del principio de la perfectibilidad, sino que ademas se confirma por *el hecho*, puesto que por todas partes se ha estendido el círculo de las satisfacciones.—Si fuese cierto, como dice Malthus, que á cada escedente de medios de existencia corresponde un escedente superior de

(1) Existen pocos países cuya poblacion no tenga una tendencia á multiplicarse mas allá de los medios de subsistencia. Una tendencia tan constante como esta debe engendrar *necesariamente* la miseria de las clases inferiores, é impedir *toda mejora durable en su condicion*.... El principio de la poblacion.... aumentará el número de individuos *antes* que tenga lugar un aumento en los medios de subsistencia.

(*Malthus citado por Rossi.*)

poblacion, la miseria de nuestra raza seria fatalmente progresiva, la civilizacion estaria en el principio, y la barbarie en el fin de los tiempos. Lo contrario tiene lugar; luego la ley de limitacion ha tenido bastante poder para contener el torrente de la multiplicacion de los hombres por bajo de la multiplicacion de los productos.

Se vé por lo que precede cuán vasta y difícil es la cuestion de la poblacion. Es de sentir sin duda que no se le haya dado su fórmula exacta, y naturalmente siento todavía mas no poderla dar yo tampoco. Pero, ¿no se vé cuanto repugna el asunto á los estrechos límites de un axioma docmático? ¿Y no es una vana tentativa querer espresar por una ecuacion inflexible las relaciones de datos esencialmente variables?—Recordemos estos datos.

1.° *Ley de multiplicacion.*—Potencia absoluta, virtual, fisiológica, que hay en la raza humana de propagar la vida, haciendo abstraccion de la dificultad de mantenerla.—Este primer dato, el solo susceptible de alguna precision, es el único en que la precision viene á ser supérflua, porque, ¿qué importa saber donde está el límite superior de la multiplicacion en la hipótesis, si nunca podrá llegarse á él en la condicion real del hombre, la que consiste en mantener la vida con el sudor de su frente?

2.° Luego hay un límite á la ley de multiplicacion. ¿Cuál es este límite? Los medios de existencia, se dice. Pero, ¿qué son los medios de existencia? Son un conjunto de satisfacciones impalpables. Varian, y por consiguiente, varian tambien el límite que se busca, segun sus lugares, los tiempos, las razas, las condiciones, las costumbres, la opinion y los hábitos.

3.° Por último, ¿en qué consiste la fuerza que reduce la poblacion á este límite variable? Se divide en dos con respecto al hombre: la que *reprime*, y la que *previene*. Así, la accion de la primera, inaccesible por si misma á toda apreciacion rigorosa, está además enteramente subordinada á la accion de la segunda, que depende del grado de civilizacion, del poder de los hábitos, de la tendencia, de las instituciones religiosas y políticas, de la organizacion de la propiedad, del trabajo y de la familia, etc., etc.—No es pues posible establecer entre la ley de multiplicacion y la ley de limitacion una ecuacion, de la que pueda deducirse la poblacion real.

En álgebra, *a* y *b*, representan cantidades determinadas que se numeran, se miden, y cuyas proporciones pueden fijarse; pero *medios de existencia*, *imperio moral de la*

voluntad, *accion fatal de la mortalidad*; son tres datos de problemade la poblacion, datos flexibles en sí mismos, y que además toman alguna cosa de la asombrosa flexibilidad del asunto que rigen, el hombre, este ser, segun Montaigne, tan maravillosamente fluctuante y diverso.

No es pues sorprendente que al querer dar á esta ecuacion una precision que no contiene, los economistas hayan separado mas bien que aproximado los espíritus, porque no hay término de sus fórmulas que no descubra el flanco á una multitud de objecciones de razonamiento y de hecho.

Entremos ahora en el dominio de la aplicacion: la aplicacion, además de servir para delucidar la doctrina, es el verdadero fruto del árbol de la ciencia.

El trabajo, hemos dicho, es el objeto único del cambio. Para adquirir una cantidad (á menos que la naturaleza no nos la dé gratuitamente), es necesario tomarse el trabajo de producirla, ó restituir este trabajo al que lo ha ejecutado por nosotros. El hombre no crea absolutamente nada: arregla, dispone, trasporta para un fin útil; no hace nada de esto sin trabajo, y el resultado de su trabajo es su propiedad; si la cede, tiene derecho á restitucion, bajo la forma de un servicio igual despues de un largo debate. Este es el valor, de la remuneracion, del cambio, principio que no es menos verdadero por ser sencillo.—En lo que se llama *productos* entran diversos grados de *utilidad natural*, y diversos grados de *utilidad artificial*; esta, que sola supone trabajo, es sola la materia de las convenciones humanas; y sin contestar de manera alguna la célebre y tan fecunda fórmula de J. B. Say: «Los productos se cambian por productos», tengo por mas rigorosamente científica esta: *El trabajo se cambia por trabajo,* ó mejor todavía, *los servicios se cambian por servicios.*

No se debe entender por esto que los trabajos se cambian entre sí, en razon á su duracion ó á su intensidad, que siempre el que cede una hora de trabajo, ó bien aquel cuyo esfuerzo hubiere elevado la aguja del dinámetro á 100 grados, pueda exigir que se haga en su favor un esfuerzo semejante. La *duracion*, la *intensidad*, son dos elementos que influyen sobre la apreciacion del trabajo; pero no son los únicos; hay tambien trabajo mas ó menos repugnante, peligroso, difícil, inteligente, previsor y aun feliz. Bajo el imperio de estas convenciones libres, allí donde la sociedad está completamente asegurada, cada uno es dueño de su propio trabajo, y dueño por consiguiente de no venderlo sino por su precio. Hay un límite á su condescendencia, y es

el punto en que hay mas ventaja en reservar el trabajo que en cambiarlo; hay tambien un límite á sus pretensiones, y es el punto en que la otra parte contratante tiene interés en no acceder á la permuta.

Hay en la sociedad tantas capas, si puedo espresarme asi, como grados hay en la tasa de la remuneracion.—El menos remunerado de todos los trabajos, es aquel que se acerca mas á la accion bruta, automática; esto es una disposicion providencial, justa, útil y fatal á la vez. El simple bracero llega muy pronto al *límite de las pretensiones* de que hablaba hace poco, porque no hay nadie que no pueda ejecutar el trabajo mecánico que ofrece; y está asi mismo detenido en el *límite de su condescencia,* porque es incapaz de ejecutar el trabajo inteligente que pide. La *duracion*, la *intensidad*, atributos de la materia, son los únicos elementos de remuneracion para esta especie de trabajo material; y hé aquí porque se paga generalmente *al dia.*—Todos los progresos de la industria se resumen en esto: reemplazar en cada producto cierta suma de *utilidad artificial*, y por consiguiente onerosa, por una igual de *utilidad natural* y por tanto *gratuita*. Se sigue de aquí que si hay una clase de la sociedad interesada mas que cualquiera otra en la libre concurrencia, es principalmente la clase obrera. ¿Cuál seria su suerte, si los agentes naturales, los instrumentos de la produccion no se viesen constantemente impulsados por la competencia á conferir *gratuitamente* á todos los resultados de su corporacion? No es el simple jornalero el que sabe sacar partido del calor, de la gravitacion, de la electricidad, el que inventa los procedimientos y posee instrumentos, por los cuales se utilizan estas fuerzas. En el orígen de estos descubrimientos, el trabajo de los inventores, inteligente en el mas alto grado, obtiene una gran remuneracion; en otros términos, hace equilibrio á una masa enorme de trabajo bruto; en otros términos todavia, su producto es *caro*. Pero interviene la concurrencia, el producto baja, el concurso de los servicios naturales, no aprovecha ya al productor, sino al consumidor, y el trabajo que los utiliza se acerca en cuanto á la remuneracion á aquel en que esta se calcula por la duracion.—Asi, el fondo comun de las riquezas gratuitas aumenta sin cesar; los productos de toda especie tienden á adquirir y adquieren positivamente esa condicion de *gratuidad* bajo la que se nos ofrecen el agua, el aire y la luz: luego el nivel de la humanidad aspira á elevarse y á igualarse; luego, haciendo abstraccion de la ley de la poblacion, la última clase de la sociedad, es

la que alcanza un mejoramiento mas rápido.—Pero hemos dicho haciendo abstraccion de la ley de la poblacion; esto nos vuelve á conducir á nuestro asunto.

Representémonos un estanque en el cual un orificio, que se agranda continuamente, deja entrar agua en mas abundancia cada vez. No teniendo en cuenta sinó esta circunstancia, el nivel deberia elevarse constantemente; pero si las paredes del estanque son movibles, susceptibles de alejarse y de aproximarse, es claro que la altura del agua dependerá de la manera de que esta nueva circunstancia, se combine con la primera. El nivel bajará, sea cualquiera la rapidez con que se aumente el volúmen de agua que alimenta al estanque, si su capacidad se ensancha con mas rapidez todavia; subirá si la cavidad del estanque, no se ensancha proporcionalmente sino con gran lentitud, mucho mas si permanece fijo, y principalmente si se estrecha.

Esta es la imágen de la capa social cuyos destinos investigamos, y que forma, necesario es confesarlo, la gran masa de la humanidad. La renumeracion, los objetos propios, hará satisfacer las necesidades, para mantener la vida, es el agua que recibe por el orificio elástico. La movilidad de los bordes del estanque, es el movimiento de la poblacion.—Es cierto (1) que los medios de existencia, le llegan en una progresion cada vez mayor; pero tambien lo es que el marco puede ensancharse en una progresion superior. Luego en esta clase; la vida será mas ó menos feliz, mas ó menos digna, segun que la ley de limitacion, en su parte moral, intelectual y preventiva, circunscriba en ella el principio absoluto de la multiplicacion.—Hay un término al aumento del número de hombres de la clase laboriosa: aquel en que el fondo progresivo de la remuneracion es insuficiente para que vivan. No los hay para su mejoramiento posible, porque de los dos elementos que lo constituyen el uno, la riqueza, aumenta continuamente, el otro, la poblacion, se halla dentro de la esfera de su voluntad.

Todo lo que acabamos de decir de la última capa social en la que se ejecuta el trabajo mas bruto, se aplica tambien á cada una de las otras clases sobrepuestas y clasificadas entre sí en razon inversa, por decirlo asi, de su rudeza, de su materialidad especifica. No considerando cada clase sino en si misma, todas estan sometidas á las mismas leyes generales. En todas hay lucha entre la potencia fisiológica de multiplicacion y la potencia moral de limitacion. La úni-

(1) V. cap. XI, pág. 319 y sig.

ca cosa que difiere de una clase á otra es el punto de union de estas dos fuerzas, la altura á que la remuneracion llega, en que los hábitos fijan, entre estas dos leyes, ese límite que se llama *medios de existencia.*

Pero si consideramos las diversas capas, no ya en si mismas, sino en sus relaciones recíprocas, creo que puede discernirse en ellas la influencia de dos principios obrando en sentido inverso, y esta es ciertamente la esplicacion de la condicion real de la humanidad.—Hemos establecido la manera de que todos los fenómenos económicos y especialmente la ley de la concurrencia tendian á la igualdad de las condiciones; esto no nos parece teóricamente contestable. Puesto que ninguna ventaja natural, ningun procedimiento ingenioso, ninguno de los instrumentos porque se ponen en accion éstos procedimientos, pueden detenerse definitivamente en los productos considerados como tales; puesto que los resultados, por una dispensacion irresistible de la providencia, tienden á hacerse patrimonio comun, gratuito, y por consiguiente igual de todos los hombres es claro que la clase mas pobre, es la que saca mayor provecho *relativo* de esta admirable disposicion de las leyes de la economía social. Así como el pobre es tratado tan liberalmente como el rico con respecto al aire respirable, asi tambien llega á ser igual al rico con respecto á toda esa parte del precio de las cosas que el progreso destruye sin cesar. Hay, pues, en el fondo de la raza humana, una tendencia prodigiosa hácia la *igualdad.*

No hablo aquí de una tendencia de aspiracion, sino de realizacion.—Sin embargo, la igualdad no se realiza, ó se realiza tan lentamente que, comparando dos siglos apartados, apenas se perciben sus progresos. Son tampoco sensibles que muchos espíritus rectos los niegan, aunque seguramente sin razon. ¿Cuál es la causa que retarda esa fusion de las clases en su nivel comun y siempre progresivo?

No creo que sea necesario irla á buscar en otra parte mas que en los diversos grados de esa *prevision* que anima á cada capa social con respecto á la poblacion.—La ley de la limitacion, hemos dicho, está á disposicion de los hombres en lo que tiene de *moral* y de *preventiva*. El hombre, hemos dicho tambien, es perfeptible, y á medida que se perfecciona, hace un uso mas inteligente de esta ley. Es, pues, natural que las clases, á medida que son mas ilustradas, sepan someterse á esfuerzos mas eficaces, imponerse sacrificios mejor entendidos para mantener su pobla-

cion respectiva al nivel de los *medios de existencia*, de que pueden disponer.

Si la estadistica estuviese bastante adelantada, convertiria probablemente en certidumbre esta induccion teórica mostrando que los matrimonios son menos precoces en las altas que en las bajas regiones de la sociedad.—Si esto es así, se comprende fácilmente que, en el gran mercado á donde todas las clases llevan sus servicios respectivos, donde se cambian los trabajos de diversas naturalezas, el trabajo bruto se ofrece en mayor abundancia relativa que el trabajo inteligente, lo que esplica la insistencia de esa desigualdad de condiciones, que tantas y tan poderosas causas de otro órden tienden incesantemente á borrar.

La teoría que acabamos de esponer brevemente conduce á este resultado práctico: que las mejores formas de la filantropía, las mejores instituciones sociales, son aquellas que, obrando en el sentido del plan providencial tal como las armonías sociales nos lo revelan, á saber, la igualdad en el progreso, hacen descender á todas las capas de la humanidad y especialmente á la última el conocimiento, la razon, la moralidad, la prevision.

Decimos las instituciones, porque en efecto, la prevision resulta, tanto de las necesidades de posicion, como de las deliberaciones púramente intelectuales. Hay una organizacion de la propiedad, ó por decir mejor de la esplotacion, que favorece mas que otra alguna á lo que los economistas llaman el conocimiento del mercado, y por consiguiente la *prevision*. Parece cierto, por ejemplo, que la aparcería es mucho mas eficaz que el arendamiento (1) para oponer el obstáculo preventivo á la exhuberancia de la poblacion en la clase inferior. Una familia de aparceros, está en una disposicion mucho mejor que una familia de jornaleros de sentir los inconvenientes de los matrimonios precoces, y de una multiplicacion desordenada.

Decimos tambien las formas de la filantropía. En efecto, la limosna puede hacer un bien actual y local; pero no puede tener sino una influencia muy reducida, si no llega á ser funesta, sobre el bienestar de la clase laboriosa; pues que no desarrolla y aun acaso paraliza la virtud mas propia para elevar esta clase, la *prevision*. Propagar ideas sanas, y principalmente hábitos de cierta dignidad, es el mayor bien, el bien permanente, que puede conferirse á las clases inferiores.

(1) Que requiere la clase de los jornaleros.

Los *medios de existencia*, no nos cansaremos de repetirlo, no son una cantidad fija: dependen de las costumbres, de la opinion, de los *habitos*. En todos los grados de la escala social, se esperimenta la misma repugnancia á descender del medio, á que estamos habituados, que puede sentirse en el grado inferior. Aun acaso el sufrimiento es mayor en el aristócrata cuyos nobles vástagos se pierden en la clase media, que en el individuo de la clase media cuyos hijos se hacen jornaleros, en los jornaleros cuyos hijos se ven reducidos á la mendicidad. El *habito* de cierto bienestar, de cierta dignidad en la vida; es pues el mas fuerte de los estimulantes para ejercitar la prevision; y si la clase obrera se eleva una vez á ciertos goces, no querrá descender de esta situacion: aunque para mantenerse en ella y conservar un salario en armonia con sus nuevos hábitos, tenga que emplear el infalible medio de la limitacion preventiva,

Por esta razon considero yo como una de las mas felices manifestaciones de la filantropia la resolucion, que parece haber tomado muchos propietarios y fabricantes en Inglaterra, de derribar las chozas de tierra y ramage, para sustituirlas con casas de ladrillo limpias, con buenas luces, muy ventiladas y convenientemente amuebladas. Si esta medida fuese general, elevaria el tono de la clase obrera, convertiria en necesidades reales lo que hoy es un lujo relativo, levantaria ese límite que se llama *medios de existencia*, y en su consecuencia el tipo *de la remuneracion* en su grado inferior.—¿Por qué no? La última clase de los pueblos civilizados está muy por cima de la últinia clase de los pueblos salvages. Ella se ha elevado; ¿por qué no se ha de elevar mas todavía?

Sin embargo, no debemos hacernos ilusiones; el progreso no puede sér sino muy lento, porque es necesario que sea *general*, en cualquiera grado. Se conceberia que pudiese realizarse rápidamente en un punto del globo, si los pueblos no ejerciesen ninguna influencia unos sobre otros; pero no es así: hay una gran ley de *solidaridad* para la raza humana asi como el progreso como en el retroceso. Si en Inglaterra, por ejemplo, se mejorase sensiblemente la condicion de los obreros á consecuencia de una subida general de los salarios, la industria francesa tendria mas probabilidad de sobrepujar á su rival, y por su desarrollo moderaria el movimiento progresivo que se manifestase al otro lado del estrecho. Parece que la providencia no ha querido que un pueblo pueda elevarse sobre otro mas allá de ciertos límites; asi tanto en el vasto conjunto, como en los menores detalles

de la sociedad humana encontramos siempre que fuerzas admirables é inflexibles, tienden á conferir en definitiva á la masa ventajas individuales ó colectivas, y á poner todas las superioridades bajo el yugo de un nivel comun, que, como el del Occeano en las horas del flujo, se iguala sin cesar y se eleva constantemente.

En resúmen, admitiéndose la perfectibilidad, que es el carácter distintivo del hombre, conociéndose la accion de la concurrencia y la ley de la limitacion; la suerte de la raza humana, bajo el solo punto de vista de sus destinos terrestres, parece que puede resumirse así: 1.° elevacion de todas las capas sociales á la vez, ó del nivel general de la humanidad; 2.° aproximacion indefinida de todos los grados, y aniquilamiento sucesivo de las distancias que separan á las clases, hasta un límite establecido por la justicia absoluta; 3.° disminucion relativa, en cuanto al número, de la última y de la primera capa social, y estension de las capas intermedias.—Se dirá que estas leyes deben producir la igualdad absoluta. . . . .

. . . .

Este capítulo, escrito en gran parte desde 1846, no traduce tal vez con bastante claridad la oposicion del autor á las ideas de Malthus.

Bastiat pone de manifiesto la accion desapercibida y naturalmente preventiva del móvil individualista,— el deseo progresivo de bienestar, la ambicion de lo mejor; y el hábito, que hace para cada uno del bienestar adquirido una verdadera necesidad, *un límite inferior de los medios de existencia*, mas abajo del cual nadie quiere ver caer á su familia. Pero esto no es sino el lado negativo en cierto modo de la ley; muestra solamente que en toda sociedad fundada sobre la propiedad y la familia, *la poblacion no puede ser un peligro.*

Quedaba que demostrar que *la poblacion por si misma es una fuerza*, y que probar el aumento necesario de potencia productiva que resulta de la densidad de la poblacion. Este es, como el autor mismo lo ha dicho, página 105, el elemento importante descuidado por Malthus, y que allí donde Malthus habia visto discordancia, nos haria ver armonía.

(*Nota del editor francés.*)

XVII.

SERVICIOS PRIVADOS, SERVICIOS PUBLICOS.

Los *servicios* se cambian por *servicios*.

La *equivalencia* de los *servicios* resulta del cambio voluntario y del libre debate que le precede.

En otros términos, cada *servicio* llevado al medio social *vale* tanto como cualquiera otro servicio á que hace equilibrio, con tal que todas las *ofertas* y todos los *pedidos* tengan la *libertad* de producirse, de compararse, de discutirse.

Aunque se quiera epilogar y sutilizar, es imposible concebir la idea de valor sin asociarle la de libertad.

Cuando ninguna violencia, ninguna restriccion, ningun fraude, viene á alterar la equivalencia de los servicios, puede decirse que reina la *justicia*.

No es esto afirmar que la humanidad haya llegado entonces al término de su perfeccionamiento; porque la libertad deja siempre una puerta abierta á los errores de las apreciaciones individuales. El hombre se equivoca frecuentemente en sus juicios y á causa de sus pasiones; no clasifica siempre sus deseos en el órden mas razonable. Hemos visto que un servicio puede ser apreciado en su valor, sin que haya una proporcion razonable entre su valor y su utilidad, basta para esto que demos preferencia á ciertos deseos sobre otros. El progreso de la inteligencia, del buen sentido y de las costumbres es el que realiza cada vez mas esta proporcion, poniendo cada servicio en su lugar moral, si puedo espresarme asi. Un objeto futil, un espectáculo

pueril, un placer inmoral, pueden tener un gran precio en un pais y ser desdeñados é infamados en otro. La equivalencia de los servicios pues, es una cosa diferente de la justa apreciacion de su utilidad. Pero aun bajo esta relacion, la libertad, el sentido de la responsabilidad, son tambien los que corrigen y perfeccionan nuestros gustos, nuestros deseos, nuestras satisfacciones y nuestras apreciaciones.

En todos los paises del mundo hay una clase de servicios que, en cuanto á la manera con que son prestados, distribuidos y remunerados, realizan una evolucion diferente de las de los servicios privados ó libres. Estos son los *servicios públicos*.

Cuando una necesidad tiene un carácter de universalidad y de uniformidad suficiente para que se pueda llamar *necesidad pública*, puede convenir á todos los hombres que forman parte de una misma aglomeracion (Comun, Provincia, Nacion), proveer á la satisfaccion de esta necesidad por una accion ó por una delegacion colectiva. En este caso, nombran funcionarios encargados de prestar y distribuir en la comunidad el servicio de que se trata, y proveen á su remuneracion por una reparticion que es, al menos en principio, proporcional á las facultades de cada asociado.

En el fondo, los elementos primordiales de la economía social, no se alteran necesariamente por esta forma particular del cambio, principalmente cuando se supone el consentimiento de todas las partes. Siempre hay trasmision de esfuerzos, trasmision de servicios. Los funcionarios trabajan para satisfacer las necesidades de los contribuyentes; los contribuyentes trabajan para satisfacer las necesidades de los funcionarios. El valor relativo de estos servicios recíprocos es determinado por un procedimiento, que tendremos que examinar; pero los principios esenciales del cambio, al menos abstractamente hablando, quedan intactos.

Por eso han considerado sin razon algunos antores, en cuya opinion ha ejercido cierta influencia el espectáculo de impuestos enormes y abusivos, como *perdido* todo valor consagrado á los servicios públicos. (1) Esta condenacion de-

(1) «En el momento que se paga este valor por el contribuyente, se pierde para «él; en el momento que se consume por el gobierno, es perdido para todo el mun«do y no vuelve á la sociedad.»

(J. B. Say. Tratado de Economia politica, lib. III, cap. IX, p. 504.)

Sin duda; pero la sociedad gana en cambio el servicio que se le presta ¿la segu-

cisiva no resiste al exámen. Como *pérdida* ó *ganancia*, el *servicio público* no difiere en nada del *servicio privado*. Que guarde yo mi campo por mí mismo, que pague al hombre que lo guarda, ó que pague al Estado para que se encargue de guardarlo, es siempre un sacrificio hecho en vista de una ventaja. De cualquiera manera que esto se verifique, pierdo el esfuerzo sin duda; pero gano la seguridad.

¿Se dirá que doy un objeto material, y no recibo nada que tenga cuerpo y figura? Esto seria volver á caer en la falsa teoría del valor. Mientras se ha atribuido valor á la materia, no á los servicios, se ha debido creer que todo servicio público, carecia de valor ó era perdido. Mas tarde cuando se ha fluctuado entre lo verdadero y lo falso respecto al valor, se ha debido fluctuar tambien entre lo verdadero y lo falso respecto al impuesto.

Si el impuesto no es necesariamente una pérdida, todavía menos es necesariamente un despojo. (1) Sin duda alguna se ejerce en las sociedades modernas el despojo por el impuesto en una escala inmensa. Mas tarde veremos que es una de las causas mas activas entre todas las que turban la equivalencia de los servicios y la armonía de los intereses. Pero el mejor medio de combatir y de destruir los abusos del impuesto, es preservarse de esa exajeracion que lo representa como despojador *por esencia*.

Así, considerados los *servicios públicos* en sí mismos, en su naturaleza propia, en el estado normal, y haciendo abstraccion de todo abuso, son como los *servicios privados*, puros cambios.

Pero los procedimientos, por cuyo medio los servicios se-

idad, por ejemplo. Por lo demás, Say restablece algunas líneas mas abajo la verdadera doctrina en estos términos:

«Levantar un impuesto, es causar un daño á la sociedad, daño que no es compensado con ninguna ventaja, *siempre que no se le preste ningun servicio en cambio.*»

(S. B. Say. *Tratado de Economia política*, lib. III, cap. IX, p. 501.)

(1) «Las contribuciones públicas, aun cuando sean consentidas por la nacion, son una violacion de las propiedades, puesto que no se pueden sacar valores, sino de los que han producido las tierras, los capitales y la industria de los particulares. Así, *siempre que esceden de la suma indispensable para la conservacion de la sociedad*, es permitido considerarlas como un despojo.»

(*Ibidem.*)

Aquí tambien la proposicion incidente corrije lo que el juicio tendria de demasiado absoluto. La doctrina de que *los servicios se cambian por servicios*, simplifica mucho el problema y la solucion.

comparan, se debaten, se equilibran y manifiestan su valor en estas dos formas del cambio, son tan diferentes en sí mismos, y en cuanto á sus efectos, que el lector me permitirá sin duda tratar con alguna estension este difícil asunto, uno de los mas interesantes que pueden ofrecerse á las meditaciones del economista y del hombre de Estado. A decir verdad, aqui es donde está el lazo que une la política y la Economia social. Aquí es donde se puede marcar el orígen y la estension de ese error, el mas funesto que haya afectado á la ciencia, y que consiste en confundir la sociedad y el gobierno,—la *sociedad*, *ese todo* que abraza á la vez los servicios privados y los servicios públicos,—y el *gobierno*, esa fraccion en la que no entran sino los servicios públicos.

Cuando por desgracia, siguiendo la escuela de Rousseau y de todos los republicanos franceses sus adeptos, se han servido los autores indiferentemente de las palabras gobierno y sociedad, deciden implícitamente de antemano, sin exámen, que el Estado puede y debe absorver la actividad privada entera, la libertad, la responsabilidad individuales; decide que todos los servicios privados, deben convertirse en servcios públicos; deciden que el órden social es un hecho contingente y convencional, al que la ley da existencia; deciden la omnipotencia del legislador y el decaimiento de la humanidad.

En los hechos, vemos los servicios públicos ó la accion del gobierno estenderse ó restringirse segun los tiempos; los lugares, las circunstancias, desde el comunismo de Esparta ó de las misiones del Paraguay hasta el individualismo de los Estados-Unidos, pasando por la centralizacion francesa.

La primera cuestion que se presenta á la entrada de la política, considerada como ciencia, es pues esta.

¿Cuáles son los servicios que deben permanecer en el dominio de la actividad privada?—¿Cuáles son los que deben corresponder á la actividad colectiva ó pública?

Cuestion que se reduce á esta:

En el gran círculo que se llama *sociedad*, trazar racionalmente el círculo circunscrito que se llama *gobierno*.

Es evidente que esta cuestion está unida á la economía política, puesto que exige el estudio comparado de dos formas muy diferentes del cambio.

Una vez resuelto este problema, queda que resolver este otro: ¿Cuál es la mejor organizacion de los servicios públicos? Este pertenece á la política pura, por lo que no nos ocuparemos de él.

Examinemos las diferencias esenciales que caracterizan los *servicios privados* y los *servicios públicos*, estudio preliminar necesario para fijar la linea racional, que debe separarlos.

Toda la parte de esta obra que precede a este capitulo, á sido consagrada á manifestar la evolucion del *servicio privado*. Lo hemos visto dibujarse en esta espresion formal ó tácita: *Haz esto por mí, yo haré aquello por tí*; lo que supone, sea en cuanto á lo que se cede, sea en cuanto á lo que se recibe, un doble consentimiento reciproco. Las nociones de permuta, cambio, apreciacion, valor no se pueden pues concebir sin *libertad*, como tampoco esta sin *responsabilidad*. Al recurrir al cambio cada parte consulta, de su cuenta y riesgo, sus necesidades, sus gustos, sus deseos, sus facultades, sus afecciones, sus conveniencias, el conjunto de su situacion; y nosotros no hemos negado en ninguna parte que al ejercicio del libre albedrio se une la posibilidad del error, la posibilidad de una eleccion poco razonable ó insensata. La culpa no es del cambio, sino de la imperfeccion de la naturaleza humana; y el remedio no podrá buscarse en otra parte sino en la responsabilidad misma (es decir en la libertad), puesto que ella es la fuente de toda esperiencia. Organizar la coaccion en el cambio, destruir el libre albedrio á pretesto de que los hombres pueden engañarse, no seria mejorar nada; á menos que no se pruebe que el agente encargado de la coaccion, no participa de la imperfeccion de nuestra naturaleza; no está sugeto, ni á las pasiones, ni á los errores, y que no pertenece á la humanidad. ¿No es evidente, por el contrario, que esto seria, no solo variar el asiento de la responsabilidad, sino tambien aniquilarla, al menos en lo que tiene mas precioso, en su carácter remunerador, vengador, esperimental, correctivo y por consiguiente progresivo? Hemos visto tambien que los cambios libres, ó los servicios prestados y recibidos, estienden continuamente bajo la accion de la concurrencia el concurso de fuerzas gratuitas proporcionalmente al de las fuerzas onerosas, el dominio de la comunidad proporcionalmente al dominio de la propiedad; y así hemos llegado á reconocer en la libertad el poder, que realiza cada vez mas la igualdad progresiva en todos sentidos, ó la armonía social.

En cuanto á los procedimientos del libre cambio, no hay necesidad de que sean descritos, porque, si la coaccion tiene formas infinitas, la libertad no tiene mas que una. Todavia una vez, la trasmision libre y voluntaria de los servicios privados, se define por estas simples palabras: «Dame

esto, y te daré aquello;—haz esto por mi, y yo haré aquello por tí.»

Do ut des, facio ut facias.

No es así como se cambian los *servicios públicos*. En estos, sea cualquiera su organizacion, la *coaccion* es inevitable, y debemos encontrar formas infinitas, desde el despotismo mas absoluto, hasta la intervencion mas directa y mas universal de todos los ciudadanos.

Aunque este ideal político no se haya realizado en ninguna parte, aunque acaso no se realice jamás sino de una manera ficticia, lo espondremos sin embargo. Porque, ¿qué es lo que buscamos? Buscamos las modificaciones que afectan los *servicios*, cuando entran en el dominio público; y bajo el punto de vista de la ciencia, debemos hacer abstraccion de las violencias particulares y locales, para considerar el servicio público en sí mismo y en las circunstancias mas legítimas. En una palabra, debemos estudiar la trasformacion que esperimenta solo porque se hace público, sin detenernos en el exámen de la causa que lo ha convertido en tal, y de los abusos que pueden introducirse en los medios de ejecucion.

El procedimiento consiste en esto:

Los ciudadanos nombran mandatarios. Estos mandatarios reunidos deciden por mayoría que cierta categoría de necesidades, por ejemplo, la necesidad de la instruccion, no se satisfaga por el libre esfuerzo ó por el libre cambio de los ciudadanos, sino que se provea á ella por una clase de funcionarios especialmente delegados para esta obra. Esto en cuanto al servicio *prestado*. En cuanto al servicio *recibido*, como el Estado se apodera del tiempo y de las facultades de los nuevos funcionarios en provecho de los ciudadanos, es necesario tambien que exija á los ciudadanos medios de existencia en provecho de los funcionarios. Lo que se opera por una reparticion ó contribucion general.

En todo país civilizado, esta contribucion se paga en dinero. Casi no es necesario indicar que detrás de este dinero hay trabajo. En el fondo, se paga en especie. En el fondo, los ciudadanos trabajan para los funcionarios, y los funcionarios para los ciudadanos, de la misma manera que en los servicios libres los ciudadanos trabajan unos para otros.

Hacemos aquí esta observacion para prevenir un sofisma muy estendido, nacido de la ilusion monetaria. Se oye frecuentemente decir: El dinero recibido por los funcionarios, vuelve á caer como lluvia sobre los ciudadanos. Y se

infiere de aqui, que esta pretendida lluvia, es un segundo bien añadido al que resulta del servicio. Razonando así, se llega á justificar las funciones mas parásitas.

No se tiene en cuenta que si el servicio hubiese quedado en el dominio de la actividad privada, el dinero, que en vez de ir al tesoro, y de allí á los funcionarios, hubiera ido directamente á los hombres que se hubieran encargado de prestar libremente el servicio, este dinero, digo, volveria á caer tambien como lluvia en la masa. Este sofisma no resiste, cuando se lleva la vista mas allá de la circulacion de las monedas, cuando se ve que en el fondo hay trabajo cambiado por trabajo, servicios por servicios. En el órden público puede acontecer que algunos funcionarios reciban servicios sin prestarlos; entonces hay pérdida para el contribuyente, sea cualquiera la ilusion que pueda hacernos sobre este punto el movimiento de los escudos.

Sea de esto lo que quiera, volvamos á nuestro análisis.

Aqui tenemos un cambio, bajo una forma nueva. Cambio supone dos términos: *dar* y *recibir*. Examinemos pues como se afecta la convencion al convertirse de privada en pública bajo el doble punto de vista de los servicios *prestados* y *recibidos*.

En primer lugar, se vé que siempre ó casi siempre el servicio público estingue, de derecho ó de hecho, el servicio privado de la misma naturaleza.

Cuando el Estado se encarga de un servicio, generalmente tiene cuidado de decretar que ninguno otro pueda prestarlo, principalmente si se propone al mismo tiempo obtener por su medio un ingreso. Testigo el correo, el tabaco, los naipes, la pólvora, etc., etc. Aunque no se tomase esta precaucion, el resultado seria el mismo.

¿Qué industria puede ocuparse de prestar al público un servicio que el Estado presta por nada? No se vé á nadie buscar los medios de existencia en la enseñanza libre del derecho ó de la medicina, en la construccion de carreteras en la cria de caballos padres de pura sangre, en la fundacion de escuelas de artes y oficios, en el desmonte de tierras en Argel, en la exhibicion de Museos, etc., etc. Y la razon de esto es porque el público no irá á comprar lo que el Estado le dá de valde. Así, como decia M. de Cormenin, la industria de los zapateros decaeria muy pronto, aunque se declarase inviolable por el primer artículo de la Constitucion, si el gobierno se propusiese calzar gratuitamente á todo el mundo.

A la verdad, la palabra *gratuito* aplicada á los servi-

cios públicos encierra el mas grosero, y me atrevo á decir, el mas pueril de todos los sofismas.

Yo admiro la estrema inocencia con que el público se deja engañar con esa palabra. ¿No queréis, nos dicen, la instruccion *gratuita*, las paradas de monta *gratuitas*?

Sí, ciertamente, lo quiero, y quisiera tambien la alimentacion gratuita, la habitacion gratuita.... si fuese posible.

Pero no hay cosa alguna verdaderamente gratuita, sino aquella que no cuesta nada á nadie; los servicios cuestan á todo el mundo, y porque todo el mundo los ha pagado de antemano, es por lo que no cuestan nada al que los recibe. El que ha pagado su parte de la reparticion general, se guardará bien de ir á que le preste el mismo servicio, pagando, la industria privada.

Así, el servicio público se sustituye al servicio privado. No añade nada al trabajo general de la nacion, á su riqueza. Hace por medio de funcionarios lo que hubiera hecho la industria privada. Resta saber todavía cual de las dos operaciones dará márgen á mas inconvenientes accesorios. El objeto de este capítulo, es resolver estas cuestiones.

Desde que la satisfaccion de una necesidad llega á ser objeto de un servicio público, se separa en gran parte del dominio de la libertad y de la responsabilidad individual. El individuo no es ya libre de comprar la parte que quiera de ella, y cuando quiera, de consultar sus recursos, su conveniencia, su situacion, sus apreciaciones morales, asi como tampoco el órden sucesivo segun el que le parece razonable proveer á sus necesidades. De buen ó mal grado, es necesario que retire del medio social; no la medida del servicio que considera útil, como hace con los servicios privados, sino la parte que el gobierno ha juzgado á propósito prepararle, sean cuales fuesen su cantidad y su calidad. Tal vez no tenga pan para satisfacer su hambre, y sin embargo, se le toma esa parte de ese pan, que le será indispensable para darle una instruccion ó espectáculos, con los que no sabe que hacer. Cesa de ejercer una libre intervencion en sus propias satisfacciones, y no teniendo ya la responsabilidad de ellas, naturalmente cesa de tener la inteligencia de las mismas.

La prevision viene á serle tan inútil como la esperiencia. Se pertenece menos á si mismo, pierde una parte de su libre albedrío, es menos progresivo, es menos hombre. No solamente deja de juzgar por sí mismo en un caso dado; sino que además pierde el hábito de juzgar. Esta torpeza

moral que se apodera de él, se apodera igualmente de todos sus conciudadanos; y se han visto asi naciones enteras caer en una funesta inercia (1).

En tanto que una categoria de necesidades y de satisfacciones correspondientes permanece en el dominio de la libertad, cada uno se forma con respecto á ellas su ley y la modifica á su antojo. Esto parece natural y justo, puesto que no hay dos hombres que se encuentren en circunstancias idénticas, ni un hombre para el que no varien estas circunstancias de un dia á otro. Entonces todas las facultades humanas, la comparacion, el juicio, la prevision permanecen en ejercicio. Entonces toda buena determinacion produce su recompensa, como todo error su castigo; y la esperiencia, este rudo suplente de la prevision, llena al menos su mision, de tal suerte que la sociedad no puede dejar de perfeccionarse.

Pero cuando el servicio se hace público, todas las leyes individuales desaparecen para fundirse, generalizarse en una ley escrita, coercitiva, la misma para todos, que no tiene en cuenta situaciones particulares, y condena á la inercia las mas nobles facultades de la inteligencia humana.

Si la intervencion del Estado nos quita el gobierno de nosotros mismos, relativamente á los servicios que recibimos de él, nos lo quita mucho mas todavía en cuanto á los servicios que le prestamos en cambio. Este contrapeso, este complemento del cambio se sustrae tambien á la libertad

(1) Los efectos de esta trasformacion, se han puesto de manifiesto en un ejemplo que citaba el ministro de la Guerra, señor de Hautpoul. «Tiene asignados cada »soldado, 16 céntimos para su alimento. El gobierno les toma estos 16 cén»timos, y se encarga de mantenerlos. De aquí resulta que todos tienen la misma »racion, compuesta de la misma manera, que les convenga ó no. A uno le sobra »pan y lo tira. El otro no tiene bastante carne, etc. Nosotros hemos hecho un en»sayo. Dejamos á los soldados la libre disposicion de sus 16 céntimos, y hemos te»nido la satisfaccion de ver una mejora sensible en su suerte. Cada uno consulta »sus gustos, su temperamento, el precio de los mercados. Generalmente han sus»tituido por su voluntad en parte la carne al pan: Compran aqui mas pan, alli mas »carne, en un punto mas legumbres, en otro mas pescado. Su salud se encuentra »bien; están mas contentos, y el Estado se ha descargado de una gran responsabi»lidad.»

El lector comprende que no se trata aquí de juzgar esta esperiencia bajo el punto de vista militar. La cito como adecuada para marcar una primera diferencia entre el servicio público y el servicio privado, entre la reglamentacion y la libertad. ¿Es mejor que el Estado se apodere de nuestros recursos, por cuyo medio nos alimentamos, y se encargue de mantenernos, ó que nos deje á la vez estos recursos, y el cuidado de proveer á nuestra subsistencia? La misma cuestion se presenta sobre cada una de nuestras necesidades.

para ser uniformemente reglamentado por una ley decretada de antemano, ejecutada por la fuerza, y de la cual nadie puede librarse. En una palabra, como los servicios que el Estado nos hace, nos son impuestos, los que nos pide en pago nos son impuestos tambien, y toman en todas las lenguas el nombre de *impuestos*.

Aqui se presentan en tropel las dificultades y los inconvenientes teóricos; porque prácticamente, el Estado vence todos los obstáculos por medio de una fuerza armada, que es el corolario obligado de toda ley. Ateniéndonos á la teória, la trasformacion de un servicio privado en servicio público, dá origen á estas graves cuestiones:

¿Pedirá el Estado en toda circunstancia á cada ciudadano un impuesto *equivalente* á los servicios prestados? Esto seria lo justo, y principalmente esa *equivalencia* es la que se desprende, con una especie de infalibilidad, de las convenciones libres, del *precio debatido* que les precede.

No valia pues la pena, sacar una clase de servicios del dominio de la actividad privada, si el Estado aspirase á realizar esa *equivalencia*, que es la justicia rigorosa. Pero ni aun piensa en esto, ni puede pensar en ello tampoco. No se *regatea* con los funcionarios. La ley procede de una manera general, y no puede estipular condiciones diversas para cada caso particular. Cuando mas, y si es concebida en espíritu de justicia, busca una especie de equivalencia media, de equivalencia aproximada entre las dos naturalezas de servicios cambiados. Dos principios, la proporcionalidad y la progresion del impuesto, han parecido, por títulos diversos, llevar á los últimos límites esta aproximacion. Pero la mas lijera reflexion, basta para manifestar que ni el impuesto proporcional, ni el impuesto progresivo pueden realizar la equivalencia rigurosa de los servicios cambiados. Los servicios públicos, despues de haber quitado á los ciudadanos la libertad bajo el doble punto de vista de los servicios recibidos, y privados, hacen tambien el daño de trastornar el valor de estos servicios.

No es un inconveniente menor para ellos destruir el principio de la responsabilidad, ó al menos variar su asiento. ¡La responsabilidad! Ella lo es todo para el hombre: es su motor, su profesor, su remunerador y su vengador. Sin ella, el hombre no tiene libre albedrío, no es perfectible, no es un ser moral, no aprende nada, no es nada. Cae en la inercia, y no figura sino como una unidad en un rebaño.

Si es una desgracia que el sentido de la responsabilidad se estinga en el individuo, es otra no menor, que se des-

arrolle exageradamente en el Estado. Al hombre, aun embrutecido, le queda bastante luz para comprender de donde vienen los bienes y los males; y cuando el Estado se encarga de todo, se hace responsable de todo. Bajo el imperio de estos arreglos artificiales, un pueblo que sufre, no puede quejarse sino de su gobierno, y su único remedio como su única política es derribarlo. De aquí una inevitable série de revoluciones. Digo inevitable, porque bajo semejante régimen, debe sufrir el público: la razon de esto es porque el sistema de los servicios públicos, además de turbar la nivelacion de los valores, lo que es una injusticia, causa tambien una pérdida fatal de riqueza, lo que es una ruina; ¡ruina é injusticia, es sufrimiento y descontento!—cuatro funestos gérmenes en la sociedad, los cuales combinados con el trastorno de la responsabilidad no pueden dejar de producir esas convulsiones políticas de que somos desgraciados testigos desde hace mas de medio siglo.

No quisiera separarme de mi asunto. No puedo sin embargo dejar de observar que cuando las cosas están organizadas así, cuando el gobierno ha tomado proporciones gigantescas por la trasformacion sucesiva de las convenciones libres en servicios públicos, es de temer que las revoluciones, que son por sí mismas un mal tan grande, no tengan ni aun la ventaja de ser un remedio sino á fuerza de esperiencias. El trastorno de la responsabilidad ha falseado la opinion popular. El pueblo, acostumbrado á esperarlo todo del Estado, no lo acusa por hacer demasiado, sino por no hacer bastante. Lo derroca y lo reemplaza con otro, al cual no le dice: *Haced menos,* sino: *Haced mas*; y así es como se abre el abismo y se ahonda mas cada dia.

¿Ha llegado ya el momento en que se abran los ojos? ¿Se cree que es necesario disminuir las atribuciones y la responsabilidad del Estado? Hay que detenerse en vista de otras dificultades. Por una parte, los *derechos adquiridos* se sublevan y se coaligan; se tiene repugnancia á lastimar una multitud de existencias, á las que se ha dado una vida artificial.—Por otra parte, el público no sabe obrar por sí mismo. En el momento de reconquistar esa libertad que tan ardientemente se ha deseado, se tiene miedo de ella y se rechaza. Id, pues, á ofrecerle la libertad de enseñanza. (1) Creerá que va á estinguirse toda la ciencia. Id á ofre-

(1) Véase el folleto titulado Bacalaureado y *Socialismo*. Tomo V, (de las obras completas), pág. 112.

(*Malthus citado por Rossi.*)

cerle la libertad religiosa. Creerá que el ateismo va á invadirlo todo. ¡Se le ha dicho y repetido tanto, que toda religion, toda sabiduria, toda ciencia, toda luz, toda moral reside en el Estado ó deriva de él!

Pero estas consideraciones se presentarán en otra parte, y entro en mi asunto.

Nos hemos aplicado á descubrir el verdadero papel de la concurrencia en el desarrollo de las riquezas. Hemos visto que consistia aquel en hacer que se deslizase el bien sobre el productor, en convertir el progreso en provecho de la comunidad, en ensanchar continuamente el dominio de la gratuidad, y por consiguiente, el de la igualdad.

Pero cuando los servicios privados se hacen públicos, no están sujetos á la accion de la concurrencia, y se suspende esta bella armonia. En efecto, el funcionario carece de ese estímulo que dá impulso al progreso, ¿y cómo ha de convertirse el progreso en provecho comun, cuando ni aun existe? El funcionario no obra movido por el aguijon del interés, sino por la influencia de la ley. La ley le dice: «Prestaréis al público tal servicio determinado, y recibiréis de él tal otro servicio determinado.» Un poco mas ó un poco menos de celo no cambia nada estos dos términos fijos. Por el contrario, el interés privado dice al oido del trabajador libre estas palabras: «Mientras mas hagas por los otros, mas harán los otros por tí.» Aquí la recompensa depende enteramente del esfuerzo mas ó menos intenso, mas ó menos ilustrado. Indudablemente el espíritu de cuerpo, el deseo del adelanto, la sujecion al deber, pueden ser para el funcionario activos estimulantes. Pero nunca pueden reemplazar la irresistible incitacion del interés personal. La esperiencia confirma sobre este punto el razonamiento. Todo lo que ha caido en el dominio del funcionario, ha quedado casi siempre estacionario; es dudoso que se enseñe hoy mejor que en tiempo de Francisco I; y no creo que á nadie se le ocurra comparar la actividad de las oficinas ministeriales con la de una fábrica.

A medida pues que los servicios privados entran en la clase de los servicios públicos, son acometidos, al menos hasta cierto punto, de inaccion y de esterilidad, no en perjuicio de los que los prestan, (sus sueldos no varian), sino en daño de la comunidad entera.

Al lado de estos inconvenientes que son inmensos, tanto bajo el punto de vista moral y político, como bajo el punto de vista económico, inconvenientes que no hago mas que indicar, contando con la sagacidad del lector, hay alguna vez

ventaja en instituir la accion colectiva á la accion individual. Hay cierta especie de servicios, cuyo principal mérito es la regularidad y la uniformidad. Puede tambien suceder que en ciertas circunstancias, esta institucion realice una economía de resortes, y ahorre para una satisfaccion dada cierta suma de esfuerzos á la comunidad. La cuestion, pues, que debemos resolver, es esta: ¿qué servicios deben quedar en el dominio de la actividad privada? ¿qué servicios deben pertenecer á la actividad colectiva ó pública? El estudio, que acabamos de hacer, de las diferencias esenciales que caracterizan las dos naturalezas de servicios nos facilitará la solucion de este grave problema.

Y primeramente, ¿Hay algun principio por cuyo médio, pueda distinguirse lo que legítimamente deba entrar en el círculo de la actividad colectiva, ó lo que deba permanecer en el círculo de la actividad privada?

Empiezo por declarar que llamo aquí *actividad colectiva*, esa grande organizacion que tiene por regla *la ley*, y por medio de ejecucion la *fuerza*, en otros terminos, al *gobierno*. No se me diga que las asociaciones libres y voluntarias manifiestan tambien una actividad colectiva. No se suponga que doy á las palabras *actividad privada* el sentido de *accion aislada*. No. Sino digo que la asociacion libre y voluntaria, pertenece tambien á la actividad privada, pues es uno de los modos, y el mas poderoso, del cambio. No altera la equivalencia de los servicios, no afecta la libre disposicion de los valores, no varía el asiento de las responsabilidades, no destruye el libre albedrío, no destruye la concurrencia, ni sus efectos, en una palabra, no tiene por principio la coaccion.

Pero la accion gubernamental se generaliza por la coaccion. Invoca necesariamente el *compelle intrare*. Procede en virtud de una *ley*, y es necesario que todo el mundo se someta, porque la ley supone *sancion*. No creo que nadie niegue estas premisas; las pondré bajo la salvaguardia de la mas imponente de las autoridades, la del hecho universal. Por todas partes hay leyes y fuerzas para obligar á los que evaden su cumplimiento.

Y de aquí es sin duda, de donde viene ese axioma que usan los que, confundiendo el *gobierno* con la *sociedad*, creen que esta es facticia y de convencion como aquel. «Los «hombres, al reunirse en sociedad, han sacrificado una parte «de su libertad para conservar la otra.»

Evidentemente este axioma es falso en la region de las convenciones libres y voluntarias. Que dos hombres, deter-

minados por la perspectiva de un resultado mas ventajoso, cambien sus servicios ó asocien sus esfuerzos en vez de trabajar aisladamente: ¿dónde está aquí el sacrificio de la libertad? ¿Es sacrificar la libertad hacer un uso mejor de ella?

Cuando mas podria decirse: «Los hombres sacrifican «una parte de su libertad por conservar la otra, no cuando «se reunen en sociedad, sino cuando se someten á un go«bierno, puesto que el modo necesario de accion del go«bierno, es la fuerza.»

Pero aun con esta modificacion, el pretendido axioma es todavía un error, cuando el gobierno permanece en sus atribuciones racionales.

¿Y cuáles son estas atribuciones?

Ese carácter especial de tener por auxiliar obligado la fuerza, es el que debe revelarnos la estension y los límites de aquellas. Digo: *El gobierno no obra sino por la intervencion de la fuerza, luego su accion no es legítima, sino cuando la accion de la fuerza es legítima.*

Así, cuando la fuerza interviene legítimamente, no es para sacrificar la libertad, sino para hacerla respetar.

De tal manera que el axioma, que se ha dado por base á la ciencia política, falso ya, hablando de la sociedad, lo es tambien hablando del gobierno. Veo siempre con júbilo desaparecer estas tristes discordancias, ante un exámen profundo.

¿En qué caso es legítimo el empleo de la fuerza? Hay uno, y creo que no hay mas que uno: *el caso de legítima defensa.* Si esto es así, se ha encontrado la razon de ser de los gobiernos, así como su límite racional (1).

¿Cuál es el derecho del individuo? Hacer con sus semejantes contratos libres, de donde se sigue que para estos debe haber un derecho recíproco. ¿Cuándo se viola este derecho? Cuando una de las partes coarta la libertad de la otra. En este caso, es un error decir como se ha hecho muchas veces: «Hay esceso, abuso de libertad.» Debe decirse: «Hay falta, destruccion de libertad.» Esceso de libertad sin duda, si no se atiende mas que al agresor, destruccion de libertad, si se atiende á la víctima, ó si se considera como se debe el conjunto del fenómeno.

El derecho de aquel cuya libertad se ataca, ó lo que

(1) El autor en uno de sus precedentes escritos se propuso resolver la misma cuestion. Ha examinado cual era el legítimo dominio de la ley. Todos los desarrollos que contiene el folleto titulado *la ley*, se aplican á su tésis actual. Remitimos al lector al tomo IV, página 342.

(Nota del editor francés.)

viene á ser lo mismo su propiedad, sus facultades, su trabajo, es defenderlos *aun por la fuerza*; y esto es lo que hacen todos los hombres por todas partes y siempre cuando pueden.

De aquí se deriva, para un número cualquiera de hombres, el derecho de concertarse, de asociarse, para defender *aun por la fuerza* comun, las libertades y las propiedades individuales.

Pero el individuo no tiene el derecho de emplear la fuerza para otro fin. Yo no puedo legítimamente *forzar* á mis semejantes á ser laboriosos, sóbrios, económicos, generosos, sábios, devotos; pero puedo obligarles legítimamente á ser justos.

Por la misma razon, la fuerza colectiva no puede aplicarse legítimamente á desarrollar el amor al trabajo, la sobriedad, la economía, la generosidad, la ciencia, la fé religiosa; pero puede emplearse legítimamente para hacer que triunfe la justicia, para mantener á cada uno en su derecho.

Porque, ¿en qué otra parte podria buscarse el orígen del derecho colectivo, sino en el derecho individual?

Es una deplorable manía de nuestra época querer dar vida propia á puras abstracciones, imaginar una ciudad fuera de los ciudadanos, una humanidad fuera de los hombres, un todo fuera de sus partes, una colectividad fuera de las individualidades que la componen. Quisiera tambien que me dijesen: «Ahí teneis un hombre, suprimid con el «pensamiento sus miembros, sus vísceras, sus órganos, su «cuerpo y su alma, todos los elementos de que está forma«do; queda sin embargo un hombre.»

Si no existe un derecho en ninguno de los individuos, cuyo conjunto por abreviar se llama una *nacion*, ¿cómo ha de existir en la nacion? ¿Cómo ha de existir principalmente en esa fraccion de la nacion, que no tiene sino derechos delegados, en el gobierno? ¿Cómo han de delegar los individuos derechos que no tienen?

Es menester, pues, considerar como principio fundamental de toda política, esta incontestable verdad:

Entre individuos, la intervencion de la fuerza, no es legítima sino en el caso de legítima defensa. La colectividad no podrá recurrir legalmente á la fuerza, sino en el mismo límite.

Así, está en la esencia misma del gobierno obrar sobre los ciudadanos por la via de la coaccion. Luego no puede tener otras atribuciones racionales que la legítima defensa

de todos los derechos individuales, no puede ser delegado sino para hacer respetar las libertades y las propiedades de todos.

Observad que cuando un gobierno sale de estos límites, entra en una carrera sin término, sin poder librarse de esta consecuencia: no solamente de traspasar su mision, sino de destruirla, lo que constituye la mas monstruosa de todas las contradicciones.

En efecto, cuando el Estado ha hecho respetar esta línea fija, invariable que separa los derechos de los ciudadanos, cuando ha mantenido entre ellos la justicia, ¿qué puede hacer mas sin violar esa barrera, cuya custodia le está confiada, sin destruir con sus propias manos y por la fuerza, las libertades y las propiedades que habrán sido colocadas bajo su proteccion? Mas allá de la justicia, desafío á cualquiera á que imagine una intervencion gubernamental que no sea la injusticia. Alegad tanto como querais, actos inspirados por la mas pura filantropía, escitaciones á la virtud, al trabajo, primas, favores, protecciones directas, dones pretendidos gratuitos, iniciativas llamadas generosas; detras de estas bellas apariencias, ó, si quereis, detras de estas bellas realidades, yo os mostraré otras realidades menos satisfactorias: los derechos de unos violados en provecho de otros, libertades sacrificadas, propiedades usurpadas, facultades limitadas, despojos consumados. ¿Y el mundo puede ser testigo de un espectáculo mas triste, mas doloroso, que el de la fuerza colectiva ocupada en perpetrar los crímenes que estaba encargada de reprimir?

En principio, basta que el gobierno tenga por instrumento necesario la *fuerza*, para que sepamos al fin cuales son los servicios privados que pueden ser convertidos legítimamente en *servicios públicos*. Son aquellos que tienen por objeto el mantenimiento de todas las libertades, de todas las propiedades, de todos los derechos individuales, la prevencion de los delitos y de los crímenes, en una palabra, todo lo que concierne á la *seguridad pública*.

Los gobiernos tienen tambien otra mision.

En todos los paises hay algunas propiedades comunes, bienes de los que gozan todos los ciudadanos *pro indiviso*, rios, bosques, caminos. Además y desgraciadamente hay tambien deudas. Corresponde al gobierno administrar esta porcion activa y pasiva del dominio público.

Por último, de estas dos atribuciones se deriva otra.

La de percibir las contribuciones indispensables para la buena ejecucion de los *servicios públicos*.

Así:

Velar por la seguridad pública.

Administrar el dominio comun.

Percibir las contribuciones.

Tales, segun creo, el círculo racional á que deben quedar circunscritas las atribuciones gubernamentales.

Sé que esta opinion choca con muchas ideas recibidas.

«¡Qué! se dirá, ¡queréis reducir al gobierno al papel de «juez y de gendarme! ¡Lo despojais de toda iniciativa!»

«¡Le prohibís dar un vivo impulso á las letras, á las ar«tes, al comercio, á la navegacion, á la agricultura, á las «ideas morales y religiosas; lo despojais de su mas bello «atributo, el de abrir al pueblo la via del progreso!»

A los que se espresan así les haré algunas preguntas.

¿Dónde ha colocado Dios el móvil de las acciones humanas, y la aspiracion al progreso? ¿Existe en todos los hombres? ¿O solamente en aquellos de entre ellos que han recibido ó usurpado un mandato de legislador ó un nombramiento de funcionario? ¿No lleva cada uno de nosotros en su organizacion, en todo su ser, ese motor infatigable é ilimitado que se llama el *deseo*? ¿No se forma en nosotros, á medida que las necesidades mas groseras son satisfechas, círculos concéntricos y espansivos de deseos de un órden cada vez mas elevado? ¿El amor á las artes, á las letras, á las ciencias, á la verdad moral y religiosa; la sed de las soluciones, que interesan á nuestra existencia presente ó futura, no desciende de la colectividad á la individualidad, es decir, de la abstraccion á la realidad, y de una pura palabra á los seres sensibles y vivientes?

Si partís de la suposicion ya absurda de que la actividad moral está en el Estado y la pasividad en la nacion, ¿no dejáis las costumbres, las doctrinas, las opiniones, las riquezas, todo lo que constituye la vida individual, á merced de los hombres que se sucedan en el poder?

Despues, el Estado, para cumplir la tarea inmensa que quereis confiarle, ¿tiene algunos recursos que le sean propios? ¿No se vé obligado á exigir todo aquello de que dispone, hasta el último óbolo, de los ciudadanos mismos? Si es á las individualidades á las que pide medios de ejecucion, son individualidades las que han realizado esos medios. Luego es una contradiccion pretender, que la individualidad sea pasiva é inerte. ¿Y para qué habrá creado recursos la individualidad? Para obtener satisfacciones de su eleccion. ¿Qué hace, pues, el Estado cuando se apodera de

estos recursos? No da el ser á satisfacciones, sino las hace variar de lugar. Priva de ellas al que las habia merecido para dárselas á aquel que no tiene ningun derecho á ellas. Sistematiza la injusticia, él, que estaba encargado de castigarla.

¿Se dirá acaso que obrando asi depura las satisfacciones y las moraliza? ¿Que riquezas, que la individualidad hubiese dedicado á necesidades groseras, el Estado las consagra á necesidades morales? Pero, ¿quién se atreverá á afirmar que es una ventaja invertir violentamente, *por la fuerza*, por vía de despojo, el órden natural, segun el cual se desarrollan en la humanidad las necesidades y los deseos? ¿Que es moral tomar un pedazo de pan al labriego que tiene hambre, para poner al alcance del ciudadano la dudosa moralidad de los espectáculos?

Y luego no se traspasan de una á otra mano las riquezas sin trastornar el trabajo y la poblacion. Es por tanto una combinacion facticia y precaria, sustituida á este órden sólido, y regular que reposa sobre las inmutables leyes de la naturaleza.

Hay personas que creen que un gobierno circunscrito, es mas débil. Les parece que numerosas atribuciones y agentes numerosos dan al Estado la estabilidad de una ancha base. Pero esto es una pura ilusion. Si el Estado no puede salir de un círculo determinado sin transformarse en instrumento de injusticia, sin trastornar la natural distribucion del trabajo, de los goces, de los capitales y de los brazos; sin crear causas activas de paralizaciones, de crisis industriales y de pauperismo, sin aumentar la proporcion de los delitos y de los crímenes, sin recurrir á medios cada vez mas enérgicos de represion; sin escitar el descontento y la desafeccion, ¿cómo saldrá una garantia de estabilidad de estos amontonados elementos de desórden?

Se quejan de las tendencias revolucionarias de los hombres. Seguramente no se reflexiona sobre esto. Cuando se ven en un gran pueblo invadidos los servicios privados y convertidos en servicios públicos, al gobierno apoderarse de la tercera parte de las riquezas de los ciudadanos, la ley convertida en un arma de despojo entre las manos de los mismos ciudadanos, porque esta tiene por objeto alterar, so pretesto de establecer, la equivalencia de los servicios; cuando se vé la poblacion y el trabajo legislativamente arrancados de su natural asiento, abrirse un abismo cada vez mas profundo entre la opulencia y la miseria, al capital sin poder acumularse para dar trabajo á las gene-

raciones que se aumentan, á clases enteras que sufren las mas duras privaciones; cuando se vé á los gobiernos, á fin de poder atribuirse el poco bien que se hace, proclamarse móviles universales, aceptando así la responsabilidad del mal, se maravilla uno de que las revoluciones no sean mas frecuentes, y admira los sacrificios que los pueblos saben hacer al órden y á la tranquilidad pública.

Porque si las leyes y los gobiernos que son sus órganos, se encerrasen en los límites que he indicado, yo pregunto, ¿de dónde podrian venir las revoluciones? Si cada ciudadano fuese libre, sufriria menos sin duda, y si al mismo tiempo sentia la responsabilidad que lo estrecha por todas partes, ¿cómo se le ocurriria la idea de sublevarse contra una ley, contra un gobierno que no se ocuparía de él sino para reprimir sus injusticias y protegerlo contra las injusticias de otro? ¿Se ha visto jamás á una aldea sublevarse contra su juez de paz?

La influencia de la libertad sobre el órden, es sensible en los Estados-Unidos. Allí, á escepcion de la justicia á escepcion de la administracion de las propiedades comunes, todo se ha dejado á las libres y voluntarias convenciones de los hombres, y todos comprendemos instintivamente que es el pais del mundo que ofrece menos elementos y menos ocasion á las revoluciones. ¿Qué interés, ni aun aparente, pueden tener allí los ciudadanos en cambiar violentamente el órden establecido, cuando por una parte este órden no daña á nadie, y por otra puede ser modificado legalmente en caso de necesidad con la mayor facilidad?

Me engaño, hay dos causas activas de revoluciones en los Estados-Unidos: la Esclavitud y el Régimen restrictivo.

Todo el mundo sabe que á cada instante ponen en peligro estas dos cuestiones, la paz pública y el lazo federal.

Así obsérvese bien, ¿puede alegarse en favor de mi tésis un argumento mas decisivo? ¿No se vé aquí á la ley obrando en sentido inverso de su objeto? ¿No se vé aquí á la ley, y á la fuerza pública, cuya mision deberia ser, proteger las libertades y las propiedades, sancionar, corroborar, perpetuar, sistematizar y proteger la opresion y el despojo? En la cuestion de la Esclavitud, la ley dice: «Yo «crearé una fuerza á costa de los ciudadanos, no para que «guarde á cada uno su derecho, sino para que destruya en «algunos todos los derechos.» En la cuestion de las tarifas,

la ley dice: «Yo crearé una fuerza á costa de los ciudada-«nos, no para que sus convenciones sean libres, sino para «que no lo sean, para que sea alterada la equivalencia de los «servicios, para que un ciudadano tenga la libertad de dos, «y que otro no tenga ninguna. Me encargo de cometer es-«tas injusticias, que castigaria con las mas severas penas, «si los ciudadanos se permitiesen cometerlas sin mi consen-«timiento.»

No es porque hay pocas leyes y pocos funcionarios, en otros términos, pocos servicios públicos, por lo que las revoluciones son de temer. Por el contrario, son temibles por que hay muchas leyes, muchos funcionarios, muchos servicios públicos. Por que los servicios públicos por su naturaleza, la ley que los ordena, la fuerza que los hace prevalecer, no son nunca neutrales. Pueden, deben estenderse sin peligro, con ventaja, mientras que sea necesario para que reine entre todos la justicia rigorosa; mas allá, son otros tantos instrumentos de opresion y despojo legales, otras tantas causas de desórden, otros tantos gérmenes revolucionarios.

¿Hablaré de esa deletérea inmoralidad infiltrada en todas las venas del cuerpo social, cuando en principio se pone la ley al servicio de todas las inclinaciones despojadoras? Asistid á una sesion de la Representacion nacional el dia en que se trata de primas, de proteccion, de favores, de restricciones. Ved con qué descarada rapacidad quiere cada uno asegurar para si una parte del robo, robo que seguramente se ruborizaria de cometer personalmente. Cualquiera se consideraría como un bandido, si me impidiese con pistola en mano realizar en la frontera una convencion conforme á mis intereses; pero no tiene ningun escrúpulo en solicitar una ley que sustituya la fuerza pública á la indibidual, y me someta á costa mia á esta injusta prohibicion. Bajo este respecto, ¡qué espectáculo tan triste ofrece al presente la Francia! Todas las clases sufren, y en vez de pedir la destruccion de todo despojo legal para siempre, cada uno se vuelve hácia la ley, diciéndole: «Vos que lo «podeis todo, vos que disponeis de la fuerza, vos que con-«vertis el mal en bien, por favor, despojad á las otras cla-«ses en provecho mio. Obligadlas á dirigirse á mi para sus «compras, ó bien á que me paguen primas, ó bien á que «me dén la instruccion gratuita, ó bien á que me presten «sin interés, etc., etc.....» Asi es como la ley llega á convertirse en gran ascuela de desmoralizacion; y si algo debe sorprendernos, es que no haga mas progresos la inclinacion

al robo individual, cuando el sentido moral de los pueblos está pervertido asi por su misma legislacion.

Todavía es mas deplorable que el despojo, cuando se ejerce así con el auxilio de la ley, sin que ningun escrúpulo individual le oponga obstáculo, concluye por hacerse una sabia teoria que tiene sus profesores, sus periódicos sus doctores, sus legisladores, sus sofismas, sus sutilezas. Entre las argucias tradicionales que se hacen valer en su favor será bueno distinguir esta: En igualdad de circunstancias un aumento de *pedido* es un bien para los que tienen un servicio que ofrecer, puesto que esta mera relacion entre un pedido mas activo y una oferta estacionaria es lo que aumenta el *valor* del servicio. De aquí se saca esta conclusion: El despojo es ventajoso para todo el mundo; para la clase despojadora á la que enriquece directamente, para las clases despojadas á las que enriquece de rechazo. En efecto la clase despojadora que se ha hecho mas rica, está en disposicion de estender el círculo de sus goces. No puede hacerlo sin pedir en una proporcion mayor los *servicios* de las clases despojadas. Asi relativamente á todo servicio, aumento de pedido es aumento de valor. Luego las clases robadas legalmente son demasiado felices por sufrir el robo, puesto que el producto de este concurre á hacerlas trabajar.

Mientras que la ley se ha limitado á despojar al mayor número en provecho del menor, esta argucia ha parecido muy especiosa y ha sido invocada siempre con buen éxito. «Entreguemos á los ricos impuestos exigidos á los «pobres, se decia; de este modo aumentaremos el capital «de los ricos. Los ricos se entregarán al lujo, y el lujo dará «trabajo á los pobres.» Y todos, comprendidos los pobres, encontrarán el procedimiento infalible. Por haber tratado de enseñar el vicio de este razonamiento, he pasado por mucho tiempo, y paso todavia por un enemigo de las clases laboriosas.

Pero despues de la revolucion de Febrero, los pobres han tenido voto en el capítulo cuando se ha tratado de hacer la ley. ¿Han pedido que ésta dejase de ser despojadora? Nada menos que eso; el sofisma que hemos examinado, estaba demasiado arraigado en su cabeza. ¿Qué han pedido? Que la ley, haciéndose imparcial, despojase á las clases ricas á su vez. Han reclamado la instruccion gratuita, adelantos gratuitos de capitales, cajas de retiro fundadas por el Estado, el impuesto progresivo, etc., etc..... «Los ri«cos se han puesto á gritar:» «¡O escándalo! ¡Todo está

«perdido! ¡Nuevos bárbaros se precipitan sobre la socie«dad!» Han opuesto á las pretensiones de los pobres una resistencia desesperada. Se han batido primero á tiros; ahora se baten en las elecciones. ¿Pero los ricos han renunciado por esto al despojo? No han pensado siquiera en ello. El argumento consabido, continúa sirviéndoles de pretesto.

Se podria sin embargo hacerles observar, que si en vez de ejercer el despojo por medio de la ley, lo ejerciesen directamente, se desvaneceria su sofisma: Si por vuestra autoridad privada tomaséis del bolsillo de un obrero un franco que facilitase vuestra entrada en el teatro, ¿vendriais á decir á este obrero: «Amigo mio, este franco va á circular y os va á dar trabajo á tí y á tus hermanos?» ¿Y el obrero no tendria razon en responder. «Ese franco circularia lo mismo «si no me lo robais; irá al panadero en lugar de ir al ma«quinista; me procurará pan en vez de procuraros á vos espectáculos?

Debe observarse además, que el mismo sofisma, podria ser invocado tambien por los pobres. Podrian decir á los ricos: «Que la ley nos ayude á robaros. Consumiremos mas «paño, y esto redundará en beneficio de vuestras fábricas, «consumiremos mas carne en beneficio de vuestras tierras, «consumiremos mas azúcar en provecho de vuestra ma«rina.»

Desgraciada, tres veces desgraciada la nacion donde se proponen asi las cuestiones; donde nadie piensa hacer de la ley la regla de justicia; donde nadie busca sino un instrumento de robo para convertirlo en su provecho, y donde todas las fuerzas intelectuales se aplican á buscar escusas en los efectos lejanos y complicados del despojo.

En apoyo de las reflexiones que preceden, acaso no sea inútil dar aqui un estracto de la discusion que tuvo lugar en el Consejo general de las Fábricas, de la Agricultura y del Comercio, el sábado 27 de abril de 1850 (1).

(1) Aquí termina el manuscrito. Remitimos á los lectores al folleto titulado *Despojo y Ley*, en cuya segunda parte el autor ha hecho justicia de los sofismas emitidos en esta sesion del consejo general, (tom. V, pág. 1 y sig.)

Con respecto á los seis capítulos que deben seguir, con los títulos de Impuestos,—Máquinas,—Libertad de los cambios,—Intermediarios,—Materias primeras,—Lujo, los remitimos: 1.° al discurso sobre el impuesto de las bebidas, en la segunda edicion del folleto *Incompatibilidades parlamentarias* (T. V., p. 468) 2.° al folleto titulado *Lo que se vé y lo que no se vé* (T. V., p. 33 b); 3.° á los *Sofismas económicos*, (T. IV p. 3).

(Nota del editor francés.)

XVIII

CAUSAS PERTURBADORAS.

¿Donde estaria la humanidad si nunca y bajo ninguna forma hubiesen venido la fuerza, la astucia, la opresion y el fraude á intervenir en las convenciones que se operan en su seno?

¿La Justicia y la Libertad hubieran producido fatalmente la Desigualdad y el Monopolio?

Para saberlo era necesario, en mi opinion, estudiar la naturaleza misma de las convenciones humanas, su origen, su razon, sus consecuencias y las consecuencias de estas consecuencias hasta el efecto definitivo; y esto, haciendo abstraccion de sus perturbaciones contingentes que pueden engendrar la injusticia:—pues se convendrá en que la Injusticia no es la esencia de las convenciones libres y voluntarias.

Que la injusticia se haya introducido fatalmente en el mundo, que la sociedad no haya podido librarse de ella, puede sostenerse; y admitiendo al hombre con sus pasiones su egoismo, su ignorancia y su imprevision primitivos, lo creo—Tendremos que estudiar tambien la naturaleza, el origen y los efectos de la Injusticia.

Pero no es menos cierto que la ciencia económica debe empezar por esponer la teoria de las convenciones humanas supuestas libres y voluntarias, como la fisiologia espone la naturaleza y las relaciones de los órganos, ha-

ciendo abstraccion de las causas perturbadoras que modifican estas relaciones.

Creemos que los servicios se cambian por servicios; creemos que el gran *desideratum* es la equivalencia de los servicios cambiados.

Creemos que el medio mejor de llegar á esta equivalencia es que se produzca bajo la influencia de la Libertad, y que cada uno juzgue por sí mismo.

Sabemos que los hombres pueden engañarse; pero sabemos tambien que pueden rectificar sus errores; y creemos que mientras mas ha persistido el error, mas próximo se halla la rectificacion.

Creemos que todo lo que contraría á la Libertad turba la equivalencia de los servicios y que todo lo que turba la equivalencia de los servisios produce la desigualdad exagerada, la opulencia inmerecida de unos, la miseria no menos inmerecida de otros, con una pérdida general de riquezas, los odios, las discordias, las luchas, las revoluciones.

No avanzamos hasta decir que la Libertad ó la equivalencia de los servicios—produce la Igualdad absoluta; pues no creemos que sea absoluto nada de lo que concierne al hombre. Pero pensamos que la Libertad tiende á aproximar á todos los hombres hácia un nivel movible que se está elevando siempre.

Creemos que la desigualdad que puede quedar todavia bajo un régimen libre es, ó el producto de circunstancias accidentales, ó el castigo de faltas y de vicios, ó la compensacion de otras ventajas opuestas á las de la riqueza; y que por consiguiente no podria introducir entre los hombres el sentimiento de la irritacion.

Por último creemos que la *Libertad* es la *Armonia*...

Pero para saber si esta armonia existe en la realidad ó en nuestra imaginacion, si es en nosotros una percepcion ó una simple aspiracion, era necesario someter las convenciones libres á la prueba de un estudio científico; era necesario estudiar los hechos, sus relaciones y sus consecuencias.

Esto es lo que hemos hecho.

Hemos visto que si se interponian obstáculos sin número entre las necesidades del hombre y sus satisfacciones, de tal suerte que en el aislamiento debia sucumbir—la union de las fuerzas, la separacion de las ocupaciones, en una palabra, el cambio desarrollaba bastante sus facultades para que pudiese sucesivamente destruir los primeros obstácalos

atacar los segundos, destruirlos tambien, y asi en adelante, en una progresion tanto mas rápida, cuanto que por la densidad de la poblacion se hace mas fácil el cambio.

Hemos visto que su inteligencia pone á su disposicion medios de accion cada vez mas numerosos, enérgicos y perfeccionados; que á medida que el capital aumenta, aumenta tambien su parte absoluta en la produccion; pero su parte relativa disminuye, en tanto que, asi la parte absoluta como la relativa del trabajo actual, va creciendo siempre; primera y poderosa causa de igualdad.

Hemos visto que ese instrumento admirable que se llama tierra, ese laboratorio maravilloso donde se prepara todo lo que sirve para alimentar, vestir y guarecer de la intemperie á los hombres, se les ha dado gratuitamente por el Criador; que aunque sea nominalmente apropiado, su accion productiva no podia serlo, que permanecia gratuita al través de todas las convenciones humanas.

Hemos visto que la propiedad no tenia solamente ese efecto negativo de no estrechar el círculo de la comunidad, sino que trabajaba directamente y sin cesar por ensancharlo; segunda causa de igualdad, puesto que mientras mas abundante es el fondo comun, mas se borra la desigualdad de las propiedades.

Hemos visto, que bajo la influencia de la libertad, los servicios tienden á adquirir su valor normal, es decir, proporcional al trabajo; tercera causa de igualdad.

Nos hemos ocupado asi de que tendia á establecerse entre los hombres un nivel natural, no llevándolos hácia un estado retrógrado, ó dejándolos en una situacion estacionaria, sino llamándolos hácia un medio constantemente progresivo.

Por último, hemos visto, que ni las leyes del Valor, del Interés, de la Renta, de la Poblacion, ni ninguna otra gran ley natural venian, como lo asegura la ciencia incompleta, á introducir la disonancia en este bello órden social, puesto que por el contrario resulta la armonía de estas leyes.

Al llegar á este punto, me parece que oigo esclamar al lector: «¡Hé aqui el optimismo de los Economistas! En vano es que tengan delante de los ojos el sufrimiento, la miseria, el proletariado, el pauperismo, el abandono de los hijos, la inanicion, la criminalidad, la rebelion, la desigualdad; se complacen en cantar la armonía de las leyes sociales, y apartan sus miradas de los hechos, para que no turbe un horrible espectáculo el gozo que encuentran en su sistema. Huyen del mundo de las realidades, para refugiarse, ellos

tambien, como los utopistas á quienes censuran, en el mundo de las quimeras. Mas ilógicos que los Socialistas, que los Comunistas mismos,—que ven el mal, lo sienten, lo describen, lo aborrecen, y no cometen mas falta que indicar remedios ineficaces, impracticables ó quiméricos,—los economistas ó niegan el mal ó son insensibles á él, si es que no lo engendran, gritando á la sociedad enferma: «*Dejad hacer, dejad pasar;* todo es por lo mejor en el mejor de los «mundos posibles.»

En nombre de la ciencia, yo rechazo con toda mi energía semejantes cargos, semejantes interpretaciones de nuestras palabras. Nosotros vemos el mal como nuestros adversarios, como ellos lo deploramos, como ellos nos esforzamos en comprender sus causas, como ellos estamos prontos á combatirlas. Pero nosotros proponemos la cuestion de otra manera que ellos. La sociedad, dicen, tal como la ha hecho la libertad del trabajo y las convenciones, es decir, el libre juego de las leyes naturales, es detestable. Luego es necesario arrancar del mecanismo esa rueda maléfica, la libertad (que ellos tienen cuidado de llamar concurrencia y aun concurrencia anárquica), y sustituirla por la fuerza con ruedas artificiales de nuestra invencion.—Desde este instante se presentan millones de invenciones. Es muy natural, porque los espacios imaginarios, no tienen límites.

Nosotros, despues de haber estudiado las leyes providenciales, decimos: Estas leyes son armónicas. Ellas admiten el mal, porque se ponen en accion por hombres, es decir, por seres sujetos al error y al dolor. Pero el mal tambien tiene en el mecanismo su mision, que es limitarse y destruirse por sí mismo, preparando al hombre avisos, correcciones, la esperiencia, luces, cosas todas que se reunen en esta palabra: Perfeccionamiento.

Nosotros añadimos: No es cierto que la libertad reina entre los hombres; no es cierto que las leyes providenciales, ejercen toda su accion, ó al menos si obran, es para reparar lenta, penosamente la accion perturbadora de la ignorancia y el error.—No nos acuseis, pues, cuando decimos *dejad hacer*; porque no queremos decir con esto: dejad hacer á los hombres, aun cuando hagan el mal. Nosotros queremos decir: Estudiad las leyes providenciales, admiradlas y *dejadlas obrar*. Separad los obstáculos que ellas encuentran en los abusos de la fuerza y de la astucia, y veréis realizarse en el seno de la humanidad esta doble manifestacion del progreso, la egalizacion en el mejoramiento.

Por que, al fin, de dos cosas una; ó los intereses de los

hombres son concordantes, ó son discordantes por esencia. Quien dice Interés, dice una cosa hácia la que los hombres gravitan invenciblemente, sin lo que no seria interés; si gravitasen hácia otra cosa, esta otra cosa seria el interés. Luego, si los intereses son concordantes, basta que sean comprendidos para realizar el bien y la armonia, puesto que los hombres se abandonan naturalmente á ellos. Esto es lo que nosotros sostenemos, y por eso decimos; Ilustrad y dejad hacer.—Si los intereses son discordantes por naturaleza, entonces vosotros teneis razon, no hay otro medio de producir la armonia que violentar, perjudicar y contrariar todos los intereses. ¡Estraña armonia sin embargo la que no puede resultar, sino de una accion esterior y despótica, contraria á los intereses de todos! Porque vosotros comprendeis que los hombres no se dejarán perjudicar dócilmente; y para que se doblegucn á vuestras invenciones, es necesario que empeceis por ser mas fuertes que todos ellos juntos,—ó bien que llegueis á engañarlos sobre sus verdaderos intereceses. En efecto, en la hipótesis de que los intereses son naturalmente discordantes, lo mejor seria que los hombres se engañasen todos sobre este punto.

La fuerza y la impostura, hé aqui vuestros únicos recursos. Os desafío á que encontreis otros, á menos de convenir en que los intereses son concordantes; y si convenís en esto, estais con nosotros y con nosotros debeis decir.

Dejad obrar las leyes providenciales.

Pero no lo quereis asi.—Es menester repetirlo: Vuestro punto de partida, es que los interesés son antagónicos; por eso no quereis dejarlos entenderse y arreglarse entre si; por eso no quereis la libertad; por eso quereis lo arbitrario.—Sois consecuentes.

Pero tened cuidado, La lucha no va á establecerse solamente entre vosotros y la humanidad. Aceptais aquella puesto que vuestro objeto es lastimar los intereses. Va á realizarse en medio de vosotros, entre vosotros, inventores, empresarios de sociedades; porque vosotros sois mil, y muy pronto sereis diez mil, todos con miras diferentes. —¿Qué hareis? Ya lo veo; os esforzareis en apoderaros del gobierno. Esta es la única fuerza capaz de vencer todas las resistencias. ¿Lo conseguirá uno de vosotros? Mientras que se ocupe en contrariar á los gobernados, se verá atacado por todos los demas inventores, que querrán apoderarse tambien del instrumento gubernamental. Estos tendrán tanta mas probabilidad de triunfo, cuanto que tendrán en su ayuda la desafeccion pública, puesto que, no lo olvidemos, aquel

habrá lastimado todos los intereses. Y hénos aquí lanzados á revoluciones perpétuas, teniendo por único objeto resolver esta cuestion: ¿Cómo y por quién serán contrariados los intereses de la humanidad?

No me acuseis de exageracion. Todo esto es necesario, si los intereses de los hombres son discordantes; pues en la hipótesis, no podreis salir jamás de este dilema: ó los intereses se dejan á si mismos, y entonces se seguirá el desórden; ó debe haber alguno bastante fuerte para contrariarlos; y en este caso nace tambien el desórden.

Es verdad que hay un tercer camino, y yo lo he indicado ya. Consiste este en engañar á todos los hombres sobre sus verdaderos intereses; y no siendo la cosa fácil á un simple mortal, lo mas corto es hacerse dios. He aqui lo que no dejan de hacer los utopistas, mientras llega el tiempo de que sean Ministros. El lenguage místico domina siempre en sus escritos; es un globo de prueba para tantear la credulidad pública. Desgraciadamente este medio no da resultados en el siglo décimo noveno.

Confesémoslo francamente: es de desear, para salir de estas intrincadas dificultades, que despues de haber estudiado los intereses humanos, los encontremos armónicos. Entonces la tarea de los escritores, asi como de los gobiernos se hace racional y fácil.

Como el hombre se engaña muchas veces sobre sus propios intereses, nuestra mision como escritores será esplicarlos, describirlos: hacerlos comprender, en la seguridad de que le basta verlos para seguirlos:—Como el hombre engañándose sobre sus propios intereses daña los intereses generales (esto resulta de la concordancia), el gobierno estará encargado de conducir al pequeño número de disidentes, de violadores de las leyes providenciales, al camino de la justicia que se confunde con el de la utilidad.

En otros términos, la mision única del gobierno será hacer que reine la justicia. No tendrá para qué empeñarse en producir penosamente, con grandes gastos y sacrificando la libertad individual, una Armonia que se forma por sí misma, y que la accion gubernamental destruye.

Segun lo que precede, se ve que no estamos tan fanáticos con la armonia social que no convengamos en que puede ser y es frecuentemente turbada. Y aun debo decir que segun mi opinion las perturbaciones inferidas á este bello órden por las pasiones ciegas, por la ignorancia y el error son infinitamente mayores y mas prolongadas que

cuanto pudiera suponerse. Estas causas perturbadoras son las que vamos á estudiar.

El hombre ha sido colocado en esta tierra. Lleva invenciblemente en sí mismo el atractivo hácia la felicidad, la adversion al dolor.—Puesto que obra en virtud de este impulso no se puede negar que el interés personal es el gran móvil del indivíduo, de todos los indivíduos, y por consiguiente de la sociedad.—Puesto que el interés personal, en la esfera económica, es el móvil de las acciones humanas y el gran resorte de la sociedad, debe ser el orígen del mal como del bien; en él es donde debe buscarse la armonia y lo que la turba.

La eterna aspiracion del interés personal es acallar la necesidad, ó mas generalmente el deseo por la satisfacion.

Entre estos dos términos esencialmente íntimos é intrasmisibles, la necesidad y la satisfaccion, se interpone el medio trasmisible, cangeable: el esfuerzo.

Y encima del aparato se halla la facultad de comparar, de juzgar: la inteligencia. Pero la inteligencia humana es falible. Podemos engañarnos. Esto es incontestable; pues si alguno nos dijese: el hombre no puede engañarse, le contestariamos: no es á vos al que debe demostrarse la armonia.

Podemos engañarnos de muchas maneras; podemos apreciar mal la importancia relativa de nuestras necesidades.

En este caso, en el aislamiento damos á nuestros esfuerzos una direccion no conforme á nuestros intereses bien entendidos. En el órden social y bajo la ley del cambio, el efecto es el mismo, hacemos llevar el pedido y la remuneracion hacia un género de servicios fútiles ó dañosos, y determinamos por este lado la corriente del trabajo humano.

Podemos engañarnos tambien, ignorando que una satisfaccion, ardientemente buscada, no hará cesar un sufrimiento sino abriendo una fuente de sufrimientos mayores. No hay efecto que no llegue á ser causa. Se nos ha dado la prevision para abreviar el encadenamiento de los efectos, para que no hagamos al presente el sacrificio del porvenir; pero muchas veces nos falta la prevision.

El error determinado por la debilidad de nuestro juicio ó por la fuerza de nuestras pasiones; hé aquí la primera fuente del mal. Corresponde principalmente al dominio de la moral. Aquí como el error y la pasion son individúales

el mal es hasta cierto punto individual tambien. La reflecsion, la esperiencia, la accion de la responsabilidad son sus correctivos eficaces.

Sin embargo, los errores de esta naturaleza pueden tomar un carácter social y producir un mal muy estenso, cuando llegan á sistematizarse. Hay paises, por ejemplo, donde los hombres que gobiernan están íntimamente convencidos de que la properidad de los pueblos se mide, no por las necesidades satisfechas, sino por los esfuerzos, sean cuales fueren sus resultados. La division del trabajo contribuye mucho á esta ilusion. Como se vé á cada profesion dedicarse á vencer un obstáculo, se imagina que la existencia del obstáculo, es una fuente de riquezas. En estos paises cuando la vanidad, la frivolidad, el falso amor á la gloria son pasiones dominantes, provocan deseos análogos y determinan en este sentido una porcion de la industria; los gobernantes lo creerian todo perdido, si los gobernados viniesen á reformarse y á moralizarse. ¿Que seria, dicen de los peluqueros, de los cocineros, de los lacayos, de las bordadoras, de los bailarines, de los fabricantes de galones, etc.? —No ven que el corazon humano contendria siempre bastantes deseos honestos, razonables y legítimos para dar ocupacion al trabajo; que no se trataria jamás de suprimir gustos sino de depurarlos y trasformarlos; que por consiguiente siguiendo el trabajo la misma evolucion, podrian variar de direccion pero no detenerse. En los paises donde reinan estas tristes doctrinas, se oirá decir muchas veces: «Es un mal que la moral y la industria no puedan marchar juntas. Quisiéramos que los ciudadanos fuesen morales, pero no podemos permitir que se hagan perezosos y miserables. Por esta razon continuaremos haciendo leyes en el sentido del lujo. En caso de necesidad, impondremos contribuciones al pueblo; y por su interés para asegurarle trabajo, nos encargaremos Reyes, Presidentes, Diplomáticos, Ministros, de *Representar*.» Esto se dice y se hace con la mejor fe del mundo. El pueblo mismo se presta á ello de buena voluntad. —Es claro que cuando el lujo y la frivolidad vienen á ser así un asunto legislativo, ordenado, impuesto, sistematizado por la fuerza pública, la ley de la Responsabilidad pierde toda su fuerza moralizadora.

XIX

GUERRA.

De todas las circunstancias que contribuyen á dar á un pueblo su fisonomia, su estado normal, su caracter, sus hábitos, sus leyes, su genio la que domina mucho sobre todas las demas, porque las contiene virtualmente casi todas, es la manera de proveer á sus medios de existencia. Esta es una observacion debida á Cárlos Comte, y hay motivo para sorprenderse de que esa circunstancia no haya tenido mas influencia sobre las ciencias morales y politicas.

En efecto, esta circunstancia obra sobre el género humano de dos maneras igualmente poderosas: por la continuidad y por la universalidad. Vivir, conservarse, desarrollarse, criar la familia, no es negocio de tiempo y de lugar, de gusto, de opinion, de eleccion; es la ocupacion diaria, eterna é irresistible de todos los hombres en todas las épocas y en todos los paises.

Por todo el mundo, la mayor parte de sus fuerzas fisicas intelectuales y morales se consagra directa ó indirectamente á crear y reemplazar los medios de subsistencia. El cazador, el pescador, el agricultor, el fabricante, el negociante, el obrero, el artesano, el capitalista, todos piensan en vivir en primer lugar (por prosaica que parezca la confesion) y despues en vivir cada vez mejor, si se puede. La prueba de ser asi, está en que los hombres no son cazadores, pescadores, fabricantes, agricultores etc., sino

para esto. De la misma manera, el funcionario, el soldado; el magistrado no entran en estas carreras, sino porque les aseguran la satisfaccion de sus necesidades. No debe exigirse al hombre sacrificio y abnegacion, si invoca él tambien el proverbio: el sacerdote vive del altar, pues antes de pertenecer al sacerdocio, pertenece á la humanidad. Y si en este momento se compusiese un libro contra la vulgaridad de esta proposicion ó mas bien de lo condicion humana, este libro, al venderse, atacaria su propia tésis.

No es esto decir, ni lo permita Dios, que yo niegue las existencias de abnegacion. Pero se convendrá en que son escepcionales, lo que justamente constituye su mérito y determina nuestra admiracion. Pues si se considera á la humanidad en su conjunto, á menos de haber hecho un pacto con el demonio del sentimentalismo, es necesario convenir en que los esfuerzos desinteresados no pueden de ninguna manera compararse, en cuanto al número, con los que se determinan por las duras necesidades de nuestra naturaleza. Y la razon es porque estos esfuerzos que constituyen el conjunto de nuestros trabajos, ocupan un lugar tan grande en la vida de cada uno de nosotros, que no pueden dejar de ejercer una gran influencia sobre las manifestaciones de nuestra existencia nacional.

M. Saint-Marc Girardin dice en cierta parte, que ha aprendido á reconocer la insignificancia relativa de las formas políticas, comparativamente á esas grandes leyes generales que imponen á los pueblos sus necesidades y sus trabajos. «¿Queréis saber lo que es un pueblo, dice, no preguntéis como se gobierna, sino qué hace.»

Esta observacion general es exacta. El autor la falsea al poco tiempo convirtiéndola en sistema. Se ha exagerado la importancia de las formas políticas; ¿qué hace él? La reduce á la nada, la niega ó no la reconoce sino para reirse de ella. Las formas políticas, dice, no nos interesan sino en un dia de eleccion ó durante la hora dedicada á la lectura del periódico. Monarquia ó República, Aristocracia ó Democracia, ¿qué importa?—Tambien es menester ver á qué resultado llega. Sosteniendo que los pueblos *niños*, se parecen, sea cualquiera su constitucion política, asimila los Estados-Unidos al antiguo Egipto; porque en ambos paises se han ejecutado obras gigantescas. Pero ¡qué diferencia! ¡los americanos desmontan tierras, abren canales, construyen caminos de hierro, todo por sí mismos, porque son una democracia y se pertenecen! Los Egipcios edificaban templos, pirámides, obeliscos, palacios para sus reyes y sacer-

dotes, por que eran esclavos!—¡Y esta es una ligera diferencia, una cuestion de forma, que no vale la pena de examinar ó que no hay que comprobar sino para reirse de ella!.....¡O culto de lo clásico! ¡contagio funesto, cuanto has corrompido á tus superticiosos sectarios!

Poco despues, M. Saint-Marc Girardin, partiendo siempre del punto de que las ocupaciones dominantes de un pueblo, determinan su genio, dice: otras veces se ocupaban de guerra y de religion; hoy es de comercio y de industria. Hé aquí porque las generaciones que nos han precedido llevaban un sello generoso y religioso.

Ya Rousseau habia afirmado que el cuidado de la existencia, no era una ocupacion dominante sino para algunos pueblos y de los mas prosáicos; que otras naciones, mas dignas de este nombre, se habian dedicado á trabajos mas nobles.

¿No se habrá engañado aquí M. Saint-Marc Girardin, con una ilusion histórica? ¿No habrá confundido los solaces, las diversiones ó los pretestos é instrumentos del despotismo de algunos, con las ocupaciones de todos? ¿Y no provendrá esta ilusion de que los historiadores nos hablan siempre de la clase que no trabaja y nunca de la que trabaja, de modo que concluimos por ver en la primera toda la nacion?

No puedo dejar de creer, que asi entre los Griegos, como entre los Romanos, como en la edad media, la humanidad estaba formada como hoy, es decir, sujeta á necesidades tan apremiantes, tan continuas, que seria necesario ocuparse en los medios de satisfacerlas sopena de muerte. Supuesto esto, no puedo dejar de creer que era entonces como hoy la ocupacion principal y absorvente de la porcion mas considerable del género humano.

Lo que parece positivo es, que un número muy pequeño de hombres, hayan llegado á vivir sin hacer nada, sobre el trabajo de las masas dominadas. Este pequeño número de ociosos, construian con sus esclavos suntuosos palacios, grandiosas quintas ó sombrias fortalezas. Gustaban de rodearse de todas las sensualidades de la vida, de todos los monumentos de las artes. Se entretenian en disertar sobre la filosofía, la cosmogonía; y por último, cultivaban las dos ciencias, á que debian su dominacion y sus goces: la ciencia de la fuerza y la ciencia de la astucia.

Aunque debajo de esta aristocracia, existiesen multitudes innumerables ocupadas en crear para ellas los medios de mantener la vida, y para sus opresores, los medios de llenarlos de placeres;—como los historiadores no han hecho

jamás la menor alusion á estas muchedumbres, concluimos por olvidar su existencia, haciendo abstraccion completa de ella. No tenemos ojos sino para la aristocracia; á ella es á la que llamamos la *sociedad antigua* ó la *sociedad feudal*; nos imaginamos que tales sociedades se sostenian por si mismas, sin recurrir al comercio, á la industria, al trabajo, al vulgarismo; admiramos su desinterés, su generosidad, su gusto por las artes, su espiritualismo, su desdén á las ocupaciones serviles, la elevacion de sus sentimientos y de sus pensamientos; afirmamos con tono declamatorio, que en cierta época, los pueblos no se ocupaban sinó de gloria, en otra de artes, en otra de filosofía, en otra de religion, en otra de virtudes; lloramos sinceramente sobre nosotros mismos, nos dirigimos toda clase de sarcasmos, porque á pesar de tan sublimes modelos, no pudiendo elevarnos á semejante altura, nos hallamos reducidos á dar al trabajo, asi como á todos los méritos vulgares que comprende, un lugar considerable en nuestra vida moderna.

Consolémonos al pensar que el trabajo ocupaba un lugar no menos estenso en la vida antigua. Solamente que aquel de que algunos hombres se habian emancipado caia con un peso abrumador sobre las clases dominadas, con gran daño de la justicia, de la libertad, de la propiedad, de la riqueza, de la igualdad, del progreso; y esta es la primera causa perturbadora que tengo que señalar al lector.

Los procedimientos, por cuyo medio se procuran los hombres medios de existencia, no pueden pues dejar de ejercer una grande influencia sobre su condicion física, moral, intelectual, económica y politica. ¿Quién duda que si se pudiesen observar muchas tribus, de las cuales una se dedicase esclusivamente á la caza, otra á la pesca, otra á la agricultura, otra á la navegacion, quien duda que estas tribus no presentasen diferencias considerables en sus ideas, sus opiniones, sus usos, sus costumbres, sus leyes, su religion? Sin duda alguna, el fondo de la naturaleza se encontraria en todas partes; tambien habria en estas leyes, en estos usos, en estas religiones puntos comunes, y yo creo que estos puntos comunes, son los que deben llamarse leyes generales de la humanidad.

Sea de esto lo que quiera, en nuestras grandes sociedades modernas todos ó casi todos los procedimientos de produccion, pesca, industria, agricultura, comercio, ciencias y artes, se ponen simultáneamente en accion, aunque en proporciones variadas segun los paises. Por eso no podria ha-

ber entre las naciones diferencias tan grandes como si cada una se dedicase á una ocupacion esclusiva.

Pero si la naturaleza de las ocupaciones de un pueblo ejerce una gran influencia sobre su moralidad; sus deseos, sus gustos, su moralidad ejercen á su vez una gran influencia sobre la naturaleza de sus ocupaciones, ó al menos sobre las proporciones de estas ocupaciones entre si. No insistiré sobre esta observacion, que ha sido presentada en otra parte de esta obra (1), y llego al asunto principal de este capitulo.

Un hombre (lo mismo sucede á un pueblo), puede procurarse medios de existencia de dos maneras: creándolos ó robándolos.

Cada una de estas grandes fuentes de adquisicion, tiene muchos procedimientos.

Se pueden *crear* medios de existencia por la caza, por la pesca, por el cultivo, etc.

Pueden *robarse* por la mala fé, la violencia, la fuerza, la astucia, la guerra, etc.

Si basta, sin salir del círculo de una de estas dos categorías, el predominio de alguno de los procedimientos que les son propios para establecer entre las naciones diferencias considerables, ¿cuán grande no debe ser esta diferencia entre un pueblo que viva de la produccion, y otro que viva del despojo?

Porque no hay una sola de nuestras facultades, sea cualquiera el órden á que corresponda, que no se ponga en ejercicio por la necesidad que nos ha sido impuesta de proveer á nuestra existencia; ¿y qué puede concebirse mas propio para modificar el estado social de los pueblos que lo que modifica todas las facultades humanas?

Esta consideracion, á pesar de lo grave que és, ha sido tan poco observada, que debo detenerme en ella por un instante.

Para que una satisfaccion se realice, es necesario que se haya ejecutado un trabajo, de donde se sigue que el Despojo, en todas sus variedades, lejos de escluir la produccion, la supone.

Y esto me parece que es á propósito para disminuir un poco la fátua aficion que los historiadores, los poetas y los novelistas manifiestan por estas nobles épocas en que, segun ellos, no dominaba el *industrialismo*. En estas épocas se vivia; luego el trabajo ejecutaba lo mismo que hoy su ruda tarea. Solamente que unas naciones, unas clases,

(1) Véase el final del capituló XI.

unas individualidades habian llegado á echar sobre otras naciones, otras clases, otras individualidades, su lote de trabajo y de fatiga.

El carácter de la produccion es, por decirlo así, sacar de la nada las satisfacciones, que mantienen y embellecen la vida, de tal manera que un hombre ó un pueblo puede multiplicar al infinito estas satisfacciones, sin causar una privacion cualquiera á otros hombres y á otros pueblos; —muy al contrario, el estudio detenido del mecanismo económico nos ha revelado que el éxito de uno en su trabajo, ofrece probabilidades de éxito al trabajo de otro.

El carácter del despojo es no poder conferir una satisfaccion sin que una privacion igual corresponda á ella; porque no crea, sino hace variar de lugar lo que el trabajo ha creado. Arrastra en pos de sí, como pérdida absoluta, todo el esfuerzo que él mismo cuesta á las dos partes interesadas. Lejos pues de aumentar los goces de la humanidad, los disminuye y además los atribuye á quien no los ha merecido.

Para producir, es menester dirijir todas las facultades humanas hácia la dominacion de la naturaleza; porque es á la que se trata de combatir, domar, sujetar. Por eso el hierro, convertido en arado, es el emblema de la produccion.

Para despojar, es necesario dirijir todas las facultades hácia la dominacion de los hombres; porque son ellos á quienes hay que combatir, matar ó subyugar. Por eso el hierro, convertido en espada, es el emblema del despojo.

Tanta oposicion como hay entre el arado que alimenta y la espada que mata, debe haber entre un pueblo de trabajadores y un pueblo de despojadores. No es posible que haya nada de comun entre ellos. No podrán tener ni las mismas ideas, ni las mismas reglas de apreciacion, ni los mismos gustos, ni el mismo carácter, ni las mismas costumbres, ni las mismas leyes, ni la misma moral ni la misma religion.

Y seguramente, uno de los espectáculos mas tristes que pueden ofrecerse á los ojos del filántropo, es ver un pueblo productor hacer todos los esfuerzos posibles para inocularse por medio de la educacion las ideas, los sentimientos los errores, las preocupaciones y los vicios de un pueblo despojador. Se acusa muchas veces á nuestra época de que carece de unidad, de no mostrar concordancia entre su manera de ver y de obrar; tienen razon, y creo que acabo de señalar la principal causa de esto.

El despojo por la vía de la guerra, es decir, el despojo puro y simple tiene su raiz en el corazon humano, en la organizacion del hombre, en este motor uiversal del mundo social: el atractivo de las satisfacciones y la repugnancia al dolor; en una palabra, en ese móvil que llevamos en nosotros mismos: el interés personal.

Y ¿no me averguenzo de presentarme como su acusador. Hasta aquí se ha podido creer que hábia profesado á este principio un culto idólatra; que no le atribuia sino consecuencias favorables para la humanidad, y tal vez que lo elevaba en mi estimacion sobre el principio simpático, sobre el sacrificio, sobre la abnegacion.—No, yo no lo he juzgado: solamente he mostrado su existencia y su omnipotencia. Hubiera apreciado mal esta omnipotencia, y estaria én contradiccion conmigo mismo, cuando señalo al interés personal como el motor universal de la humanidad, sino derivase ahora de él sus causas perturbadoras, como precendentemente le he atribuido las leyes armónicas del órden social.

El hombre, hemos dicho, quiere invenciblemente conservarse, mejorar su condicion, apoderarse de la felicidad tal como la concibe, ó al menos aproximarse á ella. Por la misma razon huye de la pena, del dolor.

Pero el trabajo, esa accion que el hombre se ve obligado á ejercer sobre la naturaleza para realizar la produccion es una penalidad, una fatiga. Por este motivo le repugna al hombre, y no se somete á esa pena sino cuando trata de evitar un mal mayor todavía.

Filosóficamente, hay algunos que dicen: el trabajo es un bien. Tienen razon, tomando en cuenta sus resultados; en otros términos, es un mal que nos ahorra males mayores. Y es precisamente porque los hombres tienen una tendencia tan grande á evitar el trabajo, cuando creen poder, sin recurrir á él, recojer sus resultados.

Otros dicen que el trabajo es un bien *en sí mismo*; que independientemente de sus resultados productores moraliza al hombre, lo fortifica y es para él una fuente de alegria y de salud. Todo esto es muy cierto, y revela una vez mas la maravillosa fecundidad de las intenciones finales, que Dios ha esparcido en todas las partes de su obra. Si, aun haciendo abstraccion de sus resultados como produccion, el trabajo promete al hombre como recompensas supletorias la fuerza del cuerpo y el gozo del alma; y puesto que ha podido decirse que la ociosidad era la madre de todos los vicios, es necesario reconocer tambien que el trabajo es el padre de muchas virtudes.

Pero todo esto, sin perjuicio de las inclinaciones naturales é invencibles del corazon humano; sin perjuicio de ese sentimiento que nos inclina á no buscar el trabajo por lo que es en sí; que lo comparamos siempre á su resultado; que no solicitamos por un gran trabajo lo que podemos obtener por un trabajo menor; que colocados entre dos molestias, no escojemos la mas ruda, y que nuestra tendencia universal es disminuir tanto mas la relacion del esfuerzo al resultado, cuanto que, si por esto conseguimos algun descanso, nada nos impide consagrarlo, en vista de recompensas accesorias, ó trabajos conformes á nuestros gustos.

Por otra parte, en cuanto á esto el hecho universal es decisivo. En todos los lugares, en todos los tiempos, vemos al hombre considerar el trabajo como el lado oneroso, y la satisfaccion como el lado compensador de su condicion. En todos los lugares, en todos los tiempos lo vemos descargar, en cuanto puede, la fatiga del trabajo ya sobre los animales, sobre el viento, sobre el agua, el vapor, las fuerzas de la naturaleza, ya ¡ay! sobre la fuerza de su semejante, cuando consigue dominarlo. En este último caso, lo repito porque se olvida con harta frecuencia, el trabajo no se disminuye; sino varia de asiento (1).

Estando el hombre así colocado entre dos penas, la de la necesidad y la del trabajo, estrechado por el interés personal, trata de ver si habria un medio de evitar las dos al menos hasta cierto punto. Y entonces es cuando el despojo se presenta á sus ojos como la solucion del problema.

Dice: Es verdad que no tengo ningun medio de procurarme las cosas necesarias para mi conservacion, para mis satisfacciones, el alimento, el vestido, el lecho, sin que estas cosas hayan sido producidas de antemano por el trabajo. Pero no es indispensable que sea por *mi* propio trabajo. Basta que lo sean por el trabajo de *alguno*, con tal que yo sea el mas fuerte.

Tal es el origen de la guerra.

No insistiré mucho sobre sus consecuencias.

Cuando las cosas van así, cuando un hombre ó un pueblo trabaja, y otro hombre ú otro pueblo aguarda; para entregarse á la rapiña, que esté concluido el trabajo, el lector comprende al primer golpe de vista las fuerzas humanas que se pierden.

(1) Se olvida cuando se propone esta cuestion ¿El trabajo de los esclavos es mas caro ó mas barato que el trabajo asalariado?

Por una parte el despojante no ha conseguido, como hubiera deseado, evitar toda especie de trabajo. El despojo armado exije tambien esfuerzos y algunas veces inmensos esfuerzos. Así mientras el productor dedica su tiempo á crear los objetos de satisfaccion, el despojante emplea el suyo en preparar el medio de arrebatarlos. Pero cuando la obra de la violencia se realiza ó se intenta, los objetos de satisfaccion no son ni mas ni menos abundantes. Pueden corresponder á las necesidades de personas diferentes, pero no á mas necesidades. Así, todos los esfuerzos que el despojante ha hecho pará el despojo, y además todos los que ha dejado de hacer para la produccion, son perdidos enteramente, sino para él, al menos para la humanidad.

No es esto todo; en la mayor parte de los casos se manifiesta una pérdida análoga por la parte del productor. No es verosimil, en efecto, que aguarde, sin tomar alguna precaucion, el acontecimiento que le amenaza; y todas las precauciones, armas, fortificaciones, municiones, ejercicio, son trabajo, y trabajo perdido para siempre, no para aquel que espera de él su seguridad, sino para el género humano.

Y si el productor, haciendo así dos partes de sus trabajos, no se cree bastante fuerte para resistir el despojo, es mucho peor y las fuerzas humanas se pierden en otra escala diferente; porque entonces el trabajo cesa, no estando nadie dispuesto á producir para ser despojado.

En cuanto á las consecuencias morales, á la manera de que las facultades son afectadas por ambas partes, el resultado no es menos desastroso.

Dios ha querido que el hombre diese á la naturaleza combates pacíficos, y que recogiese directamente de ella los frutos de la victoria.—Cuando no consigue la dominacion de la naturaleza sino por medio de la dominacion de sus semejantes, se falsea su mision. Ved solamente la *prevision*, esa vista anticipada del porvenir, que nos eleva en cierta manera hasta la providencia,—por que *preveer* es tambien *proveer*,—ved cuanto difiere entre el productor y el despojante.

El productor tiene necesidad de aprender la ligazon de las causas y los efectos. Estudia bajo este punto de vista las leyes del mundo físico, y trata de hacerse con ausiliares cada vez mas útiles. Si observa a sus semejantes, es para preveer sus deseos y satisfacerlos con cargo de reciprocidad.

El despojante no estudia la naturaleza. Si observa á los hombres, es como el águila acecha una presa, buscando el medio de debilitarla, de sorprenderla.

Las mismas diferencias se manifiestan en las demas facultades, y se estienden á las ideas.

El despojo por la guerra no es un hecho accidental, aislado, pasagero, es un hecho muy general y muy constante que no cede en permanencia sino al trabajo.

Indicadme sino algun punto del globo en que no se vean dos razas, una de vencedores y otra de vencidos, colocadas una sobre otra. Mostradme en Europa, en Asia, en las islas del gran Oceeano un lugar afortunado ocupado todavía por la raza primitiva. Si las emigraciones de los pueblos no han respetado ningun pais, la guerra ha sido un hecho general.

Los rastros de esta plaga no son menos generales. A parte de la sangre vertida, del botin conquistado, de las ideas falseadas, de las facultades pervertidas, por todas partes ha dejado marcas indelebles, en cuyo número deben contarse la esclavitud y la aristocracia.....

El hombre no se ha contentado con despojar la riqueza á medida que se formaba; se ha apoderado de riquezas anteriores, del capital bajo todas las formas; ha fijado su vista principalmente en el capital bajo la forma mas inmóvil; la propiedad territorial. Por último, se ha apoderado hasta del mismo hombre.—Porque siendo las facultades humanas instrumentos de trabajo, ha creido mas corto apoderarse de estas facultades que de sus productos.....

¡Cuánto no han obrado estos acontecimientos como causas perturbadoras, como trabas, sobre el progreso natural de los destinos humanos! Si se considera la pérdida de trabajo ocasionada por la guerra, si se considera que el producto efectivo que ella disminuye, se concentra entre las manos de algunos vencedores, podrá comprenderse la miseria de las masas, miseria inesplicable en nuestros dias por la libertad.....

Como se prepara el espíritu guerrero.

Los pueblos agresores están espuestos á represalias. Atacan frecuentemente; algunas veces se defienden. Cuando están á la defensiva, tienen el sentimiento de la justicia y de la santidad de su causa. Entonces pueden exaltar el valor, el sacrificio, el patriotismo. Pero, ¡ay! trasportan estos sentimientos y estas ideas á sus guerras ofensivas ¿Y qué es entonces lo que constituye el patriotismo?.....

Cuando dos razas, la una victoriosa y ociosa, la otra

vencida y humillada, ocupan el suelo, todo lo que despierta los deseos, las simpatías es del dominio de la primera. Para ella descanso, fiestas, gusto por las artes, riquezas, ejercicios militares, torneos, gracia, elegancia, literatura, poesía. Para la raza conquistada manos encallecidas, chozas asoladas, vestidos repugnantes.....

De aqui se sigue que las ideas y las preocupaciones de la raza dominante, asociadas siempre á la dominacion militar, son las que forman la opinion. Hombres, mugeres, niños, todos prefieren la vida militar á la vida laboriosa, la guerra al trabajo, el despojo á la produccion. La raza vencida misma participa de este sentimiento, y cuando se coloca sobre sus opresores, en épocas de transicion, se muestra dispuesta á imitarlos. ¡Qué digo! para ella esta imitacion es un frenesí.....

Como concluye la guerra.

Teniendo el Despojo como la Produccion su orígen en el corazon humano, las leyes del mundo social no serian armónicas, aun en el sentido limitado que he dicho, si esta no llegase al cabo á destronar aquel.....

XX

RESPONSABILIDAD.

Hay en este libro un pensamiento dominante; él se cierne sobre todas las páginas, vivifica todas sus líneas. Este pensamiento es aquel con que da principio el símbolo cristiano: CREO EN DIOS.

Y efectivamente, si difiere de algunos economistas, es porque estos parece que quieren decir: «No tenemos fé en Dios; porque vemos que las leyes naturales conducen al abismo.—Y sin embargo decimos: ¡*Dejad hacer*! porque tenemos todavía menos fé en nosotros mismos, y comprendemos que todos los esfuerzos humanos para detener el progreso de estas leyes no harian sino apresurar la catástrofe.»

Si difiere de los escritos socialistas, es porque estos dicen; «Nosotros fingimos creer en Dios; pero en el fondo no creemos mas que en nosotros mismos,—puesto que no queremos *dejar hacer*, y todos ofrecemos un plan social como infinitamente superior al de la Providencia.»

Yo digo: *Dejad hacer*, en otros términos, respetad la libertad, la iniciativa humana.....

....*Responsabilidad, solidaridad*; misteriosas leyes, cuya causa es imposible apreciar fuera de la Revelacion, pero cuyos efectos y la accion infalible sobre el progreso de la humanidad podemos comprender: leyes que, por el hecho mismo de ser el hombre sociable, se encadenan, se mezclan, concurren, aunque parece que algunas veces chocan:

entre sí; y que deberian verse en su conjunto, en su accion comun, si la ciencia con su vista débil, su incierta marcha, no estuviese reducida al método, —este triste báculo que forma su fuerza revelando su debilidad.

—

Nosce te ipsum. Conócete á ti mismo; es, dice el oráculo, el principio, el medio y el fin de las ciencias morales y políticas.

Hemos dicho en otra parte: En lo que concierne al hombre ó á la sociedad humana, Armonía no puede significar Perfeccion sino Perfeccionamiento. La perfectibilidad supone siempre, en un grado cualquiera, la imperfeccion tanto en el porvenir como en el pasado. Si el hombre pudiese entrar alguna vez en esa tierra prometida del *Bien absoluto*, no tendria que hacer de su inteligencia, de sus sentidos, no seria hombre.

El mal existe. Es inherente á la enfermedad humana; se manifiesta asi en el órden moral como en el órden material, así en la masa como en el individuo, así en el todo como en la parte. Porque el ojo puede sufrir y cerrarse, ¿desconocerá el fisiólogo el armonioso mecanismo de este admirable aparato? ¿Negará la ingeniosa estructura del cuerpo humano, porque este cuerpo esté sujeto al dolor, á la enfermedad y á la muerte, y porque el Salmista en su desesperacion haya podido esclamar: «¡O tumba, tu eres mi madre! ¡Gusanos del sepulcro, vosotros sois mis hermanos y mis hermanas!»—Así como, porque el órden social no conduzca nunca á la humanidad al fantástico puerto del bien absoluto, ¿se negará el economista á reconocer lo que este órden social ofrece de maravilloso en su organizacion, preparada en vista de una difusion cada vez mayor de luces, de moralidad y bienestar?

¡Estraña cosa es que se niegue á la ciencia económica el derecho de admiracion que se concede al fisiólogo! Porque despues de todo, ¡qué diferencia bajo el punto de vista de la armonía en las causas finales entre el ser individual y el ser colectivo!—Indudablemente el individuo nace, crece, se desarrolla, se embellece, se perfecciona bajo la influencia de la vida, hasta que llega el momento en que otras antorchas se enciendan en esta antorcha. En este momento todo tiene en él los colores de la belleza; todo en él respira gozo y gracia, todo es espansion, afeccion, benevolencia, amor, armonía. Luego, durante algun tiempo todavia su inteligencia se ensancha y se asegura, como para guiar en los tortuosos senderos de la existencia á aquellas

á quienes acaba de llamar. Pero muy pronto desaparece su belleza, su gracia se desvanece, sus sentidos se embotan, su cuerpo declina, su memoria enflaquece, sus ideas se debilitan, ¡ay! y hasta sus afecciones, escepto en algunas almas de privilegio, pareciendo mancharse de egoismo, pierden ese encanto, esa frescura, ese natural sincero y sencillo, esa profundidad, ese ideal, esa abnegacion, esa poesia, ese perfume indifinible, que son el privilegio de otra edad. Y á pesar de las precauciones ingeniosas que la naturaleza ha tomado para retardar su disolucion, precauciones que el fisiólogo resume con la palabra *vis medicatrix*,—únicas y tristes armonias con que tiene esta ciencia que contentarse —repasa en sentido universo la série de sus perfeccionamientos, abandona una despues de otra en el camino todas sus adquisiciones, marcha de privaciones en privaciones hácia la que las comprende todas. ¡Oh! el mismo genio del optimismo no podria descubrir nada consolador y armonioso en este lento é irremisible deterioro, al ver á ese ser, en otro tiempo tan altivo y tan bello, descender tristemente á la tumba..... ¡La tumba!..... ¿Pero no es una puerta para otra mansion?.....Asi es como, cuando la ciencia se detiene, la religion reanuda (1) aun para el individuo, en otra patria las concordancias armónicas interrumpidas aquí abajo.

A pesar de este desenlace fatal, ¿deja la fisiologia de ver en el cuerpo humano la obra maestra mas completa, que haya salido de las manos del Criador?

Pero si el cuerpo social está sujeto al sufrimiento, si aun puede sufrir hasta morir, no está fatalmente condenado á la muerte. Dígase de esto lo que se quiera, no tiene en perspectiva, despues de haberse elevado á su apogeo, una inevitable declinacion. La destruccion misma de los imperios, no es la retrogradacion de la humanidad; y los moldes viejos de la civilizacion no se disuelven sino para dar lugar á una civilizacion mas avanzada. Las dinastías pueden estinguirse, las formas del poder pueden cambiar; pero no por eso deja de progresar el género humano. La vida de los Estados se parece á la caida de las hojas en otoño. Ella fertiliza el suelo, se coordina á la vuelta de la primavera, y promete á las generaciones futuras una vegetacion mas rica y cosechas mas abundantes. ¡Qué digo! aun bajo el punto de vista puramente nacional, la teoria de la decadencia nece-

(1) Religion (*religare*, *religar*), lo que une la vida actual á la vida futura, los vivos á los muertos, el tiempo á la eternidad, lo finito á lo infinito, el hombre á Dios.

saria es tan falsa como antigua. Es imposible descubrir en el modo de vida de un pueblo causa alguna de declinacion inevitable. La analogia, que con tanta frecuencia ha hecho que se compare una nacion á un individuo, y se atribuya tanto á uno como á otra una infancia y una vejez, no es mas que una falsa metáfora. Que las instituciones sean elásticas y flexibles, que en lugar de ponerse en oposicion con las potencias nuevas que crea el espiritu humano, se organicen de manera que puedan admitir esa espansion de la energia intelectual, y acomodarse á ella; y no se vé razon alguna para que no florezca en una eterna juventud. Pero, piensese lo que se quiera de la fragilidad y destruccion de los imperios, siempre se verá que la sociedad, que en su conjunto se confunde con la humanidad, está constituida sobre bases mas sólidas. Mientras mas la estudiamos, mas nos convencemos de que ella tambien está provista, como el cuerpo humano, de una *fuerza curativa* que la libra de sus males, y que además lleva en su seno una *fuerza progresiva*. Es impelida por esta hácia un perfeccionamiento, al que no pueden asignarse límites.

Luego si el mal individual no destruye la armonia fisiológica, todavia ménos daña el mal colectivo á la armonia social.

¿Pero cómo conciliar la existencia del mal con la infinita bondad de Dios? Creo que no debo esplicar lo que no comprendo. Solamente observaré que no puede imponerse esta solucion á la economía política, como no se podria imponer tampoco á la anatomía. Estas ciencias puramente de observacion, estudian al hombre tal como es, sin pedirle cuenta á Dios de sus impenetrables secretos.

Así, lo repito, en este libro armonía no corresponde á la idea de perfeccion absoluta, sino á la de perfeccionamiento indefinido. Dios ha querido infundir el dolor en nuestra naturaleza, puesto que ha querido que en nosotros la debilidad fuese anterior á la fuerza, la ignorancia á la ciencia, la necesidad á la satisfaccion, el esfuerzo al resultado, la adquisicion á la posesion, la miseria á la riqueza, el error á la verdad, la esperiencia á la prevision. Me someto sin murmurar á este decreto, no pudiendo por otra parte imaginar otra combinacion. Y si por un mecanismo tan sencillo como ingenioso ha provisto lo necesario para que *todos los hombres se acerquen á un nivel comun que se eleva constantemente*, si les asegura asi—por la accion misma de lo que llamamos el Mal — la duracion y la difusion del progreso, entonces no me contento con inclinarme bajo esa

mano tan generosa como poderosa, sino que la bendigo, la admiro y la adoro.

—

Hemos visto surgir escuelas que se han aprovechado de la inviolabilidad (humanamente hablando) de esta cuestion para embrollar todas las demás, como si fuese dado á nuestra inteligencia finita comprender y conciliar los infinitos. Colocando à la entrada de la ciencia social esta sentencia: *Dios no puede querer el mal*, llegan á esta série de conclusiones: «Hay mal en la sociedad, luego no está organizáda segun los designios de Dios. Cambiemos, cambiemos ahora y siempre esta organizacion; ensayemos, esperimentemos hasta que hayamos encontrado una forma que borre de este mundo todo vestigio de sufrimiento. En este signo reconoceremos que ha llegado el reinado de Dios.»

No es esto todo. Estas escuelas han creido tambien deber escluir de sus planes sociales la libertad con el mismo título que el sufrimiento, porque la libertad supone la posibilidad del error, y por consiguiente la posibilidad del mal. «Dejadnos organizaros, dicen á los hombres; no os mezcleis en eso, no compareis, no juzgueis, no decidais nada por vosotros y para vosotros mismos; tenemos horror al *dejad hacer*, pero exigimos que os dejeis hacer y nos dejeis hacer. Si os conducimos á la felicidad perfecta, la infinita bondad de Dios será justificada.»

Contradiccion, inconveniencia, orgullo, no sé lo que domina en un lenguage semejante.

Una secta, entre otras, muy poco filosófica pero muy ardiente, promete á la humanidad una felicidad completa. Que se le entregue el gobierno de la humanidad, y ofrece por la virtud de algunas fórmulas alejar de ella toda sensacion penosa.

Y si no le concedeis una fé ciega en sus promesas, promoviendo al momento ese temible é insoluble problema que desde el principio del mundo es la desesperacion de la filosofía, os intima que concibais la existencia del mal con la bondad infinita de Dios. ¿Vacilais? os acusa de impiedad.

Fourrier apura todas las combinaciones de este tema.

«*O Dios no ha sabido* darnos un código social, de »atraccion, justicia, verdad, unidad; en cuyo caso es in»justo creándonos esta necesidad sin tener los medios de »satisfacerla.»

«*O no ha querido*; y en este caso es perseguidor con »premeditacion, creándonos á placer necesidades que es »imposible contentar.»

«*O ha sabido, y no ha querido*; en este caso es el émulo »del diablo, sabiendo hacer el bien y prefiriendo el reinado »del mal.»

«*O ha querido y no ha sabido*: en este caso es incapaz »de regirnos, conociendo y queriendo el bien que no sabe »hacer.»

«*O no ha sabido ni ha querido*; en cuyo caso está por de»bajo del diablo, que es malvado y no bestia.»

«*O ha sabido y querido*; en cuyo caso el código existe »y ha debido revelarlo, etc.»

Y Fourrier es el profeta. Entreguémonos á él y á sus discípulos; la Providencia será justificada, la sensibilidad cambiará de naturaleza, y el dolor desaparecerá de la tierra.

Pero, ¿cómo los apóstoles del bien absoluto, esos atrevidos lógicos que van diciendo continuamente: Siendo Dios perfecto, su obra debe ser perfecta,» y que nos acusan de impiedad porque nos resignamos á la imperfeccion humana, —cómo digo, no ven que en la hipótesis mas favorable serian todavia tan impios como nosotros?—Quiero suponer que bajo el reinado de los señores Considerant, Hennequin, etc., no haya un hombre sobre la tierra que no pierda á su madre ó no padezca de las muelas—en cuyo caso él tambien podria cantar la letania: *O Dios no ha querido ó no ha sabido*;—que el mal vuelva á bajar á los abismos infernales desde el gran dia de la revolucion socialista;—que uno de sus planes, falansterio, crédito gratuito, anarquia, taller social, etc., tenga la virtud de hacer que desaparezcan todos los males en el porvenir. ¿Tendrá el de aniquilar el sufrimiento en el pasado? El infinito no tiene límites; y si ha habido sobre la tierra un solo desgraciado desde la creacion, basta esto para hacer insoluble bajo su punto de vista el problema de la infinita bondad de Dios.

No unamos pues la ciencia de lo finito á los misterios de lo infinito. Apliquemos á la una la observacion y la razon; dejemos las otras en el dominio de la revelacion y de la fé.

Bajo todos los aspectos, bajo todos los puntos de vista el hombre es imperfecto. En esta tierra, al menos, encuentra límites en todas las direcciones y toca en lo finito por todos los puntos. Su fuerza, su inteligencia, sus afecciones, su vida no tiene nada absoluto y dependen de un aparato material sugeto á la fatiga, á la alteracion y á la muerte.

No solamente es esto así, sino que además nuestra imperfeccion es tan radical que no podemos ni aun figurarnos

una perfeccion cualquiera en nosotros ni fuera de nosotros. Nuestro espiritu tiene tan poca proporcion con esta idea que son vanos todos sus esfuerzos para adquirirla. Mientras mas la estrecha, mas fácilmente se escapa á su penetracion, y se pierde en intrincadas contradicciones. Mostradme un hombre perfecto; me mostrareis un hombre que no puede sufrir, que por consiguiente no tiene necesidades, ni deseos, ni sensaciones, ni sensibilidad, ni nervios, ni músculos, que no puede ignorar nada, y por consiguiente que no tiene atencion, ni juicio, ni raciocinio, ni memoria, ni imaginacion, ni cerebro; en una palabra, me mostrareis un ser que no existe.

Asi, bajo cualquier aspecto que se considere el hombre, es necesario ver en él un ser sugeto al dolor. Es necesario admitir que el mal ha entrado como resorte en el plan providencial, y en vez de buscar los quiméricos medios de aniquilarlo, se trata de estudiar su papel y su mision.

Cuando Dios quiso crear un ser compuesto de necesidades y de facultades para satisfacerlas, ese dia se decidió que este ser estuviese sujeto al sufrimiento; porque sin el sufrimiento no podemos concebir las necesidades, y sin las necesidades no podemos comprender la utilidad ni la razon de ser de nuestras facultades,— todo lo que constituye nuestra grandeza tiene su raiz en lo que constituye nuestra debilidad.

Estrechados por innumerables impulsos, dotados de una inteligencia que ilumina nuestros esfuerzos y aprecia sus resultados, tenemos tambien para determinarnos el *libre albedrio.*

El libre albedrio supone como posible el error, y el error á su vez supone el sufrimiento como un efecto inevitable. Yo desafio á que se me diga que es *escoger libremente,* si no es correr el riesgo de hacer una mala eleccion; y que es hacer una mala eleccion,sino es prepararse una pena.

Y por eso las escuelas, que no se contentan para la humanidad nada menos que con el bien absoluto, son todas materialistas y fatalistas. No pueden admitir el libre albedrío. Comprenden que de la libertad de obrar nace la libertad de escoger;—que la libertad de escoger supone la posibilidad de errar;—que la posibilidad de errar es la contingencia del mal.—Y en la sociedad artificial, tal como la inventa un organizador, no puede aparecer el mal. Por esto es necesario que se quite á los hombres la posibilidad de errar; y el mas seguro medio es que esten privados de la libertad

de obrar y de escoger ó del libre albedrío. Se ha dicho con razon que el socialismo es el despotismo encarnado.

En presencia de estas locuras, se pregunta bajo qué fundamento se atreve el organizador á pensar, obrar y escojer no solamente para él sino para todo el mundo, porque al fin pertenece á la humanidad, y en este concepto es falibles.—Lo es tanto mas, cuanto pretende estender á mayor distancia la esfera de su conciencia y de su voluntad.

Sin duda el organizador ve que la objecion flaquea por su base, en cuanto á que lo confunde con los demas hombre.—Puesto que ha reconocido los vicios de la obra divina y ha emprendido su reforma, no es hombre, es Dios y mas que Dios.....

El socialismo tiene dos elementos: el delirio de la inconsecuencia y el delirio del orgullo.

Pero si el libre albedrío, que es el punto de partida de todos nuestros estudios, encuentra aquí una negacion, ¿no será este el lugar de demostrarlo? Me gurdaré muy bien de ello. Cada uno lo siente y esto basta. Yo lo siento, no vaga, sino cien veces mas intimamente, que me ha sido demostrado por Aristóteles ó por Euclides. Lo siento con gozo de mi conciencia, cuando hago una eleccion que me honra; con su desaprobacion, cuando hago una eleccion que me envilece. Además soy testigo de que todos los hombres afirman el libre albedrío por su conducta, aunque algunos la niegen en sus escritos. Todos comparan los motivos, deliberan, se deciden, se retractan, tratan de preveer; todos dan consejos, se irritan contra la injusticia, admiran los actos de abnegacion. Luego todos reconocen en si mismos y en los demás el libre albedrío, sin el cual no hay eleccion, ni consejos, ni prevision, ni moralidad, ni virtud posibles. Guardémonos de intentar demostrar lo que está admitido por la práctica universal. No hay fatalistas absolutos ni aun en Constantinopla, como no habia escépticos absolutos ni aun en Alejandría. Los que se dicen tales pueden ser bastante locos para intentar persuadir á los demás,—no son bastante fuertes para convencerse á si mismos. Prueban muy sutilmente, que no tienen voluntad;—pero como obran de la misma manera que si la tuviesen, no disputemos con ellos.

—

Hénos aquí pues colocados en el seno de la naturaleza, en medio de nuestros hermanos,—estrechados por impulsos, necesidades, apetitos, deseos,—dotados de facultades diversas para obrar, ya sobre las cosas, ya sobre

los hombres,—determinados á la accion por nuestro libre albedrio,—dotados de una inteligencia perfectible, por tanto imperfecta, y que si nos ilumina, tambien puede engañarnos sobre las consecuencias de nuestros actos.

Toda accion humana—dando origen á una série de consecuencias buenas ó malas, de las cuales unas recaen sobre el autor mismo del acto, y otras van á afectar á su familia, á sus parientes, á sus conciudadanos y algunas veces á la humanidad entera,—pone por decirlo asi en vibracion dos cuerdas cuyos sonidos son oráculos: la Responsabilidad y la Solidaridad.

La responsabilidad es el encadenamiento natural que existe relativamente al ser que obra, entre el acto y sus consecuencias; es un sistema completo de Penas y Recompensas *fatales*, que ningun hombre ha inventado, que obra con toda la regularidad de las grandes leyes naturales, y que podemos por consiguiente considerar como de institucion divina. Ella tiene evidentemente por objeto restringir el número de las acciones funestas y multiplicar el de las acciones útiles.

Este aparato á la vez correctivo y progresivo, á la vez remunerador y vengador, es tan sencillo, está tan cerca de nosotros, de tal modo identificado con todo nuestro ser, tan perpétuamente en accion, que no solamente no podemos negarlo, sino que es como el mal, uno de esos fenómenos sin los cuales toda vida es para nosotros ininteligible.

El Génesis cuenta que habiendo sido arrojado el primer hombre del paraiso terrenal porque habia aprendido á distinguir el Bien y el Mal, *sciens bonum et malum*, Dios pronunció sobre él esta sentencia: *In laboribus comedes ex terra cunctis deibus vitae tuae.—Spinas et tribulos germinabit tibi.—In sudore vultus tui vesceris pane, donec revertaris in terram de qua sumptus es: quia pulvis es et in pulverem reverteris.*

Hé aqui pues el bien y el mal—ó la humanidad. Hé aqui los actos y los hábitos produciendo consecuencias buenas ó malas—ó la humanidad. Hé aqui el trabajo, el sudor, las espinas, las tribulaciones y la muerte,—ó la humanidad.

La humanidad, digo: por que escoger, engañarse, sufrir, rectificarse, en una palabra, todos los elementos que componen la idea de la responsabilidad son de tal manera inherentes á nuestra naturaleza sensible, inteligible y libre, son de tal manera esta misma naturaleza, que yo desafio á la imaginacion mas fecunda á que conciba para el hombre otro modo de existencia.

Que el hombre haya vivido en el Eden, *in paradiso voluptatis*, ignorando el bien y el mal, *scientiam boni et mali* bien podemos creerlo, pero no podemos comprenderlo; tan trasformada está nuestra naturaleza.

Nos es imposible separar la idea de *vida* de la de *sensibilidad*, la de sensibilidad de la de *placer* y *dolor*, la de placer y dolor de la de *pena* y *recompensa*, la de *inteligencia* de la de *libertad* y *eleccion*, y todas estas ideas de la de Responsabilidad; porque es el conjunto de todas estas ideas el que nos da la del Ser, de tal manera que cuando pensamos en Dios, diciéndonos la razon que no puede sufrir, queda confundida, tan inseparables son para nosotros el *ser* y la sensibilidad.

Y esto es sin duda lo que hace de la *Fé*, el complemento necesario de nuestros destinos. Ella es el único lazo posible entre la criatura y el Criador, puesto que es y será siempre para la razon el Dios incomprensible. *Deus absconditus*.

Para ver cuanto nos rodea y nos estrecha por todas partes la responsabilidad, basta fijar la atencion en los mas simples hechos.

El fuego nos quema, el choque de los cuerpos nos quebranta; si no estuviésemos dotados de sensibilidad, ó si nuestra sensibilidad no fuese afectada penosamente por la aproximacion del fuego y el rudo contacto de los cuerpos, estariamos espuestos á la muerte á cada instante.

Desde la primera infancia hasta la estrema vejez, nuestra vida no es sino un prolongado aprendizaje. Aprendemos á andar á fuerza de caer; aprendemos por esperiencias rudas y reiteradas á evitar el calor, el frio, el hambre, la sed, los escesos. No nos quejemos de que las esperiencias sean rudas; si no lo fuesen, no nos enseñarian nada.

Lo mismo sucede en el órden moral. Las tristes consecuencias de la crueldad, de la injusticia, del miedo, de la violencia, de la supercheria, de la pereza son las que nos enseñan á ser dulces, justos, valientes, moderados, verdaderos y laboriosos. La esperiencia es larga; aun durará siempre, pero es eficaz.

Estando el hombre formado así, es imposible no reconocer en la responsabilidad el resorte, á qué está confiado especialmente el progreso social. Es el crisol donde se elavora la esperiencia. Los que creen pues en la superioridad de los tiempos pasados, como los qué desconfian del porvenir, caen en la contradiccion mas manifiesta. Sin advertirlo, preconizan el error, calumnian la luz. Es como si di-

gesen: «Mientras mas aprendo, menos sé; mientras conozco mas lo que me puede dañar, mas me espongo á que me dañe.» Si la humanidad estuviese constituida bajo una base semejante, hace mucho tiempo que hubiese dejado de existir.

El punto de partida del hombre es la ignorancia y la inesperiencia; á medida que subimos por la cadena de los tiempos, encontramos al hombre cada vez mas desprovisto de esa luz propia para guiar sus elecciones, y que no se adquiere sino por uno de estos medios: la reflexion ó la esperimentacion.

Sucede que cada acto humano encierra, no una consecuencia, sino una série de consecuencias. Algunas veces la primera es buena y las demas malas; otras veces la primera es mala y las demas buenas. De una determinacion humana pueden salir combinaciones de bienes y de males en proporciones variables. Permítasenos llamar *viciosos* los actos que producen mas males que bienes, y *virtuosos* los que engendran mas bienes que males.

Cuando uno de nuestros actos produce una primera consecuencia que nos agrada, seguida de otras muchas consecuencias que dañan, de manera que la suma de males escede á la de bienes, este acto tiende á restringirse y á desaparecer á medida que adquirimos mas prevision.

Los hombres conocen naturalmente las consecuencias inmediatas antes que las consecuencias lejanas. De donde se sigue que los que hemos llamado actos viciosos, son mas multiplicados en los tiempos de ignorancia. La repeticion de estos mismos actos, forma los hábitos. Los siglos de ignorancia, pues, son el reinado de los malos hábitos.

Por consecuencia son tambien el reinado de las malas leyes, porque los actos repetidos, los hábitos generales constituyen las costumbres, sobre las cuales se modelan las leyes, y de las que son aquellas, por decirlo asi, la espresion oficial.

¿Cómo cesa esta ignorancia? ¿Cómo aprenden á conocer los hombres las segundas, las terceras y hasta las últimas consecuencias de sus actos y de sus hábitos?

Para esto tienen un primer medio: la aplicacion de la facultad de juzgar y de raciocinar, que han recibido de la Providencia.

Pero hay un medio mas seguro, mas eficaz, que es la esperiencia.—Cuando se ejecuta el acto, las consecuencias llegan fatalmente. La primera es buena, como ya se sabia, justamente para obtenerla es por lo que se ha ejecutado el

acto. Pero la segunda causa un sufrimiento, la tercera un sufrimiento mayor todavía, y asi en adelante.

Entonces se abren los ojos, se presenta la luz. No se renueva mas el acto; se sacrifica el bien de la primera consecuencia por temor del mal mayor que contienen las otras. Si el acto se há convertido en hábito y si no se tiene la fuerza de renunciar á él, al menos no continuamos practicándolo sino con vacilacion y repugnancia despues de un combate interior. No lo aconsejamos, lo vituperamos y procuramos separar de él á nuestros hijos. Estamos ciertamente en la via del progreso.

Si, por el contrario, se trata de un acto útil, pero del que nos absteniamos,—porque la primera consecuencia, la única conocida, era penosa, y porque se ignoraban las demas consecuencias,—se esperimentan los efectos de la abstencion. Por ejemplo, un salvage se halla satisfecho. No prevé que tendrá hambre mañana. ¿Porqué ha de trabajar? Trabajar es una pena actual, no hay necesidad de prevision para saberlo. Luego permanece en la inercia. Pero el dia se va y le sucede otro; trae el hambre y es menester trabajar bajo la presion de este estímulo.—Esta es una leccion que, reiterada muchas veces, no puede dejar de desarrollar la prevision.—Poco á poco es apreciada la pureza por lo que es. Se le condena y se aparta de ella á la juventud. La autoridad de la opinion pública pasa al lado del trabajo.

Pero para que la esperiencia sea una leccion, para que cumpla su mision en el mundo, para que desarrolle la prevision, para que esponga la série de los efectos, para que provoque los buenos hábitos y restrinja los malos, en una palabra, para que sea el instrumento propio del progreso y del perfeccionamiento moral, es necesario que obre la ley de Responsabilidad. Es necesario que se dejen sentir las malas consecuencias, y, pronunciemos la gran palabra, es necesario que se haga sentir aunque momentáneamente el *mal*.

Sin duda alguna, seria mejor que el mal no existiese,—y asi sucederia acaso, si el hombre hubiese sido formado bajo otro plan.—Pero existiendo el hombre con sus necesidades, sus deseos, su sensibilidad, su libre albedrío, su facultad de escoger y de engañarse, su facultad de poner en accion una causa, que encierra necesariamente consecuencias, á las que no es posible aniquilar, en tanto que la causa exista: la única manera de aniquilar la causa es ilustrar el libre albedrío, rectificar la eleccion, suprimir el acto ó

el hábito vicioso; y nada de esto puede hacerse sino por la ley de Responsabilidad.

Puede por tanto afirmarse esto: siendo el hombre lo que es, el mal es no solamente necesario, sino útil. Tiene una mision; entra en la armonía universal. Tiene una mision, que es destruir su propia causa, limitarse de este modo á sí mismo, concurrir á la realizacion del bien, estimular el progreso.

Ilustremos esto con algunos ejemplos sacados del órden de ideas que nos ocupa, es decir, de la economía política.

Ahorro, prodigalidad.

Monopolios.

Poblacion (1).....

La Responsabilidad se manifiesta por tres sanciones:

1.° *La sancion natural.* Esta es de la que acabo de hablar. Es la pena ó la recompensa necesarias, que contienen los actos y los hábitos.

2.° *La sancion religiosa.* Son las penas y recompensas prometidas en otro mundo á los actos y á los hábitos, segun sean viciosos ó virtuosos.

3.° *La sancion legal.* Las penas y las recompensas preparadas de antemano por la sociedad.

De estas tres sanciones, confieso que la que me parece fundamental es la primera. Al espresarme asi, no puedo menos que lastimar intereses que respeto; pero suplico á los cristianos que me permitan decir mi opinion.

Será probablemente objeto de un debate eterno, entre el espíritu filosófico y el espíritu religioso, saber si un acto es vicioso porque una revelacion venida de lo alto lo ha declarado tal, independientemente de sus consecuencias,—ó si esta revelacion lo ha declarado vicioso porque produce consecuencias malas.

Creo que el cristianismo puede profesar esta última opinion. El mismo dice que no ha venido á contrariar la ley natural, sino á reforzarla. No puede admitirse tampoco que Dios, que es el órden supremo, haya hecho una clasificacion arbitraria de los actos humanos, haya prometido el castigo

(1) Los interesantes desarrollos que el autor queria presentar aquí por via de ejemplos, y cuyo carácter indicaba de antemano, no los ha escrito desgraciadamente. El lector podrá suplirlos refiriéndose al capítulo XVI de este libro, así como á los capítulos VII y XI del folleto, *Lo que se vé y lo que no se vé*, t. V, página 363 y 383.

(Nota del editor francés.)

á los unos y las recompensas á los otros, y esto sin consideracion alguna á sus efectos, es decir, á su discordancia ó á su concordancia en la armonía universal.

Cuando ha dicho: «No matarás,—no hurtarás,» sin duda tenia á la vista prohibir ciertos actos porque dañan al hombre y á la sociedad, que son su obra.

La consideracion de las consecuencias son tan poderosas en el hombre, que si perteneciese á una religion que prohibiese actos cuya utilidad revelase la esperiencia universal, ó que ordenase hábitos cuyo daño fuese palpable, creo que esta religion con el tiempo no podria sostenerse y sucumbiria ante el progreso de las luces. Los hombres no podrian por mucho tiempo suponer en Dios el designio premeditado de hacer el mal y prohibir el bien.

La cuestion que toco aquí no tendrá acaso una gran importancia con respecto al cristianismo, puesto que este no ordena sino lo que es bueno en sí, y no prohibe sino lo que es malo.

Pero lo que yo examino es si en principio, la sancion religiosa viene á confirmar la sancion natural, ó si la sancion natural no es nada ante la sancion religiosa, y debe cederle el paso cuando las dos llegan á contradecirse.

Y si no me engaño, la tendencia de los ministros de la religion es ocuparse muy poco de la sancion natural. Para esto tienen una razon irrefutable: «Dios ha ordenado esto, Dios ha prohibido aquello.» Y no se puede ya raciocinar, porque Dios es infalible y omnipotente. Aunque el acto ordenado produjese la destruccion del mundo, es necesario marchar como ciegos, absolutamente como si Dios os hablase directamente y os mostrase el cielo y el infierno.

Puede acontecer, aun en la verdadera religion, que actos inocentes sean prohibidos bajo la autoridad de Dios. Por ejemplo, exigir un interés se ha declarado pecado. Si la humanidad se hubiese conformado á esta prohibicion, hace mucho tiempo que hubiera desaparecido del globo. Porque, sin interés no hay capital posible, sin capital no hay concurso del trabajo anterior con el trabajo actual; sin este concurso, no hay sociedad; sin sociedad no hay hombre.

Por otra parte examinando de cerca el interés nos convencemos de que no solamente es útil en sus efectos generales, sino tambien de que no tienen nada contrario á la caridad y á la verdad,—como no lo tienen los emolumentos de un ministro del culto, y seguramente menos que ciertas partes de lo eventual.

Así todo el poder de la Iglesia no ha podido suspender por un momento con respecto á esto la naturaleza de las cosas. Cuando mas solo ha llegado á disfrazar en un número de casos infinitamente pequeños una de las fuerzas y la menos usual del interés.

Lo mismo sucede en cuanto á las prescripciones.—Cuando el Evangelio nos dice: «Si te hieren en una mejilla presenta la otra,» da un precepto que, tomado al pie de la letra, destruiria el derecho de legítima defensa en el individuo, y por consiguiente, en la sociedad. Y sin este derecho, es imposible la existencia de la sociedad.

Así, ¿qué ha sucedido? Hace diez y ocho siglos que se repite esta palabra como un vano convencionalismo.

Pero esto es mas grave. Hay religiones falsas en este mundo.—Estas admiten necesariamentepreceptos y prohibiciones en contradiccion con la sancion natural correspondiente á tales ó cuales actos. De todos los medios que se nos han dado para discernir en una materia tan importante, lo verdadero de lo falso, y lo que emana de Dios de lo que viene de la impostura, ninguno es mas cierto, mas decisivo, que el exámen de las consecuencias buenas ó malas, que una doctrina puede tener sobre la marcha y el progreso de la humanidad; *a fructibus eorum cognoscetis eos.*

Sancion legal. Habiendo preparado la naturaleza todo un sistema de castigos y recompensas bajo la forma de efectos, que nacen necesariamente de cada accion y de cada hábito, ¿qué debe hacer la ley humana? No tiene mas que tres partidos que tomar: dejar obrar la Responsabilidad, abundar en su sentido ó contrariarla.

Me parece fuera de toda duda que cuando una sancion legal se pone en accion, no debe ser sino para dar mas fuerza, mas regularidad, mas certeza y mas aficacia á la sancion natural. Estas son dos potencias que deben concurrir y no chocar entre sí.

Ejemplo: si el fraude es provechoso primeramente al que se dedica á él, con el tiempo le es frecuentemente funesto; porque daña á su crédito, á su consideracion, á su honor. Crea á su alrededor la desconfianza y la sospecha. Además, siempre es dañoso á aquel que ha sido víctima del acto fraudulento. Por último, alarma la sociedad, y obliga á emplear una parte de sus fuerzas en precauciones onerosas. La suma de los males escede con mucho á la de los bienes. Esto es lo que constituye la responsabilidad natural, que obra constantemente como medio preventivo y represivo. Se concibe, sin embargo, que la comunidad no

se someta esclusivamente á la accion lenta de la responsabilidad necesaria, y que juzgue á propósito añadir una sancion legal á la sancion natural. En este caso, puede decirse que la sancion legal no es sino la sancion natural organizada y regularizada.

Ella hace mas inmediato y mas cierto el castigo; dá á los hechos mas publicidad y autenticidad: rodea al prevenido de garantias, le da una ocasion regular de disculparse si hay lugar, previene los errores de la opinion, y calma las venganzas individuales sustituyéndoles la vindicta pública. Por último, y esto acaso sea lo esencial, no inutiliza la leccion de la esperiencia.

Así, no puede decirse que la sancion legal sea ilógica en principio, cuando marcha paralelamente á la sancion natural y concurre al mismo resultado.

No se sigue de aquí sin embargo que la sancion legal deba sustituirse en todos los casos á la sancion natural, y que la ley humana se justifique por la razon sola de que obra en el sentido de la responsabilidad.

La reparticion artificial de las penas y de las recompensas encierra en si misma, á cargo de la humanidad, una suma de inconvenientes que deben tenerse en cuenta. El aparato de la sancion legal procede de los hombres, funciona por medio de hombres, y es oneroso.

Antes de someter una accion ó un hábito á la represion organizada, se presenta siempre esta cuestion que resolver.

¿Este escedente de bien, obtenido por la agregacion de una represion legal á la represion natural, compensa el mal inherente al aparato represivo?

O en otros términos ¿el mal de la represion artificial es superior ó inferior al mal de la impunidad.

En el caso de robo, de homicidio, de la mayor parte de los delitos y de los crímenes, la contestacion no es dudosa. Así, todos los pueblos de la tierra los reprimen por la fuerza pública.

Pero cuando se trata de un hábito dificil de comprobar, que puede nacer de causas morales cuya apreciacion es muy delicada, la cuestion cambia de aspecto, y entonces puede suceder muy bien que, aun cuando este hábito sea considerado universalmente como funesto y vicioso, la ley permanezca neutral y deje el remedio á la responsabilidad natural.

Digamos primeramente que la ley debe tomar este partido siempre que se trata de una accion ó de un hábito du-

doso, cuando una parte de la poblacion cree bueno lo que la otra parte cree malo. Pretendeis que hago mal en practicar el culto católico; yo pretendo que haceis mal en practicar el culto luterano. Dejemos á Dios el cuidado de juzgar. ¿Porqué os he de castigar; ó porqué me habeis de cartigar? Si no es bueno que uno de nosotros castigue al otro, ¿cómo puede ser bueno que deleguemos á un tercero, depositario de la fuerza pública, el cuidado de castigar á uno de nosotros para la satisfaccion del otro?

Pretendeis que me engaño enseñando á mis hijos las ciencias naturales y morales, yo creo que haceis mal en enseñar esclusivamente al vuestro el griego y el latin. Obremos de una y otra parte segun nuestra conciencia. Dejemos obrar sobre nuestras familias la ley de la Responsabilidad. Ella castigará á cualquiera de nosotros que se engañe. No invoquemos la ley humana; pues podria castigar tal vez al que no se engañe.

Afirmais que haria yo mejor en emprender tal carrera, en trabajar segun tal procedimiento, en emplear un arado de hierro fundido en el lugar de un arado de madera, en sembrar claro en lugar de sembrar espeso, en comprar en Oriente mas bien que en Occidente. Yo sostengo todo lo contrario.—He hecho todos los cálculos; en definitiva, estoy mas interesado que vos en no engañarme sobre materias de las que dependen mi bienestar, mi existencia, la felicidad de mi familia, y que no interesa sino á vuestro amor propio ó á vuestros sistemas. ¡Aconsejadme, pero no imponedme nada. Me decidiré *de mi cuenta y riesgo*; esto basta, y la intervencion de la ley seria aquí tiránica.

Se vé que, en casi todos los actos importantes de la vida, es necesario respetar el libre albedrío, confiarse al juicio individual de los hombres, á esa luz interior que Dios les ha dado para servirse de ella, y despues de esto dejar á la Responsabilidad ejecutar su obra.

La intervencion de la ley en casos análogos, además del inconveniente muy grande de hacer posible el error tanto como la verdad, tendria tambien el inconveniente mucho mas grave de dejar en la inercia á la inteligencia misma, de estinguir esa llama que es patrimonio de la humanidad y la prenda de sus progresos.

Pero aun cuando se reconozca que una accion, un hábito, una práctica es mala, viciosa, inmoral por el buen sentido público, aun cuando no haya duda sobre este punto, aun cuando los que se dediquen á ella sean los primeros en censurarse á si mismos, no basta esto todavia para justifi-

car la intervencion de la ley humana. Como he dicho hace poco, es necesario saber ademas, si agregando á las malas consecuencias de este vicio, las inherentes á todo aparato legal, se produce en definitiva una suma de males, que esceda al bien que la sancion legal añade á la sancion natural.

Podriamos examinar aquí los bienes y los males que puede producir la sancion legal aplicada á reprimir la pereza, la prodigalidad, la avaricia, el egoismo, los apetitos desenfrenados, la ambicion.

Tomemos por ejemplo la pereza.

Es una inclinacion bastante natural, y no faltan hombres que hacen eco á los italianos cuando celebran el *dolce far niente*, y á Rousseau cuando dice: «Soy perezoso con delicia.» No es pues dudoso que la pereza preste alguna satisfaccion, sin lo cual no habria perezosos en el mundo.

Sin embargo, surgen de esta inclinacion una multitud de males á tal punto que la sabiduria de las naciones ha podido señalar á la *Pereza, como la madre de todos los vicios.*

Los males sobrepujan infinitamente á los bienes, y es necesario que la ley de la Responsabilidad natural haya obrado en esta materia con alguna eficacia, ya como enseñanza, ya como estimulo, puesto que en el hecho el mundo ha llegado por el trabajo al punto de civilizacion en que lo vemos en nuestros dias.

Ahora bien, sea como enseñanza, sea como estimulo ¿que añadiria á la sancion providencial una sancion legal? —Supongamos una ley que castigase á los perezosos ¿Cuál es el grado esacto de actividad con que esta ley aumentaria la actividad nacional?

Si pudiéramos saberlo, tendriamos la medida exacta del beneficio de la ley. Confieso que no puedo formarme ninguna idea de esta parte del problema. Pero es necesario preguntar á qué precio se compraria este beneficio; y por poco que se reflexione en esto, estaremos dispuestos á creer que los inconvenientes ciertos de la represion legal escederian con mucho á las ventajas problemáticas.

En primer lugar, hay en Francia treinta y seis millones de ciudadanos. Seria menester ejercer sobre todos una vigilancia rigorosa, seguirlos á los campos, al taller, al seno del hogar doméstico. Puede imaginarse el número de funcionarios el aumento de impuestos, etc.

Despues, los que son hoy laboriosos, y á Dios gracias, su número es muy grande, no estarian menos sometidos que los perezosos á esta inquisicion insoportable. Es un in-

conveniente inmenso someter cien inocentes á medidas degradantes para castigar á un culpable, á quien la naturaleza se encarga de castigar.

Y luego, ¿cuándo empieza la peréza? En cada caso sometido á la justicia, seria menester una informacion de las mas minuciosas y de las mas delicadas. ¿Estaba el prevenido realmente ocioso ó tomaba un descanso necesario?, ¿Estaba enfermo, en meditacion, en oracion, etc.? ¿Cómo apreciar todas estas circunstancias? ¿Habia acelerado su trabajo por la mañana para proporcionarse algun descanso á la tarde? ¡Cuantos testigos, cuantos espertos, cuantos jueces, cuantos gendarmes, cuantas resistencias, cuantas dilaciones, cuantos ódios!.....

Viene luego el capitulo de los errores judiciales. ¡Cuantos perezosos se escaparan! y en cambio ¡cuantos trabajadores laboriosos irán á espiar á la cárcel por un mes de ocio un ocio de un dia!

Viéndose esto y otras muchas cosas, se ha dicho: Dejamos obrar la Responsabilidad natural. Y se ha hecho bien.

Los Socialistas, que no retroceden jamás ante el despotismo para llegar á sus fines,— porque han proclamado la soberanía del fin;—han infamado la Responsabilidad con el el nombre de *individualismo*; luego, han tratado de aniquilarla, y de absorverla en la esfera de accion de la *Solidaridad* estendida mas allá de sus limites naturales.

Las consecuencias de esta perversion de los dos grandes móviles de la perfectibilidad humana son fatales. Deja de exisiir la dignidad, la libertad, para el hombre. Porque desde el momento en que aquel que obra no responde personalmente de las consecuencias buenas ó malas de su acto, no existe su derecho de obrar aisladamente. Si cada movimiento del individuo va á reflejar la série de sus efectos sobre la sociedad entera, la iniciativa de cada movimiento no puede ser abandonada al individuo; ella pertenece á la sociedad. La comunidad sola debe decidir de todo, arreglarlo todo: educacion, alimento, salarios, placeres, locomocion, afecciones, familias, etc., etc. —Asi, la sociedad se espresa por la ley, la ley es el legislador. Tenemos pues en la sociedad solamente un rebaño y un pastor,—menos que esto todavia, una materia inerte y un obrero.—He aqui á donde conduce la supresion de la Responsalidad y del individualismo.

Para ocultar este espantoso término á los ojos del vulgo, era menester lisonjear, declamando contra el egoismo,

las pasiones mas egoistas. El socialismo ha dicho á los desgraciados: «No examineis si sufris en virtud de la ley de la Responsabilidad. Hay felices en este mundo, y en virtud de la ley de la Solidaridad os deben la participacion de su felicidad.» Y para llegar á este embrutecedor nivel de una solidaridad facticia, oficial, legal, forzada, separada de su sentido natural, se erigiria el despojo en sistema, se falsearia toda nocion de lo justo, se exaltaria ese sentimiento individualista—que se habia creido conveniente proscribir,—hasta el mas alto grado de poder y de perversidad. Asi se encadena todo; negacion de las armonías de la libertad en el principio,—despotismo y esclavitud en el resultado,—inmoralidad en los medios.

Toda tentativa para variar el curso natural de la responsabilidad es un ataque á la justicia, á la libertad, al órden, á la civilizacion ó al progreso.

A *la justicia*. Suponiéndose un acto ó un hábito determinados, siguen necesariamente las consecuencias buenas ó malas. ¡Oh! si fuese dado suprimir estas consecuencias, sin duda alguna habria cierta ventaja en suspender la ley natural de la responsabilidad. Pero el único resultado á que puede llegarse por la ley escrita, es á que los consecuencias buenas de una accion mala, sean recogidas por el autor del acto, y las consecuencias malas recaigan sobre un tercero, ó sobre la comunidad,—lo que forma seguramente el carácter especial de la injusticia.

Asi, las sociedades modernas están constituidas sobre el principio de que el padre de familia debe criar y educar á los hijos á quienes ha dado el ser. Y este principio es el que mantiene en sus justos límites el aumento y la distribucion de la poblacion, viéndose cada uno en presencia de la responsabilidad. Los hombres no están todos dotados del mismo grado de prevision (1), y en las grandes ciudades, á la imprevision se une la inmoralidad. Ahora hay todo un presupuesto y una administracion para recoger los niños que sus padres abandonan; ninguna investigacion desalienta esta bochornosa desercion, y un número cada vez mayor de niños abandonados, inunda nuestros mas pobres campos.

Ved, pues, á ese labriego que se ha casado tarde para no cargarse de familia, y al que se le obliga á mantener los hijos de otro.—No aconsejará á su hijo la prevision.

(1) El final de este capítulo no es mas que una série de notas escritas en el papel sin transiciones ni desarrollos.

(*Nota del editor francés.*)

Ese otro ha vivido en la continencia, y se le hace pagar para mantener bastardos.—Bajo el punto de vista religioso, su conciencia está tranquila, pero bajo el punto de vista humano, debe calificarse de bestia.....

No pretendemos abordar aquí la grave cuestion de la caridad pública; solamente queremos hacer la observacion esencial de que á medida que el estado centraliza, trasforma mas la responsabilidad natural en solidaridad facticia, quita mas á los efectos, que dañan desde entonces á los que son estraños á la causa, su carácter providencial de justicia, de castigo y de obstáculo preventivo.

Cuando el gobierno no puede desentenderse de un servicio que deberia ser del resorte de la actividad privada, es necesario al menos que deje la responsabilidad tan próxima, como sea posible, de aquel á quien naturalmente le incumbe. Así en la cuestion de los niños abandonados, siendo el principio que el padre y la madre deben criar al hijo, la ley debe apurar todos los medios para que se verifique asi.—A falta de los padres, que sea el comun;—á falta del comun, el departamento. ¿Queréis multiplicar al infinito los niños abandonados? Declarad que el Estado se encarga de ellos. Todavia seria mucho peor, si la Francia se hiciese cargo de mantener los niños chinos y recíprocamente.....

Es cosa singular, en verdad, que se quiera hacer leyes para dominar los males de la responsabilidad. ¿No se conocerá nunca que estos males no se destruyen, sino que solo se les separa de su direccion natural? El resultado es una injusticia mas y una leccion menos.....

¿Cómo se quiere que el mundo se perfeccione, si no es cumpliendo cada uno mejor sus deberes? ¿Y no cumplirá cada uno mejor sus deberes á medida que tenga mas que sufrir, violándolos? Si la accion social tuviese que mesclarse en la obra de la responsabilidad, deberia ser para secundarla y no estraviarla para concentrarla, y no esparcir al azar sus efectos.

Se ha dicho: la opinion es la reina del mundo. Seguramente para gobernar bien su imperio. es necesario que sea ilustrada; y será tanto mas ilustrada, cuanto que cada uno de los hombres que concurran á formarla conozca mejor los efectos y las causas. Nada hace comprender mejor este encadenamiento que la esperiencia, y la esperiencia, como se sabe, es enteramente personal, es el fruto de la responsabilidad.

Hay pues en el juego de esta gran ley todo un sistema precioso de enseñanza, al que es muy espuesto tocar.

Y si separais por combinaciones irreflexivas los hombres de la responsabilidad de sus actos, podrán todavia ser instruidos por la teoria,—pero no por la esperiencia. Y no sé si una instruccion, que la esperiencia no llega jamás á consolidar y sancionar, no sea mas peligrosa que la ignorancia misma.....

El *sentido de la responsabilidad* es eminentemente perfectible.

Es uno de los mas bellos fenómenos morales. No hay nada que admiremos mas en un hombre, una clase ó una nacion que el sentido de la responsabilidad; indica una gran cultura moral, y una sensibilidad esquisita á los decretos de la opinion. Pero puede acontecer que el sentido de la responsabilidad esté muy desarrollado en una materia y muy poco en otra. En Francia, en las clases elevadas se moriría cualquiera de verguenza, si fuese sorprendido haciendo fullerías al juego ó entregándose solitariamente á la bebida. —Los labriegos se rien de esto. Pero traficar con los derechos politicos, esplotar el voto, ponerse en contradiccion consigo mismo, gritar sucesivamente: ¡viva el Rey! ¡viva la Liga! segun el interés del momento... son cosas que no tienen nada de bochornoso en nuestras costumbres.

El desarrollo del sentido de la responsabilidad tiene mucho que esperar de la intervencion de las mujeres.....

Ellas están sometidas estraordinariamente á su influjo; depende de ellas crear esa fuerza moralizadora entre los hombres, porque les pertenece distribuir eficazmente el vituperio y el elogio..... ¿Porqué no lo hacen? porque no conocen bastante el enlace de los efectos con las causas en moral.....

La moral es la ciencia de todo el mundo, pero particularmente de las mujeres, porque ellas forman las costumbres.....

XXI

SOLIDARIDAD.

Si el hombre fuese perfecto, si fuese infalible, la sociedad ofreceria una armonia enteramente diferente de la que debemos buscar en ella. La nuestra no es la de Fourier. No escluye el mal; admite disonancias; solamente reconocemos que no deja de ser armonia, si estas disonancias preparan el concierto y nos vuelven á él.

Tomemos por punto de partida esto: El hombre es falible, y Dios le ha dado el libre albedrio; y con la facultad de escojer, la de engañarse, de confundir lo falso con lo verdadero, de sacrificar el porvenir al presente, de ceder á los deseos desarreglados de su corazon etc.....

El hombre se engaña. Pero todo acto, todo hábito tiene sus consecuencias.

Por la responsabilidad, como hemos visto, estas consecuencias recaen sobre el autor del acto; así un encadenamiento natural de recompensas ó de penas lo atrae al bien y lo aleja del mal.

Si el hombre hubiese sido destinado por la naturaleza á la vida y al trabajo solitarios, la Responsabilidad seria su unica ley.

Pero no es así, es sociable *por destinacion*. No es cierto, como dice Rousseau, que el hombre sea naturalmente *un todo perfecto y solitario*, y que la voluntad del legislador haya tenido que transformarlo en fraccion de un *todo* mayor. La familia, el municipio, la nacion, la humanidad, son conjuntos;

con los que el hombre tiene relaciones *necesarias*. Resulta de aquí que los actos y los hábitos del individuo producen, además de las consecuencias que recaen sobre él mismo, otros consecuencias buenas ó malas que se estienden á sus semejantes.—Esto es lo que se llama la ley de la solidaridad, que viene á ser una especie de *Responsabilidad colectiva*.

La idea de Rousseau de que el legislador ha inventado la sociedad,—idea falsa en sí misma,—ha sido funesta en cuanto á que ha inducido á pensar que la Solidaridad es de creacion legislativa; y muy pronto veremos á los legisladores modernos fundarse en esta doctrina para sujetar á la sociedad á una *Solidaridad artificial*, obrando en sentido inverso de la *Solidaridad natural*. En todas las cosas, el principio de estos manipuladores del género humano es sustituir su propia obra á la obra de Dios, á quien no conocen.

Mostremos primeramente la existencia de la ley de *Solidaridad*.

En el siglo décimo octavo, no se creia en ella; se profesaba la doctrina de la personalidad de las faltas. Aquel siglo, ocupado principalmente en luchar contra el catolicismo, hubiera temido, admitiendo el principio de la *Solidaridad*, abrir la puerta á la doctrina del *Pecado Original*. Cada vez que Voltaire veia en las Escrituras un hombre sufriendo la pena de otro, decia irónicamente: «Es horrible, pero la justicia de Dios no es la de los hombres.»

Nosotros no tenemos que discutir aquí sobre el *pecado original*. Pero eso de que Voltaire se burlaba es un hecho no menos incontestable que misterioso. La ley de solidaridad se manifiesta con señales numerosas, tanto en el individuo como en las masas, tanto en los detalles como en el conjunto, tanto en los hechos particulares como en los hechos generales, y es necesario para desconocerla toda la obcecacion del espíritu de secta ó todo el ardor de una lucha encarnizada.

La primera regla de toda justicia humana es concentrar el castigo de un acto sobre su autor, en virtud de este principio: las faltas son personales. Pero esta ley sagrada de los individuos no es ni la ley de Dios, ni aun la ley de la sociedad.

¿Porqué es rico ese hombre? porque su padre fué activo probo, laborioso, económico. El padre ha practicado las virtudes, y el hijo ha recogido las recompensas.

¿Porqué ese otro está siempre sufriendo, enfermo; es débil, tímido y desgraciado? porque su padre, dotado de

una poderosa constitucion, abusó de ella en orgías y escesos. Al culpable las consecuencias agradables de la falta, al inocente las consecuencias funestas.

No hay un hombre sobre la tierra, cuya condicion no haya sido determinada por millares de hechos, á los cuales son estrañas sus determinaciones; aquello de lo que yo me quejo hoy, acaso ha tenido por causa un capricho de mi bisabuelo.

La solidaridad se manifiesta en una escala mayor todavia y á distancias mas inesplicables, cuando se consideran las relaciones de los diversos pueblos ó diversas generaciones de un mismo pueblo.

¿No es estraño que el siglo decimo actavo se haya ocupado tanto de trabajos intelectuales ó materiales, de que nosotros gozamos hoy? ¿No es maravilloso que nosotros mismos nos afanemos para cubrir el pais de caminos de hierro por los cuales acaso no viage ninguno de nosotros? ¿Quien puede desconocer la profunda influencia de nuestras antiguas revoluciones sobre lo que pasa hoy? ¿Quien puede preveer la herencia de paz ó de discordias que nuestros debates actuales legarán á nuestros hijos?

Observad los empréstitos públicos. Nos hacemos la guerra; obedecemos á pasiones bárbaras; destruimos de este modo fuerzas preciosas; y encontramos el medio de echar la plaga de esta destruccion sobre nuestros hijos, que acaso mirarán la guerra con horror, y no podrán comprender nuestras rencorosas pasiones.

Estended la vista sobre la Europa; contemplad los acontecimientos que agitan á la Francia, la Alemania, la Italia, la Polonia, y decid si la ley de *Solidaridad* es una ley quimérica.

No es necesario llevar mas adelante esta enumeracion. Por otra parte, basta que la accion de un hombre, de un pueblo, de una generacion ejerza alguna influencia sobre otro hombre, otro pueblo, otra generacion, para que quede probada la existencia de la ley. La sociedad entera no es mas que un conjunto de solidaridades que se cruzan. Esto resulta de la naturaleza comunicable de la inteligencia. Ejemplos, discursos, literatura, descubrimientos, ciencias, moral etc., todas estas corrientes por los cuales se corresponden las almas, todos esos esfuerzos sin lazos visibles, cuyo resultado sin embargo impele al género humano hácia un equilibrio, hácia un nivel medio que se eleva constantemente, todo ese vasto tesoro de utilidades y de conocimientos adquiridos, de donde cada uno saca sin disminuirlo

y que cada uno aumenta sin saberlo: todo ese cambio de pensamientos, de productos, de servicios y de trabajo, de males y de bienes, de virtudes y de vicios que forman de la familia humana una gran unidad, y de esos millares de existencias efímeras una vida comun, universal, contínua, todo esto es la *Solidaridad*.

Hay pues naturalmente y en cierto grado *Solidaridad* incontestable entre los hombres. En otros terminos, la responsabilidad, no es esclusivamente personal, se reparte; la accion emana de la individualidad las consecuencias se destruyen en la comunidad.

Debe observarse que está en la naturaleza de todos los hombres el *querer ser feliz*.—Y dígase cuanto se quiera que celebro aquí el egoismo; yo no celebro nada, compruebo,—compruebo ese sentimiento innato, univérsal, que no puede dejar de ser;—el interés personal, la inclinaciou al bienestar la repugnancia al dolor.

Se sigue de aquí que la individualidad procura colocarse de tal manera, que puedan aprovecharle las buenas consecuencias de sus actos y que las malas recaigan sobre otro; en cuanto le es posible, trata de repartir estas entre el mayor número de hombres, á fin de que pasen mas desapercibidas y provoquen una reaccion menor.

Pero la opinion, esta *reina del mundo*, que es hija de la Solidaridad, reune todas estas quejas esparcidas, agrega todos estos intereses perjudicados en un haz formidable de resistencias. Cuando los hábitos de un hombre son funestos á los que le rodean, se manifiesta la represion contra este hábito. Se le juzga severamente, se le critica, se le infama; el que se entrega á él se hace objeto de desconfianza, de desprecio y de odio. Si encontrase en el mal hábito algunas ventajas, se hallarian muy pronto mas que compensadas por los sufrimientos que acumula sobre él la aversion pública; á las consecuencias desagradables, que acarrea siempre un mal hábito en virtud de la ley de Responsabilidad, vienen á agregarse otras oonsecuencias mas desagradables todavia en virtud de la ley de la *Solidaridad*.

El desprecio al hombre se estiende muy pronto al hábito, al vicio; y como la necesidad de consideracion es uno de nuestros móviles mas enérgicos, es claro que la Solidaridad, por la reaccion que determina contra los actos viciosos, tiende á restringirlos y á destruirlos.

La Solidaridad es, pues, como la responsabilidad *una fuerza progresiva*; y se ve que con respecto al autor del acto se resuelve en *responsabilidad* reflejada, si puedo es-

presarme así;—que es tambien un sistema de penas y recompensas recíprocas, admirablemente calculado para circunscribir el mal estender el bien y llevar á la humanidad por la via que conduce al progreso.

Pero, para que aquella funcione en este sentido,—para que los que se aprovechan ó sufren por una accion que no han ejecutado, produzcan una reaccion sobre su autor por la aprobacion ó la desaprobacion, la gratitud ó la resistencia, la estimacion, el afecto, el elogio ó el desprecio, el odio y la venganza,—es indispensable una condicion: que el lazo que existe entre un acto y todos sus efectos, sea conocido y apreciado.

Cuando el público se engaña sobre este punto, la ley no alcanza su objeto.

Un acto daña á la masa; pero la masa está convencida de que este acto, le es ventajoso, ¿qué sucede entonces? que el público, en lugar de producir la reaccion contra este acto, en lugar de condenarlo, y por este medio restringirlo, lo exalta, lo honra, lo celebra, y lo multiplica.

Nada es mas frecuente, y hé aquí la razon:

Un acto no produce solamente sobre las masas un efecto, sino una série de efectos. Y sucede muchas veces, que el primer efecto es un bien local, perfectamente visible, en tanto que los efectos ulteriores van filtrando en el cuerpo social, un mal difícil de discernir ó de asignar la causa.

La guerra es un ejemplo de esto. En la infancia de las sociedades, se ven todas las consecuencias de la guerra.—Y á decir verdad, en una civilizacion en que hay menos trabajos anteriores espuestos á la destruccion, menos ciencia y dinero sacrificados al aparato de la guerra, etc., estas consecuencias son menos funestas que mas tarde.—No se vé mas que la primera campaña, el botin que sigue á la victoria, la embriaguez del triunfo; entonces la guerra y los guerreros son muy populares. Mas tarde se verá al enemigo, vencedor á su vez, incendiar las casas y las cosechas, imponer contribuciones y leyes.—Se verán, en las alternativas de triunfos y reveses, perecer las generaciones, estinguirse la agricultura, empobrecerse los dos pueblos.—Se verá á la porcion mas vital de la nacion despreciar las artes de la paz, volver las armas contra las instituciones del país, servir de medio al despotismo, gastar su energía inquieta en las sediciones y las discordias civiles, producir la barbarie y la soledad en su país, despues de haberlas producido en los paises vecinos. Se dirá: la guerra es el robo en grande...,.—No, se verán sus efectos sin querer

comprender la causa; y como este pueblo en decadencia habrá sido invadido á su vez por alguna horda de conquistadores, muchos siglos despues de la catástrofe, historiadores graves escribirán: Este pueblo ha caido porque se ha encerrado en la paz, porque ha olvidado la ciencia guerrera y las costumbres feroces de sus antepasados.

Podria presentar las mismas ilusiones con respecto á la esclavitud,....

Esto es tambien cierto con respecto á los errores religiosos.

En nuestros dias, el régimen prohibitivo dá lugar á la misma sorpresa.

Conducir por la difusion de las luces, por la discusion profunda de los efectos y las causas, la opinion pública en esa direccion inteligente, que vitupera las malas tendencias y se opone á las funestas medidas es hacer al país un inmenso servicio. Cuando la razon pública estraviada, venera lo que es despreciable, desprecia lo que es venerable, castiga la virtud y recompensa el vicio, estimula lo que daña y desalienta lo que es útil, aplaude la mentira y sofoca la verdad bajo la indiferencia ó el insulto, una nacion vuelve la espalda al progreso, y no puede ser conducida otra vez á él, sino por medio de las terribles lecciones de las catástrofes.

Hemos indicado en otra parte el grosero abuso que hacen ciertas escuelas socialistas de la palabra Solidaridad.....

Veamos ahora en qué espíritu debe ser concebida la ley humana.

Me parece que sobre esto no puede haber duda. La ley humana debe abundar en el sentido de la ley natural: debe acelerar y asegurar la justa retribucion de los actos; en otros términos, circunscribir la solidaridad, organizar la reaccion para reforzar la responsabilidad. La ley no puede proponerse otro objeto que restringir las acciones viciosas y multiplicar las acciones virtuosas, y para esto debe favorecer la justa distribucion de las rescompensas y de las penas de manera, que los malos efectos de un acto, se concentren todo lo posible sobre el que lo comete.....

Obrando así, la ley se conforma á la naturaleza de las cosas; la solidaridad provoca una reaccion contra el acto vicioso, la ley no hace mas que regularizar esta accion.....

La ley concurre así al progreso; mientras mas rápidamente dirije el efecto malo contra el autor del acto, con mas seguridad restringe el mismo acto.

Pongamos un ejemplo. La violencia tiene consecuencias

funestas: entre los salvajes se abandona la represion al curso natural de las cosas; ¿qué sucede? Que provoca una reaccion terrible. Cuando un hombre ha cometido un acto de violencia contra otro hombre, se enciende una sed inestinguible de venganza en la familia del último, que se trasmite de generacion en generacion. Interviene la ley; ¿qué debe hacer? ¿Se limitará á sofocar el espíritu de venganza, á reprimirlo, á castigarlo? Es claro que esto seria alentar la violencia poniéndola al abrigo de toda represalia. No es esto pues lo que debe hacer la ley. Debe sustituirse, por decirlo así, al espíritu de venganza, organizando en su lugar la reaccion contra la violencia; debe decir á la familia ofendida: Yo me encargo de la represion del acto de que os quejais.—Entonces la tribu entera se considera como ofendida y amenazada. Examina la queja, interroga al culpable, se asegura que no hay error de hecho ni de persona, y reprime así con regularidad, con certeza, un acto que hubiera sido castigado irregularmente (1).....

(1) Este bosquejo termina aquí bruscamente; el lado *económico* de la ley de Solidaridad no está indicado. Puede remitirse al lector á los capítulos X y XI. *Concurrencia. Productor y consumidor.*

(Nota del editor francés.)

XXII

MOTOR SOCIAL.

No corresponde á ninguna ciencia humana, dar la última razon de las cosas.

El hombre sufre; la sociedad sufre. Se pregunta porqué. Es preguntar, porqué ha querido Dios dar al hombre la sensibilidad y el libre albedrío. Nadie sabe sobre este punto sino lo que le enseña la revelacion en que tiene fé.

Pero sean cualesquiera los designios de Dios, es un hecho positivo, que la ciencia humana, puede tomar por punto de partida, que el hombre ha sido creádo *sensible* y *libre*.

Esto es tan cierto, que desafío á aquellos á quienes asombra este principio que conciban un ser viviente, pensador, con voluntad, amando, obrando, algo en fin parecido al hombre, y destituido de sensibilidad, ó de libre albedrío.

¿Dios podia obrar de esta manera? Sin duda la razon nos dice *sí*, pero la imaginacion nos dirá siempre *no*; tan radicalmente imposible nos es separar con el pensamiento la humanidad de este doble atributo. Ser *sensible* es ser capaz de recibir sensaciones discernibles, es decir, agradables ó penosas. De aqui el bienestar y el malestar. Desde el instante que Dios ha creado la sensibidad; ha permitido el mal ó la posibilidad del mal.

Al darnos el libre albedrío, nos ha dotado de la facultad, al menos en cierto grado, de huir del mal y buscar el bien. El libre albedrío supone y acompaña á la inteligencia

¿Qué significaria la facultad de escoger, si no estuviese unida á la facultad de examinar, de comparar, de juzgar? Así, todo hombre que viene al mundo, lleva en sí mismo un *motor* y una *luz*.

El motor es ese impulso intimo, irresistible, esencia de todas nuestras fuerzas, que nos hace huir del mal y buscar el bien. Se le llama instinto de censervacion, interés personal ó privado.

Este sentimiento ha sido ya vituperado, ya desconocido, pero en cuanto á su existencia, es incontestable. Buscamos invenciblemente todo lo que segun nuestras ideas puede mejorar nuestro destino, evitamos todo lo que puede perjudicarlo. Esto es al menos tan cierto, como lo es que toda molécula material contiene la fuerza centripeta y la fuerza centrífuga. Y como este doble movimiento de atraccion y de repulsion es el gran resorte del mundo físico, puede afirmarse que la doble fuerza de atraccion humana para la felicidad, de repulsion humana para el dolor, es el gran resorte de la mecánica social.

Pero no basta que un hombre se incline invenciblemente á preferir el bien al mal, es menester tambien que lo discierna. Y á esto ha provisto Dios dándole ese aparato complejo y maravilloso llamado inteligencia. Fijar la atencion, comparar, juzgar, raciocinar, encadenar los efectos con las causas, acordarse, preveer, tales son, si me atrevo á espresarme así, las ruedas de este instrumento admirable.

La fuerza impulsiva, que está en cada uno de nosotros, se mueve bajo la direccion de nuestra inteligencia. Pero nuestra inteligencia es imperfecta. Está sujeta al error. Comparamos, juzgamos, obramos en su consecuencia; pero podemos engañarnos, hacer una mala eleccion, tender hácia el mal tomándolo por el bien, huir del bien creyéndolo el mal. Esta es la primera fuente de las *disonancias sociales*; es inevitable por lo mismo que el gran resorte de la humanidad, el interés personal, no sea como la atraccion material, una fuerza ciega, sino una fuerza guiada por una inteligencia imperfecta. Sepamos, pues, que no veremos la Armonía sino con esta restriccion. Dios no ha creido conveniente establecer el órden social ó la Armonía sobre la perfeccion, sino sobre la perfectibilidad humana. Si, nuestra natnraleza es imperfecta, pero es perfectible. Se desarrolla se ensancha, se rectifica; vuelve á empezar y se asegura de sus operaciones; á cada instante la esperiencia la vuelve á poner en el buen camino, y la Responsabilidad suspende sobre nuestras cabezas todo un sistema de castigos y de

recompensas. Cada paso que damos por la via del error, nos conduce á un dolor cada vez mayor, de tal manera, que el aviso no puede dejar de hacerse oir, y tarde ó temprano dirijiremos infaliblemente al buen camino nuestras determinaciones, y por consiguiente nuestros actos.

Bajo el impulso que lo estrecha, ardiente en buscar la felicidad, pronto á apoderarse de ella, el hombre puede buscar su bien en el mal de otro. Esta es la segunda y abundante fuente de combinaciones sociales discordantes. Pero su término está señalado, y encuentran su tumba fatal en la ley de la Solidaridad. La fuerza individual estraviada así, provoca la oposicion de todas las otras fuerzas análogas, las cuales, repugnando el mal por su naturaleza, rechazan la injusticia y la castigan.

Así es como se realiza el progreso, que no es menos progreso porque se compre caro. Resulta de un impulso nativo, universal, inherente á nuestra naturaleza, dirigido por una inteligencia muchas veces errónea y sometida á una voluntad muchas veces depravada. Detenido en su marcha por el Error y la Injusticia, encuentra para vencer estos obstáculos la asistencia poderosa de la Responsabilidad y de la Solidaridad, y no puede dejar de encontrarla, puesto que surge de estos mismos obstáculos.

Ese móvil interno, imperecedero, universal, que reside en toda individualidad, y la constituye ser activo, esa tendencia de todo hombre á buscar la felicidad, á evitar la desgracia; ese producto, ese efecto, ese complemento necesario de la sensibilidad, sin el cual no seria esta sino una inesplicable llaga, ese fenómeno primordial que es el origen de todas las acciones humanas, esa fuerza atractiva y repulsiva á que hemos llamado el gran resorte de la Mecánica social, ha tenido por detractores á la mayor parte de los publicistas; y es seguramente una de las mas estrañas aberraciones que puedan presentar los anales de la ciencia.

Cierto que el interés personal es la causa de todos los males como de todos los bienes imputables al hombre. Esto no puede dejar de ser así, puesto que determina todos nuestros actos. Viendo lo cual algunos publicistas, no han encontrado nada mejor para cortar el mal en su origen, que sofocar el *interés personal*. Pero como hubieran destruido por esto el móvil mismo de nuestra actividad, han pensado en dotarnos de un móvil diferente: *el sacrificio*. Han confiado que en adelante, todas las convenciones y combinaciones sociales, se realizacen á su vez sobre el prin-

cipio de la renuncia de si mismo. No buscaremos ya la felicidad propia; sino la felicidad de otro; las advertencias de la sensibilidad, no se tendrán en cuenta para nada, como tampoco las penas y las recompensas de la responsabilidad. Todas las leyes de la naturaleza serán trastornadas; el espíritu de sacrificio se sustituirá al espíritu de conservacion; en una palabra, nadie pensará en su propia responsabilidad, sino para apresurarse á sacrificarla al bien comun. De esta trasformacion universal del corazon humano, es de donde ciertos publicistas, que se creen muy religiosos, esperan la perfecta armonía social. Olvidan decirnos cómo se proponen operar este preliminar indispensable de la trasformacion del corazon humano.

Si son bastante locos para emprenderla, seguramente no serán bastante fuertes. ¿Quiéren la prueba? Que ensayen sobre si mismos; que se esfuercen por sofocar en su corazon el interés personal, de manera, que no se muestre en los actos ordinarios de la vida. No tardarán en reconosu impotencia. ¿Cómo pretenden imponer á todos los hombres sin escepcion una doctrina, á la que ellos mismos no pueden someterse?

Confieso que me es imposible ver algo religioso, sino es la apariencia y cuando mas la intencion, en estas teorias afectadas, en esas máximas impracticables que se predican de labios afuera, sin dejar de obrar como el vulgo. ¿Es acaso la verdadera religion la que inspira á esos economistas católicos, el pensamiento orgulloso de que Dios ha ejecutado mal su obra, y que les corresponde reformarla? Bossuet no pensaba asi cuando decia: «El hombre aspira á la felicidad, no puede dejar de aspirar á ella.»

Las declamaciones contra el interés personal, no tendrán jamás una gran importancia científica; porque es por su naturaleza indistructible, ó al menos no se puede destruir en el hombre sin destruir el hombre mismo. Todo lo que pueden hacer la religion, la moral, la economia politica, es iluminar esta fuerza impulsiva, mostrarle, no solamente las primeras, sino tambien las últimas consecuencias de los actos que determina en nosotros. Una satisfaccion superior progresiva trás un dolor pasajero, un sufrimiento prolongado y continuamente agravado despues de un placer de un momento, hé aquí en definitiva el bien y el mal moral. Lo que determina la eleccion del hombre hácia la virtud, será el interés elevado, ilustrado, pero será siempre en el fondo el interés personal.

Si es estraño que se haya censurado al interés privado,

considerado, no en sus abusos inmorales, sino como móvil providencial de toda actividad humana, es mucho mas estraño que no se le tenga en cuenta, y que se crea sin contar con él hacer ciencia social.

Por una inesplicable locura del orgullo, los publicistas en general, se consideran como los depositarios y los árbitros de este motor. El punto de partida de cada uno de ellos, es siempre este: Supongamos que la humanidad es un rebaño, y que yo soy el pastor, ¿cómo debo gobernarme para hacer feliz á la humanidad?—O bien: Suponiéndose por un lado cierta cantidad de arcilla y por otro un alfarero; ¿qué debe hacer el alfarero para sacar todo el partido posible de la arcilla?

Nuestros publicistas pueden no estar de acuerdo cuando se trata de saber cuál es el mejor alfarero, el que amasa mas ventajosamente la arcilla; pero convienen en que su funcion es amasar la arcilla humana, como en que la suerte de la arcilla es ser amasada por ellos. Establecen entre ellos, con el título de legisladores, y la humanidad relaciones análogas á las del tutor y el pupilo. Jamás se les ocurre la idea de que la humanidad es un cuerpo viviente, que siente, que quiere y obra segun leyes que no tratan de inventar, puesto que existen, y todavía menos de imponer, sino de estudiar; que es una aglomeracion de seres en todo semejantes á ellos mismos, que no son superiores, ni estan subordinados á estos pretendidos legisladores; que estan dotados de impulso para obrar y de inteligencia para escojer; que sienten en sí mismos los ataques que por todas partes les dirijen la Responsabilidad y la Solidaridad; y por último, que de todos estos fenómenos resulta un conjunto de relaciones existentes por si mismas, que la ciencia no tiene que crear, como ellos lo imaginan, sino que observar.

Rousseau es, segun mi opinion, el publicista que ha exhumado mas cándidamente de la antiguedad esa omnipotencia del legislador renovada por los Griegos. Convencido de que el órden social es una invencion humana, lo compara á una máquina, los hombres son las ruedas, el príncipe la hace funcionar; el legislador la inventa bajo el impulso del publicista, que parece en definitiva ser el motor y el regulador de la especie humana. Por eso el publicista no deja nunca de dirijirse al legislador bajo la forma imperativa; le ordena que ordene. «Fundad vuestro pueblo sobre tal principio; dadle buenas costumbres; sometedlo al yugo de la religion; dirigidlo á las armas ó al comercio, ó

á la agricultura, o á la virtud, etc., etc.» Los mas modestos se ocultan bajo el anónimo del impersonal: «No se sufrirán ociosos en la república; se distribuirá convenientemente la poblacion entre las ciudades y los campos: se cuidará de que no haya ni ricos ni pobres. etc.»

Estas fórmulas prueban en los que las emplean un orgullo inconmesurable. Ellas suponen una doctrina que no deja al género humano un átomo de dignidad.

No conozco otra mas falsa en teoría ni mas funesta en la práctica. Bajo una y otra relacion conduce á consecuencias deplorables.

Esta doctrina hace creer que la economía social es un arreglo artificial, que nace en la cabeza de un inventor. Desde este instante todo publicista se hace inventor. Su mayor deseo es que se acepte su mecanismo; su mayor preocupacion es hacer que se detesten todos los demás, y principalmente aquel que nace espontáneamente de la organizacion del hombre y de la naturaleza de las cosas. Los libros concebidos en este plan no son ni pueden ser sino una larga declamacion contra la Sociedad.

Esta falsa ciencia no estudia el encadenamiento de los efectos con las causas. No examina el bien y el mal que producen los actos, refiriéndose despues en cuanto á la eleccion del camino que deba seguirse á la fuerza motríz de la Sociédad. No, ella intima, obliga, impone, y si no puede, al menos aconseja; como un físico que digese á la piedra: «Tu no estás sostenida, yo te ordeno que caigas, ó al menos te lo aconsejo.» Partiendo de este principio, ha dicho Monsieur Droz: «El objeto de la economia pólitica consiste en hacer el bienestar tan general como sea posible;» definicion que ha sido acogida con gran favor por el Socialismo, porque abre la puerta á todas las utopias y conduce á la reglamentacion. ¿Qué se diria de M. Arago si abriese así su curso «El objeto de la astronomia es hacer la gravitacion tan general como sea posible?» es verdad que los hombres son seres animados, dotados de voluntad, y obrando bajo la influencia del libre albedrio. Pero hay tambien en ellos una fuerza interna, una especie de gravitacion; la cuestion se reduce á saber hácia donde gravitan. Si es fatalmente hácia el mal, no hay remedio, y de seguro no nos vendrá de un publicista sometido como hombre á la tendencia comun. Si es hácia el bien, el motor está encontrado; la ciencia no tiene necesidad de sustituirlo con la coaccion ó el consejo. Su mision es ilustrar el libre albedrio mostrar los efectos de las causas, en la seguridad de que

bajo la influencia de la verdad, «el bienestar tiende á hacerse tan general como es posible.»

Practicamente, la doctrina que coloca la fuerza motriz de la Sociedad, no en la generalidad de los hombres y en su organizacion propia, sino en los legisladores y los gobiernos, tiene consecuencias mas deplorables todavía. Tiende á hacer que pese sobre el gobierno una responsabilidad abrumadora, que no le favorece nunca. Si hay sufrimientos, es por culpa del gobierno; si hay pobres, es por culpa del gobierno. ¿No es el motor universal? Si este motor no es bueno, hay que destruirlo y escoger otro.—O bien se quejan de la ciencia misma, y en estos últimos tiempos hemos oido repetir hasta la sociedad: Todos los sufrimientos sociales son imputables á la economía política (1).» ¿Porqué no, cuando se presenta como una ciencia que tiene por objeto realizar la felicidad de los hombres sin su concurso? Cuando tales ideas prevalecen, la última cosa en que los hombres piensan es en echar una mirada sobre si mismos é investigar si la verdadera causa de sus males está en su ignorancia y en su injusticia; su ignorancia que los coloca bajo la presion de la Responsabilidad, su injusticia que atrae sobre ellos las reacciones de la Solidaridad. ¿Cómo ha de pensar la humanidad en buscar en sus faltas la causa de sus males, cuando se la persuade que es inerte por naturaleza, que el principio de toda accion, y por consiguiente de toda responsabilidad está colocado fuera de ella, en la voluntad del príncipe y del legislador?

Si tuviese que señalar el rasgo caracteristico que diferencia el Socialismo de la ciencia económica, lo encontraria en esto. El Socialismo cuenta una multitud innumerable de sectas. Cada una de ellas tiene su utopia, y puede decirse que estan tan lejos de entenderse, que se hacen una guerra encarnizada. Entre el *taller social organizado* de Monsieur Blanc y la *an-arquia* de M. Proudhon, entre la asociacion de Fourier y el comunismo de M. Cabet, hay tanta diferencia como del dia á la noche. ¿Cómo pues se reunen estos gefes de escuela bajo la denominacion comun de *Socialistas*. y cuál es el lazo que los une contra la sociedad natural ó providencial? No hay otro mas que este: *No quie-*

(1) La miseria es el hecho de la economía política... la economía política necesita que la muerte venga en su ayuda... es la teoria de la instabilidad y el robo. *Proudhon, Contradicciones económicas*, (t. II. página 214.)

Si las subsistencias faltan al pueblo,... es por culpa de la economía política (Ibidem, página 430.)

ren la sociedad natural. Lo que quieren es una sociedad artificial, que salga toda formada del cerebro del inventor. Es verdad que cada uno de ellos quiere ser el Júpiter de esta minerva; es verdad que cada uno de ellos acaricia su artificio y sueña su órden social. Pero hay de comun entre ellos que no reconocen en la humanidad ni la fuerza motriz que la conduce hácia el bien, ni la fuerza curativa que la liberta del mal. Se baten para saber quien amasará la arcilla humana; pero están de acuerdo en que hay una arcilla que amasar. La humanidad no es á sus ojos un ser viviente y armonioso, al que Dios mismo ha provisto de fuerzas progresivas y conservadoras; es una materia inerte que los ha aguardado para recibir de ellos el sentimiento y la vida; no es un objeto de estudio, sino una materia para hacer esperimentos.

La economía política, por el contrario, despues de haber observado en cada hombre las fuerzas de impulsion y de repulsion, cuyo conjunto constituye el motor social; despues de haberse asegurado de que este motor tiende hácia el bien, no piensa en destruirlo para sustituirlo con otro de su creacion. Estudia los fenómenos sociales tan variados, tan complicados á que aquel da nacimiento.

¿Quiere esto decir que la economía política es tan estraña al progreso social como lo es la astronomía á la marcha de los cuerpos celestes? seguramente que no. La economía política se ocupa de seres inteligentes y libres, y como tales—no lo olvidemos jamás—sujetos al error. Su tendencia es hácia el bien; pero pueden engañarse. La ciencia interviene pues útilmente, no para crear causas y efectos, no para variar las tendencias del hombre, no para someterlo á organizaciones, á intimaciones ni aun á consejos, sino para mostrarle el bien y el mal que resulten de sus determinaciones.

Asi, la economía política es una ciencia de pura observacion y esposicion. No dice á los hombres: «Yo os intimo, os aconsejo que no os acerqueis demasiado al fuego;» —ó bien: «He imaginado una organizacion social, los dioses me han inspirado instituciones que os mantendrán suficientemente separados del fuego.» No; observa que el fuego quema, lo proclama, lo prueba, y hace lo mismo con respecto á los demás fenómenos análogos del órden económico ó moral, convencida de que basta esto. La repugnancia á morir por el fuego es considerada por ella como un hecho primordial, preesistente que no ha creado, que no podria alterar.

Los economistas pueden no estar siempre de acuerdo; pero es fácil ver que sus disidencias son de una naturaleza muy diferente de las que dividen á los socialistas. Dos hombres que dedican toda su atencion á observar un mismo fenómeno y sus efectos, como por ejemplo, la venta, el cambio, la concurrencia,—pueden no llegar á la misma conclusion; y esto no prueba otra cosa sino que uno de los dos al menos ha observado mal. Hay pues que volver á empezar la operacion: Ayudando otros investigadores, parece lo probable que se concluya por descubrir la verdad. Y es porque,—con la única condicion de que cada economista, como cada astrónomo, conozca el punto á donde han llegado sus predecesores,—la ciencia no puede ser sino progresiva, y por lo mismo cada vez mas útil, rectificando continuamente las observaciones mal hechas, y agregando indefinidamente observaciones nuevas á las observaciones anteriores.

Pero los socialistas —aislándose los unos de los otros para buscar cada uno por su parte combinaciones artificiales en su propia imaginacion,—podrian trabajar así durante la eternidad sin entenderse y sin que el trabajo de uno sirva de nada para los trabajos del otro. Say se aprovechó de las investigaciones de Smith, Rossi de las de Say, Blanqui y José Garnier de los de todos sus antecesores. Pero Platon, Morus, Harrington, Fenelon, y Fourier pueden complacerse en organizar segun su fantasia, su República su Utopia, su Océana, su Salento, su Falansterio, sin que haya conecsion alguna entre sus creaciones quiméricas. Estos soñadores lo sacan todo de su cabeza, hombres y cosas. Imaginan un órden social fuera del corazon humano; luego un corazon humano para ir con su orden social. . .

. . . .

XXIII

EL MAL.

En estos últimos tiempos se ha hecho retroceder á la ciencia; se ha falseado imponiéndole, por decirlo asi, la obligacion de negar el mal, sopena de ser convicta de negar á Dios.

Escritores, que sin duda se veian obligados á mostrar una sensibilidad esquisita, una filántropia sin límites y una seligion incomparable, se han puesto á decir: «El mal no puede entrar en el plan providencial. El sufrimiento no ha sido decretado ni por Dios, ni por la naturaleza, viene de las instituciones humanas.»

Como esta doctrina abundaba en el sentido de las pasiones que se querian alhagar, se hizo muy pronto popular. Los libros, los periódicos han estado llenos de declamaciones contra la sociedad. No se ha permitido á la ciencia estudiar imparcialmente los hechos. Cualquiera que se ha atrevido á advertir á la humanidad que tal vicio, tal hábito acarrearian necesariamennte tales consecuencias funestas, ha sido señalado como un hombre sin entrañas, un impio, un ateo, un maltusiano, un economista.

Sin embargo, el socialismo ha podido llevar la locura hasta anunciar el fin de todo sufrimiento social, pero no de todo sufrimiento individual. No se ha atrevido todavía á pronosticar que el hombre llegaria á no sufrir, envejecer ni morir.

Y yo pregunto, ¿es mas fácil conciliar con la idea de la

bondad infinita de Dios, el mal que ataca individualmente á todo hombre que viene al mundo, que el mal que se estiende por la sociedad entera! ¿Y luego no es una contradiccion tan manifiesta como pueril negar el dolor en las masas, cuando se reconoce en los individuos?

El hombre sufre y sufrirá siempre. Luego la sociedad sufre y sufrirá siempre. Los que le hablan deben tener el valor de decírselo. La humanidad no es una niña de nervios delicados á quien sea necesario ocultar la lucha que le espera, cuando principalmente le importa preveerla para salir triunfante de ella. Bajo este concepto, me parece que todos los libros de que está inundada la Francia, empezando por Sismondi y Buret, me parece que carecen de virilidad. No se atreven á decir la verdad; ¿qué digo? no se atreven á estudiarla, por miedo de descubrir que la miseria absoluta es el punto de partida obligado del género humano, y que por consiguiente, lejos de poderse atribuir esta al órden social, hay que reconocer que á ese órden social se le deben todas las conquistas que se han hecho sobre ella. Pero despues de una confesion semejante, no podríamos hacernos los tribunos y los vengadores de las masas oprimidas por la civilizacion.

Despues de todo, la ciencia observa, encadena, deduce los hechos; no los crea; no los produce; no es respossable de ellos. ¿No parece estraño que se haya llegado á emitir y aun á vulgarizar esta paradoja: Si la humanidad sufre, es por culpa de la economía política? Asi, despues de haberla censurado por observar los males de la sociedad, se le ha acusado de haberlos engendrado en virtud de esta misma observacion.

Digo que la ciencia no puede hacer mas que observar y comprobar. Cuando llegase á reconocer que la humanidad, en lugar de ser progresiva, es retrógrada, que leyes invencibles y fatales, la impelen hácia una deterioracion irremediable; cuando, llegase á asegurarse de la ley de Malthus, de la de Ricardo, en su sentido mas funesto; cuando no pudiese negar ni la tiranía del capital, ni la incompatibilidad de las máquinas y el trabajo, ni ninguna de esas alternativas contradictorias en que Chateaubriand y Tocqueville colocan á la especie humana.—todavía la ciencia, aunque suspirando, deberia decirlo, y decirlo muy alto.

¿Sirve de algo cubrirse la cara para no ver el abismo, cuando el abismo está abierto á nuestros pies? ¿Se exige del naturalista, del fisiólogo, que razonen sobre el hombre

individual como si sus órganos estuviesen al abrigo del dolor ó de la destruccion? «*Pulvis es, et in pulverem reverteris.*» Hé aqui lo que proclama la ciencia anatómica apoyada en la esperiencia universal. Seguramente esta es una verdad dura para nuestros oidos, tan duras por lo menos como las dudosas proposiciones de Malthus y de Ricardo. ¿Será necesario, pues, para no afectar esta sensibilidad delicada que se ha desarrollado de repente entre los publicistas modernos, y ha creado el socialismo, será necesario tambien que las ciencias médicas afirmen audazmente nuestra juventud siempre renaciendo y nuestra inmortalidad? y si rehusan rebajarse á este charlatanismo absurdo, ¿será necesario, como se hace con las ciencias sociales, esclamar con la espuma en los labios: «Las ciencias médicas admiten el dolor y la muerte; luego son misántropas y no tienen entrañas, acusan á Dios de mala voluntad ó de impotencia. Son impias, son ateas. Mas bien, hacen todo el mal que se obstinan en afirmar?»

No he dudado nunca que las escuelas socialistas no se hayan atraido muchos corazones generosos é inteligencias convencidas. ¡No permita Dios que yo humille á nadie! Pero al fin el carácter del socialismo es bastante fantástico, y yo pregunto cuanto tiempo podrá sostener lo moda semejante tejido de puerilidades.

Todo en él es afectacion.

Afecta formas y un lenguaje científicos, y hemos visto á qué punto se halla de ciencia.

Afecta en sus escritos una delicadeza de nervios tan femenina, que no puede oir hablar de padecimientos sociales. Al mismo tiempo que introduce en la literatura esa necia sensibleria, hace prevalecer en las artes el gusto de lo trivial y de lo horrible; en el continente, la moda de los espantajos, la barba larga, la fisonomía sentida, aires de Titan ó de Prometeo de la clase media;—en la politica (lo que es un capricho menos inocente), la doctrina de los medios enérgicos de *transicion*, las violencias de la práctica revolucionaria, la vida y los intereses materiales sacrificados á la *idea*. Pero lo que el socialismo afecta sobre todo, es la religiosidad. No es mas que una táctica, es verdad, pero una táctica es siempre vergonzosa para una escuela, cuando la conduce hácia la hipocresia.

Siempre nos hablan del Cristo, de Cristo: pero yo les preguntaria, ¿por qué aprueban que Cristo, el inocente por escelencia, haya podido sufrir y esclamar en su agonia: «Señor, separad de mí este cáliz; pero cúmplase vuestra

voluntad,»—y porqué encuentran estraño que la humanidad entera, tenga que hacer el mismo acto de resignacion?

Seguramente, si Dios hubiese tenido otros designios sobre la humanidad, hubiera podido arreglar las cosas de tal suerte, que así como el individuo avanza hácia una muerte inevitable, marchase hácia una destruccion fatal. Seria necesario someterse, y la ciencia con la maldicion ó la bendicion en los labios, se veria obligada á comprobar el sombrio desenlace social, como comprueba el triste desenlace individual.

Felizmente nó es así.

El hombre y la humanidad tienen su redencion.

Para el primero un alma inmortal. Para la segunda una perfectibilidad indefinida.. . . . .

XXIV

PERFECTIBILIDAD.

Que la humanidad sea perfectible; que progrese hácia un nivel cada vez mas elevado, que su riqueza se aumente y tienda á igualarse, que sus ideas se estiendan y se depuren, que sus errores desaparezcan, y con ellos las opresiones á que los mismos sirven de apoyo; que sus luces brillen con un resplandor cada vez mas vivo; que su moralidad se perfeccione, que aprenda por la razon y la esperiencia el arte de sacar del dominio de la responsabilidad cada vez mas recompensas y menos castigos; por consiguiente que el mal se restringa continuamente y que el bien se dilate cada vez mas en su seno, es de lo que no puede dudarse cuando se ha examinado la naturaleza del hombre y del principio intelectual que es su creencia, que le fué impreso con un soplo en su rostro, por lo cual la revelacion Mosaica ha podido decir el hombre hecho á la imágen de Dios.

Porque el hombre, como lo sabemos bien, no es perfecto. Si fuese perfecto no reflejaría una vaga semejanza de Dios, sería Dios mismo. Es pues imperfecto, y está sometido al error y al dolor; y si ademas fuese estacionario, ¿en virtud de qué título podria revindicar el inefable privilegio de llevar en sí mismo la imágen del ser perfecto?

Por otra parte, si la inteligencia, que es la facultad de comparar, de juzgar, de rectificarse, de aprender, no constituye una perfectibilidad, ¿que es entonces?

Y si la union de todas las perfectibilidades individuales principalmente entre los seres susceptibles de trasmitirse sus adquisiciones, no garantiza la perfectibilidad colectiva, es menester renunciar á toda filosofía, á toda ciencia moral y política.

Lo que constituye la perfectibilidad del hombre es su inteligencia ó la facultad que se le ha dado de pasar del error, padre del mal, á la verdad, generadora del bien.

Lo que hace que el hombre abandone en su espíritu el error por la verdad, y mas tarde en su conducta el mal por el bien, es la ciencia y la esperiencia; es el descubrimiento, que hace en los fenómenos y en los actos, de efectos que no habia sospechado.

Pero para que adquiera esta ciencia, es necesario que esté interesado en adquirirla. Para que le aproveche esta esperiencia, es necesario que esté interesado en aprovecharse de ella. Es pues, en definitiva, en la ley de la responsabilidad, donde debe buscarse el medio de realizacion de la perfectibilidad humana.

Y como la responsabilidad no se puede concebir sin libertad; como actos que no fuésen voluntarios no podrian dar ninguna instruccion ni esperiencia aceptable; como seres que se perfeccionasen ó se deteriorasen por la accion esclusiva de las causas esteriores, sin participacion alguna de la voluntad, de la reflexion, del libre albedrio, como sucede á la materia orgánica bruta, no podrian llamarse perfectibles, en el sentido moral de la palabra, es necesario concluir que la libertad es la ciencia del progreso. Tocar á la libertad del hombre es, no solamente dañarlo, empequeñecerlo, es tambien cambiar su naturaleza; es hacerlo. en el grado que la opresion se egercé, imperfectible; es despojarlo de su semejanza con el Criador; es apagar sobre su noble semblante el soplo de vida que resplandece en él desde el origen.

Pero por que proclamemos muy alto, y como nuestro artículo de fé mas indestructible, la perfectibilidad humana, el progreso necesario en todos sentidos, y por una maravillosa correspondencia, tanto mas activa en un sentido cuanto lo es mas en todos los otros,—¿habrá que decirnos que somos utopistas, ni que somos optimistas, que lo creemos todo hecho para lo mejor en el mejor de los mundos, y que esperamos para el amanecer de uno de los dias mas próximos, el reinado del Milenio?

¡Ay! Cuando acabamos de echar una ojeada sobre el mundo real, donde vemos moverse en la abyeccion y en el

fango una masa todavia tan enorme de sufrimientos, de quejas, de vicios y de crímenes; cuando tratamos de darnos cuenta de la accion moral que ejercen sobre la sociedad clases, que debian señalar á las muchedumbres retardadas los caminos que conducen á la nueva Jerusalen; cuando nos preguntamos qué hacen los ricos de su fortuna, los poetas de la luz divina que la naturaleza habia encendido en su genio, los filósofos de sus elucubraciones, los periodistas del sacerdocio con que están investidos, los altos funcionarios, los ministros, los repesentantes, los reyes, del poder que la suerte ha colocado en sus manos; cuando somos testigos de revoluciones tales, como la que ha agitado á la Europa en estos últimos tiempos, y en que cada partido parece buscar lo que al fin debe ser lo mas funesto para él y para la humanidad; cuando vemos la concupiscencia bajo todas las formas y en todas las clases, el sacrificio constante de los demás al individuo y del porvenir al presente, y ese grande é inevitable motor del género humano, el interés personal, no apareciendo todavia sino bajo sus formas mas materiales y mas imprevisoras; cuando vemos á las clases laboriosas menoscabadas en su bienestar y su dignidad por el parasitismo de las funciones públicas, volverse en las convulsiones revolucionarias, no contra ese parasitismo sofocante, sino contra la riqueza bien adquirida, es decir, contra el elemento mismo de su emancipacion y el principio de su propio derecho y de su propia fuerza; cuando tales espectáculos se presentan á nuestra vista en cualquiera pais del mundo á donde dirijamos nuestros pasos, ¡oh! tenemos miedo de nosotros mismos, temblamos por nuestra fé, nos parece que esta luz vacila y que se haya pronta á apagarse, dejándonos en la horrible noche del Pesimismo.

Pero no, no hay que desesperar. Sean cualesquiera las impresiones que hagan en nosotros circunstancias demasiado cercanas, la humanidad marcha y adelanta. Lo que nos engaña es que medimos su vida por la nuestra, y por que algunos años son mucho para nosotros, nos parece que es mucho para ella. Pues bien: aun por esta medida, me parece que el progreso de la humanidad es visible por bastantes lados. Apenas tengo necesidad de recordar que es maravilloso con respecto á ciertas ventajas materiales, la salubridad de las ciudades, los medios de locomocion, de comunicacion etc.

Bajo el punto de vista politico, ¿no ha adquirido la nacion francesa ninguna esperiencia? ¿se atreveria á afirmar nadie, que si todas las dificultades que acaba de atravesar

se hubiesen presentado hace medio siglo ó menos, las hubiera resuelto con tanta habilidad, prudencia, sabiduría, con tan pocos sacrificios? Escribo estas líneas en un país que ha sido fértil en revoluciones. Cada cinco años Florencia se conmovía, y alternativamente la mitad de los ciudadanos robaba y degollaba á la otra mitad. ¡Oh! ¡si tuviésemos alguna mas imaginacion, no dela que crea, inventa y supone los hechos, sino de la que los hace revisar, seríamos mas justos para con nuestro tiempo y nuestros contemporáneos! Pero lo que permanece cierto, y de una certeza de que nadie puede darse cuenta mejor que el economista,—es que el progreso humano, principalmente en su aurora, camina con gran lentitud, con una lentitud á propósito para desesperar el corazon del filántropo.....

Los hombres que reciben de su genio el sacerdocio de la publicidad, me parece que deberian examinar esto de cerca antes de arrojar al seno de la fermentacion social, una de esas desconsoladoras sentencias, que colocan á la humanidad en la alternativa de dos especies de degradacion.

Hemos visto algunos ejemplos de esto, tratándose de la poblacion, de la renta, de la division de las herencias, etc.

Hé aquí otra proposicion de M. de Chateaubriand, que no hace por lo demás sino formular un convencionalismo muy acreditado: «La corrupcion de las costumbres marcha de frente con la civilizacion de los pueblos. Si la última presenta medios de libertad, la primera es una fuente inagotable de esclavitud.»

No es dudoso que la civilizacion no presente medios de libertad. No lo es tampoco que la corrupcion, no sea una fuente de esclavitud. Pero lo que es dudoso, mas que dudoso,—y en cuanto á mi lo niego formalmente,—que la civilizacion y la corrupcion, marchen de frente. Si esto fuese así, se estableceria un equilibrio fatal entre *los medios de libertad* y *las fuentes de esclavitud*; la inmobilidad seria la suerte del género humano.

Además, no creo que pueda entrar en el corazon un pensamiento mas triste y mas desconsolador, que provoque mas la desesperacion, la irreligion, la impiedad, la maldicion, la blasfemia, que este: Toda criatura humana, quiera ó no quiera, lo dude ó no lo dude, obra en el sentido de la civilizacion, y..... ¡la civilizacion es la corrupcion!

Por otra parte, si toda civilizacion es corrupcion, ¿en qué consisten sus ventajas? Porque pretender que la civilizacion, no tiene ninguna ventaja natural, intelectual y moral, es imposible, eso no seria civilizacion. En el pensa-

miento de Chateaubriand, civilizacion, significa progreso material, aumento de poblacion, de riquezas, de bienestar, desarrollo de la inteligencia, aumento de las ciencias,—y todos estos progresos suponen, segun él, y determinan una retrogradacion correspondiente del sentido moral.

¡Oh! habria bastante con esto para arrastrar á la humanidad á un vasto suicidio; porque al fin, lo repito, el progreso natural é intelectual no ha sido preparado ni ordenado por nosotros. Dios mismo lo ha decretado, dándonos deseos espansibles y facultades perfectibles. Marchamos hácia él todos sin quererlo, sin saberlo. Chateaubriand con sus parecidos, si los hay, mas que nadie.—Y este progreso nos habia de sumir cada vez mas en la inmoralidad y en la esclavitud por la corrupcion!.,...

He creido primeramente que Chateaubriand, como hacen algunas veces los poetas, habia soltado una frase sin examinarla con bastante detencion. Para esta clase de escritores, la forma es primero que el fondo. Con tal que la antitesis sea bien simétrica, ¿qué importa que el pensamiento sea falso ó abominable? ¿Con tal que la metáfora produzca efecto, que tenga cierto aire de inspiracion y de profundidad, que arranque los aplausos del público, que dé al autor cierto aspecto de oráculo, ¿qué le importa la exáctitud, la verdad? Creia, pues, que Chateaubriand, cediendo á un impulso momentáneo de misantropia, se habia dejado ir hasta formular un convencionalismo, un vulgarismo que ha llevado tras sí á muchos filósofos. «Civilizacion y corrupcion marchan de frente,» esto se repite desde Herádito, y no es por eso mas cierto.

Pero con muchos años de distancia el mismo gran escritor ha reproducido el mismo pensamiento con pretension didáctica; lo que prueba que era en él una opinion bastante decidida. Es bueno combatirla, no porque viene de Chateaubriand, sino porque está muy estendida.

«El estado material se mejora (dice), el progreso inte-«lectual se aumenta, y las naciones en lugar de aprove-«charse de esto, se disminuyen.—Hé apuí como se espli-«can la reduccion de la sociedad y el aumento del individuo. «Si el sentido moral se desarrollase en razon del desarrollo de «la inteligencia, habria contrapeso, y la humanidad se ensan-«charia sin peligro. Pero sucede todo lo contrario. La percep-«cion del bien y del mal, se oscurece á medida que la inteligen-«cia se ilumina, la conciencia se estrecha á medida que las «ideas se ensanchan.» (*Memorias de Ultratumba*, vol XI). .

. . . .

XXV

RELACIONES DE LA ECONOMÍA POLÍTICA,

CON LA MORAL, CON LA POLÍTICA,

CON LA LEGISLACION (1).

CON LA RELIGION.

Se encuentra colocado un fenómeno entre otros dos fenómenos, de los cuales el uno es causa *eficiente* de aquel y el otro causa *final*; y la ciencia no ha concluido con él en tanto que una de estas relaciones le permanezca oculta.

(1) El autor no ha dejado desgraciadamente nada sobre los tres capítulos que acaban de indicarse, y que habia comprendido en el plan de sus trabajos, á escepcion de una introduccion para el capítulo que sigue.

(Nota del editor francés.)

Yo creo que el espíritu humano empieza generalmente por descubrir las causas finales, porque nos interesan de una manera mas inmediata. No hay por otra parte conocimiento que nos conduzca con mas fuerza hácia las ideas religiosas, y sea mas á propósito para hacer esperimentar en todas las fibras del corazon humano un vivo sentimiento de gratitud para con la inagotable bondad de Dios.

Es verdad que el hábito nos familiariza de tal manera con un gran número de estas *intenciones providenciales*, que gozamos de ellas sin pensar. Vemos, oimos, sin pensar en el mecanismo ingenioso del oido y del ojo; los rayos del sol, las gotas del rocio ó de lluvia nos prodigan sus efectos útiles ó sus dulces sensaciones sin despertar nuestra sorpresa ni nuestro reconocimiento. Esto depende únicamente de la accion contínua de estos fenómenos sobre nosotros; pues que una causa final comparativamente insignificante, nos sea revelada; que el botánico nos enseñe porqué una planta tiene tal forma, porqué esa otra ostenta tal color, al momento sentimos en nuestro corazon el encadenamiento inefable, que no deja nunca de hacer que penetre en él las pruebas nuevas del poder de Dios, de su bondad y de su sabiduría.

La region de las intenciones finales es pues para le imaginacion del hombre como una atmósfera llena de ideas religiosas.

Pero despues de haber comprendido ó entrevisto ese aspecto del fenómeno, nos queda que estudiarlo sobre la otra relacion, es decir, que investigar su causa eficiente.

¡Cosa estraña! nos acontece algunas veces, despues de haber adquirido un completo conocimiento de esta causa, encontrar que produce tan necesariamente el efecto que primero nos habia admirado, que nos negamos á reconocerle por mas tiempo el caracter de una causa final; y decimos: Yo era bien cándido creyendo que Dios habia provisto á tal arreglo con tal designio; ahora veo que suponiéndose la causa que he descubierto (y ella es inevitable), este arreglo debia seguir necesariamente, haciendo abstraccion de una pretendida intencion providencial.

Así es como la ciencia incompleta, con su escarpelo y sus análisis, viene á veces á destruir en nuestras almas el sentimiento religioso, que habia despertado en nosotros el simple espectáculo de la naturaleza.

Esto se vé frecuentemente en el anatómico ó el astrónomo. ¡Que maravilloso es, dice el ignorante, que cuando un cuerpo estraño penetra en nuestros tegidos, donde su

presencia haria grandes estragos, se establezca una inflamacion y una supuracion que tiendan á espulsarlo!—No, dice el anatómico, esta espulsion no tiene nada de intencional. Es un efecto *necesario* de la presencia de un cuerpo estraño en nuestros tejidos. Si quereis, os esplicaré el mecanismo y reconocereis vos mismo que el efecto sigue á la causa, pero que la causa, no ha sido dispuesta intencionalmente para producir el efecto, puesto que ella misma es el efecto necesario de una causa anterior.

¡Cuánto admira, dice el ignorante, la providencia de Dios que ha querido que la lluvia no se desprenda sobre el suelo en masas compactas sino que caiga en gotas, como si saliese de la regadera de un jardinero! Sin esto toda vegetacion seria imposible.—Haceis un vano gasto de admiracion, responde el sabio físico. La nube no es una masa de agua; no podria ser sostenida por la atmósfera. Es una inmensa multitud de vesículas microscópicas semejantes á la espuma del jabon. Cuando su espesor se aumenta ó se rompe bajo una presion, esos millones de gotillas caen, se aumentan en el camino con el vapor del agua que ellas precipitan, etc.

.....Si la vegetacion recibe este beneficio es por accidente; pero no debe creerse que Dios se entretenga en enviarnos el agua por los agujeros de una inmensa regadera.

Lo que puede dar alguna plausibilidad á la ciencia, cuando considera así el encadenamiento de las causas y de los efectos, es que la ignorancia debemos confesarlo, atribuye con mucha frecuencia un fenómeno á una intencion final que no existe y que se disipa ante la luz.

Así en el principio, cuando no se tenia conocimiento alguno de la electricidad, los pueblos espantados por el estruendo del trueno, no podian reconocer en esta voz imponente, que se dejaba oir en medio de los uracanes, sino un síntoma de la cólera celeste. Es una asociacion de ideas que, como otras muchas, no han podido resistir á los progresos de la física.

El hombre está formado así. Cuando un fenómeno le afecta, busca su causa, y si la encuentra, le dá nombre. Luego, pasa á buscar la causa de esta causa, y así sucesivamente hasta que no pudiendo remontarse mas, se detiene y dice: *Es Dios, es la voluntad de Dios:* Hé aquí nuestra *última ratio*. Sin embargo, la detencion del hombre, no es mas que momentánea. La ciencia progresa, y muy pronto, esta segunda, ó tercera, ó cuarta causa, que habia

quedado oculta, se revela á sus ojos. Entonces la ciencia dice:

Este efecto no es debido como se creia, á la voluntad inmediata de Dios, sino á esta causa natural que acabo de descubrir.—Y la humanidad, despues de haber tomado posesion de este descubrimiento, contentándose, por decirlo asi, con variar un punto el límite de su fé, se pregunta á si misma: ¿Cual es la causa de esta causa?—Y no viéndola insiste en su universal aplicacion: *Es la voluntad de Dios.*—Y asi se pasa durante siglos indefinidos en una sucesion innumerable de revelaciones cientificas y de actos de fé.

Esta marcha de la humanidad, debe parecer á los espiritus superficiales destructora de toda idea religiosa; porque, ¿no resulta de ella que á medida que la ciencia avanza, Dios retrocede? ¿Y no se vé claramente que el dominio de las intenciones finales se estrecha á medida que se ensancha el de las causas naturales?

Son desgraciados aquellos que dan á este bello problema una solucion tan estrecha. No, no es verdad que á medida que la ciencia avanza, la idea de Dios retrocede; antes por el contrario, la verdad es que esta idea se agranda, se estiende y se eleva en nuestra inteligencia. Cuando descubrimos una causa natural, donde habiamos creido ver un acto inmediato, espontáneo, sobrenatural de la voluntad divina, ¿es decir que esta voluntad esté ausente ó sea indiferente? Seguramente que no, todo lo que esto prueba, es que aquella obra por procedimientos diferentes de los que nosotros habiamos imaginado. Todo *lo* que esto prueba, es que el fenómeno que mirábamos como un accidente en la creacion, ocupa su lugar en el arreglo universal de las cosas; que todo, hasta los efectos mases peciales, ha sido previsto por una eternidad en el pensamiento divino. ¡Y qué! ¿la idea que nos formamos del poder de Dios, se disminuye cuando descubrimos que cada uno de los resultados innumerable, sque vemos ó que se escapan á nuestras investigaciones, no solamente tiene su causa natural, sino que además se reune al círculo infinito de las causas; de tal manera que no hay un detalle de movimiento, de fuerza, de forma, de vida, que no sea el resultado del conjunto, y pueda esplicarse fuera del todo?

Y ahora, ¿porqué esta investigacion estraña, á lo que parece, al objeto de nuestras investigaciones? Porque los fenómenos de la economia social tienen tambien su causa eficiente y su intencion providencial. Porque en este órden

de ideas, como en física. como en anatomía ó astronomía, se ha negado muchas veces la causa final precisamente porque la causa eficiente aparecia con el carácter de una necesidad absoluta.

El mundo social es fecundo en armonías, de las que no se tiene la percepcion completa, sino cuando la inteligencia se ha elevado á las causas, para buscar en ellas la esplicacion, y ha descendido á los efectos, para saber el destino de los fenómenos.....

FIN.

i ndice

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

FIN DEL ÍNDICE.

1. Agosto 72

[redacted]

([illegible])

